

Marxismo

Un legado contradictorio
para el siglo XXI

JESÚS SÁNCHEZ RODRÍGUEZ



El autor autoriza la copia y difusión libre de este trabajo con las sola condición de que sea sin ánimo de lucro y citando la fuente original.

A los solos efectos de evitar improbables, pero no imposibles, intentos de plagios, esta obra ha sido registrada en el Registro General de la Propiedad Intelectual del Ministerio de Cultura del Gobierno de España en enero de 2018.

Jesús Sánchez Rodríguez es Licenciado y Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la UNED (Universidad Nacional de Educación a Distancia). Ha ejercido como profesor en la UNED durante 25 años.

Obras publicadas del mismo autor y lugar de libre descarga:

Teoría y práctica democrática en el PCE 1956-1982

<https://miradacrctica.blogspot.com/2009/07/teoria-y-practica-democratica-en-el-pce.html>

Las experiencias históricas de transición al socialismo

<https://miradacrctica.blogspot.com/2009/07/las-experiencias-historicas-de.html>

Reflexiones sobre la revolución chilena

<https://miradacrctica.blogspot.com/2009/07/reflexiones-sobre-la-revolucion-chilena.html>

La lucha por el socialismo, el papel del marxismo y su crisis

<https://miradacrctica.blogspot.com/2011/11/la-lucha-por-el-socialismo-el-papel-del.html>

1914. El quiebre de la historia. Causas y consecuencias de la primera guerra mundial

<https://miradacrctica.blogspot.com/2014/01/1914-el-quiebre-de-la-historia-causas-y.html>

Capitalismo. Interpretaciones de su evolución y crisis

https://miradacrctica.blogspot.com/2014/07/capitalismo-interpretaciones-de-su_8.html

Movimientos sociales y partidos políticos. Objetivos, estrategias y relaciones

<https://miradacrctica.blogspot.com/2014/10/movimientos-sociales-y-partidos.html>

Sociedad de clases, poder político y Estado

<https://miradacrctica.blogspot.com/2016/11/sociedad-de-clases-poder-politico-y.html>

ÍNDICE

Introducción	5
Los orígenes del marxismo. La creación del paradigma	15
Triunfo y división del marxismo	26
El leninismo. Una variación fundamental en el marxismo	33
El partido leninista	35
El partido en Marx y Engels	35
El partido en Lenin	40
El partido en Rosa Luxemburgo	44
Las teoría del Estado leninista	47
La revolución soviética y la alianza con el campesinado	58
El análisis leninista del capitalismo monopolista y el imperialismo	66
El marxismo occidental	68
La historiografía marxista británica	88
El marxismo analítico	91
Marxismo científico y marxismo crítico	100
El status del marxismo como teoría científica	111
Economía marxista	123
El marxismo como análisis y crítica del modo de producción capitalista	125
El marxismo y la economía en los procesos de transición al socialismo	135
La Unión Soviética: enfrentamiento en torno al modelo económico para la transición al socialismo	136
Cuba: las discusiones y ensayos sobre un modelo diferente	155
Discusiones sobre la política económica en la transición al socialismo	163
Cálculo e incentivos económicos	165
Visión crítica de la economía del socialismo real	171
La polémica sobre el socialismo de mercado	178

Marxismo estructuralista	195
Del estructuralismo al postmarxismo	205
El marxismo en América Latina	214
El marxismo latinoamericano	253
José Carlos Mariátegui	255
Ernesto Che Guevara	258
Álvaro García Linera	265
El maoísmo: el marxismo asiático herético	276
El marxismo ecológico	297
El problema de la estrategia: la revolución	304
Gramsci y la estrategia para occidente	310
El gobierno de Allende: la vía político-institucional al socialismo	315
El eurocomunismo	325
Miles de marxismos	332
Aproximaciones a la crisis del marxismo	341
Balance global de la teoría marxista	366
Las teorías críticas a inicios del siglo XXI	372
Toni Negri: Multitud e Imperio	392
Ernesto Laclau: Hegemonía y populismo	397
Bibliografía	406

Introducción

Creo que el itinerario del marxismo y de las izquierdas (marxistas y no marxistas) en el siglo XX se merece una historia multidimensional, conceptual pero no racionalista, tan atenta al pensamiento de las elites intelectuales como sensible a la historia social, a las prácticas políticas, a las ideologías en tanto que realidades colectivas vivas y operantes; a los imaginarios sociales, a los procesos de construcción identitaria, a las prácticas rituales y a los símbolos.

Crítica de la razón militante

Horacio Tarcus

El marxismo, con sus diferentes variantes y tendencias, representa una teoría total en el sentido de presentar un conjunto de postulados englobadores de los distintos niveles de la realidad social, económica, política, sociológica, filosófica, etc., unos con más profundidad y desarrollo que otros, y con un relativo nivel de homogeneidad en su seno que se ha ido desgastando conforme avanzaba el tiempo y se enfrentaba a problemas y retos más complejos, dando lugar a polémicas y desarrollos diferenciados en su seno.

Esa totalidad del marxismo también representa “la coexistencia de tres proyectos que si bien se encuentran relacionados en lo esencial son relativamente autónomos: un proyecto político —la consecución del socialismo y el comunismo—, un proyecto científico —la comprensión de la realidad social a través del materialismo histórico— y un proyecto filosófico —el desarrollo de la concepción materialista dialéctica”¹

También es posible plantear que con el nombre de marxismo se expresan hoy una variedad de aspectos diferentes que Gouldner² agrupó en cuatro niveles diferentes. El primero lo formaría una teoría compleja, y altamente sofisticada, construida a partir de las aportaciones de los grandes fundadores en el siglo XIX y complementada posteriormente con una multitud de variadas aportaciones desde distintos campos y

1 Roggerone, Santiago M., *El marxismo desafiado. Apuntes para una investigación*, pág. 149-50.

2 Gouldner, Alvin, *Los dos marxismos*, pág.191-2.

posiciones. Este nivel es dominado habitualmente por un reducido grupo de intelectuales especializados, cada vez más provenientes del ámbito universitario. El segundo nivel es del marxismo menos reflexivo, en parte vulgarizado, que forma parte de la praxis cotidiana de un amplio número de personas. La contradictoria relación entre estos dos niveles fue objeto de reflexión, especialmente por parte de Gramsci, como tendremos ocasión de ver más adelante. El tercer nivel es el organizativo, es decir, el que informa a un conjunto amplio de organizaciones que le utilizan para alcanzar objetivos políticos, es “el marxismo como movimiento social”. Finalmente, en el cuarto nivel nos encontramos con sociedades y Estados dónde, después de haber triunfado algún tipo de revolución, el marxismo actúa o ha actuado como la teoría legitimadora de esos Estados y sus instituciones, y es utilizado para la socialización política de sus ciudadanos.

Enfrentarse al análisis de la situación del marxismo a través de sus desarrollos, como se pretende en este estudio, es un tema complejo, por mucho que podamos apoyarnos en una gran cantidad de estudios existentes de carácter parcial o general. A lo largo de los capítulos de este libro se analizarán aspectos del marxismo que corresponden a alguno de los cuatro niveles diferenciados por Gouldner. Profundizar en cada uno de ellos serían una tarea imposible para una sola obra. Por lo tanto se han elegido diferentes temas con dos criterios orientativos.

El primero, es la actualidad de la problemática que se aborda, es decir, en qué sentido un determinado aspecto sigue siendo pertinente o no en las primeras décadas del siglo XXI, por ejemplo, discutir sobre la estrategia utilizada en la revolución china puede ser interesante desde un punto de vista histórico pero es de poca o ninguna utilidad práctica en la actualidad; sin embargo, analizar los problemas económicos de la transición al socialismo que discutieron los marxistas rusos al inicio de la revolución soviética sigue teniendo actualidad como parte de un debate no resuelto sobre la naturaleza y los problemas de la economía de transición, aunque también haya perdido inmediatez al no existir en el horizonte ninguna perspectiva de transición socialista.

El segundo, es el nivel de problematicidad de un determinado aspecto, las controversias internas que ha generado, y la continuidad o no de su validez. Por ejemplo, el status científico o crítico del marxismo, su carácter de teoría universal o su necesidad de

adecuación según épocas y lugares, o la confirmación o refutación histórica de algunos de sus conceptos más característicos.

La presentación de los capítulos tiene un cierto orden cronológico, pero sobre todo temático, por ello mismo, aunque se empieza con Marx y se termina con las teorías críticas a principios del siglo XXI, hay capítulos intercalados temáticos, la economía o el status científico, por ejemplo. La diferente extensión de cada capítulo tiene que ver con la importancia, relativa, que se ha considerado, luego ha sido una elección subjetiva. Algunos aspectos importantes no han sido muy desarrollados en este libro porque ya lo fueron en obras anteriores que he publicado, son por ejemplo el tema del Estado y el poder político, recogido en la obra *Sociedad de clases, poder político y Estado*, o la experiencia autogestionaria yugoslava, recogida en el libro *Las experiencias históricas de transición al socialismo*.

Comparto la aspiración del autor de la cita con la que se encabeza esta introducción. Algo parecido a lo que plantea es la monumental obra de G.D.H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, de siete volúmenes, que recupera la historia del socialismo, ampliamente entendido, desde sus orígenes hasta el inicio de la segunda guerra mundial. Se trata de un trabajo de carácter multidimensional, pero no se ocupa del marxismo específicamente como tal y, dada la época en que finaliza, falta el período posterior del marxismo que podríamos denominar, a falta de otro nombre mejor, posclásico. Se trata de una obra monumental para ser fruto del esfuerzo de un solo autor.

Posteriormente han aparecido algunas obras similares pero de carácter colectivo como por ejemplo la *Historia general del socialismo* dirigida por Jacques Droz, que abarca desde 1918 hasta la década de 1980. Como la anterior citada, también tiene un carácter multidimensional y se ocupa del pensamiento y movimiento socialista entendido de manera amplia.

Luego, por supuesto, están la infinidad de obras de diferentes autores que se han ocupado de aspectos parciales del pensamiento y movimiento socialista ofreciendo descripciones, estudios y análisis de más o menos profundidad. Sería tal vez deseable esa síntesis más abarcativa que demanda Tarcus, pero es difícil pensar que pudiera ser obra de un solo autor, aunque emplease en ello toda una vida de estudio. Es más factible una colaboración amplia dentro de un proyecto compartido, pero incluso una empresa así requiere la concurrencia de algunas condiciones que no son fáciles de conseguir. Tal

vez podría surgir de la iniciativa de una institución académica o de fundaciones vinculadas a algún partido político, capaz de concitar las energías y recursos necesarios y dar a ese proyecto una continuidad en el tiempo para lograr acabar dicha tarea.

Ensayos de aproximación a este trabajo de colaboración colectiva pueden ser obras como *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, compilada por Atilio Borón y Javier Amadeo Sabrina González, o *Critical Companion to Contemporary Marxism* compilada por Jacques Bidet y Stathis Kouvelakis, que representan una importante contribución en este sentido.

También existen algunas otras obras sintéticas sobre el marxismo y sus corrientes como la de Perry Anderson, *El marxismo occidental*, la de Iring Fetsche, *El marxismo. Su historia en documentos*, la de J.B. Fargues, *Introducción a las diferentes interpretaciones del marxismo*, la obra colectiva coordinada por Georges Labica y Gérard Bersusssan, *Dictionnaire critique du marxisme*. Curiosamente, una de las obras más extensa es la de Leszek Kolakowski, *Las principales corrientes del marxismo*, más amplia que las anteriores en sus tres tomos, pero con una orientación crítica de un autor que se había alejado desencantado del marxismo, tras su crítica al gobierno comunista polaco y el exilio de su país de origen, para acabar abrazando el liberalismo. Su penetrante conocimiento del marxismo (dirigió una cátedra de marxismo-leninismo en la Universidad de Varsovia) lo utilizó para después criticarle ácidamente. Los dos primeros tomos de su obra se centran en el marxismo original (*los precursores*) y el de la segunda internacional (*la edad de oro*), y solamente en el tercer tomo (*la crisis*) analiza algunos autores comunes con los de la obra de Anderson. La gran diferencia de la obra de Anderson respecto a la de Kolakowski es que aquél, no obstante reconocer la crisis que sufría el marxismo, insistía en la posibilidad de una recuperación, en tanto que el autor polaco simplemente buscó saldar cuentas con una tradición teórica y política de la que había renegado, y para lo que emplea su amplio conocimiento de ella.

También es necesario referirse a la obra colectiva dirigida por Eric Hobsbawm *La historia del marxismo*, que contiene en sus doce volúmenes 101 ensayos sobre el marxismo. Otras más generales, que van más allá del análisis del pensamiento marxista como los citados siete volúmenes de G.D.H. Cole *Historia del pensamiento socialista*, u otras de carácter regional como *El marxismo en América Latina. Antología desde 1909*

hasta nuestros días, de Michael Löwy, más parecida a la de Anderson por estar centrada en una región concreta, Löwy en América Latina y Anderson en Europa occidental.

En la bibliografía, al final de este libro, se ha intentado ofrecer una muestra amplia, pero no exhaustiva, de diversos autores marxistas y de otros que han reflexionado sobre el marxismo. Se trata de una pequeña muestra tanto de la bibliografía utilizada en la confección de esta obra como de otros libros, documentos y artículos relacionados con el marxismo. Por supuesto, las obras y documentos existentes de marxistas y sobre el marxismo es casi inabarcable, y seguramente a la muestra ofrecida en la bibliografía se la puede objetar la ausencia de obras o autores que alguien puede considerar imprescindibles.

Al objeto del fin perseguido por este libro no todos los enfoques gozan de la misma atención, así, los de aquellos autores o corrientes que han adoptado el marxismo a modo de instrumento de análisis en sus respectivas disciplinas desvinculándolo de su arista transformadora, es decir, de su programa de revolución social, tienen un interés secundario. En nuestro caso, efectivamente, el interés radica en el grado de validez del marxismo como disciplina científica para hacer predicciones validas y así orientar de manera efectiva, primero las luchas por superar el capitalismo, después el período de transición al comunismo y, finalmente, la construcción de la propia sociedad comunista.

Tampoco se pretende realizar un análisis exhaustivo de un determinado pensador o de una corriente, para ello existen una infinidad de estudios que se han ocupado de ello, algunos de los cuales se pueden encontrar en la bibliografía final. Pero si haremos referencia a algunos de ellos con ocasión de analizar las contribuciones más importantes para un período o una temática determinada. Este puede ser, por ejemplo, el caso del leninismo en el estudio del marxismo de principios del siglo XX o de la temática de la organización revolucionaria, el de Mariátegui en el estudio del marxismo latinoamericano, o el de Negri en el análisis de las nuevas teorías críticas.

Esta es la segunda vez que me enfrento a la temática del marxismo. La primera vez³ lo hice con un enfoque diferente del que seguiré en el ensayo actual. En aquella ocasión centré la perspectiva en la importancia del marxismo como teoría orientadora de la acción de la clase obrera, y empleé una parte importante de aquella obra en analizar los fracasos de otras clases oprimidas en la historia en sus intentos por acabar con su

3 Sánchez Rodríguez, Jesús, *La lucha por el socialismo, el papel del marxismo y su crisis*.

situación de dominación debido, entre otras cosas, a la ausencia de una teoría y, por tanto, una alternativa elaborada de sociedad. Igualmente se revisaban en dicha obra algunos conceptos claves y polémicos del marxismo en su situación de crisis.

Aunque no fuera éste el tema principal, también está presente esta preocupación oblicuamente en otras obras que elaboré sobre temas diferentes.

Pero aquel primer ensayo fue claramente insuficiente para dar cuenta de la problemática del marxismo. Especialmente porque no tomaba en cuenta la enorme cantidad de literatura que se ha ocupado en distintos momentos y con distinta intensidad y capacidad abarcativa de este mismo tema. Retomar de nuevo la cuestión de la situación del marxismo a partir de las distintas reflexiones que se han producido sobre la misma era una tarea compleja y, seguramente, frustrante. El tema era muy amplio y requería un profundo conocimiento de una gran variedad de autores y corrientes en el marxismo que tengo que reconocer que no domino en profundidad, por ello era obligado acudir a síntesis y reflexiones de autores que se ocupaban de ellos, es decir, a fuentes de segundo orden.

Otra cuestión importante radica en cómo enfocar un tema tan amplio y complejo. Opté por una solución mixta, tampoco muy satisfactoria pero que creo que facilita la exposición, así, el enfoque que prevalece es el temporal pero intercalado con el temático.

Finalmente, se encuentra la cuestión del hilo conductor que atraviesa esta obra. El punto de partida es una constatación que muchos autores recuerdan asiduamente, el marxismo no es solamente una teoría para comprender e interpretar la realidad, sino también una teoría o herramienta cuyo objetivo es transformarla. Y aunque esta obra pone el énfasis en el aspecto teórico del marxismo, se hace inevitable encontrar su referencia o ligazón en cada momento con la actividad práctica de las organizaciones orientadas por el marxismo en cada coyuntura histórica. Esto ya plantea una posibilidad de periodización que es la que vamos a seguir en esta obra y que es parecida, en el tiempo, a la que propuso Wallerstein en la obra *Impensar las ciencias sociales*⁴. En síntesis breve ahora -pues nos ocuparemos de ella con más detalle más adelante- su propuesta proponía tres etapas, la primera abarca la de los fundadores del marxismo y se extendería temporalmente desde la década de 1840 hasta la de 1880. La segunda correspondería al

4 Wallerstein, Immanuel, *Impensar las ciencias sociales*, págs. 194-5.

predominio de lo que se conoce como marxismo ortodoxo y que, según este autor de la teoría del sistema-mundo, se habría extendido desde la década de 1880 hasta la de 1950. Por último, la tercera de las eras marxistas habría comenzado en los años cincuenta del siglo XX y en términos generales aún no habría concluido, y que tanto Wallerstein como André Tosei denominan la era de los mil marxismos.

Aunque parecida, nuestra propuesta de periodización difiere tanto en el tiempo como en el argumento que la justifica. El argumento que se va a utilizar es doble. De un lado, como apuntábamos, la existencia o no de relaciones, y su intensidad, entre los intelectuales que crean, desarrollan y difunden la teoría marxista, y la actividad práctica con la que las organizaciones marxistas intentan transformar la sociedad. De otro lado, el de los problemas, anomalías y retos que fue encontrando la teoría marxista. En este sentido, como se irá viendo a lo largo de esta obra, la propuesta es de cuatro en lugar de tres etapas diferenciadas, cada una con un modelo diferente de relaciones correspondientes a las diferentes coyunturas históricas por las que atravesó el marxismo y el movimiento obrero socialista.

La primera etapa corresponde a la de los fundadores, Marx y Engels. Su producción teórica, huelga decirlo, es decisiva y enorme, más aún teniendo en cuenta que son solo dos autores. Sin embargo, su actividad política práctica es intermitente y no determinante. Su papel como dirigentes de organizaciones revolucionarias u obreras se ciñe fundamentalmente a dos de ellas que son efímeras, la Liga de los Comunistas, a la que se incorporan desde el Comité Comunista de Correspondencia, y la Primera Internacional, pero esta última, que es la más importante de ambas, no puede considerarse una organización marxista u orientada por las teorías de Marx. Durante su vida, el filósofo de Tréveris no tuvo a su disposición organizaciones políticas importantes sobre las que ejercer un rol dirigente o influyente con sus teorías, solo al final apareció el partido socialdemócrata alemán y luego los partidos que siguieron este modelo en otros países, pero ya únicamente Engels en la última parte de su vida pudo ejercer alguna influencia determinante. A pesar de su lejanía en el tiempo, dadas las aportaciones fundacionales, especialmente de Marx, su influencia sigue siendo importante y fundamental para el marxismo, en algunos de los temas claves, como la estructura del análisis social y económico del capitalismo y los objetivos finales propuestos, aunque otros hayan sido superados por el desarrollo histórico.

La segunda etapa abarcaría aproximadamente desde la década de 1880 a 1920, y estaría marcada inicialmente por el marxismo ortodoxo de la Segunda Internacional y, luego, por el marxismo revolucionario de los primeros años de la victoria soviética y la creación de la Tercera Internacional. El número de autores marxistas en esta etapa crece de manera significativa, y la característica más definitoria es la fuerte relación entre los principales intelectuales y las organizaciones políticas marxistas, de las que mayoritariamente son importantes dirigentes. Esto imprime unas características especiales a esta etapa, pues lo que prima es la cuestión estratégica con aplicaciones inmediatas. Sin embargo, sus contribuciones teóricas, aunque muy importantes en su momento, han sido superadas en gran medida por los acontecimientos históricos posteriores, y son pocas las que siguen siendo una herramienta de utilidad actual. Pueden ser citadas en una historia del marxismo, pero en mucho menor grado sirven como base de la actividad política actual o al desarrollo de la teoría marxista.

La tercera etapa se extendería entre las décadas de 1920 y 1970, y sus características son complejas y contradictorias, hay una fuerte expansión de las organizaciones comunistas por el mundo que siguen el modelo impuesto por la Tercera Internacional con sus 21 condiciones, y se asiste a una extensión de los Estados comunistas después de la segunda guerra mundial siguiendo el modelo de la Unión Soviética. Pero también se producen derrotas significativas de la revolución en Europa, se consolida el estalinismo y aparecen los enfrentamientos internos en el campo socialista. Sigue habiendo dirigentes de movimientos revolucionarios que siguen siendo teóricos marxistas, como por ejemplo Gramsci, Trotsky, Mao, o el Che Guevara -aunque los dos primeros provienen de la etapa anterior-, pero el grueso de los intelectuales, aun manteniendo relaciones con organizaciones marxistas, no ejercen papeles dirigentes ni influyen en sus estrategias, empiezan a estar vinculados mayoritariamente al mundo académico. Se podría decir que se trata de una etapa de transición que avanza algunos de los rasgos que se consolidarán más sólidamente en la última etapa. Dada la mayor cercanía de esta etapa a la actualidad, algunas de las aportaciones teóricas de los intelectuales marxistas mantienen mayor influencia, pero una parte importante son también efímeras como, por ejemplo, las de Mao, o con escasa relevancia para el avance hacia el socialismo como, por ejemplo, los debates epistemológicos o estéticos.

La cuarta y última etapa, iniciada en la década de 1970 y que se prolonga hasta la actualidad, se plantea en una coyuntura histórica también novedosa. Ahora se ha

perdido el aspecto contradictorio de la anterior etapa. La actual queda caracterizada por una serie de derrotas y fracasos, derrotas de nuevos intentos revolucionarios como los de Chile, Portugal o Nicaragua, fracasos como el del eurocomunismo y, sobre todo, la debacle del socialismo real. Todo ello repercute profundamente en las organizaciones marxistas que son reducidas a un papel irrelevante, y entran en un período de gran desconcierto en cuanto a estrategias y objetivos. Por primera vez desde los tiempos de la Segunda Internacional el socialismo ha desaparecido del horizonte histórico como un proyecto verosímil y con influencia en amplias masas. No hay mejor ilustración de esta situación que los procesos desarrollados en América Latina en los tres primeros lustros del siglo XXI. En una primera fase amplios movimientos de masas llevaron a la derrota de diversos gobiernos neoliberales y llevaron al poder a gobiernos progresistas, pero el papel jugado por las organizaciones marxistas fue marginal. Luego, al final de este período, estas experiencias entraron en una situación de bloqueo y derrotas, y solo de manera efímera, y con un contenido totalmente ambiguo, se habló durante un tiempo de un socialismo del siglo XXI.

La teoría marxista intensificó algunos de las características presentes en la etapa anterior, los intelectuales se alejaron aún más de unas organizaciones ahora muy disminuidas, y se acentuó su adscripción académica, destacando las universidades anglosajonas. Tres rasgos sobresalen en esta última etapa. En primer lugar, en ausencia de organizaciones marxistas relevantes y con influencia de masas la teoría marxista pierde claramente la señal que más la definía, la de su fuerte ligazón con una práctica política y social orientada a transformar la sociedad. Pareciera que el resultado de esta situación fuese “un marxismo sin proletariado, que conserva sólo su función de crítica cultural de la civilización burguesa”⁵. Este rasgo lleva inevitable a evocar la situación de la primera etapa, cuando Marx y Engels conocieron, entonces, diferentes fracasos en la práctica pero continuaron con una producción teórica que posteriormente fecundó y sirvió de herramienta a organizaciones marxistas. Pero ahora hay una diferencia esencial, está el peso muerto de más de un siglo de fracasos y derrotas que impiden plantear la situación con un simple empecemos de nuevo.

El segundo rasgo es el calificativo empleado por algunos autores para la etapa actual, el de los mil marxismos, queriendo expresar la gran cantidad de aportaciones diferentes

5 Malia, Martín, *El final del noble sueño. Cómo el «marxismo occidental» tergiversó al verdadero Marx*, <http://www.revistadelibros.com/articulos/la-tergiversacion-de-marx-por-el-marxismo-occidental>

realizadas por una pléyade de autores marxistas de distintas disciplinas. Efectivamente hay una expansión de aportaciones teóricas provenientes mayoritariamente del ámbito académico.

El tercero de los rasgos es la denominada crisis del marxismo, que está relacionada con tres aspectos diferentes. El primero es una conciencia aguda en ciertos sectores de la existencia de esta crisis, no tanto por la ausencia de una producción teórica que como decimos, es importante, como por la ausencia de un horizonte histórico para el socialismo, que se ha convertido en un objetivo fuera de cualquier posibilidad histórica real en la actual coyuntura. El segundo, relacionado con el anterior, es la constatación de que las aportaciones teóricas que se realizan no tienen aplicación práctica, en cuanto las organizaciones marxistas se han vuelto irrelevantes políticamente y las nuevas organizaciones que canalizan las movilizaciones de las masas populares no se orientan por el marxismo. El tercero, es la aparición de las denominadas nuevas teorías críticas, que disputan al marxismo la interpretación de la realidad social y la orientación de las organizaciones y movimientos de protesta; este último aspecto también representa un cambio importante en la situación del marxismo, pues representa una especie de segunda ola revisionista, que encuentra esta vez al marxismo muy debilitado en el plano de su influencia social y política.

El interés que guía esta obra es la reflexión sobre la situación actual del marxismo, y la evaluación sobre su capacidad para cumplir el papel de teoría orientadora de los movimientos de transformación social que se ha auto-atribuido desde su nacimiento, por lo tanto, su análisis pone especial énfasis en las dos últimas etapas identificadas ya que ambas están unidas, como se ha apuntado más arriba, por unos rasgos comunes que se establecieron en la tercera y se consolidaron en la cuarta de estas etapas.

Esta obra, pues, pretende contribuir al debate sobre la situación del marxismo a través de la exposición y contraste de diferentes visiones y reflexiones sobre la misma, haciendo, en la medida de lo posible, una modesta contribución a través de reflexiones personales que jalonarán los distintos capítulos. Como se puede comprobar por la temática de mis obras publicadas no me puedo considerar un especialista en un determinado tema -y, por lo tanto, tampoco en éste- en el que haya centrado mi esfuerzo e interés y profundice en cada nueva publicación. Aunque si es evidente que hay un proyecto orientador que recorre dichas obras.

Los orígenes del marxismo. La creación del paradigma

Durante su vida de trabajo, Karl Marx se vio inmerso en la tensión epistemológica inherente a todos y cada uno de los intentos de analizar los procesos, de gran escala y de largo plazo, del cambio social: describir al mismo tiempo las características y los principios de un "sistema" en su proceso único de desarrollo. La tensión entre una teoría que por necesidad es abstracta y una historia que también por necesidad es concreta no puede, por definición, eliminarse. Como la mayoría de los demás pensadores que en su actividad intelectual son conscientes de esa tensión y se enfrentan a ella, Marx recurre al cambio de intensidad en sus escritos, por lo tanto resulta fácil deformar su interés, señalando sólo un extremo de este vaivén y presentándolo como el "verdadero Marx" en formas que él hubiera rechazado, como lo hizo muchas veces.

Impensar las ciencias sociales

Immanuel Wallerstein

Tal vez podría pensarse que para analizar la situación del marxismo y sus problemas en la segunda década del siglo XXI no es necesario remontarse a sus orígenes en el siglo XIX, sin embargo, hay autores que han señalado que estos problemas ya aparecieron en la propia construcción inicial del paradigma por Marx y Engels y, por lo tanto, no sería posible una interpretación adecuada de estos problemas sin una comprensión previa de la creación del paradigma y los problemas derivados de él.

Posiblemente, la obra más sugerente en este sentido sea *Los dos marxismos* de Alvin W. Gouldner, a la que vamos a seguir especialmente en este capítulo en aquellas ideas más interesantes para nuestros propósitos, y cuyo subtítulo ya ilumina el contenido de la obra, *Contradicciones y anomalías en el desarrollo de la teoría*. Esta obra es igualmente imprescindible por su modelo propuesto para interpretar las distintas

corrientes políticas y autores marxistas, que es más explicativo que otros propuestos con fines parecidos.

Gouldner analiza aspectos esenciales en la creación del paradigma y sus repercusiones posteriores, como las distintas etapas y peso de intereses intelectuales en esa creación; la relación de Marx y Engels con la filosofía y la ciencia; los acuerdos y diferencias entre ambos autores; las obras expresamente publicadas por los autores y aquellas que no lo fueron, y su importancia; el papel del determinismo, la alienación, la tecnología, el Estado, la división del trabajo; las anomalías y contradicciones aparecidas tempranamente; el papel de Engels en la estabilización del paradigma; o la generación de dos tipos diferentes de marxismos.

Gouldner distingue, como otros autores marxistas, dos etapas claramente diferenciadas en la producción teórica de Marx cuyas fechas fronteras se sitúan entre 1848-50, es decir, con las derrotas de las revoluciones europeas de esa época. Las obras anteriores a esos años serían “el núcleo del marxismo joven” (*Crítica de la filosofía del derecho de Hegel, Manuscritos económicos-filosóficos, La ideología alemana, El Manifiesto Comunista* etc.). “Es esta obra la más claramente imbuida de catastrofismo, de la creencia en una revolución inminente y universal.”⁶

Las obras escritas a partir de 1850 son las de “los años fundamentales de la productividad intelectual madura de Marx, centrada en la economía política” (*El 18 brumario, Grundrisse, Crítica de la economía política, El Capital*, etc.). “Durante este periodo, Marx freno su catastrofismo y puso de manifiesto su creciente transición hacia las perspectivas estructuralistas del economicismo, con su concepto de la masividad de las formaciones socioeconómicas en evolución.”⁷

Althusser había hecho una diferenciación similar de las obras de Marx, aunque algo más detallada en la que, según Bolívar Botia⁸, se pueden distinguir hasta cuatro etapas diferentes. La primera, entre 1840-5, correspondería al de sus obras de juventud, diferenciando dos períodos, el inicial, hasta 1842, de carácter racionalista liberal, dominado por planteamientos kantiano-fichteano, y el final, entre 1842-45, de carácter racionalista-comunitario, dominado por planteamientos antropológico-feuerbachianos, conteniendo solo los *Manuscritos* de 1844 un carácter hegeliano. La segunda etapa, en

6 Gouldner, Alvin W., Los dos marxismos, pág. 153

7 *Ibidem*, pág. 154

8 Bolívar Botia, Antonio, El estructuralismo: de Lévi-Strauss a Derrida, pág. 111

1845, contendría las dos obras de la ruptura, *Tesis sobre Feuerbach* y *La ideología alemana*. La tercera, entre 1845-57, estaría formada por las obras de maduración, como *El Manifiesto*, *La miseria de la filosofía*, *Salario, precio y ganancia*, etc. Finalmente, las obras de madurez, entre 1857-83, contendrían a los *Grundrisse* y, especialmente, *El Capital*.

Si esta división en dos periodos es utilizada para distinguir el Marx joven del maduro y, con ello, los diferentes temas y visiones que prevalecieron en cada una de ellas, Gouldner diferencia, sin embargo, tres etapas en la evolución del paradigma primario del marxismo, conocido como materialismo histórico, y que define compuesto por doce elementos claves.

Pero antes de ver estas tres etapas es necesario referirse a un tema importante que sufrió cambios en dichas etapas. Se trata del determinismo económico que, para Gouldner, tiene hasta tres significados diferentes para Marx y Engels. Al primer significado le denomina “evolucionismo unilineal”, ha sido objeto de fuertes controversias posteriores y con él se expresa que “todas las sociedades pasan por la misma secuencia de etapas, cada una de las cuales es el resultado inevitable del anterior y el requisito necesario para la siguiente.” El segundo determinismo es denominado “sincrónico particularista”, “se trata aquí de las despiadadas e ineludibles leyes del capitalismo, que solo se aplican a su lapso de vida histórica”. El tercero, es el “determinismo sincrónico universal”, “éste involucra las afirmaciones referentes a la universalidad de la determinación de la superestructura ideológica y política, por el modo de producción, es decir, la infraestructura”, es decir, que son aplicables a cualquier sistema caracterizado por la existencia de clases sociales. Según Gouldner, Marx y Engels se apartaron del primer determinismo, y sus implicaciones de que “el capitalismo es inevitable en todas las partes”, y con ello parece que “abrieron la posibilidad de un socialismo sin un capitalismo previo”, pero al precio de “enturbiar toda la cuestión de los requisitos del socialismo”, ocurriendo otro tanto “con la naturaleza misma del socialismo [...] que puede ser tan multiforme como las condiciones que pueden engendrarlo”⁹. Las consecuencias de la introducción de esta ambigüedad se hicieron sentir mucho más tarde cuando se ensayaron transiciones al socialismo en países atrasados económicamente, e incluso se teorizó esta posibilidad, como ocurrió con algunos

9 Gouldner, Alvin W., Los dos marxismos, pág. 262-5

intelectuales del marxismo latinoamericano y otros, y que veremos en un capítulo posterior.

En la primera etapa de su evolución, el paradigma marxista busca diferenciar sus ideas de las de su entorno y trazar sus límites, respecto de “los idealistas filosóficos”, “los materialistas vulgares”, y de “los socialistas rivales”, y cronológicamente viene a coincidir con la producción intelectual del Marx joven.

La segunda etapa sería la de la “aplicación del paradigma” y se desarrollaría entre 1849-71, con dos expresiones principales, la de periodismo histórico, y la de “labor técnica en economía política”, esta última exclusivamente de Marx. En esta etapa “el paradigma empieza a sufrir una especie de entropía y aparecen varias anomalías importantes respecto a él”, que Gouldner condensa en siete aspectos: “El modelo unilineal de evolución social comienza a ser socavado, en parte tácitamente y en parte abiertamente”. “El énfasis en la importancia universal de la lucha de clases es socavado por la investigación cada vez más intensa de Marx y Engels sobre la comuna primitiva”. “Marx comienza a dudar de que la revolución violenta sea necesaria en todas las partes”. “Las ideas de Marx sobre el Estado clasista se hacen más complejas”. “La importancia relativa de la hegemonía ideológica como base de la dominación burguesa adquiere mayor relieve”. “El supuesto del predominio sin ambigüedades de la infraestructura sobre la superestructura, de la economía sobre la política y el Estado, es socavado y puesto en tela de juicio”. “El supuesto de que los socialistas pueden adueñarse del viejo Estado burgués y usarlo para sus fines es socavado aún más por las conclusiones que Marx extrajo de la Comuna de París en la guerra civil en Francia”

La tercera etapa es la de la “normalización del paradigma”, y se extiende entre 1872 y 1895 con la muerte de Engels, y está caracterizada por dos objetivos, “Primero, el mantenimiento de los límites frente a la amenaza de la vulgarización. Segundo, la consideración de las crecientes anomalías del paradigma”, en el que el primer objetivo se impone al segundo, “la reconsideración crítica seria del paradigma primario es dejada de lado para hacer lugar a una reafirmación defensiva que oculta sus contradicciones”¹⁰

En la normalización y definición final del paradigma creado a lo largo de varias décadas va a jugar un papel fundamental Engels, que sobrevive a la muerte de Marx por un período de doce años. Lo que va a hacer Engels en esa etapa es señalar selectivamente,

10 Gouldner, Alvin W., Los dos marxismos, pág. 320-1

entre la enorme cantidad de materiales acumulados, aquellos que considera decisivos para definir el paradigma. Y en esta tarea, Engels adopta tres líneas, según Gouldner, en principio, “se define principalmente como el conservador del paradigma primario, más que de la economía política de *El Capital*”. En segundo lugar, “se ve obligado a aceptar y simplificar el paradigma primario, a disimular sus dificultades para definir concisamente, en vez de evaluar críticamente, sus caracteres esenciales, para facilitar así su transmisión”. Finalmente, “Engels optó por centrar el paradigma del marxismo, no al nivel del determinismo unilineal y el determinismo sincrónico particularista, el capitalismo, sino al del determinismo sincrónico universal, el materialismo histórico”.¹¹

Esta orientación de Engels le valió la acusación posterior por parte de marxistas críticos de ser el “primer revisionista” de la obra de Marx, de ser el origen de “la herejía positivista del marxismo”. La acusación a Engels tiene como objetivo encubrir las contradicciones internas del marxismo y, en lugar de enfrentarlas, simplemente se presenta la contradicción entre Marx y Engels, acusando a este último de vulgarizar y deformar el marxismo auténtico con su herejía. Estas acusaciones, apunta Gouldner -quién no niega la existencia de diferencias entre Marx y Engels- provienen, sobre todo, de los filósofos marxistas más que de los economistas u otros representantes de las ciencias sociales.

Anteriormente se ha señalado la ambigüedad creada por Marx en relación con los requisitos necesarios para el socialismo, originados en sus escritos sobre la comuna rural rusa. Otra ambigüedad importante está relacionada con su actitud frente a la filosofía y la ciencia, dado que sintió adhesión hacia ambas. “Sí a veces Marx se concibió a sí mismo como un científico entre los científicos, hubo también otras ocasiones en que se concibió de manera algo diferente, cuando se consideró como un crítico y evaluó su obra como una crítica. La crítica pertenece al ámbito de la filosofía y del arte de interpretar.” Sin embargo, Gouldner señala que la preferencia de Marx se inclinó finalmente hacia el lado de la ciencia “En verdad, los tres textos principales usados para pintar al marxismo como crítica, y no como ciencia, o sea, los *Grundrisse*, los *Manuscritos de París de 1844* y las *Tesis sobre Feuerbach* nunca fueron publicados por el mismo Marx. De hecho, fueron suprimidos por él, autocensurados [...] La vida

11 Gouldner, Alvin W., Los dos marxismos, pág. 323-4 y 267

pública de Marx como estudioso fue cada vez más científica, aunque siguió siendo un teórico crítico en una parte diferente, quizá más profunda, de su vida intelectual”¹².

Efectivamente, la inclinación hacia la ciencia no supone el abandono de la filosofía y, como consecuencia, subsiste una tensión no resuelta que deriva de la misma doble naturaleza del marxismo como herramienta de conocimiento y guía para una acción transformadora de la sociedad. “No puede abandonar la ciencia sin capitular ante una concepción moralista del socialismo, y no puede renunciar a la filosofía y el fundamento que ésta proporciona a la crítica sin rendirse al presente. En el proyecto de dos frentes de Marx, conocer y cambiar el mundo, la filosofía era insuficiente para conocer el mundo, y la ciencia, insuficiente para criticarlo. Por ello, Marx no puede abrazar la crítica sin la ciencia, ni la ciencia sin la crítica”¹³

Si en la primera ambigüedad se apoyaron las tendencias del marxismo, especialmente latinoamericano, críticas con el eurocentrismo del marxismo, la segunda ambigüedad serviría de fundamento a los dos grandes modelos de marxismo que analiza Gouldner en su libro: el científico y el crítico.

Otros conceptos contradictorios en la teoría marxista original son los que se desarrollan entre su concepto de alienación -claramente heredado de Hegel y perteneciente al campo de la filosofía- y las condiciones materiales necesarias para construir el socialismo, es decir, el desarrollo de las fuerzas productivas que eliminen la escasez -premisa científica y anti voluntarista-, lo cual plantea, a su vez, las dificultades de la superación de la división del trabajo y, por tanto, de la alienación.

Pero la anomalía principal del marxismo que señala Gouldner tiene que ver con sus concepciones alrededor del Estado, y se origina especialmente a partir de su tratamiento en *El 18 Brumario*, donde Marx “acentúa la autonomía relativa de la ideología de la esfera política, una apreciable distancia de las estipulaciones más economicistas del paradigma primario”¹⁴. Igualmente reforzaría esta anomalía, las tesis de Marx sobre el modo de producción asiático.

Y termina señalando que esta anomalía tendría consecuencias perdurables, “La tensión entre el materialismo histórico, que claramente asigna un papel derivado al Estado, y la

12 Gouldner, Alvin W., Los dos marxismos, pág. 84 y 348

13 *Ibidem*, pág. 95

14 *Ibidem*, pág. 328

relativa independencia del Estado en la sociedad, evidente para Marx como periodista político, nunca fue resuelta sistemáticamente en el plano de la teoría. Siguió siendo una perturbadora dificultad que llevó a generaciones de marxistas a tratar de rescatar la teoría mediante comentarios incontables e ingeniosos, pero ad hoc.”¹⁵

Pero las teorías no se derrumban ante la aparición de anomalías, sostiene Gouldner, siguiendo en este sentido a las corrientes modernas de la filosofía de la ciencia, “se necesitan anomalías repetidas y acumulativas para desacreditar una teoría establecida”. Y es evidente que en vida de Marx y Engels, aquellas no alcanzaron ese nivel, aunque si posteriormente, y por ello terminó saliendo a la superficie el problema de la crisis del marxismo.

Sin embargo, la teoría marxista se resiste al derrumbe pese a las anomalías por otra razón importante señalada por Gouldner, y que tiene que ver con la existencia de los dos marxismos. El marxismo maduró en dos niveles, por un lado, en “el nivel manifiesto del marxismo como teoría, como lenguaje técnico y extraordinario, centrado en la auto-emancipación de la clase obrera”, por otro lado, en un nivel más profundo, el “nivel de los supuestos básicos subyacentes de una analítica en la que mantuvieron una perdurable reafirmación de la importancia del elemento voluntarista, de la filosofía, de la teoría, de la ideología, de los estratos sociales cuya obra especial son: la intelectualidad.” Así cuando se empezaron a presentar las anomalías y los fracasos en su teoría manifiesta, la existencia de estos dos niveles le ayudo a sobrevivir, “la revolución marxista que triunfó solo la hicieron quienes rompieron con la teoría marxista, con el marxismo científico, quienes empezaron a elaborar articuladamente el voluntarismo disonante de la analítica marxista antaño reprimida y a generar marxismos críticos”.¹⁶

Una vez visto el análisis realizado por Gouldner sobre el surgimiento del paradigma del marxismo y las anomalías en él contenidas, vamos a ver ahora lo que es el núcleo esencial de su obra, la diferenciación de dos tipos de marxismos, el científico y el crítico. No se trata de una diferenciación descubierta y utilizada por Gouldner, sino que, como él mismo señala, fue empleada anteriormente por otros intelectuales marxistas como Karl Korsch en 1923 en *Marxismo y filosofía*, Lucio Colletti, Maurice Merleau-Ponty o Mihalo Markovic. Por otro lado, Goulder explica que la utilización de esta

15 *Ibidem*, pág. 333

16 *Ibidem*, pág. 348

dicotomía de los dos marxismos la realiza a efectos de “distinciones analíticas, tipos ideales [...] son hipótesis para un análisis de factores teóricos marxistas concretos”, por lo tanto, si se expresa que un determinado marxista o tendencia del marxismo es científico o crítico es porque en él pesan más los elementos de uno que de otro de los marxismos.

La diferenciación de estos dos tipos de marxismos proviene de las anomalías contenidas en el paradigma primario, y que hemos visto anteriormente.

El surgimiento y la relación entre ambos es sintetizado por Gouldner. “El marxismo cristalizó en un movimiento político bajo la tutela de Engels y Kautsky después de la muerte de Marx. Entonces fue dominado por un marxismo científico opuesto polémicamente al idealismo, caracterizado por un naturalismo anti-idealista atentamente centrado en los límites del voluntarismo y que afirmaba el poder de las constricciones económicas sobre la acción y la razón humana. Pero el marxismo crítico surge como reacción contra esta interpretación del marxismo y, por el contrario, afirmaba el papel de una conciencia voluntarista contra el naturalismo y el determinismo del máximo científico y el énfasis de éste en el carácter restrictivo de las estructuras económicas. Sí el marxismo científico surge como la negación del idealismo filosófico académico y el utopismo, el marxismo crítico es la negación de la negación”.¹⁷

El marxismo crítico surgió con las condiciones creadas tras la primera guerra mundial, el triunfo de la revolución en Rusia y el fracaso en Alemania, pero especialmente del hundimiento de la segunda internacional en 1914, y condensa dos aspectos, “es una herramienta de lucha ideológica dentro del mismo marxismo, dirigido muy particularmente al principio contra el determinismo y el rígido evolucionismo de la segunda internacional y, al mismo tiempo, es una crítica distinta de la sociedad capitalista”¹⁸

El predominio de uno u otro en el seno del marxismo está relacionado con la evolución de los movimientos políticos apoyados en el marxismo. Hasta la segunda internacional, el científico fue “la capa dominante”, tras la victoria de la revolución soviética y la extensión del leninismo, ese dominio se resquebrajó, y con el triunfo de la revolución en

17 *Ibidem*, pág. 188

18 *Ibidem*, pág. 187

China y Cuba el marxismo crítico pasó definitivamente a convertirse en “la capa dominante”, especialmente en el seno de los países menos desarrollados.

Los aspectos diferenciadores entre ambos tipos de marxismos, que Gouldner analiza, son muy variados como veremos en una apretada síntesis a continuación:

Para el marxismo científico, el marxismo es una ciencia y considera a ésta “autojustificada, considerando, por el contrario, sospechosa a la filosofía”, lo que hace que pese sobre todo el carácter determinista. Subraya la ruptura epistemológica de Marx con Hegel después de 1845, diferenciando en este último su método revolucionario de su contenido conservador. Considera la importancia del papel jugado por Engels en la elaboración del marxismo. Considera a “la ideología como reflejo deformado del mundo”. Cree que persiste aún un fuerte peso ideológico en el joven Marx, produciéndose un salto de la ideología a la ciencia en el Marx maduro. “Busca estructuras sociales firmes que reaparecen y presumiblemente son inteligibles fuera de cualquier contexto”, estas estructuras son los verdaderos actores, imponiendo pautas de actuación a las personas. Muestra escasa tolerancia a la ambigüedad, y diferencia claramente la infraestructura económica y la superestructura, que incluye la ideología y el Estado, y está determinada por la primera. Destaca los condicionamientos objetivos para la transformación social y rechaza cualquier voluntarismo que pretenda no tomar en cuenta dichos condicionamientos. Relaciona al marxismo con la ciencia y la tecnología, y acepta el poder beneficioso de la ciencia y la tecnología, en tanto considera que la filosofía debe ser superada. Muestra una fuerte lealtad hacia su partido y organizaciones políticas, y su patología en este aspecto es la tendencia al “ritualismo político”. Promueve la preparación de cuadros y la paciencia política en espera del momento oportuno que brinde el desarrollo de las condiciones objetivas. Éstas son fruto del desarrollo inevitable de las contradicciones de la sociedad. No cree en la posibilidad de forzar los límites impuestos por las condiciones objetivas y, por lo tanto, contraponen el determinismo frente al voluntarismo. Es más propenso al “estructuralismo en el que la totalidad social es contemplada como una conjunción de elementos permanentes que trasciende sus límites en el tiempo y el espacio [...] son estas instituciones económicas las que modelan, rigen y limitan la acción social”. La explotación, “basada en las estructuras del capitalismo”, y no la alienación, es la base fundamental de la crítica a la sociedad capitalista. El socialismo es entendido como la emancipación de la necesidad a través del desarrollo de las fuerzas productivas. Su concepción de la transición al

socialismo es más gradualista, incluso tiende al parlamentarismo, y está “más secularizada”.

Para el marxismo crítico, el marxismo es una filosofía de la praxis, una crítica. Está atravesado por una fuerte tendencia voluntarista. Acentúa la continuidad de Marx con Hegel, recurriendo a la filosofía para buscar un punto de apoyo externo a la ciencia. Se inclina a sospechar de Engels como origen de la “deformación positivista del marxismo”. En relación con la ideología, entiende que “si bien los hombres modelan máscaras ideológicas para la dominación de clase, lo hacen bajo el control de su propia razón crítica y la de otros”. Reconoce como auténticamente marxistas los trabajos del joven Marx. “Sustenta un historicismo que pone énfasis en la fluidez y el cambio social”. Se apoya en la concepción de totalidad y “rechaza la categorización formal y tajante”, incluyendo la división infraestructura/superestructura. Considera que la voluntad humana juega un papel fundamental en la transformación social. Vincula al marxismo con la vertiente más humanística y filosófica de la cultura. En su crítica de la sociedad contemporánea incluye a la ciencia, aunque para no parecer anticientífico centre su crítica en el positivismo. Su adhesión se realiza más que a las organizaciones, “a un conjunto de valores, a una concepción, a una conciencia”, siendo la patología en este caso “el aventurerismo o mesianismo revolucionario”. Su negativa a la espera de que se concreten las condiciones objetivas le lleva a plantear que siempre es el momento oportuno para la revolución, y que la posibilidad de ésta “depende de cambios en y de las personas, en su conciencia, sus ideologías, sus teorías, sus valores, su conocimiento y sus energías”. Por lo tanto, es fundamental el papel de los sujetos o actores en la tarea revolucionaria, convirtiéndose en una “teoría de la praxis activista”. Se trató de una respuesta al hecho inesperado de que las revoluciones tuvieran lugar en países atrasados económicamente, “fue producido para sociedades subdesarrolladas por intelectuales europeizados muy avanzados”. Igualmente, “es más populista y menos burocrático que el socialismo científico”. Se inclina más por “el historicismo en el cual cada fase social diferente de la sociedad es contemplada como operando de acuerdo con requisitos únicos y diferentes, y hace resaltar el carácter orgánico de la sociedad como totalidad especial”. La alienación es una categoría más fuerte que la explotación para criticar al capitalismo. La socialización de los medios de producción es solo un medio para promover “un hombre nuevo y una nueva conciencia”. Su concepción de transición al socialismo está “más impregnada del lenguaje catastrofista de una revolución abrupta y

violenta”, en la que “resuenan los ecos lejanos del milenarismo”. Es más abierto a otras influencias teóricas como se demuestra en el peso de éstas en algunos de sus principales figuras intelectuales como Lukács, Sartre, Marcuse, etc. En un sentido, el marxismo crítico, como reacción al científico, es una versión posterior, pero, en otro sentido, es una “especie de premarxismo” por sus conexiones con el socialismo utópico.

Veremos a lo largo de los siguientes capítulos como esta dicotomía y sus características, tan bien sintetizadas por Gouldner, aparecen en las tendencias y pensadores marxistas de los que nos ocuparemos, confirmando claramente estas tesis.

Triunfo y división del marxismo

La mayor paradoja en la historia de los marxismos reside en que el paso de una teoría a la revolución efectiva y victoriosa ha dependido de una reinterpretación crítica o herética del pensamiento marxiano, y no de una estricta aplicación ortodoxa. Frente a Lenin, los ortodoxos eran Kautsky y Plejánov.

Introducción a las diferentes interpretaciones del marxismo

J.B.Fargues

Tras el establecimiento del paradigma marxista por obra de sus dos grandes creadores, y después de la muerte de Engels en 1885, se extiende una época convulsa caracterizada por tres rasgos especiales. El primero son los triunfos prácticos alcanzados por las organizaciones políticas marxistas, inicialmente, con la edad de oro de la socialdemocracia clásica y sus logros parlamentarios y, posteriormente, con las victorias comunistas conquistando diversos Estados. El segundo rasgo es la división y el enfrentamiento abierto que se produce en el interior del marxismo, primero dentro de la socialdemocracia dónde aparecen tres tendencias enfrentadas, representadas por Kautsky, Bernstein y Rosa Luxemburgo; luego entre los comunistas y los socialistas, recompuestos tras la debacle sufrida en 1914 y, posteriormente, en el seno del mismo comunismo entre estalinistas y trotskistas y, finalmente, los maoístas. El tercero de los rasgos definitorios de esta etapa para el marxismo es el tipo de intelectual-dirigente que caracteriza a la mayoría de los teóricos marxistas, que posteriormente serían mucho más raros.

El núcleo de esta etapa se concentra en las dos primeras décadas del siglo XX, pero se extienden hacia atrás y, especialmente, hacia adelante hasta principios de la década de 1960 con los últimos triunfos revolucionarios (China y Cuba), los últimos dirigentes-intelectuales importantes (Mao, Guevara) y los últimos enfrentamientos internos (maoísmo, stalinismo, castro-guevarismo).

Una época tan convulsa no podía por menos que producir una gran cantidad de aportaciones al marxismo a través de posiciones diferentes y encontradas. Al objeto de clarificar un poco este panorama encuadraremos los diferentes autores de esas dos primeras décadas del siglo XX dentro de las diferentes corrientes que de alguna manera se vinculaban con el marxismo.

Entre los centristas destacan August Bebel y Karl Kautsky; entre los revisionistas, Eduard Bernstein, Heinrich Cunow, Jean Jaures, Herman Heller, Heine, Antonio Graziadei, Millerand y Vollmar; entre los izquierdistas, Liebknecht, Rosa Luxemburgo, y Franz Mehring; entre los Austromarxistas, Max Adler, Otto Bauer, Rudolf Hilferding y Karl Renner; entre los bolcheviques, Lenin, Nicolai Bujarín, Trotsky, Stalin y Zinoviev; entre los consejistas, Karl Korsch y Anton Pannakoek; y otros autores que, aunque de esa época les analizaremos en el capítulo dedicado al marxismo occidental, son Antonio Gramsci y Georg Lukács.

Siguiendo el análisis que hace Iring Fetscher en su obra *El marxismo: su historia en documentos* vamos a hacer una síntesis apretada de las principales diferencias que les separaban, así como una comparación con lo sostenido por Marx y Engels, en torno a algunos de los elementos principales de la teoría marxista como son el imperialismo, las clases, el Estado, la burocracia, la nación, el derecho, el partido, la estrategia y la sociedad futura.

Empezaremos viendo las posiciones sostenidas por Marx y Engels. En el tema del imperialismo, aún a pesar de las críticas vertidas contra sus excesos y los sufrimientos que acarrearán, sin embargo, consideraban su labor progresista por acabar con economías y estructuras sociales atrasadas e incorporar a esos países a la corriente principal del desarrollo histórico. La lucha de clases era el motor de la historia, diferenciaron los conceptos de clase en sí y clase para sí, y pronosticaron la tendencia a la polarización entre la burguesía y el proletariado. El Estado es concebido como un instrumento de dominación de clase, y una forma ilusoria de comunidad, condicionado por el modo de producción. La burocracia aparece ligada a la pequeña burguesía, y se independiza cuando aparece un estado de equilibrio inestable de clases. En general infravaloran el significado de la nación, considerando que el proletariado no tiene patria. Respecto al derecho, consideran que las relaciones jurídicas son la expresión de las relaciones de producción (determinación de la superestructura por la infraestructura), le

denuncian como una forma ilusoria de justicia. Consideran al partido proletario como el representante de la clase para sí, independiente, por tanto, de la burguesía, con carácter internacionalista, y dotado de democracia interna. Si bien no fijan los métodos de la revolución, están convencidos de la inevitabilidad de la violencia, aunque al final de sus días ven posibilidades de una vía pacífica en Gran Bretaña; la conciben como una acción de las mayorías, de carácter mundial, nacional en la forma pero no en el contenido, y determinada por las condiciones objetivas. Sobre la futura sociedad comunista no dejan muchas indicaciones, siendo lo más destacado la desaparición de la división del trabajo y el Estado, consideran imprescindible un período transitorio, la dictadura del proletariado, durante la cual subsistirán residuos burgueses en el derecho, etc.

Los autores de la tendencia centrista -posición relativa respecto a los revisionistas y los izquierdistas- en el seno de la II internacional tienen diferentes posiciones respecto a los temas mencionados. No consideran al imperialismo como una fase capitalista imprescindible (Kautsky), o le ven como una consecuencia de la entrada en política de las altas finanzas, conllevando la guerra y el abandono de la democracia (Hilferding). En el tema de las clases es importante el papel que señalan a los intelectuales como introductores de la conciencia en los trabajadores (Kautsky). No ven porque el Estado tiene que ser necesariamente un instrumento de las clases poseedoras, concibiendo al Estado democrático como el órgano de las clases trabajadoras (Kautsky), igualmente consideran necesaria a la burocracia, siendo lo peligroso el cretinismo burocrático (Kautsky). Hacen una defensa del patriotismo proletario (Kautsky y Bebel) o establecen una relación entre la lucha de clases y el despertar de las naciones sin historia (Otto Bauer). Dan un valor absoluto, llegando al fetichismo, a la organización (Kautsky). La estrategia que proponen es contradictoria y confusa, critican a las otras dos tendencias, el revisionismo, y la huelga de masas de la izquierda, y se inclinan más por el agotamiento que por el derrocamiento (Kautsky) o la transformación parlamentaria (Hilferding). Conciben el comunismo como el heredero del capitalismo trutsificado (Hilferding, Kautsky).

A la derecha del centrismo se situaba el revisionismo cuyas posiciones son las siguientes. Consideran progresista la unificación mundial (Renner). Rechazan que se esté produciendo una polarización de clases entre la burguesía y el proletariado puesto que están apareciendo nuevas clases intermedias (Bernstein). Reconocen que el Estado

tiene también un carácter social-administrativo que se profundiza con el desarrollo económico (Bernstein, Cunow, Renner, Heller). Muestran una gran sensibilidad hacia el tema nacional, que va desde el interés por la situación de las naciones oprimidas de Austria-Hungría (Renner), hasta el intenso nacionalismo (Heller) o el fuerte discurso patriótico (Jaures). Consideran que el derecho burgués pertenece a la sociedad de pequeños productores y tiene que ser reformado para la sociedad capitalista desarrollada (Renner). Su visión sobre el partido es que éste es más activo que la clase (Bernstein), o que el fundamento del partido es la vocación, no la clase (Cunow). Sobre la estrategia, rechazan la revolución a favor de la reforma (Vollman), contemplando positivamente la democracia parlamentaria y la colaboración gubernamental con la burguesía, su concepción de las transformaciones es a través de reformas y compromisos (Bernstein). Sobre la concepción de la sociedad socialista en el futuro, simplemente renuncian a plantearse, siendo el movimiento y la organización para el progreso social todo, y la meta final nada (Bernstein).

Los sectores izquierdistas de la segunda internacional y los consejistas se situaban en posiciones diametralmente opuestas a los revisionistas, y también lejos de los centristas. Veían el imperialismo como fruto de la necesidad del capitalismo de conquistar países no capitalistas para realizar la plusvalía con el peligro asociado de guerras interimperialistas (Rosa Luxemburgo). Denuncian que la burocracia se convierte en una clase específica de carácter explotador con intereses propios (Pannekoek). En relación al partido, critican el modelo leninista, abogando por la disciplina espontánea y las experiencias prácticas de las masas (Rosa Luxemburgo), sosteniendo que la forma organizativa del proletariado se transforma en el curso de la lucha (Pannekoek). Su estrategia se basa en un revolucionarismo democrático, no elitista, basado en el levantamiento espontáneo de las masas y una dirección consciente (Rosa Luxemburgo). Preconizan una sociedad comunista con una planificación realizada por el conjunto de la sociedad y el control obrero por la base (Korsch).

Los bolcheviques pertenecen, evidentemente, al sector izquierdista, pero sus planteamientos respecto a los temas que estamos analizando les sitúan en una posición diferente que sería la que se convertiría en hegemónica durante varias décadas debido al triunfo de la revolución soviética. El imperialismo es caracterizado como la fase del capitalismo de los monopolios, del dominio del capital financiero, de la exportación de capitales y el reparto del mundo entre los países capitalistas, uno de sus efectos es que

contribuye a la corrupción de capas de trabajadores de los países imperialistas (Lenin). Respecto al Estado, es concebido como instrumento de dominación de clases, y la dictadura del proletariado como un tipo de Estado transitorio susceptible de ser manejado por cualquier trabajador; con el desarrollo posterior del burocratismo en la Unión Soviética se plantea la elevación del nivel cultural de las masas para combatirlo (Lenin); en el caso de Trotsky, considera al estalinismo como la expresión de la dominación de la burocracia soviética. Consideran al Estado nacional como una exigencia del capitalismo, y defienden el derecho a la autodeterminación de las nacionalidades oprimidas (Lenin). Su concepción del partido revolucionario es una de sus principales aportaciones novedosas, concebido como la vanguardia del proletariado, es un partido de revolucionarios profesionales muy centralizado y disciplinado en el que no caben las fracciones (Lenin). Sobre la estrategia, conciben las luchas relacionadas con cada situación histórica concreta, abogando por transformar la guerra en guerra civil revolucionaria (Lenin), en el caso de Trotsky se defiende la revolución permanente. Será necesaria una etapa larga para la superación de las clases y el Estado, pero se concibe a éste ya en la fase de transición como una máquina sencilla capaz de ser manejada por cualquier trabajador.

Este rápido repaso de la riqueza de aportaciones realizadas en éste período muestra también las enormes diferencias que empezaron a aparecer en el seno del marxismo al poco tiempo de la desaparición de sus dos fundadores. Dichas diferencias se basaban en tres circunstancias. Primero la ambigüedad y poco desarrollo de muchos conceptos heredados de los fundadores que, como vimos anteriormente, sirvieron de apoyo al desarrollo de las dos grandes tendencias del marxismo, el crítico y el científico. En segundo lugar, a las diferentes experiencias a las que se enfrentaron los partidos marxistas de la época; no eran las mismas las de un partido socialdemócrata alemán, fruto de la fusión de marxistas y lasellanos, y trabajando en condiciones de legalidad y crecimiento electoral, que las de un partido bolchevique, que se había escindido de su ala más reformista, los mencheviques, y actuaba en la ilegalidad y acosado por la represión. Finalmente, porque la mayoría de los intelectuales que interpretaban y desarrollaban la teoría marxista eran dirigentes de partidos y, por tanto, enfrentados a problemas prácticos e inmediatos que les llevaban a planteamientos derivados de esas circunstancias, frutos de la lucha política inmediata que terminaron convirtiéndose en doctrinas duraderas.

Todos los planteamientos que acabamos de revisar de manera rápida y superficial fueron puestos a prueba primero con el desencadenamiento de la primera guerra mundial y, luego, con el triunfo de la revolución soviética, su desarrollo y sus consecuencias. Las novedades introducidas por Lenin en el cuerpo teórico del marxismo, y convertidas en hegemónicas a consecuencia del triunfo bolchevique y su irradiación, dieron lugar a una cierta mutación del marxismo que fue denominada como marxismo-leninismo, aunque este término acabó describiendo la versión doctrinal difundida por el estalinismo.

El marxismo fue sacudido en este período, pues, por dos crisis consecutivas. La primera en el seno de la segunda internacional enfrentó a las tres tendencias descritas como revisionista, centrista e izquierdista. Se deslindaron campos, y las dos primeras dejaron de ser fuentes de desarrollo del marxismo que, en algunos casos, mantuvieron de manera oficial su referencia al marxismo, pero abandonándolo lentamente en la práctica hasta el momento de algún tipo de renuncia oficial (Bad Godesberg). La segunda crisis afectó tempranamente a la nueva versión hegemónica cuando se enfrentaron las dos grandes tendencias derivadas del bolchevismo, el estalinismo y el trotskismo. Entretanto, otras corrientes minoritarias como el consejismo o el luxemburguismo, sin ningún éxito que ofrecer, no consiguieron consolidar ninguna corriente marxista. Los revolucionarios fueron atraídos mayoritariamente por el comunismo oficial, y los disidentes por el trotskismo. La influencia de Gramsci fue posterior y se hizo sentir tanto entre los adherentes al comunismo oficial como entre los disidentes, pero sin crear tampoco una corriente propia diferenciada

Muchos de los planteamientos de esta generación fueron marginados o desmentidos por los acontecimientos de la guerra y la revolución, y se llegó, así, a una situación un tanto paranoica en la que se propagaban obras y tesis que estaban siendo desmentidas por la realidad. *El Estado y la revolución* de Lenin era ampliamente difundido mientras se burocratizaba el Estado soviético y se encaminaba hacia el totalitarismo estalinista. Se encomiaba la revolución soviética en tanto los soviets originales se reducían rápidamente a la intrascendencia y jamás volverían a ser utilizados como modelo ni para la revolución, ni para la organización social. Se encomiaba el internacionalismo proletario mientras en la práctica se utilizaban a las secciones de la Comintern, los partidos comunistas, a favor de los intereses de la Unión Soviética como Estado. Se mantenía la tesis de la revolución mundial, cuando se estaba construyendo el socialismo



en un solo país. En la década de 1920 era derrotada definitivamente la ola de intentos de revolución socialista en países desarrollados, trasladándose aquella, desde entonces, mayoritariamente a los países atrasados.

El leninismo. Una variación fundamental en el marxismo

La construcción sistemática de una teoría política marxista de la lucha de clases, en el aspecto organizativo y táctico, fue obra de Lenin. La escala de esta realización en este plano transformó toda la arquitectura del materialismo histórico de modo permanente

Consideraciones sobre el marxismo occidental

Perry Anderson

Es innecesario recordar que de entre todos los marxistas y entre todas las aportaciones realizadas en la época seguramente más productiva del marxismo, desde el punto de vista de las realizaciones prácticas, sobresale con diferencia la de Lenin.

Su prolífica labor teórica y, especialmente, su papel de líder en la revolución rusa sitúan a sus aportaciones como las más importantes después de las de Marx y Engels. Sus contribuciones son relevantes en varios campos de los que vamos a exponer aquellos que más impacto tuvieron en el desarrollo del marxismo en el plano teórico y en las consecuencias prácticas. El primer campo es el organizativo, dónde destacada su propuesta novedosa de partido ultracentralizado de revolucionarios profesionales. Dado el éxito obtenido por dicho modelo de partido para llevar a cabo la revolución, se terminó imponiendo como forma organizativa a imitar por los diferentes partidos comunistas que surgieron a lo largo del mundo. Incluso otros movimientos y tendencias políticas también tomaron a ese modelo como referencia para su acción política. La influencia de este modelo fue larga en el tiempo pero, finalmente, con la expansión de los regímenes democráticos, que permitían una actuación abierta, y con la lucha electoral en primer plano, este modelo organizativo terminaría decayendo.

El segundo campo de contribuciones importantes tuvo que ver con el plano de las superestructuras, y más concretamente con el modelo de Estado que Lenin propuso para la fase de transición al comunismo. Sin embargo, como veremos, el desarrollo del Estado en la Unión Soviética se apartó rápidamente del modelo teorizado por Lenin,

teorización que, a pesar de ello, siguió siendo tomada como modelo por los partidos comunistas, y justificante para los Estados comunistas que surgieron tras la segunda guerra mundial.

El tercer campo importante de las contribuciones de Lenin al marxismo se refiere al tipo de alianzas propuesto para alcanzar la victoria de la revolución, privilegiando al campesinado como principal sujeto para las alianzas con el proletariado. Dada la traslación de la principal actividad revolucionaria de los comunistas desde los países desarrollados europeos, tras sus derrotas en la década de 1920, a los países menos desarrollados de la periferia, este tipo de alianzas fue una aportación decisiva para la actividad y éxitos de los partidos comunistas en dichas zonas.

Finalmente, el cuarto campo de aportaciones a destacar de Lenin tienen que ver con el análisis del capitalismo y las transformaciones ocurridas en su seno desde la época de Marx, aportaciones recogidas en sus análisis sobre el imperialismo y el capitalismo monopolista.

Los tres primeros campos de aportaciones mencionadas diseñaron las características de toda una época del marxismo caracterizada por el predominio de algunas de las variantes derivadas del leninismo, mayoritaria en las organizaciones políticas de la izquierda transformadora, y exclusiva en los Estados comunistas victoriosos. Desplazando no solamente a la versión socialdemócrata, que fue abandonando el marxismo, o ayudando al declive definitivo de otras propuestas revolucionarias no marxistas como la anarquista, la anarcosindicalista y la sindicalista revolucionaria, sino también marginando a otros modelos competidores dentro del marxismo revolucionario como fue el caso del luxemburguismo o el consejismo.

En una primera parte vamos a analizar con más detalle la concepción leninista de partido por ser, posiblemente, su contribución más esencial, influyente y perdurable. En una segunda parte haremos un análisis más breve a otras de sus contribuciones importantes en el terreno del Estado, las alianzas, y el imperialismo. En cualquier caso, el estudio de estos cuatro campos también servirá para revisar la posición del marxismo al respecto, al menos hasta principios del siglo XX.

El partido leninista

La diferencia de Lenin con Marx en la cuestión del partido: Marx no piensa que el partido obrero pueda poseer algún rastro de exterioridad respecto de la clase misma, al revés, supone que es esa misma clase organizada políticamente en el punto en que adquiere conciencia de sus fines históricos. Es justamente esta identidad correlativa entre relación social y conciencia política la que cuestiona Lenin, introduciendo elementos ‘exteriores’ a la inmediatez de la vida corriente del trabajador o incluso a la espontaneidad de la lucha sindical de la clase. Lenin no niega que la base para una política obrera está dada por su extensión y fuerza social, sino que rechaza la opinión más o menos convencional de que es esa práctica social en los lugares de trabajo, en la lucha cotidiana, el ‘hacer’ cotidiano del proletariado el que elevará automáticamente su conciencia a objetivos socialistas.

Pasado y presente de la teoría socialista de partido.

Jorge Sanmartino y Pablo Socca

Empezaremos con el aspecto que más repercusiones tuvo en el seno del marxismo, el del plano organizativo, con su nueva concepción del partido revolucionario de profesionales. Haremos una comparación de las novedosas propuestas del leninismo en relación con las de Marx y Engels, y veremos las críticas que recibió de Rosa Luxemburgo. Para esta parte utilizaremos fundamentalmente un trabajo anterior realizado sobre los partidos comunistas en el que se analizaba la concepción del partido en el pensamiento marxista.¹⁹

El partido en Marx y Engels

Hay dos aspectos estrechamente relacionados a la hora de analizar el concepto de partido en la teoría de Marx y Engels: El primero tiene que ver con la manera mediante

19 Sánchez Rodríguez, Jesús, Los partidos comunistas.

la cual los trabajadores se elevan desde su experiencia concreta hasta la conciencia de clase que les transforma en un sujeto histórico colectivo que lucha por la transformación de la sociedad. El segundo aspecto se refiere a la propia concepción del partido obrero, y en concreto, al partido de los comunistas. Como veremos, la relación entre ambos aspectos viene dada por la propia coherencia del discurso.

En relación con la forma en que la clase trabajadora adquiere una conciencia revolucionaria son conocidas las dos posiciones que se han enfrentado en el seno del pensamiento marxista. Una de ellas sostiene que la clase trabajadora se eleva sin solución de continuidad desde sus experiencias concretas de explotación, opresión y lucha hasta adquirir conciencia clara de sus intereses como tal clase y plantearse la transformación radical de la sociedad. La otra posición, por el contrario, afirma que la clase trabajadora por sus propias fuerzas solo puede conseguir elevarse hasta una conciencia sindicalista, es decir, una conciencia que la hace luchar por mejorar lo máximo posible en el seno de la sociedad capitalista sin plantearse nunca su superación, lucha que no tiene por qué limitarse simplemente al terreno sindical o reivindicativo, sino que de hecho se extiende al terreno político pero sin plantearse en ningún momento reivindicaciones que tiendan a superar el marco del capitalismo; desde este punto de vista la conciencia revolucionaria solo puede ser introducida en el proletariado desde fuera, sea esta instancia exterior los filósofos, los intelectuales burgueses que han asumido la causa del proletariado, y cuya elaboración teórica es devuelta a los trabajadores en forma de conciencia socialista, o el partido de profesionales del que forman parte no solo los intelectuales sino también los trabajadores que han asimilado el marxismo

La posición de Marx va ser evolutiva respecto a este tema, como destaca Michael Löwy²⁰, al que seguiremos fundamentalmente en esta parte. Este autor indaga la evolución del pensamiento de Marx al respecto a través de sus obras y artículos. La posición de partida está contenida en el artículo *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel* publicado en los *Anales franco-alemanes* en febrero de 1844. En este artículo Marx sitúa el nacimiento del socialismo en la cabeza de los intelectuales; la filosofía, o los filósofos, son para Marx la cabeza de la revolución en la cual el proletariado es el “arma material”, el órgano de ejecución. Su tesis de este momento, a pesar de ser abandonada por el propio autor, va a entroncar primero con Kautsky y,

20 Michael Lowy, *La teoría de la revolución en el joven Marx*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1973

luego, lo que es más importante, con Lenin operándose una transformación, y lo que en Marx eran los filósofos en Lenin será el partido. Unos meses más tarde es patente el cambio de actitud en las *Glosas marginales sobre el artículo “El rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano”* publicadas por Marx en agosto de 1844; un acontecimiento que media entre ambos trabajos es el responsable de esta corrección, se trata de la rebelión llevada a cabo por los tejedores de Silesia. Con respecto a la *Introducción...* aparecen ahora tres elementos novedosos: por un lado, se cancela la separación entre pueblo y filosofía; en segundo lugar, el socialismo deja de aparecer como una teoría producto de las reflexiones de los filósofos para concebirse como resultado de una praxis y, por último, el proletariado aparece definitivamente como el elemento activo de la emancipación. Esta evolución ya ha terminado de asentarse en la *Ideología alemana*, obra conjunta de Marx y Engels escrita entre septiembre de 1845 y mayo de 1846, donde la toma de conciencia por el proletariado ahora aparece como el fruto de su propia praxis revolucionaria mediante un proceso escalonado en tres etapas: en principio, el proletariado se convierte en clase mediante su lucha contra la burguesía; dicha lucha le empuja a emplear procedimientos revolucionarios, aún cuando su acción no tienda conscientemente a poner en tela de juicio el régimen burgués; y finalmente es a través de esta práctica revolucionaria como nace y se desarrolla la conciencia comunista en el seno del proletariado. La conciencia revolucionaria de clase no es, pues, fruto de una reflexión teórica abstracta ni de los intelectuales ni de los obreros, sino que nace de la práctica de la lucha de clases. Pero no solamente es a través de la lucha continua por transformar sus condiciones de existencia como la clase trabajadora forma su conciencia política y llega a comprender la necesidad de la revolución, sino que es mediante el propio proceso revolucionario como los hombres se transforman: “la revolución no es solo necesaria porque la clase dominante no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase que derriba salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases.”²¹

Para Löwy esta nueva concepción de la relación entre el proletariado y la teoría comunista supone una autocrítica de las posiciones anteriores del propio Marx.

Por lo que respecta a la posición de Marx en relación con el partido de los comunistas propiamente dicho hay que distinguir por un lado las reflexiones contenidas en los

21 C. Marx y F. Engels, *La ideología alemana*, en Obras escogidas, Tomo I, Ed. Progreso, Moscú, 1981

diferentes documentos, en las que se pueden encontrar elementos contradictorios, y su propia actuación práctica que va a servir para aclarar esas contradicciones. El partido comunista no es objeto en la obra de Marx de ninguna explicación analítica, de ningún estudio sistemático; solo se pueden encontrar fragmentos en su obra haciendo alusión a este tema, cuya impresión final es la de que no existe un concepto uniforme del partido y que más bien se refiere a dos concepciones distintas del mismo. De todas maneras, y tal como apunta Claudín al que seguiremos para desarrollar esta parte, Marx y Engels participan del concepto ambiguo que el término partido tenía a mediados del siglo XIX: “Lo mismo designa una organización estructurada de modo estricto, como la Liga, que un conjunto poco conexo de elementos con más o menos afinidades ideológico-políticas, como eran los partidos mencionados en el *Manifiesto*, que la tendencia representada por una publicación (el partido de *La Réforme* por ejemplo), que los seguidores de una personalidad (el partido de Marx, se empezará a decir durante la revolución), que una clase o fracción de clase, tomada en su comportamiento frente a las otras, etc.”²²

La primera concepción sería la de partido-clase, es lo que expresa el *Manifiesto* cuando dice: “Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político...”, es decir, el proletariado como tal clase actuando como partido frente a las otras clases que también se conducen como partidos, este es el significado de expresiones como “el partido de la burguesía”, con la cual no se refiere a ninguna organización determinada sino a la actuación de la burguesía como tal clase. En este sentido se trata de una noción amplia que trasciende a las diversas organizaciones concretas que en cada momento histórico puedan expresar la tendencia histórica a la emancipación de los trabajadores, se trata también del “conjunto de formas de organización y de acción, ideológicas, políticas, sindicales, culturales, en que se manifiesta la iniciativa histórica del proletariado en su lucha contra la burguesía y por un nuevo tipo de sociedad.”²³

La segunda concepción es la de partido-organización, que es a lo que se refiere cuando hace alusión a diferentes partidos obreros de la época como los cartistas o al propio partido de los comunistas, organizaciones que engloban a una fracción de la clase trabajadora en torno a un programa de acción; la Liga de los Comunistas sería entonces el partido de los que se organizan en torno al programa del *Manifiesto*.

22 Fernando Claudín, *Marx, Engels y la revolución de 1848*, Siglo XXI de España, Madrid, 1975, pág. 71
23 Ibid, pág. 50

Tampoco en este sentido la posición de Marx está exenta de contradicciones; en el *Manifiesto* se pueden encontrar dos fragmentos objeto de controversia, de un lado se indica que “Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros” y por otro se añade que: “Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario”. Para poder entender su significado es necesario referirse a las condiciones concretas de los comunistas en 1848 con relación al movimiento obrero y al modelo de partido obrero que Marx tiene a la vista, el cartismo inglés, al que junto con la Asociación Nacional de la Reforma de Estados Unidos considera como los únicos partidos obreros de la época. Por otro lado, los comunistas se organizaban en la Liga de los Comunistas y mantenían estrechas relaciones con la Fraternal Democrats que simpatizaba con las ideas de Marx y Engels. Pero esta organización a partir de su organización formal en 1847 se había convertido prácticamente en un partido dentro del partido cartista. Esta experiencia concreta es la que está detrás de los dos fragmentos anteriores y la que permite a Löwy extraer la conclusión de que: “el partido comunista no debe de organizarse al lado, o en lugar de, sino en el partido proletario, en su calidad de “fracción” más resuelta y más consciente. En otros términos, los comunistas deben constituir un partido en el partido obrero...”²⁴.

La conclusión que cabe extraer tanto de sus aportaciones escritas como de su práctica es la de que, por un lado, Marx y Engels concebían al proletariado en cuanto clase, y no a un partido en concreto, como el protagonista de la acción revolucionaria, y que por otro lado consideraban que la “instrucción” del proletariado con vistas a la revolución constituía para los comunistas la tarea fundamental, para lo que no era estrictamente necesario la existencia de una organización comunista. El tema concreto de la organización lo plantean como una cuestión que debe resolver el proletariado mismo en la práctica, fruto de la propia lucha de clases, no siendo función de los comunistas el sustituir las formas políticas que este proceso vaya tomando históricamente; la aportación crucial de los comunistas es poner a disposición del proletariado su “ventaja teórica” para el esclarecimiento del proceso de lucha de clases, de los intereses y objetivos del proletariado, y de esta manera poder emanciparlos de la tutoría ideológica

24 M. Lowy, op. cit. pág. 227

y política de la burguesía. La interpretación del partido-clase se impone claramente sobre la del partido-organización.

El partido en Lenin

Las características definitorias de los partidos comunistas hay que buscarlas no en Marx, sino en la organización del partido bolchevique, en cuyo líder indiscutido se encuentran los argumentos teóricos, las justificaciones últimas que legitimen el modelo concreto que terminó cristalizando en el PCUS.

La teoría del partido revolucionario se encuentra recogida fundamentalmente en tres documentos de Lenin: *¿Qué hacer?*, *Un paso adelante, dos pasos atrás*²⁵ y *Carta a un camarada*, completados con otras intervenciones posteriores. Hay quienes han querido ver una línea evolutiva en su pensamiento relacionado con este tema, pero lo cierto es que a pesar de algunas matizaciones coyunturales, el esquema desarrollado en *¿Qué hacer?* es el que prevalecerá definitivamente sin ninguna duda. No se pueden considerar representativas las inclinaciones de Lenin a raíz de la revolución de 1905. La creación espontánea de soviets, las movilizaciones de masas, le llevan a inclinarse por un partido abierto, de masas, dotado de un carácter obrerista, espontaneísta y antiintelectualista. En esos momentos Lenin se refiere a la toma de conciencia de las masas a través de su propia práctica revolucionaria. Pero se trata de una intervención coyuntural que no invalida su concepción fundamental del partido.

A principios de siglo se inicia una etapa en la que tomando como base la redacción del periódico *Iskra* en el exilio londinense -que le va a servir a Lenin para elaborar su teoría e impulsar la creación del partido- se caracteriza por la lucha teórica contra los economistas. Lenin enfatiza la organización de revolucionarios profesionales obligado por el trabajo en la clandestinidad, su visión se vuelve vanguardista, concibiendo el partido como una organización separada del medio que la rodea, pero unida a las masas, atenta a sus formas de lucha y a sus innovaciones, en lo que se denomina “relaciones dialécticas con las masas dentro de una praxis revolucionaria”²⁶. La fundamentación

25 V.I. Lenin, *¿Qué hacer?* y *Un paso adelante, dos pasos atrás*, en *Obras escogidas Tomo II*, Editorial Progreso, Moscú, 1975

26 J.B. Fages, *Introducción a las diferentes interpretaciones del marxismo*, Ed. Oikos-tau, Barcelona, 1976, pág. 28

teórica de esta concepción del partido se encuentra en la mencionada distinción entre dos formas de conciencia de clase en el proletariado. Por un lado se encontraría un tipo de conciencia espontánea que nunca puede elevarse más allá del tradeunionismo, nacida de las propias experiencias del proletariado; se trata de una conciencia reformista que en consecuencia no se plantea la transformación comunista de la sociedad. Por otro lado, se encuentra la conciencia socialdemócrata elaborada por los intelectuales socialistas e introducida en el movimiento obrero a través de un combate contra las tendencias espontaneístas y sindicalistas del proletariado.

Como se ha visto, este esquema estaba presente en el primer Marx, aunque luego fue abandonado, y pasa a través de Kautsky a Lenin que lo aplica de manera práctica en la construcción del partido bolchevique. En consecuencia, el partido se afirma como la fracción consciente del proletariado, su vanguardia, que aporta la lucidez política frente al simple instinto de clase

La lucha en el plano ideológico y político contra el “oportunismo” es a la vez una lucha en el plano organizativo contra lo que Lenin denuncia como “culto a la espontaneidad” que para él supone el sometimiento de la conciencia a la espontaneidad, es decir, que la vanguardia vaya a la zaga del movimiento. Para Lenin, el culto a la espontaneidad del movimiento obrero es una manera de dejar a éste desarmado frente a la influencia de la ideología burguesa.

Se trata, en definitiva, de una concepción ultracentralista de organización donde el máximo órgano, el Comité Central, concentra la dirección política e ideológica, se encarga de organizar a los órganos inferiores, de nombrar a los responsables y de “dar trabajo a todos”. Como en un “Estado Mayor” o como un “director de orquesta”, el Comité Central es el impulsor de la actividad revolucionaria. Construido el partido de arriba hacia abajo, son prescritos en su seno el democratismo y el autonomismo, como patrimonio de las corrientes oportunistas. La vida interna del partido debe regirse por una disciplina de hierro para la que los obreros han sido preparados en la escuela de la fábrica. Es desde luego una de las posibles interpretaciones organizativas de la concepción de Marx, pero desde luego no la más fiel al pensamiento que este último tenía sobre la organización, en el que predominaba la idea del partido-clase, la organización de abajo hacia arriba y el papel esclarecedor por parte de los comunistas, no como partido dirigente.

El modelo de partido leninista era una innovación inicialmente situada en el plano de la técnica de la revolución que, sin embargo, tendría consecuencias más profundas en cuando condicionaría la propia concepción y naturaleza de la transición al socialismo y las instituciones para llevarla a cabo. Así lo que, a primera vista, solo parecería una opción organizativa tomada en cuenta en relación con las condiciones concretas de la lucha contra un régimen autocrático, se convirtió en un elemento que transformó la concepción de la etapa de transición e, incluso, la de la propia sociedad comunista a alcanzar. Difícilmente Marx y Engels, ni seguramente el propio Lenin, hubiesen podido concebir que una opción de tipo técnico como es ésta pudiese tener unas consecuencias tan profundas en la teoría y el proyecto comunista.

Se trataba de una ruptura importante respecto al modelo de partido de masas orientado a la actividad parlamentaria, dominante en la segunda internacional. La razón de esta ruptura radicaba en las condiciones concretas en que se desenvolvía la lucha contra la autocracia zarista. Ésta impedía el funcionamiento de un partido de masas y una práctica interna democrática.

No obstante, el modelo leninista de partido comparte con el modelo socialdemócrata de la época dos rasgos importantes, su inclinación por el centralismo como forma de organización, y la concepción de que representaba la conciencia socialista externa del proletariado. Con la diferencia de que estos dos rasgos son agudizados en el partido leninista, por un lado con la creación de un partido ultracentralizado y, por otro lado, adoptando el papel de sustituto de la clase obrera después de que ésta fuese diezmada tras la guerra civil que siguió a la revolución. Con estas concepciones se negaba una de los puntos esenciales del marxismo clásico, la que afirmaba que la emancipación de los trabajadores debería ser obra de los trabajadores mismos. La consecuencia es que esa auto-emancipación daba paso a una especie de paternalismo revolucionario mediante el cual sería el partido el que lograría la emancipación de la clase trabajadora. ¿Había sido Marx demasiado optimista, incluso utópico, al apuntar a la auto-emancipación, o era Lenin un revolucionario práctico que había diseñado la mejor herramienta y estrategia para alcanzar el poder, aunque eso se alejase de la auto-emancipación?

El contrapunto a la concepción leninista de la organización en el campo marxista no solamente es respecto a la concepción dominante en la socialdemocracia, con la que comparte, como hemos visto, algunos postulados clave, sino con otra concepción

minoritaria cuyo mejor representante es Rosa Luxemburgo. Pero también hay una clara ruptura con las concepciones originales de Marx y Engels como hemos podido comprobar.

Acabaremos este tema recogiendo la opinión de un autor actual al respecto. Atilio Borón ensaya una interpretación forzada sobre el planteamiento organizativo leninista según la cual, en realidad Lenin habría evolucionado desde sus posiciones contenidas en *¿Qué hacer?*: "Como es bien sabido, luego de haber redactado un texto tan importante sobre los problemas de la organización de las fuerzas populares Lenin nunca retomó explícitamente esta problemática. Este silencio es tan resonante como sus palabras. Nuestra interpretación, expuesta de manera abreviada, es la siguiente: el *QH* fue la respuesta a un momento especial en el desarrollo de la lucha de clases en Rusia. Luego del estallido de la revolución de 1905 y la modesta apertura política decretada por el zarismo, la sola idea de un partido clandestino y organizado de manera ultracentralizada cayó en la obsolescencia. La dialéctica histórica rusa dio origen a la aparición de una nueva forma política, los soviets, que asumieron una centralidad que nadie había siquiera sospechado pocos años antes y que acabó por desplazar a la que hasta entonces tenía reservada el partido. Es más que significativo el hecho de que en las jornadas que se extienden entre febrero y octubre de 1917 Lenin casi no hace mención alguna a la cuestión del partido en las vísperas mismas de la revolución. Con su certero instinto sabía que el protagonismo pasaba por los soviets y no por el partido. Que este tenía una misión que cumplir, pero que el ritmo y la dirección del proceso revolucionario estaban dictados por los soviets y que las tareas del partido sólo adquirirían sentido y gravitación al interior de los soviets y no desde fuera o desde adelante."²⁷

Esta interpretación es difícil de sostener, se puede interpretar como hace Borón esos silencios, pero nunca hubo una rectificación explícita al respecto. No obstante, incluso aunque fuese cierta esta interpretación, lo único que demostraría es que las ideas iniciales de Lenin respecto a la organización habrán calado de tal manera en el partido bolchevique, que habrían persistido pese a Lenin y se transformarían en el modelo que se impondría sobre los partidos de la tercera internacional.

²⁷ Borón, Atilio, Actualidad del *¿Qué hacer?*, pág. 22

El partido en Rosa Luxemburgo

Una de las críticas más importantes hechas al tipo de partido propuesto por Lenin proviene de quien se puede considerar la representante de una corriente diferente pero dentro del marxismo revolucionario, Rosa Luxemburgo. La revolucionaria polaca, dirigente del Partido Socialdemócrata Alemán, condensa la interpretación marxista que, sin negar el papel del partido, pone el énfasis en la espontaneidad del movimiento obrero. Las concepciones organizativas que sostiene Rosa Luxemburgo fueron expuestas tanto en los artículos que publicó en los años 1903 y 1904 como en algunas de las obras que editó y se caracterizan por su oposición frontal a la concepción propugnada por Lenin, poniendo, al contrario que éste, el énfasis en la iniciativa y capacidad revolucionaria de las masas, sin llegar a elevar al espontaneísmo en un principio absoluto.

La diferencia se sitúa ya en el punto de partida, en la manera en cómo se concibe la toma de conciencia de clase por los trabajadores, para Rosa Luxemburgo esta conciencia es fruto sobre todo de la acción directa y autónoma del proletariado, de la experiencia de sus luchas revolucionarias y no de su introducción desde fuera a través de la propaganda socialista por los intelectuales o el partido. Su concepción se muestra más fiel al legado de Marx en torno a la teoría de la revolución y de la toma de conciencia de clase. La conciencia revolucionaria no puede ser enseñada, su generalización en las masas es consecuencia de la propia acción revolucionaria en el transcurso de la cual se opera el cambio masivo de los hombres.

Rosa Luxemburgo rechaza tajantemente la separación entre el núcleo dirigente socialista enmarcado en el partido y la masa de trabajadores y considera como una tarea de la socialdemocracia el suprimir la división entre dirigentes y dirigidos como única manera de conseguir la emancipación de la clase trabajadora.

Sobre la base de estas concepciones se pueden condensar las críticas vertidas por Rosa Luxemburgo²⁸ al modelo leninista del partido en los siguientes puntos:

El tipo de organización propugnada por Lenin es ultracentralista, basada en dos principios: por una parte, en la radical separación entre la “tropa organizada de los revolucionarios manifiestos y activos” respecto del medio que les rodea, no organizado

28 Rosa Luxemburgo, *Democracia y centralismo*, en Kurt Lenk y Franz Neumann, *Teoría y Sociología Críticas de los Partidos Políticos*, Ed. Anagrama, Barcelona 1980

pero revolucionariamente activo; y por otra parte, en la “rígida disciplina y la intervención directa, decisoria y determinante del órgano central en toda la vida de las organizaciones locales del partido”. Rosa Luxemburgo no niega los rasgos característicamente centralistas de la organización socialdemócrata por la necesidad de soldar en un partido unitario a la clase obrera que debe luchar en el seno de un Estado burgués centralizado, pero considera que más importantes que las exigencias formales de toda organización son las condiciones específicas de la lucha proletaria y que la organización socialdemócrata está calculada para la organización y acción directa autónoma de las masas.

Crítica a Lenin el trasponer mecánicamente los principios de organización jacobino-blanquistas al movimiento socialdemócrata. El blanquismo se basaba en la conjura de una minoría decidida que culminaba su acción en un golpe de mano revolucionario, en la que una organización central con amplios poderes decidía toda la actividad. Rosa Luxemburgo entiende que en la acción socialdemócrata, organización, ilustración y lucha son sólo aspectos diferentes de un mismo proceso y no momentos separados como en el movimiento blanquista. Por ello rechaza que pueda existir ninguna táctica de lucha fija, “previamente establecida y detallada, en la cual puedan ser instruidos por el Comité Central los miembros de la socialdemocracia”. La táctica de lucha de ésta no es “inventada”, sino el resultado de la serie de actos creadores de la lucha de las clases experimentadora. También aquí, concluye Rosa Luxemburgo, lo inconsciente procede a lo consciente, la lógica del proceso histórico objetivo a la lógica subjetiva de sus portadores. Si la táctica de la socialdemocracia es creada no solo por la organización, sino por todo el movimiento, entonces cada una de las organizaciones del partido necesita de la libertad de movimiento que solo es posible si se desarrolla la iniciativa revolucionaria.

En oposición a la creación revolucionaria de las masas, el ultracentralismo que propugna Lenin aparece regido por un estéril espíritu de guardián. El curso de su pensamiento está cortado por el posterior del control de la actividad del partido y no sobre el aprovechamiento fructífero, sobre la restricción y no sobre el despliegue, sobre un trato vejatorio del movimiento y no sobre su concentración.

Crítica igualmente la peligrosa concepción de la disciplina de Lenin entendida como una transposición de la disciplina inculcada a la clase trabajadora en la sociedad

burguesa por medio de las fábricas, escuelas o cuarteles de manos de la burguesía y el Estado capitalista a su Comité Central. Considera este tipo de disciplina completamente antagónica de otra basada en la “coordinación voluntaria de las acciones políticas conscientes de una capa social”.

Rosa Luxemburgo rechaza el argumento principal de Lenin para su organización ultracentralista, el de ser un arma contra el oportunismo, más inclinado al autonomismo y el rechazo de la disciplina, pues el oportunismo, precisamente por ello mismo, tiene como único principio también en cuestiones de organización la carencia de principios, y en consecuencia elige sus medios, en cada circunstancia, según convenga a sus objetivos. Y en una situación en que los sectores revolucionarios no están asentados y el propio movimiento es indeciso, la tendencia organizativa adecuada al oportunismo académico es el centralismo despótico, concluyendo en que nada entrega con más facilidad a un joven movimiento obrero a los apetitos de dominación de los académicos como encerrarlo en la coraza de un centralismo burocrático, que degrada a la clase obrera en lucha a simple herramienta de un comité.

La teoría del Estado leninista

¿Qué ocurrió los meses y años posteriores hasta 1924, cuando ya puede hablarse sin rodeos de un poder dictatorial y burocrático en detrimento de la autoorganización de las masas? Recordando sólo algunos de los más importantes y abarcadores postulados de Estado y Revolución -por caso, la sustitución del aparato estatal por un "semi-Estado" u organización social de nuevo tipo, y el paso del "gobierno de los hombres" a la "administración de las cosas"- podemos observar cuán débil resultó la transformación en este sentido.

Estado y marxismo. Un siglo y medio de debates

Hernán Ouviña y Martín Cortés (Mabel Thwaites Rey, compiladora)

La importancia de la teoría leninista sobre el Estado radica en el papel fundamental que el dirigente ruso va a jugar en el triunfo de la primera revolución comunista triunfante y en la articulación del Estado proletario que se levantó a partir de dicho éxito, pero también porque, además de dirigente político, Lenin fue un prolífico escritor cuya doctrina ha pesado de manera fundamental en el desarrollo posterior del movimiento comunista. En el tratamiento teórico del tema del Estado, Lenin se va a apoyar en las contribuciones anteriores de Marx y Engels pero, como también en otros aspectos, procederá a introducir innovaciones de gran calado que terminarán definiendo muchos de los aspectos prácticos de la lucha revolucionaria que los dos autores citados tocaron más superficialmente, como el tema del partido, la conciencia de clase, la estrategia a seguir o las características del Estado, estando todos estos aspectos íntimamente relacionados en su tratamiento.

Como veremos a continuación, en el tema del Estado se produjo una clara ruptura o desmentido entre las tesis leninistas mantenidas antes de la revolución, y que quedan claramente recogidas en su obra *El Estado y la revolución*, y las plasmaciones concretas que los bolcheviques realizaron una vez conquistado el poder, sin que en ningún momento ni Lenin ni sus seguidores procedieran a una evaluación de estas

contradicciones y una explicación de los desmentidos prácticos. Eso hubiese significado profundizar en una teoría de Estado marxista, lo que nunca ocurrió. Al contrario, a pesar de la evolución del Estado en la Unión Soviética, el texto citado de Lenin siguió conservando un gran predicamento entre las generaciones posteriores de comunistas. En esta sección nos vamos a ocupar de las contribuciones teóricas aportadas por Lenin sobre el Estado, para una visión más amplia y compleja sobre el Estado desde el marxismo, en el seno de un estudio más amplio sobre el Estado, se puede consultar una obra anterior, *Sociedad de clases, poder político y Estado*.²⁹

En los textos fundamentales sobre el Estado escritos por Lenin, y a los que nos vamos a referir a continuación, se mezclan dos argumentos, los que utiliza para criticar a los Estados capitalistas, y los que emplea para defender la dictadura del proletariado. Estos textos son dos³⁰, “el primero es su obra *El Estado y la revolución* escrito desde la clandestinidad entre agosto y septiembre de 1917 en el cual las posiciones que se sustentan son continuamente apoyadas en citas de Marx y Engels, especialmente de este último, con el objeto, precisamente, de demostrar que sus posiciones eran las correctas desde el punto de vista marxista. El segundo es *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* escrito en noviembre de 1918 en plena guerra civil rusa y justo cuando se iniciaba un levantamiento obrero en Alemania con la creación de consejos obreros por todo el país. Se trata de una respuesta, en tono violento, al texto de Kautsky *La dictadura del proletariado*, aparecido ese mismo año criticando la estrategia y la táctica de los bolcheviques.

Toda la articulación del pensamiento leninista pretende situarse en la misma línea estrictamente pragmática del marxismo, huyendo de cualquier pensamiento utópico, del cual Marx hizo una crítica sin concesiones, aspirando a establecer su línea política sobre la base de las experiencias históricas. Sin embargo esta pretensión era difícil de conseguir.

Un pilar básico de la teoría marxista es la convicción de que la superación de la sociedad capitalista supone la desaparición no solo de las clases sociales, sino de toda necesidad de coacción. La certidumbre de que el mecanismo estatal, cuya naturaleza es

29 Sánchez Rodríguez, Jesús, *Sociedad de clases, poder político y Estado*,

<http://miradacrtica.blogspot.com.es/2016/11/sociedad-de-clases-poder-politico-y-9.html>

30 Toda la discusión que sigue a continuación de manera entrecomillada corresponde al estudio realizado sobre Lenin y el Estado y contenido en mi tesis doctoral: *Teoría y práctica democrática en el PCE 1956-1982*, págs.69 -77

la represión de las clases subordinadas, ha llegado a un punto tal en que las tareas burocráticas necesarias para la sociedad son de tal naturaleza que pueden ser desempeñadas sin apenas dificultad por la gran mayoría de la sociedad, y que por tanto la desaparición del Estado es un hecho inexorable tras la conquista del poder por el proletariado. Ninguna experiencia histórica podía avalar esta suposición, solo la breve experiencia de la Comuna de París, realizada en condiciones muy difíciles, ofrece un débil punto de apoyo y a él se van a aferrar tanto Marx como, de manera especial, Lenin para huir de la acusación de utopismo en sus propuestas sobre la futura sociedad. Después de Lenin se van a acumular diversas experiencias revolucionarias, precisamente para desmentir una gran parte de sus posiciones teóricas al respecto, pero la veta del marxismo que representó quedó fosilizada en torno a la denominación de «marxismo-leninismo» con la cual se recubrió la dominación stalinista [...]

Lenin marca la diferencia con el reformismo socialdemócrata, representado sobre todo por el partido alemán, en *El Estado y la revolución*³¹ en torno al problema clave del Estado. La premisa de partida es la característica represiva del Estado, de todo Estado sin excepción, incluido el que necesita el proletariado en la fase de transición, se trata sin duda de un instrumento de coacción que utiliza la clase dominante para mantenerse en el poder. De esta tesis se derivan dos conclusiones, primera que es necesario destruir el Estado burgués mediante la revolución para poder iniciar la transición socialista y que para esta transición, para ejercer el poder, el proletariado necesita un Estado propio, la dictadura del proletariado. De tal manera estas conclusiones son importantes para Lenin, que marcan la principal diferencia con la corriente socialdemócrata de la Segunda Internacional, expresándolo de manera tajante en la sentencia de que «marxista sólo es el que hace extensivo el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la dictadura del proletariado».

El carácter de instrumento que tiene el Estado para ejercer la dictadura por parte de la clase que esté en el poder no tiene nada que ver con la forma política que adopte, sea ésta la de una monarquía despótica o el de una república democrática. Lenin es explícito cuando afirma que «democracia es el Estado que reconoce la subordinación de la minoría a la mayoría, es decir, una organización llamada a ejercer la violencia sistemática de una clase contra otra». Esto supone que cualquier democracia, sea cual sea el nivel de desarrollo que haya alcanzado, como tal forma de Estado desaparecerá en

31 Salvo mención contraria las citas utilizadas a continuación son de la obra *El Estado y la revolución*

la sociedad comunista, porque «la democracia no es, en modo alguno, un límite insuperable, sino solamente una de las etapas en el camino del feudalismo al capitalismo y del capitalismo al comunismo».

El segundo equívoco que rechaza Lenin en el tema de la democracia es su concepción como forma general, como forma pura, la democracia es siempre de clase, y de esta manera se referirá siempre a la democracia burguesa y a la democracia proletaria. A partir de esta aclaración inicia una crítica demoledora de la democracia existente, la burguesa, que le lleva a afirmar que «cuanto más desarrollada y pura es la democracia, tanto más franca, aguda e implacable se hace la lucha de clases, tanto más pura se manifiesta la opresión por el capital y la dictadura de la burguesía. En las repúblicas más democráticas imperan de hecho el terror y la dictadura de la burguesía»³².

Apoyándose en Engels, Lenin viene a afirmar que la democracia es el tipo de Estado más adecuado y seguro para que la burguesía ejerza su poder: «La omnipotencia de la 'riqueza' es más segura en las repúblicas democráticas porque no depende de la mala envoltura política del capitalismo». De la misma manera descalifica la función del sufragio universal bajo la dominación de la burguesía, que solo puede servir para medir la madurez de la clase obrera.

La explotación de una clase por otra en la que se basa la sociedad capitalista implica que el democratismo de cualquier república burguesa lo sea solo para una minoría, la de los explotadores. Lenin asimila la libertad que existe en estas repúblicas a la que existía en las repúblicas griegas: «libertad para los esclavistas».

Como en Marx, Lenin acusa a la igualdad que representa la democracia de ser solo una igualdad formal, porque «bajo el capitalismo, la democracia se ve coartada, cohibida, truncada, mutilada por todo el ambiente de la esclavitud asalariada, por la penuria y la miseria de las masas».

Esta crítica de Lenin a la democracia burguesa es fruto de dos circunstancias concurrentes, la ausencia de cualquier tradición democrática en Rusia que obligaba a una dura lucha clandestina contra la autocracia zarista, y la necesidad de apartar a la clase trabajadora de la influencia de los partidos de la Segunda Internacional, responsables a los ojos de las corrientes revolucionarias de la época de la traición a los

32 Lenin, Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado, en Gabriel Albiac, El debate sobre la dictadura del proletariado, Ediciones De la Torre, Madrid, 1976, pág. 135

ideales socialistas con el estallido de la primera guerra mundial. Pero dicha crítica se detiene en estos términos y no llega a mostrar la indiferencia total de los anarquistas ante la forma del Estado burgués. Muy al contrario, Lenin si toma en consideración las distintas formas que puede adoptar la dominación burguesa y la ventaja que representan para la organización de la clase trabajadora, reconociendo que la democracia burguesa es «la mejor forma de Estado para el proletariado bajo el capitalismo». Evidentemente se trata de una visión instrumentalista de la democracia en cuanto utilidad para conseguir su propia destrucción como Estado burgués: «Una forma de lucha de clases y de opresión de clases más amplia, más libre, más abierta, facilita en proporciones gigantescas la misión del proletariado en la lucha por la destrucción de las clases en general».

La destrucción del Estado burgués, incluso bajo su forma de república democrática, solo puede realizarse de forma violenta. Lenin descarta cualquier posibilidad de evolución pacífica a través de la utilización de las instituciones para alcanzar el comunismo, sostiene que «sería una solemne necedad creer que la revolución más profunda de la historia de la humanidad, el paso del poder de manos de la minoría explotadora a manos de la mayoría explotada puede producirse en el viejo marco de la vieja democracia burguesa, parlamentaria, sin los cambios más radicales, sin crear nuevas formas de democracia, nuevas instituciones que encarnen las nuevas condiciones de su aplicación». No cabe imaginar que un desarrollo progresivo y tranquilo de una democracia cada vez mayor pueda llevar al comunismo, es necesaria la dictadura del proletariado porque solo así se puede romper la resistencia de los explotadores capitalistas.

Lenin matiza la utilización de dos términos diferentes en las obras de Marx en torno a la manera de acabar con el Estado, estos términos son destrucción y extinción. El primero corresponde a la manera de acabar con el Estado burgués, pero a éste le sustituirá un Estado proletario mediante el cual ejercerá el poder durante la etapa de transición al comunismo, es la dictadura del proletariado, y este Estado es el que se extinguirá según vaya perdiendo importancia sus funciones. Así pues, para Lenin la doctrina auténtica del marxismo en este punto afirma que el Estado burgués es destruido mediante una revolución violenta: «la necesidad de educar sistemáticamente a las masas en esta, precisamente en esta idea sobre la revolución violenta, es algo básico en toda la doctrina de Marx y Engels».

La dictadura del proletariado tiene la misma justificación que el resto de las dictaduras de clase: «la necesidad de aplastar por la fuerza la resistencia de la clase que pierde la dominación política», pero la diferencia radical que las separa de la dictadura de otras clases es que mientras que estas han servido para reprimir a la inmensa mayoría de la población, la dictadura del proletariado servirá para romper la resistencia de la minoría de explotadores. La segunda justificación que Lenin aduce en defensa de la necesidad de un instrumento de poder en manos del proletariado, rechazando la abolición inmediata del Estado que preconizan los anarquistas, es su necesidad para «dirigir a la enorme masa de la población, a los campesinos, a la pequeña burguesía, a los semiproletarios, en la obra de ‘poner en marcha’ la economía socialista». La tercera justificación de la dictadura del proletariado proviene del hecho de que en la etapa de transición al comunismo el derecho burgués no se suprime totalmente, abolido con relación a la propiedad de los medios de producción al pasar estos a ser de propiedad colectiva, sin embargo el derecho burgués persistirá como regulador de la distribución de los productos y del trabajo entre los miembros de la sociedad que seguirá siendo desigual en tanto no se alcance el comunismo, su persistencia pues, presupone la de «un Estado burgués sin burguesía».

Pero este nuevo Estado desde el cual el proletariado impulsará la transición al comunismo es de características diferentes de los Estados existentes hasta ese momento, de tal manera que Lenin apoya la propuesta de Engels en el sentido que ya no se denomine con el mismo nombre a lo que por naturaleza debe ser distinto, y en vez de Estado prefiere que se le denomine Comunidad: «la democracia, llevada a la práctica del modo más completo y consecuente que puede concebirse, se convierte de democracia burguesa en democracia proletaria, de un Estado en algo que ya no es un Estado propiamente dicho». El Estado del proletariado va a ser, pues, una democracia mucho más amplia, no falseada como la burguesa, significa a la vez una «enorme ampliación del democratismo, que por vez primera se convierte en un democratismo para los pobres [...] y una serie de restricciones puestas a la libertad de los opresores». Pero la verdadera democracia no será alcanzable hasta la etapa superior del comunismo en que con la extinción del Estado habrá desaparecido todo rastro de coacción: «Cuando ya no exista ninguna clase social a la que haya que mantener en la opresión (...) no habrá ya nada que reprimir ni hará falta, por tanto, esa fuerza especial de represión, el Estado».

Hay dos razones fundamentales por las que Lenin cree que debe producirse una expansión de la democracia en la dictadura del proletariado, la primera es por la propia características de la represión que se debe llevar a cabo, ésta debe ser ahora de la inmensa mayoría del pueblo contra una minoría de explotadores, y para ello «el pueblo puede reprimir a los explotadores con una ‘maquina’ muy sencilla, casi sin ‘máquina’, sin aparato especial». La segunda razón es que el burocratismo, propio del Estado burgués, comienza a desaparecer al participar la mayoría de la población «no solo en las votaciones y en las elecciones, sino también en la labor diaria de la administración. Bajo el socialismo, todos intervendrán por turno en la dirección». Lenin estaba convencido de que en su evolución el capitalismo había desarrollado un «mecanismo de gestión social» altamente perfeccionado del cual una vez suprimidos los «parásitos» que le controlaban podía ser perfectamente puesto en marcha por los trabajadores.

Aparte de expresar estas convicciones sobre el desarrollo de la futura sociedad, no basadas en ninguna experiencia histórica concreta, hay pocas indicaciones más en la obra de Lenin en torno al funcionamiento del Estado proletario. Una de ellas es el mantenimiento de las instituciones representativas y electivas pero suprimiendo el parlamentarismo - como división del trabajo legislativo y ejecutivo - para transformarlo en «corporaciones de trabajo» en la que los representantes «tienen que ejecutar ellos mismos sus leyes, tienen que comprobar ellos mismos los resultados, tienen que responder directamente ante sus electores». A esta supresión de la división de poderes Lenin añadirá más tarde, ya realizada la revolución, «la sustitución de las circunscripciones electorales por entidades de producción como son las fábricas»³³. En este sentido es difícil sostener que Lenin defendiese como propio de la democracia proletaria la democracia directa.

También se muestra Lenin abierto a la pluralidad de formas políticas en la transición del capitalismo al comunismo con tal de que su esencia sea la de una dictadura del proletariado, es decir, que el proletariado controle el poder del Estado. En este sentido la forma soviética no sería más que la forma concreta tomada en Rusia, pero que no tendría por qué ser necesariamente igual en todas partes.

33 Lenin, *Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado*, Ibídem, pág. 140

En *La revolución y el renegado Kautsky*³⁴ se mantiene la misma línea que un año antes en *El Estado y la revolución* pero con un tono más agresivo y ofensivo. A la polémica por establecer quién representa la legítima continuidad del marxismo y quien es el impostor, al esfuerzo por desacreditar a la socialdemocracia ante los obreros europeos con objeto de iniciar la revolución en Europa, ahora se añade la justificación de algunas de las medidas tomadas en los primeros meses de la revolución y que han sido criticadas por Kautsky en la obra mencionada.

Por oposición a la vía bolchevique, el que había sido el teórico marxista más importante de la segunda internacional y que había representado la línea ortodoxa revolucionaria frente al revisionismo de Bernstein, expone en *La dictadura del proletariado* una vía al socialismo cuya característica fundamental es la irrenunciabilidad a la democracia. Para Kautsky la transición al socialismo puede ser pacífica ó requerir la violencia según diversos factores, pero no cabe imaginarse ni el socialismo ni el período transición sin democracia. Además considera que la noción de dictadura del proletariado es marginal en la obra de Marx y Engels en la que apenas es empleada y en todo caso no significa la supresión de la democracia, sino su ampliación. En la concepción de Kautsky la revolución es entendida como un largo proceso que se extiende en el tiempo de manera pacífica y para lo cual no sólo no es necesaria la guerra civil, sino que ésta, lo mismo que la guerra interestatal, se convierte en su peor enemigo.

Su crítica a la revolución bolchevique no es sólo por la forma voluntarista y violenta que adoptó, sino por querer elevar a la categoría de teoría de validez general su experiencia concreta.

La respuesta de Lenin va a profundizar en algunos aspectos discutidos en *El Estado y la revolución*: en la crítica al Estado democrático burgués, en la superioridad de la democracia proletaria, en el carácter necesariamente violento de la revolución y en una medida polémica tomada por los bolchevique, la disolución de la Asamblea Constituyente.

En su crítica de la democracia burguesa Lenin se muestra desdeñoso del procedimentalismo que acompaña a los procesos electorales e insiste en su visión instrumentalista y limitada: es el marco donde es posible realizar «El trabajo

34 Las citas utilizadas a continuación son de la obra de Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1972

preparatorio de la revolución proletaria, la instrucción y formación del ejército proletario», pero cuando se plantea la batalla decisiva ese marco queda inservible y aferrarse a él, encerrar al proletariado en su seno es entonces traicionar la causa proletaria, «ser un renegado».

Una vez más insiste, no cabe la revolución pacífica, ésta es necesariamente violenta, es una ley histórica de las revoluciones que como todas las leyes tiene sus excepciones y una de ellas fue la situación existente en la década de los setenta del siglo XIX en Inglaterra y Estados Unidos, excepción no repetible porque si aquella época correspondía a la del capitalismo premonopolista, hoy sin embargo es la del imperialismo cuya esencia profunda es el desarrollo del militarismo.

Lenin insiste en que todo Estado, como dictadura de una clase dominante, no significa necesariamente la supresión de la democracia para esa clase (por ejemplo la democracia esclavista en Grecia) pero si necesariamente para las clases dominadas o - y es un matiz importante - una «restricción esencialísima» que en la práctica significa su supresión.

Lenin justifica la restricción de los derechos a los antiguos explotadores sobre la base de la fuerza que aún conservan después de su derrota tras una insurrección, fuerza cuyo fundamento se encuentra en su instrucción superior, en sus relaciones con la intelectualidad técnica y administrativa, en sus relaciones internacionales, etc., lo que supone que durante un largo período subsistan los esfuerzos y las posibilidades de revertir la situación, de restaurar la antigua sociedad. Su primera interpretación supone que la restricción de voto a la antigua burguesía no es un problema de la dictadura del proletariado en general sino de la revolución rusa en particular, para luego concluir en que es una «condición imprescindible de la dictadura» la represión por la fuerza de los explotadores, y que donde hay represión violenta no hay democracia (pura).

Si la democracia burguesa es la dictadura de la burguesía, la dictadura del proletariado es la democracia proletaria, «una de cuyas formas es el poder soviético», que supone la extensión de la democracia de una manera nunca antes conocida a la inmensa mayoría de la población. En comparación con la democracia burguesa es «un millón de veces más democrática».

¿En que se apoya esta proclamación de superioridad? Lenin hace afirmaciones y alude a diferentes medidas que sin embargo no esclarecen nada: «La organización soviética

facilita automáticamente la organización de todos los trabajadores y explotados alrededor de su vanguardia, el proletariado». Las elecciones a los Soviets no locales se realizan de manera indirecta, lo que según Lenin redundaba en la facilidad de los Congresos de los Soviets y en el abaratamiento de los costos, pero estas medidas van en sentido contrario a facilitar una mayor participación de las masas. Se afirma que se ha deshecho el aparato burocrático y se ha suprimido el parlamento burgués, y se ha dotado a los obreros y campesinos de una «representación mucho más accesible». Pero la burocracia no se extinguió sino todo lo contrario, y la representación más accesible en lugar del parlamento se queda en eso, en una afirmación. ¿A qué se refiere entonces Lenin cuando habla de democracia proletaria?

Para terminar, la confusión aumenta cuando Lenin define la dictadura revolucionaria del proletariado como «un poder conquistado y mantenido mediante la violencia ejercida por el proletariado sobre la burguesía, un poder no sujeto a ley alguna.»

En resumen, cuando se inicia la consolidación del poder de los bolcheviques en la Rusia revolucionaria la teoría leninista sobre el Estado a construir se basa en tres pilares fundamentales. Primero, es necesario una dictadura del proletariado para reprimir los intentos de la burguesía para revertir las conquistas de la revolución, este Estado proletario es una máquina sencilla que puede ser utilizada sin dificultades por la mayoría de la clase trabajadora ya que requiere un bajo nivel de especialización, y la represión de los contrarrevolucionarios no necesitará de cuerpos coactivos especializados, sino que sería una tarea del pueblo en armas. Segundo, hay un rechazo intenso contra cualquiera de los mecanismos que se han desarrollado bajo el Estado burgués para gestionar y hacer frente a los problemas del poder, el parlamentarismo, la división de poderes, el mandato representativo, el imperio de la ley, etc., frente a ello se plantea una democracia más auténtica que sobre todo mira a la experiencia de la Comuna de París y a las medidas que puso en práctica y que hemos visto anteriormente. Contrasta vivamente este rechazo absoluto a tomar en cuenta algunas de las técnicas de administración del poder desarrolladas por el Estado de la burguesía con la aceptación entusiasta de las técnicas de administración económica establecidas en el capitalismo como la jerarquía empresarial, el productivismo o el taylorismo. Finalmente, la dictadura del proletariado en Rusia propone apoyarse en los nuevos organismos aparecidos ya en la primera revolución rusa, la de 1905, los soviets, consejos de trabajadores y campesinos aparecidos en los centros de producción, que se basan en

métodos de democracia directa, y que se han coordinado espontáneamente para competir por el poder frente al gobierno provisional durante la revolución de 1917.

En la efervescencia revolucionaria de 1917 resurgen los soviets en las fábricas y barrios de las ciudades más importantes, son una expresión del poder popular que conviven con partidos, sindicatos o cooperativas. Se estructuran mediante una asamblea general, un comité ejecutivo, secciones y comisiones. Se expanden rápidamente de manera horizontal por las fábricas y barrios, y proceden a coordinarse. Son organismos de masas, donde se discuten y articulan los diversos intereses de la clase trabajadora; son también organismos de clase en cuanto pretenden representar una alternativa al capitalismo; y son organismos democráticos de participación por la base. Pero en su seno ejercen su influencia las distintas tendencias políticas presentes en la revolución rusa. No se trata de una experiencia exclusiva de la revolución rusa, este tipo de consejos suelen aparecer en las fases álgidas de todas las revoluciones populares. Si en la revolución rusa fueron finalmente controlados por el partido bolchevique y se inclinaron por el carácter socialista de la revolución, en la revolución alemana de 1918 los consejos fueron controlados mayoritariamente por la socialdemocracia y la revolución fracasó en Alemania.

Pero hay un elemento fundamental que no aparece en las reflexiones de Lenin sobre el Estado y que será, sin embargo, el que juegue un papel fundamental en la articulación del nuevo Estado soviético, el partido bolchevique. Ni en estas reflexiones al inicio de la fase revolucionaria, ni anteriormente, el partido es contemplado como un instrumento fundamental en la construcción del nuevo Estado proletario, el partido, con su característica de organización de vanguardia, es contemplado como el instrumento clave para llevar a cabo la revolución, ha adquirido para Lenin y los bolcheviques un papel fundamental para conseguir derrocar a la autocracia zarista, pero nunca se le había contemplado como la columna vertebral del nuevo Estado, y ese será el papel que va a jugar y que definirá las características del nuevo Estado, y no las teorizaciones anteriores que quedarán en papel mojado.

La revolución soviética y la alianza con el campesinado

¿Cómo repensar las relaciones entre proletariado y campesinado, pueblo urbano y pueblo rural, a largo plazo? Lenin sigue reflexionando sobre ello intensamente. Es destacable que fuera una de las cuestiones sobre las que, ya enfermo, redactara sus últimos artículos, dictara sus últimas notas, conocidas bajo el nombre de “testamento” —junto con la cuestión nacional y la de la burocracia, fundamentalmente—.

El campesinado y el marxismo

Pierre Rousset

Este es la tercera aportación característica del leninismo al paradigma marxista. Su importancia radica en tres aspectos que están íntimamente relacionados: el primero es la realización de la primera revolución marxista en un país atrasado económicamente y mayoritariamente campesino; el segundo es la necesidad, para que pudiese triunfar la revolución, de establecer una alianza entre el minúsculo proletariado y el inmenso campesinado ruso; el tercero es el apoyo de la revolución, preconizado por el leninismo, en unos órganos específicos aparecidos por vez primera en la historia, los sóviets.

De estos tres aspectos, el primero se convertiría en la característica común de las siguientes revoluciones triunfantes encabezadas por partidos marxistas, teniendo en cuenta que el establecimiento de Estados comunistas en el este europeo no fue tanto fruto de revoluciones propiamente dichas, con la excepción de Yugoslavia, como de la presencia del victorioso ejército soviético al final de la segunda guerra mundial.

En el transcurso de la revolución soviética y su asentamiento se produjo una mutación de gran trascendencia tanto para el marxismo en sí, como para las sucesivas revoluciones posteriores. La decisión de completar la revolución en su segunda etapa en octubre fue adoptada por los bolcheviques dentro de las coordenadas del esquema clásico del marxismo en esos momentos, no era posible una revolución socialista en las condiciones existentes en el imperio ruso, pero Rusia era vista como el eslabón débil

por dónde romper la cadena, roto ese eslabón se esperaba que las revoluciones triunfasen posteriormente en algunos de los países desarrollados europeos, especialmente en Alemania, con lo cual la atrasada Rusia sería ayudada a avanzar hacia el socialismo con ayuda de esos países. Pero tras las derrotas de los intentos revolucionarios en Europa al final de la primera guerra mundial, el régimen soviético quedó aislado y sumergido en una guerra civil con intervenciones de potencias extranjeras.

Y en este momento es cuando tiene lugar la mutación señalada, los bolcheviques deciden, entonces, continuar con la revolución y, tras dramáticas discusiones entre ellos -en las que profundizaremos en un capítulo posterior en el que se tratará las discusiones sobre el modelo económico- la situación termino desembocando en la decisión estalinista de la construcción del socialismo en un solo país que, además, es atrasado económicamente y ha quedado devastado por la revolución y las guerras. Esta situación jamás había sido contemplada por el marxismo hasta entonces. La ausencia de las precondiciones objetivas necesarias señaladas por el marxismo para iniciar la transición al socialismo -especialmente el desarrollo elevado de las fuerzas productivas y la existencia de un proletariado mayoritario organizado y concienciado- son sustituidas por el voluntarismo de revolucionarios profesionales organizados férreamente para llevar a cabo la revolución. Si los bolcheviques pudieron consolidar la revolución en esas condiciones, ¿por qué, entonces, no podría hacer la revolución un partido de base mayoritariamente campesina como el chino o el vietnamita, o un foco guerrillero, como se ensayó en América Latina, llevando a sus últimas conclusiones los efectos de la mutación iniciada por los bolcheviques?

La mutación en el marxismo, que estamos señalando, produjo consecuencias incluso a más largo plazo y de más profundidad. Derrotadas las revoluciones de la década de 1920 en Europa, y no volviéndose a repetir ya nunca más en los países desarrollados -en realidad en Europa podría haberse intentado inmediatamente después de la segunda guerra mundial, al menos en Italia y Francia, pero se rechazó tal posibilidad, y en los países anglosajones nunca existieron ni un proletariado ni organizaciones revolucionarias- el capitalismo continuo con el desarrollo incesante de sus fuerzas productivas y con sus ciclos de crisis y crecimiento, en tanto los ensayos revolucionarios para acabar con él se trasladaban desde su interior a la periferia no desarrollada y mayoritariamente campesina. De ninguna manera esta situación había

sido contemplada por el marxismo clásico porque iba a contracorriente de todos los presupuestos en los que se basaba su teoría, pero tampoco se sacaron todas las consecuencias que de ello se derivaban y la manera en que afectaban al marxismo

El segundo aspecto mencionado era la alianza preconizada por los bolchevique entre el proletariado y el campesinado. Ésta se convertía en una condición indispensable si se quería llevar a su término la revolución en un país mayoritariamente campesino. Esta alianza y la nueva concepción del campesinado tiene dos aristas. La primera es teórica, y supone otra mutación respecto a los planteamientos marxistas clásicos respecto a los campesinos. La segunda es práctica, y tiene que ver con los vaivenes a que sometieron a esa alianza los bolcheviques.

Hay tres aspectos a tener en cuenta para entender la posición del marxismo respecto al campesinado. El primero es que el campesinado es la clase que más rebeliones ha llevado a cabo en la historia y durante más tiempo. Siendo la clase mayoritaria hasta el siglo XX en las distintas formaciones sociales que han existido en la historia, sus largos períodos de resignación social han estado salpicados de continuas rebeliones, ineficaces, porque nunca en la historia consiguieron establecer una sociedad gobernada por sus representantes y con sus proyectos.

Desde el campo marxista esta debilidad e incapacidad del campesinado para alcanzar sus intereses propios es explicado apoyándose en una reflexión de Marx sobre el campesinado en el *Dieciocho brumario de Luis Bonaparte*: “Marx define aquí la característica fundamental del campesinado, determinada por las condiciones sociales de su existencia: su incapacidad de autoemanciparse. El campesinado puede luchar a menudo ferozmente pero no puede convertirse en clase dirigente. El campo puede derrotar a la ciudad en muchas batallas, pero no puede ganar la guerra, ya que el campo no puede dirigir a la ciudad, y es en ésta donde están ubicadas las principales fuerzas productivas. Por eso fracasaron la revuelta campesina de Wat Tyler en Inglaterra en 1381, Emiliano Zapata en Méjico, y un sinnúmero de revueltas campesinas que se repiten a través de la historia china. Para adquirir cohesión como fuerza política nacional, el campesinado necesita que lo dirija una clase, o parte de una clase, de origen urbano. Para Lenin, Marx y Trotsky, esta dirección sería provista por el proletariado, no "yendo al campo" sino luchando para derrocar al Estado en las ciudades. Para Mao, Castro, Guevara, etc. esta dirección no la suministraría el proletariado sino los cuadros

del ejército guerrillero, que provenían (y sólo podían provenir) casi exclusivamente de la intelectualidad urbana.”³⁵

El segundo aspecto es que a pesar de la existencia de tendencias comunitaristas en su seno, el objetivo de los campesinos siempre ha sido el de librarse de las clases dominantes agrarias que les han oprimido (señores feudales, terratenientes, etc.) para acceder a la posesión y propiedad individual o familiar de la tierra. Por otro lado, el campesinado, como clase rural, siempre ha vivido también de manera conflictiva su relación con las ciudades y las clases sociales propias de éstas.

Finalmente, y sobre la base de las características anteriores, el marxismo clásico ha establecido su visión respecto al campesinado. Marx y Engels concibieron el comunismo como un modo de producción superador de un capitalismo que habría agotado previamente la capacidad de desarrollo de las fuerzas productivas y se habría hundido en contradicciones internas. Entendido de esta manera el capitalismo, entonces tendría que haber culminado antes la tarea histórica de extender las relaciones capitalistas en el campo lo que significaba, tal como muestran los países desarrollados en la actualidad, una disminución drástica de la población campesina y un modelo productivo en la agricultura a semejanza del dominantes en el resto de los sectores económicos.

Si el comunismo es concebido como el modo de producción superador del capitalismo desarrollado en el que el campesinado tiene un papel social y económico marginal, y el proletariado - la clase que vende libremente su fuerza de trabajo y no posee los medios de producción - el llamado a llevar a cabo esa tarea, ¿qué interés tendría ocuparse de analizar al campesinado y su papel en una revolución socialista?

Por tanto, no debe sorprender la visión inicial de Marx al respecto. Si se ocupaba de opinar de las sociedades campesinas atrasadas de su época, nos podemos encontrar, como cuando escribió sobre la India y otras sociedades similares, con las opiniones que tenía sobre el papel del capitalismo como factor progresista que barrería, con sus inevitables sufrimientos asociados, esas formaciones sociales atrasadas³⁶. Si se ocupaba

35 Molyneux, John, ¿Cuál es la tradición marxista?, Publicado por Socialismo Internacional (ahora En lucha): julio 1994

36 "El país industrialmente más desarrollado no hace más que mostrar a los menos desarrollados la imagen de su propio futuro", Karl Marx, Prólogo a la primera edición alemana del primer tomo de *El Capital*, en Carlos Marx y Federico Engels, Obras ecogidas, Tomo I (Moscú, Ediciones en lenguas extranjeras, s.f.) pág. 468

de analizar al campesinado en los países más desarrollados de su época, como lo hizo con el campesinado francés en *El 18 Brumario*, entonces utiliza expresiones de lo más despectivas para señalar a un sector de pequeños y medianos propietarios que actuaba como factor de estabilidad social en el capitalismo. Esta visión principal de Marx respecto a los campesinos fue la dominante posteriormente en la segunda internacional.

Solo en su madurez, y ante los problemas que le plantearon los populistas rusos, Marx varió algo su posición, generando con posterioridad una polémica en el seno del marxismo, de la que nos ocuparemos más extensamente en capítulos posteriores. Pero en cualquier caso, aún inclinándose por la posibilidad de que la comuna rusa (mir) pudiese servir de base para una transición al socialismo sin la etapa previa del capitalismo, dicha posibilidad quedaba condicionada a una previa revolución socialista en los países más desarrollados de Europa.

Así, la posición leninista al respecto también introduciría una nueva modificación en el marxismo. La cuestión empezó a tomar una importancia real cuando con la revolución de 1905 Lenin comenzó a plantearse seriamente las posibilidades de la revolución en Rusia, la naturaleza que ésta podría tener, y el papel a jugar por los campesinados en ella. En esos momentos piensa que la revolución sería del tipo democrático-burguesa por el tipo de tareas que tendría que resolver, pero si, previsiblemente, la burguesía no fuese capaz de encabezar esa revolución, entonces, se daría paso a una "dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado". Trotsky, en aquellos momentos, no comparte la posición de Lenin, considera inviable esa propuesta porque ello presupondría o que el campesinado está bajo la hegemonía de partidos burgueses o que ha creado uno propio independiente, lo cual no era el caso, por lo que se inclina por que la revolución burguesa sea sobrepasada en el desarrollo de la misma, convirtiéndose en una revolución proletaria bajo hegemonía de los trabajadores.

Tras la revolución de febrero de 1917 y el incumplimiento de las demandas internas por parte del gobierno provisional, los campesinos se movilizan, y los bolcheviques renuncian a su programa agrario de nacionalización o socialización de la tierra para adoptar el programa de los socialrevolucionarios, que respondía mejor a las demandas campesinas, de reparto de las tierras. Los bolcheviques quieren sellar, así, una alianza con el campesinado para mantener la revolución. La primera revolución realizada bajo el liderazgo de un partido marxista se hace en un país mayoritariamente agrario y

basándose en una alianza social con el campesinado, que sería inestable desde su inicio y terminaría sacrificando las demandas y objetivos de los campesinos, no en aras de una colaboración con el proletariado, sino a través de una dura represión de la burocracia partidista-estatal del stalinismo.

Pero, independientemente de la borrascosa alianza con los campesinos en Rusia que veremos a continuación, lo importante a resaltar es que dicha alianza introduce una mutación importante en la teoría y estrategia marxista. Quedaba consolidada la opción de realizar la revolución en un país económicamente atrasado y mayoritariamente campesino, a los cuales ofrecer una alianza para alcanzar la victoria. Como veremos en un capítulo posterior, el maoísmo daría un paso más lejos que el leninismo y se apoyaría completamente en el campesinado para realizar la revolución socialista en China.

En realidad, la alianza con los campesinos -a pesar de que fue objeto de una representación en la bandera comunista mediante la hoz y el martillo, y como tal difundida prácticamente hasta la actualidad- fue coyuntural, breve y oportunista, en el sentido de que su objetivo fue poder realizar la revolución de octubre para después romperla y sacrificar al campesinado como clase social. De la misma manera que los bolcheviques tenían que completar la tarea económica de la revolución burguesa, industrializando Rusia, esta tarea implicaba otra indisoluble ligada a ella, la de extraer del campesinado el excedente necesario para la industrialización, haciendo recaer en esta clase el grueso del sacrificio de la acumulación primitiva necesaria. La diferencia con los procesos similares llevados a cabo por la burguesía no era tanto la privación de representación política del campesinado -que también se produjo en algunos de los procesos de industrialización capitalistas- como la clase o capa social que se iba a beneficiar, la burguesía en un caso, la burocracia estatal en otro, y el destino final del campesinado.

La primera ruptura de la alianza fue inmediatamente posterior al triunfo de la revolución, cuando los bolcheviques disolvieron la Asamblea Constituyente. Las elecciones a dicha Asamblea tuvieron lugar el 13 de noviembre de 1917 con un resultado desfavorable para los bolcheviques que obtuvieron 9 millones votos y 168 diputados frente a los 16,5 millones de votos y 380 diputados de los socialistas revolucionarios (eseristas) que representaban el voto campesino mayoritariamente, y otros 9,5 millones de otras minorías.

La conclusión de Lenin fue muy clara, la Asamblea Constituyente dejaba en minoría a los bolcheviques, el Congreso de los Soviets les daba la mayoría (51% de delegados bolcheviques en el II, en octubre de 1917, 61% en el III, enero de 1918), luego la Asamblea expresaba un estado de opinión retrasado, el de toda la nación en conjunto, y el Congreso de los Soviets expresaba los intereses de la revolución. "Por consiguiente, la sola *historia externa* de los Soviets demuestra ya lo inevitable de la disolución de la Asamblea Constituyente y el *carácter reaccionario* de ésta."³⁷ Pero la verdadera lectura de ese resultado es otra, la Asamblea Constituyente representaba el peso real del campesinado y su proyecto social, los cuales no se reflejaban en los soviets.

Recordemos que esta decisión de disolver una Asamblea Constituyente que era desfavorable a los bolcheviques fue criticada no solamente por Kautsky, al que respondió Lenin de manera áspera y descalificadora, sino también por Rosa Luxemburgo.

Esta ruptura política de la alianza se profundizó con la inmediata puesta en funcionamiento durante la guerra civil del "comunismo de guerra" que supuso "disciplina estricta en la fábrica, trabajo forzoso de los campesinos, requisición de la producción agrícola más allá del nivel de subsistencia mínimo para estos últimos, sin mencionar reclutamientos masivos y forzados en el Ejército Rojo. Los campesinos se rebelaron contra esta política de requisición y control."³⁸

Con la introducción de la NEP, en marzo de 1921, los bolcheviques reactivaron la alianza con los campesinos al precio de permitir el surgimiento de un estrato de campesinos ricos, y sin terminar de solucionar las diferencias existentes entre la ciudad y el campo. Como analizaremos más extensamente en un capítulo posterior, hay autores que señalan como durante el período de las NEP se enfrentaron dos posiciones entre los dirigentes bolcheviques: de un lado, la de quienes, como Bujarín, al que se considera dentro del sector "agrarista", daba mayor importancia a la acumulación privada en el campo y a la economía agraria y, de otro lado, la de quienes, como la Oposición de izquierda, propugnaban un programa de industrialización acelerada realizada a expensas del campesinado. Finalmente, a partir de 1928, con el giro estalinista hacia la colectivización forzada, la alianza quedó definitivamente rota y los

37 Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, pág. 56

38 Barot, Emmanuel, *La révolution de 1917 face à la «question paysanne»*,

<https://www.revolutionpermanente.fr/La-revolution-de-1917-face-a-la-question-paysanne>



campesinos sometidos definitivamente al proyecto industrializador impuesto desde la burocracia estatal con un coste enorme en sufrimiento humano y regresión de la economía agraria.

El análisis leninista del capitalismo monopolista y el imperialismo

El diagnóstico de Lenin había quedado anacrónico por estar referido a una etapa ya concluida del desarrollo capitalista. Las tendencias de 1880-1914 no tenían vigencia en 1945-75 y, por esta razón, las principales reflexiones de posguerra giraban en torno a otros problemas. La dificultad de muchos marxistas para aceptar este cambio obedeció a una incompreensión del planteo de Lenin. Desconocían que el enfoque estaba más centrado en la crítica política del pacifismo socialpatriota que en la evaluación económica del capitalismo.

Bajo el imperio del capital.

Claudio Katz

Dado que ni Marx ni Engels habían elaborado ninguna teoría que se ocupase del imperialismo, esta laguna sería cerrada por las generaciones posteriores de marxistas. La teoría de Lenin al respecto fue la que gozó de más influencia y difusión, pero no fue la única, ni la primera. En el seno de la segunda internacional otros autores como Kautsky, Rosa Luxemburgo e Hilferding ya se habían ocupado de reflexionar sobre el imperialismo. De hecho, la teoría que del mismo elaboró Lenin, y que se encuentra recogida especialmente en su obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo* escrita en 1916, se apoyó de manera importante en la de Hilferding -del que le separó esencialmente las conclusiones prácticas derivadas de sus teorías, pues en tanto el teórico alemán terminó apoyando el social patriotismo y la participación alemana en la guerra, Lenin impulsó la estrategia de convertir la guerra en revolución- y en un autor no marxista, Hobson; sirvió para criticar la de Kautsky; y encontró un rival en la de Rosa, quién se basó en fundamentos económicos diferentes, buscando una mayor continuidad con el modelo de Marx. Pero, finalmente, la teoría sobre el imperialismo de Lenin sería la que gozaría de mayor prestigio e influencia entre las generaciones posteriores de marxistas que, posteriormente, añadirían más desarrollos.

La teoría leninista del imperialismo toma en cuenta como punto de partida las evoluciones que había conocido el capitalismo desde las últimas décadas del siglo XIX. Por lo tanto representa una puesta al día de la teoría marxista sobre el capitalismo. Dos importantes fenómenos explicarían la fase imperialista del capitalismo. El primero sería el de capital financiero, como expresión del cambio de etapa desde el capitalismo basado en la competencia al monopolio como fruto de la creciente concentración de capitales, y que se basaría en la fusión alcanzada entre el capital bancario y el industrial, con dominio claro del primero. Igualmente, esta fase monopolista habría dado lugar al cambio de la anterior política librecambista por otra dominada por el proteccionismo. El capitalismo financiero se caracterizaría por la exportación de capitales más que la de mercancías, propio del capitalismo mercantil, que actuaba como mecanismo de extracción de las ganancias originadas en la periferia e, igualmente, por el desarrollo de un carácter rentista de los Estados imperialistas sobre los países deudores sometidos.

El segundo fenómeno sería uno ya señalado por Marx, la tendencia a la baja de la tasa de ganancia del capital en el mercado interno. Ambos fenómenos presionan para que el capital busque la expansión del mercado externo mediante la conquista para asegurarse el dominio de las fuentes de materias primas y nuevos mercados. Pero esta dinámica, llevada a cabo por el capital financiero y monopolista a través de la política de diversas potencias imperiales, y que lleva al reparto territorial del mundo mediante una nueva expansión colonial, desemboca inevitablemente en el choque de dichas potencias que terminan generando guerras imperialistas, cuya más alta expresión lo representaría la primera guerra mundial.

Como corolario, el imperialismo es concebido como la expresión de un capitalismo que entra en fase terminal con tendencia al estancamiento y la crisis. Un espectador situado en las tres primeras décadas del siglo XX, observando la primera guerra mundial y la gran depresión posterior, habría podido concluir que la teoría leninista del imperialismo era correcta y estaba describiendo acertadamente la realidad, pero el gran crecimiento capitalista posterior a la segunda guerra mundial y la expansión del nuevo imperialismo norteamericano pondrían en causa las consecuencias de la teoría leninista.

El marxismo occidental

En términos generales, Jay suscribe la mayor parte de las características delimitadas por Anderson en su configuración del territorio del marxismo occidental: desplazamiento hacia las regiones occidentales de Europa, convencimiento de que una revolución socialista genuina sólo podría triunfar en la sociedad capitalista avanzada, repudio del legado de la segunda internacional, dificultad para unificar la teoría y la práctica, marcado pesimismo, importancia de la crítica cultural, apertura a explicaciones psicoanalíticas, gran fecundidad creativa, relaciones ambivalentes con los destinatarios de sus obras, naturaleza elitista de sus escritos, poco interés por divulgar la teoría y aislamiento de las masas.

Marxismo occidental: vicisitudes de una topografía

Marcelo Starcenbaum

En 1976 Perry Anderson publicó una obra que tuvo una amplia influencia durante mucho tiempo, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. El objetivo de dicho trabajo era hacer una síntesis y crítica de los diversos autores marxistas que él encuadró bajo la denominación de marxismo occidental, designación con la que quería señalar las características de esta tendencia que representaban en muchos aspectos una ruptura con la tradición más clásica del marxismo. Ésta última es analizada de manera muy rápida y ligera con el exclusivo objetivo de servir de contraste al análisis de la corriente principal de la que se ocupa el libro del marxista británico.

El valor de su trabajo se mostró con el tiempo ambiguo. En primer lugar, su aportación fue muy positiva porque realizó una magnífica síntesis de los diversos autores que formaban el marxismo occidental, ofreciendo así una visión amplia que suplía la necesidad de una difícil y larga lectura de las todas las obras de esa corriente, algo solo a disposición de estudiosos muy interesados en el tema, es decir, ayudo a difundir las aportaciones de todos esos autores entre un público más amplio. Sin embargo, en

segundo lugar, aunque la obra de Anderson tiene también un valor que radica en la crítica que realiza sobre el marxismo occidental, poniendo en evidencia su significado y sus debilidades, críticas posteriores, que tendremos ocasión de ver más adelante, han puesto en duda que pueda hablarse de una corriente englobada como marxismo occidental.

La de Anderson es una excelente síntesis del desarrollo del pensamiento marxista hasta los años 70. Inicialmente se ocupó de los autores y aportaciones del período clásico del marxismo que abarcaría hasta la revolución soviética, aunque de una manera rápida, pues no es el objeto principal de su obra.

De Marx y Engels resalta tres cuestiones que, en general, vienen a coincidir con lo expuesto en el primer capítulo. Primero, sobre un aspecto que va a utilizar como criterio comparativo y valorativo importante, el de la conexión de la producción intelectual de los distintos autores con su práctica política. En este sentido resalta que la producción teórica de los dos iniciadores del marxismo estuvo desligada la mayor parte del tiempo de su participación directa en la lucha política nacional y señala que “la relación entre la teoría de Marx y la práctica proletaria fue siempre desigual y mediata: raramente hubo una coincidencia directa entre ambas”. En segundo lugar, señala la relativamente limitada influencia teórica de Marx durante su vida debido a los “límites del movimiento obrero de la época”, lo cual se evidenció en la ausencia de la publicación en vida de la mayor parte de su producción intelectual. Por último, indica como síntesis de las aportaciones de Marx que “dejó una teoría económica coherente y elaborada del modo capitalista de producción, expuesta en *El Capital* pero no dejó una teoría política semejante de las estructuras del Estado burgués o de la estrategia y la táctica de la lucha socialista revolucionaria”, como tampoco “elaboró una exposición general extensa del materialismo histórico. Esta fue la tarea que asumió Engels a fines de la década de 1870-1880 y durante la de 1880-1890”.³⁹

A la generación de intelectuales marxistas que siguió inmediatamente a Marx y Engels (Labriola, Kautsky, Plejánov y Mehring), la sitúa actuando en un período histórico de relativa calma, siendo militantes de sus respectivos partidos pero con un papel destacado en ellos solo dos de ellos, todo lo cual lo relaciona con el hecho de que escribieran una serie de obras cuyo sentido general fue “el de completar, más que

39 Anderson, Perry, Consideraciones sobre el marxismo occidental, págs. 10-11

desarrollar, la herencia de Marx”, es decir, no considera que hiciesen ninguna aportación esencial al desarrollo del materialismo histórico.

Habría que esperar a la generación inmediatamente posterior para encontrar el modelo de intelectual marxista que es más productivo en opinión de Anderson, se trata del intelectual-dirigente de un partido revolucionario (bolchevique) o que se declaraba partidario de alcanzar el socialismo (socialdemocracia europea anterior a 1914). Aquí encuadra a Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, Bujarín, Hilferding o Bauer. Estos rasgos son debidos a la época convulsa que les tocó vivir, que abrió posibilidades revolucionarias que terminaron condensándose en la victoria socialista en Rusia. Todos ellos eran dirigentes en sus respectivos partidos, y sus obras hicieron desarrollar al marxismo en dos aspectos esenciales según Anderson. Por un lado, en el florecimiento del pensamiento económico marxista con los análisis sobre la evolución del modo de producción capitalista como consecuencia del peso de los monopolios y el imperialismo. Por otro lado, con la elaboración por primera vez de una teoría política marxista, en la que destacó sobre todo Lenin.

A pesar de tomar a los autores del marxismo clásico como modelos de producción teórica y de aportaciones al desarrollo del marxismo, prescindiendo de la generación sucesora inmediata de Marx y Engels, eso no le impide hacer un balance de las carencias e incoherencias que también se encuentran en esos autores, centrándose sobre todo en los principales teóricos, Marx, Lenin y Trotsky, para lo que emplea el calificativo de herencia “insatisfactoria”⁴⁰. El repaso que hizo de estas insuficiencias abarca desde el tratamiento del Estado capitalista, el erróneo concepto sobre el nacionalismo, los errores sobre la caída de la tasa de ganancia, la pauperización y polarización social, la democracia proletaria, o la naturaleza y concepción del partido obrero. Todo lo cual no hace más que confirmar las anomalías de la teoría a las que se ha hecho referencia en el primer capítulo.

Pero la guerra y el triunfo de la revolución del segundo decenio del siglo XX traerían rápidas consecuencias para la teoría marxista, en primer lugar porque la guerra dividió el campo intelectual marxista de la misma manera que a sus organizaciones, inclinándose unos hacia el chovinismo nacional (Kautsky, Plejánov, Hilferding o Bauer) y otros por la denuncia de la guerra y la preparación de la revolución (Rosa, Lenin,

40 *Ibidem*, pág. 137

Trotsky, etc.). En segundo lugar porque el triunfo del stalinismo en la Unión Soviética “destruyó ineluctablemente la unidad revolucionaria entre teoría y práctica que había hecho posible el bolchevismo clásico” y convirtió a ese país en un “páramo intelectual”, además de esterilizar el pensamiento leninista.

Anderson señala a las derrotas de la revolución en Europa primero, y en la subsiguiente ola de dictaduras y fascismos que asoló el continente, más la consolidación del stalinismo, como las causas de una situación que llevaría a la “mutación” de la teoría del materialismo histórico para dar paso al “marxismo occidental”, objeto fundamental de estudio en su obra. El calificativo de occidental que el historiador inglés le adjudica proviene del hecho de que, al contrario que las generaciones de intelectuales marxistas precedentes situados en la Europa oriental o centro-oriental, las figuras principales de la nueva tradición, con la excepción de Lukács y Goldmann, pertenecían a las regiones más occidentales de Europa, más en concreto, y sobre todo, a tres países, Alemania, Francia e Italia. Pero aunque Anderson no lo plantee abiertamente, la corriente del marxismo occidental no solamente se caracterizó por su diferenciación con las generaciones anteriores de autores marxistas, sino también por su contraposición con el marxismo soviético de la misma época, aquél que fue englobado y petrificado por el stalinismo bajo la etiqueta de marxismo-leninismo.

Göran Therborn matiza la caracterización del marxismo occidental realizada por Anderson, el sociólogo sueco considera que se trata de una construcción hoc post que podría definirse como “una corriente de pensamiento marxista políticamente autónoma en los países capitalistas desarrollados después de la revolución de octubre. Como tal se le diferencia tanto de los marxismos de otras partes del mundo, como del prácticamente institucionalizado marxismo de partidos o grupos políticos. Sin embargo, el marxismo occidental es una construcción post hoc, teniendo un significado especial, aún en las versiones menos partisanas y más eruditas.”⁴¹

La idea que parece querer transmitir Anderson es la de que toda la producción teórica importante en la época del dominio del stalinismo se centró en la tradición que denominó marxismo occidental y a la que va a criticar en sus características principales. Es evidente que se centró en aquellos autores que no solamente eran los más ampliamente conocidos y difundidos (Lukács, Gramsci, Korsch, Lefévre, Horkheimer,

41 Therborn, Göran, *Acerca de la Teoría Crítica y el Legado del Marxismo del Siglo XX*, págs..8-9

Adorno, Marcuse, Sartre, Goldmann, Althusser, Della Volpe, Colletti), sino que compartían una serie de rasgos que le permitían considerarles en conjunto como una corriente más allá de sus diferencias. El mismo Anderson lamentó posteriormente no haber incluido en la misma a un autor tan importante como Habermas.

Pero esta selección le obligaba a ignorar otras aportaciones importantes. La primera la de Trotsky, a la que si se referirá en la parte final de su libro, señalando, con reservas, a la corriente política seguidora del revolucionario ruso como la esperanza para una revivificación del pensamiento marxista. La segunda, la de otros pensadores marxistas de la época como Mariátegui (fallecido en 1930, y cuya obra intelectual principal se desarrolló entre 1928-30), el Che Guevara, o los autores que escribieron en torno a la vía chilena al socialismo, en todos los casos dirigentes de partidos o procesos revolucionarios. La tercera, y más importante, la de Mao Zedong, dirigente de la segunda revolución comunista más importante de la historia y prolífico teórico.

Es totalmente legítimo que Anderson quisiera centrarse en el marxismo occidental para su estudio, pero debería aclarar porque ignoraba esas otras aportaciones y, si acaso pensaba así, porque consideraba que no hacían aportaciones importantes a la teoría marxista, o si parte de estos autores eran considerados por Anderson como incluidos dentro del marxismo soviético. Al menos con el trotskismo si se tomó la molestia de dedicarle unas páginas de atención al final de su obra.

Los cambios que iban a definir al marxismo occidental empezaron a mostrarse en el Instituto de Investigación Social de Frankfurt, creado en 1923 y origen de la conocida como Escuela de Frankfurt, entre cuyos componentes Anderson analiza a especialmente a dos de ellos, Adorno y Marcuse.

El marxismo occidental, como tradición diferenciada y con una serie de rasgos comunes que la permiten identificarla como tal, es fruto, en opinión de Anderson, del fracaso de las revoluciones socialistas que se ensayaron en la Europa central y occidental como resultado de la primera guerra mundial y, como consecuencia, el primer rasgo distintivo de esta corriente es la ruptura de “la unidad orgánica entre teoría y práctica” característica de las generaciones precedentes, separación lenta y progresiva que se consolidó a partir de los años 30, aunque los más veteranos, como Lukács, Gramsci y Korsch, jugaron inicialmente un papel importante en sus respectivos partidos.

También en este aspecto Therborn se muestra en desacuerdo con Anderson, y considera que no es “muy iluminador caracterizar el marxismo occidental como una teoría marcada por la derrota”⁴², por el contrario, fue el triunfo de la revolución soviética lo que inclinó a todos estos intelectuales hacia el marxismo y mostraron en diferentes momentos sus simpatías con la Unión Soviética. Pero este es un argumento claramente forzado para la mayoría de ellos.

Esta disociación del lazo entre teoría y práctica política llevó a la concentración de los intelectuales del marxismo occidental en el trabajo universitario, “al final de la segunda guerra mundial, la teoría marxista había emigrado de manera prácticamente total a las universidades”.⁴³ Pero Anderson apunta a una razón complementaria para explicar esta situación, el hecho de que la referencia política de estos intelectuales fuesen los partidos comunistas occidentales alineados férreamente con la política de la Unión Soviética, dirigida en la mayor parte de esa época por Stalin. El mantenimiento de la lealtad a dichos partidos se hacía al precio de mantener la labor intelectual alejada de los temas principales concernientes a la estrategia política del movimiento comunista. No obstante, Anderson reconoce que hubo casos dispares en la relación entre intelectuales marxistas y partidos comunistas, hubo algunos que jamás tuvieron relación con estos partidos (Adorno, Marcuse), también aquellos que, aunque cerca, nunca pertenecieron al partido (Sartre) y, finalmente, los que le abandonaron (Lefébvre, Colletti) y continuaron su producción teórica.

A su vez, esta especialización académica y la orientación de su producción intelectual hacia su propio entorno, y no hacia las masas o los militantes, condujo en primer lugar al empleo de un lenguaje exotérico de elevada dificultad de lectura. En segundo lugar, al desplazamiento del centro de interés de sus estudios desde la economía y la política a la filosofía, más en concreto, señala Anderson, lo que prevaleció entre estos intelectuales marxistas fue “la labor epistemológica, enfocada esencialmente al método”, donde el campo preferido fueron las “superestructuras culturales”, señalando que el marxismo occidental siguió una trayectoria inversa a la de Marx, y en lugar de seguir el trayecto que lleva de la filosofía a la economía se realizó justamente en sentido contrario. En tercer lugar, se centraron en construcciones especulativas, es decir, “esquemas conceptuales a priori para la comprensión de la historia, no necesariamente

42 Therborn, Göran, *Acerca de la Teoría Crítica y el Legado del Marxismo del Siglo XX*, pág. 12

43 Anderson, Perry, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, pág. 65

incompatibles con los elementos de juicio empíricos, pero siempre indemostrados en su modo de presentación.”⁴⁴ Por último, les llevó a ser influenciados por sistemas de pensamiento no marxistas, de carácter idealista, con la excepción de la escuela de Della Volpe, (Weber, Simmel y Dilthey en Lukács; Croce y De Sanctis en Gramsci; el psicoanálisis freudiano en los componentes de la Escuela de Fráncfort; Husserl y Heidegger en Sartre; Bachelard, Canguilhem, Spinoza y Lacan en Althusser; Bachelard y Schelling en Lefébvre).

Pareciera que el resultado de esta corriente fuese “un marxismo sin proletariado, que conserva sólo su función de crítica cultural de la civilización burguesa”⁴⁵

Esa concentración del foco de atención mayoritario en cuestiones epistemológicas y las superestructuras culturales ¿era fruto de la deformación profesional, del hecho de pertenecer mayoritariamente al campo de la filosofía? Habría que interrogarse por la ausencia llamativa de otras especialidades sociales, como sociólogos, politólogos o economistas entre los intelectuales marxistas, e igualmente por el hecho de que ninguno siguiera el ejemplo de Marx y ampliase su campo de estudio más allá de la filosofía hacia la política, la economía o las relaciones internacionales.

Therborn ofrece una explicación tal vez complementaria del porque de ese monopolio de la filosofía en el marxismo occidental, pero no del porque de su inclinación hacia las cuestiones epistemológicas y las superestructuras culturales, “Parece que en el corazón de Europa, la filosofía era la disciplina académica más abierta a gente que había dado la bienvenida al alba de octubre 1917. La filosofía era relativamente remota del poder e intereses del día, y era claramente no-paradigmática, albergando un número de escuelas. Fue el medio en el cual los temas más generales e importantes de la humanidad fueron discutidos —la vida, la historia, el conocimiento, la moral.”⁴⁶

Anderson no lo menciona en su trabajo, porque se trata de otra escuela y el mismo pertenece a ella, pero los historiadores marxistas británicos reprodujeron posteriormente, en otra perspectiva, la misma deformación profesional, se ocuparon especialmente de temas de historia, y no precisamente de temas del presente. Lo veremos con más detalle posteriormente.

44 *Ibíd*em, pág. 100

45 Malia, Martín, *El final del noble sueño. Cómo el «marxismo occidental» tergiversó al verdadero Marx*, <http://www.revistadelibros.com/articulos/la-tergiversacion-de-marx-por-el-marxismo-occidental>

46 Therborn, Göran, *Acerca de la Teoría Crítica y el Legado del Marxismo del Siglo XX*, pág. 13

Hagamos en este punto un paréntesis para profundizar un poco más en este aspecto que se ha señalado y que se recoge en la cita de entrada de este capítulo sobre el marxismo occidental: "...relaciones ambivalentes con los destinatarios de sus obras, naturaleza elitista de sus escritos, poco interés por divulgar la teoría y aislamiento de las masas." De dicho aspecto se ocupa con un poco más de atención Horacio Tarcus, apoyándose en Gramsci, para quién lo que diferencia al marxismo de otras filosofías es la "peculiar potencialidad de articulación entre «alta» cultura filosófica y «cultura popular»."⁴⁷ Sin embargo, esta unidad no está garantizada por ninguna cualidad del marxismo y "el riesgo de un corte horizontal entre un marxismo culto y un marxismo popular" siempre pende como una amenaza. Amenaza, podemos decir ahora, que no solo se materializó en el caso del marxismo occidental, tal y como denunció Anderson, sino que tendió a profundizarse posteriormente, como veremos en los siguientes capítulos.

Gramsci, efectivamente, se ocupó del tema y propuso algunas soluciones que, a la vista de los resultados, no se mostraron eficaces, "Se afirma la exigencia del contacto entre intelectuales y simples, no para limitar la actividad científica y mantener la unidad al bajo nivel de las masas, sino para construir un bloque intelectual-moral que haga posible un progreso intelectual de masas y no sólo para pocos grupos intelectuales."⁴⁸

Este problema no era privativo del marxismo, Gramsci se fijó en la solución que encontró históricamente la religión católica, para proponer cual sería la adecuada para el marxismo. En el primer caso, fue la iglesia la que se encargó de controlar a los intelectuales para que no se desapegasen de la religiosidad popular y seguir manteniendo su influencia, en el segundo caso debería ser el partido quién se ocupase de asegurar "la unidad del bloque entre la alta cultura intelectual marxista y la cultura socialista de las masas, en suma, entre teoría y doctrina."⁴⁹

El objetivo de Tarcus, en este artículo que tomamos de base, no es tanto explorar las dificultades prácticas de la propuesta de Gramsci como ofrecer una explicación del porque se terminó imponiendo una concepción "deterministas, fatalista y mecanicista" del marxismo en el período formativo de la doctrina marxista que representó el auge de la segunda internacional. Explicación débil, por cierto, porque la segunda internacional

47 Tarcus, Horacio, *El marxismo en América Latina y la problemática de la recepción transnacional de las ideas*, pág. 44

48 Gramsci, Antonio, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, pág. 16

49 Tarcus, Horacio, *El marxismo en América Latina y la problemática de la recepción transnacional de las ideas*, pág. 45.

no conoció ninguna derrota importante -hasta su debacle con el inicio de la primera guerra mundial- que pudiese explicar por sí misma la deriva mecanicista y determinista del marxismo que prevaleció en su seno.

Pero la explicación gramsciana puede servir de punto de partida para analizar la ruptura de la unidad entre intelectuales marxistas y las masas.

“Cuando no se tiene la iniciativa en la lucha, y cuando la lucha misma termina por identificarse con una serie de derrotas, el determinismo mecánico se convierte en una fuerza formidable de resistencia moral, de cohesión, de perseverancia paciente y obstinada. «He sido vencido momentáneamente, pero la fuerza de las cosas trabaja para mí a la larga...», etc. La voluntad real se disfraza de acto de fe en cierta racionalidad de la historia, en una forma empírica y primitiva de finalismo apasionado, que aparece como un sustituto de la predestinación, de la providencia, etc., de las religiones confesionales”⁵⁰

Primera explicación, pues, centrada en señalar el efecto de los períodos de derrotas y reflujos de las luchas. Esta es la explicación de Anderson para el marxismo occidental, y la de Keucheyan para los nuevos pensamientos críticos, pero no para explicar una deriva mecanicista y determinista, sino el alejamiento de los intelectuales marxistas respecto a las masas.

Una segunda constatación, que no explicación, de las dificultades, la aporta Tarcus, “De cualquier modo, ni la mediación partidaria ni un sistema diversificado de prensa han logrado resolver estas tensiones, como revelan en la historia del socialismo moderno los desencuentros entre teoría y práctica, entre los intelectuales y las masas, tensiones que han tendido a expresarse a menudo como malestar en las filas partidarias, cuando no en frecuentes estallidos polémicos, en torno a la cuestión de los intelectuales. Gramsci mismo ha sido consciente de la dificultad que encuentran las filosofías inmanentistas, incluido el marxismo por él entendido como filosofía de la praxis, para «crear una unidad ideológica entre lo bajo y lo alto, entre los “simples” y los intelectuales »”⁵¹

Esta dificultad a la que se refiere Tarcus está constatada históricamente con numerosos ejemplos, especialmente para el período histórico de hegemonía de los partidos

50 Gramsci, Antonio, El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce, pág. 19

51 Tarcus, Horacio, El marxismo en América Latina y la problemática de la recepción transnacional de las ideas, pág. 45

conformados según el modelo leninista, mucho más aún con la deformación estalinista. El marxismo occidental se encuadra claramente dentro de esta explicación, y ya hemos visto que abundaron tres tipos de conductas al respecto, la de los intelectuales que se mantuvieron en el partido con relaciones conflictivas, la de aquellos que terminaron abandonándolo, y la de quienes nunca formaron parte del partido.

Pero esta situación de alejamiento de los intelectuales respecto los partidos marxistas y, como consecuencia directa o no, de las masas, se agudizó cuando posteriormente los partidos marxistas entraron en decadencia general, llegando en la mayoría de las ocasiones a la irrelevancia social y política. Proceso reforzado por la academización de la intelectualidad marxista.

Con unos partidos marxistas cercanos a la insignificancia, con unos intelectuales aún más alejados de ellos, con la proliferación de mil marxismos, como tendremos ocasión de analizar más adelante, y con las derrotas históricas sufridas, el “marxismo popular” establece una distancia casi insalvable con el “marxismo culto”, o marxismos cultos y, entonces, ¿qué queda de esa cualidad del marxismo que le diferenciaba de otras filosofías?

Cerrando el paréntesis abierto para analizar las dificultades de la relación entre los intelectuales y las masas, y volviendo al hilo principal de este capítulo, podemos constatar que los últimos aspectos mencionados en el análisis de Anderson sobre el marxismo occidental también fueron influenciados por el descubrimiento en esa época de los primeros escritos de Marx, de carácter más filosófico, que acentuaron la inclinación por la filosofía de esta corriente, a la vez que se buscaba antecedentes en filósofos anteriores a Marx como manera de intentar encontrarle una raíz filosófica lejana, a la vez que también les sirvió para ensayar con ellos una reinterpretación del materialismo histórico. Este aspecto también es considerado por Anderson como una regresión respecto a la trayectoria de Marx.

Igualmente subraya Anderson otros aspectos de esta tradición como la escasa relación que mantuvieron estos intelectuales entre sí, lo que impidió un debate creativo sobre sus ideas, y el pesimismo que caracterizó su pensamiento, aspecto este último que posteriormente se ha señalado del propio Anderson, al que se le ha terminado considerando como otro ejemplo de marxista occidental.

No obstante, de entre todos los intelectuales que Anderson incluye dentro del marxismo occidental, la pertenencia de Gramsci a esta corriente aparece claramente forzada, como reconoce el historiador inglés en varias partes. Aunque Gramsci no se ocupó de hacer análisis relacionados con la economía capitalista, no cabe duda la importancia de sus aportaciones en relación con el Estado burgués y la estrategia revolucionaria. No centró sus energías en cuestiones filosóficas y huyó de las construcciones especulativas propias de los otros autores; no fue ningún profesor universitario sino un dirigente revolucionario; y cuando se ocupó de analizar la cultura fue, en oposición de los otros autores del marxismo occidental, para estudiar su estructura y función para los sistemas de poder político europeo, “abordó la cuestión de la autonomía y la eficacia de las superestructuras culturales como un problema político”⁵²

El historiador inglés considera una condición imprescindible para cerrar la brecha entre teoría y práctica de los marxistas occidentales, y para que el marxismo vuelva a ocuparse creativamente de las cuestiones de estrategia, política y economía, el que se produzca un nuevo ascenso del movimiento revolucionario de masas. En la época en que escribió *Consideraciones sobre el marxismo occidental* solo se fijó en la experiencia reciente del mayo francés y sus derivaciones en otros países, como por ejemplo Italia. Pero cuando se publicó la obra ya habían tenido lugar otras experiencias dentro y fuera de Europa de más calado que el propio mayo francés, pues como él mismo reconoce, “En realidad, desde luego, la revuelta de mayo no fue una revolución, y la mayoría del proletariado francés ni organizativa ni ideológicamente ha abandonado el PCF”.⁵³ Nos estamos refiriendo al triunfo de la revolución cubana (1959), al gobierno de la UP en Chile (1971-3), la revolución de los claveles en Portugal (1974) o la larga lucha del pueblo vietnamita (1955-75). Sin embargo, parece que Anderson esté anclado en el modelo de principios de siglo XX como el único posible para unir la teoría y la práctica en una síntesis capaz de revitalizar el marxismo. Ese modelo se basaba en un movimiento revolucionario de masas con el proletariado como protagonista, y unos partidos políticos orientados por el marxismo que encauzaban y guiaban la actividad hacia el objetivo del socialismo.

Desde luego ese panorama no se ha vuelto a repetir más que puntualmente y en momentos y lugares desconectados. Por ejemplo, en el Chile anterior al gobierno

52 Anderson, Perry, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, pág. 97

53 *Ibidem*, pág. 118

Allende y durante su vigencia, que sería el ejemplo más parecido a ese modelo; en el otoño caliente italiano; en los años inmediatos y durante el principio de la transición española; o en momentos de la revolución de los claveles. Durante esas experiencias, o a partir de ellas, hubo una producción intelectual de marxistas vinculados a las organizaciones implicadas en ellas, aunque no alcanzaron la notoriedad ni de los autores del marxismo occidental, ni de los clásicos, tal vez con la excepción de Toni Negri que terminó derivando a posiciones postmarxistas o "para-marxistas" en expresión de Kouvelakis.

También podría tomarse las experiencias del PCF y el PCI, en sus momentos álgidos después de la segunda guerra mundial, como ejemplos parecidos a la de la socialdemocracia anterior a 1914, pero en lugar de aparecer intelectuales del tipo de los vinculados a aquella como Rosa Luxemburgo, Kautsky, Hilferding o Bauer, ahora aparecían los autores encuadrados en el marxismo occidental como Althusser, Lefévre, Della Volpe o Colletti.

Estos últimos ejemplos pueden explicarse por el control asfixiante que los partidos comunistas ejercían sobre la producción teórica, pero ¿cómo explicar que en las otras experiencias citadas tampoco apareciesen intelectuales marxistas del tipo de los clásicos?

En 1980, cuatro años más tarde de publicar sus *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Anderson dictó una conferencia que luego fue difundida bajo el título de *¿Existe una crisis del marxismo?*⁵⁴, a la que él mismo respondía negando tal crisis. En esos cuatro años transcurridos no se había producido ningún acontecimiento o cambio de tendencia que pudiese dar lugar a pensar que se estaba o se iba a estar ante un ascenso de algún movimiento de masas revolucionario. Sin embargo, Anderson había cambiado su percepción sobre la producción teórica creativa del marxismo, el decenio de 1970 habían conocido en su opinión un "notable ascenso" de su creatividad. Daba por cerrada la época de producción estéril del marxismo occidental y apuntaba optimista a una recuperación de la productividad intelectual del marxismo clásico.

Ahora apoyaba su cambio de opinión en las publicaciones de otros autores. En el campo del análisis del modo de producción capitalista citaba las obras de Mandel (profesor tardío), Anglietta (profesor) y Braverman (militante, no profesor); en el campo de

54 Anderson, Perry, *¿Existe una crisis del marxismo?*

análisis del Estado a Poulantzas (profesor), Miliband (profesor) o Therborn (profesor); en el del estudio de estructuras de clases a Olin Wright (profesor); sobre el imperialismo a Emmanuel, Arrighi (profesor) y Magdoff (no profesor); y sobre el análisis del socialismo real a Beyer y Bahro. De estos autores citados solo Mandel era un dirigente de una organización revolucionaria.

Pero el cambio de Anderson no solo era en cuanto a su optimismo por la nueva creatividad de la teoría marxista sino también en dos temas fundamentales. El primero era sobre la concepción de la transición al socialismo, concebida “como un proceso de siglos y no de decenios como el que ocurrió durante la transición del feudalismo al capitalismo”. El segundo sobre la naturaleza y papel de la Unión Soviética, “Globalmente es un factor de progreso en la historia mundial de hoy que garantiza la posibilidad de revoluciones socialistas y Estados obreros (esperemos más avanzados que ella misma). Conservador y reaccionario en Europa del este, su papel predominante en Asia, África y América Latina, es nítidamente dinámico y progresista”.⁵⁵

Anderson rechazaba ahora firmemente que existiese una crisis del marxismo, lo que si existía, en cambio, era una crisis del movimiento comunista derivado de la tercera internacional. Si había intelectuales que hablaban de crisis del marxismo era por que habían sido decepcionados en los últimos años por dos importantes experiencias, el maoísmo y el eurocomunismo. Experiencias que Anderson aprovecha para criticar, a la primera por sus deformaciones y deriva reaccionaria en el plano exterior, y a la segunda por su fracaso. Pero sobre la crisis del marxismo se hará un extenso análisis en un capítulo posterior dedicado exclusivamente a ella.

En este análisis de las obras de Anderson sobre el marxismo occidental hemos ido intercalando algunos comentarios críticos de otro autor que se ha ocupado de este tema, Göran Therborn, pero hemos querido dejar para el final otros tipos de críticas y visiones sobre este fenómeno y de su enfoque por parte de Perry Anderson.

Empezaremos por contraponer la visión de Anderson sobre el fenómeno del marxismo occidental con las de otros dos autores que también se han ocupado del mismo. Se trata de dos obras de sendos autores norteamericanos, la primera *Marxism and totality. The adventures of a concept from Lukács to Habermas* de Martin Jay; la segunda *Dialectic of defeat. Contours of western marxism* de Russell Jacoby. Contrastación que ha

55 *Ibidem*, págs. 157-8

analizado de manera brillante Marcelo Starcenbaum en un artículo titulado *Marxismo occidental: vicisitudes de una topografía*, al que seguiremos a continuación.

En el análisis llevado a cabo por Jay hay una gran coincidencia respecto a las características que definió Anderson para caracterizar al marxismo occidental. Sin embargo, la originalidad de la aportación realizada de Jay se realiza “en la postulación del concepto de «totalidad» como elemento prioritario para la exploración del marxismo occidental”⁵⁶. El objetivo del trabajo de Jay se enfoca, de un lado, “a delimitar los modos a través de los cuales la recepción del marxismo occidental en Estados Unidos implicó un reforzamiento del academicismo del marxismo estadounidense”⁵⁷, a través de teóricos como Andrew Arato, Paul Piccone, Paul Breines, Fredric Jameson, Susan Buck-Morss y otros. Y de otro lado, se enfoca a señalar por parte de Jay que “la clausura de la experiencia marxista occidental se articula en el marxismo estadounidense con la recepción de la constelación posestructuralista [...] que rápidamente se acomodan bajo el paraguas del anti-holismo posestructuralista”⁵⁸. Así, este autor termina su recorrido apostando por la recuperación de un discurso de la totalidad “como el horizonte deseable para un verdadero marxismo”⁵⁹, y reivindicando a los autores que forman parte del marxismo occidental como grupo opuesto “a la consolidación del «intelectual específico» foucaultiano y la deconstrucción del corpus marxista en nombre del totalitarismo del comunismo del siglo XX”⁶⁰

Russell Jacoby también coincide con Anderson en relación con las causas que originaron el marxismo occidental, pero diverge del historiador británico en cuanto a la valoración del desplazamiento de esa corriente desde la economía y la política a la filosofía, lo cual no considera un aspecto negativo, sino un avance en el sentido de repensar al marxismo, “un esfuerzo de rescate de un marxismo inconformista y de impugnación de historias contemplativas de la derrota del marxismo occidental”.⁶¹ Al enfatizar este autor la diferencia entre marxismo conformista, cuya mejor expresión sería Althusser, e inconformista, rescata para estos últimos a tendencias que no son contempladas por Anderson como la de “Anton Pannekoek y la escuela holandesa o la de Paul Levi y el comunismo alemán”. Pero, finalmente, hay un punto de coincidencia

56 Starcenbaum, Marcelo, *Marxismo occidental: vicisitudes de una topografía*, pág. 10

57 *Ibidem*, pág. 18

58 *Ibidem*, pág. 11

59 *Ibidem*, pág. 12

60 *Ibidem*, pág. 17

61 Starcenbaum, Marcelo, *Marxismo occidental: vicisitudes de una topografía*, pág. 14

entre Anderson, Jay y Jacoby y es el referente al proceso de “academización” tanto del marxismo occidental, en los términos entendidos por el historiador inglés, como del marxismo estadounidense.”La izquierda estadounidense se lanzó a una “long march through the institutions” [larga marcha a través de las instituciones] (Jacoby 2000 [1987], 140), al final de la cual se encontraron con la profesionalización académica. Jacoby encuentra en las intervenciones teóricas y políticas de los marxistas estadounidenses la proyección de las derivas del marxismo occidental, especialmente el lenguaje académico y el alejamiento de la esfera pública.”⁶²

Otra crítica más global e incisiva al concepto andersoniano de marxismo occidental es la de Stathis Kouvelakis⁶³, a la que nos referiremos a continuación. El largo artículo de Kouvelakis tiene como objetivo final mostrar la vitalidad intelectual de la que aún dispone el marxismo para lo cual, en primer lugar, pone en cuestión la existencia de la corriente del marxismo occidental descrita por Anderson, a lo que dedica el grueso de su exposición y, en segundo lugar, también evalúa las nuevas teorías críticas cuyo compendio es recogido en el libro de Keucheyan, y de las que nos ocuparemos en los capítulos finales de esta obra.

Este documento del filósofo griego es importante porque, en tercer lugar, hace un repaso amplio, pero también incompleto, de los diferentes autores y corrientes marxistas de finales del siglo XX y principios del XXI con el objeto de ilustrar la vitalidad intelectual de la que es portador aún el marxismo, o los “mil marxismo” de los que hablan Wallerstein o André Tosel. Y justamente aquí es dónde es necesario evaluar si más allá de la eclosión de intelectuales marxistas de esta última época, estos siguen cumpliendo las características con las que Anderson define al marxismo occidental, es decir, si se trata de una prolongación de las características de ese tipo de marxismo.

Kouvelakis señala que el vínculo que establece Anderson entre el marxismo occidental y las derrotas de las revoluciones socialistas en la década de 1920 es como mínimo ambivalente, para ello alega, como contraejemplo, el hecho de que la obra de Marx y Engels podría interpretarse como resultado de las derrotas de las revoluciones de 1848; y de la Comuna de París, podríamos añadir. Pero aquí hay otra diferencia sustancial si se comparan ambos períodos y autores, los situados dentro del marxismo occidental muestran una tendencia general pesimista, en tanto que los fundadores del marxismo

62 *Ibidem*, pág.16

63 Kouvelakis, Stathis, *Planète Marx: sur la situation actuelle du marxisme*.

siempre escribieron con un tono optimista y de confianza en las expectativas de su teoría. La única hipótesis explicativa de esta diferencia es que, a pesar de las derrotas conocidas, Marx y Engels eran los iniciadores de una teoría que aún no había sido puesta a prueba claramente, en tanto que los marxistas occidentales no solo conocieron las derrotas de las revoluciones europeas, sino la deriva stalinista de la revolución soviética. Pero también podemos fijarnos en la actitud optimista, mantenida contra viento y marea, por las corrientes trotskistas a pesar de no haber alcanzado jamás una victoria, y de su impotencia y divisiones.

Kouvelakis también recuerda que en el período histórico cubierto por el marxismo occidental (1920-70), y a pesar de las derrotas revolucionarias en occidente, hubo una expansión de los Estados comunistas que seguían el modelo soviético por una parte importante del mundo, que en Europa hubo momentos de irrupción de masas obreras (frentes populares, liberación, año 68), y que en comparación con el período post caída muro de Berlín en aquellas décadas aún había expectativas de avanzar al socialismo a escala mundial. Sin embargo, el balance no es tan evidente como parece sugerir Kouvelakis. En la visión de esas décadas, y desde la perspectiva actual, se hacen más evidentes los signos de la derrota de los años 90. La expansión de los Estados comunistas no podía ocultar la naturaleza del stalinismo y la deriva de la Unión Soviética; los enfrentamientos dentro del campo socialista, con Yugoslavia primero y con China después; y la represión ejercida en los países de dicho campo contra las protestas obreras o intentos de modificar el modelo importado desde la URSS, en Alemania oriental, Hungría, Checoslovaquia o Polonia. Los ascensos de masas obreras en Europa se saldaron todos con derrotas, incluida la de la guerra civil española a la que, por cierto, se olvida de citarla.

Las dos características diferentes a las que alude Kouvelakis sobre el cambio de época que representa 1989 -la desaparición del socialismo en el horizonte histórico y la mucha menor relación de los intelectuales marxistas actuales con organizaciones marxistas- lo único que hacen es plantear, justamente, la pregunta sobre el tipo de marxismo que se está produciendo en la actualidad, ¿se trata de un tipo de marxismo occidental al cuadrado como el mismo se pregunta sobre el marxismo producido en el mundo anglófono?

En lo que efectivamente tiene razón Kouvelakis, y ya hemos hecho alusión a ello anteriormente, es en la crítica al carácter discrecional de la selección que utilizó Anderson para componer el marxismo occidental. A las corrientes y autores ausentes que ya citamos, Kouvelakis añade otro número importante de intelectuales presentes en dicha época como Maurice Dobb, Oskar Lange, Claudio Napoleoni, Charles Bettelheim; la escuela de la *Monthly Review* con Paul Sweezy, Paul Baran y Harry Magdoff; los teóricos del sistema-mundo como Gunder-Frank, Samir Amin o Inmanuel Wallerstein; economista vinculados a la Escuela de Frankfurt como Henryk Grossman o Friedrich Pollok; así como otra serie de autores, algunos de los cuales no está tan clara su adscripción al marxismo.

Anderson tiene derecho legítimamente a realizar una selección de autores y englobarles, en base a ciertas características, como una corriente, la del marxismo occidental, lo mismo que existen otras corrientes como el marxismo analítico, el estructuralista, la de la *Monthly Review*, etc. Lo que ya no es tan legítimo es pretender presentar a esa corriente como la única, o casi exclusiva, fuente de desarrollo del marxismo de esa época. Sin embargo, es necesario reconocerle la utilidad de su análisis al aislar y condensar una serie de rasgos que no solo estarían presentes en la corriente mencionada -aunque algunos de estos rasgos y algunos de los autores incluidos puedan ser discutidos- sino que se prolongarían en la etapa siguiente, dando lugar a una caracterización permanente de un mayoría de la producción teórica del marxismo desde la década de 1920 hasta la actualidad, y no una excepcionalidad ceñida a una coyuntura determinada.

Igualmente, forzando los argumentos para evitar el carácter negativo que Anderson asigna al marxismo occidental, Kouvelakis intenta presentar el sesgo filosófico de esta corriente como un aspecto positivo. La “*passion philosophique*” del marxismo occidental es presentada como una reacción a la que es percibida como pobreza filosófica del marxismo dominante en la Segunda Internacional, convertida por la vulgarización stalinista en materialismo dialéctico. La inclinación filosófica del marxismo occidental es entonces presentada como una resistencia a estas tendencias donde, a pesar de su carácter abstracto, su reto es fundamentalmente político, aunque Anderson lo subestime.

Anderson finaliza su análisis sobre el marxismo, que abarca hasta la década de 1970, expresando su esperanza en *Consideraciones...* en dos aspectos, en la posibilidad de que pueda producirse el ascenso de un nuevo movimiento de masas de carácter revolucionario en los países avanzados que rompa con las características expresadas en el marxismo occidental y renueve la teoría en una línea continuadora del marxismo clásico, y en el potencial que según él contenía para esta tarea la corriente trotskista. Sin embargo, en años posteriores no solamente vería como estas esperanzas se frustraban con el fracaso de la revolución de los claveles en Portugal, sino que contemplaría la debacle del socialismo real a partir de 1989 como una agudización de la crisis que él ya había señalado.

Después de la publicación de su obra, nuevos autores marxistas, algunos de los cuales ya escribían en esa época, hicieron nuevas aportaciones sin que ello lograra superar la crisis del marxismo. Lo que sí se produjo fue el ascenso de movimientos revolucionarios de masas, en algunos casos con consecuencias finales reaccionarias, como la revolución iraní que consagró la victoria de Jomeini y del chiismo en Irán y serviría para la expansión del fundamentalismo por todo el mundo islámico, o el sindicato polaco Solidaridad que sirvió para la restauración de un capitalismo salvaje en Polonia. En otros casos hubo movimientos de masas con consecuencias progresistas pero no encabezados por organizaciones y programas marxistas, como las movilizaciones anti-neoliberales que recorrieron América Latina desde finales del siglo XX y desembocaron en algunos gobiernos progresistas. Finalmente, hubo derrotas de movimientos de masas como en el caso de las revoluciones árabes del segundo decenio del siglo XXI. En definitiva, las organizaciones y el programa del marxismo no volvieron a encabezar ningún movimiento revolucionario de masas en el mundo y, por lo tanto, cuarenta años después de publicada *Consideraciones sobre el marxismo occidental* no se han cumplido las condiciones que Anderson consideraba necesarias para un relanzamiento fructífero del pensamiento marxista. Pero, ¿eran estas condiciones de Anderson indispensable para reanudar las aportaciones fructíferas del pensamiento marxista, o solo se trataba de unas características de cierto marxismo clásico que no tiene porque generalizarse?, ¿no realizaron Marx y Engels las aportaciones fundamentales en períodos de reflujo de movimientos revolucionarios?

Anderson parece apuntar que no eran indispensables cuando al final de su análisis sobre el marxismo occidental se ocupa de una tradición diferente, el trotskismo. En este

sentido, además del propio Trotsky, analiza brevemente tres intelectuales continuadores de la obra del revolucionario ruso: Isaac Deutscher, Roman Rosdolsky y Ernest Mandel. En conjunto, considera que las aportaciones de esta tradición se diferencian netamente del marxismo occidental, su centro de atención no fue la filosofía, sino la economía y la política, tuvieron un carácter más claramente internacionalista, y emplearon un lenguaje más claro. Debido a ello, llegó a considerar a esta corriente como un elemento clave para el renacimiento del marxismo revolucionario, aunque también señaló sus debilidades como su voluntarista, más que racional, posición triunfalista sobre la clase obrera, y el análisis catastrofista del capitalismo, así como su defensa de las doctrinas clásicas en lugar de su perfeccionamiento.

Justamente al final de su obra, sin embargo, Anderson no solo se reafirma en las que considera condiciones indispensables para el avance del marxismo como teoría revolucionaria -la vinculación con masas revolucionarias- sino que llevado por la crítica al marxismo occidental, fruto de “intelectuales tradicionales”, llega a rechazar el papel de estos, “a largo plazo el futuro de la teoría marxista dependerá de los intelectuales producidos orgánicamente por las clases obreras industriales del mundo imperialista, a medida que adquieran capacidad cultural y confianza en sí mismas”.⁶⁴ Una cosa es contraponer el intelectual orgánico como intelectual colectivo a los intelectuales elitistas, de los que él mismo podría ser un prototipo, y otra obviar las dificultades de la formación necesaria para enfrentarse al reto de realizar análisis y construir propuestas sobre sociedades y situaciones cada vez más complejas. Pese a todos los discursos sobre el intelectual orgánico, el marxismo, pero no solo él, sigue deslumbrado por el modelo de intelectual que representó Marx, el de una persona muy capacitada y entregada que es capaz de producir una obra monumental que supone un gran avance para la teoría. El propio Anderson apoya esta visión cuando se centra en las grandes figuras del marxismo como productoras de pensamiento, y no en las aportaciones colectivas que pueden representar los documentos y ponencias de los congresos o conferencias de organizaciones para valorar las aportaciones que se pudiesen realizar en ellas.

Una vez analizada la corriente del marxismo occidental y sus autores, para cuya comprensión las obras de Anderson son fundamentales, podemos proseguir con otra serie de autores marxistas que debido a la existencia de rasgos comunes en sus objetos de análisis o métodos pueden agruparse en otras tendencias.

64 Anderson, Perry, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, pág. 130

Sin embargo, este criterio de agrupar en corrientes diferentes a pensadores marxistas posteriores no es compartido por todo el mundo. Así, por ejemplo, Göran Therborn no entra a diferenciar las corrientes del pensamiento marxista inmediatamente posteriores a la del marxismo occidental como hemos hecho anteriormente, el sociólogo sueco, por el contrario, engloba indiferenciadamente bajo el título de neo-marxismo a las contribuciones que se produjeron en los años 60 y 70 del siglo XX. La conjunción en una coyuntura histórica de la rebelión estudiantil, la guerra de Vietnam y la influencia de la revolución cultural china, produjo, en su opinión, una notable expansión de la influencia del marxismo que, aún alcanzando mayor extensión que el marxismo occidental, sin embargo, no produjo nada tan espectacular. “Una razón para esto es que la política y la teoría se habían diferenciado mucho más. Aun los más brillantes y reflexivos escritos políticos de este período son mayormente empíricos. Los trabajos teóricos y académicos, aún los de gente políticamente activa, son muy académicos.”⁶⁵ Para ello cita como destacables, en Europa, los trabajos de Perry Anderson, Nicos Poulantzas (un marxista estructuralista) y G.A. Cohen (un marxista analítico) en el plano teórico, y a Régis Debray en el plano empírico. Sin embargo, según Therborn, la expansión del marxismo en esos años fue más productiva en Estados Unidos, donde sobresalen las obras de dos grandes autores, Robert Brenner e Immanuel Wallerstein, junto a otros autores como Braverman, Burawoy, Przeworski o Wright.

La utilización del prefijo neo para calificar a este marxismo y la mezcla de corrientes tan diferentes creemos que no ayuda en nada a clarificar las contribuciones de esos años. En consecuencia, para nuestro análisis si utilizaremos esa diferenciación de corrientes y nos ocuparemos a continuación de dos de ellas, los historiadores marxistas británicos y el marxismo analítico.

65 Therborn, Göran, *Acerca de la Teoría Crítica y el Legado del Marxismo del Siglo XX*, pág. 16

La historiografía marxista británica

El aporte de los historiadores marxistas británicos y de su historia social “desde abajo”, enriquecida gracias a la ruptura del grupo historiadores del partido comunista (ghpc) de la rigidez estalinista hacia un marxismo crítico y creativo propuso como centro de interés en la reconstrucción histórica de las clases populares: sus formas y condiciones de vida, sus actividades sociales y políticas, sus luchas, el proceso de formación de su conciencia de clase y de su cultura.

La historia social desde abajo y su búsqueda de una tradición radical inglesa

Fabián Gaspar Bustamante Holguín

En Gran Bretaña apareció después de la segunda guerra mundial una corriente marxista de largo aliento compuesta por un grupo importante de historiadores que daría lugar a lo que se conocería como historiadores marxistas británicos. Sus nombres más conocidos fueron Eric Hobsbawm, Chirstopher Hill, E.P. Thompson, George Rudé, Maurice Dobb, Rodney Hilton, Víctor Kiernan, John Saville y Stuart Hall. Todos ellos fueron miembros o simpatizantes del partido comunista británico. Gaspar Bustamante⁶⁶ señala las características comunes que les identifica como grupo: en primer lugar, con dos intentos de superación, el que se refiere a la concepción económica clásica de la clase social, y el que alude a los problemas asociados a la también clásica visión centrada en la división entre base y superestructura; en segundo lugar, en su interés sobre el problema de los orígenes, y expansión del capitalismo. Pero no cabe duda que el asunto que más les identificó como corriente marxista fue su orientación a desarrollar una historia desde abajo, es decir, una historia social del capitalismo desde la visión de los

66 Bustamante Olgún, Fabián Gaspar, *La historia social desde abajo y su búsqueda de una tradición radical inglesa*.

grupos subalternos, buscando, de esta manera, rescatar del olvido a las clases populares y su papel en la historia. Buscaron demostrar que estas clases fueron portadoras de una cultura autónoma y de procesos de enfrentamientos y resistencias frente a las clases dominantes. Para ello se dedicaron a analizar el pasado histórico de Inglaterra con el objetivo demostrar la existencia de luchas democráticas y populares.

Un punto de partida de esta tradición se puede encontrar en el famoso debate sobre la transición del modo de producción feudal al capitalista a partir de la interpretación de Maurice Dobb, y que dio origen a un debate historiográfico en el que participaron numerosos historiadores. La réplica inicial y principal a las tesis defendidas por Dobb procedió del economista marxista norteamericano Paul Sweezy. A su vez, esto generó una respuesta de Dobb a dichas críticas, dando lugar a dos visiones diferentes en el campo del marxismo: una de carácter económico, que enfatizaba las relaciones de intercambio, a partir de las tesis mantenidas por Sweezy; y otra más orientada hacia los aspectos políticos y económicos, que enfatizaba las relaciones sociales de producción y la lucha de clases, como desarrollo de las tesis defendidas por Dobb.

Hilton, Hill, Hobsbawm y Thompson documentaron las luchas, experiencias y resistencias de los campesinos, la clase trabajadora y el pueblo en sentido amplio frente al dominio de las clases dominantes que, además, habían sido el objeto y protagonistas de la historia escrita hasta entonces. El común interés por estudiar los orígenes y desarrollo del capitalismo estuvo enfocado desde el papel jugado por las clases subalternas, y como un cambio social amplio y no solo económico.

Gaspar Bustamante se interroga sobre los motivos por los cuales este conjunto de historiadores británicos se inclinaron por la historia desde abajo. En principio señala al compromiso político, derivado de una época de efervescencia política como fue la de entreguerras, que motivó su afiliación al partido comunista de Gran Bretaña y su apoyo a la Unión Soviética. Pero en su país había una anomalía, el proletariado británico no había mostrado, ni mostraba, ninguna inclinación revolucionaria como en otras partes de Europa. ¿Es ésta la razón por la que estos historiadores se volcasen en estudiar sujetos “revolucionarios” en contextos preindustriales en Gran Bretaña? De esta manera podría encontrarse otro punto común importante de los historiadores británicos con la corriente de los marxistas occidentales. Si estos habían sido fruto de las derrotas de los movimientos revolucionarios en Europa, los historiadores marxistas británicos eran

fruto de la inexistencia en Gran Bretaña de un proletariado revolucionario. Los primeros se volcaron en la filosofía y la epistemología, los segundos en la historia de las clases populares inglesas anteriores al proletariado.

Esta similitud se encuentra reforzada por otra que también comparte esta tendencia con la de los marxistas occidentales, el hecho de su vinculación a sus respectivos partidos comunistas, y el que estos negasen a los intelectuales adheridos la posibilidad de pronunciarse sobre temas relacionados con la actualidad del movimiento obrero y de los movimientos revolucionarios, campo que pertenecía en exclusiva a los órganos de dirección de los partidos comunistas.

Este grupo de historiadores se vio confrontado en 1956 con los acontecimientos de Hungría y con la posición adoptada al respecto por los partidos comunistas, posición de alineación incondicional con la intervención soviética para sofocar el levantamiento húngaro. Este posicionamiento de los partidos comunistas provocó que prácticamente la mayoría de los historiadores británicos que constituían esta tendencia rompiesen su vinculación con el PCB. Las excepciones fueron las de Hobsbawm y Dobb, aunque terminaron siendo marginados en el partido.

A partir de ese momento hay quienes han interpretado que esta tendencia de los historiadores marxistas británicos se inclinó en sus estudios históricos por la vertiente de las prácticas y relaciones culturales, dando lugar a un marxismo cultural, rompiendo, de esta manera, con la perspectiva más antigua y economicista de Maurice Dobb. En este mismo sentido se interpreta que se orientasen a superar el modelo clásico en el marxismo formado por la dicotomía base-superestructura. Sin embargo, en opinión de Harvey J. Kaye⁶⁷, uno de los autores que más a fondo ha estudiado a esta corriente, no se trató de una ruptura con los trabajos de Dobb y el “marxismo económico”, sino de un desplazamiento del foco de interés.

Gutmaro Gómez⁶⁸, por su parte, diferencia en su estudio sobre esta corriente cuatro ramas en su seno. La primera de ellas se originó en torno al debate mencionado anteriormente sobre la transición del feudalismo al capitalismo iniciado por Dobb; a partir de esta discusión defendieron el papel de las luchas de la gente común en el nacimiento y expansión del capitalismo, reconstruyendo el pasado “en clave de lucha

67 J. Kaye, Harvey, *Los historiadores marxistas británicos*.

68 Gómez Bravo, Gutmaro, *La historia social británica: memoria de una contribución colectiva*.

popular no exactamente fiel al modelo de lucha de clases”. La segunda rama derivaría de la tradición de historia popular y evolucionaría hacia la historia desde abajo. La tercera rama se caracterizó por el influjo del culturalismo en la historia social a través del peso “de las fuentes literarias inglesas y el énfasis en la cuestión cultural”, y derivaría en el objetivo de revisar el marxismo, criticándole como sistema científico. La última de las ramas se puede identificar con las obras orientadas al estudio del Estado y el poder, donde han destacado especialmente Perry Anderson, John Saville y Victor Kiernan.

Fruto del trabajo de esta corriente, además de las obras publicadas por los intelectuales que la componían, fueron dos importantes revistas teóricas, una creada antes de 1956, *Past and present*, y otra posteriormente, *New Left Review*.

En opinión de Alejandro Estella, los historiadores “culturalistas”, también denominados como materialismo histórico cultural, y en el que se sitúa claramente Thompson, se apoyaban en “La idea de que los planteamientos teóricos del marxismo ortodoxo y estructuralista no daban respuestas adecuadas a la cuestión de la acción colectiva y el comportamiento de las clases”, y lo que hacían, en consecuencia, era “«problematizar» la fórmula marxista de que el modo de producción determina directamente la formación de clase y su comportamiento.”

A partir de 1978 esta tendencia más culturalista fue criticada primero por Richard Johnson y luego por Perry Anderson. El primero les reprocha la reducción que realizan de las relaciones de clase a meras relaciones colectivas entre grupos. Con una perspectiva próxima al althusserianismo, Johnson señala que “Por un lado, al marginar el carácter estructural de las relaciones económicas de producción, los culturalistas quedarían atrapados en el estudio de la representación que los individuos tienen de su condición de explotados. Por otro, al abandonar el carácter preciso y definido que tenía dicha categoría en los análisis de Marx, se alejan del materialismo histórico como ciencia para desembocar en una concepción humanista de la historia”⁶⁹

69 Estrella González, Alejandro, El debate en la historiografía marxista anglosajona en torno al concepto y análisis de clase

El marxismo analítico

El marxismo analítico tiene como propósito distanciarse del marxismo "tradicional" centrándose más en cuestiones de naturaleza metodológica, y menos en cuestiones que atañen al diagnóstico elaborado desde un horizonte marxista sobre una coyuntura histórica particular o a la aplicación política que se podría derivar de dicho diagnóstico. Esta apuesta por la metodología marxista tiene como trasfondo la apuesta por el carácter científico del marxismo, así como por la necesidad de validarlo teóricamente, según algunos de los criterios científicos vigentes en la actualidad.

Marxismo analítico: ¿una alternativa a la crisis teórica del marxismo?

Luis Armando González

El marxismo analítico volvió a reproducir algunas de las características más definitorias con las que Perry Anderson había descrito al marxismo occidental. Se trata, efectivamente de una corriente de pensamiento aparecida a finales de los años 70 del siglo XX y ubicada en el mundo anglosajón, cuyo origen son las reuniones de un conjunto de intelectuales académicos con objeto de intercambiar opiniones sobre temas de interés común. Especialmente se planteaban si las hipótesis y categorías que conformaban el núcleo fundamental del marxismo seguían siendo pertinentes en la segunda mitad del siglo XX. Pertenecen a esta corriente importantes pensadores marxistas como Jon Elster (politólogo), Erik Olin Wright (sociólogo), Gerald Cohen (filósofo), Adam Przeworski (politólogo), Robert Brenner (historiador) y John Roemer (economista), todos ellos pertenecientes al grupo fundador, y otros adheridos más tarde como Philippe van Parijs (filósofo), Robert van der Veen, Pranab Bardhan (economista), Hillel Steiner y Samuel Bowles (economista).

Su aparición fue posible gracias a que en la década de 1970 el marxismo se había extendido como una importante tendencia dentro del mundo universitario europeo y estadounidense, y a la influencia que ejercía en esos momentos la filosofía analítica⁷⁰. Por tanto, podemos decir que, al igual que ocurrió con muchos autores del marxismo occidental, estamos en presencia de otro intento de combinar el marxismo con otras corrientes de pensamiento de la filosofía, la sociología o la economía, en este caso concreto con la teoría de la elección racional y el individualismo metodológico.

Como se apuntó más arriba, el marxismo analítico partía de la puesta en causa de aspectos claves del marxismo, en concreto rechazaba que éste dispusiese de un método propio o que lo que pudiese entender por tal cosa fuese sostenible y defendible desde un punto de vista de los criterios científicos. Por lo tanto, la mayoría de los autores de esta corriente, aunque no todos, buscaron integrar al marxismo con el individualismo metodológico⁷¹, que busca establecer los micro fundamentos de la acción, los modelos de la acción racional o la teoría de los juegos. Esto significaba reemplazar algunas de las señas más identificativas del marxismo clásico por otros fundamentos diferentes como la racionalidad instrumental de los actores o la base individual de la acción social, en un claro influjo de las teorías dominantes en ese momento en el mundo académico anglosajón. En el caso de Elster su rechazo se extiende a conceptos nucleares del marxismo como el de socialismo científico, el materialismo dialéctico y gran parte del materialismo histórico, así como su teoría económica, en lo que coincide con Roemer.

El objetivo final sería preservar las categorías teóricas más importantes del marxismo dentro de un método de análisis empírico, depurado de cualquier evocación metafísica, de manera que el marxismo pudiese gozar de un status de ciencia que siempre había sido puesto en cuestión por sus adversarios.

Así pues, “las características distintivas del marxismo analítico serían: la preocupación por la investigación y la comprobación empíricas de sus postulados, para ellos es necesario que la teoría marxista genere proposiciones sobre el mundo real que puedan

70 Las características más definitorias de la filosofía analítica son su inclinación por el análisis lógico de los conceptos y el estudio del lenguaje; una afinidad con la tradición empirista y los métodos de la investigación científica, especialmente los de las ciencias físicas; lo que significa un rechazo de las corrientes metafísicas y las filosofías cercanas a ellas.

71 El individualismo metodológico supone que los seres humanos actúan guiados por una racionalidad instrumental y que las estructuras sociales son el resultado no deliberado de las acciones individuales y, por tanto, que los comportamientos colectivos están basados en las convicciones y motivaciones de los individuos.

ser comprobadas y/o estudiadas empíricamente; el interés por definir los conceptos utilizados de manera sistemática y clara, y por la coherencia lógica de sus análisis, criticando el oscurantismo y las pretensiones metafísicas de muchos marxistas”.⁷² Esto debería implicar el rechazo a ciertos aspectos del marxismo considerados metafísicos, es decir, indemostrables empíricamente, como la alienación o el método dialéctico. Evidentemente, esta posición chocaba frontalmente con aquellas otras que alejaban al marxismo de los criterios estándar utilizados para definir las ciencias en general, y las ciencias sociales en particular.

En el caso de Cohen hay un análisis exhaustivo de las obras de Marx con el objetivo de dotar de mayor coherencia lógica a su teoría de la historia, intentando demostrar que el materialismo histórico no necesita apoyarse en una filosofía de la historia de base metafísica, lo que significaba su rechazo del método dialéctico, elemento común a los autores encuadrados en el marxismo analítico. Sin embargo, Jon Elster va más allá y rechaza cualquier teoría de la historia e incluso la teoría económica de Marx. Las discusiones entre Cohen y Elster se originaron en el rechazo de este último a la explicación funcional de Cohen sobre la teoría marxista de la historia, según la cual las características de las relaciones sociales de producción permiten el desarrollo de las fuerzas productivas.

Efectivamente, dentro del marxismo analítico las dos posturas más distantes y enfrentadas fueron las mantenidas por Jon Elster y Gerald Cohen. El primero defendía claramente la utilización por el marxismo de las teorías de la decisión racional y de los juegos, así como el individualismo metodológico, defendiendo que en las ciencias sociales debía predominar la explicación intencional-causal y no la funcional. Cohen, por el contrario, defiende la explicación funcional como propia del materialismo histórico. Este tipo de explicación sería la base de su defensa del marxismo basada en tres elementos: “las fuerzas productivas (los medios de producción y la fuerza de trabajo), las relaciones de producción (que son relaciones de poder económico sobre las fuerzas productivas) y la superestructura jurídica y política. La relación que se establece entre estos tres elementos respondería a la siguiente máxima, eje de la teoría de la historia marxista: el desarrollo de las fuerzas productivas explica la naturaleza de las

72 García, Marcos Jesús, Teoría marxista de las clases sociales, pág 93

relaciones de producción y éstas, a su vez, explican el carácter de la superestructura que la acompaña.”⁷³

A pesar de que los marxistas analíticos se ocuparon de los diversos aspectos del marxismo, sin embargo, para Roberto Gargarella⁷⁴ lo más definitorio de esta corriente sería su tratamiento de ciertos temas, como la justicia o la igualdad, problema que habían sido marginados o menospreciados por la mayoría de los autores marxistas. La razón de esta preocupación no sería solamente su punto de partida, basado en el individualismo metodológico, sino la conciencia de que algunas premisas establecidas como necesarias para la realización del comunismo, como las de un estado igualitario final o la ausencia de escasez, no se estaban cumpliendo en las experiencias prácticas del socialismo real y eran difíciles de cumplir. Estas premisas, especialmente la última, se tratarán con más detalle en otros dos capítulos de este libro, el primero, el dedicado al análisis económico de las experiencias del socialismo real y las discusiones sobre las posibilidades reales de que se cumplan las condiciones materiales de una sociedad comunista (desarrollo sin trabas de las fuerzas productivas y situación de abundancia que satisfaga las necesidades de la humanidad); el segundo de los capítulos es el dedicado al ecosocialismo, dónde esta corriente se opone al desarrollo sin trabas de las fuerzas productivas debido a los graves problemas ecológicos existentes, sin aclarar cómo afectaría dicha situación al proyecto de establecer una sociedad comunista

De la misma manera, el marxismo analítico también ponía en cuestión otras premisas sobre las que se basaba la acción de transformación revolucionaria del marxismo: que la clase obrera era mayoritaria en la sociedad, siendo a la vez la clase que generaba la riqueza y la que era explotada con una tendencia a la pauperización, por lo cual no tenía nada que perder y se podía embarcar en una revolución que transformaría la sociedad.

La puesta en cuestión de estas premisas por los marxistas analíticos les llevó a retomar el tema de la justicia y a proponer otra serie de alternativas diferentes de la revolución comunista.

Estos autores entendían que el marxismo clásico se desentendió del problema de la justicia en una sociedad comunista porque concebían que en ésta desaparecerían los

73 Estrella González, Alejandro, op.cit.

74 Gargarella, Roberto, *Marxismo analítico, el marxismo claro*

problemas de la escasez -debido al desarrollo de las fuerzas productivas- y los conflictos⁷⁵. Otros autores marxistas defendían que el marxismo si disponía de una teoría de la justicia, aunque no desarrollada, basada en algunos principios enunciados como la distribución de acuerdo a la contribución de los miembros de la sociedad, o de acuerdo a su necesidad o, también, basada en el principio de autorrealización.

En relación con el tema de la revolución, prosigue Gargarella, los marxistas analíticos critican su viabilidad en las sociedades desarrolladas en función de su análisis de la acción colectiva según los presupuestos metodológicos mencionados anteriormente: la dificultad de llevar a cabo la revolución en el momento en que las fuerzas capitalistas alcancen su mayor expansión, unido a los sentimientos subjetivos de alineación y explotación; los problemas asociados al comportamiento del free-rider, es decir, las mayorías pasivas esperando beneficiarse de los logros sin asumir los riesgos; o la contradicción de esperar que los proletarios fuesen capaces de superar los problemas mencionados de la acción colectiva y los burgueses no.

Con estas premisas y críticas, los marxistas analíticos desarrollaron algunas propuesta de alternativas al capitalismo que esquivaban el problema de la revolución al precio de regresar al viejo utopismo del siglo XIX - no solamente por no discutir a fondo su

75 En relación con este tema, y sobre sus dificultades prácticas, es interesante la descripción que Josep Fontana realiza de la experiencia de Jrushchov de poner en práctica este ideal comunista de la desaparición de los conflictos, para ello reproducimos un extenso párrafo suyo: "Esta [la sociedad comunista] había de ser una sociedad armónica y estable, cuyos ciudadanos, adecuadamente reeducados, no tendrían estímulo alguno para delinquir. En marzo de 1959, en el Tercer congreso de escritores, pronunció [Jruschov] un discurso que se reprodujo en la primera página de *Pravda* en que sostenía que no había ser humano alguno que fuera incorregible, ni siquiera los opositores políticos y los criminales. Los únicos enemigos reales eran los capitalistas. En el interior de la sociedad soviética era mejor la corrección que el encarcelamiento. En la paz social del comunismo los crímenes serían tan raros que quienes los cometiesen serían considerados como enfermos mentales. No solo pensaba que era posible un futuro sin cárceles, sino que creía que se estaba en condiciones de alcanzarlo.

Para facilitar la reeducación que había de ir reemplazando a la cárcel, un decreto de 2 de marzo de 1959 creaba brigadas voluntarias en cada fábrica y en cada explotación agraria del país para que se encargasen de patrullar las calles, identificar a los perturbadores del orden e informar de su conducta a su lugar de trabajo, y eventualmente a la policía. Se reformaban a la vez los «tribunales de camaradas», dentro de una opción que lo que pretendía no era detener o encarcelar, sino reeducar a través de la reprobación pública.

Pero en 1960 habían aumentado los delitos, en especial en la ciudad de Moscú, lo cual se atribuía a las excarcelaciones producidas por el decreto de 14 de agosto de 1959 y al nuevo sistema que ponía a los ofensores bajo la tutela de organizaciones sociales, en lugar de someterlos a los habituales mecanismos represivos.

Fue por ello que en el XXII Congreso, en 1961, se organizó la batalla contra los vagos, parásitos, alborotadores y borrachos, que pensaban que en el comunismo no había que trabajar, sino que bastaba tan solo con consumir y disfrutar. Había que echar a estos elementos antisociales para que no impidiesen el avance hacia el comunismo. Pese a todos los inconvenientes, Jrushchov no había renunciado aún a su utopía social. Fue, dirá Miriam Dobson, el «último aliento de la revolución, el último intento de construir un mundo perfecto, esta vez sin necesidad de un uso excesivo de la violencia»." Fontana, Josep, *Por el bien del imperio*, págs. 169-70

factibilidad, sino por no plantear la estrategia para alcanzar dichas alternativas - o instalarse en el reformismo.

Gargarella se refiere a dos de estas alternativas. La primera sería la de los ingresos básicos universales, es decir, el aseguramiento para todos los individuos de un ingreso mínimo suficiente independientemente de su actividad productiva⁷⁶. Esta alternativa presupone una situación de excedente social suficiente basado en una sociedad muy productiva al abrigo de crisis económicas. Es decir, como propuesta a realizar dentro del capitalismo, seguramente podría funcionar en las mismas condiciones en que ha funcionado el Estado de bienestar, mientras se produjese una situación de crecimiento económico, y en países desarrollados o algunos que dispongan de una renta de situación importante (petrolera, etc.), pero es difícil de suponer que, siendo una extensión de aquel, pudiese concebirse como una solución universal dados los esfuerzos de las clases dominantes por reducir la extensión del mismo allí dónde alcanzó un importante desarrollo. Y si la propuesta se realiza para una sociedad socialista, entonces sobra la alternativa en esa situación. Incluso otros autores del marxismo crítico se mostraron escépticos o críticos con esta opción.

La segunda alternativa avanzada fue la del socialismo de mercado, de mayor aceptación entre los marxistas analíticos, con algunas variantes según el mercado abarque o no a la producción de bienes, o se base en las cooperativas de trabajadores. Gargarella se encarga de poner en evidencia también en este caso las ventajas e inconvenientes. Pero en cualquier caso, y al igual que con la anterior alternativa, se trata de un ejercicio intelectual sin ninguna implicación práctica en cuanto no hay ninguna propuesta de estrategia de cómo conseguir llevarlas a cabo. El socialismo de mercado ha sido objeto de importantes polémicas en el campo socialista, algunas de las cuales serán analizadas con mayor detalle en un capítulo posterior.

El marxismo analítico tuvo un cierto recorrido y prácticamente desapareció en la segunda mitad de los años 90, algunos de sus autores renunciaron al marxismo y otros se mantuvieron en sus márgenes, buscando la superación del capitalismo como parte de

⁷⁶ Este tipo de medidas ya han sido puestas en práctica, bajo diversas modalidades, en diversas partes del mundo, la más antigua es Alaska, que lleva ya cuatro décadas, y entre las más recientes figura Finlandia, aunque está orientada solamente a los desempleados. Las experiencias en marcha son objeto de seguimientos y estudios, y cuentan entre sus apoyos entusiastas con importantes empresarios transnacionales como los patronos de Facebook, Microsoft o Amazon, o son impulsadas por los conservadores. En Finlandia, por ejemplo, ha sido un gobierno de centro-derecha quién ha impulsado esta medida experimental.

un proyecto ético, y de ahí algunas de las propuestas que hicieron y que hemos mencionado.

Para Michael Lebowitz, el marxismo analítico no solamente es imposible considerarlo como parte del marxismo, sino que considera que su esencia es antimarxista. Y se responde a la cuestión del porque estos autores se consideraron a sí mismos como marxistas, “La respuesta parece ser que ellos se consideran socialistas y que «la etiqueta de marxista revela por lo menos que ciertas ideas fundamentales se perciben como provenientes de Marx» (Roemer, 1986), pero si algunas creencias e ideas seleccionadas y tomadas aisladamente de un marco marxista fueran suficientes para la designación de marxismo, este término perdería todo significado integral. Lo que hace antimarxista al marxismo analítico es que las creencias y las ideas absorbidas de Marx han sido incorporadas a un marco antimarxista, y que las partes han adquirido propiedades de ese todo”⁷⁷

Vemos, pues, que a semejanza del marxismo occidental que analizó Anderson, esta corriente también está compuesta por autores situados en el mundo académico y preocupados especialmente por los problemas epistemológicos, si bien sus profesiones son más diversas, la filosofía no es la dominante, y están aún más alejados que aquellos de la dirigencia o militancia en organizaciones marxistas. Igualmente, terminaron mostrando una actitud pesimista sobre la capacidad del marxismo como teoría explicativa e instrumento de transformación. También a semejanza de autores postmarxistas, que veremos posteriormente, comenzaron planteando la necesidad de dotar de un fundamento científico al marxismo, para terminar alejándose teórica y prácticamente de él.

Las críticas que se vertieron sobre esta corriente desde el campo marxista fueron variadas. Burawoy les reprocha su diálogo con las teorías burguesas en la filosofía, la sociología o la economía, y que estuviesen más preocupados por la respetabilidad académica que por las respuestas a los desafíos de la historia.

Diego Guerrero califica abiertamente al marxismo analítico como “la tendencia más desastrosa y degenerativa del pensamiento económico marxista contemporáneo” y recoge la propia autodefinition de uno de los componentes de esta corriente, Roemer, “«muchos miembros de la escuela encontraban, a medida que avanzaba la década de los

⁷⁷ Lebowitz, Michael A., *¿Es marxismo el "marxismo analítico"?*

80, que era cada vez más inexacto caracterizar su obra de marxista», ya que «aunque el marxismo continuaba inspirando las preguntas», las conclusiones «eran a menudo completamente distintas de las de Marx»⁷⁸.

Como hemos tenido ocasión de ver en el estudio tanto de los historiadores marxistas británicos como del marxismo analítico, ambas corrientes, a pesar de sus diferencias entre ellas y con la del marxismo occidental, comparten algunos de los principales rasgos de esta última que, en definitiva, persistirán hasta la actualidad.

78 Guerrero Jiménez, Diego, Un Marx imposible: el marxismo sin teoría laboral del valor, págs. 12 y 14

Marxismo científico y marxismo crítico

Sin embargo, la afirmación del carácter científico del materialismo histórico dio origen a un problema típicamente filosófico. ¿dónde se encuentra lo científico del marxismo? Proporcionar una respuesta a esta pregunta parecía requerir dos cosas. Primero, una teoría general de las ciencias y de su relación con la realidad, para proveer un fundamento objetivo al argumento de que el marxismo es una ciencia. Es decir, parecía necesitar una teoría que pudiera determinar la validez del marxismo como proveedor de un conocimiento objetivo del mundo –una epistemología. En segundo lugar, una identificación de aquellas características específicas de la teoría marxista de las que se derivaba su carácter científico.

El marxismo de Althusser

Alex Callinicos

El marxismo analítico representó una expresión fuerte por dotar al marxismo de un status de científicidad en las condiciones en que se entendía éste en la década de 1980, pero los autores que formaban parte de esta corriente no fueron los únicos en plantear este tema conflictivo y nunca resuelto sobre la naturaleza del marxismo como cuerpo de teorías.

Tampoco se puede afirmar que todos los autores u organizaciones marxistas coincidan en la necesidad de acreditar el status científico del marxismo. Dadas las diferentes posiciones que se pueden encontrar no solo en la tradición marxista globalmente tomada, sino en los textos del propio Marx, se han hecho diversos intentos de clasificación de los marxismos. Uno de los más conocidos es el de Alvin Gouldner⁷⁹, quién, como ya analizamos anteriormente, dividió al marxismo en dos grandes modelos o tipos ideales a través de aislar algunas de las oposiciones más características que se

⁷⁹ Gouldner, Alvin, *Los dos marxismos*.

daban en su seno, bien entendido que, como cualquier otra clasificación ideal, se trata de una herramienta analítica que no implica que estos dos modelos se puedan encontrar tal cual en las obras de los diferentes pensadores marxistas o en las prácticas de las organizaciones que se reclaman del marxismo. Estos dos tipos ideales son conocidos como científico y crítico y son muy pertinentes para el objeto de estudio que se pretende en este capítulo.

Recapitulando lo visto anteriormente, el marxismo científico se caracterizaría, según este autor, por su carácter determinista y la preeminencia otorgada al análisis estructural, donde sobresale el papel de las estructuras económicas, separadas de las superestructuras (derecho, política, cultura) que son determinadas en última instancia por aquellas. Estas son analizadas en el contexto de la maduración de las condiciones objetivas que son las que permitirán la transición entre diferentes modos de producción. En esta perspectiva, la sustitución de un modo de producción por otro solo es posible cuando el primero ha alcanzado el límite de su desarrollo y las relaciones de producción son un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas, lo cual implica que el paso al socialismo debe darse en los países capitalistas más maduros, no en los más atrasados, y que el sujeto transformador sea inevitablemente la clase obrera, pues es en el corazón de la producción, en la explotación, donde se sitúa la contradicción esencial del capitalismo y se origina la lucha de clases. Esto forma parte de su visión progresista de las fuerzas productivas, cuyo desarrollo máximo sería una condición imprescindible para la posibilidad de una sociedad comunista. Su análisis del capitalismo pretende probar científicamente este desarrollo que es contemplado como necesario, de ahí su sesgo determinista y el rechazo a la necesidad de una fundamentación ética del socialismo. El marxismo científico participa plenamente en la visión sobre la capacidad de la ciencia como método objetivo de conocimiento de la realidad e instrumento necesario para el desarrollo de las fuerzas productivas, con lo cual desdeña el papel de la filosofía reemplazado por el de la ciencia.

Las características que definen al marxismo crítico son prácticamente opuestas a las del marxismo científico. Ahora el énfasis no se pone en las estructuras sino en la acción consciente de los seres humanos que son presentados como los agentes reales de las transformaciones históricas y, por lo tanto, cobran especial importancia aquellas situaciones subjetivas implicadas en dicha tarea, como la conciencia de clase, la ideología y la organización. Rechaza la separación entre estructura y superestructura a

favor de una visión de la sociedad como totalidad, para lo cual se apoya más en el conocimiento filosófico que en el científico y, como consecuencia, enfatiza más que la crítica de la explotación, la de la alienación y el fetichismo. Relativiza la necesidad de que la transformación socialista deba tener lugar en los países de capitalismo desarrollado, viéndola más factible en los países atrasados económicamente donde las condiciones de vida de las masas proporcionan un entorno más favorable para la revolución, lo cual implica no reconocer el papel de sujeto revolucionario imprescindible al proletariado, pero, a su vez, tampoco está informado por la tendencia determinista y optimista sobre el triunfo final del socialismo, el cual solo es posible por un proceso donde la voluntad humana juega un papel clave.

Los autores o corrientes más cercanos a la visión del marxismo científico son los que se han planteado más insistente y angustiosamente el problema de la validez científica del cuerpo teórico marxista, de los desmentidos que la realidad ha ofrecido sobre algunas de las proposiciones claves del marxismo. De esta manera, este desmentido por el desarrollo real de los acontecimientos ha llevado a relajar o abandonar su optimismo determinista inicial. Este planteamiento del marxismo es el que está teniendo más dificultades para responder a los retos que se le han planteado y es el que ha ensayado respuestas más complejas, como el estructuralismo althusseriano o el marxismo analítico, que no han tenido éxito. De este último ya nos hemos ocupado, y del primero lo haremos más adelante.

El marxismo crítico parece, en principio, contar con más ventajas frente a las adversidades encontradas por el marxismo en el desarrollo histórico real. Si los fines y valores sociales son una construcción colectiva no sometida a ningún tipo de leyes históricas, y la voluntad humana es el factor clave para la transformación social, entonces esas adversidades son simplemente reveses históricos de los que habrá que aprender y superar, pero no un desmentido al cuerpo de predicciones de una teoría. El problema es que este camino es el del regreso más o menos intenso a las posturas del socialismo utópico que Marx tanto criticó. Efectivamente, es clara la tendencia de esta corriente a producir discursos, críticas y proyectos orientados por un fuerte componente ético tanto en su visión del capitalismo como en sus propuestas de sociedad.

Sin embargo, a pesar de su popularización, esta clasificación dicotómica de Gouldner no es la única. Otra también interesante es la propuesta por Sánchez Vázquez, quién

diferencia tres tendencias en lugar de dos. “Estas son: la tendencia objetivista (economicista) que se remonta al marxismo de la II y III Internacional y al marxismo soviético, (centra su interés en el problema ontológico); la tendencia humanista del pensamiento marxiano de los años cincuenta y sesenta (que florece a expensas de su carácter científico, privilegiando el problema antropológico); y la tendencia epistemológica, que define al marxismo ante todo por su «cientificidad» y «práctica teórica». Todas ellas olvidan o relegan lo esencial del pensamiento marxista: la praxis.”⁸⁰

De alguna manera se tiende a identificar el marxismo crítico con la filosofía de la praxis.

Un tercer enfoque puede ser el que expresa Edgardo Lander⁸¹, quién plantea que en el marxismo han existido tres concepciones teórico-epistemológicas en relación a la verdad y la ciencia, derivadas, a su vez, de las tres influencias teóricas que concurrieron en la formación original de la obra de Marx: el socialismo utópico francés, la filosofía clásica alemana y la economía clásica inglesa. En el primer campo, el del pensamiento utópico se establecen los valores, los fines y la ética, se plantea la libertad y la igualdad, es el terreno de la voluntad humana, donde la legitimación de los fines y valores se encuentra en sí mismo. La explicación filosófica va a servir para encontrar el sentido de la historia y conocer su devenir, este tipo de conocimiento se basa en la reflexión filosófica, en la potencia de la razón, y en ella se basa en gran parte el materialismo histórico y, sobre todo, la definición del comunismo como objetivo a alcanzar. El último campo, el del conocimiento científico, tiene como base para acercarse a la verdad el modelo vigente sobre todo en las ciencias naturales, centrado en la investigación empírica y la contrastación de las hipótesis, alejado de los razonamientos especulativos.

Para Lander, estas tres concepciones teórico-epistemológicas tienen que producir necesariamente contradicciones cuando se utilizan conjuntamente para sustentar un modelo de conocimiento y acción. Pero la eficacia del marxismo ha consistido originariamente en presentar sus fines como coherentes con las tres concepciones: el comunismo sería a la vez el objetivo de sociedad que se quiere alcanzar, el fin y el

80 Valqui Cachi, Camilo, *La filosofía de la praxis en México ante el derrumbe del socialismo soviético*, pág. 232

81 Lander, Edgardo, *Contribución a la crítica del marxismo realmente existente*.

sentido de la historia, y la consecuencia inevitable de las contradicciones existentes en la sociedad capitalista.

Sin embargo, continúa este autor, el núcleo de las proposiciones teóricas de Marx se basan en la filosofía de la historia. Estas proposiciones son planteadas desde sus obras más tempranas, y si después Marx dedicó su esfuerzo intelectual en dotarlas de un carácter científico fue por “el predominio del cientifismo en el clima intelectual europeo occidental” de su época, que impulsaba a sustraerlas del campo de las especulaciones filosóficas para darlas un aspecto de científicas. Nosotros podríamos añadir que, igualmente, el reclamo de científicidad para sus tesis también era la mejor manera de distanciarse y descalificar al resto de teorías críticas de su época, a las que englobó bajo el término de socialismo utópico, es decir, todo lo contrario del socialismo científico que significaba el marxismo.

Pero la diversidad epistemológica en el marxismo no podía dejar de producir tensiones y originar una dicotomía que se expresaría como apuntó Alvin Gouldner en los dos marxismos, el científico y el crítico, pero también en los continuados esfuerzos por recrear una parte verdadera de Marx frente a otra que sería desechable. Esfuerzos entre los que sobresale el de Althusser -del que nos ocuparemos con más detalle en un capítulo posterior- por pretender apartar los “resabios ideológicos hegelianos” como la alienación, el humanismo, el historicismo y otros, y salvar así el marxismo científico del Marx maduro.

Lander, desde luego, rechaza el marxismo científico en cuanto teoría que haga derivar los fines y los valores sociales de leyes inexorables derivadas del conocimiento de la historia o de las investigaciones científicas, porque de esta manera se excluye toda discusión y decisión de la sociedad sobre su destino y hace desaparecer el ámbito de la libertad, ocupando su lugar las opiniones de los científicos y filósofos que detentarían el monopolio de la verdad.

Pero la relación entre la teoría marxista y las ciencias naturales ha sido una relación compleja y cambiante en función de diferentes coyunturas políticas, sosteniendo Lander la tesis de que el marxismo ha compartido los mitos e ilusiones fundamentales del pensamiento científico, y con ello se ha limitado en su capacidad “de crítica a la actividad científica como forma predominante de producción y reproducción del conocimiento de la sociedad contemporánea”.

La posición de este autor es la defensa de un relativismo epistemológico que excluye una forma de conocimiento superior sobre las otras en base a algún criterio absoluto y, por lo tanto, rechaza el paradigma de las ciencias naturales como única forma posible de conocimiento, al ser una forma particular guiada por “la previsión, transformación, control y manipulación del mundo”, siendo, además, fruto de un conjunto de opciones culturales configuradoras de la sociedad occidental. No es que solamente rechace la preeminencia del cientifismo en el marxismo porque es la base de la deformación que sufrió en sus experiencias prácticas, sino que, yendo más lejos, rechaza el propio valor de la ciencia como medio de conocimiento superior, al ser un conocimiento fruto de una opción civilizacional occidental que prioriza “los valores de la producción, el trabajo, la previsión y el control” en los que va apoyarse, a la vez que promover el desarrollo de la sociedad burguesa. Sin embargo, su crítica radical le termina llevando al utopismo.

En cuarto lugar, también es importante el planteamiento que realiza Elias José Palti, “La tradición de pensamiento marxista, como cualquier otra, no es algo homogéneo y estable. Esto es así no sólo en el sentido obvio de que ha sufrido reformulaciones cruciales a lo largo de su siglo y medio de vida, sino también, y de manera fundamental, que su historicidad no responde nunca exclusivamente a sus impulsos y problemáticas inherentes. Ésta se ve atravesada de cabo a rabo por las recomposiciones más vastas en los regímenes de saber que se produjeron en su transcurso en el pensamiento occidental. El pensamiento marxista viene, de este modo, a reinstalarse sucesivamente en diversos nichos epistemológicos, se reconfigura en función de las diversas epistemai que definen, en cada momento dado, las condiciones de inteligibilidad de los fenómenos. En definitiva, éstos proveen la red teórica de base a partir de la cual se relee también retrospectivamente el pensamiento de Marx y se reformula su legado.”⁸²

Si nos atenemos a esta visión, entonces conviene tener en cuenta esos “regímenes de saber” dominantes en el pensamiento occidental.

Otro planteamiento bastante inusual es el de Inmanuel Wallerstein⁸³ en el que establece una relación entre las tres etapas del marxismo, un tipo de modelo utópico y un tipo de ciencia predominante correspondientes a cada una de dichas etapas. Su proposición es

82 Palti, Elías José, *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su “crisis”*, pág.92

83 Wallerstein, Inmanuel, *Impensar las ciencias sociales*.

sugerente pero se queda en lo superficial, sin terminar de demostrar la relación entre las tres cosmovisiones.

Los tres modelos de utopía propuestos por Wallerstein son la de Tomás Moro, la de Engels y la de Karl Mannheim, como tres modelos diferentes que expresarían también “tres momentos distintos de la historia del sistema-mundo moderno”. Elegir a Engels como un modelo de utopía parece un poco sorprendente en cuanto él mismo criticó incisivamente al utopismo, sin embargo Wallerstein considera que sus predicciones sobre la inevitable extinción del Estado después de la revolución socialista son una visión futurista que cae en el terreno de lo utópico.

Luego Wallerstein, como ya comentamos más arriba, establece tres eras marxistas, la primera correspondería al período más activo política e intelectualmente de Marx, entre 1840 y 1889. Su muerte dio paso a la segunda era, la del “marxismo ortodoxo” que este autor identifica como “el marxismo de los partidos” y que, en este sentido, acota temporalmente entre el congreso de Gotha y el de Bad Godesberg en 1959, viniendo dada su impronta por las experiencias de la segunda y tercera internacionales. La tercera era comenzó en la década de 1950 y sigue aún vigente, denominándola la era de los mil marxismos, siendo su característica distintiva la ausencia de ortodoxia, en la que el marxismo se usa “para tapizar tantas cosmovisiones diferentes que su contenido parece muy diluido”.

Tras establecer los tres modelos de utopía y las tres eras del marxismo, Wallerstein propone una relación entre ambos. “La utopía marxista que prevaleció en la era de Marx era de hecho la utopía de Moro, la cual ante todo era una crítica a la realidad capitalista en el nombre de una alternativa humana posible - que sólo debía proclamarse para llevarse a cabo en un periodo histórico relativamente breve [...] Ese tipo de revolución estuvo a punto de concretarse en la Comuna de París, tras lo cual se convirtió en el símbolo de las posibilidades utópicas de esta primera era marxista.”

Pero, ¿por qué vincular la era del marxismo ortodoxo o de los partidos con la utopía asignada a Engels? En principio, Wallerstein sostiene que el marxismo de esta segunda era rechazó la utopía de la era de Marx, aún negando esto y descalificando las posturas utópicas, alegando que frente a los deseos utópicos, el partido encarnaba “la ciencia, que era racional, metódica y eficiente”, pero “la utopía rechazada, encontraba expresión en la escasamente descrita, pero a todas luces perfecta, sociedad sin clases que se

encontraba al final de la historia, justo después del horizonte. Llegamos ahí caminando (incluso corriendo) en el aquí y ahora a lo largo del camino racional, metódico y eficiente que el partido trazó.”

Wallerstein señala que desde la era de los mil marxismos se rechaza la utopía marxista de la primera era porque “era ineficiente y, por lo tanto, no una utopía verdadera”, sin aportar datos de quienes son los que la rechazan así. Sobre la descalificación de la utopía de la segunda era, el teórico del sistema-mundo se muestra confuso, remitiendo a que éste es el significado de las críticas al socialismo realmente existente. Así pues, la utopía de la tercera era del marxismo sería, en consonancia con la de Mannheim, una utopía con pretensión de eficiencia, sin que esto haya sido probado hasta la fecha.

Como se ha señalado, el planteamiento de Wallerstein es sugerente en cuanto pretende analizar el componente utópico presente en el marxismo, pero se queda en la superficie de una construcción intelectual con cierta brillantez pero poco explicativa.

El último ensayo relacional es el que establece entre las tres eras del marxismo y otras tantas eras de las ciencias sociales desarrolladas en paralelo. La primera sería una era filosófica de las ciencias sociales, en la que los esfuerzos históricos por sacudirse el yugo de la teología había encontrado ciertos límites, “aquellos en los que tal conocimiento siguiera siendo una filosofía, es decir, en que se basara en una presión constante por formular el análisis de este mundo en términos del potencial humano, de las bondades de la verdad. De este modo, la historia era historia instructiva, y la pregunta social se centraba en qué debía hacerse.” Marx y los economistas clásicos son situados como la culminación de esta era filosófica de las ciencias sociales y como el principio de la era siguiente.

La segunda era de las ciencias sociales sería la científica, por lo tanto, el análisis social científico debía ser lógico, empírico y cuantificado, con “un cuerpo de investigadores especializados y profesionalmente capacitados en una multiplicidad de las denominadas disciplinas”, y entonces se pregunta Wallerstein, “¿cuál es la diferencia entre el partido del marxismo ortodoxo como único intérprete del socialismo científico (junto con una inexorable y continua actividad partidista como único camino significativo hacia la revolución) y el cuerpo de científicos sociales profesionales como único interés del método científico (junto con una inexorable y continua investigación como único camino significativo hacia la verdad científica)?”

En la tercera era, las ciencias sociales son definidas por Wallerstein como “interpretación de procesos” y rechazan la “filosofía” como utopía ideológica, y acusan a la ciencia social científica de ser también ideología. “La tercera era es escéptica en cuanto a la ciencia baconiana-newtoniana por considerarla como la única versión defendible de la ciencia.”

Un ensayo intelectual interesante el de Wallerstein, pero demasiado teórico y ambiguo como para extraer enseñanzas prácticas de él y poder ser utilizado para aclarar el status científico del marxismo.

Ya nos ocupamos en el capítulo anterior sobre las posiciones que respecto a este tema mantuvo la tendencia del marxismo analítico, ahora, para terminar es necesario detenernos en otro de los más importantes esfuerzos realizados por ocuparse por la naturaleza científica del marxismo desde un enfoque filosófico, el de Louis Althusser. Una visión global, sintética y crítica a la vez, sobre sus aportaciones es la que realiza Alex Callinicos en *El marxismo de Althusser*, y que seguiremos a continuación.

El libro de Callinicos tiene también otro mérito, el de resumir los hitos principales de la discusión sobre este tema en el campo marxista hasta la década de 1970. Plantea primero, y de manera muy sucinta, cual habría sido la posición sostenida por Marx. En principio, rechazaba “la versión del empirismo que sostiene lo científico de una teoría sobre la correspondencia inmediata de la teoría y los hechos, ya que los hechos mismos son construcciones teóricas”⁸⁴, luego Marx consideraba que la objetividad de la ciencia solo puede alcanzarse “mediante el trabajo del científico”, finalmente, “Marx asevera la clara separación entre pensamiento y realidad. En verdad, la existencia de las ciencias presupone su separación de la realidad [...] El materialismo de Marx se basa en la afirmación de la primacía del ser sobre el pensamiento y, al mismo tiempo, en su separación, el pensamiento como reflejo de la realidad.”⁸⁵

La dialéctica sería para los marxistas la forma de la teoría para el estudio de la realidad social y la base de su carácter científico. Engels se ocupó de un problema que no abordó Marx en profundidad, “el de proporcionarle al marxismo un fundamento epistemológico general”, pero Engels realizó, en opinión de Callinicos, una “tour de force metafísica” al “interpretar la dialéctica no simplemente como la que proporciona las estructuras

84 Callinicos, Alex, *El marxismo de Althusser*, pág. 5

85 *Ibidem*, pág. 15-16

específicas para los análisis de Marx de las formaciones sociales como el capitalismo, sino como la que representa realmente las leyes de toda realidad, tanto natural como social, y su reflejo en el pensamiento.”⁸⁶

Para este objetivo Engels se apoyó en la dialéctica idealista de Hegel, argumentando que rechazaba su sistema idealista, pero adoptaba su método, y la filosofía marxista se convirtió en “una filosofía general de la naturaleza”. Esta posición fue la que prevaleció como ortodoxa en los partidos de la II Internacional hasta la crisis desencadenada en 1914. Pero ya en este planteamiento anidaba “el gran problema de la filosofía marxista: ¿cómo podemos afirmar que el marxismo es dialéctico cuando la dialéctica, en manos de Hegel cuando menos (y ninguna de las principales tradiciones de la filosofía marxista ha rechazado las categorías básicas de Hegel) es enteramente idealista?”⁸⁷

Esta crisis conllevó una crisis filosófica del marxismo que se apoyó en un regreso a Hegel, y cuyos principales exponentes fueron Gramsci, Korsch y Lukács. Para Callinicos, en esta crisis, y en relación con el tema del que nos estamos ocupando, dichos autores se plantearon dos problemas esenciales, el de la relación entre teoría y práctica, y el de la relación entre la ciencia y la realidad a explicar.

Este regreso a Hegel imprimió un sesgo especial a la concepción de la ciencia por el marxismo y al carácter científico del marxismo mismo, pues estos autores se plantearon que “Una teoría posee validez como conocimiento en la medida en que sea apropiada para las necesidades históricas de una clase en particular, en una época en particular [...] [y que] .Por lo tanto, el marxismo es científico porque sirve a las necesidades de la clase trabajadora en su lucha por el poder.”⁸⁸

El resultado fue que la tarea de establecer la objetividad de las ciencias se convirtió en imposible. “La validez de las ciencias se hizo dependiente, en el caso de Lukács, de su carácter como conciencia de una clase-sujeto dada. En el de Gramsci dependía, inmediatamente, de su papel en la articulación de las aspiraciones de una clase particular a la hegemonía y, finalmente, de una prevista unidad del género humano en que la objetividad sería la unanimidad de los hombres libres al fin de los conflictos de clase.”⁸⁹

86 *Ibidem*, pág. 6

87 *Ibidem*, pág. 14

88 Callinicos, Alex, *El marxismo de Althusser*, pág. 10

89 *Ibidem*, pág. 40

Tanto Gramsci como Lukács se basan en un error fundamental, que les separa de Marx, el negar cualquier separación entre el pensamiento y la realidad que intenta conocer. “Las temáticas de sus trabajos -el problema de la unidad de la teoría y la práctica, y el problema de la relación entre la ciencia y su objeto- son una amalgama inválida e ilícita de cuestiones de un orden muy diferente.”⁹⁰

Los dos problemas que señalamos más arriba y que amalgamaron inválidamente Korsch, Gramsci y Lukács, vuelven a ser retomados por Althusser que, en oposición a aquellos, se basa en el postulado de que la teoría es autónoma, y de que a la hora de establecer el carácter científico de una teoría no puede aceptarse un fundamento externo a ella misma. En esta primera aproximación, el filósofo francés rechaza que la filosofía marxista pueda jugar el rol de ser la garantía de las ciencias y la asigna el papel de “teoría de la praxis teórica”, es decir, se debe ocupar “de la cuestión de los mecanismos que dan por resultado la aparición de las formaciones teóricas que son científicas.”⁹¹

Una pretensión extremadamente ambiciosa que, sin embargo, no justifica, y que lleva a Callinicos a denunciar como “una profunda contradicción dentro de la epistemología de Althusser. Es la contradicción entre la aseveración de que la autonomía de las praxis teórica involucra una «interioridad radical» tal que no hay un criterio general sobre el carácter científico de la teoría de la praxis sino que cada ciencia, propiamente constituida, posee su criterio específico de validez científica, y la definición de la filosofía marxista como la teoría de la praxis teórica, cuyo papel específico consiste precisamente en aplicar dicho criterio general a través de su análisis del conocimiento-efecto. Dicha contradicción es en sí misma parte de un mayor problema general inherente al sistema de Althusser.”⁹² Pues si bien Althusser rechaza que las ciencias formen parte de la superestructura, “es imposible diferenciar la posición de la praxis teórica de la de cualquier otro elemento de la superestructura”. Así Althusser termina acusado de retornar a la epistemología empirista burguesa después de haberla criticado incisivamente.

Posteriormente, Althusser reconocería estos errores y contradicciones, rechazando su definición de la filosofía como teoría de la praxis teórica y, por lo tanto, su papel “como una ciencia de las ciencias que sea fiadora de la validez epistemológica de las ciencias”,

90 *Ibidem*, pág. 14

91 *Ibidem*, pág. 43

92 Callinicos, Alex, *El marxismo de Althusser*, pág. 57

lo que supone un rechazo de toda epistemología, proponiendo una nueva definición en la que “la filosofía es el reflejo en la teoría de la propia lucha de clases.”⁹³

La conclusión de Callinicos sobre este aspecto que estamos analizando de la obra de Althusser es positiva, “nos ha proporcionado elementos para una teoría de las ciencias que es radicalmente no positivista y no empirista, que evita las ambiciones especulativas de la epistemología y que nos permite concebir a las ciencias tanto en su especificidad como en su relación con la lucha de clases.”⁹⁴ Sin embargo no ha despejado en absoluto el problema que vamos a tratar en la sección siguiente, el de si el marxismo es una teoría científica y, en caso afirmativo, porqué.

El status del marxismo como teoría científica

Los marxistas mismos se han trezado en feroz batalla alrededor de la científicidad o no de su doctrina, a tal punto que convencionalmente se dividen en dos campos opuestos: los marxistas científicos que intentan establecer leyes del desarrollo económico análogas a las leyes de las ciencias naturales, y los críticos que niegan la existencia de cualquier determinismo estricto y se ocupan de la irracionalidad del capitalismo, de la brecha entre lo que es y lo que podría ser. Determinismo versus voluntarismo, ciencia vs. revolución, materialismo vs. idealismo, el viejo Marx vs. el joven, han sido antinomias duraderas al interior del marxismo

El marxismo como ciencia: desafíos históricos y desarrollo teórico

Michael Burawoy

Una perspectiva importante desde la que enfocar la crisis del marxismo, tiene que ver con su status científico. Y es importante porque el marxismo ha reivindicado de manera insistente, y por el grueso de sus autores, que no todos, su carácter científico. Ninguna

93 *Ibíd.*, pág. 66

94 *Ibíd.*, pág. 82

otra doctrina política anterior o contemporánea ha reivindicado este status con tal insistencia. El liberalismo o el nacionalismo han moldeado profundamente la sociedad contemporánea a lo sumo en base a algunos principios de carácter filosófico. Las ciencias, a su vez, han sido criticadas en cuanto a que la orientación de su desarrollo práctico ha sido marcada por las necesidades del desarrollo capitalista, pero los principios metodológicos con los que han desentrañado el mundo en sus diversos aspectos no han sido fruto de necesidades políticas. Sin embargo, el marxismo ha ido mucho más allá al postularse como doctrina política, concepción filosófica y disciplina científica. Y el resultado han sido concepciones de la ciencia fuera del consenso que domina en la comunidad científica, y a veces opuestas entre sí, lo que ha dado lugar a polémicas no solo con lo que denominan visión burguesa de la ciencia, sino entre diferentes autores marxistas.

Por tanto, es preciso hacer referencia a que, como en otros muchos aspectos, la gran variedad de interpretaciones del marxismo contienen profundas discrepancias sobre lo que éste entiende por ciencia, y por lo tanto sobre su propia auto-ubicación como doctrina científica.

Toda disciplina científica viene definida por dos rasgos fundamentales, es un paradigma complejo capaz de explicar la zona de la realidad de la que se ocupa, y es capaz de hacer predicciones con un grado importante de probabilidad en base a los conocimientos establecidos.

En su *Historia de la ciencia*, Francisco Fernández Buey hace mención a varios aspectos en relación con la ciencia que es interesante tomar en cuenta para discutir sobre la pretensión científica del marxismo. El primer aspecto se refiere a las características que debe cumplir un conocimiento para que pueda ser considerado científico, “3] lo que diferencia al conocimiento científico del conocimiento ordinario y de otras formas de conocimiento no es tanto su objeto como la forma de proceder para analizarlo o explicarlo; 4] llamamos método científico a esta forma de proceder mediante la formulación de hipótesis y construcción de teorías y modelos. (...) 7] en tanto que procedimientos para aproximarnos a lo que la realidad sea, los modelos y teorías son obra abierta, siempre sujeta a revisión; 8] por tanto, las verdades de la ciencia no son absolutas y su método se caracteriza por: 8.1 atenerse a la lógica. 8.2 someterse a la comprobación o contrastación. 8.3 hacer experimentos para ello. 8.4 suponer que

siempre puede haber una aproximación a la realidad mejor que la disponible 8.5 no admitir como mejores otras aproximaciones a la realidad (en el mismo ámbito de que se trate) que no hayan sido suficientemente comprobadas. 8.6 fomentar el espíritu crítico respecto de las propias teorías y modelos. 8.7 considerar ajeno al proceder científico toda argumentación que no cumpla los requisitos anteriores (8.1., 8.2. y 8.3. principalmente).”⁹⁵

El segundo aspecto se refiere a la difícil relación entre las ciencias naturales y las sociales. Desde el momento en que las disciplinas sociales aspiraron al status de ciencia fueron atraídas por el modelo de las ciencias naturales, atracción acentuada “durante los siglos XVIII y XIX por el estímulo que supuso el éxito explicativo y predictivo de la ciencia de la naturaleza en general y de la mecánica newtoniana en particular. Para las disciplinas sociales esta atención se convirtió pronto en una verdadera atracción por el modo característico de proceder las ciencias naturales desde la época de las revoluciones científicas.

Ronald L Meek ha llamado la atención acerca del interés común de las disciplinas socio-históricas en la época que va de la revolución inglesa a la revolución francesa: aplicar al estudio del hombre y de la sociedad aquellos métodos «científicos» de investigación que habían demostrado, recientemente, su valor e importancia en el campo de las ciencias naturales.”⁹⁶

Y Fernández Buey añade lo que puede considerarse un toque personal en esa relación entre ciencias, “la atracción sentida por el proceder de los científicos de la naturaleza ha marcado el origen y desarrollo de las ciencias sociales. Una muestra de la complicación de la historia de la científicidad en el ámbito de lo humano/social/histórico es la cantidad de candidatos a ser el Newton (o el Galileo) de las ciencias sociales. Tal vez el primero de los candidatos oficiales fue John Locke. Pero la candidatura de Locke la recogería en seguida David Hume (...) la nómina de los candidatos se amplía si consideramos la obras de Adam Smith, de Jeremy Bentham, de David Ricardo, de Karl Marx, de Augusto Comte, de John Stuart Mill, etc.”⁹⁷

El tercer aspecto está relacionado con el distinto alcance que tienen las teorías científicas, lo que se ha dado en conocer como teorías de gran alcance o de alcance

95 Fernández Buey, Francisco, Historia de la ciencia, <http://www.upf.es/iuc/buey/ciencia>

96 Ibídem

97 Ibídem

medio, “en la historia de la ciencia hay teorías que, con independencia de su potencia explicativa y predictiva, tienen un alcance bastante limitado, esto es, que explican un conjunto de fenómenos o acontecimientos cuyo ámbito, aunque importante, es relativamente pequeño, reducido.

Pero también llamamos teorías científicas a construcciones simbólicas de muy amplio espectro que contienen varias leyes o principios explicativos de un conjunto de fenómenos o acontecimientos difícilmente abarcables por una sola ciencia. Son grandes teorías o, como se dice también, teorías sintéticas, teorías que aspiran o acaban dando lugar a una gran síntesis, la cual acaba influyendo en todas las disciplinas próximas a aquella en cuyo marco fue formulada inicialmente. Tal es el caso de la teoría darwiniana de la evolución.”⁹⁸

El cuarto, y último aspecto, se refiere al cambio de centro de gravedad del interés de las ciencias en el siglo XIX y XX, “de la misma manera que puede decirse hoy que las dos ideas centrales del paradigma científico del siglo XIX son «evolución» y «entropía», así también puede decirse que las dos ideas centrales del paradigma científico del siglo XX han sido «relatividad» e «incertidumbre».”⁹⁹

Al igual que el marxismo desveló como los distintos modos de producción y las formaciones sociales con ellos asociados no son eternos y se van sucediendo impulsados por sus contradicciones internas, de la misma manera los paradigmas científicos han ido sucediéndose conforme se agotaban sus capacidades para responder a los problemas que se les planteaban. Este es en esencia el argumento de las revoluciones científicas que puso en boga Thomas Kuhn, conforme al cual las ciencias no han progresado de manera uniforme a partir de un hipotético método científico, sino que, por el contrario, el avance se realiza por revoluciones que tienen lugar cuando el paradigma científico vigente deja de ser eficaz para enfrentarse a los nuevos problemas, entonces, se produce una búsqueda de nuevas teorías, y cuando una de ellas demuestra su superioridad termina siendo aceptada como el nuevo paradigma científico.

Centrándonos en las ciencias sociales podríamos referirnos a distintos paradigmas superados, incluso en pocos años. Entonces, dados los enormes problemas que han ido

98 *Ibidem*

99 *Ibidem*

surgiendo en torno a los presupuestos principales del marxismo, y salvo que se intente alegar el absurdo de que se trata de una ciencia especial, a la que no son aplicables los criterios definitorios de las otras ciencias¹⁰⁰, el status autodefinido por el marxismo como disciplina científica -entendida como tal bajo las premisas que acabamos de ver- está expuesto a graves problemas, entre los cuales un aspecto importante a dilucidar es si está dotado de su núcleo fundamental y, en caso afirmativo, si mantiene su vigencia.

Francisco Erice¹⁰¹ se acercó a este problema preguntándose sobre cuál sería el tronco común que definiría el marxismo, porque se han hecho tantas aportaciones e interpretaciones que el propio marxismo se ha extendido hasta quedar diluidos sus contornos definitorios. Pero incluso la definición de ese tronco común es problemática como él mismo reconoce, “Para los socialistas de fines del siglo XIX, se reducía a la *trinidad* del pensamiento marxista: la concepción materialista de la historia, la teoría del valor y la lucha de clases. Para el joven Lukács (el conocido filósofo marxista húngaro), se limita al método, a la dialéctica. En época más reciente, el marxista catalán Manuel Sacristán resumía en su componente materialista y dialéctico lo esencial de la *concepción del mundo* marxista, que es «el intento de formular conscientemente las implicaciones, los supuestos y las consecuencias del esfuerzo por crear una sociedad y una cultura comunistas»; pero esos supuestos e implicaciones particulares –añadía- se modifican según «el horizonte intelectual de cada época».

Ni siquiera ciñéndonos al propio Marx, para no tener en cuenta las aportaciones posteriores que introducen elementos de eclecticismo, es posible definir ni el núcleo ni las proposiciones realmente científicas, parece reconocer este autor, “la obra de Marx, como la de otros muchos autores, es un conjunto de escritos y textos de diferente rango y nivel de elaboración, con planteamientos que a veces van cambiando a medida que los acontecimientos también lo hacen -muchos textos de Marx fueron considerados por él como meramente preparatorios-, o que la misma evolución de los conocimientos científicos (antropológicos, históricos, etc.) lo permiten. Piénsese por ejemplo en sus ideas sobre las etapas históricas y la sucesión de los modos de producción o en su teoría del Estado. El problema es que, como se ha señalado, Marx «no fue ni un filósofo

100 Esta posición ha sido sostenida por muchos marxistas, su posición más esperpéntica y nociva fue la que prevaleció en la Unión Soviética durante el stalinismo que obligaba a las ciencias a amoldarse a los cánones del diamat y produjo teorías como las de Lysenko en biología, luego rechazadas una vez pasados los peores momentos del stalinismo.

101 Erice, Francisco, *¿Qué es el marxismo?. Materiales para el debate*. Curso “Marxismo: pasado y presente”, <http://www.wenceslaoroces.org/formacionpca/>

sistemático, ni un economista que se dedicara sólo al análisis, ni un sociólogo que pretendiera diferenciar los hechos sociológicos de otros ámbitos próximos (...), ni tampoco un político en el sentido habitual de la palabra»; es más bien un «clásico interdisciplinar», susceptible de interpretaciones distintas.”

En un artículo de 1978 de Lucio Colletti¹⁰², cuyo objetivo principal es la crisis del marxismo, el filósofo italiano aprovecha esta intervención para introducir otra de sus conocidas críticas, la relación conflictiva entre el marxismo y la ciencia, lo cual le lleva a negar el carácter científico de aquél.

El conflicto proviene de la visión por el marxismo de la realidad como internamente contradictoria y, en consecuencia, solo la dialéctica, como ciencia de la contradicción, es capaz de explicarla. Pero la ciencia rechaza la dialéctica como forma de conocimiento. No se trata solo de una crítica al “materialismo dialéctico”, lo cual podría ser aceptado por muchos marxistas, sino de su extensión al “materialismo histórico”, confesando Colletti que descubrió tardíamente las intromisiones dialécticas en este último.

Para el filósofo italiano, “el marxismo carece de un concepto riguroso de ciencia”, existiendo en Marx dos concepciones alternativas e incompatibles de ciencia, la empirista-naturalista de origen inglés, y la platónica-hegeliana de la ciencia como saber verdadero frente al saber aparente. Así, en Marx habría una importante contradicción entre la pretensión científica de su teoría y el mantenimiento de la dialéctica en las teorías del fetichismo y la alienación, “que implica finalismo y dialéctica, [y] es incompatible con la exigencia de la explicación causal y científica”.

Para Colletti las dos tendencias que expresan esa tensión en el marxismo estarían representadas, a la altura de la década de 1970, de un lado, por la Escuela de Frankfurt como mejor exponente de la teoría de la alienación y “crítica romántica de la ciencia y de la sociedad industrial” y, en el lado contrario, quién más se empeña en la “reconstrucción del marxismo como ciencia” es Althusser, intentando “expurgar al marxismo de toda huella de la teoría de la alienación”. Sin embargo, considera contradictoria la labor del filósofo francés pues, en paralelo a su repudio del humanismo

102 Colletti, Lucio, *El problema de la dialéctica*, El Viejo Topo, nº 20, mayo 1978

y el finalismo histórico, “continúa considerando esencial en la obra de Marx la dialéctica como ciencia de las contradicciones”.

Para realizar su análisis sobre la situación del status científico del marxismo, Michael Burawoy¹⁰³ repasa, en primer lugar, los distintos modelos de ciencia ofrecidos por la filosofía de la ciencia, inclinándose por la metodología de los programas científicos de investigación de Lakatos por ser el más coherente y exigir “la evaluación de una secuencia histórica de teorías, no de una teoría sola”, lo cual le permite estudiar la historia del marxismo.

Después de una breve discusión sobre porque el modelo de Lakatos es más coherente y explicativo que otros modelos de la ciencia como el inductismo, el falsacionismo de Popper o las teorías de las revoluciones científicas de Kuhn, describe el modelo de Lakatos que servirá para dar cuenta de la historia del marxismo. Para este autor, “la ciencia no crece a través de la refutación de conjeturas sino a través de la refutación de las refutaciones de teorías nucleares.”, y, “en lugar de considerar a las anomalías como razones para rechazar sus teorías, los científicos refutan las anomalías para defender sus teorías”. Cada programa de investigación estaría compuesto de una teoría nuclear que es protegida de las refutaciones o anomalías por los científicos a través de la construcción de hipótesis auxiliares. Así, el programa de investigación se desarrolla a través de la construcción de un cinturón de teorías que dan cuenta de las anomalías.

Ahora bien, los programas de investigación pueden ser progresivos o degenerativos. En los primeros, los cinturones de nuevas teorías absorben las anomalías, expanden el programa y ofrecen nuevas predicciones. En los programas degenerativos, por el contrario, los cinturones de nuevas teorías solo corrigen las anomalías de manera *ad hoc*, reduciendo el alcance de la teoría, que al no predecir nuevos hechos se queda estancada. Para Lakatos, el marxismo es un programa degenerativo.

Pero Michael Burawoy rechaza esta conclusión y propone desarrollar algunos elementos de la metodología de Lakatos que demostrarían que el marxismo es un programa de investigación progresivo. Así, en lugar de hablar de un núcleo duro, habla de una familia de núcleos que genera distintas ramas dentro del mismo programa de investigación, y las teorías sucesivas se desarrollan como cinturones dentro de cada

103 Burawoy, Michael, “El marxismo como ciencia: desafíos históricos y desarrollo teórico”, *American Sociological Review*, Vol. 55, n° 6, (dic. 1990), pp. 775-793.

rama. Algunas de estas ramas podrían ser progresivas y otras degenerativas. De esta manera aborda la historia teórica del marxismo.

Este autor considera que el núcleo de la teoría fue definido por Marx en su prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política* en torno a siete postulados del materialismo histórico que describe así: “P1 Para que haya historia, los hombres y mujeres deben transformar la naturaleza en medio para su supervivencia, es decir deben *producir* sus medios de existencia (...) P2 La «base económica» o modo de producción define los límites de variación de la superestructura (...) P3 Un modo de producción se desarrolla a través de la interacción de las fuerzas productivas (cómo producimos los medios de existencia) y las relaciones de producción (cómo se apropia y distribuye el producto del trabajo) (...) P4 La lucha de clases es el motor de la transición de un modo de producción a otro (...) P5 Una transición exitosa sólo puede darse cuando se cumplen las condiciones materiales (...) P6 La historia es progresiva en la medida en que acompaña la expansión de las fuerzas productivas (...) P7 El comunismo marca el fin de los antagonismos sociales y el comienzo de la emancipación de los individuos. No hacemos ya la historia empujados desde atrás sino consciente y colectivamente.”

Los principales textos dónde Marx elaboró esta teoría nuclear serían *El Capital*, *El dieciocho Brumario* y *La lucha de clases en Francia*.

En las últimas décadas del S. XIX ya habían aparecido las primeras anomalías en el proyecto -como tuvimos ocasión de ver, para Gouldner estas anomalías ya aparecieron durante la construcción del paradigma por parte de Marx y Engels-, y el primer cinturón de teorías apareció en Alemania en relación con las implicaciones de la ampliación de la democracia burguesa y la expansión de las fuerzas productivas para la estrategia socialista. Bernstein ensayó la revisión del núcleo duro para absorber las anomalías, dando lugar a un nuevo y diferente programa de investigación; en tanto que Rosa Luxemburgo, enfrentándose a Bernstein, añadió un cinturón de teorías para transformar la anomalía en una confirmación del núcleo. La posición de Kautsky fue desconocer las anomalías y con ello ni reforzó el núcleo, ni creó un nuevo proyecto.

En Rusia la anomalía se centraba en la posibilidad de que la revolución tuviera lugar en un país atrasado, y no en los desarrollados, y fue Trotsky quien creó un nuevo cinturón de teorías para contrarrestar esta anomalía con sus teorías del desarrollo desigual y combinado y de la revolución permanente. Por su parte, Lenin añadió también otro

cinturón de teoría en dos aspectos. El primero en torno a la transición al socialismo con *El Estado y la revolución*, dónde, a partir del enfrentamiento con el marxismo ortodoxo de Kautsky y al anarquismo, hace jugar al nuevo Estado obrero, la dictadura de proletariado, un papel central en el proceso de transición. El segundo aspecto se refiere al papel de la guerra y del imperialismo en la fase del capitalismo monopolista, con lo que pretendía explicar tanto la dinámica capitalista en este estadio, como el comportamiento de los socialistas en la primera guerra mundial, o la existencia de la aristocracia obrera.

La siguiente anomalía vendría producida por el establecimiento del socialismo en un solo país, dónde el marxismo soviético sería una rama degenerativa de dicha anomalía, en tanto que el marxismo occidental sería la rama progresiva. El primer autor del marxismo occidental fue Georg Lukács, en el que aún persiste el marxismo ortodoxo, y su contribución principal es su teoría de la reificación. La teoría crítica (Escuela de Frankfurt) continuó y desarrolló este análisis de Lucas con las teorías del capitalismo organizado y estatal. Puso en causa el carácter emancipatorio del dominio de la naturaleza y perdió toda confianza en la actividad revolucionaria de la clase obrera contaminada por el capitalismo. El marxismo analítico es descartado como rama progresiva de desarrollo porque, al intentar casar al marxismo con las técnicas de la ciencia social moderna, hace desvanecer los desafíos históricos que le hicieron desarrollarse. Al igual que el post-marxismo, tiene una reducida capacidad para reconocer las anomalías que se presentan y generar después teorías que las integren.

La rama progresiva para enfrentarse al fracaso de la revolución en occidente y el ascenso del fascismo fueron las teorías desarrolladas por Gramsci, sacando a la superficie el indeterminismo que hay en los siete postulados del materialismo histórico, enfatizando el grado de independencia que existe en la esfera de las superestructuras, y priorizando la periodización de la historia del capitalismo a partir del ascenso de la sociedad civil. Este cinturón de teorías sobre la política y la ideología dio lugar a la preconización de una nueva estrategia revolucionaria.

La última gran anomalía, la más importante con la que ha tropezado el marxismo, es la del derrumbe del socialismo real, para lo que se requiere, reconoce Michael Burawoy, una nueva rama del marxismo, apuntando la existencia de un pensamiento que criticó el socialismo real como el trotskismo o Rudolf Bahro. Reconoce que el desafío esta vez es

más grave porque no solo está bloqueado el camino al comunismo, sino que está cuestionada la viabilidad misma de semejante sociedad, pero termina con una nota de voluntarismo optimista.

El problema en la forma de plantear el status científico del marxismo, tal como lo expone este autor, se podría resumir en que, en siglo y medio el paradigma que representa el marxismo, si bien ha ido dando cuenta de algunas de las anomalías que se ha encontrado, no ha sido capaz de establecer la sociedad cuyo objetivo es su motivo de existencia. Pero quizá lo más llamativo de este planteamiento es que la creación de teorías progresistas para dar cuenta de las anomalías a las que se iba enfrentando el pensamiento marxista, según el relato de Burawoy, se detiene hace más de 60 años con Lukács y Gramsci. No está claro porque el autor considera que ninguna de las importantes aportaciones posteriores, como las de Ernest Mandel, Nicos Poulantzas, Perry Anderson, Louis Althusser y otra multitud de autores, sean teorías que aporten nada a las anomalías crecientes que enfrenta el marxismo.

En consecuencia, nos encontramos con dos importantes dificultades al planteamiento que hace Burawoy, la primera, y más importante, es el desafío que él mismo señala sobre la debacle del socialismo real, en este caso se trata de una anomalía muy grave para la que no han aparecido un nuevo cinturón de teorías explicativas, afectando, por tanto, al núcleo duro de la teoría marxista; la segunda es que la creación de teorías explicativas se detuvo hace varias décadas a pesar de que los problemas relacionados con la capacidad explicativa del marxismo no dejaron de aumentar.

En el resumen del pensamiento de Gabriel Vargas Lozano en torno a los efectos sobre el marxismo del derrumbe del socialismo real, Valqui Chaqui¹⁰⁴ expone los diferentes componentes del marxismo en distintos conjuntos de temas según la distinta validez actual de los mismos, tal como les enumera el sociólogo mexicano. En esta lista de bloques que van de los más a los menos sólidos, el primero sería el núcleo fundamental del marxismo que estaría formado por, “la crítica del sistema capitalista como una forma que produce enajenación, fetichismo y deshumanización; la teoría del valor, la teoría de la explotación, su concepción filosófica de la historia, la teoría de las clases y la lucha de clases, su concepción del hombre, una ontología del ser social, la propuesta de un racionalismo práctico, el concepto de relación entre teoría y práctica, el

104 Valqui Chaqui, Camilo, *La filosofía de la praxis en México ante el derrumbe del socialismo real*, Edición en Internet por *Rebelión*, págs. 142-3

condicionamiento de la teoría, la tesis de la ciencia como fuerza productiva, la formación de un nuevo método para las ciencias sociales, y el concepto de revolución.”

Después señala lo que serían las aportaciones problemáticas, no suficientemente tratadas, “la teoría de las ideologías, la sociología del conocimiento, las ideas estéticas, la teoría de los modos de apropiación del mundo, su concepción de partido, la dialéctica del todo social, los modos de producción precapitalistas, la teoría del cambio social (o la revolución), la teoría del Estado, sobre la democracia, la religión, y sus tesis finales sobre el capitalismo periférico.”

En tercer lugar, estarían las ideas propiamente utópicas, “la idea de comunismo, o sea una serie de ideas de lo que podría ser la sociedad futura (Crítica del Programa de Gotha), la extinción del Estado, la eliminación de todo tipo de enajenación, y el fin de la política.”

Y, finalmente, las tesis que nunca tuvieron vigencia, como las “referentes a América Latina (manifiestas en las ideas de Marx y Engels sobre las invasiones de Estados Unidos y Francia a México); la concepción teleológica de la historia del joven Marx, que no se sostiene en el Marx maduro; en torno al modo de producción asiático y a la dictadura del proletariado (que sólo alude al carácter coercitivo del poder)”, o las que considera simplemente errores, “la subestimación de las posibilidades de supervivencia del capitalismo, la extinción de las clases medias, la subestimación de las consecuencias de un salto histórico de la comuna rusa al socialismo, y las apreciaciones sobre Simón Bolívar.”

Además de estos bloques, hay afirmaciones que pueden ser cotejadas con lo sucedido históricamente, quedando demostrado su incumplimiento por distintas razones: “1) El socialismo surgirá de la maduración de las contradicciones de la sociedad capitalista (aquí Marx no pudo prever que el capitalismo sortearía sus crisis creando una periferia superexplotada, que daría a sus sociedades desarrolladas ciertos beneficios, y la transformación de la democracia en un complejo sistema jurídico, político e ideológico que pondría a salvo el poder real); 2) El socialismo se desarrollará en sociedades maduras; (tampoco pudo prever el conjunto de problemas que traería de darse en una sociedad atrasada); 3) Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media un periodo de transformación revolucionaria, al que corresponde un periodo político de transición, cuyo Estado es la dictadura revolucionaria del proletariado (después de las

dictaduras del nazismo y el stalinismo el concepto de dictadura revolucionaria del proletariado puede ser reemplazado por el gramsciano de hegemonía); 4) Las relaciones burguesas de producción constituyen la última forma antagónica del proceso social de producción (esto dio pie para que el «socialismo real» considerase clausuradas las contradicciones fundamentales del proceso social); 5) La nueva sociedad será construida por el proletariado industrial (hoy este proletariado ha sido transformado por las nuevas tecnologías y asimismo se asiste a la emergencia de nuevos sujetos históricos) y; 6) La sociedad futura cancelará la enajenación (no pudo prever la profundización de las formas de enajenación).”

La propuesta de diferenciación de los temas es importante, especialmente porque no son muchos los autores que han hecho el esfuerzo de enfrentarse a esta problemática. Ahora bien, si se cotejan el contenido de estos bloques entre sí, se reducen bastante los temas que finalmente conformarían el núcleo más sólido del marxismo, y especialmente los que tienen relación con el objeto de alcanzar el socialismo. En realidad, a estos efectos, en el primer bloque solo están dos temas, la lucha de clases y la revolución, pero está última también se considera como no suficientemente tratada. El resto de temas directamente relacionados con la praxis de transformar la sociedad no figuran entre los que conforman el núcleo sólido, sino que son incluidos en los otros bloques: la idea de comunismo, la extinción del Estado, la dictadura del proletariado o la subestimación de las posibilidades de supervivencia del capitalismo.

Pero lo más importante es el bloque de temas que se han visto incumplidos por la experiencia práctica y que debilitan aún más la esencia del núcleo sólido del marxismo, que finalmente queda reducido al análisis crítico del sistema de producción capitalista en todos sus aspectos y a la lucha de clases, que en realidad es una piedra angular de dicho análisis. Lo demás -y no presuponemos que sea una conclusión de Vargas Lozano, sino la nuestra- queda en entredicho a partir de la experiencia de siete decenios de socialismo real. Una crítica científica y correctamente fundada del modo de producción capitalista es fundamental, pero claramente insuficiente para poder levantar una praxis que lleve a su superación. Todos los aspectos relacionados con ello, los sujetos, la estrategia, el vehículo, la transición y los fundamentos de la sociedad futura han demostrado tener una débil base. Unas veces porque se ha creído extrapolar experiencias anteriores, como la de las revoluciones burguesas. Otras porque ha primado el voluntarismo optimista, como en la tesis de la extinción del Estado y la auto-

organización de los productores en la sociedad futura, o el derrumbe más o menos inmediato del capitalismo. También porque se ha sucumbido a la ilusión de una experiencia efímera como la comuna de París, proponiéndola como modelo de sociedad futura. Pero no se puede olvidar que hay errores claros debidos a la mezcla de análisis de carácter científicos con propaganda política, y que el fragor de una lucha dura y sin concesiones vuelve dogmáticos los primeros e impide corregir los errores - propio del método científico - para actualizar los análisis con el retorno de las experiencias.

Entonces, si a las anomalías aparecidas en la fase temprana de construcción del paradigma y que fueron señaladas por Gouldner, las añadimos aquellas que fueron apareciendo posteriormente con el desarrollo de la historia, y para las cuales Burawoy señala la producción de teorías alternativas que fueron capaces de enfrentar esas anomalías posteriores, pero que cesaron de aparecer hace más de seis décadas, y terminamos por sumar la debilidad de un núcleo consistente en el marxismo, como señala Vargas Lozano, entonces el retrato que aparece es el de una gran debilidad del marxismo como teoría científica en los inicios del siglo XXI.

Esta situación proporciona la explicación de por qué la vertiente crítica del marxismo se impone sobre la científica, no como resultado de una mayor capacidad explicativa o transformadora - pues sus logros históricos terminaron en fracasos - sino como fruto de la debilidad creciente de la vertiente científica. Lo cual va desembocando en un doble proceso, de un lado, en el retroceso del marxismo ante los desafíos de nuevos pensamientos críticos, lo que analizaremos en los últimos capítulos y, de otro lado, en el retroceso del marxismo crítico hacia las posiciones propias del socialismo utópico del siglo XIX, que tanto criticaron Marx y Engels.

Economía marxista

No hay duda de que el marxismo debe apropiarse de todos los desarrollos modernos. Pero apropiárselos significa mucho más que adaptarse a ellos: implica despojarlos del sistema burgués en el que aparecen, examinar sus premisas ocultas y resituarlos (siempre y cuando resulte apropiado) sobre un terreno marxista - un terreno que no consiste en una simple variación algebraica o en una transformación sociológica de las premisas de la economía ortodoxa. Debemos tener, y de hecho tenemos, nuestro propio terreno sobre el que edificar.

Neo-ricardian economics. A wealth of algebra, a poverty of theory

Anwar Shaikh

Me he tomado la libertad de apropiarme de la cita Shaikh que figura encabezando este capítulo, y recogida de un artículo de Diego Guerrero al que haremos referencia más adelante, porque sintetiza bastante bien la problemática que vamos a analizar ahora.

La razón de dedicar tres capítulos en exclusiva a los marxistas que se han ocupado de la economía radica en que, como hemos podido comprobar, la mayoría de los teóricos marxistas se han ubicado en el campo de la historiografía y, sobre todo, de la filosofía. La generalidad de estos autores se ha ocupado principalmente de temas relacionados con su campo de especialización, aunque hayan incursionado de manera menos intensa en otros aspectos como la estrategia política o la organización. Pero lo que es poco habitual es su interés por la economía. De manera simétrica, los economistas marxistas se han centrado fundamentalmente, con excepciones también –como por ejemplo Ernest Mandel o Claudio Katz-, en el campo que dominan, el de la economía, lo cual justifica la dedicación de dos capítulos separados para ellos.

La razón de dividir estas aportaciones y discusiones en tres capítulos separados es tanto por motivos de claridad, como porque se trata de analizar dos ámbitos bastante diferentes. Este primer capítulo estará dedicado a las aportaciones y debates marxistas sobre el análisis y crítica del modo de producción capitalista, lo cual, en opinión de la

mayoría de los economistas marxistas, es el objeto original y principal de esta teoría. En los capítulos siguientes se analizan los autores y discusiones que se han centrado en un objeto diferente, las sociedades en transición al socialismo, para las cuales se ha puesto en duda que sigan siendo pertinentes las categorías marxistas clásicas utilizadas para el análisis del modo de producción capitalista y la vigencia de algunas de estas categorías en dichos procesos de transición.

Esta situación, en la práctica no hace más que confirmar que la creciente complejidad de los diferentes campos de conocimiento obliga a una especialización determinada de los intelectuales para poder hacer algún tipo de aporte significativo en sus respectivos campos de dominio.

Si la especificidad de la problemática económica nos ha llevado a un análisis extenso desarrollado en tres capítulos, y si también al problema de la estrategia, la revolución, le vamos a dedicar otro capítulo extenso, parecería que lo normal sería hacer otro tanto con la problemática del poder y del Estado para el marxismo, si hemos desistido de ello es porque ese análisis extenso ya está recogido en una obra anterior, *Sociedad de clases, poder político y Estado*¹⁰⁵.

El marxismo como análisis y crítica del modo de producción capitalista

Es absolutamente fundamental comprender que tal vez existan razones no coyunturales para que la teoría de Marx se restrinja al capitalismo. La propia sociedad capitalista tiene ciertas peculiaridades que la hacen susceptible de ser teorizada.

A contratiempo. Epistemología, historiografía y marxismo

César Rendueles

Con más o menos acierto a la hora de clasificar la variedad de aportaciones realizadas por los marxistas tratados en los otros capítulos habíamos diferenciado el marxismo

105 Sánchez Rodríguez, Jesús, *Sociedad de clases, poder político y Estado*.

clásico, el occidental, el analítico, o la historiografía marxista británica, a los que añadiremos algunos más posteriormente. En este capítulo sobre la economía marxista también son diferenciables distintas corrientes o tendencias como tendremos ocasión de analizarlas, pero antes que nada sería conveniente referirnos a un hecho que plantea una división totalmente desequilibrada entre marxismo, referido casi en exclusiva a Marx, y neomarxismo, dónde se situarían la gran mayoría de sus continuadores, divididos en diferentes tendencias. Esta es la sugerente proposición que ha hecho Diego Guerrero y que vamos a ver a continuación.

Este economista español entiende el neomarxismo de dos maneras, una reducida y otra más amplia. En el primer sentido, el neomarxismo se referiría a las contribuciones que giran en torno a “las tesis del capitalismo monopolista, el subdesarrollo y el intercambio desigual”, y cuyos autores centrales son Baran y Sweezy; en un sentido más amplio se refiere a las tendencias o corrientes que han optado por un mestizaje de las ideas marxistas con otras provenientes de entornos teóricos diferentes, como el marxismo “keynesiano (y kaleckiano)”, o “las corrientes regulacionistas, radical, sraffiana y el marxismo analítico”¹⁰⁶

El momento de diferenciación de la corriente neomarxista es situada por Guerrero a partir del debate sobre el imperialismo iniciado por Lenin y las dos principales tesis que sostiene al respecto el revolucionario ruso, la primera para definir el imperialismo como la fase monopolista del capitalismo, y la segunda, la necesidad para los países no desarrollados de emanciparse del sistema mundial capitalista con el objetivo de alcanzar una senda de crecimiento.

Este planteamiento leninista supondría, a criterio de Guerrero, un punto de diferenciación esencial respecto a las posiciones de Marx, quién, al contrario de las tesis de Lenin, concibió una situación de monopolio y competencia limitada en los comienzos del capitalismo industrial que luego se transformaría en otra de libre competencia. Esta inversión del planteamiento de Marx no fue iniciada por Lenin, se encuentra ya en Engels e Hilferding, especialmente este último sería el responsable del dominio en el marxismo de un planteamiento que concibe un capitalismo inicial de libre competencia al que reemplazó definitivamente en el siglo XX un capitalismo de monopolios.

106 Guerrero Jiménez, Diego, *El pensamiento económico neomarxista*, pág. 31

Esta inversión de Marx es contemplada de manera crítica por Guerrero, “Hilferding es consciente de lo lejos que ha llevado su apuesta contra la teoría del valor de Marx [...] También Lenin escribe sin verse obligado a demostrar nada, ya que para él concentración y monopolio parecen una misma y única cosa por definición”, y considera que, desde el punto de vista de Marx, se trataría de una regresión a posiciones que fueron criticadas por el filósofo de Tréveris. Para Guerrero, la mayoría de los marxistas se han apartado de Marx en este punto, “no tienen ninguna teoría de la competencia, sino que se han dejado arrastrar por la simple ideología antimonopolista y la caricatura del monopolio como representación del mal”¹⁰⁷

La doble tesis leninista, asumida por los marxistas posteriores, fue impulsada especialmente por Sweezy y Baran a quienes, por ello mismo, se les considera como los fundadores del neomarxismo. El primero desarrolló, para explicar las crisis cíclicas y la tendencia al estancamiento, una combinación sobre la sobreacumulación con otra subconsumista, la aportación principal del segundo fue el concepto de “excedente económico”.

Si hasta la década de 1920 el pensamiento marxista mayoritario concebía que el avance de las economías más desarrolladas impulsaba el desarrollo económico a nivel mundial, después de la segunda guerra mundial, y bajo el impulso de Baran, aparecen nuevas teorías económicas que cambian de perspectiva y señalan como responsable del atraso de los países no desarrollados a las distorsiones de sus economías producidas por las economías avanzadas, son las nuevas teorías del subdesarrollo y del intercambio desigual de André Gunder Frank o Theotonio dos Santos, a las que seguiría la teoría del sistema-mundo de Inmanuel Wallerstein.

Pero Guerrero señala también como neomarxistas, en una acepción más amplia, a otras teorías que se caracterizan por constituir una mezcla de marxismo y otros ingredientes teóricos diferentes. Es el caso del denominado marxismo keynesiano, dónde se intenta complementar las teorías de ambos pensadores. La adaptación puede ser en dos sentidos, keynesianos que adoptan partes del marxismo, como es el caso de Joan Robinson y sus seguidores, o marxistas que aceptan algunos postulados de Keynes, como Paul Sweezy o Maurice Dobb. El principal crítico de esta corriente neomarxista es Paul Mattick.¹⁰⁸

107 *Ibidem*, pág. 35

108 Mattick, Paul, *Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta. y Crisis y teoría de la crisis.*

Pero también hay otras teorías neomarxistas cuyas conexiones con el marxismo son más difusas, entre las que cita a “los regulacionistas, los radicales, los sraffianos y los marxistas analíticos”¹⁰⁹. Si los sraffianos se apartan de la teoría del valor de Marx, los analíticos, a los que ya hemos estudiado globalmente en un capítulo anterior, llegan a dar por superada la economía marxista. Guerrero no rechaza a priori la posibilidad de ideas ajenas al marxismo que puedan servir para fecundarle, pero rechaza el eclecticismo de elementos heterogéneos que originen teorías contradictorias.

Respecto a este último aspecto, Guerrero se ha ocupado de analizarle con un poco más detenimiento en otro artículo¹¹⁰ al que nos vamos a referir ahora. Su punto de partida es separar dos campos en el conjunto de economistas que se reclaman del marxismo, el de aquellos que aceptando muchas tesis del marxismo sin embargo rechazan la teoría del valor-trabajo, y el de aquellos otros que consideran a ésta el elemento central de la economía marxista. Siendo estos últimos los que realmente, en opinión de Guerrero, pueden ser considerados marxistas.

Este razonamiento de Guerrero en el plano económico recuerda al argumento utilizado por Lenin en el campo político para diferenciar a los auténticos marxistas de los que no lo eran. En el contexto de la lucha ideológica contra los revisionistas y centristas de su época, el criterio leninista expresado en su famosa obra *El Estado y la revolución* es que “marxista sólo es el que hace extensivo el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la dictadura del proletariado”¹¹¹, sin embargo, hoy muy pocas organizaciones o intelectuales defienden este concepto tan definitivo para Lenin. ¿Han dejado de ser marxistas quienes no lo defienden? La misma pregunta cabe, entonces, con el criterio de Guerrero. Sus argumentos, por supuesto, son defendidos en base a la coherencia del concepto del valor-trabajo para la teoría marxista, pero se podría decir lo mismo de la dictadura del proletariado, ambas pueden ser consideradas categorías clave de la teoría marxista.

Para Guerrero existen economistas que asumen una gran cantidad de tesis de Marx como la teoría de la explotación, de la lucha de clases o el materialismo histórico, pero sin la aceptación de la teoría laboral del valor lo que resulta es un marxismo imposible.

109 Guerrero Jiménez, Diego, *El pensamiento económico neomarxista*, pág. 33

110 Guerrero Jiménez, Diego, *Un Marx imposible: el marxismo sin teoría laboral del valor*.

111 Lenin, V.I., *El Estado y la revolución*, pág. 56

No obstante, no forma parte del objetivo de este libro entrar en una discusión de este tema, solamente se ha planteado como interrogante sobre la pertinencia para deslindar campos y considerar marxistas o no a ciertos autores. Lo que es cierto es que si se aplicasen conjuntamente los criterios de Lenin y de Guerrero, los autores y corrientes que estudiamos aquí dentro de una concepción amplia del marxismo se reducirían de manera importante.

El argumento central de Guerrero es que en las relaciones entre la teoría económica del marxismo y otras corrientes diferentes se han producido dos efectos diferentes, mediante el primero, el marxismo ha “absorbido” diversos aspectos de estas corrientes, mediante el segundo, el marxismo ha sido, por el contrario, “absorbido” por dichas corrientes, pudiéndose diferenciar en este último caso si ha sido absorbido por teorías heterodoxas u ortodoxas.

Dentro del marxismo “absorbido” desde corrientes heterodoxas, diferencia en primer lugar a “los neorricardianos” y al “marxismo sraffiano”. En segundo lugar, “el marxismo institucionalista/keynesiano/polanyano” en el que encuadra a la escuela francesa de la regulación, algunos de cuyos autores provienen de un marxismo que en un momento determinado abandonaron, y uno de cuyos componentes la define como “un institucionalismo que habría utilizado mucho Marx, Kalecki, Keynes, el estructuralismo y la escuela de los Annales”¹¹². En tercer lugar, “el marxismo político-radical americano”, el cual se caracteriza porque “sus bases teóricas en el terreno económico son tan amplias como para incluir toda la «economía política»”¹¹³. Por último, el “marxismo leninista-kaleckiano” cuya relación, tan extraña de entrada, Guerrero justifica en que “desde el punto de vista económico, ambos tienen en común su inclinación a considerar el monopolio, el oligopolio o la competencia imperfecta como un elemento decisivo”¹¹⁴

En el epígrafe dedicado al marxismo “absorbido” desde la ortodoxia, Guerrero también diferencia dos corrientes. En primer lugar, los que denomina “marxólogos neoclásicos preanalíticos” y que solo les considera en su clasificación debido a que suelen ser mencionados en recopilaciones de obras referidas al marxismo. En segundo lugar, se refiere al marxismo analítico, al que ya hemos dedicado un capítulo de este libro.

112 Guerrero Jiménez, Diego, *Un Marx imposible: el marxismo sin teoría laboral del valor*, pág. 10

113 *Ibidem*, pág. 11

114 *Ibidem*, pág. 11

Por último, Guerrero se refiere al marxismo “absorbente” cuyo planteamiento consiste en “desarrollar la economía de Marx, su sistema conceptual propio, y extenderlo al análisis de la realidad económica más allá de donde lo dejó el propio Marx. Todo lo contrario de lo que se ha hecho en la práctica de forma mayoritaria.”¹¹⁵ Y se hace eco de la crítica de Shaikh, según la cual “la economía marxista se ha desarrollado de manera errática y desigual”, dando lugar a desarrollos teóricos y empíricos que hay que analizar cuidadosamente para conocer las aportaciones reales. Terminando su artículo con un breve listado, de carácter orientativo, de autores que han contribuido al desarrollo de la economía marxista en diversos campos entre los que cita a Shaikh, Carchedi, Giussani, Moseley, Freeman, Lavigne, Daum o Gouverneur.

Sobre la teoría del valor y su carácter central para el marxismo también hay un buen resumen en un artículo de Claudio Katz¹¹⁶ del que haremos una breve síntesis. Para este autor, “la teoría marxista del valor contempla tres aspectos: una interpretación de la explotación, una ley de formación de los precios y una concepción sobre el funcionamiento y la crisis del capitalismo.” En el artículo describe el proceso mediante el cual Marx construyó esta importante teoría mediante una crítica de las teorías económicas más importantes de su época (Smith, Ricardo). Desde el mismo momento de su publicación, la teoría marxista del valor fue objeto de críticas provenientes de diferentes ángulos. La corriente neoclásica “contrapone la concepción subjetiva de la utilidad a la teoría objetiva del valor”, destacando dentro de esta corriente la crítica walrasiana. Igualmente, la teoría del valor es cuestionada desde las distintas escuelas que conforman la corriente heterodoxa, es decir, aquellas que también son críticas con la neoclásica; su crítica se dirige a que aquella “no toma en cuenta la alta determinación extra-económica que tienen los precios en el capitalismo contemporáneo”, a rechazar su explicación de la explotación, y a que plantea que “el funcionamiento de los sistemas económicos depende de su configuración institucional”. Finalmente, la última impugnación de la teoría del valor marxista proviene de la escuela del excedente o neoricardiana.

Independientemente de estas críticas provenientes del campo de las teorías económicas burguesas, Claudio Katz reconoce que la teoría del valor es objeto en la actualidad de al menos tres importantes debates en el interior del campo marxista, “la resolución lógica

115 *Ibidem*, pág. 14

116 Katz Claudio, *La actualidad de la teoría objetiva del valor*.

del problema de la transformación, la comprobación empírica de la correlación entre los valores y los precios, y el significado político del valor.” Otro debate importante en el pasado, pero de poco interés en la actualidad en ausencia de procesos de transición al socialismo, se refiere a la vigencia y evolución de la ley del valor durante la etapa de transición al socialismo, del que nos ocuparemos más extensamente en el siguiente subcapítulo.

En definitiva, la importancia de la teoría del valor para el marxismo consiste en que sirve de base para construir una explicación “del funcionamiento y de la crisis del capitalismo a partir de una interpretación de la explotación y de una ley de formación de los precios.”

Una visión sensiblemente diferente sobre las tendencias en el seno del marxismo desde el punto de vista de la economía es la que propone Sergio Martín Fernández, tomando como elemento de discusión el análisis marxista de las crisis económicas. El objeto de su trabajo se centra en la discusión sobre la validez o no de la ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia como elemento clave en la explicación de las crisis capitalistas, y las objeciones que también se han hecho a la teoría del valor-trabajo de Marx. Con este punto de partida repasa las impugnaciones que hace el pensamiento económico burgués y las respuestas marxista a éstas y, esto es lo que nos interesa a los efectos de los objetivos de este libro, las discusiones en el seno de los autores marxistas.

Entre los autores que consideran inseparables las crisis económicas del propio desarrollo del modo de producción capitalista se encontrarían los economistas radicales, los cuales, a su vez, tendrían una tendencia marxista ortodoxa en cuanto aceptan la teoría del valor-trabajo, y los que combinan parte de la teoría de Marx con elementos procedentes de otras teorías ajenas al marxismo, y que, como en el caso de Diego Guerrero, también denomina como neomarxistas.

Sweezy y Baran tendrían un papel destacado en el nacimiento de esta última corriente al influir en un número importante de economistas marxistas posteriores. “Esta nueva generación de académicos empezaría a utilizar un esquema Bortkiewicz-Sraffa para replantear toda la teoría marxista, aceptando de partida la inconsistencia en Marx. [...] Poco a poco la nueva teoría marxista enseñada en las facultades y escuelas de economía tenía más de Keynes y de Sraffa que del Marx original, y en la que se daban por sentado

las inconsistencias tanto en su teoría del valor como en su interpretación del origen de las crisis económicas del capitalismo”¹¹⁷

Para Sergio Martín, las diferentes críticas a Marx tuvieron escasas replicas por parte de los marxistas hasta la década de 1980, lo que originó un cierto “ostracismo” al que estuvo condenada la teoría marxista original. En esa década aparecieron una serie de autores que en sus trabajos defienden la “validez y consistencia” de la teoría original de Marx, bajo una nueva interpretación de la teoría marxista denominada “temporal single system interpretation” (TSSI), que añade a la teoría marxista original una nueva variable, el tiempo. Esta escuela “temporalista” contaría con economistas marxistas como Andrew Kliman, Alan Freeman, Guglielmo Carchedi y Michael Roberts, y se caracterizarían por defender un marxismo ortodoxo y la consistencia de la ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia como explicativa de las crisis. A lado de estos autores se situaría otro grupo que no comparte todos los argumentos “temporalistas”, como es el caso de Rolando Astarita, Diego Guerrero, Michael Husson o Anwar Shaikh.

La TSSI, a su vez, ha recibido diferentes críticas, algunas de las cuales provienen de autores marxistas como es el caso de Gérard Dumenil y Dominique Lévy.

Como hemos podido comprobar por los dos trabajos que hemos utilizado para analizar la situación del marxismo en el plano de la teoría económica, el de Diego Guerrero centra las diferencias y discusiones en torno al carácter monopolista o no del capitalismo en su fase actual de existencia, en realidad desde finales del siglo XIX; en tanto que el de Sergio Martín sitúa esas diferencias en torno a la validez, y consistencia o no, de dos aspectos nodales de la teoría marxista, la ley del valor-trabajo y la ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia. Ambos aspectos están centrados alrededor de la capacidad para explicar el funcionamiento del sistema capitalista, aunque el segundo de ellos es más crucial en cuanto se enfrenta a las impugnaciones históricamente insistentes desde la economía clásica o heterodoxa al núcleo fundamental de la teoría económica de Marx. Digamos que la escuela temporalista, sobre todo, actualiza ligeramente la teoría marxista original para intentar demostrar su

117 Martín Fernández, Sergio, *El análisis marxista de las crisis económicas, un estado de la cuestión*, págs. 9-10

validez explicativa frente a las objeciones de sus adversarios, lo cual no deja de ser una posición defensiva.

Relacionado también con las posiciones adoptadas para explicar la última gran crisis del capitalismo desencadenada en 2008, Juan Pablo Mateo Tomé hace un balance de las diferentes, y a veces opuestas, explicaciones que se han ofrecido sobre la gran recesión iniciada en el 2008 por parte de autores marxistas, prescindiendo, como señala el autor al inicio, de la corriente neomarxista de la *Monthly Review*. Sintéticamente estas explicaciones las agrupa en:

1) La caída de la rentabilidad, dentro de la cual se producen importantes polémicas, con autores como Andrew Kliman, Rolando Astarita, José Antonio Tapia, Michael Roberts, Juan Pablo Mateo o Diego Guerrero. “El aspecto en común de las concepciones de la crisis que no consideran el cambio técnico es que rechazan implícitamente vincular la crisis con ciertas leyes generales de la reproducción capitalista, ancladas por tanto en la generación del valor. En consecuencia, las crisis serían momentos posibles surgidos ante la confluencia de ciertos fenómenos coyunturales relacionados con fenómenos distributivos: capital-salarios, beneficios netos-intereses/dividendos, o sectoriales”¹¹⁸

2) El ámbito financiero, donde también existen distintos enfoques, y destacan autores como Fred Moseley, Leo Panitch, Sam Gindin, Gérard Duménil, Dominique Levy, Paul Cockshott y Dave Zachariah. “El aspecto más relevante de estas concepciones es que ubican la crisis no como un momento necesario de la reproducción capitalista, sino como un resultado contingente al que se llega en la medida que confluyen una serie de elementos desequilibradores, como pueden ser ciertas decisiones de política económica (el neoliberalismo) o un excesivo protagonismo del sector financiero, en el que se debe considerar la desregulación llevada a cabo [...] Se niega así la existencia de leyes generales de la acumulación, sustituidas por otras, propias de la hegemonía financiera”.¹¹⁹

3) En la importancia del marco neoliberal, con importantes controversias en sus seno, y donde se sitúan autores como Spyros Lapatsioras, Dimitris Sotiropoulos, John Milios, Luciano Vasapollo, Rita Martufi y Joaquín Arriola, pero especialmente Gérard Duménil y Dominique Levy. “este grupo de explicaciones es difícil de sintetizar por la

118 Mateo Tomé, Juan Pablo, *La crisis económica mundial y la acumulación de capital, las finanzas y la distribución del ingreso*. Debates en la economía marxista, pág. 41

119 *Ibidem*, pág. 47

mezcolanza de aspectos coyunturales y estructurales en torno a la crisis actual, que en última instancia se refiere a la difícil adecuación de las leyes generales de la economía capitalista a una fase concreta del sistema.”¹²⁰

4) Teorías distributivas de la crisis y de la sobreproducción, o subconsumistas. En este apartado se situarían autores como Duncan Foley, David Harvey y Michel Husson. “Este enfoque se opone radicalmente a la teoría laboral del valor [...] En este tipo de análisis, que enfatizan la dimensión distributiva entre trabajo y capital, la crisis tiene un carácter coyuntural, producto de ciertos fenómenos específicos.”¹²¹

El balance final que realiza es que las importantes discrepancias sobre las explicaciones se basan en la utilización de diferentes fundamentos teóricos, y llega a una conclusión inquietante sobre lo que él denomina “una ruptura entre lo que entendemos que constituye la teoría marxista de la crisis y la manera como se aborda la gran recesión por una mayoría de sus seguidores. Lo cual nos lleva, por una parte, a dar la razón a Freeman (2010) cuando destaca el «marxismo sin Marx», en el cual se produce un divorcio entre las conclusiones y la teoría marxiana.”¹²²

120 *Ibidem.*, pág. 49

121 *Ibidem.*, pág. 52

122 *Ibidem.*, pág. 54

El marxismo y la economía en los procesos de transición al socialismo

Exceptuando unas pocas observaciones generales diseminadas en La ideología alemana, El Capital, La crítica al programa de Gotha y su correspondencia, Marx y Engels no desarrollaron ninguna visión sistemática acerca de la organización de la economía que seguiría inmediatamente al derrocamiento del capitalismo. Ello no fue una omisión accidental sino una abstención deliberada. Los fundadores del materialismo histórico creyeron que no era tarea suya formular un esquema confeccionado de la sociedad futura porque tal sociedad sólo podría ser el resultado concreto de las condiciones en que apareciera.

La economía en el período de transición

Ernest Mandel

Este segundo capítulo dedicado a las aportaciones económicas del marxismo tiene dos partes diferenciadas. La primera va a girar en torno a los debates y prácticas económicas originadas con los procesos de transición al socialismo, en los que se enfrentaron dos grandes posturas, de un lado los que rechazaban que las categorías elaboradas por Marx fuesen adecuadas para analizar y servir de guía a esos procesos, abogando por desarrollar nuevas categorías y teorías adecuadas a tal fin y, de otro lado, los que consideraban adecuada la teoría marxista para los procesos de transición, desembocando en el intento del estalinismo de utilizar dicha teoría para legitimar sus prácticas económicas. En la segunda parte se analizarán algunos de los debates originados a partir de la práctica y los problemas generados por los procesos de transición socialista, como el papel del mercado o las prácticas autogestionarias.

La Unión Soviética: enfrentamiento en torno al modelo económico para la transición al socialismo

La transgresión de las etapas del desarrollo condujo a un atolladero múltiple: al “dogmatismo intransigente de la época de Stalin”, luego al “pragmatismo inconsistente” en la praxis económica para cerrar con la “apologética” en tanto que rasgo genérico de la economía política del socialismo que pretendió interpretarlo. Dicha economía política sepultó la teoría de la transición al socialismo, quedando subsumida en aquella como simple preámbulo histórico carente de un cuerpo teórico propio sistemático, integral y coherente.

La economía política de la construcción del socialismo

Figueroa Albelo, V.M. y otros

Hubo un tiempo, en los años inmediatamente posteriores al triunfo de la revolución soviética, en que se originó un fuerte debate, como veremos a continuación, en torno al modelo económico que debería adoptarse para transitar al comunismo. Los principales participantes en dicho debate eran dirigentes de la propia revolución en Rusia que se enfrentaban a una situación insólita, no prevista ni teorizada con anterioridad. La imposición final del modelo estalinista cerró este debate y planteó otra problemática diferente que evolucionó hasta la debacle final del socialismo real. Solamente hubo dos variaciones en esa última situación, el ensayo de modelo autogestionario en Yugoslavia, y la breve discusión sobre un modelo diferente en Cuba.

El punto de partida, como señalábamos anteriormente, era la situación insólita que planteaba la victoria bolchevique en Rusia. La primera guerra mundial, y los desastres y sufrimientos que acarreó, abrieron una gran oportunidad a las fuerzas revolucionarias en Europa para alcanzar el poder y acabar con la dominación burguesa y sus políticas imperialistas que habían llevado a la gran guerra. El punto de ruptura inicial, el eslabón débil de la cadena, tuvo lugar en Rusia, y los bolcheviques no dudaron en aprovechar la oportunidad ofrecida por la historia para tomar el poder. Como toda decisión política, y más aún en períodos históricos de gran turbulencia, sus cálculos eran inciertos y

reposaban en la hipótesis de que tras la victoria de la revolución en Rusia, ésta se extendería por el resto de Europa, y en primer lugar en Alemania. Rusia no se encontraba precisamente en las condiciones adecuadas teorizadas por el marxismo para iniciar el tránsito al socialismo, pero una vez que la revolución triunfase en países de industrialización avanzada en Europa, Rusia podría beneficiarse de su ayuda para quemar etapas de manera más favorable.

Pero los cálculos de los bolcheviques se mostraron equivocados, no solamente la revolución fue derrotada en Europa en los diversos intentos llevados a cabo, sino que la situación interior en Rusia se degradó aún más cuando a los desastres originados por la primera guerra mundial se sumaron los desastres provocados por la guerra civil y la intervención militar extranjera que siguieron al triunfo de la revolución. Éste es globalmente el contexto histórico en el que va a desarrollarse la discusión y los desarrollos políticos y económicos que vamos a analizar a continuación.

Siguiendo en la línea metodológica de esta obra, vamos a apoyarnos para este análisis en estudios especializados sobre el tema que, de esta manera, quedan englobados en la visión más general sobre el marxismo que se pretende con este trabajo. El primer estudio que vamos a utilizar para el análisis de la discusión, enfrentamiento y, finalmente, victoria del modelo estalinista, que se terminará imponiendo posteriormente en los siguientes países que inicien su transición al socialismo, es la tesis doctoral de Jesús de Blas Ortega, *La formación del "mecanismo económico estalinista"(m.e.e.) En la antigua URSS y su imposición en la Europa del Este. El caso de Hungría*, al que seguiremos en lo fundamental a continuación.

En la tesis se plantea que el debate en profundidad que se originó entre los dirigentes bolcheviques una vez alcanzado el poder se enfocó sobre dos temas prácticos fundamentales que, en definitiva, discutían sobre cuál era el camino a seguir. El primero giró en torno a los problemas de la industrialización para un país agrícola atrasado como era Rusia, destacando especialmente en el debate, de un lado, Bujarín como representante del bloque oficial “agrario-monetarista” y, de otro lado, Preobrazhensky como representante de la Oposición "industrialista". El segundo tema en disputa fue el relativo a la viabilidad o no de la construcción del socialismo en un solo país, en el que Stalin, como defensor de dicha tesis, contó con el apoyo de Bujarín para enfrentarse a las tesis contrarias de Trotsky y los dirigentes encuadrados en la Oposición.

En el debate se puede diferenciar una primera parte que giraba en torno a lo que eran discusiones casi puramente teóricas, pero con evidentes consecuencias prácticas. En esta parte, la discusión se centró en torno a si las teorías y categorías desarrolladas por Marx eran adecuadas y suficientes para analizar y dirigir la nueva economía soviética, o se necesitaban unas nuevas teorías y categorías. Inicialmente, Bujarín y Preobrazhensky, planteándose los problemas metodológicos al que se enfrentaba el análisis teórico de la economía surgida con la revolución, habían coincidido en un elemento clave, rechazando que en la obra de Marx se encontrase una “economía política del socialismo”. Especialmente para el segundo de estos dirigentes, la economía política de Marx era la ciencia que se ocupaba concretamente del sistema mercantil y capitalista mercantil, y no la ciencia de las relaciones de producción de los hombres en general. En consecuencia, no era una teoría adecuada para poderse aplicar sin más al análisis de una economía de transición al socialismo, lo que significaba la necesidad de una nueva teoría de análisis apropiada a tal fin, y que él denominará como “tecnología social”.

Pero si esto era cierto para una economía propiamente socialista, dónde hubiese desaparecido la ley del valor, es decir, una economía plenamente organizada y planificada, el problema se hacía más complejo en el caso ruso, dónde su economía no era ya capitalista, pero tampoco socialista; dónde se aplicaba una cierta planificación a la vez que seguía actuando la ley del valor como consecuencia tanto de la persistencia interna de relaciones mercantiles, como de la presencia de un inevitable mercado mundial. Así, este economista de la Oposición planteaba la necesidad de crear una teoría -que no sería ni la economía política de Marx, adecuada para el análisis del capitalismo, ni la “tecnología social”, adecuada para analizar una economía socialista plena- que fuese capaz de descubrir las leyes que operaban en la nueva situación.

Preobrazhensky fue quién más profundizó en el análisis de la nueva economía soviética en busca de una teoría explicativa. Para ello propuso la vigencia de dos reguladores que rigen en su seno, la ley del valor, ya mencionada anteriormente, y “la ley de acumulación socialista originaria”. En esta última va a diferenciar dos conceptos, el “de «acumulación socialista», que también denominará acumulación sobre base productiva en la propia economía estatal, del concepto «acumulación socialista primitiva», que también denominará acumulación sobre base económica”¹²³, siendo el objetivo de esta

123 de Blas Ortega, Jesús, *La formación del "mecanismo económico estalinista" (m.e.e.) en la antigua URSS y su imposición en la Europa del Este. El caso de Hungría*, pág. 75

última “transformar las proporciones existentes, absolutamente inclinadas a favor de la agricultura (mayoritariamente privada), para intentar fortalecer la industria (mayoritariamente en manos del Estado) y alcanzar una base técnico-productiva que permitiera dar un peso preponderante a la acumulación socialista («sobre base propia»).”¹²⁴ Esta ley sería extensible a todas situaciones revolucionarias similares a la rusa, es decir, las llevadas a cabo en países atrasados. Así, cuanto más atrasado y agrícola sea un país “más deberá basarse la acumulación socialista en la explotación de formas pre-socialistas de producción”. Jesús de Blas rechaza, por inconsistentes, las dos acusaciones que al respecto se hicieron sobre Preobrazhensky, la de que su “ley de acumulación socialista primitiva” implicaba una extorsión sobre el campo y la ruptura de la alianza obrero-campesina, y la de que contenía una fuerte dosis de espontaneísmo.

En la tesis de Jesús de Blas se sostiene que inicialmente Bujarín y Preobrazhensky estaban de acuerdo en este planteamiento, teniendo en cuenta que las obras de estos autores dónde se abordan estos problemas están separadas por dos contextos muy diferentes, la de Bujarín, *La economía del período de transición*, escrita bajo las condiciones del “comunismo de guerra”, y la de Preobrazhensky, *La nueva economía*, escrita seis años más tarde bajo la NEP. Sin embargo, este acuerdo de base entre estos dos autores soviéticos no impedirá que, finalmente, en el terreno práctico de la economía se sitúen en posiciones diametralmente enfrentadas, Bujarín como portavoz más cualificado de las posiciones agraristas, Preobrazhensky de las posiciones industrialistas.

Frente a este posicionamiento teórico de los dos más cualificados economistas de los dirigentes iniciales soviéticos, se encuentra los planteamientos que terminarían imponiéndose en la práctica, los del sector estalinista. Estos últimos tendrían dos etapas diferenciadas en su desarrollo. En las décadas de 1930-40 se menospreció la teoría en favor de las decisiones del gobierno soviético que se imponían sin una base teórica de respaldo. En la década de 1950 este sector recupera la economía política de Marx como teoría válida para cualquier modo de producción en forma ahora de “economía política del socialismo” aplicable, por tanto, a la economía soviética a la que se considera ya plenamente socialista.

124 *Ibidem*, pág. 76

Para Jesús de Blas, Lenin no llegó a elaborar un trabajo teórico sistemático sobre la economía soviética, pero de sus aportaciones deduce dos posiciones. De un lado, el reconocimiento en ella de elementos tanto del capitalismo como del socialismo, a partir de lo cual se va a fijar en el modelo de “capitalismo de Estado” desarrollado en la Alemania de esa época. De otro lado, que estas posiciones son cercanas a las de Bujarín y Preobrazhensky y opuestas, en consecuencia, a las que se acabarán imponiendo con la victoria estalinista.

La segunda parte del debate va a tener un carácter más directamente práctico y se va a referenciar en torno a la valoración sobre las dos etapas iniciales de la revolución, la del comunismo de guerra y la de la nueva política económica (NEP). Jesús de Blas sintetiza las tres interpretaciones que se han propuesto sobre la actitud del núcleo dirigente bolchevique ante el comunismo de guerra, su punto común es la consideración del mismo como “un período excepcional”, a partir del cual hay importantes divergencias. En la primera hay una consideración de que simplemente estuvo “forzado por las circunstancias”; la segunda, se inclina porque “se produjo una cierta teorización «a posteriori» sobre la posibilidad de dar el «salto inmediato al comunismo»”, finalmente, está la que sostiene que “en parte, fue producto de las concepciones «utópicas» que «a priori» tenía la dirección bolchevique sobre la posibilidad del «salto directo al comunismo», aboliendo las relaciones mercantil-monetarias”.¹²⁵ Sin embargo, este autor rechaza las acusaciones de que tanto Bujarín y Preobrazhensky en su obra conjunta *El abc del comunismo*, como Lenin, en los documentos para el VIII Congreso del partido bolchevique, fueran favorables al “salto directo al comunismo”. Aunque señala que “Los planteamientos teóricos realizados en este sentido tuvieron un carácter marginal y fueron apuntados por ciertos economistas (miembros y no miembros del partido bolchevique) que años después se encontrarían situados en el entorno político de Stalin, dando cobertura «teórica» a las requisas y a la política de colectivización forzosa”.¹²⁶

Si respecto al comunismo de guerra hubo discrepancias en el seno del núcleo dirigente, respecto a la NEP el acuerdo fue más amplio. El giro a la NEP en 1921 fue una etapa importante en la revolución porque supuso el restablecimiento de las relaciones mercantil-monetarias en la economía soviética.

125 *Ibidem*, pág. 60

126 *Ibidem*, pág. 633

“La NEP no era sólo el restablecimiento, tras el llamado «comunismo de guerra», de una cierta libertad de comercio, en definitiva de una economía mercantil, era algo más. Se trataba de una política para aplicar durante un plazo de tiempo no ilimitado (dependiente, sobre todo de las condiciones internacionales) que la dirección soviética se dio para desarrollar, en un marco de relaciones mercantil-monetarias, el aparato económico estatal (sobre todo la industria, pero también el comercio, el transporte...) Para poder liderar la economía en una dirección socialista y arrastrar a la agricultura, de forma progresiva, hacia la colectivización.”¹²⁷

Sin embargo, esto no evitaba el enfrentamiento de dos grandes bloques en la dirección bolchevique sobre la política y la economía soviética, el primero sería el bloque “oficial” y el segundo, el “opositor”, dónde se producirían cambiantes alianzas a lo largo de las tres fases del enfrentamiento, y que finalizaría a finales de 1927 con la derrota de la Oposición y su expulsión del partido.

“En el centro de todos los debates estará la discusión sobre el rumbo que habrá de tomar el desarrollo económico de la Rusia soviética. La pugna conocerá tres fases (1923, 1925 y 1926-27), que coincidirán con tres momentos de agudización de las «crisis de entregas», en las que las diferentes «oposiciones» («plataforma de los 46», «nueva oposición» y «oposición unificada») se enfrentarán a las tesis «oficialistas». La línea de fractura vendrá dada por las propuestas claramente inclinadas hacia el desarrollo industrial que defenderá la «oposición»; frente a las tesis «agraristas y monetaristas» que sostendrá el sector «oficialista».”¹²⁸

Las tesis de la “oposición” propugnaba trasvasar recursos de la economía agraria privada a través de la fiscalidad para la industrialización, las tesis “oficialistas”, por el contrario, defendían aumentar la renta agraria reduciendo precios industriales y liberalizando las relaciones económicas en la aldea, tesis “agraristas” completadas con otras tesis “monetaristas” que, aplicando una "ortodoxia monetaria", contribuían a asfixiar la financiación de las industrias de base.

Inicialmente, en este enfrentamiento ninguna de las dos partes había puesto en causa la necesidad que tenía Rusia de relacionarse con el mercado mundial para poder desarrollar el país y superar su atraso económico, siendo las exportaciones agrarias,

127 *Ibidem*, pág. 170

128 *Ibidem*, pág. 133

basadas en el excedente agrario, el fundamento para la importación de equipos industriales necesarios para superar el atraso económico, aunque el tipo de productos a importar también separa a la "oposición" y los "oficialistas". En las teorizaciones de Preobrazhensky, los peligros de esa relación de la subdesarrollada economía soviética con un mercado mundial muy superior técnicamente eran controlados, aunque no evitados, mediante el monopolio estatal del comercio exterior.

Sin embargo, desde 1924 empieza a aparecer por parte de Stalin la teoría del socialismo en un solo país, que recibirá el importante respaldo teórico que le brindará Bujarín. Esta teoría aboga por un desarrollo autárquico al margen del mercado mundial. Inicialmente está alianza agrupa, pues, a la concepción "agrarista" y a la "autárquica".

Igualmente, señala Jesús de Blas, se produce en paralelo un cambio en la caracterización de lo que se entiende por socialismo. "Nos referimos a la concepción que tiende a identificar el progreso del «socialismo» en Rusia con el progreso de la estatalización de la economía. Esta concepción aparece en numerosas referencias de Bujarín, se introduce así la premisa de una idea «cuantitativa» del «socialismo» (socialismo es que la mayoría de la economía esté en manos del sector estatal, y eso, evidentemente, puede hacerse aunque sea forzosamente en un país aislado y atrasado como Rusia), frente a una concepción «cualitativa», tradicional en el movimiento obrero (el socialismo sólo puede estar basado en las técnicas productivas más avanzadas que ha conocido el capitalismo, por lo tanto, no es posible alcanzar esa meta en el marco de un país aislado y además atrasado)."¹²⁹

En 1927, el sector "oficialista" se encontraba en una difícil coyuntura. Internamente debía derrotar definitivamente a la "oposición" arrebatándole la bandera de una mayor industrialización. En el exterior, la derrota de la revolución china, un segundo gran revés tras la derrota de la revolución alemana de 1923, incrementó la sensación de aislamiento internacional de Rusia y el temor a una agresión exterior. Desde ambos frentes la presión tendía a intensificar la industrialización y ello llevaría a que en el seno de los "oficialistas", los "estalinistas" terminasen rompiendo y eliminando a los "agraristas", previamente al "gran viraje" que llevaría a la colectivización forzosa y la industrialización acelerada, cuyo desencadenante final serían "las crisis de entregas de cereal en los inviernos de 1927-28 y 1928-29"

129 *Ibidem*, pág. 148

Resumiendo la situación de lo que empezaba a significar la concepción económica estalinista, Jesús de Blas señala que se trataba de “una visión cuantitativa del socialismo que asimilará el triunfo del socialismo a la abolición de la propiedad privada y a la desaparición de las relaciones mercantiles. Este planteamiento estrecho y dogmático de Stalin sólo puede tener lugar en el marco de la «teoría del socialismo en un solo país», aunque paradójicamente se enmarca en una serie de afirmaciones sobre la industrialización bastante próximas a las que había levantado la «oposición de izquierda», pero subestimando el marco de la economía capitalista mundial.”¹³⁰

Otro aspecto de la doctrina estalinista, que terminará imponiéndose, será su “teoría de los dos sistemas económicos mundiales: el sistema económico capitalista mundial y el sistema económico socialista mundial”. Se trataba de un planteamiento novedoso que rompía con los que habían sido centrales en el análisis marxista y la tradición teórica de los bolcheviques, “que concebía la economía mundial («el mercado mundial») como una «unidad orgánica», dominada por el imperialismo, «al cual nos hallamos subordinados, con el cual nos encontramos ligados y del cual no podemos desprendernos» (Lenin in Trotsky; 1973, pág. 77)”.¹³¹ En realidad, estos planteamientos enfrentados solo han tenido lugar a partir del triunfo en condiciones de aislamiento de la revolución rusa, siendo unos planteamientos que nunca se podían haber imaginado los marxistas anteriores, en cuanto siempre se planteaban una revolución socialista en los países desarrollados y de carácter amplio, no en un solo país.

Hay un planteamiento en la tesis de Jesús de Blas que sitúa claramente el nudo gordiano al que se enfrentaba la revolución en Rusia y que subyace a las tres tendencias político-económicas que se estaban enfrentando. De un lado, las políticas propugnadas por el sector “agrarista” probablemente “podría haber provocado el hundimiento del régimen soviético y la restauración abierta del capitalismo”. De otro lado, las medidas de urgencia tomadas por el sector estalinista si bien evitaron en ese momento el hundimiento definitivo, lo fueron al precio de un dramático costo político y humano que terminaría imponiendo una economía dominada por “mecanismos burocrático-administrativos”, y que desembocaría muchos años después en un gran fracaso con la restauración del capitalismo a partir de la década de 1990. Así, para este autor, solo la política de la “oposición” podría haber evitado un mismo desenlace separado por varios

130 *Ibidem*, pág. 173

131 *Ibidem*, pág. 176

decenios, pero ésta es solo una hipótesis contrafactual no sometida, por tanto, a la verificación histórica.

En la lucha interna política dentro del bolchevismo, primero fue derrotada la “oposición de izquierda” y, posteriormente, el sector “agrarista”, dando paso a la estabilización del dominio de la fracción estalinista y su programa económico, que Jesús de Blas denomina “mecanismo económico estalinista” y que sería el que orientaría el desarrollo económico tanto en la Unión Soviética como, con diferentes variantes, en los distintos países en que los comunistas alcanzaron el poder después de la segunda guerra mundial. Este autor define los rasgos fundamentales de este mecanismo económico como reproducimos a continuación: “1.- colectivización forzosa y crisis agrícola y alimentaria, como fenómenos mutuamente interdependientes. 2.- dificultades crecientes para la exportación de cereal y, consiguientemente, para la importación de maquinaria y tecnología occidental, favoreciéndose las tendencias autárquicas, que atribuirán al comercio exterior un «papel residual» en la planificación. 3.- notable retraso de las industrias de bienes de consumo, afectadas por el hundimiento de la economía agropecuaria, pero sacrificadas también por el esfuerzo realizado en las industrias de bienes de producción cara a la industrialización forzosa que se acometió. 4. - abolición de los instrumentos de regulación mercantil entre la «ciudad» y el «campo» que habían inspirado la NEP, reemplazados por el sistema de entregas obligatorias y las confiscaciones, y la imposición de un sistema de precios arbitrario, totalmente alejado de las normas imperantes en el mercado mundial. 5.- control hipercentralizado de la economía, tanto para los procesos de producción y de distribución de bienes (dando lugar a la presencia habitual del racionamiento y la colas), como para los de asignación de factores productivos (materias primas, inversión fija y mano de obra), dándose una fuerte tendencia a su sobreacumulación, que a su vez generaba una sistemática situación de penuria de recursos. 6.- sustitución de los instrumentos crediticios por las asignaciones presupuestarias a fondo perdido basadas en la emisión monetaria sin control, que dinamitaron la funcionalidad de las relaciones crediticio-monetarias. 7.- abandono de los criterios de eficiencia y calidad en favor de objetivos exclusivamente cuantitativos, instrumentalizados a través de una planificación burocratizada que detallaba los objetivos en cantidades físicas hasta los niveles más elementales. 8.- diferenciación creciente de rentas salariales y preponderancia de la recaudación impositiva indirecta (turnover tax) en detrimento de otros mecanismos fiscales

basados en la progresividad. 9.- supresión de derechos laborales-sindicales e imposición generalizada de sistemas de coerción sobre la fuerza de trabajo tanto en la agricultura como en la industria. 10.- todo ello coronado por la eliminación de todo resquicio democrático y la estructuración de un inmenso aparato represivo militar-policial, omnipresente en toda la vida social, este mismo «mecanismo económico» fue impuesto, casi miméticamente, a toda la Europa del este tras la segunda guerra mundial.”¹³²

Contrariamente a como posteriormente fue presentado este “mecanismo económico”, su establecimiento no fue fruto de un planteamiento teórico previo en el que se estableciesen las premisas en que se basaba y la estrategia a seguir, sino que fue fruto de una situación económica que se había ido pudriendo (crisis de las tijeras, crisis de las entregas de cereales en 1927-9 y estrangulamiento del comercio exterior, retraso de la industrialización y planificación, concesiones a los sectores campesinos acomodados) y ante la cual, el sector estalinista reaccionó de manera urgente, brutal y dictatorial, provocando, en esas condiciones, una “masiva destrucción de fuerzas productivas que se produjo en la agricultura y la agudización del aislamiento económico internacional”.¹³³

Sin embargo, denuncia Jesús de Blas, “Todo ello sería embellecido por la propaganda oficial, apelando a una supuesta «economía política marxista del socialismo» que serviría para justificar tal cúmulo de arbitrariedades, y que será finalmente condensada en el famoso manual de economía política que servirá como cuerpo de doctrina oficial y guiará la acción de los partidos estalinistas en el poder en la Europa del este tras la segunda guerra mundial.”¹³⁴

El “gran giro” emprendido por el estalinismo no solo tuvo consecuencias económicas, sociales y políticas de gran dramatismo y calado, sino que también impactó en el plano teórico provocando la ruptura y la crisis en las filas de la “oposición de izquierdas”, cuando algunos de sus más conocidos e importantes representantes, como Preobrazhensky, Rádek, Smilgá y otros, rompieron públicamente con la “oposición”, a partir de 1929, al entender que el giro estalinista reconciliaba al grupo dirigente del Estado soviético con las tesis económicas de la oposición. La interpretación que realizó lo que quedó de la “oposición”, y que apoya Jesús de Blas, es la de que, en realidad, el

132 *Ibidem*, págs. 9-10

133 *Ibidem*, pág.272

134 *Ibidem*, pág. 638

sector opositor que se reconcilió con el estalinismo, especialmente Preobrazhensky, renunció a sus posiciones y tesis económicas anteriores, sin que realizase aportaciones nuevas sobre la economía soviética.

Así, en unas condiciones extremadamente difíciles, por sus condiciones de deportados, y tras la crisis provocada en sus filas por la ruptura de una parte muy significativa de sus componentes, el resto de la "oposición" continuó haciendo aportaciones teóricas y analíticas opuestas a la práctica oficial del estalinismo en el poder. En este sentido destacan tres aportaciones, las de Rakovsky; las de la "tesis de los tres", de Solnzev, Yakovin y Stopalov; y las de Trotsky.

El principal reto inmediato en el campo económico era plantear alternativas ante lo que los diferentes sectores de la "oposición" calificaban como el desastre producido por el "giro estalinista". En este sentido, todos los sectores de la "oposición" parten de una posición común compartida que se concreta en la consigna de "retirada", pero, a partir de ahí difieren en que significa esa consigna, es decir, hacia dónde retirarse. Bien entendido que estamos analizando posicionamientos teóricos que ya no tenían ninguna posibilidad de ser tenidos en cuenta por el sector estalinista que controlaba a esas alturas férreamente el poder. Si en algún sentido se puede hablar de que las tesis anteriores de la "oposición" (política de industrialización acelerada, planificación) habían sido adoptadas por el sector estalinista -para unos de manera tan deformada que no tenían nada que ver con sus posiciones, como fue el caso de quienes continuaron en la "oposición", para otros de una forma suficientemente cercana como para terminar rompiendo con la "oposición" y reconciliarse con el estalinismo- a partir del "gran giro", los planteamientos de la "oposición" ya no ejercen ninguna influencia práctica en absoluto.

Para Rakovsky la forma concreta de esa "retirada" que propugna es un regreso a la NEP, posición que no comparten "las tesis de los tres" para quienes, en las nuevas circunstancias, este retorno a la NEP solo podría significar el regreso a la antigua política de la alianza del bloque derechista "agrarista" y de los centristas. La posición de Trotsky, aun no siendo explícita, parece inclinarse por la de Rakovsky, con el que coincide en numerosos aspectos.

Resumiendo las teorías económicas que se enfrentaron dentro del partido bolchevique en el período comprendido entre 1923 y 1929 y los proyectos sociopolíticos que

representaban, Jesús de Blas reconoce solamente dos posiciones, que coincidían en sus bases de partida -la defensa de las relaciones monetario-mercantiles bajo la NEP, alcanzar un crecimiento económico equilibrado de los diversos sectores económicos, y “necesidad de vinculación de la economía soviética con el mercado capitalista mundial”- pero se enfrentaban en todo lo demás.

De un lado se encontraba el sector “agrarista” (“derecha”), con Bujarín como su principal referente teórico, que defendía “una especie de ortodoxia monetarista”, daba mayor importancia a la acumulación privada en el campo y consideraban de manera secundaria la planificación económica. Su objetivo era dar prioridad a la economía agraria y, por lo tanto, aceptar el papel de economía agro-exportadora que la división internacional del trabajo asignaba a Rusia. Este proyecto respondía a los intereses de las capas acomodadas del campo y comerciantes enriquecidos, y se inclinaba hacia algún tipo de capitalismo agrario que terminaría poniendo en peligro la superveniencia de la revolución.

De otro lado se encontraba la “oposición” (“izquierda”), con Preobrazhensky y Trotsky como sus dos principales referentes, que impulsaba la acumulación socialista apoyada en una “dirección económica planificada”. Su objetivo era ir modificando la estructura económica agraria heredada en favor del sector industrial, para lo cual consideraba imprescindible las relaciones con el mercado mundial, y propugnaba el monopolio del comercio exterior y el control de la dirección económica para contrarrestar la acción mundial de la ley del valor y proporcionar protección suficiente a la industria soviética. En las condiciones de la NEP, abogaba por la fiscalidad progresiva para limitar el enriquecimiento privado y encauzar los excedentes hacia la industrialización.

El primer proyecto fue apoyado inicialmente por el sector estalinista, desde una posición centrista y sin proyecto económico propio, hasta que derrotó y expulsó a la “oposición” del partido. “Pero posteriormente, agobiada por la marcha de los acontecimientos (las crisis de entregas), se verá obligada a deshacerse también de la «derecha» para garantizar su propia supervivencia al frente del Estado, instituyendo un régimen de terror”.¹³⁵

Así, Jesús de Blas sostiene tres tesis. En primer lugar, aunque se podría interpretar que con el “gran giro” el sector estalinista se apropió del programa económico de la

135 *Ibíd.*, pág. 279

"oposición" para derrotar al sector "agrarista", esta interpretación es rechazada de plano en la obra de este autor.

En segundo lugar, el modelo económico estalinista que se terminó implantando en la Unión Soviética no fue fruto de una teoría previa sino que "es algo que se elaboró «a posteriori», a partir del conjunto de diferentes medidas que se fueron adoptando forzadas por los acontecimientos, sin ninguna previsión ni coherencia desde el punto de vista económico más elemental". Tras la liquidación de la NEP, la planificación que la sustituyó se estableció como "un monstruoso entramado burocrático y administrativo dirigido al cumplimiento de millares de índices de todos tipos" que impidió disponer de instrumentos eficaces, distorsionó todas las relaciones económicas e hizo imposible realizar cálculos racionales sobre los proyectos de inversión. "Todo este cúmulo de arbitrariedades se elevó a «categoría universal» y se «consagró» como el camino que todo país debería emprender en su marcha hacia el socialismo, como el «paradigma» de toda construcción socialista".¹³⁶

Tercero, a pesar del desastre económico que inicialmente provocó el "gran giro" del sector estalinista, sin embargo la Unión Soviética consiguió un gran despegue industrial e importantes avances económicos debido a que la política estalinista funcionó apoyándose en las bases creadas por la revolución de 1917, "la implantación del monopolio estatal sobre el comercio exterior, la nacionalización de los principales enclaves industriales, la red de transportes y la banca, la expropiación de los grandes latifundios y el reparto de la tierra entre el campesinado pobre en régimen de usufructo y, aunque con unos medios técnicos todavía muy deficientes, el establecimiento de las bases para el desarrollo planificado de la economía".¹³⁷

El mecanismo económico consolidado en la Unión Soviética tras la victoria del sector estalinista buscó una justificación teórica apelando a las propias teorías de Marx, para lo cual se buscó apoyo teórico en *La crítica del programa de Gotha*, y este esfuerzo se plasmó en dos obras principales, *Problemas económicos del socialismo en la URSS*, escrito por Stalin, y el *Manual de Economía Política*.

En la primera obra se hace equivaler al socialismo con "la no existencia de propiedad privada de los medios de producción" y se justifica la persistencia de relaciones

136 *Ibidem*, pág. 280

137 *Ibidem*, pág. 281

mercantiles y la ley del valor en la Unión Soviética debido a la convivencia en su seno de dos formas de producción socialista, la estatal, de todo el pueblo, y la koljosiána, en la que sus productos pertenecen a los respectivos koljoses. Este planteamiento le hace ir aún más lejos, negando que la ley del valor sea la ley reguladora fundamental del capitalismo, dada su persistencia también bajo el socialismo y, formulando, de un lado, una nueva ley para el capitalismo, que consistiría en asegurar el máximo beneficio capitalista mediante la explotación del proletariado y de los países atrasados; y otra para el socialismo, que consistiría en “asegurar la máxima satisfacción de las necesidades materiales y culturales; en constante ascenso, de toda la sociedad, mediante el desarrollo y el perfeccionamiento ininterrumpidos de la producción socialista sobre la base de la técnica más elevada”.¹³⁸ Sin embargo, esto último se contradecía en la práctica con otra de las “leyes del socialismo” derivada de las decisiones prácticas sobre la economía “la ley del crecimiento prioritario del sector I bajo el socialismo”.

La apuesta por la construcción del socialismo en un solo país, y la concepción autárquica que implicaba, llevó a Stalin, después de la segunda guerra mundial y la toma del poder por los comunistas en varios países del este europeo, a formular la tesis de “la disgregación del mercado mundial único” y la aparición de dos mercados mundiales paralelos y opuestos, el mercado mundial capitalista y el de los países del campo socialista, cuyo precedente teórico se puede encontrar en Bujarín en su informe al VI congreso de la internacional comunista.

Sin embargo, bajo la hegemonía que ejercía la Unión Soviética y la imposición de su modelo económico, el mercado mundial socialista no funcionó en el sentido que este concepto podía suponer, “se realizará la industrialización acelerada, que conducirá a la implantación de una serie de estructuras económicas «paralelas» en el terreno industrial, no complementarias entre sí, marcadas todas ellas por una relación bilateral con la URSS, que luego será institucionalizada como base para el funcionamiento del CAME el mecanismo de intercambios que se impondrá en el conjunto del «bloque», que se basará en un sistema cercano al trueque («clearing»), será un claro exponente, desde el punto de vista monetario, de la ausencia de una integración económica regional que no era deseada desde Moscú.”¹³⁹

138 *Ibidem*, pág. 289

139 *Ibidem*, pág. 394

La concepción y el funcionamiento del comercio exterior por parte de los países del campo socialista terminaría por convertirse para ellos en el punto débil en su creciente articulación con la economía capitalista mundial, para lo cual, además, necesitaban utilizar las divisas fuertes del mercado capitalista mundial. "El agotamiento del patrón económico de crecimiento seguido en los años 50, caracterizado por la incorporación «extensiva» de factores productivos (trabajo, materias primas, maquinaria) al proceso industrializador", junto a la contradicción entre la concepción autárquica de base y la creciente dependencia del mercado mundial capitalista llevaría a las economías del campo socialista a las reformas económicas de la década de 1960, cuyos principales objetivos estarían claramente vinculados, tanto "un cambio de «modelo de acumulación» que tendría que estar basado en el crecimiento «intensivo», frente al crecimiento «extensivo» que había predominado hasta entonces", como "una mayor y más eficaz articulación con la economía mundial".¹⁴⁰

Estas reformas, a pesar de que respetaron las bases fundamentales del mecanismo económico estalinista, como las nacionalizaciones, la planificación o el monopolio del comercio exterior en sus aplicaciones burocrático administrativas, no podían evitar la contradicción entre las leyes que rigen la economía capitalista mundial y los fundamentos de las economías de los países socialistas. La característica principal de estas reformas fue la "monetarización creciente de la economía" para facilitar la descentralización de las decisiones económicas y utilizar el mecanismo de los precios para obtener información. En opinión de Jesús de Blas, la monetarización era un imperativo derivado de los crecientes intercambios con el mercado capitalista mundial, a la vez que suponía un reconocimiento del carácter irracional de las medidas impuestas en la Unión Soviética tras el cambio de la NEP por las medidas de colectivización forzosa e industrialización acelerada que conformarían finalmente el mecanismo económico estalinista. "En el nuevo escenario económico que se configurará las empresas habrían de guiarse por el objetivo de la «maximización del beneficio», los precios deberían reflejar las «escaseces relativas» y el conjunto de la economía debería «adaptarse a las exigencias del mercado mundial»."¹⁴¹

La siguiente ola de reformas, en la década de 1980, afectaron ya al núcleo fundamental de la economía de los países socialistas como el monopolio del comercio exterior, la

140 *Ibidem*, pág. 451-2

141 *Ibidem*, pág. 457

planificación o las conquistas sociales; aplicaron políticas de ajuste estructural con la colaboración de las instituciones económicas internacionales del capitalismo (FMI, BM), y prepararon la fase posterior en la que se procedería ya directamente a la privatización del sector estatal.

Hemos visto, pues, el debate económico llevado a cabo en relación con la transición al socialismo iniciado con la victoria de la revolución rusa, debate realizado en unas condiciones dramáticas en torno a una experiencia real, y cuyos protagonistas fueron los propios dirigentes de dicha revolución. Una vez consolidada la victoria de Stalin, y su modelo económico, sobre sus rivales, la polémica bajo de intensidad. La Oposición de izquierdas se había fragmentado y perdió su capacidad de influencia real y de elaboración teórica económica. Mientras una parte, encabezada por Preobrazhensky, aceptó el "gran giro" estalinista de la colectivización forzosa y la industrialización acelerada, la otra parte de la Oposición que se mantuvo crítica con el estalinismo entró en un período de desconcierto en cuanto, aún coincidiendo en proponer una "retirada" respecto al "gran giro" estalinista, se dividió en cuanto a concretar en que debería consistir dicha "retirada".

La parte más activa de esta Oposición se terminó organizando, siguiendo a Trotsky, en la cuarta internacional, y tanto su dirigente inicial, como otros que le siguieron, continuaron produciendo análisis sobre la naturaleza y evolución de la Unión Soviética, reflexionando sobre el período de transición al socialismo, sobre el papel de la planificación, del mercado o de la autogestión pero, como nunca consiguieron alcanzar el poder en ninguna parte, todo ese debate se mantuvo en el nivel de la teoría abstracta. Los análisis y teorías marxistas generados en torno al modo de producción capitalista al menos se realizan alrededor de una realidad económica y social concreta y en continua evolución, lo mismo ocurrió con los debates llevados a cabo en la Unión Soviética sobre la práctica económica que allí se estaba ensayando.

Ernest Mandel¹⁴² también hace una crítica de las doctrinas económicas que se desplegaron en la Unión Soviética durante el período estalinista y post-estalinista. Para ello las engloba en una visión amplia del desarrollo del pensamiento económico en el marxismo. La teoría económica marxista habría tenido su período más fértil de desarrollo entre 1894-1914 con las aportaciones realizadas por autores como Kautsky,

142 Mandel, Ernest, *Tratado de economía marxista*, III, págs. 268-77

Lenin, Parvus, Hilferding, Rosa Luxemburgo, etc. que se encargarían de ir poniendo al día al marxismo ante las transformaciones estructurales que conoce el capitalismo. A este período le sucede otro ya menos fértil entre 1917 y 1929-33 que se va a centrar en los problemas de la sociedad de transición entre el capitalismo y el socialismo, y en el imperialismo, con las aportaciones de autores como Bujarín, Preobrazhensky, Varga, etc.

Pero, continua el economista marxista belga, en el momento en que la economía burguesa realiza su giro pragmático, la teoría económica marxista también conoce una transformación pragmática (como un justificante a posteriori de las decisiones tomadas por el gobierno de la Unión Soviética) que da lugar a dos deformaciones apologeticas. La primera está relacionada con la cuestión de definir la sociedad socialista en relación a la producción de mercado. La segunda está relacionada con la cuestión de la retribución de la fuerza de trabajo en el período de transición.

Respecto a la primera, la teoría del valor-trabajo implica que la producción de mercancías desaparece con el mercado, y ello depende de dos factores, la extinción de toda propiedad particular de los productos en circulación, diferente de la sola propiedad colectiva; y la desaparición de la semipenuria. Siendo ambas condiciones necesarias para concluir la construcción de una sociedad socialista. Sin embargo, para las tesis oficiales soviéticas, el socialismo concluyó su construcción en la Unión Soviética en 1936 y, sin embargo, continuaban aplicándose las categorías "mercancías, dinero, etc.", lo que supone una revisión de la teoría marxista.

En la segunda deformación denunciada por Mandel, su carácter apologetico es aún más claro, al establecer que la retribución del trabajo se regula según "la cantidad y calidad del trabajo suministrado a la sociedad". Siendo esto solo una justificación grosera de las diferencias de retribución que de hecho existían en la Unión Soviética y otras sociedades en transición. Esta teoría rompe con la tesis del valor-trabajo, penetrando en el campo de una teoría subjetivista del valor, dónde la utilidad social del trabajo no es un criterio ni objetivo, ni conmensurable.

Así, si entre 1920-40 el pensamiento económico en la Unión Soviética conoció una degeneración apologetica y escolástica, tras la muerte de Stalin, y sobre todo después de la supresión de las reformas del período de Jruschov, el pensamiento económico soviético conocería un auténtico renacimiento con una tendencia claramente pragmática.

La escuela de Málishev, continua Mandel, tendió a rehabilitar la intervención de la oferta y la demanda en la formación de los precios de venta al consumo, significando una revisión cada vez más avanzada de las premisas marxistas de la planificación económica en la transición. Los economistas soviéticos buscaban un sistema de autorreguladores que permitiesen resultados óptimos sin la intervención del hombre.

Para el marxista belga, el debate económico circunscrito entre los partidarios de las tesis "conservadoras" (prácticas de la época estalinista) y los partidarios de las tesis "renovadoras" (en un sentido cada vez más revisionista) significaba que estas dos escuelas reflejaban, la una, los intereses de la burocracia central, y la otra, los intereses de la burocracia y tecnocracia al nivel de las empresas.

Las características que acabamos de analizar del debate económico en la Unión Soviética, y las tendencias a las que apuntaban, explican claramente que un auténtico debate económico marxista sobre la transición al socialismo solo volviese a cobrar interés e intensidad durante un breve tiempo con ocasión del triunfo de la revolución en Cuba y los planteamientos realizados por Ernesto Che Guevara, alejados de las prácticas del socialismo real que Jesús de Blas denomina "mecanismo económico estalinista", debate del que nos ocuparemos a continuación.

Sin embargo, los otros debates que continuaron autores vinculados a las corrientes trotskistas, pero no solamente ellos, dejaron de referirse a fenómenos sociales y económicos concretos para situarse en el plano de la pura abstracción. Está situación iba en contra de los planteamientos del marxismo clásico, empezando por Marx, que había rechazado hacer cualquier propuesta o teorización sobre el funcionamiento de la futura sociedad socialista con el argumento de que eso sería caer en el vicio del viejo utopismo. No obstante, tras las experiencias fallidas del socialismo real había tres razones que habían contribuido a cambiar de opinión en este aspecto. La primera era la necesidad de analizar y criticar esas experiencias y extraer lecciones y conclusiones que sirviesen si en el futuro se volviesen a reactivar procesos de transición al socialismo.

La segunda razón era la evidencia de que la falta absoluta de previsión en los clásicos para el período de transición había sido un gran error, que había llevado a improvisar con un costo muy elevado y el resultado final del fracaso de las experiencias de transición. En esta cuestión habría que discutir varios aspectos. En principio hay que volver a recordar algo ya repetido, los clásicos del marxismo siempre habían planteado

una superación revolucionaria socialista a partir de un capitalismo muy maduro y con una extensión si no mundial si al menos lo suficientemente amplia como para servir de base a una expansión rápida de la revolución por todo el mundo. Es cierto -como ya hemos tenido ocasión de analizar y volveremos sobre ello- que Marx hizo algunas reflexiones, con ocasión del estudio de la comuna rural rusa, sobre la posibilidad de que en situaciones como las de Rusia en el siglo XIX hubiese un tránsito directo al socialismo ahorrándose la etapa capitalista, pero siempre considerado este proceso en el seno de una revolución socialista en los países más avanzados de Europa. No se contempla en los clásicos, en ningún momento, la posibilidad del inicio de transición al socialismo en un país aislado y atrasado, o la posibilidad de coexistencia de dos mercados mundiales, uno capitalista y otro socialista.

La frase gramsciana de que la rusa era una revolución contra *El Capital* tiene un contenido profundo en cuanto los bolchevique, al continuar con su ensayo de construir el socialismo en Rusia tras la derrota de las revoluciones en Europa, se adentraban en un terreno desconocido y fuera de todas las tesis básicas sobre las que se había construido el marxismo. Esta situación originó un debate en los medios socialistas en los años inmediatamente posteriores al triunfo revolucionario sobre si los bolcheviques habían cometido o no un error en su decisión, en ese debate participaron tanto socialistas como Julius Martow, Karl Kautsky, Max Adler u Otto Bauer, como figuras izquierdistas como Rosa Luxemburgo o Parvus. Debate que perdió actualidad en los años 40 y, sobre todo, después de la segunda guerra mundial debido al desarrollo económico de la Unión Soviética y la extensión del campo socialista, y posteriormente desapareció junto con el socialismo realmente existente.

La tercera razón era la necesidad de replantearse algunos de las posiciones económicas clásicas en el marxismo a la vista de las experiencias fracasadas del socialismo real. Así los debates giraron en torno al papel del mercado, el Estado, la planificación, la autogestión, etc. Sin embargo, como ya hemos apuntado, estos temas, a pesar de su importancia, dejaron de tener un interés inmediato en ausencia de nuevos procesos de transición al socialismo -con la excepción, tal vez, del caso cubano por su resistencia, el cual veremos a continuación- y dentro del pensamiento económico marxista volvió a imponerse, como en su época clásica, el análisis y crítica del modo de producción capitalista.

Cuba: discusiones y ensayos sobre un modelo económico diferente

La ironía de la historia quiere, sin embargo, que los críticos más duros de la orientación guevariana emerjan por la vertiente opuesta, entre las filas más «ortodoxas» de la misma administración cubana y entre las de algunos países «hermanos» del bloque soviético. Y todo esto, no a causa de las premuras industrializadoras del Che (por ninguno de aquellos jamás criticada abiertamente, estimamos necesario precisarlo, por lo menos en la etapa de debate que nos interesa), sino por sus «ilusiones idealistas»

Che Guevara. Pensamiento y política de la utopía

Roberto Massari

Desde el punto de vista de este capítulo Cuba concita un doble interés, primero porque durante un breve período hubo un intento, por parte de Ernesto Che Guevara, para que la revolución cubana siguiese un modelo económico sustancialmente diferente del "mecanismo económico estalinista" dominante en el campo socialista mayoritariamente. En segundo lugar, porque Cuba es prácticamente el último país sobreviviente del campo del socialismo real en el que ni hay una transición más o menos avanzada al capitalismo (China o Vietnam), ni una degeneración que le haya convertido en una caricatura irreconocible (Corea del Norte). Así que analizaremos el caso cubano en principio haciendo referencia al ensayo de modelo diferente y la polémica que suscitó y, después, a los debates sobre su situación actual que, en síntesis, vienen a plantear las posibilidades de supervivencia de una economía socialista en un país pequeño y atrasado en medio de un capitalismo más desarrollado y mundializado que nunca.

Después del triunfo de la revolución en Cuba, en 1959, una serie de decisiones sobre nacionalizaciones de tierras y empresas, y un conjunto de leyes paralelas en los cuatro años siguientes, fueron configurando un nuevo sistema económico basado en la propiedad colectiva de los medios de producción, en coherencia con el carácter socialista asignado oficialmente a la revolución en 1961.

En este contexto, las líneas económicas fundamentales se orientaron en dos sentidos, en primer lugar a reducir la dependencia económica de la producción de azúcar a través de un proceso de diversificación agrícola, en segundo lugar a impulsar un proceso de industrialización en lo que Cuba estaba muy atrasada. Estos objetivos, como el resto de los de carácter económico, se buscaron alcanzar a través de un plan socialista semejante a los utilizados en la Unión Soviética.

Sin embargo, los dos objetivos señalados no consiguieron alcanzarse y la economía cubana encontró importantes desequilibrios. Emmanuel Ratto¹⁴³ describe las causas que obstaculizaron su logro, desde la falta de técnicos hasta la obsolescencia de los equipos industriales importados del bloque socialista, pasando por el bloqueo norteamericano. Ello obligó a un giro en las líneas de desarrollo, volviendo a darse prioridad a la agricultura, especialmente al monocultivo del azúcar, con respecto a la industria. Este es el contexto económico que sirve de trasfondo al gran debate que tuvo lugar entre 1963-4

Se puede decir que, al contrario de lo que ocurrió con los países de Europa del este, dónde alcanzaron el poder los comunistas gracias a la situación creada por el victorioso ejército rojo en la segunda guerra mundial, durante un cierto período Cuba no aplicó de forma mimética el modelo económico vigente en la Unión Soviética. Hubo un breve período a principios de la década de 1960 en que se propuso, y se aplicó parcialmente, un modelo económico diferente impulsado por Ernesto Che Guevara. Este planteamiento, y experiencia práctica, originó el importante debate que analizaremos a continuación, posiblemente el más importante desde el que hemos analizado en la Unión Soviética antes del triunfo definitivo del estalinismo, en el que intervinieron no solamente protagonistas de la revolución cubana como Ernesto Che Guevara, Carlos Rafael Rodríguez, Alberto Mora o Marcelo Fernández Font, sino también otros economistas marxistas internacionales como Charles Bettelheim y Ernest Mandel, ambos ligados al proceso cubano en aquellos momentos, el primero como consejero económico del gobierno de Cuba, el segundo como consejero del Ministerio de Industria.

Los protagonistas cubanos que se enfrentaron con diferentes posturas no solo eran teóricos, sino que ejercían importantes responsabilidades sobre la economía cubana de la época. De un lado, Ernesto Che Guevara defendiendo y aplicando el Sistema de

143 Ratto, Emmanuel, *Revalorización del debate económico en torno a una sociedad de transición*, pág. 8.

Presupuesto Financiero en la industria desde el Ministerio de Industria cubano. De otro lado, Carlos Rafael Rodríguez defendiendo y aplicando el Sistema de Cálculo Económico -vigente en la Unión Soviética y los países comunistas de Europa del este sobre todo desde la aplicación de las reformas propuestas por Liberman- en la agricultura desde la presidencia del INRA (Instituto de Reforma Agraria), en la misma posición Alberto Mora, ministro de comercio exterior y Marcelo Fernández Font, director del banco nacional. Charles Bettelheim defendió el sistema económico soviético, en tanto Ernest Mandel se posicionó desde el punto de vista del trotskismo en posiciones cercanas a Ernesto Che Guevara.

La discusión giró en torno a dos modelos diferentes de economía y en relación a tres ejes fundamentales entrelazados. Los dos modelos enfrentados fueron, de un lado, el de planificación centralizada, financiamiento presupuestario y estímulos morales y; de otro, el de socialismo de mercado, descentralización de las unidades productivas y estímulos materiales. Los tres ejes fundamentales de discusión, relacionados con ambos modelos, fueron: la forma de gestionar los medios de producción nacionalizados, el tipo de estímulos necesarios a emplear respecto a los trabajadores para lograr su implicación en los centros de producción, y el papel de la ley del valor durante la etapa de transición al socialismo.

Respecto al primer punto, la forma de gestión de los medios de producción, es decir, de las empresas, las dos posturas enfrentadas estaban relacionadas con el nivel de autonomía que debían gozar las empresas como unidades productivas. El Sistema de Cálculo Económico se basa en el criterio de autonomía financiera y contable de las empresas que se hacen responsables de sus decisiones económicas y resultados obtenidos, orientándose al objetivo de aumentar la productividad y ser rentables. Actuando en el marco de un plan centralizado, sin embargo, la autonomía empresarial suponía que los gerentes disponían de capacidad de decisión para cumplir los objetivos señalados por el plan, la compraventa entre las empresas de los productos y servicios que generaban como transacciones mercantiles, la utilización del dinero como medio de pago e instrumento indirecto de control, y los incentivos materiales a los trabajadores para alcanzar los objetivos productivos.

El Sistema del Presupuesto Financiero, por el contrario, se basaba en la centralización de las decisiones económicas, así como de la gestión global del conjunto de las

empresas nacionalizadas, las empresas no eran consideradas como unidades productivas aisladas, sino como un conglomerado de centros de producción según criterios de base tecnológica o destino final comunes. Al no estar dotadas de autonomía no disponían de recursos propios y los medios financieros los aportaban o extraían directamente del presupuesto estatal, haciéndose prescindible el uso de créditos bancarios, y siendo su gestión controlada directamente por los organismos centrales estatales. El dinero solo cumplía la función de registro contable de la gestión de la empresa, y en los estímulos utilizados predominaban los morales sobre los materiales. Esta concepción del Estado como una gran empresa rechazaba que los intercambios entre empresas estatales tuviesen carácter de mercancías y, como consecuencia, se cuestionaba que la ley del valor funcionase en la etapa de transición al socialismo.

Sobre el tema de la ley del valor, los defensores del Cálculo Económico, entre los que se encontraba Bettelheim, consideraban que su vigencia en la etapa de transición era consecuencia de las condiciones objetivas existentes en ésta, y solo dejaría de operar dicha ley cuando se hubiese alcanzado un nivel lo suficientemente elevado de desarrollo de las fuerzas productivas para satisfacer todas las necesidades sociales. Entretanto seguiría funcionando como un regulador de la producción, y sería necesario la autonomía contable y financiera de cada una de las unidades productivas, así como la utilización de algunos mecanismos de mercado. Como trasfondo de esta postura estaría la interpretación marxista de que las condiciones subjetivas nunca pueden avanzar más rápido que las objetivas, que las relaciones de producción deben tener una correspondencia con el desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas.

Ernesto Che Guevara y Ernest Mandel defendían, por el contrario, que la vigencia de la ley del valor no estaba impuesta por las condiciones objetivas, sino que era un residuo del modo de producción capitalista que había que suprimir progresivamente mediante las medidas socioeconómicas llevadas a cabo desde el Estado, como la gratuidad de muchos servicios, la fijación y control de precios, el control del comercio exterior, etc. Por lo tanto, la tendencia debería ser a centralizar y planificar con mayor profundidad la dirección de la economía, rechazando la categoría de mercancía a las transacciones llevadas a cabo entre las empresas estatales.

Tal como lo resume Julián Santiago Puyó, la ley del valor "Se refiere a la eficiencia de un sistema de precios, basado en el valor trabajo de las mercancías, en el marco de un

intercambio mercantil", pero con la propiedad centralizada de los medios de producción en el socialismo queda cuestionada la ley del valor y su papel ya no es "la conducción del proceso de producción, como en el sistema capitalista. Por el contrario, la producción está determinada –regulada– por «la ley del desarrollo armónico, planificado, proporcional»."¹⁴⁴

En concreto, "Mandel acusa a Bettelheim de «objetivista», de establecer un nexo mecánico entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. No obstante a que coincide con Bettelheim en la importancia del factor objetivo y su papel determinante, que justifica la existencia de la economía mercantil y sus categorías, pero en su trabajo critica a Bettelheim ya que absolutiza el papel del factor objetivo, restándole en el análisis importancia al factor consciente. Las categorías mercantiles, en su análisis, tienen carácter objetivo por su contenido, ya que expresan relaciones económicas necesarias, no obstante eso no niega el papel consciente del hombre en su estudio y limitación y posterior eliminación."¹⁴⁵

Pero Mandel no cae en el idealismo y reconoce la complejidad y los problemas en los períodos de transición: "Los que rechazan que la ley del valor continúa regulando la producción, directa o indirectamente, en la época de transición del capitalismo al socialismo, no niegan en modo alguno que las categorías mercantiles sobrevivan inevitablemente a esta época. No niegan tampoco que, en muchos campos, los planificadores puedan abandonar tranquilamente a los mecanismos de mercado, ciertos ajustes entre la oferta y la demanda. Pero ellos comprenden el carácter fundamentalmente contradictorio entre el mercado y el plan, y acuerdan así un amplio espacio al establecimiento de precios administrados en numerosos campos, ya sea para asegurar como prioridad el desarrollo de ciertos servicios sociales, ya sea para asegurar ciertos imperativos del desarrollo económico nacional. Es por ello que recalcan que la influencia de la ley del valor es más limitada que en el modo de producción capitalista, y que ciertos sectores –en especial, la circulación de los medios de producción en el seno del sector estatal– pueden escapárseles."¹⁴⁶

144 Puyó, Julián Santiago, *Revisitando el debate económico cubano de los años 60. La contribución del Che Guevara a la teoría de la transición*, pág. 13

145 Machado Hernández, McsTeresa, *La polémica en torno a la ley del valor y su manifestación en el pensamiento marxista cubano*, pág. 9

146 Mandel, Ernest, *El debate económico en Cuba durante el periodo 1963-1964*, pág. 6

Aunque Mandel se enfrentó a Bettelheim, no por ello su pensamiento se encontraba en la misma posición que la de Guevara. Su rechazo al voluntarismo de la utilización prioritaria de los estímulos morales durante el período de transición no deja lugar a dudas: "Las autoridades y los autores influyentes que afirman constantemente, en la URSS y en otras partes, que primero es preciso «crear una nueva mentalidad», que el trabajo debe primeramente convertirse en «una necesidad individual sentida como tal», antes de que puedan suprimirse los estímulos materiales y pasar a la distribución según las necesidades, muestran una verdadera «desviación voluntarista» e invierten una relación causal que es, sin embargo, manifiesta. En realidad, *lo primero* que se necesita es asistir a la extinción de la economía monetaria gracias a la producción de una abundancia de bienes y de servicios, antes de que pueda manifestarse plenamente la revolución psicológica, antes de que pueda desarrollarse una nueva conciencia socialista en lugar de la mentalidad egoísta del antiguo hombre. En la época de la sociedad de transición, y con mayor motivo en la URSS, «las supervivencias capitalistas» no son lo que determina un deseo de enriquecimiento individual, sino más bien *la realidad cotidiana de una distribución racionada por el dinero.*

Querer crear en estas condiciones una «conciencia comunista» por la «lucha contra las supervivencias del pasado capitalista» es emprender un verdadero trabajo de Sísifo."¹⁴⁷

El marxista belga adopta una posición similar a la inicial de Preobrazhensky sobre los instrumentos teóricos para definir las leyes económicas que regirían durante el socialismo o el comunismo: "Será imprescindible una larga serie de experiencias socialista efectivas -desde el punto de vista de la práctica- antes que la teoría pueda codificar de manera definitiva las «leyes económicas» de la construcción del socialismo, que nosotros no podemos descubrir, en la etapa actual de la experiencia, sino a través de múltiples tanteos y de múltiples errores, según el método de la aproximación sucesiva."¹⁴⁸

La discusión sobre el tipo de estímulos a emplear se relacionaba no solamente con el rendimiento de las unidades productivas sino, especialmente en la visión de Ernesto Che Guevara, con el desarrollo de la conciencia necesaria para alcanzar el comunismo, desarrollo que sería obstaculizado con el empleo de estímulos materiales que perpetuarían los valores egoístas e individualistas en el seno de la clase trabajadora, por

147 Mandel, Ernest, *Tratado de economía marxista III*, pág. 169

148 Mandel, Ernest, *El debate económico en Cuba durante el período 1963-1964*, pág. 2

tanto los incentivos materiales deberían ser sustituidos progresivamente por los de carácter moral. Esta concepción suponía rechazar que el desarrollo económico fuera un fin en sí mismo, sino un medio para transformar al ser humano haciéndole más creativo y solidarios.

El debate se cierra en 1965 cuando Ernesto Che Guevara abandona el Ministerio de Industria y se embarca en el proyecto de extender la revolución por América Latina y, paralelamente, Carlos Rafael Rodríguez es separado de la dirección del INRA. El gobierno cubano se embarcó, entonces, en una nueva política económica, el Registro o control material, que, aunque inicialmente pareció dar la razón a las tesis guevaristas, sin embargo, se orientó en dirección opuesta, con un excesivo peso del voluntarismo político en la dirección de la economía.

A la vista del desarrollo económico seguido en la isla no parece que ninguna de las dos posiciones enfrentadas durante el debate se impusiese y marcase el desarrollo de Cuba, más bien, dadas las enormes dificultades encontradas, y la falta de modelos exitosos de referencia, el camino seguido fue de tanteos con el método de ensayo-error que no han terminado de aportar una solución definitiva a los problemas económicos de transición al socialismo de un país pequeño, con una economía mayoritariamente agrícola, o de servicios en su última etapa, y en condiciones de aislamiento tras la debacle del socialismo real.

Con la presencia de Guevara aún en la isla se inició una rectificación de lo que muchos autores han calificado de política voluntarista. Sin embargo, entre 1965-70 se volvió a una política voluntarista que llevó a muchos errores, abandonándose definitivamente la influencia de los planteamientos económicos de Guevara. A partir de 1971 se entra en una etapa de rectificación de los errores pasados que desemboca en una mayor integración con las economías y modelos de los países del socialismo real.

En la práctica ya hemos visto que se terminó imponiendo el modelo económico seguido en la Unión Soviética en Cuba, pero a pesar de esta derrota cabe hacerse unas últimas preguntas: ¿era el modelo económico de Guevara más coherente con un proyecto socialista auténticamente emancipador? ¿era viable prácticamente? ¿hizo Guevara realmente alguna aportación importante?

Roberto Massari, uno de los estudiosos de Guevara, tiene en relación con este tema una opinión más bien negativa. Respecto al primer punto señala que “su pensamiento está orientado hacia una dirección francamente economicista, precursora, en el caso de que llegara a aplicarse (que, sin embargo, no sucedió nunca) de degeneraciones burocráticas más profundas y sustanciales que las denunciadas por él mismo.”¹⁴⁹ Con relación al tercero de los interrogantes, este autor se responde a sus propias preguntas, “¿Qué hay de nuevo en su reflexión sobre los problemas de la construcción del socialismo? ¿Existe alguna contribución suya específica y creativa que nos permita también atribuirle el mérito de haber hecho dar un paso hacia delante en el conocimiento y en la solución de los problemas del período de transición? Muy francamente, la respuesta, es *casi* del todo negativa.”¹⁵⁰

149 Massari, Roberto, *Che Guevara. Pensamiento y política de la utopía*, pág. 25

150 *Ibídem*, pág. 61

Discusiones sobre la política económica en la transición al socialismo

En conclusión después de pasar sobre los datos internacionales, queremos poner en paralelo el doble impasse del “socialismo de Estado” y del “socialismo de mercado”. Y desde el punto de vista de la autogestión, discutiremos la conclusión negativa que ha extraído Henri Lepage. Él considera la autogestión ineficaz frente al mercado. Y nosotros invertiremos la proposición - el mercado no permite el control social adecuado a la propiedad social.

El mercado contra la autogestión. La experiencia yugoslava

Catherine Samary

Sobre los problemas económicos en la transición al socialismo se ha producido una discusión más genérica, que no se refieren a ninguna experiencia concreta en particular pero toma a todas ellas en cuenta como punto de reflexión. Es un debate que, aún teniendo una importancia esencial, sin embargo ha perdido actualidad desde que se hundió el socialismo real y no tuvieron lugar nuevas experiencias de transición al socialismo.

La importancia del tema, tras todo un período histórico en el que se ha podido contemplar la práctica de diversas experiencias de transición al socialismo, queda reflejado en la multitud de ensayos y artículos que se han generado para analizarle. Hemos elegido, entre todos los que nos han sido accesibles, algunos de los que consideramos más representativos, sin que ello suponga por adelantado que agoten la discusión de una cuestión bastante extensa.

Para abordar este tema hemos elegido algunas de las polémicas y autores más representativos y se ha dividido el capítulo en tres bloques diferenciados. La primera parte va a analizar las discusiones, ya muy tempranas, de autores marxistas con economistas neoclásicos en torno a la viabilidad o no del modelo socialista de economía

basado en la planificación, sobre si realmente es más eficiente la economía de mercado o la planificada, con una segunda discusión en torno a los tipos de incentivos posibles o necesarios vinculados a dichos modelos económicos. Para esta parte nos apoyaremos en el excelente artículo recapitulativo realizado por Claudio Katz, *Problemas teóricos del socialismo*.

La segunda parte se va a centrar en uno de los autores marxistas que más ha reflexionado sobre la economía marxista en general, y sobre las experiencias económicas en los países del socialismo real en particular, con su crítica a éstas y la propuesta, en su opinión, de un modelo más fiel a los postulados de los clásicos del marxismo, se trata del economista belga y dirigente trotskista Ernest Mandel, del que ya hemos visto en el capítulo anterior sus argumentos en torno a experiencias económicas socialistas como la soviética o la cubana.

Este autor nos sirve de paso a la tercera parte, en la que discute y confronta su modelo económico, no ya con teorías económicas vinculadas a las experiencias del socialismo real, sino con otras variantes de alternativas a éstas que intentan recuperar el valor que debe jugar el mercado en futuros ensayos de transición al socialismo. Estas últimas discusiones giraron en torno a algunos de los mecanismos utilizados en las experiencias de transición al socialismo como la planificación, el mercado, el dinero, la naturaleza mercantil de las transacciones o la autogestión. Siguiendo la pauta de los dos subcapítulos anteriores vamos a centrarnos también aquí en las polémicas que estos problemas originaron entre varios teóricos que se ocuparon de ellos desde posiciones diferentes, y más en concreto en el debate que tuvo lugar entre tres estudiosos de las economías del socialismo real y los mecanismos empleados en ellas, se trata de Alec Nove, Diane Elson y Ernest Mandel, a la que añadiremos otros autores que expresaron su opinión con posterioridad como Catherine Samary.

Cálculo e incentivos económicos

Sin embargo, desde los años 90, Paul Cockshott y Allin Cottrell han respondido a la crítica austriaca demostrando que en las condiciones tecnológicas actuales no existe ya impedimento alguno para conseguir la planificación detallada (procesando todos los insumos utilizados) de una economía compleja.

Reabriendo el debate sobre la planificación socialista de la economía

Maxi Nieto y Lluís Catalá

Como indicamos anteriormente, Claudio Katz toma como punto de partida para su artículo los que considera dos asuntos claves en una economía planificada, el cálculo y el incentivo, y analiza las controversias que en torno a estos dos temas se produjeron entre economistas neoclásicos y marxistas.

El economista austriaco neoclásico Von Mises lanzó una crítica generalizada contra la planificación y en defensa de la eficiencia del mercado tras el triunfo bolchevique y la aplicación inicial del sistema de comunismo de guerra. Con ello se inició una larga controversia sobre estos temas. El economista marxista polaco Oskar Lange¹⁵¹ fue el encargado de hacer la primera réplica a Von Mises para demostrar que la planificación es capaz de lograr la misma eficiencia en la determinación de los precios que el mercado mediante la utilización de simulaciones de tipo matemático. La polémica sobre la viabilidad de la propuesta de Lange continuó entre éste último y el principal discípulo de Von Mises, Friedrich Hayek.

La propuesta de Lange respondía exitosamente a las críticas neoclásicas, incluso la principal objeción de aquellas, la inexistencia de instrumentos capaces de procesar la enorme cantidad de datos necesarios para su modelo matemático, hoy sería superada gracias a las modernas técnicas de computación. Sin embargo, el modelo de Lange

151 Oskar Lange fue un reputado economista polaco nacido a principios del siglo XX, docente en varias universidades norteamericanas, regresó a Polonia después de la II guerra mundial y participó en la gestión económica del gobierno comunista. Destacó teóricamente por su defensa de la planificación y del modelo de socialismo de mercado

adolecía, como señala Katz, de un defecto esencial desde el punto de vista socialista, "Situaba al planificador en un rol sustituto del mercado e imaginaba su acción como una mera reproducción de la dinámica mercantil"¹⁵² y, así, se llega a preguntar sobre qué sentido tiene el modelo de planificación defendido por Lange si su eficiencia se basa en operar con los mismos parámetros que el mercado. Modelo que el economista polaco utilizaría para defender su propuesta de "socialismo de mercado".

Sin embargo, esta crítica que expresa Katz es muy débil, y está fundada en un presupuesto clásico sobre las condiciones de una sociedad comunista que al día de hoy aún no ha sido demostrado. Para Katz, el modelo mercantil del capitalismo, o la simulación matemática del mismo en el modelo de planificación de Lange, "pierde sentido cuándo la abundancia diluye el rol de los precios como indicadores de la demanda o de la satisfacción de las necesidades sociales."¹⁵³ Este es un tema que abordaremos más detalladamente en un capítulo posterior sobre el marxismo ecológico, pero ahora ya podemos adelantar que ese supuesto de una abundancia conseguida bajo el comunismo choca con dificultades cada vez mayores como el crecimiento demográfico, las limitaciones de la explotación de la naturaleza, y la expansión creciente de las necesidades sociales. Así, si la sociedad de la abundancia que serviría de base material a la construcción de una sociedad comunista - basada en el desarrollo superior de las fuerzas productiva que el marxismo concibe con el inicio de la transición socialista - no es factible de conseguir o, al menos, se desplaza a un período tan lejano e incierto que para el caso vendría a significar lo mismo, entonces los problemas del cálculo económico se harían presentes no como una situación transitoria, sino como una de largo alcance o, incluso, imposible de erradicar.

Retomando la crítica que Katz realiza sobre el modelo de Lange, ésta continua primero con la identificación que el economista polaco realiza entre la planificación ultracentralizada, burocratizada y compulsiva desarrollada en la Unión Soviética y una modalidad de socialismo y, después, con la crítica a la concepción de Lange sobre la ley del valor, que considera vigente bajo el socialismo, en tanto que, para Katz, esta ley solo regiría de manera parcial en el período de transición, sin llegar a dominar en la economía, desapareciendo bajo el presupuesto antes comentado de la abundancia de bienes y servicios alcanzada bajo el comunismo.

152 Katz, Claudio, *Problemas teóricos del socialismo*, pág. 74

153 *Ibidem*, pág. 75

Katz se refiere luego a la respuesta del economista marxista inglés Dobb cuestionando los supuestos en que se basaba el modelo de Lange en el mismo sentido que hemos visto que lo hacía Katz, es decir, criticando al economista polaco porque se trataba de un modelo de planificación basado en la simulación del mercado. Dobb era un defensor sin fisuras de la planificación y un creyente convencido en la posibilidad de la supresión de la escasez bajo el comunismo, lo que haría innecesario el cálculo económico. Si bien Katz reconoce al economista británico sus argumentos en contra de las objeciones de los neoclásicos, sin embargo, le reprocha su ceguera para con los problemas evidentes que se había derivado de la planificación burocrática en la Unión Soviética, y por su identificación de esa experiencia con el socialismo.

Esos problemas derivados de la planificación burocrática, y discutidos de forma no pública en los círculos dirigentes de la Unión Soviética a partir de la desestalinización, llevó a un renacimiento del pensamiento económico y a las propuestas de modificación del modelo económico estalinista, como las de Liberman¹⁵⁴, orientadas a la flexibilización de los precios y a una mayor autonomía de las empresas con el objeto de hacerlas más eficientes económicamente. Sin embargo, "el debate eludía la raíz política de la gestión económica arbitraria que predominaba en la URSS".

Cuando finalmente terminaron desplomándose los regímenes del socialismo real, continua Katz, "muchos herederos de Lange aceptaron total (Kornai) o parcialmente (Brus) las tesis expuestas por Hayek sobre el cálculo"¹⁵⁵

Después del breve resumen histórico realizado, Katz aporta su propia conclusión sobre la viabilidad y posibilidades de la aplicación de la planificación durante el período de transición al socialismo. "Lo cierto es que un sistema no mercantil de fijación de los precios no podría desenvolverse eficazmente de manera abrupta, ni siquiera contando con los auxilios informáticos más avanzados. Solo al cabo de un período de experimentación conjunta del plan y el mercado, el primer mecanismo lograría operar con plenitud [...] un sistema de administración colectiva necesita no solo el sostenimiento mayoritario de la población, sino también la vigencia de ciertos patrones de bienestar. Y esta administración resulta impensable, mientras persistan las jornadas

¹⁵⁴ Economista soviético nacido a finales del siglo XIX, destacó por sus propuestas de conceder mayor autonomía a las empresas en el marco de la economía planificada, con aplicación de primas por rendimientos. Sus teorías se convirtieron en la base de las reformas económicas llevadas a cabo en la Unión Soviética a partir de 1965 que terminaron en un fracaso, si bien es cierto que fueron aplicadas limitadamente en forma de experimento en unos centenares de empresas y algunos territorios.

¹⁵⁵ Katz, Claudio, *Problemas teóricos del socialismo*, pág. 78

de trabajo extenuantes o la escasez de bienes esenciales. Lo que podría instrumentarse en el socialismo desarrollado no podría concretarse en lo inmediato, especialmente en los países periféricos"¹⁵⁶

Se trata, pues, de una crítica clara a todas las experiencias del socialismo real, que llevaron a cabo, siguiendo el modelo soviético después de la NEP, una colectivización y nacionalización integral y una planificación burocrática ultracentralizada. Pero, como hemos analizado anteriormente, a estas conclusiones ya habían llegado otros dirigentes y teóricos socialistas en pleno desarrollo de las experiencias de transición al socialismo, y habían desarrollado alternativas o propuestas a partir de las críticas que se llevaron a la práctica con un resultado final idéntico: el fracaso. Fueron los casos de la NEP tras el período de comunismo de guerra, fue la "retirada" a una nueva NEP adoptada por parte de la oposición de izquierda en la URSS tras la colectivización forzosa y la industrialización acelerada adoptada por el sector estalinista, fue el modelo de socialismo autogestionario impulsado en Yugoslavia, y fueron las distintas reformas llevada a cabo en la URSS y las democracias populares tras la desestalinización.

¿Cuales serían, pues, las características diferentes de las alternativas económicas propuestas por Katz, pero también por Mandel y otros teóricos marxistas, que harían que su modelo fuese exitoso frente a los fracasos prácticos conocidos? El economista argentino no es demasiado profundo en este sentido, pero apunta algunos elementos. En principio, lo que no debe hacerse, y que fue la causa del fracaso del socialismo de mercado ensayado en la URSS y las democracias populares a partir de los años 60 del siglo XX, es pretender orientar con criterios mercantiles la dinámica del sector estatizado. En segundo lugar, es necesario la existencia de unas condiciones indispensables para el modelo propuesto por Katz, entre las que cita cuatro. La plena vigencia de una democracia "para que puedan operar genuinamente los mecanismos de formación de los precios en el sector planificado."¹⁵⁷ Una adhesión mayoritaria de la población al proyecto socialista. Un desarrollo suficiente y continuado de las fuerzas productivas que sean capaces de satisfacer las demandas sociales. Y un avance continuado en la conciencia socialista.

Pero esto nos sitúa en un terreno de discusión diferente del puramente económico para centrarse en lo político. ¿Cuales serían las características e instituciones de esa

156 *Ibidem*, pág. 79

157 *Ibidem*, pág. 81

democracia plena que permitirían conseguir y medir la adhesión mayoritaria de la población al proyecto socialista? Ahora ya estaríamos hablando del tipo de Estado del período de transición. Ahora bien, los defensores del modelo que propone Katz nunca han terminado de definir este aspecto. Sus propuestas de democracia plena, amplia, no se han internado en los detalles, pero tampoco es éste el capítulo dónde discutir este tema¹⁵⁸.

Habíamos señalado que en el artículo de Katz el segundo asunto importante relacionado con la economía planificada se refería a los incentivos. En este sentido vuelve a señalar las críticas de los economistas neoclásicos al modelo de planificación socialista. Hayek supuso que con la planificación desaparecían los estímulos y, con ellos, los motivos para la inversión empresarial, a lo que los "socialistas de mercado" respondieron que habría que buscar los estímulos para que los administradores de empresas se sintiesen motivados a elevar su eficiencia.

El trasfondo teórico de la discusión son dos principios diferentes que inspiran a los neoclásicos y al proyecto comunista. Para los primeros, el principio de escasez es el criterio rector de cualquier modelo económico, que expresaría que las necesidades sociales siempre son más amplias que los recursos existentes para satisfacerlas, y que el incentivo monetario es el único capaz de motivar el crecimiento y el empleo eficiente de los recursos productivos. En tanto que el proyecto comunista estaría formulado en términos de la existencia de la abundancia, obviando, así, los dilemas de la escasez.

Katz recurre a los argumentos de Mandel para refutar estas posiciones neoclásicas, pero sin demasiado éxito. En efecto, Mandel rechaza el concepto neoclásico de necesidades ilimitadas, diferenciando tipos de consumo de bienes básicos, secundarios y de lujo. Defendiendo que con cierto desarrollo de las fuerzas productivas puede desaparecer la escasez en el primer tipo. Además, las necesidades dependerían tanto del tipo de sociedad vigente como del nivel de desarrollo de la economía.

La paradoja se produce en este nivel. Tanto Katz como Mandel reconocen que una transición al socialismo sería más fácil en economías desarrolladas, dónde la escasez está más erradicada, que en economías atrasadas, dónde las fuerzas productivas están menos desarrolladas y la escasez es más aguda y puede durar mucho más tiempo. Pero,

158 Una discusión amplia sobre los problemas de la teoría marxista en relación con el Estado se encuentra en un libro publicado anteriormente, Sánchez Rodríguez, Jesús, *Sociedad de clases, poder político y Estado*.

justamente, en muchas economías desarrolladas se ha desplegado un sistema de satisfacción de las necesidades básicas muy amplio (alimentación, educación, sanidad, protección social, etc.) que desincentiva fuertemente la extensión de la necesidad de una sociedad socialista para amplias masas.

Por el contrario, las transiciones al socialismo se han experimentado en sociedades atrasadas, dónde la injusticia y la escasez aguda han llevado a amplias masas a apoyar la revolución, pero, dadas esas condiciones de escasez se han necesitado enormes esfuerzos para desarrollar las fuerzas productivas y, entonces, se han encontrado frente al problema de los estímulos. Los estímulos morales por sí solos no han funcionado, y los estímulos materiales introducidos posteriormente han redundado en un bloqueo o retroceso de la conciencia socialista -sin que por otra parte consiguiesen alcanzar el nivel de productividad y desarrollo económico de los países capitalistas avanzados- hasta que, finalmente, la mayoría de esas sociedades han regresado al modelo capitalista.

La conciencia de los problemas y dificultades encontradas en las sociedades que ensayaron la transición al socialismo, y los resultados finales de la mayoría de ellas, han introducido un punto de prudencia e incertidumbre a la hora de enfrentarse a estos problemas, suprimiéndose en el caso de los intelectuales más lucidos, como en el caso de Katz, cualquier pronóstico triunfalista. Si el comunismo aboga por incentivos comunitarios-morales frente a los individualistas-materiales del capitalismo, sin embargo, la aceptación de que cualquier transición al socialismo será necesariamente extensa en el tiempo y con diferentes etapas supone entonces, "la vigencia combinada de incentivos materiales y morales. La transición constituiría, por lo tanto, un período de equilibrio entre dos formas de incentivo cuya proporción no puede predeterminarse con antelación."¹⁵⁹

Este planteamiento le lleva a descalificar los modelos de incentivos empleados en las experiencias reales de transición al socialismo, "es tan nocivo la aplicación de políticas voluntaristas de «movilización colectiva permanente» (como por ejemplo el «gran salto adelante» del maoísmo), como el perverso estímulo de beneficios excluyentes para los directores de empresa, que precedió al desplome del «socialismo real» [...] Ni la movilización política centralizada para lograr un récord de producción, ni el estímulo

159 Katz, Claudio, *Problemas teóricos del socialismo*, pág. 85

particular con bonificaciones se tradujeron en los resultados buscados. La gestión burocrática corroía por igual a ambas alternativas."¹⁶⁰ Descalificación que intenta dulcificar cuando se refiere a las propuestas sobre incentivos realizadas por Ernesto Che Guevara, pero que no cabe duda que se encuadra entre las políticas voluntaristas, las de movilización política centralizada.

Visión crítica de la economía del socialismo real

La instauración de este sistema económico no provino de un proceso natural de maduración de las fuerzas productivas, sino de una deliberada decisión política de romper con el sistema capitalista y crear uno nuevo. basado en la propiedad estatal de los medios de producción, regulado mediante un centralismo encargado de la asignación detallada de todos los parámetros económicos a través de las instancias de planificación, supervisado por un enorme ejército de burocracia altamente jerarquizada y cuyo recurso principal consiste en incentivos ideológicos y coercitivos en la esfera de motivación de la gente.

*Para un análisis de las reformas económicas en Europa del Este.
Perspectiva histórica.*

Jan Patula

Anteriormente nos ocupamos de analizar las experiencias económicas del socialismo real y las discusiones que se dieron en su seno, centrándonos en la soviética, por el ser el modelo principal, y en la cubana, por intentar ser una variante diferente dentro de este modelo, al menos en la discusión teórica durante un cierto tiempo. Este subcapítulo podría parecer redundante, pero hemos considerado conveniente su planteamiento separado porque contempla una visión más amplia, y crítica, de dichas experiencias económicas.

160 *Ibidem*, pág. 85

Como señalábamos anteriormente, uno de los autores que más se preocupó de analizar y polemizar sobre la economía en los países del socialismo real fue el economista belga y dirigente de la IV Internacional Ernest Mandel. No solamente se ocupó de estos temas en libros y folletos, sino que intervino en dos importantes polémicas al respecto. La primera ya la hemos analizado, fue la que tuvo lugar en Cuba a mediados de la década de 1960, la segunda la veremos más adelante. Ahora creemos necesario hacer referencia previamente a algunas de sus más importantes reflexiones al respecto, utilizando para ello dos de sus obras dónde se ocupa del tema de la economía en las sociedades en transición al socialismo.

En su importante obra *Tratado de economía marxista*, hay varios capítulos dedicados a analizar la economía en la Unión Soviética, y los países socialistas en general. En concreto, el capítulo XV está dedicado a la "Economía soviética", y en él se examina la etapas de la evolución de la economía soviética, la experiencia de los planes quinquenales, la naturaleza social de la economía soviética y las "categorías económicas" en la URSS. Nosotros nos detendremos en este epígrafe, que es el más interesante para el análisis que estamos realizando.

El punto de partida de Mandel para explicar la supervivencia de las "categorías económicas" como la mercancía, el valor, el dinero, el precio, el salario y otras es la naturaleza de la economía soviética, "la economía soviética lleva en sí, características contradictorias: es una combinación contradictoria de un modo de producción no capitalista de reparto todavía fundamentalmente burgués. Esta situación designa un período de transición entre el capitalismo y el socialismo, durante el cual la economía combina rasgos del pasado con los del porvenir"¹⁶¹

Para Mandel, la producción de mercancías "sólo desaparece con la producción de una abundancia de valores de uso en la economía socialista plenamente desarrollada. La producción de mercancías no puede «suprimirse» artificialmente [...] Mientras que lo que se reparta sea penuria de bienes de consumo, éste debe dirigirse según criterios objetivos. La penuria de valores de uso prolonga la vida del valor de cambio"¹⁶² Ahora bien, esta pervivencia de las mercancías solo sobrevive en el sector de bienes de consumo, pues en el de bienes de producción, con las empresas en manos del Estado, los intercambios de sus productos no tienen la naturaleza de mercancía. La categoría

161 Mandel, Ernest, *Tratado de economía marxista*, III, pág. 40

162 *Ibidem*, pág. 41

dinero también sobrevive en estas condiciones aunque pierde parte de las funciones fundamentales que realiza en el modo de producción capitalista. Igualmente ocurre con la categoría precios que "continúan oscilando alrededor del valor, pero dejando de ser su formación un proceso automático como ocurre bajo el capitalismo".

Así pues, Mandel ve inevitable, debido a la persistencia de la penuria relativa de bienes de consumo en la primera etapa de la transición, el funcionamiento del mercado, reconociendo que la persistencia de un mercado de consumo como mal menor sin embargo plantea problemas del tipo de: "¿cómo se determinan los precios? ¿cómo se conciliará la planificación económica con la producción mercantil, con la economía de mercado"¹⁶³

Estos problemas han tenido dos respuestas, una teórica, la de Oskar Lange y otros, y otra práctica, la que se llevó a cabo en el socialismo real, "que pecó de un pragmatismo grosero que opacaba toda la estructura de precios, para conducir a los peores absurdos"¹⁶⁴

El capítulo XVI trata más genéricamente de "La economía del período de transición". En él, Mandel diferencia dos tipos de transiciones. El que denomina "período de transición de fricción" se ocupa de "reparar los gastos extraordinarios del paso del capitalismo al socialismo" y se enfrenta a problemas originados desde el exterior en el "mecanismo económico" de ese período, con el objetivo de regresar "de una reproducción limitada a una reproducción simple". Sin embargo, "el período de transición propiamente dicho" se enfrenta ya a problemas "endógenos", y en él se trata de pasar de una "reproducción ampliada con tasa de crecimiento moderada a una reproducción ampliada con tasa de crecimiento mayor".¹⁶⁵

Con un optimismo no fundado en ningún dato real, Mandel supone que la transición económica desde el capitalismo al socialismo sería fácil, superados los problemas políticos, con la sola condición o bien de limitar las necesidades de la humanidad a las necesidades elementales, solución que él mismo considera inviable, o bien de expandir rápidamente las fuerzas productivas, que el economista belga considera aún insuficientes, para "asegurar una abundancia de bienes industriales a todos los habitantes del globo", lo cual "implica la necesidad de un período de transición entre el

163 *Ibidem*, pág. 139

164 *Ibidem*, pág. 143

165 *Ibidem*, pág. 99

capitalismo y el socialismo. Un período de acumulación socialista".¹⁶⁶ Ofreciendo a continuación una lista de fuentes de acumulación socialista que estarían disponibles tanto en los países industrializados como en los subdesarrollados.

Como ya hemos tenido ocasión de comentar anteriormente, y volveremos a ver en el capítulo del ecosocialismo, esta necesaria expansión de las fuerzas productivas para alcanzar la abundancia de bienes se encuentra frente a problemas ecológicos que ponen en cuestión su posible realización. Éste es un presupuesto básico que es rechazado por el ecosocialismo, sin que exista una síntesis capaz de explicar cómo resultaría el marxismo y todas sus categorías económicas si no pudiese alcanzarse la expansión de las fuerzas productivas y la consiguiente abundancia de bienes, y la transición al socialismo tuviese que situarse en un entorno de bienes escasos frente a una demanda creciente no satisfecha. ¿Podría, entonces, seguir hablándose de socialismo? ¿Sería factible acceder a él en esas condiciones?

Finalmente, en el capítulo XVII, "La economía socialista", Mandel sintetiza su visión global sobre la economía en el período de transición al socialismo, "Durante el período de transición del capitalismo al socialismo, la socialización de los medios de producción aún está ligada a la apropiación privada del producto necesario en forma de de salario [...] El interés privado continua, pues, siendo el estimulante fundamental del esfuerzo económico de los individuos. La economía sigue siendo monetaria."¹⁶⁷ Esta contradicción es una fuente constante de fricciones en la economía planificada .

Mientras la economía siga siendo fundamentalmente monetaria , por penuria relativa, es inevitable que persista la lucha de todos contra todos por una apropiación mayor del dinero. La influencia corruptora del dinero se acentúa por la existencia de la burocracia y la ausencia de una democracia real.

En este capítulo Mandel analiza el papel del salario individual y el social en el período de transición, reflexiona sobre las necesidades fundamentales y accesorias, sobre el consumo libre y el consumo racional, sobre el proceso de extinción de la economía mercantil y monetaria, sobre la revolución psicológica asociada a la revolución económica, o sobre el crecimiento económico, que si se presenta como una necesidad en

166 *Ibidem*, pág. 103

167 *Ibidem*, pág. 167

la fase de transición, pasaría a ser una opción social cuando se alcance la sociedad socialista plena basada en la abundancia de bienes y servicios.

En un folleto posterior, Mandel completa algunos de los aspectos ya tratados anteriormente, se trata de *La economía en el período de transición*. Su punto de partida es la constatación de que las transiciones se iniciaron en países atrasados relativamente y no en los de capitalismo avanzado. Esta situación, no prevista por los marxistas clásicos, ha originado un fenómeno conocido "En lugar de concentrarse en un proceso de creación de nuevas relaciones de producción y nuevas normas de distribución, los líderes de las sociedades en transición han tenido que centrar sus esfuerzos en expandir ellos mismos las fuerzas productivas." Pero además, y de cara al estudio de este nuevo tipo de economía, "De acuerdo con el método que Marx aplicó al estudio del modo de reproducción capitalista, solo sería posible un análisis sistemático de las características generales del período de transición con la aparición de esta economía en su forma avanzada y estable". Por tanto, se pueden extraer lecciones de estas experiencias históricas pero "sistematizar estas experiencias en la forma de una teoría económica general del período de transición parece prematuro, sino imposible"¹⁶⁸ Situándose así Mandel en la tradición de los teóricos marxistas que arrancando con los primeros análisis tras la victoria bolchevique rechazan que la economía política desarrollada por Marx pudiera servir también para el período de transición y, añadiendo además, que aún es prematuro construir una teoría explicativa al respecto.

Lo que hace Mandel, entonces, es analizar y reflexionar sobre un conjunto de problemas y dilemas que han ido apareciendo en las experiencias de transición al socialismo, y que son los siguientes: El que se refiere a la construcción del socialismo en un solo país o la revolución permanente. El problema de la supervivencia o la desaparición de las categorías asociadas al mercado, del que ya hemos visto su posición anteriormente, y que ahora podríamos resumir en una frase recogida en este texto. "La dialéctica marxista requiere combinar continuamente una tendencia a conservar las categorías de mercado mientras sean necesarias con otra a estimular su desaparición tanto como sea posible."¹⁶⁹ El problema de la contradicción entre la planificación socialista y la ley del valor que no puede ser eliminada de golpe en el período de transición, sino a través de un proceso progresivo.

168 Mandel, Ernest, *La economía en el período de transición*, pág. 2

169 *Ibidem*, pág. 5

El dilema de utilizar una planificación rígida o una flexible, ante lo que Mandel propone huir tanto de la experiencia soviética como de la yugoslava, "la respuesta a este falso dilema no consiste en la planificación ultra centralizada y ultradetallada del modelo de Stalin, ni la planificación demasiado flexible, demasiado descentralizada, según las líneas del nuevo sistema yugoslavo, sino en una planificación central democrática bajo un congreso nacional de consejos obreros constituido en gran parte por auténticos trabajadores."¹⁷⁰

El dilema entre inversiones y consumo, cuyo origen se encuentra en que las sociedades dónde se iniciaron las transiciones al socialismo, y debido al bajo nivel de desarrollo del que partían, se encontraron con la necesidad de "llevar a cabo simultáneamente la «acumulación socialista primitiva» y la construcción de una nueva sociedad."¹⁷¹

El dilema entre el empleo de incentivos materiales o morales, en el que nos hemos detenido anteriormente. El dilema entre el liderazgo de un solo individuo en el proceso productivo o la autogestión de los trabajadores, reconociendo Mandel la inevitable autoridad centralizada en los procesos productivos de una economía desarrollada, pero sometida a la elección y revocación por parte de los trabajadores.

El dilema entre la agricultura privada y la colectiva, ante el que el economista belga rechaza las soluciones de colectivización forzosa llevadas a cabo en las sociedades de transición, abogando por la integración progresiva del pequeño campesino en la agricultura colectiva mediante la demostración práctica de sus ventajas.

El dilema entre autarquía y comercio con el mundo capitalista, ante el cual Mandel señala que "La orientación correcta es aquella que calcula de forma deliberada las ventajas y desventajas de las relaciones comerciales dadas con el mercado capitalista internacional", alertando contra confusiones dañinas y peligrosas " Aún menos debe confundirse la necesidad de protección contra la competencia extranjera con el ideal socialista de autarquía."¹⁷²

El problema de las relaciones económicas entre Estados donde los trabajadores están en el poder, en el que reconoce las dificultades de lo que sería, en abstracto, la solución óptima, la puesta en común de todos los recursos de los países en transición con la

170 *Ibidem*, pág. 8

171 *Ibidem*, pág. 9

172 *Ibidem*, pág. 14

formulación de un plan común de desarrollo para todos ellos. Solución a lo que se opone en la práctica los sentimientos nacionales persistentes en dichos países, y que además también habría que tomar en cuenta que esa puesta en común entre países muy dispares en su nivel de desarrollo podría retardar el desarrollo global, pero advierte, no obstante, que "a pesar de que no es aconsejable poner totalmente en común los recursos del campo no capitalista, el desarrollo completamente independiente de la economía de cada Estado de los trabajadores como una unidad, origina efectos igualmente irracionales."¹⁷³

En definitiva, los análisis, debates y discusiones anteriores lo que ponen en evidencia son las enormes dificultades económicas encontradas en la práctica por las experiencias históricas de transición al socialismo. El resultado final fue que, con la excepción cubana, dichas experiencias terminaron en un regreso al capitalismo, bien en su forma más completa y a través de un brusco hundimiento del poder político comunista y una transición salvaje al capitalismo, como en el caso de la Unión Soviética y la Europa del este; o bien bajo la forma de una transición pilotada desde el poder por el propio partido comunista, que manteniendo las riendas del Estado bascularon paulatinamente hacia el capitalismo, como son los casos de China y Vietnam.

Todo ello planteó a los autores más lucidos y menos dogmáticos toda una serie de interrogantes decisivos que no han terminado de condensar en un cuerpo de doctrina capaz de servir de guía a hipotéticas transiciones socialistas que pudieran producirse en el futuro. Como máximo, estos autores han buscado las causas profundas de estos fracasos en dos órdenes de fenómenos, el primero referido al hecho de que dichas transiciones siempre tuvieron lugar en países no desarrollados; el segundo referido a la naturaleza política de esas transiciones, con ausencia de democracia, dominio de la burocracia estatal y empresarial, partido único fusionado con el Estado, etc.

Por otro lado, constatadas las dificultades encontradas y las dificultades de hacer previsiones y propugnar soluciones en abstracto, algunos de estos autores, como es el caso de Mandel, han reconocido que una teoría económica adecuada para el período de transición socialista solo puede tener lugar a partir de las experiencias prácticas que tuvieran lugar en ese sentido.

173 *Ibidem*, pág. 16

Si estas explicaciones son correctas, y no existen otras mejores desde el marxismo, lo que se estaría planteando es que cualquier transición socialista que pudiese intentarse en el futuro -y en las primera décadas del siglo XXI esta posibilidad ha desaparecido del horizonte histórico previsible- para evitar a repetir los errores que llevaron al fracaso a las anteriores, deberían llevarse a cabo en países con economías desarrolladas -tal y como había preconizado el marxismo clásico hasta que el fracaso de las revoluciones europeas al final de la primera guerra mundial inclinó a los bolcheviques por llevar a cabo la transición en un país atrasado y devastado- y con una naturaleza política justamente contraria a la que fue propia del socialismo real.

Sin embargo no fue en este terreno donde más se avanzó -siendo el eurocomunismo el que realizó en intentó más serio, sin que se enfrentase a dichos problemas tampoco en profundidad dado que no alcanzó el poder en ningún país- sino que los debates se centraron en la inevitabilidad o no del mercado, es decir, sobre si cualquier transición debería ser mediante un socialismo de mercado. Esto significaba que, dado el fracaso económico de las experiencias del socialismo real, solo cabían dos alternativas enfrentadas, la de aquellos, como Mandel, que seguían abogando por una versión marxista clásica basada en la socialización de los medios de producción y la planificación, pero en un contexto de democracia amplia y profunda, y la de quienes extraían la conclusión de que era imposible sustraerse a la necesidad del mercado y proponían, en consecuencia, algún modelo de socialismo de mercado. Ese será el objeto del siguiente subcapítulo.

La polémica sobre el socialismo de mercado

Basado en los viejos proyectos de Oskar Lange y Fred Taylor, el «socialismo de mercado» [del marxismo analítico] extiende los alcances de las ideas de aquellos autores. La nota esencial de ambos modelos es que en ellos se trata de hacer compatible cierto rol del mercado con la ausencia de la propiedad privada de los medios de producción.

Marxismo analítico, el marxismo claro.

Roberto Gargarella

En este subcapítulo nos vamos a referir a la polémica desarrollada entre el propio Mandel y otros teóricos partidarios de alguna forma de socialismo de mercado. Alec Nove es uno de estos defensores de lo que genéricamente se conoce como socialismo de mercado. Las ideas claves que animan su concepción son resumidas por Samary, “partiendo de su idea que ninguna de las observaciones de Marx sobre el socialismo sean útiles (peor aún, serían utópicas y engañosas) en la construcción de un «socialismo posible». Nove toma como inicio para sus propuestas el análisis de las «sociedades socialistas realmente existentes» y del capitalismo. Su modelo es pragmático, con un «criterio» mínimo que define como socialista de fuertes obstáculos a la propiedad privada y un plan limitado. Su regulador es el mercado”¹⁷⁴

La propuesta de socialismo que plantea Nove es la siguiente: “la única economía socialista posible es una economía dual: un sector dominante organizado a través de «un sistema de instrucciones vinculantes que emanen de las juntas de planificación» y un sector amplio, aunque subordinado, organizado a través del mercado. La principal diferencia entre una economía de este tipo y una «economía mixta» capitalista es la ausencia de propiedad privada de los medios de producción a gran escala. La economía está formada por tres tipos de empresas: de propiedad estatal, cooperativas y de propiedad individual. La posibilidad de elegir y la democracia dependen en gran medida de las operaciones del mercado y de un sistema político en el que los planificadores son responsables ante una asamblea elegida. Hay cierta preocupación por la transformación de las relaciones sociales y materiales de la producción, pero no de las relaciones de intercambio, distribución y consumo. No se trata la reorganización del proceso de trabajo más allá de la defensa de las pequeñas firmas, y no se dice nada de la reorganización de las relaciones entre producción y reproducción de la fuerza de trabajo (...) Nove concede poco valor a la autoorganización por la base y es particularmente reacio al papel de los sindicatos, a los que se considera un obstáculo para las reformas económicas necesarias en los países capitalistas y socialistas. La acción pública de los miembros de la sociedad socialista de Nove parece limitarse a comprar, vender y votar.

La concepción del socialismo de Nove enfatiza la propiedad formal y se define primariamente en términos de ausencia de grandes empresas capitalistas. Las ventajas que atribuye a su modelo de economía socialista son flexibilidad, eficacia, posibilidad

174 Samary, Catherine, *Repenser et reformuler les débats sur le socialisme*, pág. 1.

de elegir y capacidad de evitar los excesos del capitalismo o de una planificación centralizada sin limitaciones.”¹⁷⁵

Diane Elson hace en su aportación un repaso a todos los inconvenientes que tiene el mercado, y Nove no se niega a reconocer muchas de estas objeciones, pero considera al mercado como un mal menor porque es la única alternativa realista a la burocracia.

Frente a esta propuesta de Nove, Mandel va a defender, por su parte, un modelo de socialismo totalmente diferente basado en la autoorganización de los trabajadores y sin necesidad de utilizar el dinero, es decir, un socialismo donde no exista la producción de mercancías, “¿Cómo deberían ser entonces medidas la producción y los costes -el trabajo «socialmente necesario»-? La respuesta implícita de Mandel es que esto puede hacerse «directamente». Eso significaría la organización directa de la producción y la distribución en términos de valores de uso o trabajo concreto -es decir, sin moneda ni precio.”¹⁷⁶. Aunque como hemos tenido ocasión de ver anteriormente esta interpretación que hace Samary no es totalmente correcta, por ello, Catherine Samary nos pone sobre aviso que las posiciones que en su momento defendió Mandel en su polémica con Nove en 1986-88 van a modificarse posteriormente en 1990 para rectificar algunos de sus enfoques sobre el papel del mercado, el dinero o el precio en una sociedad en transición.

Esta primera propuesta de Mandel, en la que la democracia directa funcionaría como el sustituto del mercado, es criticada tanto por Samary como por Elson. La primera hace una clara objeción a los argumentos de Mandel, “Lo peor es que debilita la defensa fundamental y convincente de Mandel acerca de la necesidad de democracia directa. Demasiadas numerosas reuniones y votaciones sobre detalles matarían la participación en las decisiones colectivas realmente necesarias sobre las elecciones clave.

El recurso al dinero y a relaciones de compra/venta puede ponerse al servicio de la eficacia del plan. Puede ser una herramienta utilizada para su elaboración, su realización, un medio de comprobar si cubre bien las necesidades de los consumidores o empresas socializadas que necesitan bienes semielaborados para su propia producción.”¹⁷⁷

175 Elson, Diane, *¿Socialismo de mercado o socialización del mercado?* (1), págs. 2-3.

176 Samary, Catherine, *Repenser et reformuler les débats sur le socialisme*, op. cit., pág. 4.

177 *Ibidem*, pág. 5.

Para Samary este primer planteamiento de Mandel era correcto pero ingenuo, “El argumento de Mandel no era muy convincente cuando tiende a presentar la democracia trabajadora como simple y capaz de solucionar todos los problemas sin herramientas e instituciones, incluido un «mercado socializado». Pero esencialmente, lo que Mandel deseaba sostener es que la decisión, «en último análisis» debe volver de nuevo al juicio directo de los trabajadores (diremos seres humanos en tanto que trabajadores y consumidores) -y en eso era convincente.”¹⁷⁸

Antes de continuar con Mandel y la evolución de estos primeros planteamientos vamos a analizar la propuesta de Diane Elson. Su punto de partida va a ser el de aceptar aquellos argumentos que considera validos de Mandel y de Nove, “Comparto el punto de vista de Mandel de que, a pesar de los argumentos en contra de Nove, existe una alternativa tanto al mercado como a la planificación burocrática. Pero comienzo mi búsqueda de esta alternativa por derroteros diferentes. Concuero con Nove en que el mecanismo de precios es un instrumento indispensable para la coordinación de una economía socialista, pero sostengo que debe socializarse para que opere a favor y no en contra del socialismo.”¹⁷⁹

Luego va a hacer explícita cual es su definición de mercado y mercancía para que no sean rechazados a priori como elementos de un proyecto socialista. “El mercado no puede rechazarse a priori. [...] Tampoco se puede limitar de antemano la discusión definiendo el socialismo en términos de una ausencia de producción de mercancías y equiparando sin más la producción de mercancías con la compraventa. [...] El estatus problemático de las mercancías se deriva no del simple hecho de la compra y la venta, sino del hecho de que la compra y la venta se realizan en condiciones que les permitan cobrar una vida independiente propia. Esta independencia de las mercancías lleva a que las relaciones sociales entre los hombres asuman la forma fantasmagórica de relaciones entre cosas [...] Una interpretación de este tipo deja abierta la posibilidad de crear una sociedad en que los bienes se intercambien por dinero pero no tengan una vida independiente propia; en la que las personas no existan unas para otras meramente como representantes de mercancías.”¹⁸⁰

178 *Ibidem*, pág. 8

179 Elson, Diane, *op. cit.*, pág. 1

180 *Ibidem*, pág. 1

Elson se ocupa de repasar y rebatir los argumentos de diversas escuelas económicas a favor del mercado, tal como funciona en una economía capitalista, pero defiende que “una economía socialista descentralizada requiere un mecanismo de precios descentralizado, pero que ello no implica la formación de precios a través de mercados privados (es decir, no implica que los precios sean fijados por empresas que actúan como promotores de mercado).”¹⁸¹ No ve viable, ni aún con una utilización masiva de las actuales técnicas informáticas, la premisa necesaria a un sistema de planificación centralizada de alcanzar un equilibrio antes de asignar los recursos e iniciar la producción. Por esta razón sostienen que “Una ventaja del sistema de mercado, comparado con la planificación central, es no tanto la de generar información a bajo costo como la de permitir una relativa autonomía de las decisiones, de modo que sólo debe procesarse una fracción de la información sobre las posibilidades productivas y la demanda en un momento y un lugar determinados.”¹⁸²

Finalmente, y para reafirmar su confianza en el funcionamiento de un socialismo de mercado concluye que “los precios y el socialismo no son incompatibles, sino que las relaciones sociales existentes entre compradores y vendedores deben cambiarse para que no sean antagónicas. El proceso de formación de precios debe ser un proceso público que no esté controlado por las empresas. Y la información debe compartirse, con unas relaciones de confianza, reciprocidad y buena fe que delimiten el funcionamiento del mercado, en vez de estar subordinadas a éste.”¹⁸³

¿Qué es lo que Elson reprocha a Mandel de sus argumentos utilizados en la polémica con Novac? Mandel planteaba un sistema de autogestión obrera articulada que actuase como un sistema de coordinación descentralizado y no mercantil como alternativa al plan y al mercado, lo que suponía un rechazo tanto del mercado como de los precios. El objetivo que debería alcanzar la planificación es el del equilibrio entre las preferencias de los consumidores y la asignación de los recursos antes de iniciar la producción, evitando, así desequilibrios entre la oferta y la demanda. Para reducir al mínimo la burocracia Mandel diseñaba un sistema de instancias de decisión democráticamente elegidas a base de consejos obreros y de consumidores que irían tomando decisiones sobre la planificación en escala descendente. Para prescindir del dinero, la compra y la

181 *Ibidem*, pág. 8

182 *Ibidem*, pág. 19.

183 *Ibidem*, pág.23

venta se utilizaría la distribución directa y libre de los bienes necesarios a las necesidades básicas expresadas.

Elson considera muy insatisfactorias estas propuestas del economista belga: si se eliminan los precios se hace imposible determinar la estructura del plan porque el PIB solo se puede calcular usando precios, aunque sean de referencia. Se obligaría a los hogares a planificar de antemano las necesidades, sin resolver el problema de la gran cantidad de necesidades inesperadas que pueden surgir y los mecanismos de corrección a emplear. Su fe inquebrantable en la autogestión le impide pararse a reflexionar los problemas que pudieran surgir entre los diferentes grupos autogestionados. En definitiva, los siguientes dos juicios son posiblemente el resumen de la crítica de Elson a Mandel. En primer lugar, “En el esquema económico de Mandel hay poco sitio para lo inesperado, y por ello tiende a simplificar las tareas que corresponderían a la «autogestión articulada». Se subraya la existencia de procesos casi automáticos y rutinarios [...] El supuesto de una economía que no requiere procesos de ajuste se refuerza con una concepción muy simplificada de sus necesidades. Mandel parte de la existencia, generalmente aceptada, de una jerarquía de necesidades para suponer que los planificadores pueden conocer de antemano la combinación de bienes necesarios para satisfacer las necesidades humanas y que ésta es independiente de los precios.”¹⁸⁴

En segundo lugar, “el dinero y los precios permiten considerar diferentes alternativas, desde qué porcentaje del producto nacional debe dedicarse a servicios de salud hasta qué bienes debemos comprar para satisfacer nuestras necesidades individuales. Los precios no son la única información necesaria para poder elegir entre dos alternativas, pero es una información imprescindible.

La aversión de Mandel al dinero y a los precios quizás surge de creer que se trata de formas capitalistas sin remisión posible. Este es el punto de vista de la escuela austríaca y el fundamento de su creencia en la imposibilidad de que una economía socialista funcione bien.”¹⁸⁵

Samary cree que en un nuevo artículo de Mandel publicado en 1990, *Plan o mercado, la tercera vía* dicho autor se aproxima a las tesis de Elson en relación con la utilización

184 *Ibidem*, pág. 21

185 *Ibidem*, pág. 23

del mercado, el dinero o el precio. Veamos cual es el nuevo planteamiento de Mandel en dicho artículo.

Los más importantes teóricos del marxismo siempre admitieron, con algunas diferencias, la utilización de ciertos mecanismos de mercado durante la transición al socialismo, por tanto, Mandel no pretende discutir la cuestión en estos términos, sino la importancia que deben tener dichos mecanismos en la asignación de los recursos de la sociedad. Tanto la economía dirigida del socialismo real como la economía de mercado del capitalismo son despóticas porque las decisiones fundamentales son tomadas por un reducido número de burócratas en el primer caso y de propietarios de los grandes medios económicos en el segundo que, además, en el caso de los segundos, solo tienen por objetivo la acumulación de sus beneficios.

Mandel propone, entonces, lo que él denomina el tercer modelo o tercera vía, “En la planificación socialista democrática, fundada sobre la autogestión coordinada, las prioridades de la asignación de los recursos raros son decididas democráticamente por el conjunto de los productores/consumidores, ellos mismos ciudadanos, que eligen conscientemente entre varias alternativas coherentes, es decir, sobre la base de un sistema político verdaderamente pluralista y pluripartidista, con una utilización plena y completa de todas las libertades democráticas”¹⁸⁶

Mandel se esfuerza en desmontar los argumentos de quienes rechazan su propuesta por irrealizable tanto a nivel macro económico como a nivel de las unidades elementales de producción y de servicios, discutiendo los argumentos de Alec Nove o de Ota Sik, y uno de sus argumentos empleados más significativos es el siguiente, “Un système d'autogestion coordonnée est capable de faire participer des millions de gens à la responsabilité de la conduite de l'économie, justement parce qu'ainsi chacun a la responsabilité de certaines décisions, mais que tout le monde n'a pas à décider de tout.

Cela implique que, dans le « troisième modèle » l'autogestion directe est combinée avec certaines formes de démocratie économique représentative indirecte, à travers des organismes élus. Les décisions sur les priorités d'allocation des ressources rares ne seraient pas prises seulement par les niveaux élémentaires. Elles seraient aussi prises aux niveaux local, régional, de la branche industrielle, national, et aussi rapidement que

186 Mandel, Ernest, *Plan ou marché: la troisième voie*, http://www.ernestmandel.org/fr/ecrits/txt/1991/plan_ou_marche.htm, pág. 3.

possible au niveau international. A tous ces niveaux, elles ne pourraient être prises que par des instances élues. Si les élections sont réellement libres, si les débats dans ces instances sont vraiment publics, si les électeurs ont le droit de révoquer les élus, et si la population a le droit de décider certaines questions fondamentales par référendum, alors il n'y a rien de fondamentalement impraticable ou bureaucratique dans la procédure de prise de décision.”¹⁸⁷

Mandel tampoco rechaza que puedan utilizarse los incentivos materiales como estímulos a los productores, “Dans un système de planification socialiste démocratique fondé sur l'autogestion coordonnée, les producteurs disposeraient de deux stimulants matériels puissants à une plus grande efficacité. Le premier serait leur attente d'un «dividende sociale» (revenu complémentaire) dont ils fixeraient eux -mêmes les formes: suppléments en monnaie, ou en biens de consommation, ou en services sociaux (locaux d'accueil de vacances, écoles, transports publics, logements) assurés par eux -mêmes en coopération avec d'autres travailleurs au niveau local, régional ou national. Un autre stimulant pourrait être une réduction de la charge de travail, c'est-à-dire la possibilité de rentrer chez soi après quatre ou cinq heures de travail, si le travail en question est accompli dans des conditions de contrôle strict de qualité par des représentants des consommateurs.”¹⁸⁸

Efectivamente, como recordaba Samary, Mandel ha evolucionado ahora en sus planteamientos acercándose a los de Elson, “De même, il n'y a pas de raison de supposer que, dans la période de transition du capitalisme au socialisme, l'utilisation de l'argent (qui demande une monnaie stable) et des mécanismes de marché, essentiellement comme instruments pour assurer une plus grande satisfaction du consommateur, devraient être écartés ou même limités, à la condition que cela ne conduise pas à une détermination par le marché des priorités de choix en matière sociale et économique. [...] L'usage de la monnaie comme unité de compte est très différent de son usage comme instrument d'échange et encore plus différent de son usage comme moyen d'accumulation de la richesse et de détermination des choix et des décisions d'investissement.

Le premier usage restera généralisé dans une planification socialiste. Le second a commencé à décliner déjà sous le capitalisme et continuera à décliner pendant la

187 Ibidem, pág. 7.

188 Ibidem, pág. 10.

période de la transition, sauf dans le domaine de certains biens et services de consommation. La montée de la production de biens et services gratuits va certainement se produire. Le troisième usage devrait être sévèrement restreint et progressivement éliminé.”¹⁸⁹

Mandel fue un brillante economista, dirigente trotskista, y un revolucionario alejado del dogmatismo como lo prueba el reconocimiento de que sus proposiciones solo las pueden validar la práctica real, “la voie la plus efficace et la plus humaine pour construire une société sans classe est affaire d'expérimentation et doit progresser par approximations successives. Il n'y a pas pour cela de bons livres de recettes, ni celle de la planification totale, ni celle du socialisme de marché. Nous apprendrons seulement peu à peu, à partir de l'expérience, quelles sont les plus importantes erreurs à éviter et les meilleures combinaisons de mesures à promouvoir. On ne peut pas espérer la perfection, ni la promettre. La seule assurance que l'on peut avoir est que la planification socialiste démocratique entraînera moins de gâchis économiques et conduira à moins de conséquences inhumaines que le capitalisme/impérialisme d'une part et que le despotisme bureaucratique d'autre part.”¹⁹⁰

Retomando de nuevo las propuestas de Diane Elson sobre el funcionamiento de un socialismo de mercado, éste se apoya en varias ideas básicas¹⁹¹. La primera de ellas es la de que “el proceso de producción y reproducción de la fuerza de trabajo sea la variable independiente a la cual debe adecuarse el proceso de acumulación”, lo cual se conseguiría mediante la garantía de un ingreso básico a los hogares que les garantice una supervivencia decente a partir de la cual decidirían si desean o no vender su fuerza de trabajo a las empresas. La primera opción podría venir motivada por acceder a bienes suplementarios, espíritu público o comprar sus propios medios de producción, aunque Elson establece como prerrequisito de su socialismo de mercado la abolición del capital.

Contempla tres posibles formas de propiedad de los medios de producción, empresas públicas, cooperativas y empresas familiares.

La segunda idea básica es su renuncia por inviable a alcanzar el objetivo de “lograr un equilibrio ex ante, donde la oferta y la demanda sean iguales antes de que la producción se lleve a cabo. Este es un objetivo imposible de alcanzar.”

189 *Ibidem*, pág. 12

190 *Ibidem*, pág. 13

191 Elson, Diane, *Socialismo de mercado o socialización del mercado* (2), www.red-vertice.com/fep

La tercera idea básica es la de mercados socializados, “Un mercado socializado es un mercado creado por cuerpos públicos que se financian con impuestos a las empresas y a las familias, y no con las ventas. [...] La justificación de los creadores de mercados públicos (permítanme llamarlos Comisiones de Precios y Salarios) es superar las barreras al intercambio de información que existen cuando los mercados son de carácter privado”, además de orientar la formación de precios y salarios. Esta institución sería complementada, de un lado, “con redes públicas de compradores y vendedores interesados en intercambiar información sobre temas tales como la especificación de los bienes y de los procesos de producción, así como sobre los planes de inversión.” Estas redes de compradores y vendedores serían la base de un proceso de planificación social descentralizado, aunque también sería necesario algún tipo de planificación central para el conjunto de la economía que “tomaría la forma de una estrategia orientadora, de una visión del futuro, no la de un procedimiento para asignar en detalle los insumos materiales.” El otro complemento sería la Comisión de Salarios y la Unión de Consumidores.

Esta autora sintetiza el funcionamiento del mecanismos productivo y de servicios de la siguiente manera, “Las empresas no estarían sometidas a decisiones administrativas obligatorias de los ministerios, aunque sean de propiedad pública y estén supervisadas por el Regulador de Empresas Públicas. Los empleados de las empresas públicas usarían los derechos de propiedad pero no los poseerían, y estas empresas deberían autofinanciarse. La reubicación de la fuerza de trabajo estaría a cargo del Regulador. Las empresas serían libres de escoger a sus proveedores y a sus clientes, pero sus interrelaciones con las demás, y con los hogares, estarían mediadas por las Comisiones de Precios y Salarios y por los coordinadores de redes, incluida la Unión de Consumidores.”

Dada la existencia de comercio entre empresas públicas (en mercados socializados), su autofinanciamiento, y la posibilidad de crear otras nuevas por los propios trabajadores con préstamos de fondos públicos, el sistema puede evocar al modelo que existió de autogestión en Yugoslavia.

Sin embargo, Samary, por su lado, reconoce que pueden existir diferentes variantes dentro del modelo de socialismo de mercado, “diverses conceptions d’un «socialisme de marché» peuvent avoir des logiques très différentes : il y a les «modèles» qui proposent

une compétition entre des unités indépendantes (avec des degrés plus ou moins grand d'autogestion ouvrière) et des banques sur la base de critères de rentabilité; mais d'autres, comme Diane Elson, conçoivent un «marché socialisé» et la planification sans marché du capital: la logique est d'encourager une association systématique et non une «compétition prédatrice».¹⁹²

Recordemos también que Georges Gauzenec, en su libro sobre el ensayo yugoslavo, reivindicaba la necesidad de un mercado socialista como indispensable para el funcionamiento de una sociedad autogestionaria, a pesar del fracaso de la experiencia yugoslava. Su posición se basaba en rechazar la incompatibilidad, que la ortodoxia socialista había venido manteniendo, entre socialismo y mercado, porque la característica del capitalismo es la dominación del capital sobre el trabajo, y no el mercado, que es un dato secundario. “Eliminar el mercado conduce al estatismo [...] Un tal sistema es incompatible con la autogestión”¹⁹³

Para este autor, el mercado socialista era necesario para asegurar la libertad de las empresas autogestionadas y para mejor satisfacer las necesidades de los hombres, pero debía ser planificado para evitar las situaciones de monopolio y la competencia salvaje, manteniendo a ésta última dentro de los “límites de una emulación creativa”, lo que supone una coordinación del rol del Estado y del mercado. En un socialismo de mercado autogestionario, el Estado debe marcar las reglas del mercado y ejercer el control, pero, para ello debe tener un carácter democrático.

Antes de terminar este capítulo vamos a hacer referencia a un artículo de Fidel Vascós González¹⁹⁴ quién reconoce que “Entre las cuestiones aún no plenamente resueltas se incluye el sistema de dirección de la economía socialista, tanto en sus elementos conceptuales como en su aplicación. Uno de los temas más polémicos es el vinculado a la existencia de la producción mercantil en el socialismo, al contenido de las categorías mercantiles, el lugar, papel y funciones de los asuntos monetario- mercantiles en la construcción de la nueva sociedad y las relaciones entre la planificación central y el mercado como reguladores de la economía.” De los escritos de Engels se podía concluir que teóricamente es posible que en el socialismo existan las relaciones mercantiles, con un contenido distinto a las del capitalismo, aunque la conclusión definitiva de Marx y

192 Samary, Catherine, *Repenser et reformuler les débats sur le socialisme*, op. cit., pág. 10.

193 Gauzenec, Georges, *La Yougoslavie autogestionnaire. Bilan critique de une époque prestigieuse*, pág. 155.

194 Vascós González, Fidel, *Socialismo y mercado*, www.rebelión.org

Engels era la de que en la sociedad comunista habrían desaparecido las relaciones mercantiles.

En las etapas iniciales de la revolución soviética, Lenin justificó la aplicación de la NEP con el argumento de que en ciertos períodos, estando el poder político en manos del proletariado, podía utilizarse el intercambio mercantil para avanzar en la construcción del socialismo sin peligro de un retroceso al capitalismo, después de que durante el período del comunismo de guerra las relaciones mercantiles fuesen reducidas a la marginalidad. Ahora con la NEP, en cambio, “se empieza a comprender que en la propia economía socialista existen causas que determinan la existencia de la producción mercantil la cual no depende exclusivamente de las relaciones capitalistas de producción.” Si el mérito histórico de esta nueva concepción suele atribuirse a Lenin, ya tuvimos ocasión anteriormente de analizar el debate que tuvo lugar entre los dos principales teóricos en la polémica suscitada al respecto, Bujarín y Preobrazhensky.

Tras el fallecimiento de Lenin, el asesinato de Trotsky, y la ejecución de aquellos otros dirigentes, el debate sobre la utilización de las categorías mercantiles durante la construcción del socialismo continuó en la Unión Soviética con una definición de la posición oficial de Stalin en 1952, según indica este autor, “Las ideas de Stalin acerca de la producción mercantil en el socialismo, publicadas en marzo de 1952, resumen los avances alcanzados y las limitaciones presentes en las concepciones de aquel momento. En su esencia, Stalin criticó con razón a los que negaban el carácter objetivo de las leyes económicas en el socialismo y subrayó que las relaciones mercantiles tenían una base en el propio régimen socialista. No obstante, vinculó esta base sólo a las diferencias de las dos formas de la propiedad colectiva sobre los medios de producción en el socialismo: la estatal, de todo el pueblo, y la cooperativo-koljosiana. Así, Stalin no aceptaba el carácter mercantil de la producción dentro de la propiedad estatal sobre los medios de producción.

Las concepciones de Stalin acerca del mercado y la planificación en el socialismo dominaron el pensamiento económico oficial de los países socialistas hasta la década de 1960. Nuevas definiciones sobre estos temas fueron proclamadas por el XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), en 1961. A su vez, significativos aportes a la teoría de la utilización del mercado en el socialismo fueron realizados por el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba (PCC), en 1975; y por el XIV

Congreso Nacional del Partido Comunista de China (PCCh), en 1992.” El primero, reconociendo la existencia objetiva de la ley del valor y sus categorías económicas en el socialismo, a la vez que insistía en la importancia fundamental del factor moral, la conciencia socialista y la educación ideológica. El segundo, abriendo la posibilidad teórica de que el socialismo pueda utilizar tanto el mercado como la planificación para la regulación de la economía.

Después de su repaso a la polémica sobre la utilización de los elementos de mercado en las experiencias históricas de transiciones socialistas, Vascós González se propone el intento de “fundamentar teóricamente la existencia de la producción mercantil tanto en el socialismo como en la etapa de transición hacia ese nuevo régimen social”, destacando para ello, en primer lugar, cuales son las causas que originan su necesidad, “La causa más profunda de la existencia de la producción mercantil en el socialismo consiste en la falta de maduración de las relaciones comunistas de producción, el relativamente bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y la insuficiente generalización de la conciencia revolucionaria, la cultura, el espíritu solidario y la educación ética, política e ideológica entre las masas, lo que se manifiesta en el incompleto grado de socialización de la propiedad social, de los medios de producción y del trabajo. Todo ello determina que, en el socialismo, la medida del trabajo y la medida del consumo se continúe cuantificando mediante una vía indirecta: el valor.

En el mundo de hoy, a inicios del Siglo XXI, también existen factores internacionales que contribuyen a la existencia de las relaciones mercantiles en los países que adoptan el camino del socialismo.”

Señala cuales son, en su opinión, las diferencias que distinguen el funcionamiento de las relaciones mercantiles bajo el capitalismo y bajo el socialismo, “Entre estas diferencias se incluye que las del capitalismo tienen lugar espontáneamente en medio de la anarquía de la producción, de la distribución, el cambio y el consumo, mientras que las del socialismo se utilizan conscientemente por el Estado en el sistema de planificación centralizada de la economía, en el que los objetivos a lograr en el desarrollo social son fijados previamente por el hombre de acuerdo con sus intereses y con las posibilidades reales que brindan la sociedad y la naturaleza.”

Vascós González alude a un aspecto que pocos autores se atreven a tratar por las dificultades que conlleva, el referido a la superación de la división social del trabajo

bajo el socialismo. Considerada como una de las condiciones para la existencia de relaciones mercantiles, no ve posible su superación sino en una etapa muy avanzada del comunismo ya que refleja, de un lado, las insuficiencias del grado de socialización de los medios de producción y, de otra, los aspectos técnicos consecuencia del nivel alcanzado por el desarrollo de las fuerzas productivas. Esta multiplicidad de los tipos de trabajo requiere “para la comparación entre ellos, de una homogeneización por vía indirecta, constituida por el valor de las mercancías.”

Sin embargo, su planteamiento sobre la posibilidad de superar esta división técnica del trabajo es sencillamente utópica. Siguiendo el razonamiento leninista, este autor concibe que en el período de transición desaparecerían dos de los tipos de relaciones mercantiles: las de tipo capitalista -basadas en la propiedad privada de los medios de producción- tendrían una reducción brusca en este período; y las relaciones mercantiles de la pequeña producción mercantil -propiedad privada de los medios de producción con ausencia de explotación del hombre por el hombre- se reducirían de manera progresiva. Sin embargo, el tercer tipo de relaciones mercantiles del socialismo se desarrollarían plenamente en la primera etapa de la transición para extinguirse en la fase superior de la sociedad comunista.

Entonces, y volviendo a un nivel de realidad más cercano que el de la fase superior del comunismo, tendríamos cuatro causas que provocan la persistencia de las relaciones monetario-mercantiles: Primera, la existencia de diferentes tipos de propiedad en su seno, estatal, cooperativa y la colectiva de diferentes asociaciones. Segunda, la persistencia de la división social del trabajo que impide su medición directa en unidades de tiempo y exige un denominador común, el valor, que lleva a la utilización de relaciones monetario-mercantiles. Tercera, como existirá un insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas para garantizar la satisfacción de todas las necesidades por igual a todos los ciudadanos es necesaria la distribución según el trabajo y los estímulos materiales, lo cual lleva al empleo del dinero y las relaciones monetario-mercantiles. Cuarta, las relaciones comerciales entre los países socialistas y capitalistas influyen también en el sentido de la existencia de relaciones monetario-mercantiles en el seno de los primeros.

En conclusión, “Mientras no se haya implantado la fase superior de la sociedad comunista, podemos llegar a la conclusión de que la utilización de las relaciones

monetario-mercantiles en la lucha contra el capitalismo, primero, y por la construcción del socialismo y del comunismo, después, es una ley objetiva para los pueblos que emprenden el camino de eliminar la explotación del hombre por el hombre y construir una nueva sociedad.” Ahora bien, es la planificación centralizada la que desempeña el papel fundamental de la gestión económica, y las relaciones monetario-mercantiles se expresan sobre todo en las relaciones entre empresas y uniones de empresas que actúan bajo el principio de autogestión financiera.

Finalmente, haremos mención a dos opiniones cuyos puntos de vista, para la cuestión del papel del mercado en la transición socialista, se relaciona de un lado con el hecho de que estas transiciones se han ensayado siempre en países atrasados económicamente y, de otro lado, con los nuevos derroteros emprendidos por países con pleno funcionamiento de economías de mercado pero bajo el dominio político de un partido comunista, como es el caso de China.

El primer punto de vista es el de aquellos autores que discuten la utilización del mercado no como un elemento válido en el mecanismo económico del socialismo, sino como un elemento coyuntural necesario para los países que, desde una situación de subdesarrollo, realizan una transición extraordinaria al socialismo. En realidad la denominación de transición extraordinaria se utiliza en relación con el modelo teórico de los clásicos del marxismo, que contemplaban la transición socialista a partir de los países capitalistas desarrollados, porque en la realidad histórica todas las transiciones ensayadas lo han sido en países subdesarrollados, es decir, han sido transiciones extraordinarias.

Un ejemplo de esta posición es el de Antonio M. Ruiz Cruz¹⁹⁵ que distingue “dos modelos o patrones de desarrollo diferentes” para las economías subdesarrolladas, el capitalista o de mercado, y el socialista o planificado, y afirma que al “Contrario a la concepción predominante hoy en relación a que el modelo de desarrollo capitalista es la única vía para que los países subdesarrollados puedan alcanzar el desarrollo, el marxismo presenta la alternativa del socialismo como la que realmente puede dar a las economías subdesarrolladas esa posibilidad, y contrariamente a los que muchos suponen, esta alternativa no excluye la utilización del mercado y el capitalismo dentro de ciertos límites.”

195 Ruiz Cruz, Antonio M., *Modelos de desarrollo y alternativa socialista en China*, págs. 176-180

Por supuesto todo ello avalado por los clásicos marxistas, especialmente Lenin, “La utilización de las fuerzas del mercado, del capitalismo, como medio para alcanzar el socialismo forma parte sin lugar a dudas del legado teórico dejado por Lenin a aquellos que decidan emprender tal camino.”

El segundo punto de vista aludido es el representado por Díaz Vázquez, "hoy es posible encontrar conformidad, después de haber asistido al naufragio del «modelo soviético» y las variantes aplicadas en el centro-este europeo, incluida la experiencia autogestora yugoslava, y en Asia, hasta fines 1970 y mediados de 1980, de que las economías de dirección centralizada socialista conocidas, carecieron en el instrumental de gestión y dirección económica de «propiedades genéticas auto correctoras». Las prácticas chino-vietnamitas parecen sugerir que ese papel le corresponde al «mercado». La conclusión resulta obvia, al nivel de las fuerzas productivas actual, la sociedad está lejos de poder enviar el «mercado», junto a la rueca y el telar manual, al museo de la historia. Asimismo, algo nuevo que parecen dejar las lecciones del socialismo agotado y del existente; apunta al esclarecimiento de que el concepto de «mercado» no es identificable con el capitalismo. Más bien, constituye un conjunto de medios y métodos debidamente «institucionalizados» para la distribución y empleo de ciertos recursos. Su aparición, mutaciones y complejidades actuales son el fruto compartido de la civilización y desarrollo económico del mundo moderno. El «mercado», por naturaleza, no es una conquista privativa de la burguesía ni el legado especial de su sociedad. A la vez, la «planificación» no es inherente al socialismo en exclusiva; sus raíces arrancan en el capitalismo industrial. Vale agregar que, el «mercado» no es solo el lugar donde concurren vendedores y compradores, o emisor de señales a seguir por productores y consumidores. El «mercado» y los atributos ineludibles que le dan contenido a su funciones, en realidad, devino en una «institución». Es más, el «mercado» constituye una relación social de carácter objetivo que, la experiencia acumulada, en particular, en el «socialismo conocido», sugiere que no se puede suprimir o atrofiar por «decreto». Todo indica que acompañará a la humanidad en un periodo largo de su viajar histórico, y que, trasciende la etapa capitalista."¹⁹⁶

Esta última es una visión polémica en cuanto presupone que el modelo chino emprendido en las últimas décadas es una vía socialista caracterizada por una utilización extensiva del mercado, y no un retorno al capitalismo pilotado desde un Estado

196 A. Díaz Vázquez, Julio, *Actualizar el modelo económico en Cuba ¿Patrón chino o vietnamita?*



controlado férreamente por un partido comunista, que es la caracterización más extendida en la izquierda política e intelectual.

Marxismo estructuralista

Entre las teorías que circulan dentro de la nueva izquierda, conviene establecer una distinción entre las que están vinculadas con grupos políticos y las que no lo están. El estructuralismo corresponde a la segunda categoría, en el sentido de que no existía ningún partido ni movimiento que se ajustara a ese paradigma. Lo mismo sucedía con el existencialismo o la escuela de Fráncfort, que no son corrientes políticas organizadas.

Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos.

Razmig Keucheyan

La división de los marxismos ha sido presentada a veces en forma dicotómica, una primera división, la hemos visto anteriormente, es la que se establecía entre marxismo científico y marxismo crítico. De la que vamos a ocuparnos ahora el principal responsable de su división y popularización es Louis Althusser, y los dos campos se conocen como marxismo estructuralista y humanista.

El estructuralismo es portador de una metodología cuya base es la negación del sujeto como generador del sentido de la realidad y, en este sentido, se le ha señalado como articulado en torno a un antihumanismo metodológico. Oponiéndose a las filosofías dominantes anteriores, como el existencialismo y la fenomenología, rechaza la primacía de la historia y el sujeto a favor de la estructura y el sistema. Por tanto, desde un punto de vista metodológico, se parte de “la primacía del código, estructura o sistema, el sujeto queda excluido como factor explicativo, para pasar a ser un simple nudo en la red de la estructura, un elemento a eclipsar, a descentrar.”¹⁹⁷ Por esta razón, hay autores que

197 Bolívar Botia, Antonio, *El estructuralismo: de Lévi-Strauss a Derrida*, pág. 42

prefieren utilizar el calificativo de “antisubjetivismo epistemológico” más que el de “antihumanismo”, porque éste suele tener asociada una carga negativa.

Igualmente, no se trata tanto de “negar la explicación histórica”, como de situarla “fuera de la estructura. “La explicación histórica sería una proyección del sujeto que inventaría una historia continua con un final (teleológica).”¹⁹⁸

“Más allá de sus respectivos objetos de estudio (etnología, psicoanálisis, historia o marxismo), se trata de un método de comprender las realidades humanas socialmente constituidas, intentando realizar ciencia no en el sentido clásico —hipótesis, descubrimiento de hechos, confirmación y predicción—, hacer ciencia aquí es, en gran parte, volver a leer, desde unos supuestos distintos, los mitos (Lévi-Strauss), Marx (Althusser), Freud (Lacan), historia del saber (Foucault), Nietzsche (Deleuze) o la filosofía occidental (Derrida).”¹⁹⁹

El estructuralismo se estableció originalmente como un método basado en los avances alcanzados por la lingüística estructural a principios del siglo XX de la mano de Ferdinand Saussure, la cual se presentaba de esta manera a sí misma como la única de las disciplinas sociales con posibilidad de generar leyes al modo de las ciencias naturales. Inmediatamente se planteó desde otras disciplinas sociales la posibilidad de aplicar ellas mismas el método desarrollado en la lingüística, de manera que pudiesen dotarse también de un status de cientificidad de las que se sentían huérfanas. La primera de estas disciplinas que adoptó el método estructural fue la antropología de la mano de uno de sus más importantes investigadores, Claude Lévi-Strauss, quién desechó la importancia del individuo en las sociedades primitivas en favor del estudio del sistema de signos que operaba en los mitos; este sistema formaba una estructura, inconsciente para los individuos y pueblos, que debía ser detectada por el investigador de esas sociedades. Para Lévi-Strauss los sistemas de parentesco de esas sociedades funcionaban como un tipo de lenguaje. De la antropología, el estructuralismo expandió su influencia al psicoanálisis de la mano de Lacan, para quién lo que funcionaba como un tipo de lenguaje era el inconsciente²⁰⁰. Posteriormente el método estructuralista fue adoptado por Althusser, proponiendo una nueva lectura de Marx; por Foucault para sus

198 *Ibidem*, pág. 44

199 *Ibidem*, pág. 35

200 Para un análisis detallado de este proceso y su crítica se puede consultar la obra de Perry Anderson, *Tras las huellas del materialismo histórico*, en especial las páginas 45-60

estudios sobre la arqueología del saber y las relaciones de poder; por Barthes, aplicándolo a la crítica literaria, etc.

Esta extensión del método estructural al resto de las disciplinas sociales se basaba en afirmar que todos los fenómenos sociales pueden ser comprendidos de manera similar a como lo son los fenómenos lingüísticos, es decir, capaces de ser interpretados como sistemas de signos, de manera que el significado de cualquier elemento viene asignado por el conjunto de las relaciones del elemento con otros en el seno de una estructura. Esto implicaba una fuerte carga de relativismo que alcanzaba al conjunto de los métodos de conocimiento, incluida la ciencia.

Como apunta Jorge Arnoletto, “esta visión tiene profundas consecuencias en cuanto al modo de investigar lo social y particularmente lo político, ya que pone el acento en el carácter signifiicante y productor de sentido de los vínculos relacionales y de sus valores posicionales emergentes, orientando en definitiva la investigación hacia los factores «definidores y distribuidores» de tales relaciones, superando así el clásico enfoque centrado en las designaciones y roles formales de los entes institucionales, o en los desempeños personales. En las ciencias sociales, el concepto de estructura puede ser entendido de dos modos diferentes pero complementarios. En un sentido amplio, una estructura es el sistema abarcativo que contiene a los casos particulares; es la «regla de variabilidad» de esa pluralidad de conjuntos que surgen como variantes de su combinatoria. En un sentido estricto, las estructuras no pertenecen al orden de la realidad empírica: son pautas «inventadas» a partir de ella para cumplir, como los modelos, la función de hacerla inteligible.”²⁰¹

El estructuralismo, que comenzó enfatizando cierto determinismo terminó, sin embargo, poniendo el acento en la contingencia y en la importancia del acontecimiento que ya sería común en la corriente postestructuralista.

Veamos dos maneras de entender la importancia de la intervención de Althusser en la década de 1970. La primera es la que apunta Callinicos, según dicha interpretación, el marxismo arrastraba una ausencia grave desde sus orígenes, “la ausencia de una clara teoría científica sobre la superestructura [...] dado que el trabajo científico de Marx se había concentrado en la fase económica del modo capitalista de producción”²⁰² Este

201 Arnoletto, Eduardo Jorge, Curso de Teoría Política, pág. 74

202 Callinicos, Alex, El marxismo de Althusser, pág. 9

déficit fue responsable de la deriva determinista que se impuso en la II Internacional. A través de la influencia de Engels, Kautsky y los principales dirigentes de la Internacional hicieron una extensión de las leyes desarrolladas por Marx para la economía a la superestructura, entendida como “reflejo político e ideológico” de aquella.

La crisis política y militar de 1914 obligó a una “reinterpretación teórica del marxismo”, lo cual se realizó mediante un regreso a Hegel. Ello provocó, según Callinicos, que en el planteamiento tomase gran importancia la discusión epistemológica, especialmente en los casos de Gramsci y Lukács, aspecto del que ya nos hemos ocupado anteriormente.

Pero estos marxistas hegelianos de la década de 1920, especialmente Lukács y Korsch, fueron objeto de una dura crítica por parte de la dirigencia bolchevique que recobraba la “ortodoxia” derivada de Engels, y que consagraría y petrificaría la victoria final de Stalin.

En este contexto es en el que cobra su importancia el marxismo de Althusser. Según Callinicos, “Durante la década de 1960 y principios de la de 1970 se hizo evidente que la estabilización del capitalismo lograda desde tiempos de la posguerra estaba llegando a su fin. Fruto de la persistente ausencia de una teoría de la superestructura, la filosofía, una vez más, tuvo que llevar la carga. Ahora nos dirigimos hacia el intento de Althusser de satisfacer las demandas que las prácticas revolucionarias de hoy le hacen a la filosofía marxista.”²⁰³

La segunda manera de entender la importancia de Althusser parte de una visión diferente. Se trataría de un intento más de actualizar el marxismo, de hacer frente a las carencias y problemas que se venían señalando, mediante un cierto mestizaje con una teoría externa a su universo, el estructuralismo. Como hemos visto anteriormente, este estaba en la década de 1960, en Francia, en disposición de que algún teórico lo encontrase adecuado para extender también su influencia al marxismo tal como lo estaba haciendo a otras disciplinas (antropología, psicoanálisis, saber y poder, etc.). Este teórico fue Louis Althusser, quién procedió a una lectura estructuralista de Marx -aunque él llegase a negar este extremo- poniendo el énfasis en las estructuras del modo de producción capitalista para explicar los fenómenos sociales.

203 *Ibidem*, pág. 19

Para ello Althusser se vio obligado a señalar que es posible diferenciar dos Marx y no uno: el primero correspondería al Marx joven en el que predomina el carácter “humanista e ideológico”, y en el que sobresale la crítica a las categorías centrales de la filosofía política hegeliana; el segundo Marx correspondería al Marx maduro, el realmente “marxista”, caracterizado por el análisis científico del capitalismo, donde su análisis enfatiza especialmente la preeminencia de las relaciones objetivas y entiende a los sujetos como meros portadores de estructuras.

Althusser quería combatir lo que en su opinión eran dos deformaciones del marxismo, el economicismo, presente en los partidos comunistas como consecuencia del peso del stalinismo, y el marxismo humanista desarrollado como reacción a lo anterior. El objetivo de Althusser era encontrar una tercera lectura de Marx, la correcta según él, que se ajustase al rigor y precisión científica propia de su obra madura, esta última etapa de Marx suponía, en opinión del filósofo francés, un corte epistemológico que dio lugar al materialismo histórico como ciencia de la historia. Este es el marxismo que se encuentra definido en *El Capital*, donde se rehúsa la noción de que el desarrollo histórico pueda ser explicado a través de las acciones de los seres humanos.

Veamos como presenta estos argumentos J.B. Fages²⁰⁴, “Althusser parte de la búsqueda de lo no dicho por Marx, a través de los síntomas y los indicios que permiten detectarlo [...] Se trata de desvelar los conceptos teóricos ausentes [...] Una nueva lectura de Marx permite, entonces, producir el concepto ausente que trabaja no obstante en toda la obra”.

Althusser elabora una manera de como se concibe el pensamiento. “El punto de partida del conocimiento de una práctica teórica, es una «Generalidad I»: materia prima poco elaborada científicamente que comprende los prejuicios, los mitos, las ideologías, es decir, las teorías científicas insuficientemente criticadas. La teoría funciona como una «Generalidad II»; la cual produce la «Generalidad III», es decir una generalidad especificada, más científica. El materialismo dialéctico es la teoría de las producciones teóricas, el estudio de las leyes que rigen la historia de estas producciones, una historia con sus desarrollos, sus mutaciones y sus discontinuidades (cortes epistemológicos).

La Teoría se distingue radicalmente de la ideología. Aquella toma el objeto real de conocimiento, se apropia de él basándose en el modo de conocimiento [...] la ideología

204 Fages, J.B., *Introducción a las diferentes interpretaciones del marxismo*, págs. 178-188

hace pasar sus propias construcciones como si fueran la naturaleza misma de las cosas [...] Las filosofías funcionan como ideología en la medida en que siguen reflejos justificadores de una práctica social, de una práctica de clase.

El materialismo dialéctico puede considerar de nuevo las grandes preguntas que los filósofos se planteaban de una manera ideológica [...] Para un estudio tal, lo importante es articular materialismo histórico (ciencia de la realidad social articulada en prácticas) y materialismo dialéctico (teoría sistemática global que estudia especialmente las leyes que se cuidan de la evolución de las prácticas teóricas).”

Si Marx desarrolló el materialismo histórico en *El Capital*, no propone, sin embargo, una Teoría sistemática, el materialismo dialéctico, que está ausente. Marx no ha realizado directamente la epistemología (materialismo dialéctico) de su ciencia social (materialismo histórico), pero una buena lectura de Marx recoge esta epistemología que trabaja implícitamente en *El Capital*.

Para Althusser, continua Fages, la pluralidad de los niveles que constituyen la totalidad de la sociedad lo forman las estructuras de producción, las superestructuras jurídicas, políticas, ideológicas, estéticas, culturales, etc. Según Althusser, las contradicciones secundarias (superestructuras jurídicas, políticas, etc.) forman el medio, las condiciones donde existe y se desarrolla la contradicción principal, pudiendo ocurrir variaciones, desplazamientos y mutaciones. Para evitar el relativismo distingue estructura dominante y determinante y, en última instancia, la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción es determinante. Por otra parte, cada nivel de la totalidad estructurada lleva consigo una autonomía relativa y una temporalidad propia. De esta manera, rechaza la noción de tiempo de referencia y la de causa de la historia. ”La Historia ya no existe, únicamente hay «procesos de desarrollo» en las diferentes estructuras y «una compleja combinación» de estas estructuras, poseyendo cada una temporalidad propia”.

Althusser insiste en la necesidad de practicar una lectura no antropológica de Marx que hará entrar en liza las fuerzas productivas y las relaciones de producción y, al mismo tiempo, funciones y estructuras, no “necesidades” humanas. Esta lectura de Marx es claramente estructuralista. Frente al posible “humanismo marxista”, Althusser es radical: el humanismo, aunque fuera marxista, es una ideología. También una “filosofía de la praxis” sigue perteneciendo al orden ideológico.

Para Althusser, Marx habría roto con los humanismos de su juventud –un primer humanismo racionalista-liberal y un segundo comunitario- a partir de 1845, y propone hablar de un “antihumanismo teórico de Marx”. Este aspecto de la teoría althusseriana también es propio del estructuralismo, dónde es central su crítica del “sujeto” a favor de un “antihumanismo”, o mejor expresado un “antisubjetivismo metodológico”.

Así, para Althusser, el estatuto de toda ciencia sería “renunciar a la toma inmediata sobre el objeto (aquí el hombre), construir un modelo y conceptos operatorios y experimentarlos en el interior del objeto para descubrir las estructuras”

Por una parte, el estructuralismo althusseriano forma parte de la corriente intelectual de moda en su época, reaccionando críticamente frente al prestigio de que gozaban el existencialismo y la filosofía de la praxis y, por tanto, atacando al individuo y su autonomía, al subjetivismo, como hacían desde la antropología o el psicoanálisis Levi-Stauss y Lacan. En el caso concreto de Althusser su obra iba dirigida dentro del campo marxista contra las de Gramsci, Lukács y, especialmente, contra el existencialismo de Sartre. Aunque el propio Althusser menciona otros autores o corrientes que se habían situado total o parcialmente en el campo del “humanismo” y el “historicismo revolucionario”, “algunas tesis de Rosa Luxemburgo sobre el imperialismo y la desaparición de las leyes de la «economía política» en el régimen socialista; el «Proletkult»; las concepciones de la «oposición obrera» etc.; y, de una manera general, el «voluntarismo» que ha marcado profundamente hasta en las formas paradójicas del dogmatismo staliniano, al período de la dictadura del proletariado en la URSS. Incluso aún hoy este «humanismo» y este «historicismo» despiertan ecos verdaderamente revolucionarios en los combates políticos emprendidos por los pueblos del Tercer Mundo para conquistar y defender su independencia política y comprometerse en la vía socialista.”²⁰⁵

Pero, más en concreto, la ofensiva del estructuralismo althusseriano -aunque coincide con la misma ofensiva anti-hegeliana que la escuela de Della Volpe en Italia por la misma época- sin embargo está más centrada en Francia, el objetivo más preciso de la ofensiva era el humanismo prevaleciente en el PCF, con el que este partido sostenía sus acuerdos con socialistas y católicos para alcanzar una democracia avanzada, y las

205 Althusser, Louis, y Balibar, Étienne, *Para leer El Capital*, págs. 153-4

aportaciones de Roger Garaudy dentro del PCF tendentes a dar un apoyo intelectual a la política de coexistencia pacífica sostenida por la Unión Soviética.

Así, una primera razón de la intervención de Althusser tiene un objetivo político. El filósofo francés interpretó que, tras los cambios originados con el XX Congreso del PCUS, se originó una tendencia de carácter derechista entre los intelectuales marxistas que buscaron la “explotación” de las obras juveniles de Marx como base para construir una ideología “humanista”. Él mismo explica claramente los objetivos de su reacción, “contra las interpretaciones idealistas–derechistas de la teoría marxista como «filosofía del hombre», del marxismo como humanismo teórico; contra la confusión tendenciosa, sea positivista, sea subjetivista, de la ciencia y de la «filosofía» marxista; contra el historicismo relativista, oportunista de derecha o de izquierda; contra la reducción evolucionista de la dialéctica materialista a la dialéctica «hegeliana»; y en general contra las posiciones burgueses y pequeñoburgueses, traté de defender, intentamos defender, mal que bien, al precio de imprudencias y errores, algunas ideas vitales que pueden resumirse en una sola: la especificidad radical de Marx, su novedad revolucionaria, a la vez teórica y política”²⁰⁶

La segunda razón de la intervención de Althusser concierne a la situación de los filósofos marxistas vinculados a los partidos comunistas, “Para el filósofo no había salida. Si hablaba o escribía filosofía para el Partido, estaba limitado a los comentarios o a pequeñas variaciones de uso interno sobre las Citas Celebres. No teníamos audiencia entre nuestros iguales”, y continua más adelante, “la existencia paradójicamente precaria de la filosofía marxista como tal. Nosotros, que pensábamos poseer los principios de toda filosofía posible, y de la imposibilidad de toda ideología filosófica, no lográbamos probar objetiva y públicamente la apodicticidad de nuestras convicciones”²⁰⁷

Pero Althusser no solamente adopta el estructuralismo proveniente de la teoría lingüística de Saussure, según señala Arnoletto muchos de los términos que emplea provienen de “tres dispares pensadores idealistas: las nociones de «ruptura epistemológica» y de «problemática» fueron tomadas de Bachelard y de Canguilhem; las ideas de «lectura sintomática» y de «estructura descentrada» provienen de Lacan, y la noción de «sobredeterminación» viene directamente de Freud. Por otra parte,

206 Althusser, Louis, *Para una crítica de la práctica teórica*, págs. 91-92

207 Althusser, Louis, *La revolución teórica de Marx*, pág.21

Althusser asimiló al marxismo todo un sistema filosófico premarxista: el de Baruch de Spinoza [...] [y también] Althusser buscó vincular a Marx con otro ilustre antecesor: Montesquieu”²⁰⁸

La influencia de Althusser fue intensa y dio lugar a lo que puede considerarse una escuela althusseriana cuyos principales miembros radicaban en Francia, como Etienne Balibar, Nicos Poulantzas, Pierre Macherey, Jacques Rancière, Alain Badiou, etc., algunos de los cuales derivaron hacia el maoísmo. Pero esta influencia se desplegó en otras latitudes también, como América Latina, a través de autores como Marta Harnecker o Raúl Olmedo, o de revistas como los Cuadernos de Pasado y Presente en Argentina o Dialéctica e Historia y Sociedad en México.

Una de las principales críticas contra el estructuralismo althusseriano fue formulada por Carlos Nelson Coutinho que califica la obra del filósofo francés de “posición de derecha, burocrática y conservadora, expresión del racionalismo abstracto y la epistemología neopositivista”

Esta crítica de Coutinho la resumen claramente Juan Del Maso en un artículo: “destaca los elementos que constituyen el «marxismo» de Althusser en una variante del estructuralismo y la «miseria de la razón»:

-Separación absoluta de «materialismo histórico» y «materialismo dialéctico», que implica una negación de la dimensión ontológica de la filosofía marxista.

-Reducción de la filosofía marxista a una epistemología neopositivista, en la que lo central pasa por la construcción de conceptos formalmente válidos.

-Lectura de *El Capital* y los *Grundrisse* en clave de una teoría formalista de la ciencia, en la que, además de rechazar los textos «juveniles» de Marx, postula la distinción entre el «concreto pensado» y el «concreto real» como una distinción absoluta, en la que el objeto de *El Capital* pasa a ser la construcción de una estructura conceptual y no la dilucidación de las relaciones sociales que dominan en la sociedad capitalista y sus contradicciones.

-Una concepción de la historia similar a la de Michel Foucault, justificada en la afirmación de que en Marx no habría una teoría de la historia.

208 Arnoletto, Eduardo Jorge, *Curso de teoría política*, pág. 167

- Una reducción del trabajo y la praxis al trabajo alienado y la praxis manipuladora.
- Una reducción de la ideología a «falsa conciencia» y por ende una liquidación de la capacidad liberadora de la praxis (que como ya dijimos queda reducida a praxis manipuladora).”²⁰⁹

Keucheyan²¹⁰, por su parte, recoge los puntos enfrentados sobre la relación entre el estructuralismo y la nueva izquierda alrededor del mayo del 68. De un lado la visión de que el estructuralismo es “el pensamiento del 68” y su vínculo es el “antihumanismo”; de otro lado, la visión, que él suscribe, de la oposición radical ente el mayo del 68 y el estructuralismo, dado el énfasis en la alienación de los movimientos de los 60 y 70, y la oposición entre el determinismo inicial del estructuralismo y el acontecimiento perturbador de la historia que fue el mayo del 68. De esta manera, el mayo del 68 habría desestabilizado al estructuralismo abriendo las puertas al postestructuralismo.

209 Dal Maso, Juan, *Louis Althusser... ¿ganó la guerra?*. *El Estructuralismo y la miseria de la razón*.

210 Keucheyan, Razmig, *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*, págs. 105-110.

Del estructuralismo al postmarxismo

En el presente libro me he propuesto analizar la patología de esta última "experiencia de derrota" y, en particular, del intento de explicarla en términos del surgimiento de una época postmoderna para la cual el proyecto de la Ilustración, aun radicalizado por el marxismo, carece de interés.

Contra el postmodernismo.

Alex Callinicos

En los últimos capítulos nos ocuparemos de las teorías críticas dominantes desde finales del siglo XX, pero antes es necesario esclarecer el itinerario que sirve para enlazar el marxismo occidental, o al menos una parte de él, con las nuevas teorías críticas. Este itinerario parte del estructuralismo marxista de Althusser y su escuela, analizado en el capítulo anterior, prosigue por el posestructuralismo y desemboca, finalmente, en el postmodernismo y el posmarxismo.

Este hilo conductor es claramente identificado por Elías José Palti para quién el núcleo de la corriente del marxismo posestructuralista “lo forma un grupo de ex colaboradores de Althusser, entre los que sobresalen, en Francia, Alain Badiou, Étienne Balibar y Jacques Rancière; pero también participan de ella destacados autores de otros países, como Ernesto Laclau, Chantal Mouffe, Judith Butler y Slavoj Žižek.”²¹¹ Esta corriente es fruto de la descomposición del estructuralismo marxista por efecto de los acontecimientos del mayo francés que hizo que la crítica del humanismo marxista sostenida por el althusserianismo perdiese su interés. Sin embargo, a esas alturas de la historia ya no era posible para los adeptos al estructuralismo un regreso sin más al

211 Palti, Elías José, *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su crisis*, pág. 85

marxismo después de las críticas que habían vertido sobre sus características esencialistas.

Palti alude a la importancia de las obras de dos discípulos de Althusser en la transición del marxismo estructuralista al posestructuralista. El primero es Étienne Balibar, que se propuso por objetivo “culminar la tarea iniciada por Althusser de hacer del materialismo histórico una disciplina plenamente científica mediante la elaboración de una teoría materialista dialéctica”. El segundo es Alain Badiou, que vino a plantear “cómo el ámbito de la ciencia surge, no en oposición, sino del seno del campo de la ideología y, al mismo tiempo, lo trasciende, con lo que permite a éste identificarlo retrospectivamente como tal.”²¹²

Tanto Fredric Jameson como Néstor Kohan consideran que el posestructuralismo forma parte del postmodernismo. El filósofo argentino además esclarece cuales son las diferencias clave que separarían al posestructuralismo del marxismo “dentro mismo del posestructuralismo sería posible distinguir dos corrientes: la de aquellos que reducen toda la realidad social a un plano únicamente textual (por ejemplo Derrida) y la de aquellos otros que sí admiten una realidad extradiscursiva, donde conviven lo dicho y lo no dicho (por ejemplo Foucault). Sin embargo, ambos tienen un mismo suelo común estructurado sobre el abandono de la categoría de sujeto, la dificultad para fundamentar una oposición radical al conjunto del sistema capitalista como totalidad y la ausencia de una teoría que permita pensar la praxis colectiva transformadora a partir de su propia historia.”²¹³

En opinión de Callinicos, el término posestructuralismo se empleó inicialmente en Estados Unidos para referirse a dos corrientes de pensamiento relacionadas pero diferentes. La primera es la que Rorty denominó “textualismo” y cuyo objetivo consistía en “colocar la literatura en el centro y tratar a la ciencia y a la filosofía, en el mejor de los casos, como géneros literarios”²¹⁴, negando la posibilidad de escapar de lo discursivo. La segunda es la que representa especialmente Foucault y su categoría clave de “poder-saber”, articulando lo discursivo y lo no discursivo, método que también emplean Deleuze y Guattari.

212 Palti, Elías José, *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su crisis*, pág. 170-1.

213 Kohan, Nestor, *Desafíos actuales de la teoría crítica frente al postmodernismo*, pág. 6

214 Callinicos, Alex, *Contra el postmodernismo*, pág. 65

El origen del posestructuralismo se encuentra, según Callinicos²¹⁵, en la derrota del movimiento revolucionario de 1968 que llevó a que muchos intelectuales franceses que participaron en ese acontecimiento abandonarían todo enfoque de transformación social global, cambiándolo, en algunos casos, por las luchas parciales de los nuevos movimientos sociales, y terminando su evolución en la socialdemocracia o en el neoliberalismo. En este sentido, fueron los *nouveaux philosophes* franceses los que más ayudaron a transformar en liberal el carácter marxista de la mayoría de la intelectualidad parisiense. Ese ambiente post-68 explica el éxito de Lyotard y Baudrillard con su mensaje de “ya no es posible hacer nada para cambiar el mundo”.

Callinicos rechaza por extravagante la explicación de esta conversión de los intelectuales franceses ofrecida por Régis Debray, según la cual la función real del mayo del 68 habría sido servir de “instrumento de modernización, al eliminar los obstáculos institucionales a la integración del capitalismo francés al capitalismo de consumo multinacional y norteamericanizado”.

En el análisis sobre el debate entre Derrida y los marxistas, Eduardo Sartelli afirma, “Entre los exmarxistas desilusionados, el tema posestructuralista del «fin de los grandes relatos» se puso tan de moda como la crítica al marxismo como «religión moderna». La confianza en que el mundo avanzaba hacia la solución de sus grandes problemas se había quebrado: ni bajo el capitalismo (con su «religión» desarrollista y su teoría de la copa) ni bajo el socialismo (con su «religión» marxista y su teoría revolucionaria) el mundo avanzaba hacia ningún lado. Era el «fin de los grandes relatos»: cualquier afirmación acerca del futuro de la humanidad, aunque más no fuera como potencialidad, era posible de ser acusada de «religión», es decir, de «teleología» y, por ende, «teología»”²¹⁶

No obstante, como apunta Kohan²¹⁷, en tanto que el postmodernismo y el posestructuralismo buscaban con su énfasis por lo fragmentario y las luchas dispersas y aisladas atraer a la izquierda desorientada y evitar el cuestionamiento global del capitalismo, el neoliberalismo, paralelamente, presionaba por extender la globalización y el dominio del capital a escala mundial.

215 Callinicos, Alex, *Contra el postmodernismo*, págs. 79, 153 y 154.

216 Sartelli, Eduardo, “Marx, Derrida y el fin de la era de la fantasía”, en Suárez, Aurora y Quezada, Freddy, *Debates contemporáneos*, pág. 61.

217 Kohan, Nestor, *Desafíos actuales de la teoría crítica frente al postmodernismo*, pág. 16.

Algunos autores situados en posiciones postmarxistas como Hernán Fair²¹⁸, al que seguiremos a continuación, defienden las teorías postmarxistas o posestructuralistas como un punto de equilibrio o tercera vía frente a dos extremos erróneos, de una lado el marxismo, de otro el postmodernismo.

El iniciador del postmarxismo sería Ernesto Laclau a partir de 1985, a quién toma de referencia principal para defender los postulados de esta corriente. Veremos, pues, de un lado, cuales son las críticas que realiza al marxismo y al postmodernismo, en las que el primero es criticado con más intensidad que el segundo, denotando así, que a lo que quiere presentarse como alternativa realmente es al marxismo, siendo la crítica al postmodernismo tanto una simple manera de diferenciarse, como el reconocimiento de que la importancia filosófica o política de esta tendencia es muy inferior a las del marxismo. Y de otro lado veremos cuál es el tipo y características del proyecto que defiende.

La primera crítica que realiza al marxismo, compartida con los postmodernistas, es sobre su postulado de que existe “un centro o verdad ontológica, y que ese centro se hallaba en la economía” interpretado de diversas maneras. Este postulado es rechazado por ambas corrientes, para las que ningún centro social tiene “un privilegio predeterminado en la lucha política”. Ambas corrientes igualmente coinciden en rechazar una característica de la modernidad, “la presencia de un sujeto omnipresente y trascendental”, que en la versión marxista lo representa el proletariado industrial, para afirmar que “el sujeto con S mayúscula había muerto para siempre”. Esta característica del marxismo, calificada de “esencialismo”, es rechazada de plano por el postmarxismo, que abandona cualquier interés por el análisis de la sociedad en términos de clases sociales.

Un tercer aspecto fundamental que separa al postmarxismo del marxismo es su concepción de la objetividad. Mientras este último defiende la existencia de la objetividad, el postmarxismo critica el “objetivismo puro” y rechaza conceptos claramente marxistas como “intereses objetivos de clase”, “condiciones objetivas”, o “leyes objetivas de la historia”. Finalmente critica otras dos características que compartirían el marxismo y el postmodernismo, la imposibilidad de refutar sus premisas “científicas”, y su método de pensar en “lógicas tajantes y binarias”, totalmente

218 Fair, Hernán, *El debate político entre los enfoques marxistas, postmarxistas y postmodernos*.

inadecuado para llevar a cabo la lucha política concreta en la compleja realidad actual, desestimando por utópica la pretensión marxista de alcanzar una “transformación de raíz del sistema capitalista”.

La sentencia definitiva respecto al marxismo es, pues, contundente, “se asiste a una inadecuación del saber y a una muerte de la verdad marxista en sus diversas variantes”

El postmodernismo es una corriente filosófica que se caracteriza especialmente por su rechazo de las teorías totalizantes que habían predominado en los últimos siglos, aspecto este en el que coincidía con el postmarxismo. Frente a ello, el postmodernismo impulsa la defensa de la diversidad particular de tipo cultural. El postmarxismo le critica que rechace plantear “un proyecto ético-político de transformación social colectivo” y que contemple la realidad social como una cuestión “de pura perspectiva y relatividad cultural”, con lo cual el postmodernismo termina legitimando “la quietud conservadora del orden social existente”

La objetividad que defiende el postmarxismo es parcial y relativa pues la realidad social “solo adquiere una entidad significativa dentro de un particular discurso que la otorga un sentido social legítimo. Para existir, los hechos requieren, en cambio, de la presencia de un sujeto que «los haga hablar», de un sujeto que los interprete y les otorgue una significación determinada”.

En la visión más elaborada del postmarxismo, la de Ernesto Laclau (al que dedicaremos un subcapítulo dentro del capítulo sobre las nuevas teorías críticas), una vez rechazado la existencia de una “agente privilegiado de la historia” se apela a un sujeto, con minúscula, plural, “que logra generar vínculos universalizantes a partir de la construcción de «significantes vacíos» que trascienden su particularidad originaria, sin perder por ello su especificidad más allá de su constitución imaginaria del orden comunitario”. Igualmente, si no hay un centro determinante en la sociedad, como pretende el marxismo con la economía, lo que denominan “apriorismo económico y clasista”, entonces se abre paso a la contingencia, a “una recuperación de la «centralidad de la práctica política»” que puede aprovechar las posibilidades abiertas por la performatividad del lenguaje, “el poder que tienen las ideas expresadas bajo la forma del discurso articulado reside en su capacidad potencial de trascender la racionalidad política impuesta por el sistema hegemónico, para generar nuevos proyectos políticos alternativos de emancipación social.”

En este punto se hace especialmente clarificador la enorme distancia que existe entre el marxismo y el postmarxismo. El materialismo histórico parte de un postulado fundamental, el de que las condiciones de la existencia social determinan las formas de la conciencia social; sin embargo, para el postmarxismo el discurso articulado tiene la capacidad de modular la conciencia social por encima de las condiciones de existencia social.

Laclau se referirá, más concretamente, a un “sujeto popular” capaz de articular las “demandas sociales insatisfechas” del pueblo.

¿Y cuáles sería la naturaleza de esos nuevos proyectos si se rechaza la radicalidad de la transformación social que pretende el marxismo?, pues “En su lugar, tomarán una visión reformista que, deconstruyendo y readaptando el enfoque gramsciano a los nuevos tiempos de mayor fragmentación y segmentación social, buscará modificar la situación socioeconómica de las masas populares desde dentro del sistema”. El objetivo es, entonces, alcanzar una “democracia radical y plural”. La igualdad social y la emancipación, los grandes objetivos finalistas que el marxismo y otras corrientes revolucionarias vinculadas al movimiento obrero han concebido posible solo tras la superación del modo de producción capitalista, para Laclau “si bien imposible de hallarse finalmente en sentido pleno, puede realizarse dentro del propio sistema [capitalista]”, lo que le acerca, por otros caminos, a los postulados socialdemócratas una vez que fueron abandonando en la práctica y en la teoría cualquier referencia al marxismo como teoría de la transformación social.

Henry Veltmeyer, en su crítica a Laclau, hace una buena síntesis de los argumentos que los postmarxistas utilizan para rechazar la existencia de las clases sociales y de su pertinencia como categoría para analizar las relaciones sociales, pero no ofrece contra argumentos para refutar los primeros, solo una crítica global y ambigua del postmarxismo que, como tendremos ocasión de ver más adelante, es una postura común de los marxistas que se han enfrentado al mismo.

Ahora vamos a referirnos a esa síntesis de las líneas de ataque contra el concepto de clases sociales que utilizan los postmarxistas, pero no utilizaremos el mismo orden de presentación que hace Veltmeyer, le cambiaremos un poco para ordenar las críticas de más a menos profundidad.

El primer tipo de críticas se refiere a las condiciones epistemológicas de la elaboración de la teoría de las clases sociales, “la «clase» es percibida como una construcción meta-teórica, un concepto sin «referente empírico», es decir, no hay objetividad dadas las condiciones que determinan la forma y los límites estructurales de los «intereses de clase». Por el contrario, se sostiene que estos «intereses» no son más que una construcción teórica y que sus condiciones de existencia son subjetivas en el sentido de que no están objetivamente determinados (asignados a posiciones), sino que son definidos y cobran sentido sobre la base y los términos de la identidad social de los individuos involucrados; a su vez, esta identidad está determinada, esto es, definida dentro de un contexto cultural específico (no estructural).”²¹⁹

En realidad esta crítica al concepto de clase social forma parte de los presupuestos epistemológicos en los que se basan los postmarxistas, especialmente sus principales representantes, Laclau y Mouffe. Keucheyan define claramente estas posiciones, “Laclau y Mouffe critican el «esencialismo de clase» presente en el marxismo, al insistir en señalar el carácter contingente de los grupos sociales muestran que se adhieren a una forma de «indeterminismo» sociológico, según el cual la coherencia (relativa) de los actores se construye siempre en el curso de la acción y no a priori. Está claro que el punto de vista que defienden Laclau y Mouffe es antiesencialista. [...] si no hay ninguna «esencia» que esté en la base de lo social, las entidades que evolucionan en ese ámbito son necesariamente relacionales, es decir, se construyen unas en relación con las otras o una contra las otras.”

Por último Keucheyan señala la semejanzas y diferencias de Laclau y Mouffe con posiciones sobre las clases de autores marxistas como E.P. Thompson, “sus trabajos también pueden concebirse como una radicalización del punto de vista de E. P. Thompson, quien siempre ha insistido en señalar que la conciencia de clase (la «experiencia») importa tanto, si no más, que la condición socioeconómica de los obreros en la determinación de su pertenencia de clase. Como Laclau, Thompson concibe los grupos sociales atendiendo a las relaciones, o más precisamente, a las relaciones que los oponen. La diferencia estriba en que Thompson no niega por ello que las clases sociales posean una existencia objetiva, en tanto que Laclau renuncia a esta

219 Veltmeyer, Henry, *El proyecto post-marxista: aporte y crítica a Ernesto Laclau*, pág. 10.

idea. A su entender, no hay ningún elemento a priori que permita determinar dónde va a aparecer el antagonismo. Este puede construirse en cualquier parte.”²²⁰

La discusión sobre las clases sociales ha sido intensa entre los autores marxistas como lo demuestran las obras de Lukács, Poulantzas, E.P. Thompson o Wright entre otros, y cuyo resumen, análisis y críticas se pueden encontrar en *Teorías marxistas de las clases sociales*²²¹. Laclau, sin embargo, termina prescindiendo de todo este bagaje teórico para situarse en una posición fuera del marxismo.

En segundo lugar, está la crítica contra el lugar central asignado por el marxismo a la lucha de clases, “el concepto sobregeneraliza y esencializa condiciones que se fundan en contextos particulares y, como resultado, obscurece clivajes que son igualmente importantes como el género, la etnia y otros factores sociales; de modo que no puede dar cuenta de la presencia ni de cómo actúan estos otros factores al interior de la sociedad. Se sugiere entonces que la heterogeneidad de estas diferencias define las políticas contemporáneas a nivel de las identidades.”²²²

Es cierto que el marxismo ha priorizado el conflicto clasista sobre otros tipos de conflictos sociales, no solamente porque la situación de la clase trabajadora haya aparecido inicialmente como la más injusta socialmente, sino porque el conflicto se plantea en el corazón del capitalismo, en el lugar de la producción, y apunta, por tanto, a la crítica de la explotación y a la superación de dicho sistema.

Los conflictos de identidades o culturales, que pueden llegar a ser de gran intensidad en ciertas coyunturas, pueden ser resueltos sin necesidad de transformación del modo de producción. La lucha por el sufragio femenino pudo alcanzar su éxito dentro de la estructura socioeconómica capitalista, las reivindicaciones contra las políticas racistas o las de las minorías sexuales han conseguido un alto grado de reconocimientos en muchas partes sin alterar el funcionamiento del capitalismo. El grueso del movimiento ecologista ha aceptado plantear sus reivindicaciones sin exigir una modificación fundamental del modo de producción actual. Los movimientos nacionalistas solo en muy pocas coyunturas se han vinculado a objetivos sociales o emancipatorios. Abandonar o reducir a un clivaje más la lucha de clases es, con un lenguaje diferente,

220 Keucheyan, Razmig, *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*, págs. 547-548.

221 García, Marcos Jesús, *Teoría marxista de las clases sociales*.

222 Veltmeyer, Henry, *El proyecto post-marxista: aporte y crítica a Ernesto Laclau*, pág. 10.

adoptar posiciones socialdemócratas en el sentido moderno que ha adquirido esta tendencia política.

Por último, la tercera crítica de los postmarxistas a las clases sociales no niega que haya sido un concepto apropiado en el pasado pero, sin embargo, ha perdido su pertinencia con las profundas transformaciones socioeconómicas acaecidas en los últimos decenios, y como resultado “ya no es posible detectar ninguna estructura estable o proceso inteligible en la condición postmoderna; como resultado, el concepto marxista de clase se volvió irrelevante así como inadecuado para aprehender en el pensamiento aquello que existe en la realidad.”²²³

Esta es una crítica que, ya antes que los postmarxistas, han vertido los liberales funcionalistas como Dahrendorf, para quién la teoría de las clases pudo ser pertinente en el siglo XIX pero no para el moderno capitalismo dónde el conflicto de clases se ha atenuado de forma importante y las clases se han fragmentado y se han vuelto muy heterogéneas. Efectivamente, se ha producido desde la década de 1960 un viraje conceptual en las ciencias sociales dominantes que ha supuesto “el abandono del concepto de clases sociales y del análisis de lo social en términos de lucha de clases, y el consiguiente desplazamiento del interés teórico hacia otras nociones que adquieren primacía en los estudios: ciudadanía, movimientos sociales, sociedad civil, espacio público, pobreza, exclusión, condición humana, postmodernidad, sociedad mediática. La «crisis del marxismo» y la revitalización del «humanismo teórico» - se dice - han sido decisivas en este desplazamiento.”²²⁴

223 Veltmeyer, Henry, *El proyecto post-marxista: aporte y crítica a Ernesto Laclau*, pág. 11.

224 Inda, Graciela y Duek, Celia, *El día que los intelectuales decretaron la muerte de las clases. Un diagnóstico del momento actual*, pág. 2.

El marxismo en América Latina

Por marxismo en América Latina entenderemos, pues, la teoría y la práctica que se ha elaborado en ella tratando de revisar, aplicar, desarrollar o enriquecer el marxismo clásico

El marxismo en América Latina

Adolfo Sánchez Vázquez

En la revisión que hemos realizado hasta ahora se puede apreciar claramente la concentración de la atención en autores marxistas situados prácticamente de manera exclusiva en Europa y el mundo anglosajón. Ello se debe a una especie de compartimentación implícita en las obras y autores que hemos utilizado como referencia para realizar nuestro estudio. Esa segmentación por zonas geográficas conlleva a que los autores que se han ocupado de estudiar la situación del marxismo se refieran mayoritariamente a las obras de su entorno geográfico, no porque no existan aportaciones relevantes en otras zonas sino, tal vez, porque es difícil un dominio más global de dichas contribuciones.

Sea cual sea la razón, lo cierto es que hay otras dos zonas geográficas, Asia y América Latina, en las que aún persisten Estados controlados por partidos comunistas, independientemente de la evolución que hayan seguido, en contraste con Europa, de dónde desaparecieron, y del mundo anglosajón, dónde no es que nunca alcanzasen el poder en esa parte del planeta, sino que ni siquiera tuvieron ensayos revolucionarios. Por tanto, no puede dejar de resultar un tanto extraño esa ausencia de referencias a dichas áreas. Además, mientras que se producían las derrotas de los ensayos revolucionarios en Europa en la década de 1920 y se originaba, como consecuencia, el fenómeno del marxismo occidental, estas dos regiones citadas tomaban el relevo posteriormente en la extensión de revoluciones y de Estados comunistas en el mundo.

Europa también conoció esa expansión después de la segunda guerra mundial en su zona oriental y central, pero, con la excepción de Yugoslavia, los nuevos Estados

comunistas europeos fueron en realidad fruto de la hegemonía militar de la Unión Soviética en esa zona al terminar la guerra. Nada que ver con las revoluciones, en su mayoría triunfantes, que tuvieron lugar en China, Vietnam, Cuba, Chile o Nicaragua, y las olas de influencia que generaron por todo el mundo. Si el marxismo se mantuvo vivo como praxis política y con capacidad transformadora durante casi medio siglo después de la segunda guerra mundial fue sobre todo en esas áreas.

En este capítulo nos vamos a ocupar de analizar el marxismo en América Latina, región dónde no solamente se produjeron varios ensayos revolucionarios de características diferentes, sino que fue el área mundial dónde persistió durante más tiempo la actividad de organizaciones marxistas muy variadas, prolongando las luchas de movimientos de masas más allá de la debacle del socialismo real, aunque con una influencia del marxismo muy debilitada.

El estudio del marxismo en América Latina condensa varias problemáticas que iremos analizando. En primer lugar, una esencial, que afecta a la concepción del propio marxismo, se trata de la acusación de que el marxismo original y sus principales desarrollos posteriores son eurocentristas, es decir, que se trata de una teoría formada y desplegada bajo las condiciones culturales, políticas y socioeconómicas vigentes en Europa, que hace difícil su traslación o aplicación directa en otras áreas geográficas diferentes. Lo que señala esta posición es que el marxismo tal como fue concebido, y desarrollado posteriormente por la segunda y tercera internacional, no tiene un carácter universal y es necesario adaptarlo a las condiciones diferentes existentes en otras áreas, en este caso la de América Latina.

En segundo lugar, esta acusación de eurocentrista al marxismo tuvo dos derivaciones. La primera trató de encontrar en Marx las deformaciones eurocentristas y, más en concreto, los prejuicios contra América Latina que hicieron difíciles las relaciones con este subcontinente. La segunda también trató de encontrar en Marx, paradójicamente, los atisbos de un cambio de paradigma, nunca terminado de desarrollar, que pondría el énfasis en las posibilidades revolucionarias de los países atrasados de su época, con especial mención a la comuna rural rusa.

Esta situación hizo aparecer dos desarrollos diferentes del marxismo en América Latina. El primero siguió la estela de su desarrollo en Europa, en principio con la segunda internacional y, luego, con la tercera, e incluso la cuarta. El segundo desarrollo se apoyó

en algunos intelectuales cuya conciencia aguda de la situación mencionada les hizo plantearse la posibilidad de un marxismo latinoamericano más adecuado a las condiciones del subcontinente.

En tercer lugar, la diferencia señalada para América Latina recibió un fuerte respaldo cuando triunfó la primera revolución socialista, en Cuba, no encabezada por un partido comunista, pues los comunistas cubanos en ese momento se oponían a la estrategia de Fidel Castro y sus compañeros. Una consecuencia inicial de este triunfo fue la aparición de organizaciones que compitieron con los partidos comunistas mediante formas de organización y estrategias muy diferentes.

Sin embargo, esta situación inicial en Cuba fue transitoria y, bajo las presiones del imperialismo norteamericano, la revolución se fue adaptando al modelo del socialismo real, aun conservando ciertas características propias. Sin embargo, en esta “normalización” del modelo cubano el pensamiento de Ernesto Che Guevara representó la continuación de las tendencias a un marxismo latinoamericano con características propias.

También las malogradas experiencias de Chile y Nicaragua representaron modelos propios de llegar al socialismo diferenciados del modelo exportado desde la Unión Soviética, con lo cual también contribuyeron a dar al marxismo en América Latina una fisonomía propia.

No obstante, si bien es posible encontrar las diferencias con el marxismo europeo, o también con el asiático, más difícil es concretar en qué consistiría dicho marxismo latinoamericano. Se han apuntado algunas características diferenciadoras como el anti-imperialismo; la búsqueda de un sujeto transformador más amplio que el proletariado; la situación de dependencia de las formaciones sociales latinoamericanas en el seno del capitalismo mundial; o su síntesis con tradiciones políticas nacionales o regionales como las derivadas de Bolívar, Zapata, Martí o las tradiciones comunales de los pueblos originales. Pero, aún tomándolas en consideración como parte de su diferencia, no ha sido posible crear con ellas un cuerpo de teoría homogéneo y sólido capaz de servir de herramienta de análisis y guía para la acción como lo es, o lo fue, el marxismo “clásico”.

En un balance rápido de la influencia marxista en acontecimientos fundamentales en América Latina podemos constatar, una revolución triunfante y aún persistente, la cubana; otra triunfante y derrotada posteriormente, la nicaragüense; un proceso revolucionario truncado por un golpe militar, el chileno; dos insurrecciones comunistas fracasadas, la de El Salvador en 1932, y la de Brasil en 1935; multitud de movimientos guerrilleros de diferente importancia, naturaleza y orientación ideológica; influencia y desarrollo de diversas corrientes marxistas, la soviética (Chile o Argentina), la trotskista (Bolivia o Argentina), la maoísta (Perú o Brasil), la castrista-guevarista (Cuba, Argentina o Chile) o la de partidos socialistas tan especiales como el chileno antes y durante el gobierno de la UP; o ensayos de vías diferentes al socialismo como la cubana, la chilena o la nicaragüense. Con esa variedad y riqueza de experiencias sería lógico que se produjese un pensamiento rico dentro del universo marxista, pues ya no se trataría de especulaciones filosóficas sin referencias claras a una praxis concreta o de regresos filosóficos a Marx.

Por efecto de esa compartimentación a la que nos hemos referido al principio podemos señalar algunas obras que se han ocupado del pensamiento marxista en América Latina, donde predominan los aspectos relacionados con la propia región, y dónde se pueden apreciar una influencia totalmente descompensada entre América Latina y Europa, pues mientras el marxismo latinoamericano fue influido claramente desde fuera, no solamente por los más clásicos como Marx, Engels, Lenin o Trotsky, sino por otros más recientes como Gramsci o Althusser, la influencia del marxismo latinoamericano fuera de la región fue mucho menor.

Vamos a utilizar a continuación las obras de autores que se han ocupado de una manera más o menos general del marxismo en América Latina pero cuyo énfasis en uno u otro aspecto ha variado y, por tanto, se complementan. En algunas obras se enfatiza el aspecto histórico, en otras el aspecto político-organizacional e ideológico, y en otras más el filosófico, aunque en todas ellas también se haga referencia al resto de los otros aspectos. En conjunto, esperamos conseguir una visión compleja del marxismo en América Latina que justifique porque se le dedica un capítulo aparte en este estudio.

Empezaremos el recorrido a partir de una obra que, a pesar de recoger una multitud de textos de pensadores marxistas latinoamericanos, se centra especialmente en el

desarrollo de las organizaciones y praxis política del marxismo en América Latina. Se trata de la importante recopilación de Michael Löwy, *El marxismo en América Latina*.

En el inicio del libro, Löwy señala cual es el énfasis que pone en su estudio porque fue uno de los problemas principales a los que se enfrentó el marxismo en la región: la cuestión de la naturaleza de la revolución en América Latina, lo cual presuponía, a su vez, una posición previa sobre la naturaleza de las formaciones sociales que la componen y condicionaba las líneas políticas y estrategias a seguir.

La elección de este punto de vista en su estudio le lleva a diferenciar tres períodos históricos en el marxismo latinoamericano. Un primer período se extendería durante la década de 1920 y primera mitad de 1930, dónde la revolución era contemplada a la vez como democrática y socialista. Un segundo período abarcaría desde mediados de la década de 1930 hasta 1959, con predominio de la visión soviética de la revolución por etapas y la preconización en ese momento de la etapa nacional-democrática. El tercer período lo abriría la revolución cubana, con un regreso a la concepción socialista de la revolución.

Otros autores que se han ocupado del estudio del marxismo en América Latina, como Sánchez-Vázquez²²⁵ o Aricó, miran desde un poco más atrás. El primero de ellos, por ejemplo, señala que la primera versión del marxismo que llegó a América Latina fue la versión dominante en la segunda internacional, que en relación con los países coloniales o dependientes había adoptado los textos más eurocentristas de Marx y Engels, estando ausente cualquier referencia a una cuestión esencial para América Latina, la lucha anti-imperialista por sus verdadera independencia.

Löwy subraya las dos deformaciones que amenazaron al marxismo latinoamericano. La primera la denomina “excepcionalismo indo-americano”, para describir con ella la tendencia a “absolutizar la especificidad de América Latina y de su cultura, historia o estructura social”, y que llevaría a terminar rechazando el propio marxismo -tal fue el caso del APRA- como una teoría europea. Sin embargo, para Löwy sería la segunda deformación, “el eurocentrismo”, la que más daño le haría. Se trataría, en este caso, de una trasposición mecánica de los análisis realizados por los clásicos del marxismo de la realidad europea a la latinoamericana, negando la especificidad propia del subcontinente americano, subrayando el autor tres errores claves derivados de ello, la concepción

225 Sánchez-Vázquez, Adolfo, *El marxismo en América Latina*.

feudal de la estructura agraria, el carácter revolucionario o progresista de las burguesías nacionales y la visión anti-socialista del campesinado.

Ambas deformaciones coincidirían en una conclusión fundamental, la de que el socialismo no estaba al orden del día en América Latina.

Frente a la deformación eurocentrica se levantaron una serie de autores (Caio Prado Junior, Sergio Bagú, Luis Vitale o André Gunder Frank) que rechazaron especialmente la concepción feudal del dominio impuesto tras la conquista a favor de una visión capitalista de la estructura productiva latinoamericana combinada con formas pre-capitalistas. Las consecuencias políticas y estratégicas derivadas de esta discusión teórica eran claras: primero, era erróneo plantear la lucha por una etapa anti-feudal y democrático-burguesa, porque la solución al problema agrario del continente solo podía venir de una revolución socialista; segundo, el campesinado latinoamericano era diferente del europeo y podía jugar un papel importante en la lucha por el socialismo; tercero, no era posible un desarrollo capitalista autónomo en América Latina, la única manera de liberarse del dominio imperialista era la implantación del socialismo.

Tal y como lo plantea Löwy este tipo de debate está enraizado en los problemas concretos de las líneas políticas y estrategias, y vinculado en algunos casos a intelectuales que son a la vez dirigentes de organizaciones políticas, como es el caso de Mariátegui o de Rodney Aridismendi. Por eso mismo, el marxismo latinoamericano se diferenció del europeo-anglosajón en las décadas de 1920-1930.

Löwy establece una tensión entre dos polos del marxismo a los que denomina “eurocentrismo”, y que identifica con la hegemonía stalinista, y “concreto-dialéctico” o “abierto”; descartando el “ecléctico”, que se alejó del marxismo y que, paradójicamente, sería el que predominaría en una nueva versión renovada tras la debacle del socialismo real y el ascenso de los nuevos pensamientos críticos. En este sentido, y relacionándolo con la periodización que estableció y que mencionamos más arriba, señala que el marxismo “abierto” predominó en la década de 1920 y, de manera contradictoria, tras la revolución cubana, en tanto que la hegemonía stalinista fue clara entre 1930-1960.

Néstor Cohan utiliza un enfoque ligeramente distinto para referirse a las diferencias entre estos dos polos del marxismo. Al segundo de ellos, que Löwy denomina “abierto” o “concreto-dialéctico”, Cohan le va a denominar “arielista”, reproducido en dos

períodos separados, la década de 1920 y después de 1960, en medio de los cuales predominó el stalinista.

Ariel es un personaje de Shakespeare retomado por José Enrique Rodó para representar los valores humanistas latinoamericanos opuestos a los materialistas del imperialismo estadounidense, y luego expresaría, bajo el nombre de arielismo, el romanticismo anticapitalista y antiimperialista, “en la hermandad latinoamericana de Ariel operaba a rajatabla la clásica oposición cultura o civilización que servía para oponer desde el antiimperialismo juvenilista y modernista de la Reforma, la Cultura latinoamericana a la Civilización yanqui”²²⁶. Romanticismo que terminaría influyendo en el marxismo latinoamericano opuesto al marxismo eurocéntrico. Tal como señala Cohan cuando analiza la obra de Ingenieros, uno de los principales intelectuales de esta corriente, “En esa prédica explosiva de antiimperialismo culturalista y romanticismo anticapitalista se educarán generaciones completas de revolucionarios y combatientes latinoamericanos.”²²⁷

Para Cohan, las diferencias que separaban a la ortodoxia marxista, que él identifica como basada en el DIAMAT, de la “hermandad de Ariel”, es que mientras la primera identificaba la explotación económica como el principal motivo de crítica y rechazo al capitalismo, la segunda lo hacía desde el humanismo y la “protesta romántica anticapitalista”. Mella y Mariátegui representarían, sin embargo, la síntesis de ambas tendencias. La “hermandad de Ariel” es, entonces, útil para explicar el marxismo latinoamericano “donde la ética, la conciencia, los ideales y la cultura están en el corazón mismo y son parte fundamental de la lucha anticapitalista.”²²⁸. Podemos añadir, entonces, que este marxismo latinoamericano sería una expresión clara de lo que Gouldner señaló como marxismo crítico.

Entre los primeros marxistas latinoamericanos con cierta influencia se incluyen a Juan B. Justo, con una orientación moderada de difícil clasificación marxista, a Luis Emilio Recabarren, Julio Antonio Mella y, especialmente, a José Carlos Mariátegui, quién hizo las primeras aportaciones más importantes y más originales al marxismo latinoamericano, “su pensamiento se caracteriza justamente por una fusión entre los aspectos más avanzados de la cultura europea y las tradiciones milenarias de la

226 Cohan, Néstor, *Ni calco ni copia. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, pág. 66.

227 *Ibíd.*, pág. 64.

228 *Ibíd.*, pág. 18.

comunidad indígena, y por una tentativa de asimilar la experiencia social de las masas campesinas en una reflexión teórico-marxista”, aunque como apunta Löwy, “fue muchas veces calificado de heterodoxo, idealista o romántico”, quién justifica su “voluntarismo ético-social” o “romanticismo anticapitalista” como “una reacción contra una versión materialista vulgar y economicista del marxismo”²²⁹. Pero de Mariátegui nos ocuparemos más extensamente más adelante.

Este fue el carácter del primer período en la que predominó el marxismo “abierto” tanto por la influencia de estos intelectuales, que tampoco fueron muy numerosos, como por la línea política de la tercera internacional, en la que aún no predominaba el stalinismo y que preconizaba una lucha revolucionaria con un contenido simultáneo de “tareas agrarias, antiimperialistas y anticapitalistas”, la unidad del campesinado y el proletariado, y una revolución “ininterrumpida” que arribase al socialismo. Sin embargo, aunque no haga un balance de ello Löwy, en esta primera etapa el pensamiento marxista, y la línea política predominante, no dieron lugar a ningún intento de insurrección o ensayo de transformación socialista, evidentemente debido a la debilidad de las organizaciones marxistas.

El segundo período del marxismo latinoamericano, entre 1930-60, se caracterizó por la hegemonía del stalinismo a través de los partidos comunistas latinoamericanos, y se tradujo políticamente en la adopción de una nueva doctrina, la “de la revolución por etapas y del bloque de cuatro clases (el proletariado, el campesinado, la pequeña burguesía y la burguesía nacional), como fundamento de su práctica política, cuyo objetivo era la concretización de la etapa nacional-democrática (o antiimperialista o anti-feudal).”²³⁰

Löwy se muestra contradictorio al valorar las aportaciones marxistas en este segundo período, pues si de una parte habla de “un proceso de degradación del pensamiento marxista en América Latina que duraría varias décadas”²³¹ tras la desaparición de Mella y Mariátegui, dónde las figuras intelectuales fueron pocas y de escasa relevancia como fue el caso de Aníbal Ponce, con un carácter más bien “pre-marxista”; por otro lado señala más adelante que “La hegemonía del stalinismo en el pensamiento de izquierda latinoamericano, de la década de 1930 hasta la revolución cubana, no significa que no

229 Löwy, Michael, *El marxismo en América Latina*, págs. 19 y 21.

230 *Ibidem*, pág. 28.

231 *Ibidem*, pág. 27.

existieron contribuciones científicas importantes al pensamiento marxista de ese período. En varios países, dentro y fuera de los partidos comunistas, investigadores comunistas cuestionaron las interpretaciones esquemáticas prevalentes sobre la naturaleza de las formaciones socioeconómicas del continente, particularmente la tendencia a imponer el modelo feudal europeo en el análisis de las estructuras agrarias de América Latina.”²³² Citando en este sentido los trabajos de historia económica ya mencionados de Caio Prado Jr., Sergio Bagú, o los de Marcelo Segall, Milcíades Peña o Nahuel Moreno, y en sociología marxista la obra de Silvio Frondizi.

En este período de hegemonía de los partidos comunistas entre las organizaciones marxistas se producen de un lado los primeros ensayos insurreccionales, sin éxito, bajo su dirección, el primero fue la insurrección de masas acaecida en El Salvador en 1932, a la que Löwy señala como la primera y única liderada por un partido comunista en América Latina, y el segundo fue la “rebelión roja de 1935 en Brasil” concebida más como un levantamiento de tipo militar que como una insurrección de masas. De otro lado, tras estos ensayos insurreccionales, los partidos comunistas pasan a defender la política de los frentes populares, cuya expresión más acabada fue el caso chileno. Finalmente, durante la guerra fría los partidos comunistas dieron un nuevo giro izquierdista sin abandonar la teoría de la revolución por etapas y el bloque de las cuatro clases. Su comportamiento fue desigual, desde participar en guerrillas como en Colombia, encabezar grandes movimiento huelguísticos en Brasil, o adquirir un gran fuerza en Guatemala durante la presidencia de Jacobo Arbenz, que no sirvió para impedir su derrocamiento por una combinación de invasión militar y traición de las fuerzas armadas; hasta su ausencia en la lucha armada contra Batista en Cuba.

En la década de 1930, a la vez que los partidos comunistas se alineaban tras las políticas stalinista, también se asistía al nacimiento de organizaciones trotskistas cuya influencia más importante se desplegó en Bolivia, inspirando las tesis de Pulacayo de los sindicatos mineros, siendo en el resto de los casos organizaciones irrelevantes.

El período en el que la influencia marxista en América Latina conoció un cambio de versión desde el peso inicial del marxismo oficial de la segunda internacional a la hegemonía de la versión predominante en la tercera internacional, también es dividido en dos períodos por Sánchez-Vázquez. Inicialmente, las tesis de la tercera internacional

232 Löwy, Michael, *El marxismo en América Latina*, págs. 42

revalorizaron como un tema fundamental la lucha anti-imperialista, aunque rápidamente la internacional comunista apeló a la subordinación de las luchas en un país a la revolución mundial e insistió en el papel de vanguardia que tenía que jugar un proletariado “casi inexistente en las sociedades coloniales o débil en las dependientes.”²³³ Esto significaba que, en opinión de Sánchez-Vázquez, aunque la versión del marxismo de la tercera internacional era un importante avance respecto a la versión anterior, persistía cierto eurocentrismo con la reafirmación del “papel preeminente del proletariado occidental dentro del proceso revolucionario mundial. La clave de la liberación de los pueblos oprimidos por el imperialismo seguía estando en occidente.”²³⁴

Finalmente, con la disolución de la tercera internacional en 1943, como consecuencia de los intereses de la Unión Soviética en plena segunda guerra mundial, se “convertirá con Stalin el eurocentrismo de las décadas 20 y 30 en el rusocentrismo de los años 40 y 50 en el movimiento comunista mundial.”²³⁵

La revolución cubana abrió el tercer período de los analizados por Löwy para el marxismo latinoamericano. Su importancia es resaltada por el autor a pesar de que dicha revolución fue realizada por “un equipo político de origen pequeño-burgués, inspirado por una ideología jacobina” que se terminó trasladando al “campo del proletariado y se volvió marxista”, y de que posteriormente la revolución cubana terminase adoptando el modelo de Estado-partido propio del “socialismo real”.

Es decir, ninguna de las dos expresiones del marxismo que hasta ese momento disputaban la actividad de la lucha por el socialismo en América Latina, el comunismo alineado con la Unión Soviética y el trotskismo, jugaron un papel relevante en la única revolución que triunfó y se consolidó en el continente. Esto suponía una cierta puesta en cuestión del marxismo como teoría orientadora y guía de actividad revolucionaria para alcanzar el socialismo, o al menos para llevar a cabo la revolución. Es innegable que la revolución cubana desmentía la teoría de las etapas para América Latina sostenida por el comunismo oficial pro-soviético, pero también refutaba las concepciones trotskistas “clásicas” sobre el papel del proletariado o del partido que, además, no jugaron ningún papel ni durante la revolución ni en su consolidación posterior. Por otro lado, la enorme

233 Sánchez-Vázquez, Adolfo, *El marxismo en América Latina*, pág. 7.

234 *Ibidem*, pág. 7.

235 *Ibidem*, pág. 9.

influencia que este triunfo ejerció sobre los revolucionarios latinoamericanos hizo aparecer, durante unas décadas, una nueva praxis del marxismo que también intentó ser teorizada como modelo, el castrismo-guevarismo o su versión del foquismo.

Por efecto de la compartimentación de la que hemos hablado, las consecuencias de esta situación inédita en América Latina fue poco analizada por el marxismo europeo-anglosajón. En Europa, los análisis marxistas siguieron estando más atentos a las convulsiones en el comunismo euro-oriental (Hungría, Checoslovaquia) y se vieron afectados brevemente por el pretendido nuevo modelo chino con su revolución cultural. Sin embargo, paradójicamente, sería un autor europeo, marxista en esos momentos, uno de los que más contribuyese a la teorización y difusión de la teoría del foquismo, Régis Debray y su libro *Revolución en la revolución*²³⁶. Para los partidos comunistas más importantes de Europa occidental fue más influyente el desarrollo y desenlace de la experiencia de la Unidad Popular chilena con el gobierno de Salvador Allende, que reforzó las tendencias ya existentes al modelo eurocomunista.

Sin lugar a dudas, la revolución cubana reprodujo en Ernesto Che Guevara el tipo de líder revolucionario e intelectual de la época del marxismo clásico que era poco frecuente en Europa desde la década de 1920. La influencia de su figura y ejemplo militante fue más intensa y perdurable que la de su teoría, pero ésta representó una nueva variación del marxismo. También nos ocuparemos de ella con mayor extensión más adelante.

Las nuevas organizaciones que nacieron bajo el influjo de la revolución cubana se orientaron hacia la lucha armada de guerrillas, primero de tipo rural y luego de tipo urbano. Todas ellas fueron derrotadas militarmente por los fuertes regímenes represivos que contestaron a estos intentos revolucionarios en las décadas de 1960-70.

Sin embargo el impulso generado por la revolución cubana no se agotó con esas derrotas y alcanzó un importante éxito con la victoria de la revolución sandinista en 1979 que, a su vez, incentivó los movimientos guerrilleros que surgieron en El Salvador y Guatemala. La pérdida posterior del poder por los sandinistas en 1990, coincidiendo en el tiempo con la caída del muro de Berlín, puso fin a esta última ola de experiencias

236 El libro de Debray, y su tesis, fue criticado desde varios frentes, por los comunistas ortodoxos como los argentinos Codovilla y Rodolfo Ghioldi, por su maestro Althusser, e incluso por el propio Che Guevara y otros participantes de la revolución cubana. Ver Néstor Cohan, *Ni calco ni copia. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, págs.. 338-340.

revolucionarias, dejando aislada durante casi dos décadas a la revolución cubana hasta que se inició la revolución bolivariana en Venezuela, seguida por el proceso de Bolivia.

Uno de los aspectos más novedosos de la última ola revolucionaria en Centroamérica, que reseña Löwy, es la influencia y la alianza llevada a cabo entre el marxismo y amplios sectores de cristianos y del clero más sensibilizado con las condiciones del pueblo.

Si en el sandinismo aún perduraba el impulso de la revolución cubana, sin embargo no siguió su modelo político y económico una vez alcanzado el poder, y representó el tercer modelo, junto al cubano y el chileno, de alcanzar el poder y realizar la transición al socialismo. En apenas algo más de dos décadas el marxismo latinoamericano ofreció una variedad de experiencias revolucionarias que no se pueden encontrar ni en Europa ni en Asia, dónde se alcanzaron y mantuvieron diversos Estados comunistas. Por tanto, se puede afirmar que si el marxismo europeo-anglosajón mantuvo una influencia mayor en el terreno de la teoría, el latinoamericano, sin desdeñar en absoluto la importancia de sus aportaciones teóricas, aportó un mayor número de experiencias revolucionarias.

Pero también se produjo una revitalización del marxismo a partir de la década de 1960, penetrando en los medios académicos en multitud de disciplinas y empezando a generar un tipo de intelectual más parecido al europeo-anglosajón. Entre ellos destacan nombres como los de José Aricó, Pablo González Casanova, Fernando Henrique Cardoso, Bolívar Echevarría, Marta Harnecker, Adolfo Gilly, Ernesto Laclau, Theotonio dos Santos, Juan Carlos Pontantiero, Adolfo Sánchez Vázquez, Aníbal Quijano, André Gunder Frank, Rui Mauro Marini, Luis Vitale, Emir Sader o Fernando Martínez Heredia, algunos de los cuales terminaron su trayectoria intelectual abandonando el marxismo (Laclau, Cardoso), y otros mantuvieron una estrecha relación con las organizaciones marxistas o los procesos revolucionarios latinoamericanos (Harnecker, Vitale, Marini).

En la década de 1990, a pesar de las derrotas sufridas por las organizaciones marxistas y la revolución sandinista y de la debacle del socialismo real, continuaron creciendo las aportaciones de los intelectuales marxistas con una nueva generación que se sumó a los que aún perduraban de las décadas anteriores, como Claudio Katz, Ricardo Antunes, Nestor Kohan, Paul Singer, Carlos Nelson Coutinho, Horacio Tarcus, etc.

José Aricó es un autor que aparentemente se planteó el estudio de la relación entre el marxismo y América Latina en forma parecida a Löwy, incluso en la periodización, pero que, sin embargo, se diferenciaba claramente por su énfasis en remarcar el desencuentro existente desde el principio entre el marxismo y Latinoamérica, y que se remontaba al propio Marx y Engels. La base de ese desencuentro se hallaría en el hecho de que el marxismo es visto como una doctrina formulada en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX y que encuentra su recepción en América Latina como una doctrina eurocéntrica. La importancia de su aportación consiste, pues, en analizar las razones de unas diferencias y desconocimientos que servirían para fundamentar los ensayos por construir un marxismo latinoamericano, como reinterpretación del marxismo europeo, según las condiciones del subcontinente.

José Aricó²³⁷ examina el desencuentro entre el marxismo y América Latina en las posiciones originales mantenidas por Marx y Engels al respecto. Para ello analiza a fondo el pensamiento de Marx en dos vertientes complementarias. Mediante la primera intenta comprender cuales fueron las razones que llevaron a la visión negativa que tuvo Marx sobre América Latina; en la segunda hace una revisión más profunda del pensamiento de Marx, atribuyéndole un giro fundamental que le habría llevado a superar sus posiciones eurocéntricas, contenidas en *El Manifiesto* o *El Capital*, en favor de otras dónde el énfasis estaría puesto en las posibilidades revolucionarias de los países más atrasados (países coloniales o no, con predominio del sector agrario, y escaso o nulo desarrollo industrial).

Veamos en primer lugar esa lectura heterodoxa que hace Aricó de la obra de Marx y que será la característica principal, con distintas variantes, que define al marxismo latinoamericano. Aricó no contempla la obra de Marx como un sistema homogéneo, completo y cerrado -postura sostenida no solo por los marxistas latinoamericanos, sino por más autores desde Shanin a Althusser- sino que estaría compuesto por una serie de núcleos teóricos que varían a lo largo de su producción intelectual pero, al contrario que por ejemplo Althusser, no se trata de diferenciar la obra madura o científica de la obra joven más filosófica, sino que lo que pretende es recuperar y revalorar algunas de los escritos de Marx que fueron minusvalorados, o simplemente ignorados, por las corrientes principales de la tradición marxista tanto de la segunda como de la tercera internacional.

237 Aricó, José, *Marx y América Latina*.

En estos textos de Marx, a partir de finales de la década de 1850, se encontraría un nuevo núcleo del pensamiento de Marx superador de sus posiciones eurocéntricas contenidas en sus obras principales, se trataría de escritos relacionados con cuestiones internacionales sobre países atrasados (China, Turquía, Rusia, Irlanda, etc.) en los que se encontraría un giro profundo del pensamiento político de Marx. Los dos principales textos en este sentido son los relacionados con la cuestión irlandesa y con la comuna rural rusa. En ellos Aricó encuentra dos rupturas sobre categorías fundamentales de Marx. El primero es el del papel del proletariado industrial, el de los países desarrollados europeos, que quedaría relativizado al formar parte de un sujeto emancipador más amplio en el que tendría un gran peso la gran masa de campesinos y pueblos sometidos de los países atrasados. “Los residuos «eurocentristas» quedan de hecho superados en Marx cuando evita identificar con el desarrollo capitalista y la presencia de una clase obrera internacionalmente homogénea las condiciones de «liberación» de los pueblos dominados y, además, cuando no supedita ésta al comportamiento del proletariado europeo occidental. Por el contrario, Marx entrevé la posibilidad de que las luchas de estos pueblos quebranten la estabilidad del orden capitalista en el mundo y en la propia Europa.”²³⁸

La segunda ruptura es la posibilidad contemplada por Marx, a partir especialmente de sus opiniones sobre la comuna rural rusa, de una transición al socialismo en los países atrasados sin la necesidad de pasar por una etapa previa de desarrollo capitalista. Es decir, romper con una especie de determinismo evolutivo que se ha derivado de las obras principales de Marx y según el cual los países atrasados deberían pasar por la etapa capitalista, desarrollando la industria y un amplio proletariado, como condición necesaria para poder plantearse la transición al socialismo.

En el prologo escrito para la obra de Aricó que estamos analizando, Horacio Crespo hace una síntesis de las implicaciones, que según Aricó, están contenidas en estos textos de Marx: 1) Rechazo a que su teoría sobre el capitalismo desarrollado en Europa sea transformada en una filosofía de la historia universal. 2) “Reconocimiento del carácter desigual y contradictorio del desarrollo económico del mundo occidental y no occidental y de la interdependencia conflictiva de los mismos”. 3) Fundamental para el objetivo político perseguido por Aricó y el marxismo latinoamericano e, incluso, de los países atrasados globalmente, ”previsión del desplazamiento del centro del proceso

238 Aricó, José, *Marx y América Latina*, págs. 134-5.

revolucionario del mundo occidental al no occidental y constitución de la revolución nacional de los países dependientes en condición de la revolución social de los países europeos”. 4) Toma en consideración de la posibilidad de transición al socialismo sin el necesario paso por la etapa de desarrollo capitalista que, en el caso concreto de Rusia, se apoyaría en la comuna rural. 5) Ampliación de los sujetos revolucionarios actuantes en los países atrasados. 6) “Afirmación de la distinta naturaleza de las tareas requeridas para la transformación de las sociedades asiáticas y/o coloniales (independencia política, revolución agraria, protección industrial y comercial) en comparación con aquellas a plantearse en sociedades europeas y capitalistas”.²³⁹

Sin embargo, como señalábamos anteriormente, esta interpretación no prevaleció en ninguna de las corrientes principales del marxismo que continuaron la obra de Marx. La razón de esta vía de desarrollo no la encuentra Aricó en la menor elaboración teórica de estos textos que cita respecto a la obra principal de Marx, ni en una inexistente y explícita rectificación de Marx y una evaluación de sus consecuencias, sino en las diferencias que al respecto mantuvo con Engels. Así, mientras, según la lectura de Aricó, Marx procedía a un giro brusco respecto a sus posiciones principales en el sentido señalado, Engels se mantendría firme en ellas, rechazando modificar el papel del proletariado y las posibilidades reales de la comuna rural rusa. Y Engels, al sobrevivir a Marx, habría sido el que terminaría sistematizando en la difusión de la obra de Marx una versión claramente eurocentrista que transmitir a la segunda internacional, la cual la adoptaría como la ortodoxa.

Volviendo ahora a la primera vertiente que evocamos al principio, la de la visión negativa de América Latina por Marx, Aricó señala que no es que América Latina estuviese ausente en la obra de Marx, pues si se ocupó en varias ocasiones de ella, sino que fue tratada en sus análisis con agrios prejuicios, cuya expresión más acabada fueron sus opiniones sobre Bolívar, basados en la incomprensión de los procesos de independencia que tuvieron lugar en el subcontinente. Esta visión de Marx influiría decisivamente en los planteamientos de la segunda internacional.

Para Aricó, el origen de esta visión latinoamericana de Marx no se encuentra en un desconocimiento profundo del tema debido a las limitaciones propias de la época, que le llevasen a un tratamiento superficial y deformado de sus opiniones, sino a un

239 Crespo, Horacio, “El marxismo latinoamericano de Aricó. La búsqueda de la autonomía de lo político en la *falla* de Marx”, prologo a la obra de José Aricó *Marx y América Latina*, págs..63-4.

posicionamiento político previo derivado de dos aspectos relacionados con Hegel, el primero es la influencia de la idea de Hegel sobre los pueblos sin historia y, el segundo, su rechazo al postulado hegeliano que concebía al Estado como elemento capaz de dar origen a la sociedad civil.

Bajo este prisma, en primer lugar, América Latina era contemplada en los textos de Marx y Engels como una “prolongación de Europa” y, en segundo lugar, “Las formaciones nacionales [de América Latina] se le aparecían así como meras construcciones estatales impuestas sobre un vacío institucional y sobre la ausencia de una voluntad popular, incapaces de constituirse debido a la gelatinosidad del tejido social.”²⁴⁰, lo cual era reforzado por la identificación que realizó Marx entre el proyecto bonapartista, que tan incisivamente criticó en la Francia de Napoleón III, y las repúblicas latinoamericanas.

Aricó señala amargamente que esta deformación de la visión de Marx es de tal calibre que ni siquiera las rectificaciones realizadas para las zonas atrasadas de Europa (Irlanda o Rusia) y Asia son tenidas en cuenta para el caso de América Latina.

Esta visión, prevaleciente en la segunda internacional, se terminó de consolidar, paradójicamente, con el triunfo de la revolución rusa. “La posibilidad de una forma «no occidental» de transformación social, defendida por Marx y los populistas en los años ochenta, y cuestionada teóricamente por Lenin en los noventa, quedó prácticamente sepultada en octubre de 1917: el camino bolchevique resultaba ser el único posible y, por tanto, el único deseable.

Para los socialdemócratas, en cambio, la experiencia bolchevique, con sus pronunciados rasgos de barbarie asiática, confirmó el constante rechazo teórico y político que expresaron frente a la posibilidad de transformación democrática y socialista de una sociedad «atrasada».”²⁴¹

Esta explicación de Aricó iluminaría el desencuentro entre la línea política propugnada por la tercera internacional para América Latina, a través de los partidos comunistas del subcontinente, y el marxismo latinoamericano defendido por Mariátegui del que nos ocuparemos más adelante.

240 Aricó, José, *Marx y América Latina*, pág. 146.

241 Aricó, José, *Marx y América Latina*, pág. 87.

Esta perspectiva supone concebir al marxismo no como una teoría universal cuyo objetivo es analizar el modo de producción capitalista y proponer un programa para superarlo con un proyecto superior, sino como una teoría europea que solo podría tener validez en otras partes del mundo, como América Latina, mediante un proceso de reformulación adecuada a sus características especiales y necesidades. El marxismo no serían las aportaciones de Marx y sus desarrollos posteriores consecuentes, sino “una construcción político-doctrinaria” llevada a cabo en principio por los teóricos de la segunda internacional y, luego, de la tercera internacional. Y que, como tal construcción, es recepcionada en América Latina.

Pero este planteamiento lleva inevitablemente a interrogarse sobre cuál es el núcleo general, universal, del marxismo, y cuales las características especiales correspondientes a un espacio geopolítico o un momento histórico determinado y que no son pertinentes para otros espacios o momentos diferentes. Ahora ya no se trata de interrogarse, como hacíamos a la hora de tratar sobre el status científico del marxismo y las refutaciones históricas de algunos de sus postulados, sobre el núcleo que seguía siendo válido del marxismo tras esas refutaciones, sino sobre la puesta en cuestión del marxismo como teoría válida para una determinada área geopolítica

El marxismo fuera de Europa se encontró enfrentado a situaciones muy diferentes de las analizadas por Marx, especialmente el hecho de que se trataban de sociedades agrarias, con poca industrialización, con un proletariado minúsculo en medio de una clase campesina mayoritaria, y sufriendo algún nivel de colonización por parte de algún Estado imperialista, bien perteneciesen a Europa, EE.UU. o Japón.

Pero esta situación no era específica de América Latina, ocurría lo mismo en Asia o África. En el primer caso, el marxismo, de la mano del partido comunista chino, se adaptó, mediante las aportaciones teóricas y estratégicas de Mao Tsetung -que se analizan con más detenimiento en otro capítulo- para apoyarse en un inmenso campesinado y a través de una guerra anticolonial contra los japoneses alcanzar el poder e iniciar la revolución socialista. Ello originó, dentro de la vertiente “ortodoxa” del marxismo de la tercera internacional una nueva variante que irradió una influencia importante durante cierto tiempo por todo el mundo, incluida América Latina.

Pero incluso ya Marx se ocupó de este problema que podríamos definir como de adaptación del marxismo a las condiciones extraeuropeas, especialmente con sus

opiniones sobre la comuna rural rusa y sus posibilidades como base para una transición al socialismo sin pasar por la etapa de desarrollo capitalista. Nos detendremos brevemente en este tema por su relación con la respuesta de ciertos intelectuales buscando una adaptación marxista a las condiciones de América Latina.

Uno de los autores que mejor ha estudiado este tema es Teodor Shanin en su obra *El Marx tardío y la vía rusa*, de la que haremos a continuación un breve resumen de sus tesis principales. En los escritos de Marx se pueden encontrar una variedad de opiniones respecto al papel de la comuna rusa como un vehículo adecuado para transitar al socialismo. Si ya en los *Grundrisse* (1857-8) se pueden encontrar una cierta aceptación por Marx de la existencia de “una multiplicidad de caminos del desarrollo social en las sociedades capitalistas”, esta posición se afianzó más en el período de 1873-4, y especialmente de 1877, apartándose de un modelo unilineal progresivo. Porque cuando Marx publicó en 1869 el tomo I de *El Capital* tenía una opinión negativa de la comuna rusa. El cambio de actitud de Marx respecto a la comuna rusa fue consecuencia, en opinión de Shanin, de su lectura de Chernyshvski. Así, en 1875 la opinión, tanto de Marx como de Engels, es que la comuna rusa podría servir de vehículo para pasar al socialismo siempre que la precediese una revolución victoriosa en Europa (tesis forzada por la polémica con Tkachev), precondition que desaparece en la carta de Marx a Vera Zasulich, pero que vuelve a aparecer en el prefacio a *El Manifiesto* publicado en ruso en 1882, que expresa sobre todo la opinión de Engels. Shanin señala que si Engels dejó de considerar importante a la comuna rusa, e incluso al campesinado europeo, ello fue debido a la influencia de Plejánov, quién había adoptado una fuerte posición anticampesina debido a su creciente enfrentamiento con los populistas rusos. Así, continúa este autor, Engels primero fue plejanovizado y kautskizado y, luego, Marx engelsizado hacía un molde evolucionista que resultó ser un fracaso, porque a principios del siglo XX las diversas revoluciones que tuvieron lugar a lo largo del mundo se hicieron en sociedades atrasadas y fueron revoluciones mayoritariamente campesinas (Rusia, Turquía, Irán, México, China), mientras que en occidente industrializado no triunfó ninguna revolución. Así, los movimientos socialistas del siglo XX se vieron abocados a revisar sus estrategias o hundirse, en el primer caso se encontraron Lenin, Mao y Ho, en tanto que Plejánov y Kautsky fracasaron.

Este planteamiento de Shanin respaldaría los ensayos heterodoxos de adaptar el marxismo a las condiciones de América Latina, como los de Mariátegui, la revolución cubana, los de Ernesto Che Guevara o las experiencias castro-guevaristas posteriores.

También Sánchez-Vázquez se ocupó de este cambio de perspectiva de Marx respecto a los pueblos “atrasados” cuyo origen estaría en las luchas nacionales y sociales en Irlanda, y que se expresaría sobre todo en la famosa respuesta a la carta de Vera Zásulich. Pero Sánchez-Vázquez va más allá que Shanin y, en un planteamiento similar al de Aricó, afirma que este giro teórico de Marx supone dar lugar a una concepción diferente de la historia y la revolución y cuyos parámetros son los siguientes: “1) la historia universal se constituye no sólo con los «pueblos históricos», occidentales, sino también con los pueblos oprimidos, «sin historia»; 2) el desarrollo histórico capitalista de Europa occidental no se da inevitablemente en todos los países; 3) sus efectos negativos para los pueblos sojuzgados ponen en cuestión su carácter progresista; 4) el centro de la revolución no se halla exclusivamente en occidente sino que, en determinadas condiciones históricas, se halla fuera; 5) la emancipación de los países colonizados o dependientes sería llevada a cabo no por el proletariado de las metrópolis sino por las masas oprimidas de esos países; y 6) en las condiciones de «atraso», o de sojuzgamiento por las metrópolis, la liberación social se halla indisolublemente unida a la liberación nacional.”²⁴²

Dada la polémica a este respecto, las conclusiones de Sánchez-Vázquez son fruto de una interpretación personal realizada por el filósofo hispano-mexicano más que una posición clara y definitiva de Marx.

El problema no resuelto por Shanin o por Sánchez-Vázquez, ni por los casos señalados en América Latina, es que las revoluciones exitosas que cita terminaron en bloqueos o fracasos, y que en América Latina ocurrió lo mismo, pudiendo considerarse al caso cubano como una revolución resistente pero bloqueada. Así, el planteamiento de Shanin debería completarse con los datos conocidos en la segunda década del siglo XXI. Si su sentencia sobre el fracaso de los marxistas ortodoxos de la segunda internacional es inapelable, la revisión de las estrategias que considera exitosas llevaron, finalmente, a triunfos efímeros en los países no desarrollados, y a la continua imposibilidad de la revolución en los desarrollados también con los nuevos partidos derivados de la

242 Sánchez-Vázquez, Adolfo, *El marxismo en América Latina*, pág. 4.

revolución rusa. Pero, aún más, ni siquiera las revoluciones inicialmente exitosas en los países no desarrollados lo fueron siguiendo el pretendido giro estratégico de Marx en sus escritos sobre Irlanda o la comuna rusa. Esa vía nunca fue ensayada por los marxistas, y lo más parecido fue la revolución cubana, rápidamente normalizada según el modelo soviético o, más cercanos en el tiempo el neozapatismo del EZLN o el proceso boliviano encabezado por Evo Morales y García Linera. Sobre la revolución china, lo analizamos en un capítulo propio.

¿Qué significaba, entonces, para Löwy sortear la tentación eurocéntrica del marxismo latinoamericano? ¿Dónde quiere ir a parar Aricó cuando plantea que “ciertas ideologías, aunque en su letra afirmen exactamente lo mismo que sus congéneres de otras áreas, al funcionar en realidades diferenciadas constituyen también realidades diferentes”?

Estos interrogantes tuvieron tres tipos de respuestas en América Latina, la primera fue la de los partidos comunistas alineados con la Unión Soviética y, también, con sus diferencias, la de los trotskistas. Adoptaron el corpus teórico derivado de la tercera internacional, los primeros con sus evoluciones subsiguientes acaecidas en la Unión Soviética a la que siguieron vinculados, los segundos referenciados a la primera etapa de la revolución rusa (Lenin, Oposición de izquierda) y su continuación con la línea derrotada de Trotsky. En este plano se sitúa la obra de Löwy, quién plantea las diferencias en América Latina entre las dos versiones condensadas en las distintas estrategias propuestas, la de los partidos comunistas basada en la necesidad de etapas y alianzas con las burguesías nacionales, y la de los trotskistas orientada a la revolución socialista no etapista, los primeros señalados como reformistas y los segundos como revolucionarios. Aunque para ello Löwy tenga que forzar las explicaciones para algunos de los principales acontecimientos revolucionarios en la región vinculados a los partidos comunistas, el de El Salvador en 1932 (la insurrección se habría hecho al margen de la tercera internacional), el del Brasil en 1935 (fue un levantamiento militar más que popular), o la revolución cubana (su vinculación a la Unión Soviética solo se realizó en una fase posterior).

La segunda respuesta la representaría inicialmente Haya de la Torre y el APRA planteando la superación del marxismo como una teoría exótica importada de Europa y no apta para guiar el programa de transformaciones que requería América Latina. Pero también tendría desarrollos posteriores cristalizados en algunos de los intelectuales que

se alejaron del marxismo, uno de cuyos principales exponentes fue Ernesto Laclau y su teoría postmarxista del populismo.

La tercera respuesta es más variada y está representada por los diversos intentos de adaptar el marxismo a las características concretas de América Latina, entre ellas sobresalen dos en el plano teórico, la de Mariátegui y la de Ernesto Che Guevara -y a más distancia las de Sánchez Vázquez o Dussell-, y en el plano de la praxis la revolución cubana y sus derivaciones posteriores en el foquismo.

Horacio Tarcus ha hecho una aportación sugerente en relación con la problemática de la recepción del marxismo, como un caso más de una problemática más amplia de la “recepción transnacional de las ideas”. En oposición a la tendencia que ve al marxismo “como una teoría universal disponible para su uso adecuado y que solo se trata de aplicar correctamente a la realidad local, [la nueva perspectiva] se interesa por aquel malentendido estructural inherente a todo proceso de adopción de ideas en un contexto heterónimo al contexto de su producción.”²⁴³

Lo que plantea es que, como las ideas transitan entre diferentes espacios sociales dónde los contextos son diferentes del espacio y momento de su producción, los receptores de dichas ideas van a realizar necesariamente una reinterpretación de las mismas en función de las necesidades para las cuales son reapropiadas. Debemos entender, aunque no lo explicita este autor, que un espacio diferente puede hacer referencia a un espacio geográfico diferente en la misma época, o un espacio temporal diferente en el mismo lugar. Esto es lo que habría ocurrido en el caso de la recepción del marxismo en América Latina.

En realidad, esta tesis de Tarcus no sirve solo para explicar los intentos de marxismo latinoamericano, sino todas las variedades conocidas del marxismo. El de la segunda internacional corresponde a la adaptación que hizo, especialmente la socialdemocracia alemana y sus teóricos principales, a las necesidades de su lucha política concreta. El de Lenin fue una nueva readaptación a las necesidades de las condiciones surgidas de la lucha contra el Estado zarista y de las que se plantearon con los desastres de la primera guerra mundial. Y así se podría continuar con más ejemplos.

243 Tarcus, Horacio, *El marxismo en América Latina y la problemática de la recepción transnacional de las ideas*, pág. 37.

Pero es que Tarcus, lo mismo que Shanin, Aricó y otros, aplica su tesis al propio Marx en un caso peculiar de replanteamiento de sus ideas como consecuencia de esa recepción transnacional de ideas. El ala revolucionaria de los populistas rusos lee *El Capital* y, tras ello, interpelan a Marx sobre la interpretación del mismo. Éste rechaza que de su obra pueda derivarse una filosofía de la historia y acepta que la comuna rural rusa pueda servir de base para la transición al socialismo sin pasar por la etapa capitalista como en Europa y, en la interpretación de los autores citados, llega a replantearse en sus escritos maduros las condiciones de la revolución.

Entonces, las corrientes del marxismo latinoamericano, como veremos al final de este capítulo, receptionan el marxismo pero de diferente manera según los distintos momentos y circunstancias en que tiene lugar, y dan lugar a versiones diferentes, aunque haya un empeño en encontrar una continuidad entre ellas.

Si el libro de Löwy es un análisis del marxismo latinoamericano centrado sobre todo en la praxis política y social llevada a cabo, y en el que las referencias a las aportaciones teóricas, sin perder importancia, son secundarias frente a ese punto de vista principal; el análisis de Raúl Fonet Betancourt²⁴⁴ invierte esta perspectiva para enfocar su estudio en la recepción filosófica del marxismo en América Latina, siendo la praxis política el telón de fondo de dicha recepción. Este autor se sitúa, por tanto, dentro de la corriente latinoamericana que enfoca la relación entre el marxismo y América Latina como una recepción rodeada de múltiples problemas que se efectúa a través de siete etapas diferenciadas.

La primera etapa o preparatoria, entre 1861-83, está caracterizada por la recepción del marxismo en un contexto dominado por las ideas del socialismo utópico, la cual era una situación similar a la europea, en el sentido de que Marx y Engels emplearon una parte de sus energías en combatir este tipo de teorías utópicas, frente a las cuales presentaron las suyas como socialismo científico.

En la segunda etapa, entre 1884 y 1917, la expansión del marxismo tuvo que enfrentarse a dos serios competidores, el primero lo formaban el anarquismo y el anarcosindicalismo, corrientes dominantes en esa época en los movimientos obreros y campesinos de América Latina, el segundo lo representa el socialismo reformista liberal, cuyo principal exponente es el argentino Juan B. Justo, y que representa, en

244 Fonet-Betancourt, Raúl, *Transformación del marxismo : historia del marxismo en América Latina*.

opinión de Fornet-Betancout, un “encuentro constructivo entre marxismo y positivismo”. Tampoco aquí, por tanto, existe una diferenciación con Europa, dónde Marx y Engels se enfrentan de un lado con bakuninistas y proudhonianos, y de otro con lesallanos. Tal vez por ello mismo, Fornet-Betancout no se detiene especialmente en estas etapas.

La tercera etapa se extendería entre 1919-29, y estaría definida por la expansión de la versión del marxismo ortodoxo de la tercera internacional difundida a través de los partidos comunistas. En este sentido, este autor señala la importancia del VI Congreso de la Internacional en cuanto se toma en consideración la importancia de América Latina. Con la difusión de la versión leninista del marxismo, las polémicas ideológicas y organizativas, la competencia, en definitiva, por extender el campo de influencia entre trabajadores, campesinos e intelectuales, se van a producir con los anarcosindicalistas, los socialistas y, sobre todo, los populistas.

Esta última dará lugar al más importante debate en esta etapa en torno a las aportaciones de Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui y Julio Antonio Mella. Los tres son intelectuales y dirigentes políticos, en un sentido similar a los que Anderson identifica en el marxismo clásico europeo (incluida Rusia). El primero es el dirigente e ideólogo del APRA, y su inicial referencia al marxismo se realiza en clave de su superación, al terminar concibiéndole como una teoría europea no apta para dar respuesta a las necesidades de las luchas populares en América Latina. Como señala Fornet-Betancout, “la obra temprana de Haya de la Torre, a pesar de todas las limitaciones o incoherencias que se quieran descubrir en ella, representa quizá el primer intento de inculturar el marxismo en América Latina”²⁴⁵. El APRA será un partido populista que, aunque nacido en Perú, extenderá su influencia por América Latina.

Mella será el encargado de rebatir las posiciones de Haya de la Torre desde una perspectiva ortodoxa según los cánones de la tercera internacional. Mella es un líder estudiantil cubano impulsor de diversas organizaciones. Con él se inicia una polémica que persistirá hasta la actualidad en América Latina, y otras partes del mundo, entre marxismo y populismo. Las críticas de Mella se dirigen especialmente a la estrategia anti-imperialista del APRA que prioriza la lucha nacional en América Latina, y a su rechazo a reconocer el papel dirigente del proletariado en cualquier alianza anti-

245 Fornet-Betancout, Raúl, *Transformación del marxismo: historia del marxismo en América Latina*, pág. 76.

imperialista, negando el líder cubano el potencial revolucionario que Haya de la Torre asigna a los pueblos nativos indoamericanos.

Mariátegui pertenece, cronológicamente hablando, a la etapa de Mella y Haya de la Torre pero, por su importancia, Fonet-Betancourt prefiere ubicarlo en una etapa aparte, muy corta, entre 1928-30, etapa a la que define por el intento de Mariátegui de “naturalizar el marxismo”. Esta interpretación del filósofo cubano se inscribe dentro de la tendencia que ve en el amauta el inicio de un marxismo latinoamericano y no una simple copia del marxismo eurocéntrico.

Mariátegui se diferencia tanto de Haya de la Torre como de Mella. “Si Haya de la Torre niega la universalidad del método marxista en nombre de la diferencia indoamericana y entiende con ello la inculturación del marxismo como superación de sus principios metodológicos de interpretación, Mariátegui entiende por su parte el marxismo como un método cuya universalidad radica justamente en su flexibilidad dialéctica, es decir, en su adaptabilidad a las circunstancias o realidades históricas más diversas”²⁴⁶

Pero tampoco es el de Mariátegui el mismo marxismo ortodoxo, leninista, que defiende Mella, para el peruano se trata de un marxismo no solo adaptado a las tradiciones de la realidad latinoamericana, sino que también introducirá en él elementos procedentes de otras escuelas filosóficas, como el vitalismo, que deforman sobremanera el núcleo de marxismo y convierten a Mariátegui en un autor muy herético. Pero nos ocuparemos de él con más detalle más adelante. Sin embargo, para Fonet-Betancourt el hecho de que el pensamiento de Mariátegui no fuese continuado significa una expresión de las limitaciones de los marxistas latinoamericanos. Efectivamente, desde el punto de vista de la praxis política, ninguna de las experiencias principales, ni secundarias, llevadas a cabo en América Latina por organizaciones vinculadas al marxismo se apoyaron en los desarrollos teóricos de Mariátegui.

La quinta etapa, entre 1930-40, estaría caracterizada por la “incorporación del marxismo al movimiento filosófico latinoamericano”, se trata de una etapa “de repliegue que se concretiza en la defensa improductiva de la ortodoxia oficial y que representa un claro retroceso con respecto al nivel teórico alcanzado por la obra del amauta.”²⁴⁷ Es decir, el retroceso, o “empobrecimiento del marxismo”, se entiende como la hegemonía

246 Fonet-Betancourt, Raúl, *Transformación del marxismo: historia del marxismo en América Latina*, pág. 109.

247 *Ibíd.*, pág. 147

alcanzada en América Latina en esa etapa por el marxismo europeo. Pero aquí hay una falta de rigor por parte del filósofo cubano, pues debería referirse, en todo caso, a la preponderancia del marxismo soviético, stalinista, y no del europeo, pues como ha señalado Anderson, en esta época ya es patente la existencia de un marxismo occidental, analizado en un capítulo anterior, y del que no parece haber rastro de su influencia en América Latina, pues habrá que esperar hasta unos años más tarde para detectar esa influencia a través de las obras de Gramsci y Althusser.

Para Anderson, el marxismo europeo, a pesar de su productividad intelectual, sobre todo en el plano filosófico, se habría empobrecido al perder su contacto con los movimientos políticos y de masas y no ocuparse de problemas de estrategias y praxis políticas. Para Fornet-Betancourt, por el contrario, el empobrecimiento del marxismo latinoamericano en esta quinta etapa se debería a que el programa de “inculturación del marxismo” iniciado por Mariátegui habría sido reemplazado por “un proyecto pseudomarxista de transplatación mimética de los análisis y postulados del marxismo-leninismo de la tercera internacional, que ya para esta época empezaba a estar bajo los dictámenes del «marxismo-leninismo-stalinismo».”²⁴⁸

La situación de “empobrecimiento teórico” en esta etapa solo tendría una excepción en la figura del psicólogo y ensayista argentino Aníbal Ponce, pero no porque se tratase de un innovador del marxismo para inculturarlo a las condiciones latinoamericanas, pues se trata de un “anti-Mariátegui”, sino por la aplicación del marxismo ortodoxo, es decir, eurocéntrico, “con coherencia y rigor”. Así, los criterios de Fornet-Betancourt para salvar de la mediocridad a los pensadores marxistas latinoamericanos serían o la heterodoxia tendente a la inculturación o la aplicación con rigor metodológico del marxismo ortodoxo porque le facilitarían su incorporación a los “ambientes filosóficos, y culturales en general, del subcontinente.”

Ya hemos señalado que el programa de Mariátegui no orientó ninguna praxis política importante. Recordemos que en esta etapa, el empobrecimiento teórico del marxismo latinoamericano es acompañado de una importante actividad de los partidos comunistas, en una primera parte llevando a cabo ensayos insurreccionales como los de El Salvador en 1932 y Brasil en 1935, y en una segunda parte impulsando las tácticas de los frentes

248 Fornet-Betancourt, Raúl, *Transformación del marxismo: historia del marxismo en América Latina*, pág. 148

populares que les hizo salir en muchos países de la marginalidad para alcanzar influencia en capas sociales más amplias.

La sexta etapa, entre 1941-58, es en realidad una prolongación de la anterior, en cuanto es una etapa de hegemonía stalinista y, por tanto, caracterizada por el “estancamiento dogmático del marxismo” que conoce una agudización en estas casi dos décadas. La severa descripción por parte de Fornet-Betancourt no deja lugar a dudas,” El marxismo degenera, por lo general, en un ejercicio de «administración» y de aplicación de un cuerpo doctrinal muerto.”²⁴⁹

Situación que se encuadra dentro de un comportamiento contradictorio por parte de los partidos comunistas, que conocen un importante éxito e influencia, especialmente en la primera parte de esta etapa, a los que seguirán el declive de la segunda parte. Este auge se basa en dos circunstancias ajenas a los propios comunistas y a la situación latinoamericana, la primera es la invasión nazi de la Unión Soviética que impulsa las alianzas antifascistas en la región, la segunda es la influencia del browderismo²⁵⁰ que imprime una fuerte tonalidad reformista a algunos partidos comunistas. Sin embargo, el inicio de la guerra fría en 1947, y el giro izquierdista al que se ven obligados los comunistas, les lleva a un retroceso en su influencia social y política.

Fornet-Betancourt también parece identificar estancamiento teórico del marxismo con estancamiento filosófico del mismo, porque en esta etapa descrita con tanto pesimismo no deja de reconocer que si existieron debates concernientes a la praxis política, “Se entiende además, en el marco del contexto esbozado, que en la recepción latinoamericana del marxismo en esta etapa se prefieran aspectos políticos o de filosofía del Estado a cuestiones puramente metodológicas o epistemológicas. A diferencia de la etapa anterior tenemos, pues, que la discusión del status científico del marxismo pasa a un segundo plano, para dejar su lugar central ahora al debate de cuestiones pertenecientes al campo de la filosofía política o social.”²⁵¹ Reconoce que si existen intervenciones filosóficas marxistas como las de Adolfo Sánchez-Vázquez, Eli de

249 Fornet-Betancourt, Raúl, *Transformación del marxismo: historia del marxismo en América Latina*, pág. 197.

250 Earl Browde fue un dirigente del partido comunista de Estados Unidos, había intentado compaginar la tradición comunista y la democrática norteamericana. En 1944, y a partir de los acuerdos de la Conferencia de Teherán, llegó a la conclusión de que el capitalismo y el comunismo estaban abocados a colaborar, lo cual se tradujo en la conversión del PC en Asociación Política Comunista. En 1945 se volvió a reconstruir el PC y Browde fue expulsado del mismo.

251 Fornet-Betancourt, Raúl, *Transformación del marxismo: historia del marxismo en América Latina*, pág. 208.

Gortari o Astrada, pero a los dos primeros los considera irrelevantes al estar encuadrados en el esquema del dogmatismo ortodoxo, y el tercero está demasiado influenciada por Heidegger, aunque termine adhiriéndose al marxismo.

La séptima etapa, entre 1959-91, es caracterizada por los nuevos ensayos por conseguir naturalizar el marxismo en América Latina que, en opinión de Fornet-Betancourt, sería una “recuperación del programa de Mariátegui”. Por supuesto, el inicio de la etapa lo marca el triunfo de la revolución cubana, la cual, junto con la crisis de la ideología desarrollista, sería un elemento esencial para la aparición de nuevos planteamientos teóricos y prácticos derivados del marxismo. Otros elementos que empujaría en la misma dirección serían la difusión de los *Manuscritos económicos y filosóficos* de Marx, de las obras de Gramsci y, un poco más tarde, las de Althusser.

Lo que no se entiende muy bien es porque Fornet-Betancourt considera a estas tres últimas contribuciones como elementos importantes para el desarrollo de un marxismo latinoamericano cuando son claramente importaciones teóricas procedentes de Europa. Lo cual plantea una vez más que la referencia a un pretendido marxismo latinoamericano es bastante ambigua, y que, si bien puede ser una etiqueta para clasificar a algunos autores a través de algunos rasgos comunes, como Anderson utilizó la de marxismo occidental para clasificar a otros, sin embargo, al igual que en este último caso, la utilización de etiquetas es poco clarificador.

El primer resultado específico de la nueva etapa son las teorías de la dependencia que, en opinión de Fornet-Betancourt, “no se formula como una alternativa ante la teoría marxista-leninista del imperialismo. Se concibe más bien en términos de una visión complementaria y enriquecedora de la marxista cuya fundamentación específica se debe a la peculiar situación histórica del subcontinente.”²⁵²

El segundo resultado son las aportaciones teóricas de Ernesto Che Guevara, al que nuestro autor no le concede tanta atención y, por tanto, tanta importancia, como a Mariátegui, y sobre el cual nos detendremos más extensamente más adelante.

El tercero de los resultados sería la importancia que adquiere la difusión de la teología de la liberación, impulsada por la segunda conferencia del episcopado latinoamericano

252 Fornet-Betancourt, Raúl, *Transformación del marxismo: historia del marxismo en América Latina*, pág. 243.

celebrada en Medellín en 1968, y que contribuiría a la convergencia entre cristianos y marxistas, con su punto álgido en la revolución nicaragüense.

Sobre la relación entre la teología de la liberación y el marxismo señala uno de los principales defensores de la primera que “es en la praxis donde se encuentra en América Latina la teología de la liberación con los marxistas y el marxismo, y que a partir y en función de la liberación integral de los pobres hace del marxismo un uso puramente instrumental, rechazando críticamente sus aspectos filosóficos incompatibles con una visión cristiana del hombre y de la historia e incorporando algunas de sus «indicaciones metodológicas» que se han manifestado fecundas para la comprensión del mundo de los oprimidos. Entre ellas están la importancia de los factores económicos, la atención a la lucha de clases y el poder mistificador de las ideologías incluidas las religiosas.”²⁵³

Miguel Concha Malo rechaza, por un lado, que la teoría de la liberación se pueda entender como una continuación del diálogo filosófico y teórico de la década de 1960 establecido en Europa entre marxistas y cristianos y, por otro lado, considera que el diálogo ha sido posible gracias a la evolución del marxismo, que en América Latina ha dejado de ser simple imitador del “elaborado en otras latitudes.”

En este contexto, Fonet-Betancourt señala que el marxismo se incorpora claramente “a la cultura universitaria y científica del subcontinente”, y señala a cuatro autores como los principales exponentes del nuevo intento de desarrollo creativo del marxismo en América Latina, representando “cuatro modelos teóricos distintos para la interpretación innovadora del marxismo”: Ernesto Che Guevara, Juan David García Bacca, Adolfo Sánchez Vázquez y Enrique Dussel.

A Ernesto Che Guevara y a José Carlos Mariátegui les dedicaremos un subapartado de este capítulo por ser dos casos al que la mayoría de los autores que se han ocupado del marxismo en América Latina les consideran relevantes como innovadores teórico-prácticos del marxismo latinoamericano. Siendo distintos los casos de Sánchez-Vázquez y Dussel, que cobran especial importancia en la obra de Fonet-Betancourt debido a que ésta enfatiza especialmente el estudio de la vertiente filosófica del marxismo. En cualquier caso, tomando en cuenta las características clasificatorias utilizadas por Anderson, si Mariátegui y Ernesto Che Guevara estarían entre los marxistas clásicos por

253 Concha Malo, Miguel, “La teología de la liberación”, en *La teoría social latinoamericana. Tomo III. La centralidad del marxismo* págs. 181-2.

su rol intelectual y dirigente a la vez, Sánchez-Vázquez y Dussel son dos intelectuales más próximos al modelo del marxista occidental. Consciente de esta similitud, Néstor Cohan intenta, sin embargo, marcar las diferencias de Sánchez-Vázquez, y por extensión podríamos decir que de Dussel, en el sentido de que si el marxismo occidental fue la consecuencia del fracaso de las revoluciones europeas de la década de 1920, el giro al marxismo crítico del pensador hispano-mexicano es fruto de la victoria de la revolución cubana. Pero no cabe duda de que, más allá de las circunstancias del origen de unos y otros, es evidente que ambos casos coinciden en un punto fundamental, el peso que en el pensamiento de todos estos autores juegan los temas epistemológicos y estéticos.

En el pensamiento de Sánchez Vázquez hay dos etapas diferenciadas, una primera de claro carácter ortodoxo, y una segunda, a partir de 1960, en la que se sitúa dentro del marxismo crítico. En dicho giro influirían la revolución cubana por un lado, y la recepción del marxismo crítico europeo, por otro, con especial peso del gramsciano, y daría lugar al ensayo de recomposición de la filosofía marxista bajo la etiqueta de filosofía de la praxis, “lo que se pretende es potenciar la actualización de la teoría marxista en su característica de teoría de la transformación del mundo; pero sin olvidar que el carácter del marxismo como filosofía de la transformación del mundo debe poder remontarse a su constitución científica.”²⁵⁴

En Dussel, como en Sánchez Vázquez, también pueden diferenciarse dos etapas, pero en lugar de transitar, como en el caso del primero, desde un marxismo ortodoxo a otro crítico, el filósofo argentino transita desde una posición inicial antimarxista hasta una asimilación crítica de la filosofía marxista, una “convergencia metodológica con Marx”.

Partiendo de la categoría de “exterioridad” como base esencial de su filosofía de la liberación se acerca al marxismo aceptando su dialéctica, pero señalando inicialmente que es incompleta porque le falta “la categoría de alteridad”, y haciendo una relectura posterior de Marx para concluir que “la categoría por excelencia de Marx no es la «totalidad» sino la «exterioridad»”²⁵⁵, y que la dialéctica de Marx no parte tanto de Hegel como del Schelling tardío. Esto supone un nuevo intento de reinterpretar a Marx en una perspectiva latinoamericana.

254 Fornet-Betancourt, Raúl, *El marxismo en América Latina*, pág. 285.

255 *Ibidem*, pág. 303

Lo fundamental de Dussel es que no le interesa tanto la teoría de Marx como su método. “Marx representa, pues, un modelo de pensamiento crítico del cual no se debería tomar tanto la teoría ya elaborada en la ejecución de la crítica histórico-práctica (por ejemplo, la crítica al capitalismo, hecha por el propio Marx), como la perspectiva metodológica de la dialéctica crítica [...] Entendiendo que la herencia viva de Marx no es una «doctrina», sino un «método abierto», plantea, pues, Dussel que el marxismo latinoamericano tiene que entenderse como una tentativa expresa de continuación creativa del método de Marx.”²⁵⁶

Esta operación conlleva una previa crítica no solo al marxismo “canonizado” y dogmático anterior, sino “a los límites del trabajo teórico del propio Marx”, rechazando que pueda contener “toda la teoría posible”. Nos encontramos, pues, ante un sistema filosófico que vuelve a poner el énfasis en la epistemología y la metodología.

La importancia de esta reformulación de la teoría de la praxis que inicia Sánchez-Vázquez puede verse desde dos puntos de vista. El primero, de menor importancia, es que, entre las décadas de 1970-80, se adscribieron a ella un número importante de intelectuales como recuerda Valqui Cachi, “Gabriel Vargas Lozano, Roberto Escudero, Jaime Labastida, Bolívar Echeverría, Juliana González, José Luis Balcárcel, Jorge Juanes, Teresa Conde, Silvia Durán Payán, Samuel Arriarán, Juan Mora Rubio, José Ignacio Palencia, Jorge Martínez Contreras, Griselda Gutiérrez Castañeda, Carlos Pereyra y Andrea Sánchez.”²⁵⁷

El segundo, de más calado, tiene que ver con la situación del marxismo en América Latina. Hemos visto en las páginas anteriores que el desarrollo estuvo marcado por la tensión entre dos polos opuestos. El primero lo representó el marxismo ortodoxo soviético de carácter stalinista, hegemónico durante las tres décadas que van de 1930 a 1960. El segundo lo representó un marxismo latinoamericanista con un perfil muy diferente del primero, con importante influencia en dos períodos separados, el primero en la década de 1920 bajo la influencia de Mariátegui, y el segundo en la década de 1960 bajo el impacto inicial de la revolución cubana y el pensamiento de Ernesto Che Guevara. Entre estos dos polos existieron otras tendencias de menor importancia como el trotskismo y el maoísmo.

256 Fornet-Betancourt, Raúl, *El marxismo en América Latina*, pág. 308-9.

257 Valqui Cachi, Camilo, *La filosofía de la praxis en México ante el derrumbe del socialismo soviético*, pág. 92.

Pero esa tensión desapareció. El marxismo soviético fue desplazado en influencia por las consecuencias de la revolución cubana y, luego, con la debacle del socialismo real, terminó por desaparecer. El marxismo latinoamericano fue más inestable, su desaparición en la primera etapa ocurrió con la muerte de Mariátegui, en tanto que en la segunda etapa, cuya influencia fue más profunda y extensa, su desaparición tuvo lugar cuando se acumularon tres acontecimientos, la muerte de Ernesto Che Guevara, la “normalización” de la revolución cubana según el modelo soviético, y la derrota militar y política de los movimientos que se orientaron por el castro-guevarismo.

En todo caso, desde la década de 1990 los dos modelos de marxismo se habían agotado en el subcontinente y no existía en el horizonte ningún modelo claro de reemplazamiento. En este panorama, la filosofía de la praxis de Sánchez Vázquez, y en menor medida el modelo de Dussel, podían verse como una alternativa, pero ¿no juegan entonces el mismo papel que el marxismo occidental tras las derrotas de las revoluciones en Europa en la década de 1920 y aumenta con ello la similitud que antes habíamos evocado?

En un sentido parecido al de Fernet-Betancourt, pero con una visión más centrada en las aportaciones por países, se encuentra el trabajo de Pablo Guadarrama González²⁵⁸, que pone el énfasis en la producción teórica del marxismo latinoamericano con un mínimo de referencia a la praxis político-social.

El documento es una amplia visión de los intelectuales marxistas latinoamericanos y de sus principales obras, en la que destaca, tal como ocurre con el marxismo europeo-anglosajón, una explosión de contribuciones de muy diferentes tipos, especialmente a partir de la década de 1960, es decir, cuando se difunde ampliamente la educación universitaria y los intelectuales vinculados mayoritariamente a la universidad e influidos por el marxismo comienzan a hacer sus contribuciones en diferentes campos, aunque también aquí con hegemonía de la filosofía. Tal como ocurrió en el área europea-anglosajona, también en América Latina es posible hablar, entonces, de los mil marxismos.

El recorrido temporal que realiza el documento de Pablo Guadarrama abarca desde el socialismo utópico en el siglo XIX hasta finales del siglo XX y, dada la amplitud del mismo, el autor se inclina por seguir en su exposición un criterio basado en el origen

258 Guadarrama González, Pablo, *Bosquejo histórico del marxismo en América Latina*.

nacional de los diferentes autores, de manera que se pueda tener una visión amplia de las contribuciones marxistas en México, Colombia, Cuba, etc.

De manera secundaria se presta atención a la relación de esta producción intelectual con los acontecimientos de la época, o a la relación con discusiones más amplias en el seno del marxismo, refiriéndose sobre todo en este caso a la recepción e influencia de Gramsci y Althusser, o el impacto del existencialismo, o a una problemática específicamente latinoamericana como fue la relación del marxismo con sectores cristianos comprometidos en la lucha por la justicia social, cuya mejor expresión fue la teología de la liberación.

Del repaso realizado a las diferentes contribuciones se desprende la existencia de varios focos de interés principales en ellas. El primero, y esencial, es el análisis y discusión sobre la caracterización de la situación en América Latina en general o en sus respectivos países en particular, su naturaleza colonial o feudal, la situación específica y el papel a jugar por los sectores indígenas y campesinos, la situación de dependencia de la región en el sistema capitalista mundial, el carácter de la revolución que sería necesaria y las vías a emplear, las distintas experiencias prácticas que se desarrollaron, etc.

El segundo foco de interés está relacionado con diversos aspectos filosóficos del marxismo, como la epistemología, el componente humanista, cuestiones de ética y estética marxista, el método dialéctico, etc. En estas discusiones se enfrentaron de un lado, los autores que defendían las tesis oficiales de los partidos comunistas, alineados, a su vez, con las líneas estratégicas provenientes de la Unión Soviética y, de otros lado, las versiones heterodoxas del marxismo, representadas inicialmente por el trotskismo y, después, por el castrismo-guevarismo. Un tercer foco estaría compuesto por temas relativos al Estado, la democracia, las organizaciones políticas marxistas, estudios sobre importantes revolucionarios latinoamericanos como Mariátegui, Ernesto Che Guevara, Mella, etc. Finalmente, con la debacle del socialismo real, éste fue un tema del que se ocuparon varios autores.

Señalaremos a continuación, como muestra de la amplia producción teórica generada por el marxismo latinoamericano, a algunos de los principales intelectuales marxistas según la división por países que ha efectuado Pablo Guadarrama, en su documento esta lista es más amplia, y sin embargo no incluye a algunos autores que hemos mencionado

en otros lugares, siendo la ausencia más llamativa la de Ernesto Che Guevara. Sin embargo este listado de autores sirve como prueba de la existencia de una amplia producción intelectual del marxismo en América Latina.

No obstante, aún reconociendo la importancia que supone realizar un balance de este tipo con la cantidad de autores que se toman en cuenta, sin embargo, se deja sin clarificar cual sería la aportación original del marxismo latinoamericano desde la teoría. Como ya hemos señalado, esto no ocurre en el plano de la praxis política, dónde son claramente identificables esas aportaciones en las experiencias cubana, chilena o nicaragüense, o en las derivadas de la actividad de las organizaciones guevaristas-castristas. Más adelante nos ocuparemos de una discusión sobre la dificultad de referirse al marxismo latinoamericano como un cuerpo homogéneo y diferenciado.

En Argentina destacan Juan Bautista Justo (más como precursor que como auténtico marxista), Aníbal Ponce, Vittorio Codovilla (secretario general del partido comunista), Emilio Troise, Rodolfo Mondolfo (filósofo, profesor), Silvio Frondizi (profesor de derecho), J. Posadas (trotskista), Nahuel Moreno (trotskista), Sergio Bagú, Juan Carlos Portantiero, Oscar Terán y Adolfo Gilly (trotskista).

En México, Vicente Lombardo Toledano, Raúl Olmedo, Cesáreo Morales, Alberto Hajar, Carlos Pereyra Bodrini, José P. Miranda, Adolfo Sánchez-Vázquez, Gabriel Vargas Lozano, Roberto Hernández Oramas, Pablo González Casanova, Eli de Gortari (filósofo), Alonso Aguilar (economista), Héctor Guillen (economista), Enrique de la Garza (economista), Carlos Pereyra Bodrini, Francisco Piñón, Luis Salazar, Jaime Labastida, Alberto Saladino, Armando Bartra, Ana María Rivadeo, José Valenzuela, David Álvarez Saldaña, Adrián Sotelo Valencia, Víctor Rico Galán, Pablo Gómez, Lucio Oliver y Enrique Semo

En Perú, José Carlos Mariátegui, Hildebrando Castro Pozo, Ricardo Martínez de la Torre, Camilo Valqui Cachi, Hugo Blanco (trotskista), Anibal Quijano. En Boliva, José Antonio Arze y Arze, Guillermo Lora (trotskista), Arturo Urdiqui, Abelardo Villapando y Miguel Bonifaz. En El Salvador, Farabundo Martí y Schafik Handal

En Brasil, Caio Prado Junior, Nelson Werneck Sodré, Ruy Mauro Marini, Theotonio dos Santos, Enzo Faletto, Emir Sader, Jacobo Gorender, J. Luiz Marqués y Vânia Bambirra. En Cuba, Julio Antonio Mella, Carlos Rafael Rodríguez, Thalia Fung, Pablo

Guadarrama González, Fernando Martínez Heredia, Carlos Tablada y Olga Fernández Ríos

En Colombia, Antonio García, Luis Eduardo Nieto Arteta, Mario Arrubia, Alvaro Tirado Mejías, Francisco Posada, Darío Mesa, Gilberto Vieira (secretario general del partido comunista), Álvaro Delgado (historiador), Julio Silva Colmenares (economista), Salomón Kalmanovitz (economista), Nelson Fajardo, Fermín González (trotskista), Rubén Jaramillo Vélez, Estanislao Zuleta (filósofo), Jorge Gantiva, Fabián Acosta y Sergio de Zubiría.

En Chile, Luis Vitale, Volodia Teitelboim, Luis Corvalán, Clodomiro Almeida, Oscar Waiss y Marta Harnecker. En Uruguay, Emilio Frugoni y Rodney Arismendy (secretario partido comunista). En Ecuador, Agustín Cueva y Bolívar Echevarría. En Nicaragua, Carlos Fonseca Amador, Ricardo Morales Avilés y Tomás Borge. En Honduras, Longino Becerra. En Costa Rica, Frank Hinkelammert y Helio Gallardo.

En Venezuela, Ludovico Silva, José Rafael Nuñez Tenorio, Domingo Alberto Rangel, Germán Carrera Damas, Carlos Kohn, Omar Astorga, Hugo Calello, Héctor Malavé Mata y José Silva Michelena.

Omar Acha y Débora D'Antonio plantean, por su parte, una aproximación diferente de las anteriores al marxismo latinoamericano, dónde la hipótesis central es que no se puede hablar de tal cosa de manera indiferenciada, sino que “las variaciones de las formas del marxismo latinoamericano corresponden con las zonas socioeconómicas y culturales que matizan su extensión territorial.”²⁵⁹

El marxismo latinoamericano representaría una variedad respecto al marxismo “en general” -concepto del cual los autores dudan su existencia, pero que haría referencia a los aspectos más universalistas de éste y que se vincularían a su versión eurocentrista-basada en las singularidades propias del subcontinente, aunque esos rasgos de originalidad no sean “fácilmente discernibles”. De hecho, señalan que, aunque es un concepto muy extendido entre los intelectuales de América Latina, apenas es tenido en cuenta por los intelectuales de fuera de la región que han estudiado la trayectoria del marxismo o en las grandes compilaciones de éste.

259 Acha Omar, D'Antonio Débora, *Cartografía y perspectivas del “marxismo latinoamericano”*, pág. 2.

Sin embargo, si recogen la opinión de Néstor Kohan el cual, coincidiendo con Löwy y otros autores sobre los caracteres del marxismo dominante en el período comprendido entre 1929-59 como “ortodoxo, economicista, universalista, deductivo y reformista”, opone las características diferenciadas del marxismo propiamente latinoamericano que serían las de “heterodoxia, culturalismo, voluntarismo, romanticismo y antiimperialismo, todas ellas anudadas al socialismo.”²⁶⁰ Estas cualidades estarían vinculadas al período anterior y al posterior, y representadas por el pensamiento de Mariátegui y Ernesto Che Guevara.

La cuestión es que dichas cualidades no se oponen solamente al marxismo hegemónico en las décadas que van del 30 al 60 en el siglo XX, y que sería la versión stalinista de la tercera internacional, ni al vinculado anteriormente a la segunda internacional, sino que algunas de ellas son extrañas a la propia versión original del marxismo. Aunque también podría alegarse que con ellas el marxismo latinoamericano formaría parte del modelo más amplio de marxismo crítico que Alvin Gouldner oponía al marxismo científico.

Lo que parece más claro para estos autores es que el marxismo latinoamericano es fruto, en todo caso, de una historia repleta de “intercambios y contaminaciones” con diferentes ideologías, “el nacionalismo revolucionario (en sus múltiples figuras según países y regiones), el antiimperialismo, el juvenilismo, el feminismo, la pedagogía crítica, el ecologismo, la teología de la liberación, el indigenismo, la teoría postcolonial, entre otras.”²⁶¹

Otro punto en el cual el estudio de Omar Acha y Débora D’Antonio se diferencia de los anteriores es que extiende su análisis más allá de 1980, tomando en cuenta los efectos derivados de la debacle del socialismo real. Así, en el período comprendido entre 1980-2000 se produce “un desencanto masivo de la intelectualidad con el marxismo, el pasaje a posiciones postmarxistas o francamente liberales (Castañeda, 1995), el fin de la seducción del foquismo y el concepto de revolución social radical”, y con variaciones nacionales “el desplazamiento paradigmático del marxismo constituye una situación extensible a todo el subcontinente, exceptuando a Cuba.”²⁶² Solo con el cambio de siglo advierten la posibilidad de una fase diferente, pero reconocen que se trata de una fase abierta en la que ninguna de las experiencias en marcha aspira a erigirse como modelo

260 Acha Omar, D’Antonio Débora, *Cartografía y perspectivas del “marxismo latinoamericano”*, pág. 14.

261 *Ibidem*, pág. 34.

262 *Ibidem*, pág. 15.

continental, aunque obvian señalar que el marxismo juega como mucho un papel totalmente marginal en dichas experiencias (Venezuela, Bolivia, Ecuador o Brasil).

Estos autores ponen en duda tanto la existencia de un marxismo latinoamericano, como su diversidad según las situaciones nacionales, y se inclinan por diferenciar el marxismo de la región según “ambientes culturales” en los que se habría aclimatado el marxismo, “1, el Brasil; 2, el eje rioplatense y chileno; 3, el espacio andino; 4, el de la ex gran Colombia; 5, el centroamericano y mexicano; 6, el caribeño.”²⁶³ Existirán, por tanto, una serie de características que les mantiene relacionados, pero se muestra muy complicado extender a todo el subcontinente una única versión de marxismo latinoamericano, que necesita, por el contrario, “las debidas operaciones de traducción”.

Por último, es necesario referirse a una corriente de pensamiento marxista latinoamericana centrada especialmente en los aspectos económicos, que aportó un análisis original de explicación sobre las condiciones de subdesarrollo del subcontinente, se trata de la teoría de la dependencia en su vertiente marxista, pues esta teoría tuvo otras dos vertientes diferentes representadas, de un lado, por el pensamiento en torno a la CEPAL y su principal teórico, Raúl Prebisch, y, de otro lado, la que representó Fernando Henrique Cardoso.

En una de las varias clasificaciones realizadas sobre las teorías de la dependencia, la de Gabriel Palma, que recoge Camilla Dos Santos, se diferencian tres enfoques, “el primer grupo fue iniciado por Frank y seguido por Dos Santos, Marini, Caputo y Pizarro [...] este grupo intenta elaborar una “teoría del subdesarrollo”, negando la posibilidad de desarrollo capitalista en la periferia, al considerar que este sistema sólo puede llevar al “desarrollo del subdesarrollo”. El segundo grupo destacado por Palma está constituido por investigadores asociados a la CEPAL, como Sunkel y Furtado, que se dedicaron a analizar los obstáculos que enfrenta el desarrollo capitalista en la periferia [...] El tercer grupo, para Palma, lo constituye el enfoque que evita «desarrollar una teoría mecánico-formal de la dependencia, buscando en las situaciones concretas» (Palma, 1987, p. 49). Este grupo está formado esencialmente por Cardoso y Faletto”²⁶⁴

263 Acha Omar, D’Antonio Débora, *Cartografía y perspectivas del “marxismo latinoamericano”*, pág. 24.

264 Dos Santos Nogueira, Camilla, *La situación actual de la teoría marxista de la dependencia: un estudio de los debates contemporáneos en torno a las nuevas formas de dependencia*, pág.37.

La vertiente marxista se enfrentó a las otras dos y, a la vez, tuvo conexiones con otros pensadores estadounidenses que desarrollaron teorías diferentes pero con puntos comunes, por un lado con la teoría centro-periferia del primer André Gunder Frank, y por otro, con la teoría del sistema-mundo de Immanuel Wallerstein.

El origen de la teoría de la dependencia se sitúa en la década de 1960 en Brasil a partir de una serie de profesores - Dos Santos, Marini, Bamberger, Abramo, etc. -, pero con el golpe militar en ese país en 1964 se ven obligados a exiliarse a Chile, donde continúan desarrollando las ideas dependentistas hasta el golpe militar de 1973 que les obliga de nuevo a exiliarse, esta vez a México, donde la teoría de la dependencia alcanza el cénit de su desarrollo.

La corriente marxista de la teoría de la dependencia desarrollada en las décadas de 1960-70 es fruto principalmente de tres pensadores brasileños, Ruy Mauro Marini, Theotonio Dos Santos y Vania Bamberger. Su objetivo se orientó a establecer una nueva teoría explicativa del atraso económico en América Latina opuesta a la de carácter liberal (“teorías neoclásicas del comercio internacional”), dominante en las ciencias sociales, criticando y desmontando sus argumentos y sus promesas de una futura convergencia con las economías desarrolladas capitalistas.

“Los teóricos dependentistas que ofrecen interpretaciones marxistas están vinculados a la concepción de desarrollo presentada por Marx en torno a cuatro puntos: el primero se refiere a la concepción de que el subdesarrollo es condicionado por la expansión de los países industrializados; el segundo, por la idea de que el desarrollo y el subdesarrollo son componentes diferentes del mismo proceso; el tercero es la defensa de que el subdesarrollo no puede ser aceptado como la primera etapa del proceso desarrollista; finalmente, en cuarto lugar, por el hecho de que la dependencia también es resultado de una estructura interna y no solamente de una condición externa.”²⁶⁵

“La teoría de la dependencia afirmaba dos puntos cruciales en su crítica al desarrollismo: que la estructura interna de los países dependientes había sido forjada a partir de una relación de subordinación con el capital internacional, y que la acción de las condiciones externas sobre el proceso de desarrollo de los países periféricos, en una etapa de predominio de las fuerzas imperialistas y monopólicas en la economía internacional, limitaban grandemente las posibilidades de independencia de este

265 *Ibidem*, pág.26.

desarrollo. En el desarrollo de la teoría de la dependencia, Theotonio señala la formación de dos grandes líneas de pensamiento, que van a separarse progresivamente de sus identidades iniciales. Una marxista o de inspiración marxista, en la cual van a estar él mismo, además de Ruy Mauro Marini, Vania Bambirra y en parte André Gunder Frank. Otra, de origen weberiana, centrada principalmente en Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto.”²⁶⁶

La corriente marxista compartió algunos puntos con las otras dos, la sostenida por la CEPAL y la de Cardoso-Faletto, especialmente en señalar el retraso de la periferia en general, y de América Latina en particular, como consecuencia de los efectos de unos términos de intercambio que beneficiaba claramente a los países centrales del capitalismo. Pero a partir de ese punto, se distanciaban en el resto del análisis y propuestas políticas.

Tanto la CEPAL, con sus propuestas de sustitución de las importaciones, como Cardoso, que terminó aceptando las políticas neoliberales como un camino para alcanzar el desarrollo, buscaron cerrar la brecha del subdesarrollo dentro de las estructuras capitalistas con políticas de modernización que terminaron en ambos casos en fracasos.

Para la CEPAL, el deterioro histórico de los términos del intercambio podría ser superado mediante una industrialización interna basada en una política proteccionista y con ayuda de financiamiento externo de capitales, proceso en el cual el Estado juega un papel esencial para impulsar el desarrollo.

La vertiente marxista de la dependencia denunció la falacia de que el subdesarrollo pudiera superarse a través de medidas correctoras manteniendo las estructuras capitalistas. Su interpretación coincidía con la de André Gunder Frank.

“Los autores marxistas conceptualizaron el subdesarrollo desde una expectativa socialista próxima. Cuestionaron los mitos liberales, analizaron los desequilibrios de la industrialización desarrollista y explicaron el atraso por los efectos del capitalismo dependiente. Marini indagó el fordismo obstruido, la superexplotación, el ciclo dependiente y la doble dimensión del subimperialismo. Dos Santos teorizó la diferencia entre polarización económica y dependencia política, y Bambirra distinguió las

266 Martins, Carlos Eduardo, *Theotonio Dos Santos: introducción a la vida y obra de un intelectual planetario*, pág. 20.

variantes desiguales del subdesarrollo. Asignaron un status científico a su concepción y evaluaron la especificidad de América Latina en el universo periférico. El enfoque metrópoli-satélite de Frank tuvo afinidades con la visión marxista, pero sólo postuló un encadenamiento de excedentes tras pasados al centro. No registró bifurcaciones internas, omitió a sujetos sociales y presentó erróneamente a las clases dominantes como segmentos lumpenizados.”²⁶⁷

Camilla Dos Santos señala las conexiones de la teoría de la dependencia con pensamientos análogos desarrollados en otras partes del mundo, citando para el caso africano las teorías de Samir Amin y de Tamas Sentzes, y para Asia, las de Ngo Man Lan, pero también con las obras de otros pensadores ubicados en los países desarrollados como son el caso de Paul Baran y Paul Sweezy, o A. Emmanuel.

Igualmente, en su tesis se ocupa de los análisis de la teoría de la dependencia aplicados a la nueva situación originada con la globalización neoliberal a finales del siglo XX y principios del XXI, citando a una serie de nuevos autores herederos de las teorías dependentistas anteriores, “Jaime Osorio, Cristóbal Kay, Emir Sader, Eder Sader, Orlando Caputo, Thomas Vasconi, Nelson Gutiérrez, Ana Esther Ceceña, Mária Millán, Francisco López Segrera, Esthela Gutiérrez Garza, Adrián Sotelo Valencia, Nildo Ouriques, Carlos Eduardo Martins, Roberta Traspadini, Marcelo Carcanholo e Irma Balderas, así como destacados representantes del pensamiento crítico mundial como Otto Kreye, Emmanuel Wallerstein, Giovanni Arrighi, Ronald Chilcote, Samir Amin, Pierre Salama y Valdimir Dadydov.”²⁶⁸ Autores que se mueven dentro de “tres grandes marcos de análisis: sistema mundial y hegemonía, globalización y financiarización, y capital y trabajo”²⁶⁹

267 Katz, Claudio, *El surgimiento de las teorías de dependencia*.

268 Dos Santos Nogueira, Camilla, *La situación actual de la teoría marxista de la dependencia: un estudio de los debates contemporáneos en torno a las nuevas formas de dependencia*, pág.70

269 *Ibidem*, pág. 71

El marxismo latinoamericano

Con ello queremos decir que el conjunto de categorías, leyes e hipótesis que constituyen la teoría de Marx son inevitablemente históricas y, por tanto, siendo eficaces para nombrar y explicar la realidad histórica que envuelve a Marx, pierden consistencia cuando se emplean en otras realidades históricas a las cuales son inherentes otras formas de existencia de lo real y otras “regularidades”. Que el propio Marx percibe así la relación entre teoría y realidad se evidencia en el cambio de su sistema de orientación teórico cuando el tema de su reflexión pasa del capitalismo occidental y europeo de Inglaterra a la realidad asiática y colonial o simplemente colonial. Comprender esta relación nos permite entonces entender los recentramientos del pensamiento de Marx y los cambios en los “núcleos racionales” que definen el pasaje de una a otra etapa de su desarrollo.

Marx y América Latina.

José Aricó

Entre los diversos estudios que se han ocupado de analizar la evolución del marxismo en América Latina hay una coincidencia, aunque con diferente énfasis, en señalar a dos autores, Mariátegui y Ernesto Che Guevara, como las dos principales aportaciones, por su originalidad e influencia, al intento de construir un marxismo latinoamericano. Es por esta razón que vamos a dedicarles un poco más de atención al final de este capítulo. Junto a ellos también nos detendremos en otra expresión de una lectura heterodoxa del marxismo, ya en el siglo XXI, con un cierto impacto en el subcontinente y fuera de él, nos referimos a las aportaciones de Álvaro García Linera.

En Mariátegui se pueden diferenciar dos campos en su heterodoxia, uno en el nivel práctico y otro en el teórico. En cuanto al primero, se trata de una propuesta de adaptación del marxismo a las condiciones socioculturales y económicas de América

Latina con objeto de llevar a cabo la transformación socialista en unas condiciones totalmente diferentes de las existentes en la Europa del siglo XIX o las dos primeras décadas del XX. Con ello se está haciendo referencia a un problema al que se ha tenido que enfrentar el marxismo durante la mayor parte de su existencia, y al que ya hemos hecho alusión varias veces con anterioridad. Elaborada esta teoría en el seno de lo que ella misma concebía como el último eslabón histórico de los desarrollos de los modos de producción, su objeto era el análisis del capitalismo para explicar y justificar el porqué este último modo de producción conocido tendría que ser la última sociedad escindida entre opresores y oprimidos, entre explotadores y explotados, para dar paso, a través de una revolución, al comunismo.

En Europa occidental, cuna y mejor expresión del capitalismo en su época, el marxismo se fue haciendo con la hegemonía dentro de los movimientos y organizaciones que luchaban contra el capitalismo y sus efectos. Pero Europa era una parte reducida del mundo, y en el resto del planeta existían situaciones de dominación más agudas que en seno del capitalismo industrial europeo. Inicialmente, cuando Marx y Engels se enfrentaron, esporádicamente, a este problema, su posición fue la de que el capitalismo era un régimen opresivo y explotador, pero constituía una etapa necesaria para los pueblos y naciones situados en un nivel de desarrollo más retrasado. El socialismo solo podría surgir cuando el capitalismo hubiese completado sus potencialidades de desarrollo y hubiese agotado todas sus contradicciones, y el sujeto para llevar a cabo esta tarea sería el proletariado.

Pero las situaciones de injusticia, miseria y opresión en los países atrasado originaban movimientos de protestas o revoluciones, como la de los populistas rusos contra la autocracia zarista, la revolución mexicana, el nacionalismo irlandés, o las grandes revoluciones campesinas chinas del siglo XIX, por citar algunas de las más conocidas, que no tenían un fundamento en la explotación capitalista del trabajo asalariado.

Así que, de un lado, algunos de los movimientos y líderes de estos movimientos y revoluciones interpellaron al marxismo en busca del apoyo de una teoría que empezaba a gozar de gran prestigio por su nivel de elaboración, fue el caso, por ejemplo, de los populistas rusos o de la primera etapa de Haya de la Torre y el APRA. Y de otro lado, Marx y sus continuadores también empezaron a tomar en consideración esta situación. Las respuestas fueron variadas, por ejemplo, en China las rebeliones campesinas dieron

un giro a partir de 1929 cuando el surgimiento del PC Ch las terminó encauzando hacia una revolución cuyo modelo era el leninismo, pero con una estrategia diferente, su base de apoyo social principal para alcanzar el éxito en la revolución fue el campesinado, pero no se apoyó en las instituciones organizativas de éste para transitar al comunismo, sino que aplicó el modelo de Estado-partido soviético.

Marx, ya lo hemos visto, tuvo, en opinión de algunos intelectuales marxistas, un cambio importante en su visión de la revolución y la transición al socialismo a partir de su toma en consideración de las potencialidades de la comuna rural rusa que, sin embargo, no fue tomada en cuenta para nada cuando llegó el triunfo de la revolución bolchevique.

La corriente principal del marxismo en América Latina estuvo vinculada inicialmente a la segunda internacional y, luego, a la tercera y a la Unión Soviética. A pesar de las grandes diferencias entre ambos períodos de influencia, ambas coincidían en la visión del primer Marx, es decir, en la necesidad de una estrategia etapista que rechazaba la posibilidad de un salto directo desde las condiciones socioeconómicas latinoamericanas al socialismo. Sin embargo, como también se ha comentado, esa corriente principal fue desafiada por una visión diferente a la que pertenecen los dos autores siguientes que vamos a analizar.

José Carlos Mariátegui

Mariátegui fue el primero de los teóricos en contestar a la corriente principal, en favor de propiciar una revolución socialista apoyándose en los elementos y condiciones disponibles en América Latina. En sus ensayos sobre Perú, Mariátegui plantea dos presupuestos novedosos en la ortodoxia marxista vigente en ese momento, el primero es el papel indispensable a jugar por el campesinado y los pueblos indígenas latinoamericanos en una situación en que la clase trabajadora era minoritaria, el segundo es la revalorización de las instituciones comunitarias heredadas de la época incaica entre los pueblos indígenas de Perú. Se trataba de un claro corte con la lectura marxista contenida en *El Manifiesto* o en *El Capital*, un rechazo de la arista eurocéntrica del marxismo, pero sin renunciar a él como haría Haya de la Torre. No era el primero en realizar tal intento -los bolcheviques también lo habían hecho, y Gramsci señaló por ello

mismo que la revolución soviética lo fue contra *El Capital*, y el maoísmo llevó a cabo con éxito una revolución socialista de base campesina- pero su heterodoxia era más profunda, pues los bolcheviques rechazaron apoyarse en la comuna rural rusa para construir el comunismo, aunque si adoptaron una política de alianzas con el campesinado, siempre en posición subordinada al proletariado, pues era el programa de este último el que se trataba de llevar a la práctica.

Mariátegui planteaba, pues, el paso directo a la construcción del socialismo desde las condiciones concretas de Perú, y por extensión en otros países latinoamericanos, rechazando la necesidad de una etapa capitalista previa, tanto por el peso del imperialismo en el subcontinente, como por el imposible papel progresista de la burguesía nacional. En ese paso directo jugarían un papel esencial e imprescindible el campesinado y los pueblos indígenas, y las instituciones comunales incaicas. No es extraño, pues, que se haya señalado la similitud entre el proyecto de Mariátegui y el de los populistas rusos que interpelaron a Marx sobre las posibilidades de la comuna rusa. Y que, en consecuencia, los simpatizantes con Mariátegui, como iniciador de un marxismo latinoamericano, hayan insistido en el eventual giro profundo realizado por Marx a partir de su respuesta sobre la comuna rural rusa.

Si, a pesar de estas posiciones, Mariátegui considera su propuesta como socialista es porque busca conectarla con el proceso de revolución socialista internacional e integrar las reivindicaciones indígenas en el seno del proyecto socialista. “Se trataría de un socialismo antiimperialista identificado con las masas pobres de los campesinos, obreros e indígenas, y dando prioridad con ellas a la lucha por la liberación de la nación. Con este socialismo Mariátegui sintetiza la cuestión nacional con la cuestión de la revolución socialista.”²⁷⁰

Pero la heterodoxia de Mariátegui no se basaba exclusivamente en las necesidades derivadas de llevar a cabo una revolución socialista en Perú en las condiciones de su época, lo cual simplemente hubiese podido ser considerado fruto de un impaciente voluntarismo. Su propia concepción filosófica introducía, además, elementos bastante alejados del marxismo, cuyo objetivo no puede interpretarse únicamente como una forma de corregir el eurocentrismo marxista - tal como han sostenido algunos defensores de Mariátegui - pues para ello va a apoyarse en algunos autores y doctrinas

270 Fornet Betancourt, Raúl, *El marxismo en América Latina*, pág. 127.

también europeos, especialmente Sorel y el vitalismo de Bergson, aunque tampoco faltan otros autores tan alejados del marxismo como Unamuno, cuya figura realza el amauta. Respecto a Sorel, su influencia vendría a través de la lectura de Croce, y la de Bergson por su peso entre la intelectualidad limeña de su época. El significado del marxismo de Mariátegui, a partir del mestizaje con estos autores lo describe bastante bien Löwy: “La visión del mundo romántico-revolucionaria de Mariátegui, tal como está formulada en su ensayo de 1925, «Dos concepciones de la vida», se opone a lo que llama «filosofía evolucionista, historicista, racionalista» con su «culto supersticioso del progreso», un retorno al espíritu de aventura, a los mitos históricos, el romanticismo y el «quijotismo» (término que tomó de Miguel de Unamuno).”²⁷¹

Mariátegui concibe un marxismo abierto capaz de asimilar las nuevas corrientes de pensamiento que puedan enriquecerlo. En opinión de Fonet-Betancourt esta visión del marxismo por Mariátegui supone defender especialmente “la dimensión metodológica del marxismo” a la vez que “un marxismo ideológicamente definido [...] por la idea de la revolución socialista”.²⁷² Por esta razón, para el filósofo cubano, el marxismo de Mariátegui está recorrido por una “cierta ambigüedad [o] ambivalencia” que, sin embargo, en última instancia, forma parte de una reacción frente al avance del escepticismo y nihilismo provocado por la primera guerra mundial. Esta reacción impulsa al marxista peruano al “apuntalamiento definitivo de lo ideológico mediante su enraizamiento en lo mítico”²⁷³, alejándose del núcleo ortodoxo del marxismo, en opinión de Fonet-Betancourt, como rechazo de lo que contiene de “racionalismo y positivismo cientifista”, lo cual es una manera de subrayar su tendencia romántica y voluntarista.

En definitiva, Mariátegui busca con la incorporación del vitalismo de Bergson al marxismo “asegurar su función revolucionaria en la historia”, y el recurso a Sorel tiene como objetivo transformar la idea en mito, “factor o «carácter voluntarista» es el término con el que Mariátegui –acaso no muy felizmente– quiere poner de relieve la función religiosa y metafísica que tiene que asumir el marxismo en un mundo desorientado por la crisis del racionalismo.”²⁷⁴

271 Löwy, Michael, *El marxismo romántico de José Carlos Mariátegui*, pág. 3.

272 Fonet Betancourt, Raúl, *Transformación del marxismo: historia del marxismo en América Latina*, págs. 136-7.

273 *Ibidem*, págs. 143.

274 *Ibidem*, págs. 147.

Mariátegui es, por tanto, uno de los mejores representantes del tipo de marxismo crítico que analizaba Alvin Gouldner -o romántico en expresión de Löwy- y en el que mejor se condensan muchas de las características con las que definió ese modelo.

Ernesto Che Guevara

La segunda gran influencia ejercida en el marxismo latinoamericano es la de Ernesto Che Guevara. Si en Mariátegui destaca fundamentalmente su papel de teórico marxista, y su faceta de organizador político apenas es mencionada por ninguno de los que le han estudiado a fondo por ser una aportación menos trascendente, en Ernesto Che Guevara, sin embargo, se pueden diferenciar claramente tres facetas con un peso importante: la de dirigente guerrillero, primero en la revolución cubana y, luego, en la guerrilla de Bolivia, y en menor medida en su intervención africana; la de gestor político y económico durante un período en la triunfante revolución cubana y; finalmente, la de teórico marxista con sus obras y escritos.

Por supuesto, sobre la obra y vida del Che se han escrito una inmensidad de libros y artículos, en las que, según el autor que se trate se ha puesto más énfasis un aspecto que en los otros. Los más guevaristas, buscando la propaganda más que el análisis objetivo han resaltado sobre todo la faceta de activista y, también, la de teórico. Y, así, se ha terminado creando un héroe y un modelo de comportamiento revolucionario entregado que se ha desgastado con el tiempo, e incluso ha sido “comercializado” por la sociedad burguesa. No cabe duda de que Ernesto Che Guevara representa un caso único de revolucionario socialista en el sentido de que una vez obtenido el triunfo revolucionario, y tras una breve experiencia de dirigente-gestor en el nuevo Estado, vuelve a una actividad guerrillera en unas condiciones casi imposibles. Este comportamiento insólito ha provocado discusiones sobre sus motivaciones últimas. ¿El peso de su tendencia revolucionaria romántico-voluntarista de extender la revolución por América Latina? ¿El abandono de Cuba y sus responsabilidades político-económicas porque el país caribeño se encaminaba hacia un modelo, el soviético, que él había criticado?

Pero, desde el interés que guía este libro, nos interesan más sus facetas de teórico y de gestor político-económico, para conocer hasta que punto su influencia tuvo un peso

importante, y si podía formar parte de algún tipo de cuerpo teórico del marxismo latinoamericano. Porque es imposible, como en cualquier otro teórico que ha tenido la oportunidad de llevar a la práctica desde posiciones de poder conquistadas sus planteamientos teóricos, separar ambos niveles. La praxis de la construcción del socialismo, una vez conquistado el Estado, se convierte en una evaluación real de la factibilidad de las propuestas teóricas. En el caso de Ernesto Che Guevara, ya se puede avanzar, sus propuestas teóricas no solo no dieron resultado cuando él ejerció responsabilidades estatales en la revolución cubana, sino que ésta las abandono definitivamente con posterioridad.

Habría que empezar tomando en cuenta la advertencia que señala Néstor Cohan sobre el hecho de que Ernesto Che Guevara nunca tuvo la pretensión de realizar aportes originales a la teoría marxista, en principio, según Cohan, porque el Che no tenía la formación académica adecuada para ello, y señala en este sentido a los filósofos, sociólogos o economistas -lo cual no creemos que tenga que ser un requisito indispensable para ello- pero, sobre todo, porque más que otro intelectual que añadiese su contribución en el campo teórico, “se consideraba parte de una experiencia histórica”. En el mismo sentido se expresa Roberto Massari, “No sería justo buscar en la obra de Guevara lo que no existe y aquello que difícilmente habría podido existir en ella. Falta, en efecto, una profundización sistemática de algunos temas fundamentales del marxismo.”²⁷⁵

Sin embargo, otros autores, si resaltan esta faceta teórica del Che, en el sentido de que también “retó y formuló alternativas a la doctrina e ideología de dominación desarrolladas por las castas burocráticas de los regímenes de la URSS y de Europa del este y de la incipiente burocracia cubana de los años sesenta.”²⁷⁶

Resaltando, pues, su importancia, pero en un nivel más modesto sobre su contribución teórica, Massari apunta que “Insertado en un grupo dirigente indudablemente valeroso, pero con falta de preparación en el plano de la teoría social, radical pero pragmático en cuanto a sus opciones, él representó durante muchos años la única personalidad realmente creadora, un real y verdadero «cerebro pensante» de la revolución: sus escritos lo atestiguan.”²⁷⁷

275 Massari, Roberto, *Che Guevara. Pensamiento y política de la utopía*, pág. 15.

276 Tablada Pérez, Carlos, *El marxismo del Che*, pág. 2.

277 Massari, Roberto, *Che Guevara. Pensamiento y política de la utopía*, pág. 61.

En cualquier caso, hay un cierto acuerdo en señalar algunos rasgos característicos del marxismo del Che, como es la importancia concedida al desarrollo de la conciencia para la construcción de la sociedad socialista, que puede estimularse a través de una “educación sistemática, el ejemplo de sus dirigentes y los estímulos morales.”²⁷⁸, lo cual no deja de ser una concepción tributaria de las originarias de Kautsky y Lenin sobre la introducción exterior de la conciencia en el proletariado.

Relacionado con la característica anterior se encuentra el papel esencial atribuido a los hombres en la historia, lo cual se sitúa no solamente en una oposición diametral al estructuralismo defendido por Althusser y sus discípulos, sino a otras corrientes del marxismo. Tal como lo expresa Cohan, “Para el Che las fuerzas productivas no necesariamente tienen que arrastrar como una locomotora los vagones de las relaciones de producción. En el período de transición al socialismo los revolucionarios pueden, desde la política y el poder, dirigir la economía planificadamente acelerando o desacelerando e interviniendo activamente en el devenir, sin ocupar el papel de espectadores pasivos ante un proceso natural.”²⁷⁹

Igualmente, se ha señalado el carácter antidogmático del pensamiento de Guevara, especialmente por sus críticas a la petrificación del marxismo oficial soviético, pero también por sus posiciones políticas y económicas.

En resumen, el pensamiento de Guevara se ha definido habitualmente como un marxismo humanista, influido especialmente por el descubrimiento de los *Manuscritos filosóficos-económicos de 1844*, es decir de las posiciones del Marx joven. En este sentido apunta Löwy, “El tema del hombre nuevo como fin último, como estrella polar de la revolución socialista, es la piedra de toque, la idea-fuerza central del humanismo revolucionario del Che, a la luz de la cual hay que comprender todo su pensamiento político.”²⁸⁰

Como señalamos anteriormente, además de las incursiones teóricas de Guevara, sus principales facetas se desarrollaron en el plano de la práctica revolucionaria, primero y finalmente como guerrillero y, en medio, como dirigente en el Estado revolucionario cubano, especialmente como responsable del desarrollo industrial de Cuba. En esta

278 Borrego, Orlando, *Che, el camino del fuego*, pág. 307.

279 Kohan, Néstor, *Ni calco ni copia. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, pág. 268.

280 Löwy, Michael, *El pensamiento del Che Guevara*, en Cuadernillo N°4 – Colectivo Amauta – Cátedra Che Guevara, pág. 58.

última faceta Guevara ensayó aplicar su visión del socialismo, ya no solo como teoría, sino como praxis, sometida, por tanto, a la prueba inmediata del éxito o el fracaso, algo que no es posible analizar en Mariátegui, ni en la mayoría de los teóricos marxistas, por no haberse encontrado con la posibilidad de aplicar prácticamente sus propuestas. Las propuestas de Guevara se centran sobre todo en el ámbito económico, en el modelo económico adecuado para la transición al socialismo en un país como Cuba, y en este sentido se enfrenta a otros modelos en competencia, para terminar fracasando y ser abandonado.

De las diversas periodizaciones sugeridas sobre los modelos ensayados en Cuba seguiremos la de Rafael Berástegui²⁸¹ que diferencia siete etapas. La del inicio de la revolución en 1959-60 “hacia una indefinida vía no-capitalista”. La de 1961-3, caracterizada por la definición marxista-leninista y el fracaso en reproducir el esquema económico soviético de antes de 1965, se busca diversificar la economía y acelerar la industrialización. Entre 1964-66 hay un debate sobre qué tipo de economía socialista adoptar, que se salda con la victoria de las tesis de Ernesto Che Guevara, quién critica las reformas económicas de la URSS de 1965 y se inclina por la concentración económica y la movilización de los trabajadores bajo imperativos morales. La cuarta etapa de 1966-70 la denomina este autor como “auge y ocaso del guevarismo”, y la caracteriza por “la hipercentralización político-económica y la semi-militarización de la economía y de la sociedad”, que termina en un fracaso y el deterioro de la economía. La de 1971-84 es la etapa de la institucionalización de la revolución, condenándose el idealismo de las etapas anteriores y volviéndose al modelo soviético de la reforma de 1965, con mayor autonomía empresarial e incentivos materiales. Entre 1985-90 se aplica una política de rectificación de errores, reforzándose la colectivización y las decisiones centralizadas, volviendo a acudir a los apelativos morales. La última etapa iniciada en 1990 es la del período especial con prioridad a la supervivencia de la revolución, la defensa nacional, la producción de alimentos y la recaudación de divisas.

A partir de las críticas al modelo económico vigente en los países del socialismo real, Guevara propone otro diferente que se conocerá como sistema presupuestario de financiamiento. Los fundamentos de su posición se encuentran en “la premisa de que en el socialismo los hombres pueden dirigir conscientemente los procesos económicos a

281 Berásteguí, Rafael, *La Cuba de Fidel: algunas claves de interpretación*. Estudios Públicos, 52 (Primavera 1993). Págs. 310-12.

través de la planificación y las modernas técnicas de dirección heredadas de los monopolios interviniendo activa y organizadamente en el desarrollo histórico [...] Un país como Cuba, dada sus características históricas, geográficas, económicas y políticas, podía forzar la marcha y adelantar las relaciones de producción socialistas para incentivar el desarrollo de las fuerzas productivas, afirmaba el Che.”²⁸²

Así pues, su propuesta de modelo económico se apoyaba en varios elementos no demasiado coherentes entre sí: la planificación y centralización económica sin prestar atención al objetivo de superar la división del trabajo, la primacía de los estímulos morales frente a los materiales y la elevación de la conciencia de los individuos, y la utilización de las técnicas de dirección y contabilidad desarrolladas en las economías capitalistas. En definitiva, buscaba dos desarrollos paralelos, el de las fuerzas productivas en un país atrasado, y el de la conciencia de los trabajadores. Si la planificación, la centralización y las modernas técnicas de dirección eran instrumentos para el primer objetivo, los estímulos morales y la conducta ejemplar de los dirigentes los eran para el segundo. Pero el resultado parecía una versión voluntarista y paternalista de socialismo en la que los objetivos de la elevación de la productividad, de “la racionalización productiva a ultranza” tenían una primacía clara, y el desarrollo de la conciencia era una forma de sacar a Cuba del subdesarrollo; pero, además, se mostraba incoherente como se plasmó en la práctica.”Eran ilusiones acerca de la posibilidad de realizar establemente una convivencia pacífica a nivel de fábrica entre obreros y dirigentes. Aquellas ilusiones estaban, sin embargo, destinadas a irse derrumbando poco a poco a medida que los imperativos del plan y de la primera fase de industrialización imponían sacrificios crecientes a los trabajadores, y en la medida en la que el «guerrillerismo» empresarial iba siendo sustituido por el «burocratismo».”²⁸³

Pero estos planteamientos y prácticas económicas tienen un tiempo limitado, entre 1961-1965. Con su partida de Cuba ese año, “la economía desaparece repentinamente de la vida del Che, así como también él desaparece de la vida económica cubana.”²⁸⁴

El Che se enfrentó a otras tendencias de desarrollo económico presentes en Cuba, y fue objeto de crítica, como ministro de industria que era, por las dificultades económicas desde 1962. “No es un misterio, sin embargo, que fue el Che el que perdió en aquel

282 Borrego, Orlando, *Che, el camino del fuego*, pág. 7.

283 Massari, Roberto, *Che Guevara. Pensamiento y política de la utopía*, pág. 75.

284 *Ibidem*, pág. 42.

choque. Su «humanismo revolucionario» tenía que enfrentarse a la materialidad de la presencia soviética en la economía del país y es también plausible que se haya rendido ante la realidad de una «retaguardia» nacional, para poderse dedicar de lleno a su proyecto de construcción de una «vanguardia» internacional. Y es de todos modos innegable que en su decisión de salir fuera de toda responsabilidad en cuanto a la dirección de la economía nacional -aunque fuese para asumir otras responsabilidades bien diferentes de orden político- pesó la desilusión por las orientaciones surgidas en el grupo dirigente castrista con respecto a las opciones estratégicas de la economía.”²⁸⁵

Si bien ya hemos visto algunas de las críticas vertidas en relación con los proyectos teóricos y prácticos de Guevara, ahora vamos a sintetizar ese conjunto de críticas diversas. Estas vinieron del campo de la ortodoxia soviética, en su momento lanzadas especialmente contra su idealismo y voluntarismo, pero también del trotskismo y otras fuentes. Las críticas se dirigieron a sus dos proyectos prácticos fracasados, el de su modelo económico, intentado y abandonado en Cuba; y el de su modelo de lucha revolucionaria, derrotado militarmente en varias experiencias latinoamericanas; pero también contra su visión del socialismo y el marxismo. De manera que todas estas críticas, aún reconociendo el heroísmo, la abnegación y la honestidad personal de Guevara, rechazan globalmente sus modelos que, por otra parte, y tras un breve período, dejaron de tener vigencia, aunque, por supuesto, sigue existiendo una corriente que reivindica sus planteamientos.

Esas críticas recorren aspectos esenciales, y así se señala de manera global que “no era un calculador político, sino un apasionado” que le lleva a cometer graves errores. En el terreno de sus concepciones económicas las críticas se dirigen a que “su pensamiento está orientado hacia una dirección francamente economicista, precursora, en el caso de que llegara a aplicarse (que, sin embargo, no sucedió nunca) de degeneraciones burocráticas más profundas y sustanciales que las denunciadas por él mismo.”²⁸⁶

Sobre su modelo de socialismo, desde el trotskismo le critican su falta de confianza en la auto-organización de la clase obrera. “Tanto Guevara como sus contradictores más afectos al sistema de Moscú coincidían en algo fundamental: que *no* era la clase trabajadora *la que decidía, organizada en una democracia obrera y socialista*. Ambas partes sostenían la misma concepción *verticalista*, donde, en este caso, en la cúspide,

285 Massari, Roberto, *Che Guevara. Pensamiento y política de la utopía*, pág. 59.

286 *Ibidem*, pág. 25.

estaba el «Comandante en Jefe» o «Líder Máximo», al cual se le pedía que «ordene» [...] En la búsqueda del «mecanismo» todavía desconocido de «una conexión más estructurada con las masas», al Che *ni se le ocurre considerar la opción de la democracia obrera*. Estaba *por fuera* de su horizonte de ideas [...] La concepción de Guevara no era la del marxismo clásico, que se expresó en la *democracia socialista* de la Comuna de 1871 o los soviets de 1917; es decir la *autodeterminación de la clase obrera*. O, en palabras de Lenin, «el estado democrático de los obreros armados». También estaba muy alejada del marxismo clásico su contraposición entre estímulos «materiales» y «morales», que se halla en verdad *mucho más próxima al voluntarismo maoísta.*”²⁸⁷

O expresado de otra manera, “Guevara no se pronunció nunca contra el principio del partido único -en abierta contradicción con sus ideas acerca de la democracia social a las que acudiremos nuevamente- y que, en la misma entrevista a Zeitlin, se pronuncia explícitamente contra la formación de corrientes en el seno del partido, es decir, contra los principios irrenunciables de la democracia política, y de la revolucionaria en particular, inclusive en la sociedad de transición.”²⁸⁸

Entre Mariátegui y Ernesto Che Guevara median tres décadas durante las cuales la hegemonía estuvo detentada por el marxismo vinculado a la Unión Soviética. Ambos autores son heréticos respecto a ese universo, pertenecen al marxismo crítico analizado por Goulder, pero tienen poco más en común. Es difícil que puedan servir de base para construir otro tipo de marxismo al que denominar latinoamericano.

Tras la salida de Guevara de Cuba para impulsar la lucha guerrillera a partir de Bolivia, la derrota militar posterior de este modelo, la “normalización” del modelo cubano de transición al socialismo, y la posterior debacle del socialismo real, habrá que esperar hasta finales del siglo XX para volver a encontrar aportaciones aún más heréticas, ya incluso fuera del marxismo, provenientes de prácticas y teorizaciones en América Latina. Nos referimos sobre todo al proceso boliviano y al pensamiento de su principal impulsor teórico, Álvaro Linera.

287 Ramírez, Roberto, *Cuba frente a una encrucijada*, pág. 113.

288 Massari, Roberto, *Che Guevara. Pensamiento y política de la utopía*, pág. 25.

Álvaro García Linera

En el caso de Álvaro García Linera nos encontramos con una doble perspectiva. De un lado, representa el caso de un típico intelectual-dirigente político abundante en las primeras décadas del siglo XX, y convertidos después en casos insólitos. Militante revolucionario, intelectual innovador con una importante producción teórica, terminó desembocando, por el momento, en el cargo de vicepresidente de Bolivia en los gobiernos de Evo Morales, utilizando esa posición para impulsar sus proyectos políticos.

Ahora bien, si García Linera fue en una etapa de su vida un militante revolucionario y, más tarde, dirigente en un gobierno, no lo fue en partidos marxistas o de la izquierda tradicional, sea trotskista, comunista ortodoxa o guevarista, por las que muestra un cierto menosprecio derivado de lo que considera visiones ortodoxas de ésta, desde las que no se contemplaban la problemática de marginación y dominación sobre los pueblos originarios bolivianos y su potencial como sujeto transformador. Su militancia revolucionaria primera estuvo ligada a un movimiento indígena radical, el EGTK, que le llevó a la cárcel y, luego, a otro movimiento indígena, el MAS, con una estrategia más moderada, que fue con el que llegó a la vicepresidencia del gobierno boliviano.

En consecuencia, se puede comprobar que, tanto por esta actividad política como por su producción teórica, García Linera deposita su atención y esperanzas en la potencialidad transformadora del movimiento indígena, el “indianismo” en su propia expresión, movilizándolo con el objetivo de revertir su situación histórica de marginación y dominación política y social. Sin embargo, García Linera hace un esfuerzo, especialmente en su primera etapa, por comprender ese indianismo y sus potencialidades desde el marxismo, aunque no tiene éxito con esta empresa y se inclina, en una segunda etapa, por la utilización mayoritaria de teorías y categorías alejadas del marxismo para analizar y reforzar teóricamente al indianismo, dando lugar a un eclecticismo que podríamos calificar de postmarxista, al que hacen sus aportaciones Toni Negri y el autonomismo; las sociologías de Pierre Bourdieu, de manera especial, y la de Charles Tilly; y el pensamiento de su compatriota, el marxista heterodoxo René Zavaleta, con su concepto de lo nacional-popular, aunque cobra un peso creciente, especialmente en la segunda parte de su obra, el concepto gramsciano de hegemonía.

Entre la numerosa producción teórica de García Linera hay un artículo dedicado a analizar el papel del marxismo en Bolivia y su relación con el indianismo, y su propio título, *Indianismo y marxismo. El desencuentro de dos razones revolucionarias*²⁸⁹, expresa claramente las dos ideas fuertes de García Linera al respecto, la primera es que ambos universos representan sendos proyectos revolucionarios, la segunda es que no han sido capaces de mantener relaciones de colaboración, sino más bien de oposición. Bien entendido que su análisis en este caso está referenciado solamente a la experiencia boliviana, no extrayendo conclusiones generales ni sobre que el indianismo pudiera tener en otras latitudes naturaleza revolucionaria, ni que el desencuentro con el marxismo sea lo habitual. Igualmente, se puede apreciar en este texto, y en otros sobre el indianismo, que el carácter de la revolución de ambos proyectos es de naturaleza diferente.

Además, considera que se pueden encontrar diferentes posiciones en el interior ambos proyectos. En el caso del marxismo, diferencia uno “primitivo” y otro “crítico”. El primero identificado con el marxismo más clásico y mayoritario, sea en su vertiente comunista ortodoxa, trotskista o guevarista; el segundo, identificado con algunos autores recientes bolivianos y, se puede deducir, con Mariátegui. El marxismo “primitivo” dominó el panorama de la izquierda en Bolivia varias décadas a partir de la década de 1940 con importantes influencias en el mundo obrero, cuando la COB representaba un factor político y social de primer orden en Bolivia, y el proletariado minero e industrial ejercía su hegemonía sobre el mundo campesino, siendo muy débil la irradiación del “indianismo”.

La acida crítica de García Linera a este marxismo, ya contenida en el propio adjetivo utilizado para identificarle, “primitivo”, está relacionada, y por tanto dirigida, a su vinculación con el cuerpo central y esencial del propio proyecto marxista (el de Marx y sus principales continuadores), que podríamos resumir en una revolución social basada en un sujeto histórico, el proletariado; unos instrumentos adecuados para tal tarea, el partido proletario y los sindicatos obreros; una base económica adecuada para el proyecto, una economía industrializada que genere el proletariado y sirva de base a la creación de riqueza necesaria para sostener una sociedad comunista - el marxismo, empezando por el propio Marx, siempre vio inviable un comunismo basado en el

289 García Linera, Álvaro, “Indianismo y marxismo. El desencuentro de dos razones revolucionarias”, en Stefanoni, Pablo (Antología y presentación), *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*.

reparto de la pobreza, y menos aún rodeado de un entorno capitalista más desarrollado -; y un instrumento para ejercer el poder político e impulsar el desarrollo económico durante la etapa de transición socialista, el Estado.

Estas líneas maestras del proyecto marxista -que por su aplicación concreta en Bolivia, García Linera le califica de una “especie de nacionalismo revolucionario radicalizado”²⁹⁰- evidentemente no eran compatibles con las del proyecto “indianista”, del que va a ser un defensor García Linera, en el que el sujeto son los pueblos originarios; el instrumento, los sindicatos campesinos fundamentalmente; la base económica, la economía agraria y artesanal de las comunidades indígenas, apoyadas por el Estado a partir de la nacionalización de las riquezas existentes de hidrocarburos. Siendo la utilización del Estado el único punto de alguna cercanía entre ambos proyectos, aunque para finalidades diferentes; para alcanzar el comunismo en el caso del marxismo, para reconocer los derechos de los pueblos originarios y apoyar sus formas propias de economía comunal en el caso del indianismo.

Es posible que en las condiciones de Bolivia, sobre todo tras las transformaciones producidas por las políticas neoliberales y su efecto disgregador sobre el proletariado anterior, no existan condiciones para impulsar un proyecto transformador socialista, y si parte del proyecto “indianista”, especialmente el correspondiente a una transformación profunda del Estado, convirtiéndole en multicultural y dando el justo reconocimiento al peso político y social que corresponde a los pueblos originarios. Es posible que las organizaciones y los pensadores marxistas hayan cometido el error de no comprender los límites históricos y no apoyar los proyectos posibles en la actual coyuntura. Pero pretender, como parece que desea García Linera, que el marxismo renuncie a su proyecto histórico para abrazar otro que supone simplemente su disolución es absurdo.

Por otra parte, no explicita exactamente en qué consiste el marxismo “crítico” actual que, según él, estaría intentando apoyar un proyecto indianista –“inaugurando así la posibilidad de un espacio de comunicación y enriquecimiento mutuo entre indianismo y marxismo”²⁹¹- el cual también, reconoce, está huérfano tanto de intelectuales estratégicos como de una visión histórica de amplio alcance, ”no deja de ser

290 García Linera, Álvaro, “Indianismo y marxismo. El desencuentro de dos razones revolucionarias”, pág 481, en Stefanoni, Pablo (Antología y presentación), *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*.

291 García Linera, Álvaro, “Indianismo y marxismo. El desencuentro de dos razones revolucionarias”, pág 500, en Stefanoni, Pablo (Antología y presentación), *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*.

significativo que este movimiento cultural y político indianista no venga acompañado de una vigorosa intelectualidad letrada indígena e indianista. Si bien el indianismo actual tiene una creciente intelectualidad práctica en los ámbitos de dirección de sindicatos, comunidades y federaciones agrarias y vecinales, el movimiento carece de una propia intelectualidad letrada y de horizontes más estratégicos.”²⁹²

Como se señalaba anteriormente, se trata de un pensador ecléctico que, partiendo de su formación inicial marxista, incorpora elementos autonomistas e indigenistas que lo acercan, como veremos más adelante, en un sentido al pensamiento autonomista, especialmente el de Toni Negri, y, en otro sentido, a la herencia de Mariátegui por su revalorización del papel de los pueblos originarios latinoamericanos como sujetos de una transformación social emancipadora. Si está cercano a Mariátegui en este aspecto, también lo está al Che Guevara en el sentido de disponer de posiciones en el Estado desde las cuales poder implementar sus proyectos.

Dada su importante producción intelectual, y la propia evolución ideológica de García Linera, su trayectoria ya ha sido objeto de diversos estudios que son de gran importancia para completar la visión sobre este intelectual-dirigente político latinoamericano.

Massimo Modonesi²⁹³ señala un conjunto de influencias, a las que nos hemos referido con anterioridad, en el pensamiento de García Linera que le convierten en un intelectual muy ecléctico. Así, sobre una base marxista clásica, pero distanciándose de la versión ortodoxa, se acumularían las influencias del autonomismo italiano, especialmente de Toni Negri, de la sociología francesa representada por Bourdieu, de la sociología norteamericana, del debate sobre el multiculturalismo, desembocando en su última etapa en la estación del gramscianismo. Y justamente el título que ha elegido el autor para su artículo sobre García Linera intenta expresar la trayectoria teórica de éste, del autonomismo a la utilización de Gramsci.

Los dos temas recurrentes que atraviesan la producción teórica de García Linera son el Estado y los movimientos sociales, “Estado y movimientos sociales, su relación antagónica o su posible articulación, constituyen el corazón de sus inquietudes políticas y búsquedas intelectuales”, todo ello con el telón de fondo de la historia de las luchas

292 *Ibidem*, pág. 500.

293 Modonesi Massimo, *De la autonomía a la hegemonía*.

sociales y políticas en Bolivia. Porque aunque García Linera hace algunas aportaciones teóricas generalistas, el grueso de obra intelectual gira en torno a la historia socioeconómica y política de Bolivia, y el carácter mayoritario de estas aportaciones es estratégico, es decir, tienen como objeto hacer propuestas, a partir de análisis previos, de intervenciones políticas, primero desde fuera y luego desde el interior del gobierno. Su interés no parece orientado tanto construir una teoría general de aplicación universal, ni siquiera para un período histórico concreto, sino contribuir con sus aportaciones a resolver un período revolucionario de larga duración que atraviesa la historia boliviana, y que tiene como objeto acabar con la situación de marginalidad que han sufrido los pueblos originarios de dicho país durante varios siglos.

Así, la visión autonomista inicial estaría presente tanto en sus análisis sobre el movimiento obrero como sobre el universo indígena y sus movimientos, dónde la comunidad y la multitud aparecen como las sucesoras del sindicato, y dónde se busca superar la visión clasista al considerarse insuficiente para explicar la historia social y política de Bolivia en los últimos lustros. Ahora bien, “la forma multitud emerge cuando el Estado y los políticos neoliberales destruyen el régimen político y económico anterior en el que está incluida la forma sindicato.”²⁹⁴ Igualmente, continua Keucheyan, el concepto de multitud utilizado por García Linera se diferencia del de Negri u otros teóricos que también le han empleado, primero en que es más concreto y, segundo, y más importante, en la perspectiva en que se encuadra, Negri “afirma que la multitud es «postmoderna», es decir, que emerge una vez que el capitalismo ha destruido todo lo demás, a saber, la clase obrera organizada, los Estados nación y las comunidades premodernas. García Linera, en cambio, dice que al aniquilar a la clase obrera, el neoliberalismo obliga a sus miembros a replegarse en formas sociales premodernas, por ende, la multitud debe entenderse como un fenómeno que combina rasgos de premodernidad y de postmodernidad.”²⁹⁵

El contexto político en que es reflexionado este concepto de multitud por parte de García Linera influye en su definición, se trata de una situación en que el poderoso movimiento sindical boliviano, la COB, después de perder su enorme influencia pasada es sustituida en las luchas contra el neoliberalismo por los movimientos sociales de base territorial, centrados en los pueblos originarios bolivianos. Es por ello que García Linera

294 Keucheyan, Razmir, *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*, pág. 509.

295 *Ibidem*, pág. 510.

está en línea con los nuevos fenómenos que se desarrollan en América Latina a finales del siglo XX, “la multitud se distingue de la clase obrera y de la forma sindicato en que no la aglutina una hegemonía. Al no existir tal hegemonía, lo que prevalece es una «asociación de asociaciones», esto es, un conjunto móvil de organizaciones unificadas por una lucha dada, pero cuya perseverancia en el tiempo nunca está garantizada. La idea de «asociación de asociaciones» o de «movimiento de movimientos» es típica de los años noventa y estuvo particularmente presente en el movimiento altermundista [...] La multitud es, en este sentido, una forma social más evanescente que la clase obrera.”²⁹⁶

Por otro lado, esta inclinación por el indigenismo como sujeto transformador, después del declive de la poderosa influencia de la COB, acercan a García Linera al pensamiento de Mariátegui sobre las potencialidades transformadoras de los pueblos originarios de América Latina. Ello queda claramente expresado en su texto de 1989 donde rechaza las lecturas histórico-evolucionistas de Marx realizadas por la segunda internacional y el stalinismo, así como la interpretación feudalista de la colonia en América Latina realizada por los partidos comunistas latinoamericanos, y reivindica el papel revolucionario del comunitarismo superviviente de los pueblos originarios como base para una posible transición socialista apoyada en él. En dicho texto, Linera expresa, además, su admiración y continuidad con Mariátegui, “La comprensión marxista del papel anticapitalista de las luchas de las masas trabajadoras del campo en América Latina, tiene en José Carlos Mariátegui un excepcional y aislado defensor. Reconociendo la existencia de un «socialismo práctico en la agricultura y la vida indígena» y que por tanto, «las comunidades representan un factor natural de socialización de la tierra», señaló la necesidad de la Revolución Socialista plena en el Perú, dirigida por el proletariado y apoyada en las «tradiciones más antiguas y sólidas» existentes en la comunidad [...] La lucidez revolucionaria del pensamiento mariateguista cobra mayor dimensión no sólo porque no conoció varios de los manuscritos de Marx que apuntalan más firmemente esta posición (*Carta a Vera Zasulich*, *Cuadernos etnológicos*, etc.), sino también porque fueron formuladas en contra de la corriente reaccionaria y pro-burguesa que se impuso plenamente en la III Internacional después de la muerte de Lenin.”²⁹⁷

296 *Ibidem*, págs. 511-2.

297 García Linera, Álvaro, “Introducción al Cuaderno Kovalevsky”, pág. 49, en Stefanoni, Pablo (Antología y presentación), *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*.

Ahora bien, más allá de ese punto de encuentro entre García Linera y Mariátegui sobre la potencialidad de los pueblos originarios como sujetos revolucionarios y del reconocimiento de sus instituciones comunales como base de una nueva sociedad, las diferencias entre ambos son profundas. Mariátegui tenía como horizonte la revolución socialista y, en este sentido, concebía la revolución, apoyada en los pueblos originarios y sus instituciones, englobada en una tendencia a la revolución proletaria mundial. García Linera, por el contrario, se plantea un proyecto de “capitalismo andino-amazónico” para Bolivia y, a lo sumo, vinculado a otras experiencias de gobiernos progresistas en América Latina que, en el momento de redactar este libro, se encuentran en pleno retroceso, sin que puedan adivinarse como influirá este hecho en el desarrollo del proyecto indianista que pilota el MAS desde el gobierno boliviano.

Entonces, podemos ver las importantes diferencias que separan los proyectos de Mariátegui y García Linera. El del primero era un proyecto que buscaba engarzar las luchas y potencialidades del sujeto indígena peruano en una revolución mundial que estaba llevando a cabo el proletariado, el objetivo era el comunismo, a partir de las instituciones propias de las comunidades indígenas peruanas, y para tal proyecto, y en consonancia con la línea de la época, fundó un partido marxista, el Partido Socialista Peruano, como instrumento para llevarle a cabo. En cambio, Linera, después de abandonar su discurso marxista inicial, por lo demás muy heterodoxo y crítico tanto con comunistas ortodoxos como con trotskistas, se inclinó por estudiar y proponer una solución a la discriminación sufrida por los pueblos originarios bolivianos, en el sentido de alcanzar un Estado multicultural y multicivilizacional que tomase en consideración la cultura social y política de estos pueblos, sin que ello fuese parte de ningún proyecto más amplio de transformación socialista. Su proyecto político por reconocer los justos derechos históricos de los pueblos originarios bolivianos se orientaba hacia un nuevo tipo de Estado en Bolivia, no hacia una sociedad socialista.

Se ha podido apreciar igualmente, que, en su evolución teórica, García Linera transita de una visión autonomista a otra hegemónica “es decir, la disputa nacional-popular por el poder estatal más que la construcción antagonista de contrapoder socio-político que caracterizaba la primera etapa de su pensamiento”. La batalla por la hegemonía en Bolivia la lleva a cabo “el indianismo [...] intentando disputar la capacidad de dirección

cultural y política de la sociedad a la ideología neoliberal que había prevalecido durante los últimos dieciocho años.”²⁹⁸

La teoría y práctica política de García Linera está mayoritariamente vinculada al problema de la existencia de un conjunto de pueblos originarios marginados y oprimidos por el Estado boliviano, y las clases dominantes que lo han controlado, tanto en su etapa colonial como en la republicana. Una problemática similar a otros países latinoamericanos con estructuras sociopolíticas similares como Ecuador, Perú, Guatemala, etc. La mayor parte de su producción teórica gravita en torno a este problema, su análisis histórico y sociológico, y las propuestas de solución, que se empiezan a ensayar desde el momento en que el MAS accede al gobierno con él como vicepresidente.

La inclinación hacia esta problemática se realiza tras constatar la disolución de la hegemonía de la clase obrera y la forma sindicato en Bolivia producida en las últimas décadas como consecuencia de los cambios en la estructura socioeconómica del país. El reemplazamiento del movimiento obrero por la forma multitud con hegemonía del movimiento indígena conlleva igualmente a reforzar ese reemplazamiento de la teoría marxista, y sus categorías de análisis, por una mezcla de teorías sociológicas de diversa procedencia que no terminan de conformar un pensamiento sólido y, sobre todo, general.

Así, el pensamiento teórico de García Linera es sobre todo boliviano, realidad en la que centra su atención, parcialmente latinoamericanista, en cuanto que no se ocupa de realidades del subcontinente diferentes del problema de los pueblos indígenas, y no puede considerarse una aportación teórica generalista o global, en cuanto no se preocupa de este nivel. Igualmente, por su eclecticismo teórico puede ser considerado un postmarxista, en una variedad diferente a la que representa Laclau por ejemplo.

Como señalábamos anteriormente, la producción teórica de García Linera está muy vinculada a su praxis política y, en este sentido, es necesario hacer referencia a la experiencia de los gobiernos del MAS en Bolivia - así como a sus proyectos políticos - en los que él ha estado ejerciendo como vicepresidente.

298 Modonesi Massimo, *De la autonomía a la hegemonía*.

Porque ésta sería la característica más definitoria en el caso de García Linera, que se encuentra en los mandos del Estado boliviano pilotando una de las experiencias más creativas del ciclo de gobiernos progresistas y de izquierdas que recorrió América Latina en los tres primeros lustros del siglo XXI, una experiencia en pleno desarrollo en el momento de escribirse esta obra. En consecuencia, es imposible referirse al pensamiento de García Linera y su evolución sin tomar en consideración el desarrollo de la experiencia política boliviana en la que él juega un papel fundamental.

Ya en pleno “período revolucionario” en Bolivia, a partir del año 2000, el propio García Linera describía de la siguiente manera el proyecto de uno de los dos “polos políticos” que disputaban por la salida de la crisis, el del “movimiento indígena”, “este polo tiene una propuesta de economía centrada en el mercado interno, tomando como eje la comunidad campesina, la actividad artesanal, familiar y micro-empresarial urbana, en un papel revitalizado del Estado como productor e industrializador, y en un protagonismo de los indígenas en la conducción del nuevo Estado.”²⁹⁹

El proyecto estratégico que defiende García Linera desde los gobiernos del MAS es conocido como “capitalismo andino-amazónico”, se trataría de “un modelo de desarrollo capitalista en el que las tres plataformas económicas vigentes en Bolivia según el candidato del MAS, es posible construir un tipo de modernidad económica vinculada a los mercados globales, al desarrollo tecnológico contemporáneo, a sectores empresariales, que es la parte capitalista propiamente dicha, pero reconociendo obligatoriamente a las otras dos plataformas de la modernidad vinculadas a nuestras capacidades vernáculas: fuerzas comunitarias, artesanales, pequeños productores y de economía mercantil simple poseedoras de otra racionalidad de organización del trabajo, de uso del excedente, de sistemas tecnológicos, saberes, formas organizativas y distribución de la riqueza.”³⁰⁰

El propio García Linera puntualiza en qué consistiría ese proyecto “En los siguientes 50 años predominará en Bolivia la economía familiar estructural, base de las últimas rebeliones sociales [...] Hoy pensamos que, al menos, podemos idear un modelo para que lo comunitario deje de estar subsumido de manera brutal a la economía industrial,

299 García Linera, Álvaro, “Crisis de Estado y sublevaciones indígena-plebeyas en Bolivia”, pág 481, en Stefanoni, Pablo (*Antología y presentación*), *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*.

300 Lora Fuentes, Miguel, *Álvaro García Linera: “El capitalismo andino es un paso intermedio para imaginar el socialismo”*.

evitando que lo moderno exprima y quite todas sus energías a lo comunitario, potenciando su desarrollo autónomo. Para ello contamos con el Estado y con el excedente de los hidrocarburos nacionalizados.

El triunfo del MAS abre una posibilidad de transformación radical de la sociedad y el Estado, pero no en una perspectiva socialista (al menos en el corto plazo), como plantea una parte de la izquierda. Actualmente hay dos razones que no permiten visualizar la posibilidad de un régimen socialista en nuestro país. Por un lado existe un proletariado minoritario demográficamente e inexistente políticamente; y no se construye socialismo sin proletariado. Segundo: el potencial comunitarista agrario y urbano está muy debilitado. En los últimos 60 años se ve un retroceso de la actividad comunitaria productiva y una erosión de los lazos comunitarios. Sigue habiendo comunidad, pero ésta ha implosionado internamente en estructuras familiares.

El potencial comunitario que vislumbraría la posibilidad de un régimen comunitarista socialista pasa, en todo caso, por potenciar las pequeñas redes comunitaristas que aún perviven y enriquecerlas. Esto permitiría, en 20 o 30 años, poder pensar en una utopía socialista.”³⁰¹

Este proyecto, que el MAS impulsa desde el gobierno, también es calificado por García Linera como una revolución “democrática y descolonizadora.”³⁰²

Este proyecto de García Linera es criticado desde posiciones de la izquierda, “en la actualidad, es evidente que los impedimentos para gestar un esquema capitalista competitivo en países como Bolivia son por lo menos tan grandes, como los obstáculos para iniciar transformaciones socialistas. La dificultad es aún mayor si se concibe al «capitalismo andino-amazónico» como un modelo compatible con la reconstrucción de las comunidades indígenas.”³⁰³ Con lo cual se viene a sostener que, supuesto un nivel similar de dificultades, se debería optar por iniciar las transformaciones socialistas. Pero, si el proyecto de capitalismo andino-amazónico está rodeado de enormes dificultades e incógnitas, solamente sospechadas a partir de otras experiencias no exactamente iguales, las dificultades de una transición al socialismo para un país no desarrollado si han sido verificadas en la práctica con casos como por ejemplo Vietnam

301 García Linera, Álvaro, *El “capitalismo andino-amazónico”*.

302 Svampa, Maristella y Stefanoni, Pablo, Entrevista a Álvaro García Linera, “Evo simboliza el quiebre de un imaginario restringido a la subalternidad de los indígenas”. Pág.7.

303 Katz, Claudio, *Estrategias socialistas en América Latina*, pág 3.

o Cuba, en el primero con una evolución actual hacia la economía de mercado, y en el segundo con un *impasse* sobre sus tendencias futuras ante las graves dificultades y contradicciones que le atraviesan³⁰⁴. Ambos casos -más el resto de las experiencias del socialismo real- sostenidos en un férreo control del poder por parte de un partido-Estado, lo cual no es el caso en el gobierno boliviano del MAS.

304 Un magnífico análisis de esas dificultades y contradicciones se puede encontrar en Ramos Carrasco, Daniel, *Crisis del periodo especial y el debate actual sobre el rumbo del socialismo en Cuba*.

El maoísmo: el marxismo asiático herético

Una diferencia importante [del maoísmo] respecto al leninismo, es que éste siempre identificó la amenaza de restauración capitalista con las tendencias capitalistas de los pequeños productores, mientras que Mao vio la amenaza en la emergencia de un nueva clase burguesa dentro de la burocracia estatal y del partido, que corre el riesgo de perpetuarse y convertirse en hereditaria. En sus últimos años, Mao llegó a aceptar la conclusión lógica de sus premisas: que la nueva clase burguesa explota al proletariado a través de los mecanismos del sistema socialista.

La responsabilidad de Mao en la revolución cultural.

Miguel Muntaner Marqués

Hay dos razones para dedicar un capítulo al maoísmo. La primera es la importancia de su logro, el éxito de la revolución en China, aunque inicialmente menos importante que la soviética, sin embargo ha conseguido sobrevivirla y, mientras la Unión Soviética se hundió estrepitosamente en la década de 1990, China inició un camino hacia el capitalismo pilotado por el mismo partido que logró la victoria en 1949, de manera que el siglo XXI va a estar marcado por el peso de China en el concierto internacional, dónde le disputa la hegemonía a EE.UU.

La segunda razón es el carácter herético del maoísmo -hoy desaparecido en China y prácticamente en el mundo- que se puede encuadrar en el campo de los marxismo críticos como una de sus más acabadas expresiones. Podría ser considerado, también, como la plasmación en la práctica de la línea preconizada por Mariátegui para América Latina, dada su coincidencia en un elemento esencial, el papel asignado a los campesinos como fuerza principal en la revolución, y el encuadramiento de ésta en la revolución comunista mundial. Sin embargo, mientras que lo que se ha venido a conocer como marxismo latinoamericano no fue capaz de llevar a la práctica sus

proyectos, el maoísmo si fue capaz de culminar una revolución apoyado sobre el campesinado. Si el marxismo latinoamericano se expresó en conflicto con los representantes del marxismo eurocéntrico, tanto el de la segunda como el de la tercera internacional, o el trotskismo, el comunismo chino no sintió la influencia del marxismo "eurocéntrico", a lo sumo del leninismo, brevemente al inicio, y al estalinismo, después.

Sin embargo, el maoísmo terminó, como tal, en el fracaso, al igual que el leninismo, si consideramos que el stalinismo fue la negación y la derrota de éste, y no su prolongación. Así, si Stalin derrotó al leninismo, Deng Xiao Ping derrotó al maoísmo. En ambos casos tras la muerte de los dos líderes que llevaron a la victoria de la revolución y fundaron, por un tiempo, un modelo de marxismo.

En el caso de China, solo tras la derrota del maoísmo ese país pudo entrar en un período de estabilidad política y social, emprender un desarrollo económico insólito, sacar de la pobreza a enormes masas de población, consolidarse como gran potencia, y expandir su presencia e influencia por todo el mundo, en definitiva, recuperar su posición de imperio del centro. El maoísmo fue necesario históricamente para romper la situación de postración y dependencia de una China decadente, pero luego se convirtió en un obstáculo para proseguir su camino de recuperación como gran potencia. El precio a pagar por ese cambio fue el sacrificio del igualitarismo y los ideales comunistas en la versión maoísta, que nunca terminaron de funcionar en la China revolucionaria, por una sociedad con similares niveles de desigualdad social que las del mundo capitalista, y con una mucha menor libertad y derechos políticos para su población.

Tanto en la Unión Soviética como en China los comunistas se enfrentaron internamente por el modelo a seguir, en la revolución cultural china se produjeron actos de violencia importante y si, tal vez, no llegaron al nivel de la Unión Soviética con las purgas stalinistas que acabaron físicamente con la vieja guardia bolchevique, no son por ello mismo desdeñables. En ambos casos terminó imponiéndose un tipo de comunismo nacional, explícitamente reconocido en la Unión Soviética con el "socialismo en un solo país", e implícitamente en China para recuperar su posición de imperio del centro, aunque, en realidad, lo de comunismo nacional más bien ha sido la norma general, como atestiguan los ejemplos también de Yugoslavia, Vietnam u otros.

A pesar de que es imposible separar en el caso del maoísmo sus características teóricas de las consecuencias prácticas que originó, sin embargo, de lo que nos vamos a ocupar

en este capítulo no es de la evolución de China, sino de las características del maoísmo como cuerpo de pensamiento y prácticas herético dentro del marxismo, como la culminación práctica más conseguida del marxismo crítico que definió Gouldner. Eso no significa que no hagamos referencia a sus consecuencias prácticas.

Si el maoísmo es un marxismo herético es debido a las especiales características en que se constituyó. Características tanto de la situación de China y su evolución, como de la implantación del marxismo en la misma. Sin tenerlas en cuenta es imposible comprender la naturaleza del maoísmo y lo que representó.

El marxismo es una teoría nacida en el corazón de Europa a partir de las condiciones concretas del capitalismo del siglo XIX, de ahí algunas acusaciones que ha recibido de eurocentrista. Pero su difusión por América Latina o Rusia fue temprana, en el mismo siglo XIX, recibiendo luego la influencia de los desarrollos que tenían lugar en Europa con distinta intensidad. De alguna manera todas esas regiones mundiales iban participando de la misma evolución del marxismo a la vez. En China, por el contrario, como en otras partes del mundo, la recepción del marxismo fue tardía, no tuvo lugar hasta después de la revolución rusa. Esto le lleva a Deutscher a señalar algunas características especiales del marxismo en China. En primer lugar, en ausencia de un antepasado nativo, "desciende directamente del bolchevismo", y aún así de manera breve, "el impacto del leninismo puro en China fue muy breve. Perduró únicamente hasta principios de los años veinte, hasta el comienzo de la revolución «nacional» en 1925"³⁰⁵. Esa falta de una tradición marxista propia y de una experiencia socialdemócrata, junto a la ausencia de cualquier mínima etapa democrática en el país, contribuyó a crear los especiales rasgos de la revolución china y del partido comunista.

Pero también es importante tomar en cuenta las propias características de China. En primer lugar, se trataba de un país esencialmente campesino, en mayor medida que lo era Rusia en 1917. En segundo lugar, las profundas tradiciones y costumbres chinas, con el peso del confucianismo y el taoísmo, originaron antes del comunismo chino, pero trasmitiéndoselo a él, un rechazo radical hacia dichas tradiciones, dando lugar en el maoísmo a la idea de un comienzo totalmente nuevo y propio. En tercer lugar, China presenta una de las historias más persistentes de rebeliones campesinas a lo largo de sus dos milenios de imperios, uno de cuyos rasgos más comunes a todas ellas era la

305 Deutscher, Isaac, *El maoísmo: orígenes y perspectivas*.

ideología igualitaria. En siglo XIX todavía tuvieron lugar dos guerras campesinas que han sido calificadas como el mayor conjunto de guerras campesinas de toda la historia universal, en las que se utilizaron las guerras de guerrillas. En cuarto lugar, China se encontraba a principios del siglo XX en una situación de dominio semi-colonial, y su poder dividido entre señores de la guerra, esto añadía un claro sesgo nacionalista a las luchas sociales, de manera que el partido comunista se encontró ante la tarea de luchar por unos objetivos sociales, junto a unos objetivos nacionales en los que disputaba con un partido nacionalista tan joven como él mismo, el Kuomintang.

En 1925-7 tuvo lugar la primera fase de la revolución comunista china, con características que encuadraban dentro de los moldes clásicos del marxismo. Basada en una combativa clase obrera urbana organizada en sindicatos. Esta revolución fue duramente derrotada por el Kuomintang y, a partir de esos momentos, fue cuando realmente empezó a cristalizar el maoísmo.

Maurice Meisner -al que seguiremos fundamentalmente en este capítulo por su profundo estudio del maoísmo- sugiere la existencia de tres etapas en el desarrollo del maoísmo. La primera, iniciada con la derrota de la revolución proletaria de 1925-7, tendría cuatro características distintivas: la adopción del campesinado como la clase revolucionaria por excelencia en China; "una fe de tipo populista en «las ventajas del atraso»"; el "sustituisimo" adoptado por el partido comunista chino; la guerra popular prolongada a través de la guerra de guerrillas y; como consecuencia de esto último, un papel preponderante del ejército, aunque siempre se mantuviese en posición subordinada al partido. La segunda etapa cubre el período que va desde la victoria en 1949 hasta 1958, y está caracterizada inicialmente por la aplicación de la doctrina de la "nueva democracia", una especie de NEP aplicada por los comunistas chinos.

Finalmente, la tercera etapa, entre 1958-76, sería la del "maoísmo tardío", en la que se expresarían de nuevo nítidamente las características heréticas anteriores del maoísmo respecto al marxismo y otras nuevas, como la persistencia de las contradicciones y la lucha de clases en la etapa de transición socialista, su doctrina de la revolución permanente, o el "enorme énfasis sobre el papel de las ideas y las ideologías al hacer la historia. Habiendo carecido de toda fe marxista sobre las fuerzas objetivas que determinan la historia, Mao enfatizaba que el desenlace histórico es principalmente estimulado por los factores subjetivos: la conciencia, los valores morales, y la voluntad

del pueblo. De aquí derivaba la obsesión maoísta por el pensamiento correcto y la remodelación ideológica, y la creencia en que «lo subjetivo crea lo objetivo», que fue impuesta como una ortodoxia maoísta en los años posrevolucionarios."³⁰⁶

Estas tres etapas indicaban la existencia de facciones enfrentadas en el PCCh, siendo el maoísmo una de ellas, que predominó entre la derrota de la primera revolución en 1925-7 y la victoria en 1949 y, luego, entre el inicio del gran salto adelante en 1958 y su derrota definitiva tras la muerte de Mao. Como señala Rousset "Esta «tensión interna» entre «partido de la revolución» y «partido de la burocracia en constitución» no es la única que atraviesa el nuevo régimen. Pero da luz sobre las crisis sucesivas que estallan desde mediados de los años cincuenta hasta finales de los años sesenta."³⁰⁷

El maoísmo tuvo que abrirse paso entre dos tendencias a partir de la derrota de 1925-7, la primera se fijaba en el ejemplo bolchevique de la derrotada revolución de 1905 y preconizaba un repliegue para volver a reconstruir la organización entre los obreros industriales urbanos; la segunda tendencia, impulsada por el Comintern, insistía en volver a intentar nuevos ensayos revolucionarios en las ciudades que llevaron a más derrotas. Frente a ambas, el maoísmo se volvió hacia el campesinado. Esto era totalmente nuevo en el marxismo. Como señala Deutscher, a los bolcheviques no se les ocurrió ese tipo de salida después de 1905, ni siquiera a los socialrevolucionarios rusos. Sin embargo, Mao depositó toda esperanza de triunfo revolucionario en las masas campesinas y en un tipo de revolución agraria desde la que conquistar las ciudades, de manera que Deutscher recuerda que Mao llegó a ser contemplado como "el jefe de una jacquerie gigantesca", o una "especie de Pugachev chino"³⁰⁸. Si dicha herejía terminó por aceptarse por el partido comunista chino fue debido a dos importantes fenómenos, la invasión japonesa y la decisión de los invasores de desindustrializar la China marítima, con ello el papel dirigente del proletariado en la revolución se volvió imposible definitivamente. "El proletariado urbano, tan sangrientamente reprimido en 1927, permaneció políticamente inactivo en la mayoría de las dos décadas siguientes, y los comunistas no recuperarían el poder en las áreas urbanas hasta que sus ejércitos campesinos victoriosos marcharan sobre las ciudades en 1949."³⁰⁹ A ningún marxista anterior a Mao se le pudo ocurrir un planteamiento de revolución socialista basada en

306 Meisner, Maurice, *Marxismo, maoísmo, y la revolución china: un comentario sobre el papel de las ideas en la historia*.

307 Rousset, Pierre, *Revolución y contrarrevoluciones en la República Popular de China*.

308 Deutscher, Isaac, *El maoísmo: orígenes y perspectivas*.

309 Meisner Maurice, *La China de Mao y después: Una historia de la República Popular*, pág. 24

fuerzas campesinas que desde el campo conquistan a las ciudades, dónde la clase obrera urbana esperaba pasivamente su liberación. Ya solamente por esta novedad, el maoísmo es una tendencia absolutamente herética en el marxismo, pero este cambio de visión originó planteamientos heréticos igualmente en otros aspectos esenciales como analizaremos a lo largo de este capítulo.

En este aspecto radica uno de los puntos más importantes del maoísmo, la aportación de un modelo nuevo de revolución. El modelo bolchevique basado en los soviets no volvió a repetirse en la historia, pero el modelo de guerra popular prolongada basada en la guerra de guerrillas con el campesinado como sujeto revolucionario privilegiado para, a partir del campo, conquistar las ciudades, fue imitado muchas veces posteriormente, con éxito o sin él. Esta estrategia revolucionaria que inicialmente fue presentada como una característica especial de la vía china, sin embargo, con posterioridad, fue transformada en un modelo con pretensiones de universalidad para ser imitado en otras partes, especialmente en el mundo no desarrollado.

Para Deutscher, la cuestión principal, en este sentido, radica en la capacidad de los comunistas chinos para reactivar la fase socialista de la revolución -trascendiendo la fase burguesa agraria- una vez que fueron conquistadas las ciudades, a pesar de la ausencia de clase obrera y de la profunda compenetración que el partido estableció con los campesinos durante los largos años de guerras de guerrillas y zonas liberadas. Y la razón principal que encuentra Deutscher para explicar esta situación es el "sustituismo" practicado por el partido comunista chino, entendido este fenómeno como "la acción de un partido o grupo de dirigentes que representa o se coloca en lugar de- una clase social ausente o inactiva"³¹⁰, sustituismo que habían llevado anteriormente a su máxima expresión los narodniks en Rusia. Si bien el maoísmo no fue el primer partido marxista en utilizarlo -ya estaba presente en Rusia cuando, tras la guerra civil, la clase obrera fue diezmada y dispersada, y el partido bolchevique funcionó a la manera de sustituto de ella- sin embargo en China este "sustituismo" se llevó a cabo como prerequisite de la revolución, y el apoyo en los campesinos fue mayor aún que el de los narodniks. Siendo ésta, pues, una segunda característica herética singular del maoísmo que, también, sería ampliamente adoptada por multitud de partidos y grupos guerrilleros a partir de entonces.

310 Deutscher, Isaac, *El maoísmo: orígenes y perspectivas*.

A pesar de la dureza de una larga lucha en dos frentes, contra el invasor japonés, y contra el Kuomintang, el programa que elaboraron los comunistas chinos puede considerarse moderado, dotando de un carácter democrático-burgués a la revolución. Esto se debía a dos circunstancias, la primera provenía de la orientación del Comintern desde 1935, preconizando la política de frentes populares; la segunda, y más importante, era la base social campesina de la revolución que no permitía un programa socialista inmediato. Este programa era el de la "nueva democracia".

Inicialmente, tras su victoria en 1949, el nuevo régimen adoptó este programa, una política parecida a la NEP soviética, que buscaba el crecimiento económico mediante una política de alianzas con la burguesía nacional, de hecho la Constitución china de 1949 no se refería al régimen como dictadura del proletariado, como en la Unión Soviética, sino como una dictadura democrático-popular.

Este nuevo modelo de transición también fue teorizado, y respondía a las características especiales de la vía china: "Según la teoría maoísta, había tres tipos de Estado posibles: el capitalista, caracterizado por ser una dictadura de la burguesía reaccionaria; el socialista, que era una dictadura de la clase trabajadora, y el democrático-popular, una dictadura conjunta de varias clases revolucionarias dirigidas por la clase trabajadora. Es decir la dictadura democrático-popular reposaba en una alianza entre campesinos y trabajadores con la pequeña burguesía y la burguesía nacional, con el propósito de eliminar la dominación imperialista y el viejo orden político, aplazándose para una fase posterior la instauración del socialismo."³¹¹

"La «nueva democracia» era la versión maoísta del concepto marxista-leninista de una revolución democrático-burguesa, o más precisamente, la fase burguesa de un proceso revolucionario presidido por el partido comunista chino [...] Tras la victoria de 1949, la teoría de la «nueva democracia» expresó una visión posrevolucionaria de una prolongada etapa revolucionaria burguesa en la que el políticamente dominante partido comunista, en alianza con distintas clases y partidos burgueses, presidiría sobre una «economía mixta» en la que coexistirían el Estado y las empresas de propiedad privada. Y se sugería que esa economía parcialmente capitalista continuaría hasta que las fuerzas productivas fueran suficientemente desarrolladas para permitir una transición gradual al

311 Fanjul, Enrique, *Revolución en la revolución. China, del maoísmo a la era de las reformas*, pág. 26.

socialismo [...] la teoría de la nueva democracia sugería firmemente que la «transición al socialismo» sería un proceso muy gradual y prolongado."³¹²

En la práctica no fue así, y la etapa de la "nueva democracia" fue breve, impulsando el maoísmo, contra el criterio de otra parte del PC Ch, una transición rápida y prematura al socialismo y al comunismo. Efectivamente, el período de "nueva democracia" fue de corta duración, entre 1949-53, pues en 1956 el PCCh dio inicio a la etapa de construcción del socialismo, es decir, los comunistas chinos se sintieron ya lo suficientemente fuertes en las ciudades como para superar la fase de revolución democrática agraria e iniciar la fase de transición al socialismo.

Meisner también plantea este breve período como la primera de las dos etapas concebidas en la revolución, una primera cuyo objetivo era completar una revolución burguesa apenas esbozada por el régimen nacionalista del Kuomintang, y una segunda ya socialista. Los objetivos burgueses que se completaron en la primera etapa fueron la conversión de China en un Estado-nación centralizado moderno mediante su unificación a partir del fragmentado y decadente imperio chino, la independencia respecto a los imperialismos extranjeros, la disolución de formas de producción y relaciones sociales pre-capitalistas en el campo con la reforma agraria, y un plan para el desarrollo industrial moderno.

A que la "nueva democracia" fuese un período breve también contribuyeron otros factores. A principios de la década de 1950 la burguesía se siente fuerte y busca mediante sabotajes y el bloqueo de políticas gubernamentales hacer fracasar la revolución, coincidiendo con el apogeo de la guerra de Corea. Mao señala que la burguesía debe ser objeto de un combate político y se ponen en marcha diversas campañas con este objetivo que llevan a que en 1956 la burguesía haya desaparecido como fuerza autónoma al completarse la nacionalización de la industria y el comercio. La campaña contra la burguesía en el plano económico es acompañada de otra contra los intelectuales tras el fracaso de la campaña de las cien flores en 1957. Esta situación prepara el terreno para el paso a las políticas voluntaristas y ultraizquierdistas del maoísmo en el gran salto adelante y la revolución cultural, que representarían el intento de llevar a la práctica el proyecto maoísta de sociedad.

312 Meisner, Maurice, *Marxismo, maoísmo, y la revolución china: un comentario sobre el papel de las ideas en la historia*, pág.24.

Así, se habrían completado las dos primeras etapas del maoísmo y se entrarían en la tercera que es la más definitoria del mismo.

Antes de describir los acontecimientos de esta tercera fase, fundamentalmente el gran salto adelante y la revolución cultural, es necesario terminar de señalar las características del maoísmo, tal y como han sido descritas por uno de los principales analistas de la revolución china, Maurice Meisner. Dichas características, en opinión de este autor, fueron definidas en la época de formación política inicial de Mao y, sobre todo, en la época de Yenan o Yan'an, ciudad interior de China dónde acabó la larga marcha y se convirtió en el centro neurálgico del comunismo chino entre 1935-48. En esta época el maoísmo desarrollo rasgos como los de "autosuficiencia, la autoconfianza y la iniciativa local" que después se utilizarían ampliamente para lanzar el gran salto adelante y la revolución cultural

Un segundo rasgo del maoísmo sería " una creencia profundamente voluntarista de que el factor decisivo en la historia (y en la realización de la revolución) era la conciencia humana –las ideas, los deseos y las acciones de los hombres [...] [Esto] También implicaba una especial preocupación por desarrollar y mantener una «conciencia ideológica correcta»"³¹³

Un tercer rasgo serían las tendencias populistas de Mao, "Los impulsos populistas crecieron para reforzar la fe de inspiración nacionalista de Mao en la unidad básica del pueblo chino frente a los enemigos externos y también lo llevaron a atribuirle a «el pueblo» una conciencia socialista revolucionaria casi innata. El impulso populista de Mao, con su orientación esencialmente rural y su celebración romántica del ideal rural de «la unidad de vida y trabajo» definía al «pueblo» como las masas campesinas (ya que el campesinado, después de todo, constituía la abrumadora mayoría de la población china) y lo llevó a apreciar las espontáneas energías revolucionarias que creía que poseían. [...] otros rasgos de la mentalidad maoísta eran típicamente populistas: la hostilidad a la especialización laboral, una aguda desconfianza hacia los intelectuales y especialistas, una profunda antipatía hacia la burocracia, un prejuicio anti-urbano y un ánimo romántico de auto-sacrificio revolucionario heroico."³¹⁴

313 *Ibidem*, págs. 32-33.

314 *Ibidem*, pág. 34.

Un cuarto rasgo sería el valor adjudicado a la lucha "en parte como un fin en sí mismo y en parte como un instrumento terapéutico esencial para el desarrollo de las ideas correctas necesarias para la transformación socialista. [...] Mao creía que era precisamente a través de la lucha que «el pueblo» alcanzaba la conciencia adecuada para mantenerse unificado, lograba niveles aún más altos de unidad a través de niveles mayores de transformación ideológica y se mantenía en el curso adecuado del desarrollo social"³¹⁵ Estas concepciones fueron las que animarían la campaña de las cien flores, el gran salto adelante y la revolución cultural, y la propia visión de que, a pesar del fracaso de ésta, serían necesarias más revoluciones culturales en el futuro.

El desarrollo industrial, tan necesario para una China profundamente agrícola y atrasada, se emprendió siguiendo el modelo de los planes quinquenales soviéticos, y con la ayuda de estos aunque, en realidad, solo se llegaría a aplicar un primer plan quinquenal en 1953. Esta política originaría dos fenómenos inevitables, el aumento de la brecha existente entre la ciudad y el campo, y el desarrollo de una extensa burocracia política, en el partido, administrativa, en el Estado, y técnica, en las empresas, que preocupó a los maoístas y les haría reaccionar con proyectos igualitaristas, voluntarista y utópicos, intentando llevar a la práctica políticas basadas en los rasgos anteriormente descritos.

Mao no rechazaba la industrialización, era plenamente consciente de que el comunismo era imposible en una sociedad agrícola y empobrecida, e inicialmente los maoístas tomaron el modelo soviético como ejemplo a seguir, el rechazo surgió cuando empezaron a tomar conciencia de las consecuencias sociales y políticas que se derivaban. Igualmente, el maoísmo tomó nota que la primera reforma agraria llevada a cabo entre 1952-3, que había rechazado el modelo stalinista de colectivización forzosa, había desembocado en la creación de "un país de propietarios campesinos individuales".

En esta situación, la primera reacción del maoísmo fue la campaña, acelerada en 1955, por la cooperativización agrícola del campo, inaugurando, así, la fase maoísta propiamente dicha de los comunistas en el poder. El fondo de su planteamiento, que se repetiría a partir de ahora, era una visión del partido insuficientemente revolucionario, al que luego acusaría de contener los elementos de un retroceso al capitalismo, al que

315 *Ibidem*, pág. 142.

opondría las energías revolucionarias de las masas, en este momento los campesinos, y en la revolución cultural, la juventud estudiantil.

Pero había implícito, también, en este cambio de línea de Mao otra característica herética respecto a la ortodoxia marxista que él mismo había aceptado hasta ese momento. Se abandonaba la tesis de que la socialización de la agricultura exigía el previo desarrollo de un proceso de industrialización amplio por la tesis de que la transformación técnica iba a requerir un período más largo que la social y, por tanto, ésta última se convertía en prioritaria. El éxito alcanzado por la cooperativización acelerada reforzaría el convencimiento de Mao "en la creatividad revolucionaria del campesinado y en el poder de la voluntad y conciencia humanas para moldear la realidad"³¹⁶ Y también le animarían a lanzar el segundo gran proyecto guiado por esas premisas, el del gran salto adelante, que implicaba el abandono del modelo soviético de industrialización por el que proponía el maoísmo. "En vez de proceder de acuerdo a los dictados de la racionalidad burocrática, la industrialización urbana y el control centralizado del Estado, la nueva concepción maoísta surgía de una generalización del modelo de Yan'an de la «línea de masas» y, más inmediatamente, estaba inspirada por el movimiento rural ascendente de tipo populista que Mao había lanzado con su discurso de julio de 1955 sobre la colectivización agrícola."³¹⁷

Pero entre la exitosa colectivización acelerada y el gran salto adelante, Mao lanzaría otra campaña, en mayo de 1956, cuyo objetivo inicial estaba dirigido contra la creciente burocratización del partido y el Estado, la campaña de las cien flores, que buscaba que la intelligentsia exterior al partido se encargase de criticar esa deriva burocratizadora para rectificarla. Sin embargo, el desbordamiento alcanzado por las críticas vertidas en esta campaña llevó a su temprana cancelación y a la represión de los elementos que se habían mostrado más críticos. Y Mao vuelve a plantear, con esta ocasión, otra tesis herética para el marxismo, recogida en su discurso de 1957 "sobre el correcto manejo de las contradicciones entre el pueblo", la tesis de que la contradicción principal en China en esos momentos era la existente entre los dirigentes y los dirigidos, entre los dirigentes y el pueblo, y que la lucha de clases bajo el socialismo continuaba bajo la forma especialmente ideológica. Y de esta tesis se termina desprendiendo dos consecuencias. La primera, la de que "si el pueblo era libre de hablar, entonces Mao era

316 *Ibidem*, pág. 110.

317 *Ibidem*, pág. 122.

su vocero permanente. Lo que hizo el argumento de Mao sobre las «contradicciones entre el pueblo» fue liberar al propio Mao de la disciplina leninista del partido y permitirle criticar al partido desde afuera, en su especial papel de representante del pueblo."³¹⁸ La segunda consecuencia fue la de que la lucha de clases continua bajo la forma ideológica en el socialismo, y entonces los conflictos ideológicos dentro del partido podrían interpretarse como conflictos de clases entre el proletariado y la burguesía.

El gran salto adelante, desarrollado entre 1958 y 1960, representó un nuevo ensayo del voluntarismo que anidaba en el maoísmo, sus ambiciosos objetivos de crecimiento se pretendían alcanzar en base a la apelación al esfuerzo voluntarista, sin un mínimo de planificación y unas bases materiales adecuadas. Igualmente, se volvió a reactivar el papel fundamental del campesinado y "las virtudes de la vida rural". Fue a los campesinos organizados en comunas rurales, y no a las ciudades, a los que se les encomendó el objetivo del gran salto. "Si los temas ideológicos entonces propagados son creíbles, China debería convertirse en una amplia federación de localidades, ampliamente descentralizadas y autosuficientes, pero vertebradas por el poderoso aparato del PCC y de sus organizaciones de masas. Problema mayor: la dirección del PCC asigna a esta nueva orientación objetivos desmesurados: «superar a Gran Bretaña en 15 años», según la fórmula de Mao."³¹⁹

En el gran salto adelante, señala Meisner, aparecen otros rasgos heréticos más del maoísmo. A la fe voluntarista del papel de la conciencia como factor fundamental en la transformación social, ahora se añaden, de un lado, la creencia en las ventajas revolucionarias del atraso, que venía a sostener que el pueblo de un país atrasado es más revolucionario que el de un país desarrollado y así, "el atraso es convertido en una virtud revolucionaria que produce las energías humanas y la pureza moral para el proceso de la revolución permanente, y por esto China puede avanzar hacia una utopía comunista sobre las bases de sus propios y magros recursos materiales."³²⁰ De otro lado, el concepto de "autoconfianza en las propias fuerzas" para llevar a cabo esas tareas, prescindiendo de la ayuda soviética, con la que se acababa de romper. Rasgos también heredados de la etapa de formación del maoísmo en Yenan.

318 *Ibidem*, pág. 131.

319 Rousset, Pierre, *Revolución y contrarrevoluciones en la República Popular de China*.

320 Meisner, Maurice, *Marxismo, maoísmo, y la revolución china: un comentario sobre el papel de las ideas en la historia*, pág. 153.

El gran salto adelante buscaba la consecución de varios objetivos para el maoísmo. Se trataba de impulsar a fondo la industrialización, pero rompiendo con el modelo soviético y llevando a cabo esa tarea desde el campo para, de esta manera, suprimir las diferencias entre la ciudad y el campo, evitando la explotación de éste por aquella; se trataba también de cortar el crecimiento de una "intelligentsia tecnológica privilegiada", para suprimir, de esta manera, las diferencias entre trabajo manual e intelectual. En la visión maoísta se concebía que para el desarrollo y manejo de la técnica moderna no fuesen necesarios los tecnócratas profesionales, sino que las masas campesinas y trabajadoras fuesen capaces de su utilización y evitasen la necesidad de una élite técnica separada.

Pero yendo aún más lejos, se trataba de que las nuevas unidades de organización política y socioeconómica aparecidas durante el gran salto, las comunas populares rurales, se hiciesen cargo de las funciones estatales y llevasen a cabo la transición al comunismo y la extinción del Estado. El modelo histórico que los maoístas tomaban de ejemplo no fueron los soviets rusos sino la Comuna de París, tal como fue descrita por Marx.

El resultado "fue un desastre total: el sueño milenarista acabó en la gran hambruna de los «tres amargos años» de 1959-1962, la mayor y más amplia de la historia de China."³²¹ Este fracaso, que llevó a fuertes tensiones entre el partido y el campesinado, aconsejó un regreso a la "concepción más modesta de las cooperativas", a la vez que la autoridad de Mao sufrió un fuerte desgaste. El fracaso se debió al caos económico introducido con el desmantelamiento de la planificación y dirección económica nacional, la ausencia de personal capacitado para la gestión técnico-económica de las comunas, y el declive de la moral campesina ante la militarización y extensión de la jornada de trabajo.

A pesar de que al final de la campaña del gran salto la estructura del partido había sufrido una desarticulación, se recuperó fácilmente, continuando el proceso de burocratización que el gran salto había interrumpido temporalmente, y fue capaz de restaurar rápidamente el funcionamiento de una economía dislocada y recuperar al país de una situación económica crítica, utilizando para ello una política económica similar a

321 Fontana, Josep, *Por el bien del imperio*, pág. 413.

la NEP soviética pero con menos concesiones a la iniciativa privada, en opinión de Meisner.

No obstante, a pesar de este descalabro, el maoísmo no dio por concluida su batalla contra las tendencias burocratizadoras en el partido y el Estado, apoyándose para ello en el prestigio que aún mantenía Mao, incluso aunque su poder quedó ensombrecido momentáneamente tras este fracaso. Pero antes de llegar al enfrentamiento definitivo con la revolución cultural, Mao lanzó una nueva campaña con objeto de reeducar el pensamiento del partido, el "movimiento de educación socialista", cuyo objetivo era relanzar el espíritu colectivista frente al avance de la burocratización y el aumento de las desigualdades. Movimiento que fue en gran parte neutralizado por la burocracia y que llevaría a los maoístas a reforzar sus esperanzas en las iniciativas revolucionarias de las masas campesinas frente al aparato del partido, aunque esto no excluyese, contradictoriamente, su apoyo en el Ejército Popular de Liberación, sobre el que tenían cada vez mayor control.

La revolución cultural, iniciada en 1965, fue el ensayo más ambicioso del maoísmo de llevar a la práctica otra de sus presupuestos teóricos característicos, el de que la revolución no puede estabilizarse sino al precio de volver a reproducir los privilegios y las diferencias sociales, que las contradicciones son eternas, incluso en un sistema comunista, que en la etapa de transición al socialismo persiste la lucha de clases y que, por lo tanto, es necesario un proceso de revolución permanente en el que las masas movilizadas eviten esos peligros. Esa movilización debería elevar la conciencia política de las masas y revitalizar los ideales socialistas para contrarrestar el peligro de regresión al capitalismo que se mantenía en los procesos de burocratización del partido y del Estado, y del elitismo de la intelligentsia técnica.

Esto podía interpretarse de dos maneras. La primera, que parecía dominante en las primera etapa de la revolución cultural y persistió en los núcleos más radicales, significaba acabar con el partido comunista en favor de los modos espontáneos de organización que se estaban dando entre las masas urbana - es el momento en que se apela más intensamente al ejemplo de la Comuna de París tal como fue descrito por Marx - pero incluso éstas deberían, entonces, conocer nuevas revoluciones culturales para evitar su burocratización. La segunda interpretación es la que se impuso finalmente, cuando ante el creciente caos generado por la revolución cultural, el

objetivo de ésta se ceñiría a regenerar al partido para que continuara una nueva etapa de dominio político indiscutido.

Igualmente, en la revolución cultural se expresaron otras características propias del maoísmo, como su anti-intelectualismo en favor de los valores del trabajo físico y la vida rural. O su apuesta por que la construcción del socialismo debería iniciarse por la superestructura, con un papel esencial de la política y la ideología. Así, para el maoísmo el comunismo es susceptible de ser alcanzado en condiciones económicas de atraso, y no sería tanto un régimen capaz de satisfacer todas las necesidades humanas en las condiciones de una sociedad avanzada y sin escasez, como un régimen colectivista basado en el mayor igualitarismo posible, aunque fuese en condiciones de escasez.

También en la revolución cultural vuelve a expresarse una vez más la posición herética del maoísmo respecto al marxismo en el tema de la clase social encargada de encabezar o impulsar la revolución. El campesinado fue la clase de apoyo utilizada en la fase de la guerra popular que llevó a la victoria revolucionaria de 1949, y para llevar a cabo el gran salto adelante. Ahora, en la revolución cultural, el maoísmo se va a apoyar especialmente en la juventud estudiantil, los guardias rojos, como el sector dirigente de las organizaciones de masas que movilizará contra el aparato del partido y del Estado al que combate. La consigna para dirigirse a la juventud será la de entrenar "sucesores revolucionarios" que continúen la tarea emprendida, para la cual el maoísmo ya ha dejado de confiar en el partido, y por ello mismo busca que el impulso y la revolución surjan dese las masas lideradas por la juventud.

En estas tres fases el proletariado está ausente o juega un papel minoritario, pero con una intensificación de la "herejía" maoísta en este sentido. Si durante la fase revolucionaria anterior a la toma del poder el sujeto revolucionario fue el campesinado, el partido representaba el proyecto del proletariado de transitar al comunismo. El gran salto adelante representó una etapa intermedia, el sujeto principal volvió a ser el campesinado, pero ahora el partido era criticado y atacado por su deriva burocrática y porque en él anidaban tendencias ideológicas de regreso al capitalismo, y ya no era confiable para representar el proyecto proletario del comunismo. Así que cuando se desencadenó la revolución cultural se completó el giro maoísta, ahora el sujeto no era el campesinado, al que buscó mantener al margen, lo mismo que al proletariado, para evitar dislocar la producción, sino la juventud estudiantil que debería arrastrar a las

masas urbanas directamente contra un partido condenado definitivamente como instrumento burocratizado e inadecuado para completar la revolución comunista; entonces, ¿quién representaba el proyecto proletario del comunismo ahora?, evidentemente, solo podía representarlo Mao, para lo que se valió de tres instrumentos: el enorme culto creado en torno a su figura y pensamiento, las masas juveniles que siguieron sus consignas, y el Ejército Popular de Liberación, al que controlaba a través de Lin Biao. Que el proyecto comunista del proletariado terminase representándolo un líder casi divinizado y el ejército ya expresaba la bancarrota ideológica en la que había desembocado el maoísmo. La bancarrota económica ya se había alcanzado en el gran salto adelante. Y la bancarrota política lo constituyó su giro, en la propia revolución cultural, contra los sectores más radicales del maoísmo -los guardias rojos y las organizaciones más radicales y autónomas de los trabajadores- empleando al ejército contra ellos, y terminando de restituir la organización y el poder del partido. Que luego los sectores del partido represaliados durante la revolución cultural acabasen con los restos del maoísmo no fue más que la conclusión inevitable de esa triple bancarrota.

Efectivamente, la revolución cultural no logró sus objetivos. El movimiento de masas pronto se encontró atravesado por un intenso sectarismo expresado en violentos enfrentamientos internos que llevaron a los maoístas a considerar un peligro a los guardia rojos, exigiéndoles su disolución y, más tarde, reprimiéndoles con el ejército. Los nuevos actores que aparecieron en una segunda fase, obreros y soldados, aumentaron el caos de la revolución cultural, también las divisiones, sectarismos y enfrentamientos atravesaron a las organizaciones obreras y, tras la comuna de Shanghái, dónde se alcanzó el máximo acercamiento al modelo de la Comuna de París, los maoístas se inclinaron por un modelo diferente, el del "comité revolucionario" basado en la triple alianza de las organizaciones de masas, los cuadros del partido y el ejército, con dominio de este último. "La restauración del orden bajo la dirección del EPL estuvo acompañada por esfuerzos para reconstruir el partido y restablecer la autoridad de la burocracia estatal bajo la dirigencia de Zhou Enlai. El proceso fue lento y difícil, pero se desarrolló con una lógica inexorable, que dictaba que el poder político que había caído en manos del ejército finalmente pasaría a un partido comunista revivido y restaurado."³²²

322 Meisner, Maurice, *Marxismo, maoísmo, y la revolución china: un comentario sobre el papel de las ideas en la historia*, pág. 364.

En cierto sentido la revolución cultural representó el modelo chino de luchas entre facciones en el seno del partido, a semejanza de lo ocurrido en la Unión Soviética con Stalin, y que expresa un rasgo común a todos los regímenes comunistas, la carencia de mecanismos democráticos mediante los cuales encauzar y dirimir las diferencias no solo en la sociedad, sino en el seno del propio partido. La ausencia de estos mecanismos provoca que dichas diferencias se solventen mediante medios violentos. En el caso del maoísmo es más llamativo este fenómeno porque él mismo reconoce que en la transición al socialismo continua la lucha de clases y las contradicciones en el seno del pueblo y, en lugar de buscar mecanismos democráticos, recurre a las campañas de coacciones y purgas, y a la lucha de facciones en el partido, con la utilización de movilizaciones de masas e, incluso, el ejército. La revolución cultural se hundió en el caos de las luchas fraccionales, la desarticulación del partido y del Estado. Finalmente, hubo de acudir a la intervención del ejército para recuperar un orden que, primero maoísta y luego reformista, fue burocrático.

El maoísmo fracasó en sus proyectos. Primero, en sus tres grandes ensayos mientras controló el poder y la influencia, la campaña de las cien flores, el gran salto adelante y la revolución cultural. Como apunta Pierre Rousset "El amordazamiento de las cien flores cortó al partido de un ala importante de la intelligentsia. En numerosas regiones, el fracaso del gran salto distendió o modificó sus lazos con el campesinado, a la vez que fracturaba de forma duradera el aparato. La represión masiva que siguió al giro de Mao durante la revolución cultural rompió la identificación de los sectores radicales de los estudiantes y (lo que es nuevo) de la clase obrera con la fracción maoísta. A comienzos de los años setenta, puede decirse que no queda más que el «partido de la burocracia», ahora bien cristalizada."³²³

Segundo, en su política internacional que le llevó, tras la ruptura con la Unión Soviética, a un creciente acercamiento a EE.UU. Tercero, y definitivamente, cuando tras la muerte de Mao, los sectores del partido comunista opuestos al maoísmo, e incluso represaliados por él, terminaron por derrotarle y encauzar a China por una vía de regreso al capitalismo bajo el control del partido comunista. Paradójicamente, esta última derrota tal vez podría ser reivindicada por el maoísmo como una prueba de su tesis de que sin una revolución permanente se termina imponiendo un regreso al capitalismo. Sin

323 Rousset, Pierre, *Revolución y contrarrevoluciones en la República Popular de China*.

embargo, muchos pensadores se han inclinado más por la explicación de que en China no concurrían las condiciones para una transición al socialismo.

Así, las dos grandes tendencias en el seno del comunismo chino, la maoísta y la que se oponía a ella, caracterizaron las distintas etapas de la moderna historia de China según predominase una u otra de las tendencias. Al maoísmo se le puede atribuir el mérito de la estrategia que llevó a la victoria definitiva en 1949, pero después fue el responsable de dos grandes acontecimientos que terminaron siendo catastróficos para China, el gran salto adelante y la revolución cultural, es decir, si el maoísmo cumplió un papel decisivo para alcanzar el poder, luego su política voluntarista y ultraizquierdista terminó siendo un fracaso, tanto en el plano económico con el gran salto adelante, como en el plano político con la revolución cultural que desarticuló al Estado y al partido, y hubo que reconstruirles a partir del ejército. La tendencia opuesta al maoísmo dentro del PCCh, que no puede ser considerada homogénea en los distintos períodos, no hubiese logrado la victoria revolucionaria, pero una vez alcanzada ésta, su predominio -primero en el período de la aplicación de la nueva democracia, inmediatamente posterior a la victoria y, después, en el período que siguió desde la derrota definitiva del maoísmo hasta la actualidad- fue el responsable de los mayores avances socioeconómicos en China, aunque al precio final de regresar a prácticas económicas y sociales de tipo capitalista.

La obra de Meisner tiene la ventaja, para el objetivo que perseguimos en esta obra, de realizar una profunda comparación de las características definitorias del maoísmo en relación con el cuerpo teórico-estratégico del marxismo anterior, con Marx, pero sobre todo con Lenin, para resaltar, de esta manera el carácter herético del maoísmo.

Si, como hemos tenido ocasión de analizar en capítulos anteriores, Marx atribuía la conciencia socialista al proletariado industrial, y Lenin señalaba la necesidad de intelectuales revolucionarios organizados en el partido comunista para inculcar esa conciencia a los trabajadores, Mao se apartaba de ambos en cuanto, por una parte "los portadores del socialismo son aquellos que poseen la «conciencia proletaria» y que esta última existe independientemente de una clase social específica, ni dependiente de la presencia real del proletariado ni atribuida al campesinado. Una elite revolucionaria (el partido y sus dirigentes) mantiene el objetivo socialista firmemente en mente y dirige el movimiento de masas hacia su realización" y, por otra, "su fe en el partido como el portador de una conciencia revolucionaria nunca fue completa, ya que estaba

acompañada por una fe populista en las masas campesinas, una creencia en que el verdadero conocimiento y la creatividad revolucionarios emanaban en última instancia del mismo pueblo."³²⁴

Sobre el tema de la revolución, con el campesinado como sujeto revolucionario principal y la estrategia de conquistar las ciudades a partir del campo ya nos hemos detenido anteriormente. Ahora veremos otras dos diferencias del maoísmo con el marxismo ortodoxo que analiza Meisner.

La primera se refiere a la concepción de la revolución permanente que hizo suya también el maoísmo. En el marxismo clásico este concepto fue empleado fundamentalmente en dos ocasiones, la primera por Marx y la segunda por Trotsky en un sentido parecido. En el primer caso, Marx la utilizó en 1850 en relación con la situación europea después de la derrota de la revolución de 1848 para señalar que en otra posible ola revolucionaria, con un proletariado minoritario y una burguesía incapaz para cumplir sus objetivos históricos, aquél tendría que tomar en sus manos la dirección del proceso para llegar a convertir la inicial revolución democrático-burguesa en otra socialista. Esto significaba una corrección a la tesis anterior de la existencia de etapas de desarrollo político bien definidas, correspondientes con etapas de desarrollo socioeconómico. En el segundo caso, Trotsky retomaría esta idea para aplicarla a la situación rusa. La diferencia con Marx se situaba en que esa tarea del proletariado ruso de transformar la revolución democrático-burguesa en socialista se enmarcaba en una situación revolucionaria internacional, y la revolución rusa al estimular la revolución en otros países desarrollados podría obtener luego su ayuda y garantizar su supervivencia. Es decir, la revolución era permanente en dos aspectos, en el sentido de rebasar el carácter democrático-burgués en un país atrasado para convertirse en socialista, y en el sentido de estimular la revolución en los países desarrollados y evitar la existencia de una revolución aislada que sería derrotada. Con Stalin sería condenado el concepto de revolución permanente, regresándose al de las etapas bien definidas de desarrollo político correspondiente a las etapas de desarrollo socioeconómico.

La concepción de la revolución permanente en el maoísmo, por el contrario, está más orientada al desarrollo del proceso revolucionario una vez alcanzado el poder, "todo el proceso revolucionario, hasta la realización del comunismo, está caracterizado por una

324 Meisner, Maurice, *Marxismo, maoísmo, y la revolución china: un comentario sobre el papel de las ideas en la historia*, págs.35-6.

infinita serie de contradicciones y luchas sociales que sólo pueden ser resueltas por rupturas revolucionarias radicales con la realidad existente. El progreso de una fase a la otra «debe necesariamente ser una relación entre cambios cualitativos y cuantitativos. Todas las mutaciones, todos los saltos hacia adelante, son revoluciones que deben suceder a través de luchas. La teoría del fin de las luchas [en una sociedad socialista] es pura metafísica». Además, la resolución de las contradicciones sólo puede ser transitoria, ya que «el desequilibrio es normal y absoluto mientras que el equilibrio es temporal y relativo».³²⁵

Pero la concepción de la revolución permanente que sostenía el maoísmo tenía también una segunda arista que señala Meisner. "La noción de revolución permanente fue sobre todo una fórmula para revolucionar constantemente la conciencia y activar las energías humanas como la clave para alcanzar los objetivos sociales y económicos prometidos por la revolución china. Otro aspecto importante de la versión maoísta de la "revolución permanente", aun cuando no estaba formulado explícitamente en la teoría misma, era una creencia populista de que las verdaderas fuentes de la creatividad revolucionaria residían en el campo."³²⁶

Esta concepción de la revolución permanente justificaría que a la breve etapa de revolución democrático-burguesa siguiese la rápida colectivización en el campo, seguidamente el gran salto adelante y, finalmente, la revolución cultural.

No es que no fuesen importantes los avances industrializadores en los primeros años de la República Popular, que si lo fueron, pero dado el bajísimo nivel de desarrollo de partida, eran claramente insuficientes para pasar a la fase socialista, y menos a la comunista, como pretendía el gran salto adelante. El desarrollo político que impulsaba el maoísmo era mucho más rápido que el socioeconómico, rechazando, así, en la práctica, la correspondencia de etapas entre unas esferas y otras. No obstante, esta dislocación estaba justificada en la visión maoísta en cuanto, a la inversa del marxismo ortodoxo, la transformaciones socialistas operadas en la superestructura debían actuar como condiciones necesarias para el desarrollo posterior de la superestructura. De esta manera, el acceso a la etapa comunista dejaba de estar condicionada a la existencia de una situación de abundancia que evitase la actuación de las categorías económicas. La gran discusión económica que, como tuvimos ocasión de ver, atravesó y enfrentó a la

325 *Ibidem*, pág. 148.

326 *Ibidem*, pág. 150.

dirigencia bolchevique, y siguió discutiéndose después, no era una cuestión que les quitase el sueño a los maoístas.

La segunda diferencia que analiza Meisner del maoísmo respecto al marxismo ortodoxo se refiere a la interpretación del concepto de revolución cultural. En concreto, contrasta la concepción de Lenin con la de Mao. "Lenin, como Marx, asumía que una sociedad socialista heredaría (y construiría sobre) todos los logros culturales tanto como los materiales de sus predecesores. De aquí que deplorara el atraso cultural de Rusia, al cual, poco antes de su muerte, parcialmente acusaría por la degeneración de la revolución rusa." En contraste con esta visión, el maoísmo depositaba sus esperanzas "en las supuestas ventajas socialistas del atraso, una fe que encontraba su más extrema expresión cultural en la remarcable tesis de «pobre y vacío» elaborada a comienzos de la campaña del gran salto en 1958 [...]. Mao parecía creer que una nueva cultura puede ser creada ex nihilo, sobre un lienzo nuevo, en una «hoja limpia de papel», no estropeada por los defectos históricos."³²⁷

327 *Ibidem*, págs. 331-2

El marxismo ecológico

Hemos constatado fehacientemente que el mundo natural es uno de los puntos de partida en la teoría de Marx. No obstante, en el desarrollo posterior adquiere un carácter fragmentario y secundario respecto a la contradicción fundamental del modo de producción capitalista entre capital y trabajo. Tampoco podemos desconocer cierto optimismo en relación al desarrollo de las fuerzas productivas y la inexistencia de límites naturales. Por tanto, una traducción automática de Marx a la ecología contemporánea no alienta un conocimiento e investigación sobre los nuevos problemas ecológicos.

*Marxismo Ecológico:
Elementos fundamentales para la crítica de la economía-política-ecológica.*

Ignacio Sabbatella y Damiano Tagliavini

En este capítulo hay dos aspectos relacionados que analizaremos. El primero es la toma de conciencia de un grave problema ecológico desde hace unas décadas que ha generado un potente movimiento ecologista -incluidos los partidos políticos de esta orientación- que ha contribuido a extender dicha conciencia y a poner en marcha diversas iniciativas institucionales orientadas a corregir los problemas ecológicos más graves como son por ejemplo los acuerdos de Kioto o los de París. Esto ha dado lugar a un tipo de ecologismo denominado por las corrientes más radicales del ecosocialismo como ecologismo "acrítico" en cuanto plantean la puesta en marcha de soluciones que no ponen en cuestión la permanencia del capitalismo. Este tipo de ecologismo se extendería desde las tendencias que apelan a la responsabilidad individual en orden a establecer pautas de consumo compatibles con un medio ambiente sostenible, hasta las que ponen las esperanzas en el desarrollo de la capacidad tecnológica para frenar o revertir los efectos negativos producidos por el desarrollo industrial en el medio ambiente. Reconociendo en diversos grados la gravedad del problema ecológico, sin

embargo, no vinculan su solución a la necesidad de proceder a un cambio del modo de producción.

El segundo aspecto es la influencia de esta temática sobre el marxismo, que ha tenido que adaptarse igualmente a otras temáticas cuya reivindicación o es relativamente reciente o se ha intensificado en las últimas décadas, como son el empuje del feminismo, la igualdad de géneros, la discriminación de minorías, etc. En el caso del ecologismo, éste ha servido para una revitalización del marxismo crítico, romántico o "cálido", que ha hecho en muchos casos una lectura catastrofista del problema y que, en algunos casos, recuerda a otras lecturas catastrofistas como cuando a principios del siglo XX, sobre todo, se apoyaba en un inevitable derrumbe del capitalismo.

El ecosocialismo, como nombre genérico para designar esta tendencia, tiene por base tres tipos de críticas. La primera, compartida con todas las corrientes ecologistas, es la referida a los efectos nocivos producidos por la industrialización sobre el medio ambiente. Sin embargo, su característica diferenciadora es que vincula estrechamente el problema ecológico con el modo de producción capitalista y, en este sentido, cualquier solución definitiva debe pasar por la superación de este modo en el socialismo. La segunda crítica se deriva de la solución que propone, y que se dirige, por tanto, a las corrientes del ecologismo "acrítico", en el sentido de considerar un error el intento de buscar soluciones al problema dentro de la sociedad industrial capitalista. La tercera crítica está vinculada a las corrientes más radicales del ecologismo en cuanto se dirige no solo al capitalismo sino al progreso industrial y, con ello, extienden su crítica a los aspectos desarrollistas de las fuerzas productivas contenidas en el marxismo, proponiendo un nuevo paradigma que va desde el decrecimiento hasta la reconversión profunda del sistema productivo heredado del capitalismo. En este sentido se han producido esfuerzos por parte de varios autores tendentes a "actualizar" el marxismo según los requerimientos derivados del análisis de los problemas ecológicos.

El ecosocialismo se distancia del ecologismo en sus tres variantes. Del ecologismo profundo porque la radicalidad de éste le lleva a posiciones absurdas antihumanistas y relativistas. Igualmente rechaza otras proposiciones ecologistas que proponen frente a la urgencia del problema medioambiental unas políticas de decrecimiento intenso que supondrían un retroceso importante en el nivel de vida de las poblaciones de los países desarrollados que las harían inaceptable. Por último, y es la distancia más importante,

critican a los ecologistas moderados porque no ponen en causa la relación existente entre el capitalismo y los problemas medioambientales y, por tanto, conciben la posibilidad de corregir esos problemas dentro del capitalismo.

Esta última es la tendencia mayoritaria dentro del ecologismo que ha dado lugar a sus actores más influyentes, los partidos ecologistas.

Entre los autores que se adscriben al ecosocialismo podemos encontrar a Michael Löwy, James O'Connor, Joel Kovel, Wolfgang Harich, Ted Benton, Barry Commoner, Elmar Altvater, Manuel Sacristán, Raymons Williams, Jorge Riechman, John Bellamy Foster, Jean-Paul Déléague, Francisco Fernández Buey, etc.

Muchos de los autores adscritos al ecosocialismo han intentado una tarea ingrata y poco productiva, la de intentar apoyar sus tesis en una supuesta posición ecologista existente ya en Marx y Engels, o también en el inicio de la revolución soviética. En parte esta posición también es una reacción defensiva frente a las corrientes ecologista que han criticado al marxismo de falta de atención a este problema o le han acusado de ser una teoría de carácter productivista que estaría en contradicción con el ecologismo.

Lo innegable es que el problema ecológico no era percibido en el siglo XIX y, por lo tanto, es normal que no fuera objeto de las preocupaciones de Marx y Engels, de la misma manera que no pudieron fijar su atención en otros problemas inexistentes en su época como, por ejemplo, la presencia de armas nucleares. En consecuencia, el núcleo del asunto no se encuentra en esa ausencia de interés de los padres fundadores del marxismo por unos problemas ecológicos que en su época no habían mostrado su gravedad, sino en la propia concepción fundamental del marxismo como una teoría productivista cuyo objetivo es la superación del modo de producción capitalista para que las fuerzas productivas, liberadas del corsé que representan las relaciones de producción en el capitalismo, pudiesen desarrollarse indefinidamente y satisfacer todas las necesidades de la humanidad. En el marxismo, la liberación humana, está vinculada a un desarrollo de las fuerzas productivas que produjesen la suficiente abundancia como para colmar las necesidades sociales, hacer innecesarias las categorías económicas propias de una situación de recursos escasos en relación a las demandas, y liberar al trabajo de su condición alienante. Esta es una cuestión que ya hemos tenido ocasión de analizar en capítulos anteriores.

Por lo tanto, cuando nos encontramos frente a autores que se reclaman del marxismo y rechazan radicalmente los supuestos anteriores es lógico que se pueda plantear la cuestión de si siguen siendo marxistas, en el mismo sentido que esta pregunta se ha planteado con relación a otros aspectos. ¿Se puede considerar marxistas a quienes rechazan el papel fundamental del proletariado en el proyecto de transición al socialismo? ¿A quienes rechazan la dictadura del proletariado? ¿A quienes preconizan el socialismo de mercado?, ¿A quienes prescinden de la teoría del valor? etc. Pero no es el objeto de esta obra discernir sobre quienes pueden ser o no considerados marxistas, sino constatar los problemas del marxismo y plantear los desafíos que ha conocido con el desarrollo de la historia y la aparición de nuevos problemas como hemos tenido ocasión de ver también en capítulos anteriores.

Algunos de los autores adscritos al ecosocialismo proponen modificaciones sustanciales en la teoría marxista con el objetivo de recoger los problemas y desafíos planteados por el ecologismo. Así, por ejemplo, James O'Connor hace referencia a la necesidad de que el marxismo añada a la primera contradicción del modo de producción capitalista - la existente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción - una segunda que se produciría entre las fuerzas productivas y las condiciones de producción. La cuestión planteada así parece un tanto incoherente en cuanto que al no reemplazar la segunda contradicción a la primera, sino al completarla, deja en pie el corolario que se depende de ésta, es decir, que superado el capitalismo las fuerzas productivas se desarrollarían vigorosamente al no estar constreñidas por las relaciones de producción capitalistas, desarrollo que entraría en contradicción con las condiciones de producción, es decir, con los límites que el desarrollo industrial estaría encontrando en los graves problemas ecológicos generados.

Debido a estas razones, Michael Löwy parece ir más allá para resolver esa incoherencia mencionada y, así, aunque alude a una cierta ambivalencia en Marx, sin embargo reconoce la importancia en su obra del concepto de desarrollo de las fuerzas productivas. Y, en consecuencia, propone una modificación profunda del paradigma marxista, "La cuestión ecológica exige a los marxistas una revisión crítica profunda de su concepción tradicional de las «fuerzas productivas», así como una ruptura radical con la ideología del progreso lineal y con el paradigma tecnológico y económico de la civilización industrial moderna."³²⁸ Por eso define al ecosocialismo como una corriente

328 Löwy, Michael, *¿Qué es el ecosocialismo?*, pág. 2.

ecologista "que hace suyos los principios fundamentales del marxismo —debidamente desembarazados de los residuos productivistas."³²⁹ Con ello está aludiendo a que la superación de las relaciones de producción capitalistas no tiene porque desembocar en un desarrollo indefinido y ampliado de las fuerzas productivas y, con ello, se situarían en un terreno, como han analizado muchos economistas marxistas, en que se mantendrían vigentes indefinidamente las categorías económicas del capitalismo como la ley del valor, las mercancías, el mercado, la relación salarial, etc., es decir, que probablemente nunca se accediese al socialismo, al menos en el sentido clásico que ha tenido este término para la mayoría de los autores marxistas.

En este sentido, el intento de recuperación de Marx por parte del ecosocialismo para fundamentar sus posiciones recuerda bastante a otros intentos de recuperación no "ortodoxa" de Marx realizadas anteriormente y que hemos tenido ocasión de ver en capítulos previos. Era el intento, por ejemplo, por parte del marxismo latinoamericano por eliminar de Marx las concepciones eurocéntricas -como ahora las productivistas- apoyándose en sus escritos sobre la comuna rusa, y ahora son los ecosocialistas los que escarban en sus escritos para buscar algunas frases o indicaciones que puedan servir para contrarrestar la corriente principal de Marx, que lleva a considerar como condición inexcusable el desarrollo de las fuerzas productivas una vez superadas las relaciones de producción capitalistas.

En este sentido, el ecosocialismo crítica levemente a Marx y centra sus críticas más fuertes en las experiencias del "socialismo burocrático", apuntando con ello al stalinismo y evitando referirse a Lenin o Trotsky, absolutamente partidarios del desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas, siendo el segundo un partidario claro de la industrialización acelerada en la Unión Soviética, como ya tuvimos ocasión de ver. La cuestión es que, efectivamente, ni en Marx, ni en la experiencia de la revolución soviética los problemas ecológicos eran percibidos, siendo otras las prioridades más acuciantes del momento. Otra cuestión es que desde la perspectiva de la segunda década del siglo XXI las cosas se vean con otro enfoque.

Como consecuencia, el ecosocialismo encuentra muy difícil apoyarse en la corriente principal de los autores marxistas anteriores para poder fundar una tradición sobre ellos. En este sentido, el autor que más suele mencionarse es Walter Benjamín con su crítica

329 *Ibíd.*, pág. 4.

profunda a todo el progreso técnico y su visión de la revolución no como el expediente para liberar la expansión de las fuerzas productivas, sino, todo lo contrario, como el expediente para frenar y revertir esa expansión. Pero éste es un autor débil para fundar el ecosocialismo en una tradición marxista. No solamente porque se trata de un autor donde la crítica prima totalmente sobre la estrategia, sino porque, en su búsqueda de fuentes que contrarresten el productivismo de Marx y apoyen el regreso a la naturaleza, se dirige al socialista utópico Fourier.

El desarrollo enorme de las fuerzas productivas llevado a cabo en el seno del capitalismo ha generado un modelo de consumo y despilfarro en los países industrializados, principalmente en sus capas más acomodadas, que es imposible físicamente de ser extendido al resto del planeta por los recursos que se deberían emplear y su gravísimo impacto sobre el medio ambiente. Con este argumento, el ecosocialismo se acerca a las tesis de los teóricos de la dependencia que señalan que el desarrollo de los países industrializados se sustenta en la explotación y subdesarrollo del resto del mundo. La diferencia es que los teóricos de la dependencia razonaban en términos de acelerar el desarrollo de los países atrasados desvinculándose de la explotación imperialista, y el ecosocialismo, sin negar ese derecho al desarrollo, matizan su contenido, pero sin propuestas claras de como colmar esa diferencia de desarrollo y respetar el medio ambiente.

Si ocurriese una revolución planetaria simultánea en el tiempo tal vez los ecosocialistas podrían proponer una ralentización del desarrollo mundial a la vez que una transferencia de los beneficios de los países desarrollados hacia los menos desarrollados -aunque ya aludimos a las dificultades para realizar esto cuando existió el campo socialista, y al análisis de Mandel al respecto-, pero si los ensayos de transiciones al socialismo siguen produciéndose en países aislados y atrasados, o relativamente atrasados, es muy difícil que allí tengan eco las propuestas ecosocialistas. Una muestra de que esta sería la tendencia es la experiencia de los gobiernos progresista de América Latina a principios del siglo XXI con sus políticas económicas orientadas a apoyarse en la explotación intensiva de sus recursos naturales para impulsar el crecimiento y el desarrollo.

Por ello, para no instalarse en el utopismo, el ecosocialismo está obligado a ir más allá de realizar una crítica radical del capitalismo y sus problemas ecológicos, y de proponer una visión de un mundo más justo y armónico con la naturaleza. Debe de plantear la

manera en que puede operarse ese cambio que proponen y que, en muchos aspectos, es mucho más radical que el que proponía el marxismo clásico, pues éste, erradamente o no, postulaba un proyecto de progreso y desarrollo que continuaba los logros de progreso económico desplegados por el capitalismo en un tipo de sociedad radicalmente diferente.

La dificultad de esta tarea es lo que hace que una parte del ecosocialismo se mantenga ligada al marxismo más crítico, pero también más utópico, y que se busque referencias en un autor como por ejemplo Walter Benjamín y en su concepto de que las fuerzas productivas en realidad son fuerzas destructivas.

El problema de la estrategia: la revolución

Nunca se ha dado el inicio de una revolución con objetivos claramente socialistas y es poco probable que se verifique en el futuro. El molde democrático, social, político, agrario y nacional constituye una marca dominante que tiende a persistir.

Controversias sobre la revolución

Claudio Katz

En el inicio de esta obra hacíamos referencia a cuatro niveles que pueden diferenciarse en el marxismo y decíamos que el tercer nivel es el organizativo, es decir, el que informa a un conjunto amplio de organizaciones que le utilizan para alcanzar objetivos políticos, es “el marxismo como movimiento social”. En este sentido podemos decir que la discusión sobre el problema de la estrategia está situado en este tercer nivel, en cuanto que son las organizaciones políticas las que se ocupan prioritariamente de este tema, o a las que están dirigidas las reflexiones que hacen los intelectuales sobre él.

El marxismo se presentó desde su inicio como una teoría revolucionaria cuyo objetivo no era solamente funcionar como una correcta herramienta de análisis y crítica del modo de producción capitalista. Su objetivo último, y razón de ser, era el de servir de guía para la acción transformadora de la sociedad. En realidad para la transformación más importante de la historia de la humanidad. La de transitar desde la última de las sociedades clasistas, el capitalismo, a la primera sociedad desarrollada sin clases, el comunismo.

Y esa transición, dado su carácter tan esencial y profundo, solo podría ser alcanzada mediante una revolución. Marx y Engels recibieron la influencia, viva aún en su época, de la revolución francesa, y participaron o fueron testigos de otras grandes revoluciones como las de 1848 o la Comuna de París. Abogar por la revolución para alcanzar el comunismo era una consecuencia lógica de las enseñanzas históricas y era coherente con la intensidad de los cambios a alcanzar y las resistencias que esos cambios

generaban entre las clases sociales defensoras de la sociedad capitalista, entendida ésta en forma genérica.

La revolución era lo que los ejemplos históricos mostraban con toda su variedad de matices, momentos o procesos de enfrentamientos violentos entre los defensores del viejo y el nuevo orden social. Solo al final de la vida de Engels, con el enfriamiento de los últimos rescoldos revolucionarios en Europa y el avance electoral aparentemente imparable de la socialdemocracia, el compañero de Marx reflexionó sobre la posibilidad de una transición al socialismo mediante una vía de acumulación de poder en la sociedad y en las instituciones estatales que harían innecesarios, o reducirían al mínimo, los episodios violentos asociados a las revoluciones clásicas. La revolución, durante un cierto tiempo, pareció concebirse como una largo proceso de transformaciones, tal vez con algunos momentos de ruptura, que desembocaría en el socialismo. A ello ayudaba también una cierta confianza, nunca confirmada, en el inexorable derrumbe del capitalismo.

Es conocido que esta situación en los años de alrededor del cambio de siglo, del XIX al XX, derivó en la aparición de una corriente revisionista, encabezada por Bernstein, que no solamente renunciaba a la revolución, sino que concebía al socialismo como un largo proceso sin fin basado en reformas continuas.

Pero, con los desastres asociados a la primera guerra mundial y la existencia de partidos y dirigentes revolucionarios capaces y audaces, la revolución reactivó su funcionalidad de vía inevitable de paso al socialismo. Fracásó en los países de Europa dónde se ensayó al final de la gran guerra, pero triunfó en Rusia, y ello fue suficiente para que la vía revolucionaria adquiriese un nuevo y enorme vigor con replicas que se sucedieron durante varias décadas en el seno de unas coyunturas en las que cosecharon éxitos trascendentales. La segunda guerra mundial y sus consecuencias, los procesos de descolonización, la lucha contra dictaduras e intervenciones imperialistas, llevaron al éxito a revoluciones como la yugoslava, la china, la cubana, la vietnamita, etc.

Pero ese ciclo y esa concepción de las revoluciones proletarias -en realidad campesinas por su base social, pero lideradas por un partido con una programa marxista- se cerró bruscamente con la debacle del socialismo real. A partir de entonces se siguieron produciendo fenómenos de violencia insurreccional de masas que desestabilizaron Estados como en Siria y Libia a partir de las primaveras árabes, pero no eran

revoluciones proletarias; persistieron guerrillas campesinas de orientación marxista hasta su retirada final como en Colombia; aparecieron otras con un modelo novedoso que se desgastó con el tiempo como los zapatistas; hubo fenómenos de "subversivismo"³³⁰ según la categoría gramsciana, como en Argentina en 2001. Pero, sobre todo, lo que comenzó a hacerse habitual fueron las rebeliones populares que terminaron llevando al poder por medios electorales a gobiernos progresistas como en Bolivia, Venezuela, Ecuador o Grecia.

Con esta situación, casi 40 años después de la debacle del socialismo real, volvía a plantearse como una necesidad inevitable la discusión sobre las estrategias para alcanzar el socialismo como un proceso de larga duración y mediante la utilización de métodos democráticos, y esto reclama de dos operaciones, la de recuperar las reflexiones y las prácticas históricas en torno a esta vía, y la de confrontar esa herencia con la situación actual para intentar despejar la incógnita de si esa vía es realmente viable, porque si las revoluciones clásicas terminaron llevando a las sociedades en las que se experimentó la transición al socialismo al fracaso, las vías democráticas no consiguieron, por su parte, ofrecer un modelo exitoso de transición al socialismo.

En este sentido, hay un aspecto en el que no nos detendremos ahora, pero que no puede dejarse de lado por su importancia. El tipo de revolución llevado a cabo, el tipo de partido construido para ese fin, las características de las sociedades dónde triunfaron las revoluciones, estuvo asociado finalmente al tipo de sociedad que terminaron construyendo esas revoluciones.

Si este libro se hubiese escrito entre las décadas de 1920-70 posiblemente este capítulo no hubiera sido necesario escribirle. Hubiese sido difícil sustraerse a la idea dominante entonces de que la revolución, en la acepción clásica que mencionábamos antes, era la vía necesaria e inevitable para pasar al socialismo. Aunque pudiese discutirse el porqué no terminaba de desencadenarse en los países desarrollados, o el porqué habían desembocado en los resultados conocidos, especialmente el estalinismo.

Pero en la segunda década del siglo XXI la visión es necesariamente muy diferente a la del período mencionado. Hoy, con una perspectiva más amplia, se pueden observar tres tipos de fenómenos relacionados con la estrategia revolucionaria que cronológicamente

330 Con este termino se refiere a algunos tipos de revueltas populares sin dirección política concreta y, por tanto, sin objetivos políticos articulados.

podrían ordenarse de la siguiente manera: Primero que, cuando tuvieron lugar, las revoluciones fueron derrotadas en los países de capitalismo desarrollado. Segundo, que el impulso revolucionario derivado de la revolución rusa se fue agotando claramente desde la década de 1970 sin que desde entonces triunfasen y se consolidasen más revoluciones socialistas. Y tercero, que los Estados surgidos de las revoluciones triunfantes en países atrasados, mayoritariamente se hundieron o se encauzaron hacia un desarrollo de tipo capitalista.

Estos fenómenos invitan a una reflexión seria sobre las capacidades reales del marxismo para alcanzar su objetivo de una sociedad comunista. Como señalábamos antes, el ciclo de revoluciones socialistas triunfantes se concentró en un período histórico especialmente convulso de la historia moderna, el que comprende el terremoto de las dos guerras mundiales y sus replicas posteriores en forma de procesos de descolonización y guerra fría. Estabilizada la situación, especialmente tras el derrumbe del socialismo real, la conflictividad persistente no ha tenido la capacidad de poner en cuestión la estabilidad del dominio de la burguesía que, por el contrario, se ha reforzado mediante la extensión prácticamente mundial del modo de producción capitalista y, con menos extensión, del modelo de poder político más estable y confiable para la burguesía, el Estado demoliberal en alguna de sus variantes.

Este escenario económico, social y político ni parece que vaya a sufrir alteraciones violentas importantes, ni existen actores políticos interesados en que ocurran, con la excepción del islamismo político radical. Por lo tanto, salvando las distancias, se puede decir que la situación para el marxismo y su estrategia es similar al período de la segunda internacional en los años anteriores a la primera guerra mundial. Pero la similitud es muy superficial, las experiencias ocurridas en estos más de cien años transcurridos y las transformaciones acaecidas en el propio capitalismo tienen un peso fundamental que separan ambas coyunturas mucho más allá de esos puntos en común.

Por lo tanto, y más allá de reducidos grupos o intelectuales marxistas que persisten en ambiguas referencias a las estrategias revolucionarias "clásicas" sin ninguna vigencia real en la actualidad, se hace necesario reflexionar sobre las estrategias del marxismo para la actual coyuntura histórica actual. Esta problemática es otra de las varias debilidades del marxismo, junto a las anteriores analizadas como el modelo económico, el modelo de poder político, la capacidad como instrumento de análisis, etc.

Sin una visión tan amplia como la que proporciona un análisis situado en la segunda década del siglo XXI, sin embargo, ya desde muy temprano aparecieron reflexiones en torno a este problema de la estrategia que, en definitiva, tiene que ver con las posibilidades reales para derrocar el poder de la burguesía e iniciar la transición al socialismo. En este sentido podemos hacer referencia a tres aportaciones diferentes con algunos puntos en común.

La primera sería la de mayor influencia teórica y persistencia en el tiempo, nos referimos a las aportaciones teóricas de Gramsci, originadas justamente ante el fracaso de las revoluciones en Europa al finalizar la primera guerra mundial. El segundo bloque de aportaciones derivarían de algunas experiencias históricas que concibieron y ensayaron el inicio de la transición al socialismo no como fruto de un hecho revolucionario que resolviese el problema del poder de manera definitiva en un momento determinado, una revolución en sentido clásico, sino como un largo proceso, revolucionario, pero proceso; nos referimos a las experiencias de los frentes populares y, especialmente, al gobierno de Allende en Chile. El tercer bloque de aportaciones son las formadas por el ensayo de lo que se conoció como eurocomunismo, y que tuvo lugar históricamente cuando el impulso derivado de la revolución rusa estaba claramente agotándose y poco antes del derrumbe del socialismo real en Europa.

El principal punto que une a estos tres bloques de aportaciones es la búsqueda de estrategias adecuadas para iniciar la transición al socialismo en formaciones sociales desarrolladas y complejas, cada vez más según transcurre el tiempo, de manera que la complejidad de las sociedades sobre las que reflexionaba Gramsci en la segunda década del siglo XX era mucho menor que la que existe un siglo después.

Otro punto en común tiene que ver con las coyunturas históricas en que se produjeron, en las que las organizaciones que luchaban por la transformación socialista gozaban de un importante peso político, y el escenario internacional se caracterizaba por una tendencia a la expansión del socialismo en diferentes grados. Gramsci reflexionó en medio de las derrotas de las revoluciones en Europa, pero con la consolidación de la victoria soviética, y las expectativas sobre esa base de futuros avances, Gramsci reflexionó sobre las dificultades de ese avance en el occidente desarrollado, no sobre su imposibilidad. El gobierno de Allende tenía lugar después de la victoria de la revolución cubana y tras la expansión mundial de Estados comunistas que siguió al fin de la

segunda guerra mundial y los procesos de descolonización, es decir en plena expansión del campo socialista. El eurocomunismo tuvo lugar cuando el agotamiento de los efectos de la revolución de octubre era ya claro, pero sin que nadie pudiese prever el derrumbe del socialismo real, y los principales partidos comunistas adscritos a esta tendencia gozaban de un peso político importantes en sus respectivos países que les hicieron concebir la esperanza de alcanzar el gobierno en ellos.

Finalmente, el tercer punto en común es que ninguna de esas líneas de reflexiones y experiencias dio lugar a ningún proceso de transición al socialismo triunfante. La propuesta gramsciana ha actuado como telón de fondo en distintos grados de aplicación, o ha sido recuperada como justificante teórico bien de manera explícita o implícita por las experiencias mencionadas o algunas otras, pero no ha dado lugar a corrientes políticas dentro del marxismo del tipo del leninismo, el trotskismo o el maoísmo. No han existido organizaciones gramscianas, aunque sí muchos intelectuales orientados por ese pensamiento que han dado lugar a infinidad de aportaciones teóricas en ese sentido.

Estos tres bloques de experiencias y reflexiones también pueden contemplarse como parte de una evolución gradual nacida a partir de la constatación de la dificultad de la revolución en las sociedades complejas desarrollada. De esta manera, aún cuando Gramsci comenzó sus reflexiones en la década de 1920, posteriormente tuvieron lugar la mayoría de las revoluciones socialistas, que siguieron a la soviética, todas en países atrasados o relativamente atrasados. En ese período de revoluciones continuas y de expansión del campo socialista, el pensamiento de Gramsci apenas era tomado en cuenta, con la excepción del PCI y su interpretación toglattiana. Gramsci formaba junto con Rosa Luxemburgo, Karl Korsch o Lukács un conjunto de teóricos interesantes desde algunos puntos de vista -especialmente filosófico, dónde han servido para generar mucha literatura-, pero sin utilidad práctica. El primero sería recuperado con posterioridad cuando empezó a plantearse ampliamente el problema de la transición para países desarrollados y era patente el agotamiento del impulso de la revolución soviética. Luxemburgo, Korsch y otros no lo fueron porque no tenían nada que aportar para la nueva coyuntura, su pensamiento estratégico podía haber tenido alguna validez en su momento pero ninguna organización o corriente de pensamiento lo toma en cuenta en la actualidad.

Gramsci sería un primer eslabón que ponía en causa la triunfante estrategia leninista como modelo a imitar en el occidente desarrollado, y aportaba una importante cantidad de conceptos y reflexiones que servirían especialmente en etapas posteriores. La experiencia del gobierno de la UP en Chile, la primera en ensayar una transición al socialismo utilizando la vía parlamentaria, no estuvo influenciada por el pensamiento gramsciano. Frente a las concepciones leninistas o guevaristas predominantes en el polo rupturista de la UP, el polo gradualista no hizo alusiones a las teorías de Gramsci, más bien crearon una débil teoría propia. El eurocomunismo, sin embargo, si intentó recuperar a Gramsci como fundamento teórico de sus proyectos y prácticas. Recuperación oportunista para algunos e insuficiente para otros. Pero, sobre todo, Gramsci fue recuperado por multitud de pensadores marxistas a partir del agotamiento de los efectos de la revolución de octubre y su posterior desaparición. Lo curioso de esta última recuperación gramsciana es que suele hacerse al margen de las experiencias chilenas y eurocomunistas, en una especie de salto sin red entre las década de 1920 y el final del siglo XX.

Gramsci y la estrategia para occidente

Los análisis de Trotsky naufragaron una y otra vez contra el escollo del proletariado occidental. Iba a ser otro marxista, Antonio Gramsci, el que hiciera una interpretación más amplia que trataría de ajustar las cuentas con el fracaso de la revolución en Occidente.

Dos métodos en pos de la ciencia: Skocpol versus Trotsky

Michael Burawoy

En Gramsci sobresalen tres características que le hacen desviarse de las corrientes más clásicas del marxismo, en primer lugar, su rechazo del economicismo, que ya no actuaría de manera tan determinante en el análisis y definición de las coyunturas históricas y, en consecuencia, en las estrategias definidas por las organizaciones revolucionarias. En segundo lugar, su inclinación hacia el análisis de las

superestructuras, intentando colmar así el vacío que los clásicos del marxismo habían mantenido respecto a este tema. En tercer lugar, su énfasis en la subjetividad revolucionaria frente al peso de las condiciones objetivas.

Estas características de su pensamiento dan lugar a la creación de nuevas categorías conceptuales en el seno de la teoría marxista como son las de hegemonía, bloque histórico, crisis orgánica o revolución pasiva. Sus reflexiones sobre los fracasos revolucionarios en Europa y el estudio de las condiciones específicas italianas le llevan a revalorizar la cuestión nacional, por un lado, y a reconocer la importancia de la sociedad civil en los países capitalistas desarrollados donde predominan los regímenes políticos de tipo liberal-democrático, por otro.

Su inclinación por el estudio de las superestructuras le llevan a una nueva caracterización del Estado y de sus relaciones con la sociedad civil, lo cual tiene profundas implicaciones estratégicas. Su concepto de Estado se hace más complejo y omnicompreensivo, en él incluye ahora instituciones que en el pensamiento clásico corresponderían a la sociedad civil como el sistema educativo, los medios de comunicación, las instituciones religiosas o, incluso, los partidos políticos. Así, el Estado deja de tener la naturaleza de una simple herramienta instrumental de la clase dominante que deba ser tomada y destruida como tal.

Esto transforma la estrategia socialista, que ya no puede ser orientada a la toma del aparato del Estado y al enfrentamiento previo con su aparato coercitivo. En los países desarrollados con regímenes demo-liberales es necesario tomar en cuenta el fenómeno del consenso sobre los que se fundamentan, y que es generado en las instituciones de la sociedad civil, que en realidad forman parte de la estructura estatal como hemos señalado antes. La base del consenso es la existencia de una situación de hegemonía de la clase dominante sobre las clases dominadas.

Sus reflexiones sobre una nueva estrategia, derivadas de los fracasos revolucionarios en Europa después de la primera guerra mundial, tienen como precondition la crítica a las estrategias revolucionarias preconizadas en ese momento por otras tendencias revolucionarias. No es solo que Gramsci considere una estrategia equivocada para ser llevada a cabo en Europa la que fue capaz de triunfar en Rusia en 1917, sino que crítica

los planteamientos posteriores de Trotsky de la revolución permanente a la que llega a calificar de "napoleísmo anacrónico y antinatural".³³¹

El bloque histórico expresa el conjunto de las estructuras y superestructuras de una formación social. Se trata de un producto histórico concreto en cuya cohesión juegan un papel determinante los intelectuales. De un lado, pues, "Gramsci define la hegemonía como el ejercicio de un liderazgo político, intelectual y moral dentro y sobre un espacio político dado, de manera tal que se logre que las fuerzas e instituciones sociales se ajusten a los requisitos de la reproducción capitalista en un periodo determinado. Cuando la hegemonía se ejerce con éxito, se refleja en lo que Gramsci denomina bloque histórico. a estos efectos, un bloque histórico. puede definirse como una correspondencia contingente e históricamente específica entre las dimensiones económica, jurídico-política y ética de una formación social dada"³³²

Y por otro lado, "El bloque histórico se cristaliza en el Estado, que es el organismo que condensa las relaciones políticas de la sociedad. tal organismo debe permitir el máximo desarrollo y la máxima expansión del grupo hegemónico, presentándolo como desarrollo y expansión de toda la sociedad."³³³

Su estrategia de tipo nacional-popular se orienta, entonces, a la creación de una hegemonía por parte de la clase obrera sobre el resto de las clases populares interesadas en una transformación socialista que la conviertan en una clase dirigente. Este proceso de conquista de la hegemonía es concebida como una larga guerra de posiciones orientada a que la clase dominante pierda su papel hegemónico sobre la sociedad civil, reducido su base de apoyo y de alianzas.

Se trata entonces de construir bajo la hegemonía del proletariado una política de alianzas que genere un bloque histórico alternativo y antagónico para llevar a cabo la estrategia nacional-popular.

"Para Gramsci, en las sociedades modernas, la formación de un nuevo bloque histórico que supere al tradicional está ligada a la reforma intelectual y moral de las masas que se identifican colectivamente como pueblo-nación: es un bloque histórico nacional-

331 Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*, Tomo 5, Edición crítica del Instituto Gramsci. A cargo de Valentino Gerratana. Ediciones Era, pág. 157.

332 Jessop, Robert, *El futuro del Estado capitalista*, pág. 7.

333 Ordoñez, Sergio, *Cambio histórico mundial contemporáneo y pensamiento social. Transformación del capitalismo: la revancha de Gramsci*, pág. 210.

popular, al que podemos considerar como el locus de las identidades nacionales. En este proceso, el rol de los intelectuales es central, ya que son ellos los que dan forma y difunden los elementos de tal reforma intelectual y moral, constituyéndose en el elemento clave de «formación-mediación-identificación de cada bloque histórico nacional popular».³³⁴

Aunque esta visión estratégica no excluye la posibilidad de un momento decisivo de ruptura provocado por una crisis orgánica o un empate catastrófico que haya que resolverse por un momento de fuerza, sin embargo, supone reemplazar la clásica estrategia insurreccional por otra más compleja y gradual realizada tanto a través como al margen de las instituciones democráticas de los regímenes liberales, aún cuando en Gramsci sigue predominando la visión instrumental de aquellas.

Antes de alcanzar el poder, el bloque alternativo tiene que haber alcanzado la hegemonía en la sociedad, pero para poder romper el sistema hegemónico de la clase dominante es necesario que se produzca una crisis orgánica, "que no es más que una ruptura del nexo orgánico entre infraestructura económica y superestructura político-ideológica, esto es, una «crisis de autoridad» de la clase dirigente, una pérdida de su capacidad de control-dirección moral e intelectual o, lo que es lo mismo, del consenso. Si la clase dominante ha perdido el consenso, ya no es dirigente sino únicamente dominante, detentadora de la fuerza coercitiva, esto significa que las grandes masas se han separado de la ideología tradicional, ya no creen en lo que antes creyeron."³³⁵

"La revolución es para Gramsci, por lo tanto, un largo proceso mundial, por etapas, en el que la conquista del poder estatal, aun siendo necesaria, interviene hasta cierto punto según las condiciones históricas, y en occidente presupone, de todos modos, un largo trabajo de conquista de baluartes, la construcción de un bloque histórico entre clases diferentes, cada una portadora no sólo de intereses diferentes sino con raíces culturales y políticas propias. Entretanto, tal proceso social no es el resultado gradual y unívoco de una tendencia ya inscrita en el desarrollo capitalista y en la democracia, sino el producto de una voluntad organizada y consciente que interviene, de una nueva hegemonía política y cultural, de un nuevo tipo humano en formación progresiva."³³⁶

334 Lvovich, Daniel, *De la determinación a la imaginación: las teorías marxistas del nacionalismo. Una interpretación*, pág. 36.

335 Noguera Fernández, Albert, *La teoría del Estado y del poder en Antonio Gramsci: Claves para descifrar la dicotomía dominación-liberación*, pág. 16.

336 Magri, Lucio, *El sastre de Ulm. El comunismo del siglo XX: hechos y reflexiones*, pág. 57.

Un resumen extenso de lo que sería el desarrollo y las etapas de la estrategia preconizada por Gramsci es la ofrecida por Rafael Díaz Salazar: " a) la peculiaridad de Occidente impide repetir miméticamente el modelo bolchevique de revolución; b) la acción política más correcta y eficaz es multiplicar «guerras de posición» hasta que la acumulación de éstas haga posible desencadenar una «guerra de movimiento»; e) hay que priorizar la lucha política en la sociedad civil, que constituye la base del Estado capitalista moderno como «Estado alargado»; d) la conquista de los *aparatos de hegemonía*, en los que se condensa el poder molecular del sistema, es imprescindible para provocar la *crisis orgánica de hegemonía* del sistema capitalista, por eso hay que ser dirigente antes que dominante; e) la realización de la revolución en Occidente requiere el desarrollo de una reforma intelectual y moral y la creación de una voluntad colectiva basada en un consenso activo; f) la lucha política en Occidente aboca a una larga marcha con diversas relaciones de fuerza económicas, políticas y militares acompañadas de fases económico-corporativas, ético-políticas, político-militares y técnico-militares, pues la acumulación de hegemonía será la que llevará a la ruptura revolucionaria; g) la finalidad de la revolución en Occidente no es la construcción de un Estado de la clase obrera ni la colectivización de la economía, sino la creación de la *sociedad regulada*.¹³³⁷

Este autor reconoce que si Gramsci era consciente de las dificultades de la revolución en los países capitalistas desarrollados, y por ello su preocupación al respecto, estas dificultades habían aumentado de manera importante a finales del siglo XX. Por lo tanto, lo que quiere es reflexionar sobre la crisis de la izquierda europea, que, inicialmente, podría entenderse como el fracaso de los partidos eurocomunistas, pero que, en realidad, puede extenderse ampliamente a la izquierda de los países de capitalismo maduro, e incluso a los países con un capitalismo menos desarrollado.

"Desde un punto de vista gramsciano, la crisis de la izquierda europea puede ser comprendida desde el estancamiento que ha experimentado la estrategia de la hegemonía expansiva. Esta parece tocar un techo máximo a partir del cual retrocede, mientras que se alarga la influencia de la cultura burguesa y del *americanismo* y se incumple la hipótesis de Bahro de crecimiento de los *intereses emancipatorios* y de reflujos de los *intereses compensatorios* (vinculados a necesidades de consumo material)

337 Díaz Salazar, Rafael, "Gramsci, el internacionalismo y la izquierda europea", en Trías Vejarano, Juan (coord.), *Gramsci y la izquierda europea*, págs. 28-9.

en los países industriales desarrollados (Bahro, 1980 y 1981). Crece, por el contrario, la hegemonía capitalista -que es capaz de convivir y hasta de asimilar diversas «guerras de posición» generadas durante los últimos decenios- vinculada a un sistema de democracia parlamentaria que persiste con el mero consenso pasivo y se refuerza con la extensión de un gusto cultural de masas y unos modos populares de pensar muy alejados de aspiraciones revolucionarias. Todo ello provoca el afianzamiento de una sociedad civil compleja, fragmentada y autónoma, en la cual es muy difícil crear una voluntad colectiva unificadora. Añádase a este cuadro, fuertes tendencias de corporativismo obrero y una progresiva reducción de las prácticas sindicales a la política salarial.³³⁸

Con este diagnóstico, bastante acertado, sobre las dificultades de la aplicación de la política estratégica derivada de la teoría gramsciana, podemos analizar brevemente dos experiencias que han tenido relación con ella, en primer lugar la experiencia del gobierno Allende en Chile, en segundo lugar la de los partidos eurocomunistas.

El gobierno de Allende: la vía político-institucional al socialismo

En la práctica está por demostrar que el camino político-institucional pueda conducir a la hegemonía política de la clase trabajadora y hacer posible de este modo la transición al socialismo.

El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende

Joan E. Garcés

La experiencia de gobierno de la UP durante 1970-73 en Chile, dónde se ensayó una vía democrática de transición al socialismo mediante la utilización de las instituciones de la democracia liberal, podría dar la impresión de parecer un ensayo desarrollado según las líneas estratégicas gramscianas. Sin embargo, hay que señalar que en aquellos momentos Gramsci era un autor muy poco conocido en Chile y que, por lo tanto, se

338 *Ibidem*, pág. 31.

puede afirmar que esa experiencia no estuvo orientada en absoluto por las reflexiones del comunista italiano.

En primer lugar, porque Gramsci era en aquellos momentos un autor muy poco difundido en Chile, aunque se publican algunos escritos antes y durante el gobierno de la Unidad Popular, sin embargo, "las circunstancias de su publicación no parecen haber encontrado el clima apropiado para obtener una masiva apropiación de sus contenidos y para lograr a través de ellos una incidencia política"³³⁹, y ello debido, según apunta Massardo, a dos circunstancias. Una de carácter teórico, haciendo referencia a que el éxito de difusión del pensamiento de Louis Althusser por aquellos años entre la izquierda latinoamericana va a bloquear la posibilidad de influencia de Gramsci.

La otra, más importante, de carácter pragmático, pues el Chile del período de gobierno de la UP está situado en una coyuntura internacional bajo la influencia del éxito de la revolución cubana; e interiormente, con la victoria presidencial de Allende, la izquierda chilena se encuentra en una situación diametralmente diferente de la que se encontraba el revolucionario italiano cuando escribió sus obras desde la cárcel, está ensayando la posibilidad real de transición al socialismo con una vía novedosa, en tanto que Gramsci escribía sobre las dificultades para esa transición en sociedades desarrolladas después de las derrotas de las revoluciones en Europa. Los marxistas chilenos estaban preocupados por los problemas inmediatos de una experiencia en marcha cuya estrategia se basaba en el control del aparato del Estado a partir de la victoria presidencial.

Se puede afirmar, en este sentido, que se trataba de una variante de la estrategia clásica, especialmente desde el triunfo soviético, de transición al socialismo a través de la conquista del Estado, solo que en lugar de un asalto frontal mediante una insurrección (Rusia), una guerra popular (China), o una guerra de guerrillas (Cuba), se hacía utilizando las posibilidades e instituciones propias de una democracia liberal. Era difícil, en esas circunstancias, que los marxistas chilenos reflexionasen y se orientasen con las categorías políticas desarrolladas por Gramsci.

No obstante esto, recuerda Massardo, los partidos de la UP se encontraban enfrentados frente al problema del poder "sin que la clase obrera hubiese logrado transformarse en clase dirigente de la mayoría de las fuerza sociales involucradas en el proceso y sin que

339 Massardo, Jaime, *Gramsci en Chile. Apuntes para el estudio de una experiencia de difusión cultural*, pág. 6.

éstas se hubiesen transformado en una mayoría nacional, signo también irrecusable de una insuficiente lucha por la hegemonía al interior de la sociedad civil o, lo que era el caso, de la ausencia de un planteamiento cabal en esta dirección." ³⁴⁰

Pero ésta es una reflexión que puede ser válida para el resto de las revoluciones socialistas llevadas a cabo. Alcanzado el control del Estado por una insurrección, guerra de guerrillas o una ocupación militar (este europeo), la clase obrera en dichos países no disponían de la hegemonía en la sociedad civil en diferentes grados, los que les obligaba a los respectivos partidos comunistas a fusionarse con el Estado y controlarle férreamente en una deriva inevitable hacia una dictadura burocrática. La revolución que serviría de modelo de Estado posterior, la soviética, evidenció esa ausencia de hegemonía de los bolcheviques sobre la sociedad civil con la disolución de la Asamblea Constituyente, ante su clara posición minoritaria en ella.

La hegemonía para Lenin era la de la clase obrera sobre sus aliados en la revolución, los campesinos y, como tal, esa concepción seguía vigente entre los partidos marxistas de la UP en Chile.

Así pues, la experiencia chilena aporta una segunda fuente de reflexión estratégica a la izquierda transformadora cuando tanto el capitalismo como la democracia liberal se estabilicen sólidamente tras la debacle del socialismo real, y obligue a dicha izquierda a replantearse las estrategias de transición al socialismo en estas condiciones. Las aportaciones estratégicas que se pueden extraer de la experiencia chilena ya fueron objeto de análisis de un estudio anterior³⁴¹ al cual, por tanto, vamos a utilizar a continuación.

"El primer campo sobre el que vamos a indagar está formado por aquellos que creyeron en la viabilidad del proyecto político de la UP y que buscan, en los errores cometidos ante los diferentes obstáculos encontrados, la explicación del fracaso de esta experiencia. Su común adscripción a éste campo no evita que, por lo demás, haya profundas diferencias en torno a otras cosas tan importantes como eran el carácter de la etapa del gobierno popular, o, el tipo de sociedad socialista en el que estaban pensando.

340 Massardo, Jaime, *Gramsci en Chile. Apuntes para el estudio de una experiencia de difusión cultural*, pág. 8.

341 Sánchez Rodríguez, Jesús, *Reflexiones sobre la revolución chilena*.

Algunos de estos autores, como Cancino o Joan E. Garcés hacen un esfuerzo por extraer conclusiones teóricas de largo alcance en torno a las estrategias del movimiento socialista, del tipo de socialismo que se pretende alcanzar.

El análisis de Cancino está enmarcado por dos ideas clave sobre los actores de la izquierda chilena. La primera sería que, pese a las divergencias profundas existentes en las estrategias de estos actores, todos participan en una matriz teórica común, el marxismo de la III Internacional y los modelos de revolución, de Estado, partido y democracia que esta organización instituyó, codificando la experiencia de la revolución de octubre de 1917 en Rusia. La segunda, es la consideración por Cancino del presidente Salvador Allende como el representante genuino de un proyecto de socialismo democrático, diferenciado claramente el proyecto sustentado por el PC, al que a veces se le asimila, y que vendría a ser, justamente, la verdadera alternativa en la izquierda al dominio hegemónico del «marxismo dogmático y los modelos de la Tercera Internacional».

Frente a la vía chilena al socialismo -estrategia aceptada por la UP, al menos en teoría, y defendida de manera clara por el presidente Allende y, en general, por el denominado polo gradualista- se encontraría la estrategia insurreccional, que para Cancino no tenía ninguna «posibilidad de aplicación eficaz en las condiciones histórico-estructurales de la formación social chilena». Esta última estrategia la define por los elementos que fueron característicos del modelo bolchevique de revolución: partido de vanguardia que dirige una insurrección rápida con aparición de milicias obreras y rupturas del ejército; aparición de organizaciones populares de base, los soviets y, finalmente, asalto al Estado, entendido como fortaleza, y constitución de un gobierno obrero y campesino³⁴².

La hegemonía en la izquierda del modelo derivado de la Tercera Internacional tenía dos variantes en torno a la táctica para la toma del poder, la primera abogó por un proceso de revolución por etapas, la segunda se inclinaba por un ataque frontal y rápido de carácter insurreccional. Estalinistas, trotskistas y castristas, con todas sus variantes participaban de este esquema. Sólo Allende y un puñado de seguidores dentro del Partido Socialista permanecían alejados defendiendo un modelo diferente, democrático.

342 Cancino Troncoso, Hugo, *La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo. 1970-1973*, págs. 25-6.

Este es el núcleo de la crítica de Cancino al pensamiento y comportamiento de izquierda durante el período de la Unidad Popular.³⁴³

Si es evidente que el PC se encuentra inscrito en este campo hegemonizado por el pensamiento derivado de la Tercera Internacional -su defensa de la vigencia de la dictadura del proletariado, o de los regímenes de socialismo real existente así lo prueban-, no es menos cierto que su análisis posterior sobre las causas responsables del fracaso de la experiencia chilena se aparta de los autores más ortodoxos dentro del marxismo-leninismo, que apuntan a que este desenlace era inevitable desde el momento en que la UP no siguió las enseñanzas históricas de las revoluciones proletarias del siglo XX. Al fin y al cabo, el PC seguía su «vía no armada» en perfecta concordancia con lo defendido por los dirigentes de la URSS desde 1956.

El análisis de Cancino contiene una triple conclusión: La primera de ellas se refiere a la estrategia, defendiendo que la única realmente viable para las fuerzas populares, en el contexto histórico de 1970 en Chile, era el proyecto de la vía político-institucional al socialismo³⁴⁴. El programa de la UP y esta vía eran los únicos que respondían a las condiciones de una sociedad civil compleja y pluralista.

La segunda conclusión gira en torno a las alianzas necesarias, insistiendo en que la transformación estructural profunda que pretendía llevar a cabo el gobierno popular «requería para su éxito una amplia base de apoyo social, y por ello, el establecimiento de un consenso entre la Unidad Popular y una política como la Democracia Cristiana, que asumía significativamente la representación y convocación de las capas medias y de sectores campesinos y populares urbanos. Este consenso habría permitido aislar y desarticular al bloque burgués reaccionario».³⁴⁵

La tercera conclusión tiene por destinatarios los partidos políticos de la izquierda, preguntándose por su idoneidad para conducir la vía chilena al socialismo: «¿Era posible la implementación de la vía política institucional al socialismo, por partidos o tendencias que formalmente aceptaban sus premisas y a la vez reconocían la validez del paradigma de la vía armada/insurreccional, la dictadura del proletariado, y, en

343 *Ibíd.*, pág. 385.

344 *Ibíd.*, pág. 431.

345 *Ibíd.*, pág. 433.

definitiva, el ejemplo de los ‘socialismos reales’?». ³⁴⁶ Su respuesta a esta pregunta es negativa.

Joan E. Garcés, por su parte, es uno de los más importantes defensores de la vía político-institucional. Consejero del presidente Allende y, como tal, protagonista directo de la experiencia chilena, hace uno de los intentos más serios por analizarla con rigor y extraer lecciones sólidas para el futuro.

Sus conclusiones en torno al destino final sufrido por el gobierno y el movimiento popular chileno podemos dividirlo, a efectos de claridad expositiva, en tres apartados consecutivos, que girarían en torno a los distintos proyectos enfrentados en el campo de la izquierda disputándose la dirección del proceso y su trayectoria histórica; los problemas concretos que llevaron al trágico final conocido ; y las lecciones a extraer del proceso chileno para una estrategia político-institucional.

Garcés considera que en la experiencia del movimiento socialista se han teorizado o practicado tres grandes modelos para la conquista del Estado por parte de los trabajadores: el de la guerra popular (y su variante guerrillera), el modelo insurreccional, y, el político-institucional ³⁴⁷. Pero, dado el desarrollo histórico en Chile, la primera quedó al margen de cualquier posibilidad de aplicación y, sólo las dos últimas se enfrentaron claramente, y, por lo tanto, son el objeto de atención por parte de este autor.

Ambas vías son también definidas como estrategia directa e indirecta de transición al socialismo; y son claramente expuestas a través de sus elementos más definitorio: «en la vía político-institucional las relaciones sociales se canalizan a través de una dinámica de incitación-estímulo entre los sectores contradictoriamente diferenciados que persigue la reestructuración socioeconómica y política de la sociedad a través de una estrategia indirecta que evite el conflicto violento y la ruptura de los mecanismos sociales de coexistencia e identificación colectiva [...] Por su parte, la vía insurreccional contempla la agudización de las tensiones como camino hacia la polarización de las fuerzas sociales y, producido el conflicto, el proceso de relaciones sociales es regulado a través

346 *Ibíd.*, pág. 440.

347 Garcés, Joan E., *El Estado y los problemas táctico en el gobierno de Allende*, pág. 248.

de la dinámica coerción-disuasión, que encuentra su resolución natural en el enfrentamiento violento entre las organizaciones antagónicas - estrategia directa». ³⁴⁸³⁴⁹

Sobre la vía político-institucional, Garcés señala "Los partidarios de la vía político-institucional, por el contrario, si analizan esas peculiaridades, que según ellos permiten avanzar al proceso revolucionario mediante la transformación legal del Estado actual, estando abierta una vía para que los trabajadores puedan copar y utilizar para sus propios intereses las estructuras del Estado, existiendo así la posibilidad de crear una nueva institucionalidad socialista a partir de la burguesa; en su análisis no descartan la posibilidad de un conflicto agudo y violento en algún momento, pero su objetivo es precisamente evitarle.

Esta vía ofrece oportunidades, según sus partidarios, pero también son conscientes de las limitaciones que impone, como lo reconoce Sergio Bitar³⁵⁰. Estas son de tres tipos, la primera consiste en que como dicha vía se basa en el acceso al poder mediante procesos electorales en los que la UP no dispone de mayorías absolutas, obliga a buscar compromisos con la DC; en segundo lugar la vía chilena partía de que la institucionalidad era flexible y respetada por todos los actores, entre ellos mismos la UP, y el mantenimiento de esta legitimidad institucional impedía cambios radicales que la erosionasen, permitiendo solo un avance gradual; el último límite era el control de las FFAA, su buscada neutralidad solo podía asegurarse mientras la acción gubernamental no superase la institucionalidad."³⁵¹

La vía política-institucional, cuyo mejor representante era el presidente Allende fue expuesta claramente por éste en el mensaje anula al congreso nacional en mayo de 1971 en torno a cinco puntos: "El primero de ellos es el principio de legalidad que, a la vez que promete respetar, expresa su confianza en que sea capaz de permitir los cambios necesarios que van a suponer la implementación del proyecto que defiende: «Nuestro sistema legal debe ser modificado. De ahí la gran responsabilidad de las Cámaras en la hora presente: contribuir a que no se bloquee la transformación de nuestro sistema jurídico.»³⁵²

348 Garcés, Joan E., *Allende y la experiencia chilena*, págs. 42-3.

349 Sánchez Rodríguez, Jesús, *Reflexiones sobre la revolución chilena*, págs. 192-4.

350 Bitar, Sergio, *Transición, socialismo y democracia. La experiencia chilena*, pág. 304.

351 Sánchez Rodríguez, Jesús, *Reflexiones sobre la revolución chilena*, págs. 74-5.

352 Allende, Salvador, La "vía chilena al socialismo". Discurso ante el Congreso de la República 21 de mayo de 1971, págs. 9.

El segundo se refiere a la institucionalidad, Salvador Allende expresa que Chile tiene un sistema institucional flexible que puede adaptarse al nuevo objetivo de transferir a los trabajadores y al pueblo el poder político y económico, dejando bien claro que: «el principio de legalidad y el orden institucional son consubstanciales a un régimen socialista.»³⁵³

El tercero, es el reconocimiento del valor de las libertades políticas: «las libertades políticas son una conquista del pueblo en el penoso camino por su emancipación. Son parte de lo que hay de positivo en el período histórico que dejamos atrás.»³⁵⁴ Y la promesa de que el gobierno de la UP reconocerá dichas libertades políticas y ajustará su actuación dentro de los límites institucionales.

El cuarto punto expresa la aspiración del pueblo chileno a avanzar al socialismo sin recurrir a la violencia o a formas autoritarias de gobierno, pero advirtiendo, a la vez, que si se ejerciese la violencia contra el normal desarrollo político, entonces, «el combate por la emancipación social» se vería obligado a adoptar manifestaciones diferentes de las expresadas por la vía chilena al socialismo.

Por último, se refiere al núcleo de esta vía, la socialización de los medios de producción, que reconoce que será un proceso largo y sin atajos, porque: «No es posible destruir una estructura social y económica, una institución social preexistente, sin antes haber desarrollado mínimamente la de reemplazo.»³⁵⁵³⁵⁶

Como se ha señalado, la experiencia chilena de la UP puede considerarse un eslabón en una evolución del pensamiento estratégico socialista. La vía insurreccional, en sus distintas variantes, con su éxito en Rusia apareció como un modelo que fue seguido durante mucho tiempo y en lugares muy diferentes de los países no desarrollados con éxitos y fracasos.

Gramsci representó dentro de su adscripción a esa vía, sin embargo, una primera reflexión a partir de los fracasos revolucionarios en Europa sobre las dificultades de aplicación de esa vía en los países desarrollados. Las consecuencias teóricas fueron el desarrollo de un nuevo complejo de categorías apropiadas para analizar esas sociedades y una propuesta de nueva estrategia.

353 *Ibíd.*, págs. 10.

354 *Ibíd.*, págs. 11.

355 *Ibíd.*, págs. 13.

356 Sánchez Rodríguez, Jesús, *Reflexiones sobre la revolución chilena*, pág. 79.

La experiencia chilena se encontró a medio camino entre la vía insurreccional clásica, presente en los planteamientos de sus principales partidos, y la vía político-institucional, sostenida especialmente por Allende y en parte del PS y PC. Esta situación tan especial permitió originar entre algunos de sus protagonistas algunas reflexiones interesantes concernientes a ambas vías, y que sirven como síntesis apretada de sus diferencias.

"Ésta [la vía insurreccional] necesita para su implementación, y eventual éxito, de algunos prerequisites que Garcés va desgranando³⁵⁷: por el lado de los factores económicos menciona, siguiendo a Lenin, una grave crisis de producción y distribución, un agravamiento agudo de las privaciones y sufrimientos de las clases oprimidas y, consecuencia de lo anterior, un aumento de la actividad de las masas. Por el lado de los factores políticos se encontraría una grave crisis del sistema político, con especial incidencia en el aparato represivo del Estado, y, también en su aparato ideológico que se ven, así, resquebrajado, perdiendo eficacia los elementos coactivos, valorativos e institucionales que mantienen la legitimidad del orden y la autoridad.

Finalmente, la vía insurreccional lleva implícita la necesidad del enfrentamiento armado como fase última de conquista del gobierno.

Si aquellos son los prerequisites, el medio instrumental por excelencia en esta vía es el fenómeno del doble poder que implica la fractura del régimen institucional, buscando la legitimación del poder político en las decisiones de las organizaciones populares, al margen de los mecanismos institucionalizados que tiene el sistema político vigente para ello.

Finalmente, recuerda Garcés, todo ello desemboca «en la dictadura del proletariado, a través de la guerra civil, como mecanismo de definición y solución del enfrentamiento».

Para justificar su posición en favor de la vía político institucional para Chile, Garcés realiza un examen de la trayectoria histórica del movimiento obrero y socialista, y, expone las lecciones que se desprende de ella, especialmente a tener en cuenta por los movimientos transformadores que operan en sociedades económica y políticamente desarrolladas, es decir, industrializadas y con regímenes políticos demo-liberales.

357 Garcés, Joan E., *El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende*, op. cit., págs. 248-53.

De manera apretada resumimos algunas de estas conclusiones extraídas por Joan E. Garcés³⁵⁸: De un lado, las características que adquiera un período de transición al socialismo vienen condicionadas por la naturaleza de la crisis precedente que pone fin a la capacidad de continuidad del sistema capitalista. Por otro lado, sin existencia de una crisis social no es posible un cambio de régimen, ni, con mayor motivo, de sistema político. Una tercera enseñanza de la historia social del último siglo medio es la de que allí donde las fuerzas capitalistas nacionales o internacionales eran dominantes, las insurrecciones obreras han sido ahogadas en sangre; en tanto que allí donde han contado con respaldo económico-militar suficiente han conquistado o retenido el poder.

La existencia de estas dos vías no significa que su elección o desarrollo histórico dependa de un acto de voluntarismo; sino de las condiciones históricas en que se haya desarrollado un determinado movimiento obrero, especialmente del hecho de sí cuenta o no con una trayectoria de lucha democrática. Así, Garcés constata una constante histórica según la cual: «en ningún país donde el movimiento obrero ha conquistado y ha practicado las formas de lucha política propias de un sistema fundado en el sufragio universal, se ha instalado un gobierno socialista por la vía insurreccional. Y lo contrario es igualmente cierto: en ningún país donde ha triunfado una insurrección proletaria, el movimiento obrero había incorporado a su praxis las formas de lucha democrática fundamentadas en el sufragio universal, es decir, en la democracia política.»

La razón de esta constante radicaría en que «los fundamentos socioeconómicos y políticos que hacen viable la lucha social por la vía político-electoral, no sólo son distintos sino incluso contrapuestos a los de la vía insurreccional.»³⁵⁹

Además, continua, desde 1917 todo intento revolucionario por medio de la guerra civil en un país industrializado ha terminado en un fracaso o en un baño de sangre. Igualmente, cuanto más se aproxima un proceso revolucionario a una la guerra civil, más condicionado está su suerte por las relaciones militares entre las potencias.

Finalmente, un proceso revolucionario que tenga lugar en un contorno internacional militarmente dominado por fuerzas capitalistas debe evitar derivar hacia la situación de guerra civil porque, en ausencia de guerra internacional, la táctica insurreccional es inviable en los países industrializados. Esta confusión de tácticas por parte de los

358 Garcés, Joan E., *Allende y la experiencia chilena*, op. cit., págs. 11, 20, 24-6, 28, 38.

359 *Ibid.*, pág. 22.

dirigentes revolucionario de los países industrializados «durante tres generaciones» han llevado a derrotas trágicas como la de Chile en 1973.

De estas lecciones Garcés extrae las conclusiones pertinentes que aplica a la experiencia chilena, y le llevan a un punto de encuentro con Hugo Cancino; Chile era un país en el cual, por su trayectoria política e histórica, y la de su movimiento obrero, sólo era posible y viable la aplicación de la vía político institucional.³⁶⁰

El eurocomunismo

El eurocomunismo fue el reconocimiento de una “valoración convergente de los problemas de la democracia y del socialismo”. En sus principales rasgos, el eurocomunismo fue el intento de crear un modelo de socialismo correspondiente a las características del occidente y, por tanto, un tipo de estrategia revolucionaria nueva. Los tres partidos que dieron vida al fenómeno reconocían que no disponían de un “modelo” de referencia a partir del cual construir su propia vía al socialismo, anunciando la creación de vías autónomas.

El fracaso del eurocomunismo

Andrea Donofrio

El eurocomunismo representó un nuevo paso en la búsqueda de una estrategia de transición al socialismo en las condiciones de un capitalismo estabilizado y una democracia liberal que gozaba de un creciente prestigio, resaltado por las traumáticas experiencias del nazi-fascismo sufridas en Europa, y el rechazo creciente de las dictaduras burocráticas del socialismo real tanto por parte de las poblaciones de esos países como de la clase obrera de los países capitalistas.

Lo característico del eurocomunismo reside entonces en lo siguiente. Primero, se trata de una evolución de partidos comunistas situados en países de capitalismo desarrollado que sostienen expectativas más o menos viables de poder alcanzar el gobierno y

360 Sánchez Rodríguez, Jesús, *Reflexiones sobre la revolución chilena*, págs. 194-5.

necesitan con urgencia elaborar una teoría que cumpla dos objetivos, hacerles creíbles ante amplios sectores sociales que desconfían de su acceso al poder, y servir de base a una estrategia de transición al socialismo en las condiciones de una democracia de capitalismo desarrollado. Es importante señalar esta característica porque una vez que fracasó el eurocomunismo, se produjo la debacle del socialismo real, y los partidos comunistas pasaron a una situación de intrascendencia política, el debate estratégico dejó de ser una prioridad. Los partidos marxistas quedaron reducidos a una situación política marginal y se orientaron fundamentalmente a una labor crítica sin capacidad de provocar transformaciones.

Segundo, el gran problema que acuciaba en esos momentos a dichos partidos comunistas era definir su posición y relaciones frente a la Unión Soviética. Esta cuestión fue generadora de intensas tensiones internas en su seno porque su crítica y distanciamiento eran imprescindibles para que ganase credibilidad su discurso de socialismo democrático frente a una Unión Soviética que les planteaba en aquellos momentos retos como la invasión de Checoslovaquia y Afganistán o el golpe militar en Polonia. Sin embargo, la ligazón histórica de estos partidos con la Unión Soviética, sus señas de identidad, y el vínculo emocional de gran parte de su militancia, les llevaba a posiciones contradictorias y a enfrentamientos de la dirigencia con las bases. Con la desaparición de la Unión Soviética también lo hizo este problema pero, no obstante su distanciamiento con ella, con la excepción del PCF que volvió a reconciliarse, este hundimiento les terminó afectando profundamente.

Tercero, el reto que se les presentaba era complicado y no era seguro que tuviera una solución satisfactoria, como finalmente la historia se encargó de confirmar. Inicialmente, porque la adopción de una estrategia de transición democrática o pacífica o institucional, como a veces se la definía, les podía asimilar a la socialdemocracia clásica anterior a la primera guerra mundial, reproduciendo, en otro contexto histórico, algunos de los debates y dilemas que tuvieron lugar en aquellos momentos ¿Cual sería lo específico y novedoso que podía aportar el eurocomunismo para convencer de que su estrategia difería claramente de la socialdemocracia clásica? Por otro lado, la adopción de esta vía tampoco era ninguna garantía de que los poderes fácticos de las democracias liberales fuesen a permitir el acceso electoral de estos partidos al poder -como demostraba el bloqueo que sufrió el PCI y las estrategias de tensión desplegadas para

evitar que ocurriera-, o que si llegaban a él pudiesen desarrollar su programa, como ocurrió con el golpe militar en Chile contra el gobierno de Allende.

El eurocomunismo conoce su período de mayor influencia en la segunda mitad de la década del 70 cuando tres grandes partidos comunistas de Europa occidental se identifican con esa corriente, el PCE, el PCF y el PCI. Sus orígenes teóricos han sido objeto de diferentes interpretaciones que ponen el acento en acontecimientos y autores diversos que van desde el frentepopulismo de los años treinta hasta las aportaciones de Gramsci y Togliatti, pasando por el austromarxismo.

La posibilidad de esta corriente se basó en la existencia de una serie de premisas a las que sus partidarios se refieren constantemente, entre otras éstas serían: "el peso del sistema socialista en el ámbito mundial, el elevado nivel de socialización de la producción y de las necesidades humanas, la coexistencia pacífica, el carácter monopolista del Estado que posibilitaría la alianza entre las fuerzas partidarias del socialismo y la burguesía no monopolista."³⁶¹.

La génesis de esta corriente está salpicada de desencuentros y rupturas con la histórica vinculación que los partidos comunistas habían mantenido con la URSS, lo que finalmente también ha llevado a cada uno de estos partidos a desembocar en situaciones diferentes, una vez que el propio eurocomunismo entró en crisis como alternativa al *impasse* que los comunistas atravesaban en su actuación en los países desarrollados de occidente. Las dos coyunturas más claras de esta ruptura tuvieron que ver con dos actuaciones internacionales de la Unión Soviética: las intervenciones en Checoslovaquia y Afganistán en 1968 y en 1979.

Hay una serie de características que identifican esta corriente dentro de lo que se denominó anteriormente como movimiento comunista; en principio, frente al monolitismo y la unanimidad siempre exigida, pero nunca alcanzada, por la URSS, los eurocomunistas aceptaban la diversidad y la divergencia; en segundo lugar reconocían la necesidad de una relación fuerte entre democracia y socialismo así como el mantenimiento de las libertades alcanzadas en las democracias liberales avanzadas; en tercer lugar reclamaban la autonomía de cada partido para elaborar su propia línea y estrategia en una actitud abierta a explorar nuevas vías para alcanzar el socialismo; por

361 Sánchez Rodríguez, Jesús, *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-82)*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 2004, pág. 231.

último, reclamaban su derecho a criticar abierta y francamente al socialismo realmente existente sin que ello puede ser considerado como antisovietismo.

Para el eurocomunismo, la transición al socialismo deja de ser planteada según los esquemas clásicos leninistas a partir de un momento inicial de conquista y destrucción del Estado capitalista, para ser concebida como un proceso largo de transformación democrática del Estado y la sociedad, en el cual las libertades y derechos son ampliados, reformulados y enriquecidos en un sentido más popular y democrático. Esta nueva orientación tiene implicaciones directas asimismo en la concepción del propio partido, que deja de autoconcebirse como el único genuino representante de la clase trabajadora, y no se propone convertirse en la fuerza dominante del Estado. Igualmente, cambia la política de alianzas que, ahora, se concibe basada en la posibilidad de acuerdos estables con la burguesía no monopolista y las clases medias en una fase de transición larga con estabilidad democrática y movilizaciones de masas.

La lucha política y social, que persistirá, en estas condiciones, estaría marcada con unas características diferentes de las clásicas en la vía insurreccional: desde el interior de las instituciones, ampliando la democracia de base, con un programa gradual de reformas que amplíe derechos y libertades a la vez que cambie la estructura socioeconómica y la jurídico-institucional y, basándose en un consenso amplio que permita controlar electoralmente las instituciones más importantes del Estado.

Algunos de los autores que reflexionaron sobre el tema se plantearon seriamente las posibilidades reales de esta vía y los posibles obstáculos que podía encontrar; especialmente el de la previsible resistencia violenta por parte de las clases dominantes a este proceso. Sus respuestas suelen ser optimistas; confían en algunos de los rasgos más superficiales de los sistemas políticos liberales asentados en el occidente industrializado, en los mecanismos de negociación habituales, en las tendencias al consenso y el repudio de las soluciones violentas, o, en la capacidad de impedir que la derecha reaccionaria se dote de un movimiento de masas que utilizar de ariete contra el proceso de cambio democrático en marcha.

Ahora podemos indicar algunas señas de identidad fundamentales en el eurocomunismo que lo diferenciaban de las concepciones estratégicas clásicas en lo que se denominó movimiento comunista. La primera de estas señas sería la renuncia a la dictadura del proletariado. Denominación con la cual el marxismo ortodoxo define la necesaria etapa

de transición en la que el proletariado ejerce el poder con un Estado adecuado a dicha tarea.

En el eurocomunismo la concepción de la democracia se transforma de manera significativa y, de concebirse como un instrumento con el cual alcanzar el socialismo, se la termina valorando como un fin en sí misma, indispensable para la propia existencia del socialismo. La democracia es una conquista de las masas populares que deben continuamente defenderla de los intentos de las clases dominantes por vaciarla de contenido real. Similar revalorización conoce el tratamiento de las libertades que dejan de ser motejadas de formales y se aboga por conservar todas las conquistas obtenidas a lo largo de todo un período histórico, unas veces por la burguesía durante su etapa revolucionaria y otras veces por el proletariado cuando la burguesía se transforma en clase dominante.

En el movimiento comunista nunca se rechazó la posibilidad, aunque solo fuera teóricamente, de un tránsito pacífico al socialismo. El propio PCUS se inclinó en este sentido en 1956. Lo característico del eurocomunismo es que esta novedad es acompañada de otra serie de cambios que le dan un cariz diferente: renuncia a la dictadura del proletariado, renuncia al papel dirigente del partido, revalorización de la democracia, etc.

El eurocomunismo no renuncia a la democracia directa como un instrumento esencial para el desarrollo del socialismo en democracia, pero no la contrapone a la democracia representativa, sino que las hace complementarias. Su apuesta por una vía parlamentaria para la transición al socialismo le obliga a enfrentarse a otros dos problemas conexos, el del pluralismo y el de la alternancia en el poder.

En relación con el primero, su evolución le lleva a aceptar la necesidad de colaborar con otros partidos partidarios del socialismo y a reconocer “plenos derechos a todos los partidos constitucionales, incluso aquellos que no desean la transformación de la sociedad en un sentido socialista y que se oponen a ella, naturalmente siempre dentro del respeto a las normas democráticas y constitucionales.”³⁶².

362 Proyecto de tesis para el XV Congreso Nacional del PCI, Nuestra Bandera, número 97, 1979, pág. 20.

En relación con la posible alternancia en el poder durante el proceso de transición hay manifestaciones también a favor; pero son notorias las ambigüedades al respecto dada la incoherencia y dificultad que en la práctica supondría tal situación. Se acude, entonces, a dos argumentos hipotéticos: que en el inicio del proceso se generasen, con una mayoría amplia, cambios de tal profundidad de carácter social, político, económico e institucional que hicieran irreversible la transformación; y que impulsada la transición por una mayoría social, ésta se mantuviese fiel durante todo el proceso, dado que los cambios beneficiarían a la mayoría de la población.

Todo este desarrollo teórico puesto en marcha por el eurocomunismo está salpicado de lagunas, ambigüedades y algunas incoherencias como hemos podido apreciar, pero, además, hay otros tres problemas importantes a los que se enfrentó esta corriente sin terminar de darles respuesta, a falta, sobre todo, de un desarrollo práctico, que era el único terreno posible de solución en cualquier sentido. Estos problemas se refieren a las garantías democráticas ofrecidas por el eurocomunismo frente a la desconfianza de otras fuerzas políticas, dada la trayectoria histórica seguida en los países del socialismo real; a la ausencia de una teoría marxista del Estado alternativa a la teoría democrática-liberal; y a los peligros que el desarrollo de esta vía termine llevando al mismo camino seguido por la socialdemocracia.

La bancarrota del eurocomunismo a finales de la década de los 70 tuvo una primera expresión en el PCF, donde esta línea política no dejó de ser un paréntesis dentro de su posición ortodoxa, sirviendo más bien de legitimidad suplementaria a su política de Unión de Izquierdas con los socialistas. Rota ésta, y tras el fracaso cosechado en las elecciones de 1978, el PCF se alejó del eurocomunismo a la vez que se reconciliaba con la URSS, como quedó patente en toda una serie de gestos en esa época entre los que sobresale su aprobación a la invasión de Afganistán en 1979.

En el PCE, el tercero de los grandes partidos eurocomunistas europeos, la ruina de esta línea está relacionada con el incumplimiento de todas las previsiones que había hecho para acabar con la dictadura franquista, lo que unido a una serie de fracasos electorales le llevaron a la desorientación y a un grave enfrentamiento interno.

Pero, aparte de las concretas circunstancias peculiares que concurren en cada caso, hay otras de tipo general que pueden ayudar a explicar el fracaso de este proyecto. Perry Anderson alude a una crisis del marxismo occidental, manifestada en la pérdida de

vitalidad o el abandono del marxismo por parte de los intelectuales o, en la pérdida de peso de los partidos comunistas en las sociedades del sur de Europa, donde, desde la Segunda Guerra Mundial, habían mantenido un gran peso e influencia.

Se puede apuntar como un factor general en esta crisis del eurocomunismo la reducción de la tradicional base social y electoral en que se habían venido apoyando los partidos comunistas, de un lado la clase obrera tradicional perdía peso en la estructura social de los países occidentales avanzados, de otro, la crisis se ensañó, sobre todo, con aquellos sectores donde los comunistas habían tenido sus principales bastiones: minería, siderurgia, etc.

Otro factor sería el continuado descrédito del socialismo real que extendería sus efectos a estos partidos, a pesar de su alejamiento y crítica de los regímenes del este europeo, contribuyendo a restarles apoyos sociales. Además, la actitud ante el socialismo real producía crecientes tensiones internas ya que se trataba de un tema que afectaba a las señas de identidad profundas de estos partidos, a su razón de ser histórica, existiendo un lazo emocional con la revolución de octubre y todo su significado, vínculo que permanecía con el paso del tiempo más fuerte cuanto más se descendía a la base de estos partidos.

En tercer lugar es necesario aludir al conjunto de cambios de tipo cultural que afectaron a las sociedades occidentales y cuyo impacto en los partidos comunistas tendría dos consecuencias³⁶³. De un lado, el aumento de las actitudes individualistas, consumistas y hedonistas restaban fuerza a los valores de tipo colectivista, como la solidaridad de clase y la militancia sacrificada, sobre los cuales los comunistas habían construido sus prácticas organizativas. De otro lado, se asistía a la aparición de nuevas demandas sociales, como el ecologismo, el feminismo, el pacifismo, etc., que los partidos comunistas no fueron capaces de recoger en su inicio por estar alejadas de las tradicionales temas de movilización y propaganda, y que les restaron el apoyo de un potencial electorado que se trasladó a los nuevos movimientos sociales: “en este cambio desfavorable del ambiente social y político, los partidos comunistas dieron señas claras de falta de adaptación y contribuyó, además, a potenciar sus tensiones internas”.

363 Un resumen de estos análisis está recogido en la memoria de Luis Ramiro Fernández, *Cambio, estrategias políticas y estrategias organizativas: el caso de Izquierda Unida*, mecanografiado.

En definitiva, después de la derrota sangrienta de la experiencia chilena y del fracaso del eurocomunismo se produjo una reducción casi a la irrelevancia de la mayoría de las organizaciones comunistas y, como consecuencia, un repliegue ideológico en su seno, en medio de un sentimiento de confusión. Desaparecida del horizonte histórico cualquier posibilidad de iniciar algún tipo de transición al socialismo, estabilizado el sistema político basado en la democracia liberal -las crisis en éstas, que no dejaron de expresarse, nunca desembocaron en un regreso a dictaduras o ensayos de transición socialista- el pensamiento estratégico desapareció con dicha posibilidad y fue sustituido en las organizaciones marxistas por líneas tacticistas de luchas en el seno de las sociedades capitalistas, que criticaban y rechazaban estas experiencias (caso del eurocomunismo), o las ignoraban (caso de la UP chilena), sin proponer ningún proyecto estratégico para la nueva situación.

Así, cuando tuvieron lugar tres grandes convulsiones a principios del siglo XXI, las representadas por las luchas antineoliberales en América Latina, la primavera árabe, y las luchas anti-austeridad en Europa con la crisis económica iniciada en 2008, los partidos marxistas prácticamente no tuvieron nada que decir. Con la excepción de Syriza en Grecia -que terminó en una rápida claudicación fruto, justamente, de la ausencia de un pensamiento estratégico- en el resto predominaron las variadas direcciones populistas, indigenistas o islamistas.

Así, a pesar de todas las contribuciones que hemos analizado, y los miles de marxismos que analizaremos a continuación, el marxismo resultó inoperante prácticamente cuando se presentaron coyunturas históricas de crisis y movilizaciones importantes de masas como las tres a las que no hemos referido. Se trata de un síntoma innegable de la crisis del marxismo, del que nos vamos a ocupar en un capítulo posterior.

Miles de marxismos

La multiplicidad de interpretaciones y desarrollos históricos, la variedad de “marxismos” tiene su raíz no solo en esta diversidad de fundamentaciones epistemológicas, en esta particular síntesis de teorías y tradiciones culturales; sino también en la forma como esta diversidad epistemológica se expresa en las tensiones existentes en las formulaciones teóricas de Marx en relación a problemas teóricos y políticos centrales planteados en su obra.

Contribución a la crítica del marxismo realmente existente

Edgardo Lander

Wallerstein denomina así a la etapa que empezaría a partir de la década de 1950 y se extendería hasta la actualidad. Es verdad que desde ese momento empieza a proliferar la producción teórica marxista en distintos campos, y aunque la parte más importante de esa producción en las dos primeras décadas de la etapa es la de autores pertenecientes al marxismo occidental, también hemos visto que hay otro número importante de autores que no están incluidos en esta corriente. Igualmente se empiezan a superponer otras corrientes más o menos duraderas como la estructuralista, los historiadores británicos, el marxismo analítico, el obrerismo italiano, o el neo-marxismo originado con Sweezy y Baran, pero también otra multitud de autores que no siempre es fácil clasificar en alguna corriente. Esta situación es la que ha llevado a varios estudiosos del marxismo a designar a esta etapa, aunque no haya coincidencia exacta sobre su momento original, como la de los mil marxismos.

Con unas fechas de origen aproximadas también, la expansión de la producción teórica viene a coincidir con su difusión en las culturas intelectuales de Gran Bretaña y Estados Unidos, en este caso sobre todo a partir de la década de 1960. Kouvelakis³⁶⁴ señala cuatro dominios dónde especialmente tuvo lugar dicha expansión: los estudios culturales y la crítica literaria, dónde destacan Fredric Jameson, Terry Eagleton y Stuart

364 Kouvelakis, Stathis, *Planète Marx: sur la situation actuelle du marxisme*, págs. 13-4

Hall; la economía política, dónde cita los trabajos de Anwar Shaikh, Fred Moseley y los economistas relacionados con la universidad de Londres-SOAS como Ben Fine, Alfredo Saad-Filho y Costas Lpavitsas; la disciplina de las relaciones internacionales en la que subraya los trabajos de la escuela neo-gramsciana fundada por Robert Cox, la teoría de la clase capitalista transnacional de Kees van der Pijl y la del desarrollo desigual y combinado de Justin Rosenberg, o las aportaciones sobre el imperialismo y la economía política internacional llevados a cabo por autores como Ellen Meiksins-Wood, Giovanni Arrighi, Peter Gowan, Leo Panitch o Alex Callinicos; y finalmente, el dominio de la geografía con los trabajos de David Harvey, Mike Davis, Edward Soja, etc.

Pero Kouvelakis no agota ahí el inventario de la producción teórica marxista, cuya máxima expansión sitúa en la década de 1980, y menciona otras aportaciones complementarias como la corriente de la "nueva dialéctica" centrada en la lectura de la obra de Marx en un sentido hegeliano; historiadores importantes como Peter Linebaugh, Chris Wickham, Benno Teschke y John Haldon; y las aportaciones en el dominio del medio ambiente y la ecología como las realizadas por James O'Connor, John Bellamy-Foster y Paul Burkett.

Estos autores, ¿continúan con la línea marcada por el marxismo occidental o tienen características diferentes? Kouvelakis remarca los puntos de diferencia y de similitud. En el primer plano se situaría el hecho de que el grueso de esta nueva producción intelectual se encuentra en el dominio de las ciencias sociales, es decir, alejada de la filosofía abstracta característica del marxismo occidental, aunque reconoce que esta divergencia podría ser solo superficial a la vista de la obra de algunos de los autores. Sin embargo los puntos de parecido si son más fuertes, destacando dos de ellos, una separación aún más radical con la práctica política que la de los intelectuales marxistas occidentales, y una acentuación del carácter universitario de estos nuevos autores.

Sin embargo, a pesar de esto, Kouvelakis se resiste a aceptar que las tesis del marxismo occidental de Anderson estén confirmadas. En principio, porque la ausencia de relación del productivo marxismo anglosajón con la práctica política históricamente se explica porque la ausencia de organizaciones de masas marxistas en esos países ha provocado que los intelectuales marxistas se orienten hacia la esfera de la cultura y la investigación.

En segundo lugar, porque ha seguido existiendo una importante producción teórica en Europa occidental, con un predominio de la filosofía, y a la que Tosel ha aplicado el adjetivo de mil de marxismos. Kouvelakis centra esa producción de la Europa continental en dos países sobre todo. En Francia diferencia varias corrientes, la de influencia althusseriana con André Tosel, Jean Robelin, Tony Andréani y Georges Labica; la trotskista con Daniel Bensaïd y Michael Löwy; la comunista de Lucien Sève y Michel Vadée; y la influenciada por la Escuela de Frankfurt con Jean Marie Vincent y Gérard. Raulet. Pero también otros autores interesados en el estudio de textos marxistas como Miguel Abensour, Jacques Texier, Antoine Artous o Solange Mercier-Josa.

En Italia señala entre otros autores marxistas a Domenico Losurdo, Guido Oldrini, Alberto Burgio o Roberto Finelli; junto a autores de corrientes como el post-operaismo, con Antonio Negri, Paolo Virno y Christian Marazzi; gramscianos como Guido Liguori o Fabio Frosini; y post althusseriano como Vittorio Morfino y Maria Turchetto.

Más diseminados, también señala otra serie de autores marxistas actuales en Alemania, o la escuela de Budapest, bajo la influencia del pensamiento del Lukács maduro, con G.Markus e István Mészáros.

Por último, Kouvelakis alega contra la confirmación de las tesis del marxismo occidental de Anderson el hecho de que el marxismo ha dejado de ser un fenómeno característico de occidente, habiéndose “nacionalizado” y “regionalizado”, echando raíces en la mayoría de las áreas culturales y lingüísticas del planeta, pero manteniendo una relación importante con el pensamiento marxista occidental a través de la influencia de autores como Lukács, Althusser o Gramsci.

La conclusión no es difícil de entender, la expansión del marxismo por las ciencias sociales, abandonando el cuasi monopolio anterior de la filosofía, es fruto del nuevo medio universitario en el que se desenvuelve, el anglosajón, dónde dichas ciencias tienen fuerte implantación, pero las características que más definieron al marxismo occidental se encuentran ahora más acentuadas aún, como no podía ser de otra forma dado que, de un lado, las organizaciones marxistas y su influencia han sufrido un fuerte retroceso, especialmente desde la debacle del socialismo real y, de otro, que el mundo anglosajón nunca ha tenido una tradición de presencia de organizaciones marxistas.

André Tose³⁶⁵ es el autor que más ha popularizado el término de los mil marxismos en un largo artículo destinado a visualizar esta exuberancia de pensadores marxistas. Pero su estudio tiene dos inconvenientes, el primero es que, a pesar del título del artículo, en realidad no hace un balance global de toda la producción marxista de las últimas décadas, pues se centra especialmente en Francia, algo menos en Italia y, marginalmente, en Alemania o Gran Bretaña, así que su estudio puede ser tomado como un complemento de aquellos que han priorizado sobre todo el mundo anglosajón. El segundo inconveniente es que no todos los autores que menciona o analiza pueden ser considerados estrictamente marxistas, algunos de ellos entrarían mejor en la categoría de nuevos pensamientos críticos.

Su estudio está dividido en varios períodos. El primero es el comprendido entre 1968 y 1975 y considera que corresponde al fin del marxismo-leninismo y a las últimas reconstrucciones de las disidencias o herejías comunistas. Con este último calificativo en realidad se está refiriendo a algunos autores clave que Anderson situaba dentro del marxismo occidental, como es el caso de Lukács o Ernest Bloch. Pero a diferencia de Anderson, que construyó la categoría de marxismo occidental en base a unas características que ya hemos visto, y cuyo núcleo esencial está en la relación de estos pensadores con la práctica política, Tose les identifica como herejes, lógicamente respecto a la ortodoxia marxista-leninista. De hecho, resalta en ambos su difícil relación con el socialismo realmente existente, Lukács escapando a la represión soviética tras la insurrección húngara de 1956, y Bloch huyendo de la República Democrática Alemana hacia el oeste, aunque ambos mantengan una solidaridad crítica respecto a la experiencia del comunismo del siglo XX. Igualmente considera dentro del campo herético la influencia en esos años de la filosofía de la praxis de Gramsci.

Althusser, otro de los grandes del marxismo occidental, es considerado por Tose como un hereje entre los herejes, quién se va a ocupar de deconstruir los marxismos disidentes, poniéndoles en crisis al someter “a la deconstrucción todos los elementos de hegelianismo mantenidos por Lukács, Bloch, Gramsci”. Pero también en este período acotado por Tose se produce “el fin del althusserismo teorista, de la búsqueda de una teoría general de las prácticas teóricas y de una reconstrucción global del marxismo”.

365 Tose, André, *De la fin du marxisme-léninisme aux mille marxismes*.

El segundo período se extiende entre 1975 y 1989, y Tosel le considera como el de la crisis de (y en) el marxismo, con sus reconstrucciones problemáticas y abandonos. Esta crisis que estalla en dicho período es derivada sobre todo “de la incapacidad de los teóricos marxistas para esclarecer el curso mismo del siglo, para explicar a partir del materialismo histórico el devenir de las sociedades «socialistas», su naturaleza y sus estructuras”. Esta explicación sobre las causas de la crisis es un tanto forzada por dos motivos, primero porque esa “incapacidad” ya existía en el período anterior, e incluso antes, segundo porque si que se habían realizado esfuerzos para explicar el socialismo real, como por ejemplo los provenientes de autores trotskistas o eurocomunistas.

La declinación rápida que conoce el marxismo, respecto a su importante peso intelectual en países como en Francia o Italia, estaría relacionada con la nueva situación sufrida por los partidos comunistas, marginación en Francia y España, conversión social-liberal en Italia, e implosión en Europa del este, aunque este último caso en realidad ocurriría al acabar este período. En este ambiente se produce un alejamiento del marxismo por parte de muchos intelectuales en tres modalidades diferentes, abandono del marxismo, retorno a un Marx mínimo para intentar una reconstrucción basada en el injerto de otras corrientes de pensamiento, y mantenimiento del marxismo como reserva de una utopía crítica en espera de días mejores.

En Francia, apunta Tosel, los esfuerzos de refundación marxista se encuentran en diferentes corrientes como el caso de Lucien Séve; en la recuperación de la filosofía de la praxis gramsciana como crítica del althusserianismo, como son los ejemplos de Jacques Texier, Christine Buci-Glucksmann o el propio Tosel; en otros esfuerzos, como los llevados a cabo por Henri Lefévre, Yves Schwartz, Toni Andréani, o Georges Labica y G. Bensussan; o en el mantenimiento de una corriente post-althusseriana con dos vertientes, una primera continuando el descubrimiento de la complejidad de la obra inacabada de Althusser, como es el caso de Jacques Bidet o Jean Robelin, y otra segunda con la prolongación de cierta productividad teórica oponiéndose a quienes consideraban estéril este filón, como es el caso de Etienne Balibar, quién “desmiente así de manera creativa a todos los que habían concluido de manera demasiado rápida el agotamiento del estímulo althusseriano”. También menciona los trabajos orientados hacia el estudio de Marx como son las obras de Daniel Bensaïd, Henri Maler, Michel Vadée o Jacques Derrida.

Sin embargo, el propio Tosel reconoce dos debilidades en las investigaciones de estos intelectuales mencionados, la primera es que tratándose de una especie de relectura crítica de Marx había que precisar cuál sería el mínimo doctrinal para calificarlas de marxistas, es decir, reconoce que una vez situados en el terreno de la crítica del marxismo y utilizando injertos de otros pensamientos se diluye la frontera en la que una obra puede considerarse marxista o no; la segunda debilidad es la característica fuerte del marxismo occidental, la separación de estas obras de todo proceso político, lo cual impide traducir prácticamente su filón crítico.

El análisis de Tosel de la situación del marxismo en Italia y Alemania, que forma parte de su estudio, arroja un balance menos optimista aún sobre la recuperación del marxismo que en Francia.

Italia, con la descomposición del PCI, también conoce una disolución rápida de la influencia de la hegemonía de la praxis gramsciana (que Tosel denomina marxogramsciano-togliattismo), junto con la desaparición de su contrapeso ideológico representado por la escuela de Galvano Della Volpe, desplazándose parte de sus componentes al social-liberalismo, cuyo caso más espectacular fue el Lucio Colletti. El juicio al respecto de Tosel es concluyente, “el marxismo italiano se ha suicidado en gran parte por metamorfosis social-liberal, aceptando el liberalismo de las teorías de la justicia resultantes de J.Rawls.” Pero también quedaron intelectuales que buscaron una recomposición del marxismo, como es el caso de Domenico Losurdo, o Costanzo Preve.

Si en Italia la pésima situación del pensamiento marxista se originó en la descomposición del PCI, en Alemania sus causas se encuentran en la victoria nazi primero, y la división alemana con un Estado marxista-leninista ortodoxo en el este después. La recomposición del marxismo tendría lugar a partir del modelo más acabado de marxismo occidental, el de los componentes de la Escuela de Frankfurt. La trayectoria de su representante más destacado en su segunda etapa, Jürgen Habermas, es definida claramente por Tosel con una sentencia que no admite interpretaciones, “de la reconstrucción del materialismo histórico a la teoría de la acción comunicativa o la eutanasia del marxismo.”

Por su vinculación al área cultural alemana, Tosel incluye en su estudio sobre los mil marxismos a la denominada Escuela de Budapest, compuesta por antiguos discípulos o colegas de Lukács como Ferenc Fehér, Agnès Heller y György Márkus, que terminan

desplazándose hacia posiciones liberales o cercanas a Habermas, como fue el caso de Heller.

Finalmente, la tercera etapa estudiada por Tosel es propiamente la de los mil marxismos, extendiéndose entre 1989 y 2005. Su origen y características vienen dadas por la debacle del socialismo real, el enfrentamiento con la mundialización capitalista y la amplia empresa de “desemancipación” que la acompaña, y el final de la anterior dialéctica ortodoxia-herejía a partir la marginalidad o transformación de los partidos comunistas. La lectura que hace Tosel de este período es también clara, “El período de los mil marxismos [...] representa la mayor fractura de la historia del marxismo, e impone a la vez el trabajo de duelo³⁶⁶ de una determinada continuidad y la tarea de pensar una unidad.”

Esa pluralidad definitoria de los mil marxismos la considera irreversible, lo que plantea la cuestión del acuerdo teórico mínimo para que más allá de las diferencias legítimas se pueda hablar de un pensamiento marxista. La propuesta de ese acuerdo teórico mínimo que hace Tosel pivota sobre dos exigencias: “a) acuerdo sobre la posibilidad teórica (vuelta urgente a nivel práctico por la persistencia de una inhumanidad inútil e injustificable) de un análisis del capitalismo mundializado, y de sus formas, inscritas en, pero no derivables directamente de la sumisión real del trabajo bajo el capital; b) acuerdo sobre la esperanza histórica en una posibilidad real de eliminar este inhumano (que se nombra enajenación, explotación, soberanía, dominación, manipulación de las potencias de la multitud) y de construir formas sociales determinadas expresivas de esta potencia o libertad de la multitud.”

Omar Acha y Débora D’Antonio es su trabajo sobre el marxismo latinoamericano, y después de reconocer, como Tosel y otros autores, la existencia de múltiples marxismos, proponen como criterios nucleares para reconocer una corriente, tendencia o pensamiento como marxista unos criterios nucleares algo diferentes, “el de una crítica de la modernidad basada en el análisis de la “lógica del valor”, como dinámica alienada, y el de un programa emancipatorio socialista basado en la «lucha de clases».”³⁶⁷

366 Expresión tomada por Tosel de Freud con el que este último se refería al proceso intrapsíquico consecutivo a la pérdida de un objeto o ser querido.

367 Acha, Omar y D’Antonio, Débora, *Cartografía y perspectivas del “marxismo latinoamericano”*, pág. 33.

En esta tercera etapa los autores que menciona Tosel por sus aportaciones al marxismo estaban en gran parte ya trabajando en la etapa anterior. En el caso de Italia se refiere a los trabajos de Domenico Losurdo, o Costanzo Preve, Giuseppe Prestipino, Alberto Burgio, Roberto Finelli o Gianfranco La Grassa. En Francia, a autores ya mencionados en la etapa anterior añade ahora los nombres de Gérard Duménil, Dominique Levy, Eustache Kouvelakis, Antoine Artous, Miguel Abensour, Solange Mercier-Josa, Michel Vadée, Isabelle Garo o Henri Maler.

Tosel alerta que en la mayoría de los casos se trata de un regreso a Marx más allá de los marxismos, con poca atención a las figuras del marxismo del siglo XX. Pero esto no sería lo llamativo en realidad, más sintomático es el poco interés o inclinación por enfrentarse con las causas y consecuencias de la debacle del socialismo real o del fracaso del eurocomunismo, o de las enseñanzas a extraer de otras experiencias como las revoluciones fracasadas por diferentes motivos en Chile, Nicaragua o Portugal. Como persistencia de los síntomas del marxismo occidental se insiste demasiado en la reflexión abstracta, filosófica, epistemológica. Es el precio y la causa de la ausencia mayoritaria de imbricación con las políticas concretas de transformación. Y esto para un pensamiento cuya consigna principal es dejar de interpretar el mundo para transformarlo es todo un indicio de que algo no funciona bien.

Aproximaciones a la crisis del marxismo

La tercera forma de reaccionar ante la crisis [del marxismo] es tomar una perspectiva histórica, teórica y política suficiente para tratar de descubrir, aunque no es fácil, el carácter, el sentido y el alcance de esta crisis.

Dos o tres palabras (brutales) sobre Marx y Lenin

Louis Althusser

La decisión sobre dónde se debería iniciar cronológicamente el estudio de la crisis del marxismo es complicada porque no existe un hecho determinante que pueda servir de referencia al modo en que el momento de la caída del muro de Berlín es tomado como punto de arranque del desplome del socialismo real. Al tomar como inicio de la crisis del marxismo la corriente que Anderson calificó como marxismo occidental se corre el riesgo de estar dando una falsa percepción sobre el marxismo y sus logros. Son ciertos todos los síntomas que el historiador británico señala sobre dicha corriente, y que ya analizamos en un capítulo anterior, pero al situar su origen en las derrotas de las revoluciones socialistas de la década de 1920 provoca una llamativa contradicción. Efectivamente, las derrotas fueron incontestables -y esenciales en cuanto evitaron el triunfo de revoluciones socialistas en países de capitalismo desarrollados y dirigidas por la clase obrera y, con ello, se cerró de manera definitiva la posibilidad de la revolución socialista tal como era concebida por el marxismo clásico, en los países capitalistas desarrollados y encabezada por la clase obrera- pero retrospectivamente también pudieron llegar a ser contempladas solo como un contratiempo temporal. Tras el fin de la segunda guerra mundial los Estados comunistas se extendieron por el este europeo, parte de Asia, especialmente con la revolución china, e incluso América, con el triunfo de la revolución en Cuba. De manera que un observador situado en la década de 1960 hablaría con razón de la inmensa fuerza expansiva de la revolución mundial socialista y, por tanto, de la fortaleza del marxismo o, al menos, no se le pasaría por la cabeza la idea de hablar de crisis del marxismo.

Sin embargo, en esa misma década empezaron a aparecer síntomas claros de una crisis, no tanto en el marxismo inicialmente como en el denominado campo socialista, cuando comenzaron los enfrentamientos entre la Unión Soviética y China que se trasladaron desde los choques entre ambos países al seno del movimiento comunista, dando lugar a la aparición de la corriente maoísta y la división irreversible del movimiento comunista. El enfrentamiento era grave por el peso que representaban ambos colosos, pero no era el primero, pues estaba el antecedente del enfrentamiento entre la Unión Soviética y Yugoslavia a raíz de la reclamación de la autonomía en su política y modelo socialista por los comunistas yugoslavos; y en el seno del movimiento comunista, ampliamente entendido, la escisión aún era anterior con la ruptura y el enfrentamiento entre stalinistas y trotskistas. Una década más tarde del enfrentamiento chino-soviético sería la corriente eurocomunista, fundamentalmente establecida en la Europa occidental, la que añadiría una división más en el seno del movimiento comunista.

Incluso podríamos ir aún más atrás en el tiempo y situar la crisis del marxismo a principios del siglo XX cuando primero aparecieron las tendencias revisionistas en los partidos de la segunda internacional y, unos años más tarde, la mayoría de estos partidos acudieron a la unión sagrada con sus respectivas burguesías ante el desencadenamiento de la primera guerra mundial. Estos dos hechos fueron el punto de inflexión a partir del cual los partidos socialistas abandonaron el marxismo, en la práctica desde esos años, oficial y solemnemente con ocasión de algún congreso como el de Bad Godesberg para el caso del SPD.

Si la crisis se cerró rápidamente en aquel momento fue gracias a la victoria bolchevique en Rusia, aunque, tras la debacle del socialismo real siete décadas después, es legítimo preguntarse si la crisis de principios de siglo XX no se cerró en falso.

Efectivamente, visto en retrospectiva, hoy sabemos que se estaban incubando todos los elementos que desencadenarían el colapso del socialismo real y la restauración capitalista en esa inmensa parte del mundo que llegó a dominar. Por ello mismo, y desde la ventaja que supone analizar los fenómenos sociopolíticos varias décadas después, no es descabellado del todo aceptar, como propone Anderson, el inicio de la crisis del marxismo en esa corriente que él popularizó como marxismo occidental o, mejor dicho, el hecho de que dicha corriente era una expresión de dicha crisis.

Sin embargo, la primera discusión amplia en el campo intelectual a partir de una toma de conciencia aguda de la existencia de una crisis del marxismo no tuvo lugar hasta la década de 1970. Esto ya es un síntoma, el desgajamiento anterior del trotskismo y la disputa por la herencia de Lenin, o el enfrentamiento del stalinismo con Yugoslavia y el denominado titismo, a pesar de la gravedad de estos hechos, no habían llegado a originar esa conciencia de crisis. Y, por otra parte, Anderson sitúa las razones del marxismo occidental en las derrotas de las revoluciones europeas de la década de 1920. Luego, si hay conciencia de crisis del marxismo en la de 1970, y no tanto anteriormente, es porque se vincula a la crisis desencadenada en el seno del campo socialista.

Esto lleva a la necesidad de plantear una serie de distinciones importantes en el nivel de la crisis. Primero estarían los intelectuales, que elaboran, discuten y critican la teoría marxista, y que influyen sobre, y son influidos a su vez por, el desarrollo y vicisitudes históricas del movimiento obrero y socialista.

Luego estaría un período (1917-45) durante el cual la Unión Soviética como único país comunista crea una internacional, la tercera, en la que agrupa a todos los partidos seguidores en el mundo, que se enfrenta a la socialdemocracia de la recompuesta segunda internacional. Período en el que ya aparece una crisis original en el seno de los bolcheviques -que aparecen como los continuadores del marxismo frente a los partidos de la internacional socialista que lo van abandonando paulatinamente- con la escisión del núcleo dirigente en torno a Stalin y Trotsky, una débil denuncia aún de los crímenes stalinistas y la aparición de una nueva internacional, la cuarta, de los seguidores de Trotsky.

Finalmente, aparece a partir de 1945 lo que se conoce como campo socialista, y está compuesto por los diferentes países donde de una manera u otra los partidos comunistas conquistan el poder del Estado. Las referencias que se hacen al movimiento comunista señalan, entonces, al conjunto formado por los países comunistas más las organizaciones comunistas que actúan en los países capitalistas. El movimiento comunista, en este sentido amplio, entra en crisis al poco de adquirir dicho perfil. El enfrentamiento con el titismo, los levantamientos en la RDA y Hungría, la invasión de Checoslovaquia, el enfrentamiento chino-soviético y las escisiones en los partidos comunistas son algunas de sus principales expresiones.

Esta crisis en el campo comunista, brillantemente analizada en el libro de Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista*, no puede por menos que pesar en las elaboraciones teóricas de los intelectuales, y ser un factor fundamental en la crisis del marxismo que sale a la luz con fuerza en la década de 1970.

La crisis política del marxismo, que se había desencadenado con el revisionismo de Bernstein en el SPD, y se había agravado con la traición de los partidos socialistas a los acuerdos de la segunda internacional al estallar la primera guerra mundial, solo pareció cerrarse durante un breve tiempo con la victoria bolchevique. Pero casi inmediatamente, el enfrentamiento en el seno del bolchevismo triunfante vuelve a reactivar una crisis que irá creciendo con el tiempo, sin que se produzca ningún hecho capaz de revertirla, hasta que el desplome del socialismo real produzca un vacío definitivo.

Desde ese momento, cualquier aportación teórica desde el marxismo se hará en un contexto inédito y absolutamente adverso. En primer lugar, porque deberá tener en cuenta el lastre de la inmensa derrota histórica sufrida, que aún no ha sido capaz de explicar convincentemente, o cuando se ha explicado, sus conclusiones han sido bastante pesimistas para el porvenir del marxismo. Por otro lado, una gran cantidad de las aportaciones políticas, económicas o estratégicas de los clásicos marxistas se han vuelto obsoletas. Esto queda evidenciado en el recurso prioritario desde entonces a Gramsci sobre otras aportaciones clásicas, y el regreso a Marx en un intento desesperado por salvar un núcleo original a partir del cual poder volver a recomenzar. Se podría salvar como válido parte del análisis económico crítico del capitalismo, actualizándolo, pero esto solo, sin un proyecto creíble de transformación que le acompañe, no es una teoría para la revolución social, y se queda solamente en una de interpretación crítica del capitalismo.

En segundo lugar, este contexto histórico es adverso también porque la teoría marxista no tiene movimientos de masas a los que dirigirse y de los que nutrirse en su elaboración. Las tres grandes sacudidas sociales desde 1989 no han sido orientadas por organizaciones de tendencia marxista e, incluso, se han hecho contra él, como es el caso de las movilizaciones para acabar con los regímenes comunistas en Europa oriental, o las movilizaciones de masas en el mundo islámico, dirigidas por los clérigos religiosos o recuperadas por ellos. En las dos sacudidas de masas antineoliberales, la que tuvo lugar en América Latina a caballo del cambio de siglo, el papel de las organizaciones

marxistas fue absolutamente marginal; y la que se desarrolló en Europa como consecuencia de la crisis económica iniciada en 2008, solo Syriza se podía considerar un partido orientado por corrientes marxistas, y acabó en una rápida derrota.

Ya nos hemos ocupado en capítulos anteriores del marxismo occidental, al que puede contemplarse como un precedente o síntoma de la crisis del marxismo en el campo intelectual o de la teoría. Ahora debemos ocuparnos de la discusión en la década de 1970, abiertamente ya, en torno a la crisis del marxismo. En esa época la discusión se llevó a cabo casi exclusivamente entre intelectuales marxistas de la corriente principal, es decir, de los vinculados más o menos intensamente al denominado campo comunista, ya en clara descomposición en ese período. No hay participación apenas de autores trotskistas que, por el contrario, lo que ven es la degeneración de su principal rival desde la ruptura de la oposición de izquierdas con el stalinismo y, como consecuencia, albergaron expectativas de poder encauzar los movimientos revolucionarios por la senda original del leninismo de los que se consideran los herederos. Y el único intelectual no marxista importante que participa en el debate es el politólogo italiano Norberto Bobbio. Igualmente, sigue siendo mayoritaria la presencia en este debate de autores europeos, aunque esta vez no faltará la participación de algunos latinoamericanos.

Una manera ilustrativa de presentar la crisis del marxismo es hacerlo través de contraposición de posturas entre diversos autores en distintas épocas pero, sobre todo, es necesario rememorar los debates iniciales de la década de 1970 y parte de 1980 como algo imprescindible para poder comprender la propia crisis y los nuevos pensamientos críticos postmarxistas de principios del siglo XXI.

Es casi inevitable comenzar a analizar las discusiones en torno a la crisis del marxismo en la década de 1970 con un breve texto de un autor muy importante en el campo marxista en esos momentos, nos referimos a Louis Althusser y su opúsculo *Dos o tres palabras (brutales) sobre Marx y Lenin*³⁶⁸. Se trata de una obra muy directa, dónde el autor reconoce abiertamente la crisis que aqueja al marxismo pero que, debido a su brevedad, se queda en la superficie. Sin plantear seriamente porque se puede hablar de una crisis del marxismo -que parece reducir a la crisis del movimiento comunista y la incapacidad del marxismo para explicarla- señala las tres reacciones suscitadas en su campo. La primera sería la de los partidos que niegan su existencia o se acomodan con

368 Althusser, Louis, *Dos o tres palabras (brutales) sobre Marx y Lenin*.

abandonar los presupuestos más conflictivos. La segunda es aceptar la existencia de dicha crisis y sufrir su desgaste esperando una solución proveniente de una reactivación del movimiento obrero. La tercera sería la posición más productiva, “tomar una perspectiva histórica, teórica y política suficiente para tratar de descubrir, aunque no es fácil, el carácter, el sentido y el alcance de esta crisis.”

La crisis, para Althusser, no es reciente, solamente ha estado bloqueada debido al peso de la ortodoxia stalinista, y el hecho de que finalmente haya salido brutalmente a la superficie puede ofrecer una oportunidad para la renovación del marxismo. Si el stalinismo solo bloqueó la crisis, quiere decir que sus raíces son anteriores, señalando este autor las “dificultades, contradicciones y lagunas” presentes ya en Marx, Lenin y Gramsci como “nudos gordianos” de dicha crisis. A partir de aquí se podría esperar que un filósofo de la talla de Althusser, y ante un tema tan grave, dedicase su amplio conocimiento del marxismo para profundizar en lo que él denomina “dificultades, contradicciones y lagunas” pero, de forma decepcionante, no es así. Se ciñe a señalar “esquemáticamente” cuatro ejemplos: el primero es la insatisfactoria teoría de la explotación en Marx derivada de “la presentación «contable» de la plusvalía”; el segundo es el “problema de la filosofía marxista”; el tercero es la ausencia de una teoría sobre el Estado, sobre lo cual critica breve pero incisivamente a Lenin y Gramsci, para lo que emplea el término de “patético”; y el último ejemplo es la ausencia también de una teoría sobre “las organizaciones de la lucha de clases y antes que nada del partido y del sindicato.”

El filósofo francés señala que las crisis han sido consustanciales a la historia del marxismo, pero solo cita la desencadenada con la primera guerra mundial y la claudicación de los partidos de la II Internacional, pero la actual (en la década de 1970) tiene una escala sin precedentes, sin entrar a explicar por qué. El opúsculo termina confirmando su carácter decepcionante al volver a confiar en un nuevo renacer del marxismo ya en gestación como consecuencia de las luchas de masas. Esto lo escribe en 1977, cuando se acaba de pasar por la derrota sangrienta del gobierno de la UP en Chile, la derrota de las expectativas de la revolución de los claveles en Portugal, el final de las esperanzas derivadas del mayo del 68 en Europa, o la represión de la primavera de Praga.

Pero lo importante para el objeto de esta obra es que un filósofo del prestigio de Althusser sacase, brutalmente, a la superficie un fenómeno que, aunque conocido, era poco debatido.

Althusser no fue el único filósofo marxista importante que por aquellos años expondría claramente la crisis del marxismo, le acompañaría en la empresa Lucio Colletti. Un artículo de cada uno de ellos sobre la crisis se publicó conjuntamente en la revista española *El Viejo Topo*³⁶⁹ y atraerían todos los focos de atención al respecto. Ambas intervenciones se produjeron bajo el telón de fondo de la discusión crítica sobre las sociedades del socialismo real.

En el artículo de Althusser, que en concreto responde a una serie de preguntas formuladas por Rossana Rossanda, el filósofo francés en realidad lo único que hace es volver sobre los temas contenidos en *Dos o tres palabras...*, rechazando la concepción del marxismo como filosofía de la historia, e incidiendo en que “la teoría marxista dice casi nada sobre el Estado, ni sobre la ideología o ideologías, ni sobre la política, ni sobre las organizaciones de la lucha de clases”, señalando que se trata de un “punto ciego”.

El artículo de Colletti es más incisivo y crítico. Su punto de partida, lo señala varias veces, es la crisis derivada del fracaso que representa para el marxismo la evolución que han tenido las sociedades del socialismo realmente existente, negando en la práctica todas las promesas emancipatorias con las que habían nacido. Se trata, por tanto, de una crisis política del marxismo. Su crítica a la ausencia de una teoría marxista del Estado y la política es más penetrante que la de Althusser. Si al marxismo le falta ese marco es porque su teoría “de la política y del Estado es, en realidad, la teoría de la «extinción» de ambos”, lo que, a su vez, es deudora de una concepción orgánica de la sociedad que “oculta en sus entrañas el sueño (romántico) de la subordinación de la política a la ética”. Si se plantea que con la abolición de la propiedad privada desaparece el conflicto sobre fines alternativos, entonces desaparece la “necesidad de mediación de intereses”, es decir la política, y solo quedan por solucionar los problemas técnicos de elegir medios. Lo cual, para Colletti, es una concepción deudora de la filosofía de la historia de Hegel.

369 Althusser, Louis, *El problema del Estado*. Colletti, Lucio, *El problema de la dialéctica*, *El Viejo Topo*, nº 20, mayo 1978.

En este artículo, Colletti da dos pistas sobre el nivel de crítica, y ruptura, a la que está llegando con el marxismo. De un lado, como hemos visto, considera insuficiente la crítica de Althusser, él va más lejos y, además, no alude para nada a una posibilidad de renovación del marxismo; por otro lado, termina el artículo señalando las ambigüedades y contradicciones del PCI, con el que había roto en 1964, que son, en definitiva, las que se harían también por extensión a todo el eurocomunismo. Políticamente, su deriva ideológica llevó a este marxista italiano primero a cercarse a Bettino Craxi y, finalmente, a ser senador por el partido de Silvio Berlusconi.

Otro autor que reflexionaría sobre la crisis es Ludolfo Paramio, quién añadiría un enfoque singular en dos aspectos, el primero al focalizar la crisis del marxismo sobre una zona geográfica y un fenómeno concreto, la Europa latina y el eurocomunismo, el segundo al proponer prematuramente una salida a la crisis que seguirían luego otros autores, pasar a un postmarxismo.

Este político y físico español, adscrito políticamente en la socialdemocracia, vivió de cerca el fulgor y rápida decadencia del eurocomunismo, leyó las críticas de Althusser y Colletti, y relacionó rápidamente ambos fenómenos. Pero tampoco fue el único, Anderson también sostuvo por un tiempo que la crisis del marxismo era un fenómeno restringido a la Europa latina y al fracaso eurocomunista en ella. La diferencia es que Paramio ya en 1988 apostó rápidamente por el postmarxismo, cuando ya militaba en un PSOE que acababa de renunciar a las señas de identidad marxistas.

El "marxismo latino", según su expresión, estaba en decadencia tras la muerte o desequilibrio psiquiátrico de Della Volpe, Poulantzas y Althusser, y las posiciones de Colletti y Althusser la habían agravado. Pero las limitaciones que habían señalado y las críticas que realizaron tampoco eran nuevas, a la vez que en la década de 1970 se estaban haciendo importantes aportaciones teóricas en el marxismo. Así, la explicación que Paramio encuentra para la gravedad de la crisis planteada por el marxismo en la Europa latina apunta a que lo que se hunde definitivamente con el eurocomunismo es la razón del éxito del marxismo, su funcionamiento como un "credo secular". Este aspecto del marxismo es lo que le impediría renovarse, como sería capaz de hacerlo una teoría científica. Su interpretación religiosa del marxismo se basa en lo que considera una "visión escindida entre un futuro emancipado, y asumido en términos teleológicos, y una realidad presente alienada y asumida pasivamente como tal", siendo, entonces, el

fracaso del eurocomunismo el del intento tardío de secularizar a la izquierda de la Europa latina, el del ensayo por encontrar una estrategia reformista manteniendo sus señas de identidad revolucionarias.

Esta crítica al marxismo basada en la acusación de que cumple en ciertos aspectos las funciones de una religión secular ha sido vertida también por otros autores marxistas como Alvin Gouldner, Lucio Colletti, o Edgardo Lander, quién señala que “esta identificación con el milenarismo cristiano, con el sufrimiento de los oprimidos, esta oferta, de que a pesar de todo, está garantizado un mundo mejor, es así un nexo latente con la religión que establece identificaciones afectivas de tal naturaleza que, como en el caso de la religión, hacen difícil la refutación del marxismo. Si no tomamos en cuenta esta dimensión del marxismo (que incluye mitos, símbolos, himnos, banderas, colores, mártires, fechas y textos sagrados...) difícilmente podemos explicarnos adecuadamente lo que ha sido el desarrollo de éste durante el último siglo, y su persistente vigor.”³⁷⁰

En todo caso, solo un teórico marxista de cierta notoriedad apeló abiertamente a utilizar el recurso de la emotividad religiosa para reforzar la efectividad de las ideas marxistas entre las masas, y se trató de un marxista bastante herético, José Carlos Mariátegui, al que ya tuvimos ocasión de analizar anteriormente.

Estas últimas críticas son un tanto cínicas pues, en realidad, cualquier tradición política que haya apelado a las masas para lograr cambios sociales profundos ha tenido que emplear en distintas dosis una mezcla de argumentos racionales con otros muchos de tipo emotivo. Es el caso del nacionalismo, el populismo, el fascismo, el anarquismo, el conservadurismo, el liberalismo, etc. Por tanto, es necesario separar el núcleo racional o científico que pueda haber en estas tradiciones políticas, en algunas casi nulo, de los discursos y técnicas para dirigirse a amplias masas y conseguir su adhesión. Recientemente, los partidos *catch-all*, de los que son un buen exponente los socialdemócratas, utilizan las técnicas más sofisticadas del marketing electoral en los modernos medios de comunicación para conseguir adhesiones electorales masivas, entre las que destacan las promociones emotivas de líderes frente a los argumentos programáticos.

370 Lander, Edgardo, *Contribución a la crítica del marxismo realmente existente*, pág. 22.

La secularización consistiría, entonces, en la renuncia a las transformaciones sociales radicales a favor de una gestión técnica de la realidad capitalista existente, que es la propuesta última de la socialdemocracia.

Pero lo importante de Paramio no es esta posición socialdemócrata, que ya se encontraba en Bernstein de manera más novedosa y elegante, sino que impulsa una corriente variada nacida con la crisis del marxismo conocida como postmarxismo y que tendrá posteriormente continuadores con propuestas más elaboradas, que supondrían un reto más serio a un desfalleciente y desorientado marxismo. La posición del político español, en esta obra a la que nos estamos refiriendo, es la de que existen en la tradición marxista aspectos positivos que justificarían su reelaboración y actualización, sin embargo, inmediatamente, apunta al objetivo de esa actualización que se sitúa claramente fuera del sentido del proyecto intelectual y político que representa el marxismo, al señalar que una de las más peligrosas herencias del marxismo clásico, superviviente a su crisis, es la “identificación del socialismo con el anticapitalismo”. De esta manera, Paramio parecía apuntar en la misma dirección que Laclau, una especie de ambigua “democracia radical” pero, finalmente, el autor español simplemente se terminó refugiando en la socialdemocracia realmente existente.

La visión de Stathis Kouvelakis sobre la crisis del marxismo es novedosa solo en un punto que, a lo largo de su artículo, el mismo contradice. Efectivamente, este marxista griego comienza interpretando dicha crisis en un sentido subjetivo, “lo que esto sugiere es que una categoría de agentes que se identifican a sí mismos como «marxistas» declara que viven su relación con este objeto teórico en forma de «crisis».”³⁷¹

Para él se podría hablar de dos crisis separadas por cerca de un siglo que acotarían un ciclo del marxismo y cuyos dos mejores exponentes en el campo teórico serían Bernstein y Althusser.

A grandes rasgos Kouvelakis acierta en la periodización, pero el sentido es distinto del que propone. Así, una interpretación que puede ser más acertada sería la siguiente: la crisis del marxismo se hizo patente a fines del siglo XIX, tal como él plantea, y entró en una fase aguda en 1914 cuando la mayoría de las secciones de la segunda internacional traicionó todos sus resoluciones de congresos en el sentido de oponerse a una guerra interimperialista y, en caso de desencadenarse, utilizarla para hacer la revolución. En

371 Kouvelakis, Stathis, *Las crisis del marxismo y la transformación del capitalismo*, pág. 41.

1914 la ruina del marxismo y las organizaciones que le tomaban de referencia y guía era total, pero el triunfo de la revolución en Rusia en 1917 cerró la crisis con un desarrollo práctico y teórico diferente al seguido hasta ese momento. En este sentido es verdad que la revolución rusa cerró el ciclo anterior del marxismo, caracterizado en el plano organizativo por el modelo de partido socialdemócrata electoral y de masas, y en plano estratégico por la combinación de la política electoral y la convicción en el derrumbe inevitable del capitalismo. Y abrió un nuevo ciclo caracterizado por la propagación del modelo bolchevique de partido y revolución, por la expansión de las revoluciones comunistas por el mundo, y por la degradación de estas revoluciones por el virus del stalinismo y sus consecuencias.

El fracaso histórico del socialismo real volvió a abrir la crisis, pero no retro trayéndola a los parámetros que tenía a principios del siglo XX, sino a una situación mucho más grave, casi terminal. Si en 1914 se hundió el modelo socialdemócrata y la convicción en el derrumbe capitalista inevitable -terminando los partidos socialistas reconstruidos tras la guerra por abandonar cualquier relación con el marxismo- en 1989 se hundió un ensayo de carácter mundial por construir una sociedad socialista una vez derrota las respectivas burguesías y abolido el capitalismo. Dos modelos de acceso al poder y de construcción de sociedades socialistas fracasados en sus objetivos últimos. La situación se convertía en realmente crítica para el marxismo, con el agravante de que ahora no se ha producido, ni existe ninguna perspectiva de producirse, ningún hecho histórico de funciones similares a las que tuvo la revolución rusa. En este sentido es comprensible que la literatura marxista posterior a 1989 haya girado mayoritariamente en torno a análisis críticos del capitalismo o a discusiones filosóficas inocuas.

Por lo tanto, entre ambas crisis hay diferencias abismales que Kouvelakis pretende enmascarar con falsas similitudes, no es lo mismo “la esquizofrenia de la socialdemocracia alemana” que el hundimiento del socialismo real; ni tampoco se puede comparar el “desasosiego al percibir el carácter inacabado e internamente contradictorio de la oeuvre de Marx”³⁷², con la refutación histórica de la mayor parte de las propuestas políticas, económicas, estratégicas y organizativas de los intelectuales y organizaciones marxistas durante más de un siglo.

372 Kouvelakis, Stathis, *Las crisis del marxismo y la transformación del capitalismo*, pág. 42.

Igualmente Kouvelakis confunde lo que son síntomas en el plano de la teoría de una crisis latente a punto de desencadenarse -las teorías de Bernstein y Althusser- con las crisis mismas, que estaban minando internamente a la segunda internacional en un caso y al socialismo real en otro, y que las hicieron estallar determinados acontecimientos históricos como el inicio de la primera guerra mundial o la perestroika de Gorbachov. Tal vez por ello mismo, el marxista griego habla del carácter “subjetivo” de las crisis, cuando son absolutamente objetivas.

Pero aunque Kouvelakis habla de crisis “subjetivas”, sin embargo vincula la iniciada a finales del siglo XIX con determinados cambios en los planos políticos y económicos del capitalismo, como fueron la extensión del sufragio, la creciente complejidad de la estructura social, la heterogeneidad del proletariado o el apoyo del movimiento obrero a las políticas de expansión colonial. Evidentemente Bernstein ofreció una lectura y un nuevo proyecto político a partir de estos datos que serían las bases de la nueva socialdemocracia posterior a la Gran Guerra, y Kouvelakis reconoce que la respuesta del centro ortodoxo, representado por Kautsky, y la izquierda, representada por Luxemburgo, “podía parecer débil”. En realidad es la misma débil respuesta, saltando un siglo, que apunta Roggerone a los desafíos planteados al marxismo por Laclau. De hecho Kouvelakis relaciona, como otros muchos marxistas, a ambos autores y considera al postmarxismo como un “bersteinismo rebajado”.

La segunda crisis, que se expresa inicialmente en los textos de Althusser, la da Kouvelakis por superada, su inicio habría tenido lugar en 1989 en Berlín, y habría acabado en 1991 en Moscú. Luego, también en este caso habría tenido unas causas objetivas, habiendo finalizado la crisis con el hundimiento del socialismo real, siendo ésta una clásica explicación trotskista que situaba el bloqueo del movimiento revolucionario internacional en la nefasta influencia del stalinismo y su continuación.

Una consecuencia del final de esta segunda crisis, según el marxista griego, sería la desaparición de las controversias en el seno del marxismo, con la única excepción del postmarxismo de Laclau, al que simplemente considera un reformismo sin más importancia. De igual manera, descalifica a quienes simplemente se conforman con reafirmarse en el núcleo de la teoría marxista por ser inadecuada para enfrentarse a las nuevas realidades. Así, Kouvelakis completa las semejanzas entre la primera y la segunda crisis del marxismo, si Laclau es un Bernstein rebajado, los que se vuelven

ahora hacia el marxismo clásico estarían jugando el papel de Kautsky y el centro ortodoxo. Sin embargo, ahora no existe en el horizonte ni una Luxemburgo, ni un Lenin y sus bolcheviques, ni un Trotsky. Tal vez por ello Kouvelakis afirme que “El último episodio en el ciclo de las crisis del marxismo ha acabado con un resultado bastante decepcionante”.³⁷³

¿Cómo interpretar dos afirmaciones aparentemente contradictorias, como que la segunda crisis del marxismo está cerrada, pero el resultado es decepcionante?, pues porque, según Kouvelakis, el marxismo sigue siendo productivo para pensar el presente -para lo que cita a algunos autores actuales- “aunque no pueda proporcionar ninguna garantía para el futuro”. Expresado en los términos de Palti, el marxismo mantendría el saber pero no sería capaz de sostener la verdad.

Norberto Bobbio enfoca su análisis de la crisis del marxismo en este último sentido expuesto, y busca el fundamento de las crisis en el incumplimiento de algunas de las previsiones claves hechas por el marxismo. Señalando primero tres y luego cuatro grandes crisis del marxismo: “La primera vez al comienzo del siglo [XX], cuando pareció que no se realizaría en breve plazo el derrumbe del capitalismo; después de la primera Guerra Mundial, cuando la primera revolución socialista tuvo lugar en un país atrasado en términos capitalistas; durante la larga dictadura estalinista, cuando el Estado, en vez de extinguirse, se fue reforzando cada vez más hasta dar vida a una figura nueva en la historia de las formas estatales, el Estado totalitario; finalmente en estos últimos años, en que no solo el capitalismo no se ha derrumbado por sus contradicciones internas sino que ha vencido y superado con creces el desafío del primer Estado socialista de la historia. De las cuatro crisis esta última parece, con mucho, la más grave”³⁷⁴

Y más adelante³⁷⁵ se refiere a las estrategias que se emplearon en cada crisis para salvar lo fundamental del marxismo, y que hoy ya son inservibles ante la crisis actual, la primera fue, “el revisionismo, que consideraba poder salvar al marxismo injertándolo en otra filosofía, ya fuera el positivismo o el neokantismo, o la fenomenología, ni con el retorno al Marx genuino, al «verdadero» Marx, mal comprendido por los malos discípulos, aun cuando ambas estrategias han sido intentadas de nuevo; la primera en

373 Kouvelakis, Stathis, *Las crisis del marxismo y la transformación del capitalismo*, pág. 48.

374 Bobbio, Norberto, *Ni con Marx, ni contra Marx*, FCE, México, 1999, pág. 252.

375 *Ibidem*, pág. 272-3.

EEUU con el injerto de la filosofía de Marx con la filosofía analítica, la segunda con la recurrente operación de liberar a Marx de los varios marxismos”. En consecuencia, destaca Bobbio, hoy se necesitan estrategias de salvamento más fuertes, señalando dos. La primera sería negar la relación inmediata entre teoría-práctica para liberar a Marx de la responsabilidad de las experiencias del socialismo real. La segunda consistiría en disociar los distintos Marx (filósofo, economista, etc.) para proceder a desechar unos y salvar otros. Estas estrategias evocadas por Bobbio recuerdan a los cinturones de teorías añadidas para contrarrestar las anomalías aparecidas en el núcleo de la teoría marxista que, como vimos, expuso Burawoy, y que dejaron de producirse hace seis décadas.

La obra de Palti, a la que nos hemos referido ya con anterioridad, representa un interesante estudio de los “modos diversos de experimentar la «crisis del marxismo»” para lo que toma, en principio, dos modelos que contrasta. El primero lo va a buscar en Nahuel Moreno, el dirigente trotskista argentino, el segundo en Alain Badiou, el filósofo crítico francés. Ambos atravesados por diferentes tipos de “dialéctica trágica”, la de Moreno la asemeja a “una visión trágica del mundo”, la de Badiou a una “experiencia del desastre”. También opone estos dos modelos a otros modos de experimentar la crisis del marxismo, la de los ortodoxos, que se transformaría en una suerte de “experiencia vivida”, y la de los revisionistas, dónde “tendería a diluirse” dentro de una crisis general de la política. Así, Perry Anderson y Fredric Jameson representarían “los intentos de adecuación a la crisis de matrices de pensamiento forjadas en la segunda posguerra” y harían pareja con la obra de Moreno, en tanto que Ernesto Laclau sería el modelo del revisionismo y contrapunto a la vez de Badiou.

Se trata, pues, de un interesante y sorprendente ejercicio por acercarse a la crisis del marxismo a partir de trayectorias intelectuales y vitales muy diferentes y desde la doble perspectiva de la crisis, la primera refiriéndose al marxismo como teoría o paradigma filosófico-social explicativo, como saber; la segunda enfocándolo desde su práctica política y sus resultados históricos, como verdad.

En realidad, Palti comienza contraponiendo la visión final de Anderson con la de Badiou. Para ello realiza un rápido recorrido de la evolución del pensamiento de Anderson en relación con el marxismo y sus posibilidades. Ya hemos analizado anteriormente la visión de Anderson contenida en *Consideraciones sobre el marxismo occidental* y en *Tras las huellas del materialismo histórico*, obra esta última dónde

rechazaba, a la altura de 1983, la existencia de una crisis abarcadora del marxismo, y que solo concernía, en realidad, a los países del sur de Europa dónde había fracasado el eurocomunismo, del cual él fue un incisivo crítico, y en los que se había expandido un nuevo idealismo bajo la forma del estructuralismo y el posestructuralismo.

Sin embargo, la debacle del socialismo real supondría una inflexión histórica fundamental, no se trataba de una derrota más de las muchas que había sufrido a lo largo de más de un siglo de historia el movimiento obrero y socialista sino del cierre de toda una época y un fracaso histórico sin precedentes. Anderson, sin embargo, reacciona de manera contradictoria ante este acontecimiento, al reafirmarse en la superioridad teórica del marxismo y certificar que éste se hallaba en su momento más creativo.

En este punto, Anderson se apoya en Fredric Jameson que le revela la “necesidad de destruir al marxismo como verdad (como horizonte político práctico) a fin de preservarlo como saber (lo que le permite finalmente arribar a la formulación del dilema con que abre la nueva serie de la *New Left Review*)”

Palti sintetiza la evolución del marxista británico, “Anderson completa el ciclo iniciado con *Consideraciones*. Mientras que a mediados de la década de 1970 vislumbraba la pronta reconciliación entre teoría y práctica revolucionarias, reactivando así el legado marxista clásico, en los años ochenta aceptaría, en cambio, las ventajas de mantener separados sus dominios respectivos, sólo para terminar, en los años noventa, descubriendo la necesidad de admitir su destrucción como práctica revolucionaria como el único modo de salvarlo como teoría”³⁷⁶

El contraste de este punto de llegada representado por Anderson sería, en opinión de Palti, la posición de Alain Badiou, la cual, inversamente a la de aquél, supone que “la posibilidad de salvar al marxismo como práctica política pasa justamente por admitir que éste no lograría hoy dar cuenta de la realidad ni de su propia situación, esto es, que aquellas categorías con las que intentaba hacer inteligible la historia y el mundo se habrían revelado ya ineficaces. En definitiva, Badiou invierte el proyecto andersoniano: a fin de salvar al marxismo como verdad, habría que destruirlo justamente como saber.”

376 Palti, Elías José, *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su crisis*, pág. 52.

Para Badiou el marxismo está "históricamente deshecho", "su mantenimiento conceptual solo pertenece al orden del discurso", y mantenerse en él significa "ocupar un lugar destruido, y por lo tanto inhabitable"

Para aproximarse a la verdad que el marxismo puede representar como práctica revolucionaria, Palti utiliza el pensamiento de Nahuel Moreno. Se trata de un importante dirigente trotskista argentino del último cuarto del siglo XX enfrentado a la dirección de la IV Internacional encabezada por Mandel. La crisis del marxismo es interpretada por el trotskismo como la combinación de dos fenómenos contradictorios, el primero son los triunfos revolucionarios tras la segunda guerra mundial que revertieron las derrotas de las décadas de 1920 y 1930 y lograron la extensión de los Estados socialistas por el mundo; el segundo es la consolidación del dominio stalinista y su control de los procesos revolucionarios que, además de impedir una dirección revolucionaria alternativa, terminaría llevando a los procesos revolucionarios en curso bien a la derrota, bien a la degradación revolucionaria y, en definitiva, también a su derrota final.

Esta situación novedosa determina un giro esencial en la trayectoria de la revolución socialista que Moreno sintetiza en dos principios. El primero es que la cuestión subjetiva de la existencia o no de una dirección revolucionaria se convierte en la cuestión decisiva para dicha trayectoria, siguiendo en este punto el legado de Trotsky. El factor de las condiciones objetivas, de su madurez o no para permitir la revolución, cedía el papel de carácter determinante al factor de las condiciones subjetivas, es decir, la existencia o no de una dirección y un partido revolucionario. El determinismo del marxismo clásico cedía, así, ante la dimensión política y el peso de la contingencia.

El segundo principio es que la vieja alternativa expresada en la consigna de socialismo o barbarie es contemplada bajo una perspectiva más sombría que la de los marxistas clásicos, para los cuales la barbarie podría ser una etapa, pero nunca un final definitivo, pues éste inexorablemente debería ser el del socialismo. Esta confianza fue el sello distintivo del marxismo de la II Internacional y, después, del movimiento comunista, tras la victoria bolchevique primero, y la expansión de los Estados comunistas por el mundo después. Si Trotsky ya había dado señales de pesimismo al respecto en la coyuntura del avance fascista de los años 30, Moreno, al poner en primer plano el factor subjetivo como elemento fundamental del desarrollo de la revolución socialista mundial, abre la posibilidad, en opinión de Palti, a que la barbarie triunfe, es decir, la

posibilidad de que la alternativa socialista desaparezca del horizonte histórico. La contingencia, pues, desplaza definitivamente al determinismo.

Palti remarca la importancia de esta posición y sus consecuencias, “La irrupción de la contingencia no se da, pues, en este contexto, en el nivel de la articulación (la definición de las identidades subjetivas), como ocurre en la tradición revisionista, según señalaron Laclau y Mouffe, sino en el de la meta histórica. La introducción de la hipótesis de la no-posibilidad histórica del socialismo quiebra el concepto de la historia como sistema, esto es, como una totalidad cerrada y autocontenida, introduciendo en ella un elemento de incertidumbre, un factor que sólo se definiría en la propia acción política. Ésta, por su lado, sólo toma de él su justificación: únicamente la presencia de un elemento de incertidumbre le confiere un sentido sustantivo.”

Moreno es un optimista e interpreta, en consecuencia, erróneamente el desarrollo que está siguiendo el proceso de revolución socialista mundial. Para él continúa no solamente su extensión en los países capitalistas, sino que, y es lo más importante, se estaría extendiendo en el interior de los Estados obreros, acabando con la dirección stalinista y permitiendo la emergencia de una auténtica dirección revolucionaria, trotskista evidentemente. Pero Moreno se equivocó profundamente en sus pronósticos -un ejemplo histórico más de voluntarismo revolucionario que construye especulaciones sin datos empíricos contrastables y solo sirve para terminar desacreditando un poco más ese tipo de discursos y promesas- después de haberse empeñado en desacreditar a quienes con una visión más lúcida y realista no compartían su optimismo revolucionario.

Y en este punto es dónde Palti se detiene para sopesar el significado de la última (¿y definitiva?) gran derrota del movimiento revolucionario socialista, la debacle del socialismo real, que introduce un punto de inflexión histórica en esa trayectoria y en el marxismo.

Para ello establece, primero, lo que sería el argumento que habría mantenido al marxismo al abrigo de los desmentidos empíricos que la historia ofrecía sobre la tendencia ascendente de la revolución mundial: “Lo que sí plantea la teoría marxista (y esto constituye su base misma) es que cada avance de la clase obrera es también un avance de la revolución socialista (y viceversa). Lo que define el sentido de los procesos políticos, para un marxista, no es su ideología (como lo sería para un liberal), sino su

carácter de clase. Desde el punto de vista de su contenido ideológico o programático, un proceso revolucionario puede eventualmente seguir un curso errático, pero su sentido como tal resultaría, aun entonces, inequívoco [...] Lo cierto es que, de ser correcta la hipótesis marxista, tarde o temprano su contenido revolucionario (obrero) habría de hacerse manifiesto también en el plano ideológico-programático [...] El curso efectivo de las revoluciones de posguerra parecía confirmar esta hipótesis. De hecho, en todas las revoluciones producidas en esos años (primero en el este de Europa, luego en Asia y África, y finalmente en América Latina), a pesar de las formas «degeneradas» que adoptaron por la presencia de «direcciones burocráticas» o «reformistas», su sentido y orientación socialista-revolucionaria aparecían como indiscutibles. En todo caso, esta «ley histórica» constituye un a priori para el marxismo”.

Esta línea argumental, sin embargo, habría quedado definitivamente invalidada con la debacle del socialismo real, “La idea de un triunfo revolucionario (de hecho, el más grande ocurrido desde octubre de 1917: la derrota del stalinismo en la URSS) que conduce, sin embargo, a una restauración capitalista en gran escala resulta algo simplemente inconcebible, desafía las leyes que supuestamente presiden el curso histórico [...] La restauración capitalista en la ex Unión Soviética (y en Europa oriental), entendida no como el producto de una derrota (y el «triunfo final» del capitalismo) sino, por el contrario, como el resultado, paradójico, de un (gran) triunfo revolucionario (la derrota histórica del stalinismo por parte de las masas rusas), cuestiona menos la verdad del marxismo (de hecho, en un sentido, dicho triunfo vendría a reafirmarla) que su saber, esto es, representa la disolución de las leyes supuestas en que toda su teoría materialista histórica se basa.”

El argumento de Palti es irrefutable desde la perspectiva adoptada por el morenismo, tendencia que se desintegró a la vez que la URSS y como consecuencia del fracaso de sus previsiones, pero, ¿es también pertinente desde otras perspectivas? Quedarían, al menos, otras tres. La primera sería la del eurocomunismo que, habiendo empezado un distanciamiento del socialismo real antes de su debacle, para buscar una estrategia de transformación socialista en las condiciones del capitalismo desarrollado con sistemas políticos demo-liberales, no fue capaz de sobrevivir tampoco al colapso del socialismo real. La segunda sería la de las tendencias trotskistas que Moreno había criticado, que se habían mostrado escépticas y críticas tanto con los cambios que impulsó la perestroika, como con el eurocomunismo, pero a las que la desaparición de las direcciones

revisionistas y stalinistas tampoco termino beneficiando en absoluto, pues permanecieron existiendo como organizaciones incapaces de salir de su situación marginal. La última la representaría el único país que sobrevivió con un sistema comunista clásico y sin que su dirección girara a la restauración capitalista controlada, Cuba, que simplemente resiste, sin esperanzas de un nuevo ciclo que establezca algún tipo de nuevos Estado socialistas en el mundo, perspectiva mucho más pesimista tras el cambio de ciclo político en América Latina a partir de 2015.

El libro de Palti, y sus posiciones sobre la crisis del marxismo, fue contestado por otro intelectual marxista argentino, Horacio Tarcus³⁷⁷, quién ofreció en sus respuestas otra visión sobre la crisis del marxismo que vale la pena ser tenida en cuenta también.

En realidad, la respuesta de Tarcus se ocupa principalmente de ofrecer una visión diferente de las posiciones políticas mantenidas tanto por Ernest Mandel como por Perry Anderson, acusando a Palti de haber tergiversado las mismas al enfocarla desde la perspectiva de Moreno. Su objetivo principal se sitúa en presentar a Mandel y Anderson como dos analistas más objetivos que Moreno, y continuadores de unos saberes del marxismo que no han colapsado, pero no rebata seriamente los argumentos finales de Palti sobre la crisis del marxismo, especialmente tras la transición al capitalismo de los antiguos países comunistas. Incluso se puede decir que los apoyos que Tarcus busca en Mandel y Anderson pueden ser utilizados para reforzar las tesis de Palti.

Si Mandel reconocía en 1986 que de no triunfar una salida socialista a la crisis lo que se impondría sería “un gigantesco retroceso histórico”, que decir entonces de lo ocurrido en 1989 o del giro capitalista de China. “En 1989 Mandel planteaba para la URSS una situación con final abierto, barajando diversas salidas posibles. Si bien se resistió a admitir que una de las derivas más probables fuese la regresión capitalista (los trabajadores, afirmaba, no podrían luchar contra sus propios intereses históricos, conquistados con tanto sacrificio), su cuadro de situación era tan rico y complejo que de hecho la admitía como variable.” Bien, ¿pero cuáles eran las consecuencias a extraer de todo ello? Esa es la pregunta fundamental.

Anderson parece que contesta a esta pregunta, y a ella se adhiere Tarcus, ni acomodación, ni consuelo, ni resignación, sino “realismo intransigente”, que es una reformulación de la expresión gramsciana del pesimismo de la razón y el optimismo de

377 Tarcus, Horacio, *Elogio de la razón militante*.

la voluntad, es decir, una actitud resistente. Pero la discusión no es sobre los valores morales de los individuos, sino sobre la validez presente de una teoría, el marxismo. Y esa respuesta es insuficiente.

Las citas que recoge Tarcus de Anderson casi las podría haber utilizado mejor Palti. En *Renovaciones* apunta “El único punto de partida para una izquierda realista en nuestros días es una lúcida constatación de una derrota histórica. El capital ha repelido punto por punto todas las amenazas contra su dominio, las bases de cuyo poder, las presiones de la competencia por encima de todo, fueron persistentemente infravaloradas por el movimiento socialista. [...] En el horizonte no aparece aún ninguna agencia colectiva capaz de medirse con el poder del capital”.³⁷⁸

Y, más tarde, de *Apuntes sobre la coyuntura* Tarcus resume, “Anderson traza un cuadro del capitalismo globalizado repasa el auge y declive del foro social mundial, el activismo de Attac, las luchas sociales en Francia y el renacer de los populismos latinoamericanos, pero concluye que estas resistencias, en toda su diversidad, siguen sin lograr quebrar la hegemonía del capital global. [...] pero el flujo general del período ha sido un desplazamiento hacia la derecha...”

Todo lo que ofrece Tarcus como argumento en defensa de la vitalidad del marxismo son, en orden de importancia, los siguientes argumentos: Primero, unos efímeros éxitos relativos de sendos partidos trotskistas en Brasil y Francia. Segundo, el consuelo de que en derrotas históricas anteriores hubo pensadores marxistas a contracorriente como Trotsky, Rosa Luxemburgo, Gramsci, los frankfurtianos o Negri. Y, tercero, que “aunque el marxismo ya no es hegemónico en el pensamiento contemporáneo como lo fuera en los años 60 y 70, sigue dando muestras de vitalidad”, y para ello cita a algunos de los intelectuales marxistas recientes más conocidos, y a autores englobados en las teorías radicales que recibieron en el pasado alguna influencia marxista, lo cual lo único que prueba es que siguen reproduciéndose las características del marxismo occidental, pero en condiciones aún más adversas.

Desde Latinoamérica, y utilizando también el pensamiento de Moreno, nos presentan otra perspectiva de la crisis del marxismo, esta vez confrontando la visión representada por el líder trotskista del MAS con un autor representativo de la corriente de los estudios subalternos latinoamericanos, John Beverley.

378 Anderson Perry, *Renovaciones*, pág.14

Sobre las posiciones de Moreno ya hemos tenido ocasión de analizarlas con el libro de Palti. Los estudios subalternos nos introducen ya en una de las variantes de las corrientes postmarxistas que aparecieron en la década de 1980.

Los estudios subalternos ponen en discusión uno de los puntos fundamentales del núcleo marxista, la cuestión del sujeto emancipador. El marxismo tiene un vínculo indisoluble con la clase trabajadora, el materialismo histórico ha señalado a través de los modos de producción que se han sucedido en la historia, y de la lucha de clases que han impulsado las grandes transformaciones de un modo a otro, que la superación del capitalismo en un modo de producción superior donde hayan desaparecido finalmente las clases sociales es una obra que solo puede llevar a cabo la clase obrera, aunque en dicha tarea pudiera necesitar la alianza de otras capas y sectores sociales. Cualquier otra perspectiva en este aspecto nos estaría situando fuera del marxismo, en alguna de las variantes de teorías postmarxistas.

Hasta la exitosa revolución soviética y las inmediatamente fracasadas revoluciones europeas que intentaron abrirse paso por la brecha abierta en Rusia, nada ni nadie había puesto en cuestión el papel del proletariado como el sujeto llamado a superar el capitalismo. El hecho de que Rusia fuese un país-imperio mayoritariamente campesino y que el proletariado europeo fuese derrotado en su primer intento importante por llevar a cabo la revolución fue una primera llamada de atención sobre el problema del sujeto. El segundo aviso tuvo lugar cuando de nuevo, de forma paralela, tras el fin de la segunda guerra mundial, los nuevos avances revolucionarios se producían otra vez en países atrasados y de mayoría campesina (China, Cuba, Corea, Vietnam, etc.) y el proletariado europeo renunciaba a cualquier política revolucionaria a cambio de concesiones políticas y sociales importantes, por no hablar del proletariado anglosajón que nunca se sintió atraído por veleidades revolucionarias.

Pero no era éste el único problema en relación con la cuestión del sujeto emancipador. El énfasis puesto por el marxismo en el problema de la explotación, centrada en el ámbito de la producción, dejaba en lugar subordinado las cuestiones referidas al campo más amplio de la dominación, donde los sujetos dominados eran más amplios y heterogéneos: mujeres, minorías étnicas, pueblos sojuzgados o colonizados, etc.

La clase obrera condensó las movilizaciones contra el capitalismo desde el siglo XIX por tres razones fundamentales. La primera es que sus insoportables condiciones de vida

y su marginación política y social en el corazón de los países más industrializados la llevaron a números actos de protesta y ensayos de revolución que la convirtieron en un actor de primer orden.

La segunda fue su capacidad para organizarse tanto en sociedades de apoyo mutuo y sindicatos como, sobre todo, en partidos políticos. Esta capacidad la dotó de un poder creciente de presión e influencia con el que consiguió cambiar leyes y ampliar crecientemente sus derechos. Un movimiento paralelo, el que luchaba por el sufragio femenino, tenía objetivos más limitados y apenas dio lugar a organizaciones estables, menos aún políticas, por tanto, su capacidad de influencia fue mucho menor, además el movimiento socialista asumió sus reivindicaciones.

La tercera razón fue la intensa imbricación entre la clase obrera y sus organizaciones y una teoría, como el marxismo, capaz de ofrecer un modelo de explicación de la historia, y del capitalismo, y de ofrecer un objetivo de superación de éste. Esta imbricación nunca fue total -otras tendencias siempre mantuvieron cierto predicamento entre la clase obrera- ni natural, el marxismo tuvo que llevar a cabo una larga lucha para convertirse, durante un cierto tiempo, en hegemónico.

Así, la hegemonía de la clase obrera entre otros sujetos subalternos, durante un tiempo, fue a la vez una hegemonía política, gracias a sus organizaciones y éxitos, e ideológico-cultural, gracias a la influencia y peso del marxismo. Esa hegemonía comenzó a declinar cuando el proletariado de los países capitalistas centrales, aceptando la hegemonía burguesa a cambio de derechos políticos, sociales y económicos, renunció a sus objetivos propios. El declive se reforzó, ya a nivel mundial, cuando se hizo patente que las revoluciones hechas en su nombre habían entrado en un proceso degenerativo respecto a los objetivos originales. Y, como consecuencia de esto, el marxismo también entro en crisis perdiendo su papel hegemónico entre la clase obrera, y viendo como su posición hegemónica entre otras teorías empezaba a ser disputada.

Otros sujetos subalternos, eclipsados hasta ese momento, salieron a la superficie con fuerza, con un conjunto de reivindicaciones propias y parciales. Dos nuevos tipos de teorías emergieron en esta situación, unas articulando cada uno de estos sujetos y sus movimientos, otras buscando una síntesis de todos ellos a través de conceptos ambiguos nuevos como el de multitud, o antiguos, como el de pueblo. En cualquiera de estos dos

tipos de teorías desapareció el concepto clave del marxismo para explicar los sujetos de la historia, el de clase social.

El artículo de Julia Expósito se centra en discutir la visión de los estudios subalternos, a través de uno de sus autores, John Beverley, en relación con la crisis del marxismo. Los estudios subalternos criticaban que los procesos revolucionarios habían marginado a sectores subalternos, “recreando las relaciones dominantes/subalternos en una nueva forma” y que el marxismo “velaba la posibilidad de concebir al sujeto emancipatorio en su heterogeneidad constitutiva”.

En opinión de Keucheyan³⁷⁹, los estudios subalternos derivan del marxismo a través de dos importantes influencias, la primera es la de Gramsci, de quién justamente han tomado el término que les define. Pero también reconocen su influencia de los historiadores marxistas británicos, Hobsbawm, Thompson y Hill, y sus historia social de los de abajo.

El grupo de estudios subalternos latinoamericano surgiría, según esta autora, a partir de la derrota sandinista. Constatando la crisis del marxismo, plantean un nuevo programa que tome en cuenta las nuevas condiciones derivadas de la debacle soviética y la crisis del marxismo. Para ello se apartan del marxismo en tres aspectos claves.

En primer lugar en el nivel de las categorías políticas y sociológicas utilizadas, “para el grupo de estudios subalternos la crisis de marxismo deja abierta la posibilidad de pensar la premisa emancipatoria, junto con el desafío teórico de crear nuevas categorías de análisis. De este modo, las palabras claves que presenta el grupo para re-teorizar la problemática de lucha son: «cultura», «democratización», «globalización» y algunos «post» (postmarxismo, postmodernismo, postestructuralismo). Junto con estos conceptos, se abría el debate acerca de abandonar categorías tales como «modernización», «dictadura del proletariado», «partido», «revolución», «centro-periferia», «desarrollo», «nacionalismo» y «liberación nacional», para remplazarlos por nociones que den cuenta de las nuevas especificidades de los social, a la vez que continuasen manteniendo intacta la apuesta rupturista de lucha. De este modo, «pluralismo», «democracia», «consenso», «subalternidad», «desplazamientos de

379 Keucheyan, Razmig, *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*, pág. 461.

poder», entre otros, parecían conceptualizaciones más pertinentes para los objetivos del grupo”.³⁸⁰

En segundo lugar, se apartan del marxismo, en el planteamiento de un sujeto diferente, “Primero, el sujeto (de la lucha) ya no puede ser pensado como uno. Es decir, este sujeto no puede ser pensado en términos reduccionistas, debe comprenderse por el contrario como algo múltiple, no determinado, de ahí la elección del término subalterno: el subalterno no es una sola cosa. Se trata, insistimos, de un sujeto mutante y migrante. Aun si concordamos básicamente con el concepto general del subalterno como masa de la población trabajadora y de los estratos intermedios, no podemos excluir a los sujetos «improductivos», a riesgo de repetir el error del marxismo clásico respecto al modo en que se constituye la subjetividad social.

En segundo lugar, la subalternidad no emerge de la estructura, como el sujeto marxista clásico, sino que por el contrario disloca las cristalizaciones estructurales. Así la emergencia política del subalterno se encuentra en «las fisuras que dejan las formas hegemónicas y jerárquicas», de este modo el locus en donde la subalternidad habla como sujeto político y social, requiere una exploración de los márgenes del Estado.”³⁸¹

En tercer lugar, se aparta del marxismo porque si aquellas eran las posiciones en relación con las premisas teóricas y del sujeto del cambio del nuevo paradigma teórico, su propuesta estratégica también se alejaba fundamentalmente, de la del marxismo en particular y la del movimiento obrero en general, situándose entre las postmarxista teorías de cambiar el mundo sin tomar el poder. “En este sentido, ya no era necesario pensar la lucha como un problema de «toma del Estado» sino como una lucha en torno a la hegemonía de los subalternos que re-conquistase «el espacio de desjerarquización cedido al mercado y al neoliberalismo»”.³⁸²

En conclusión, la posición de los estudios subalternos no solo era muy diferente de la del marxismo clásico, también era la opuesta a la de Anderson. “El balance que sostiene Beverley en relación a la crisis del marxismo se afirmaba en la posibilidad de sostener la verdad marxista en tanto premisa de lucha emancipatoria (por otros medios: lucha

380 Expósito, Julia, *La crisis del marxismo en una perspectiva latinoamericana*, pág. 13.

381 Expósito, Julia, *La crisis del marxismo en una perspectiva latinoamericana*, pág. 16.

382 *Ibidem*, pág. 13.

por la hegemonía de los subalternos en el plano de la desjerarquización abierto por la lógica neoliberal), a costa de trastocar sus métodos y su saber.”³⁸³

Una última forma de enfocar la crisis del marxismo apunta a una razón más amplia aún, y que se encontraría en las condiciones externas, políticas, sociales y culturales, que sirvieron de ambiente al desarrollo del pensamiento de Marx. Esta es la tesis defendida por Edgardo Lander cuando indica que “Muchas de las principales ideas-fuerza sobre las cuales se construye el edificio teórico de Marx, las ideas más significantes y apasionantes del siglo XIX (*progreso, ciencia, desarrollo progresivo de las fuerzas productivas, industrialismo, verdad y felicidad a través de la abundancia*), han hecho agua. Aquellas ideas que, sintetizadas y articuladas, constituyeron los pilares de un asombroso edificio teórico, aquellas formulaciones que constituían la fuerza fundamental de esa extraordinaria obra de síntesis, se han convertido hoy en su contrario. Lo que ayer era fuente de fuerza es hoy fuente de debilidad.”³⁸⁴

También entran en este tercer enfoque de la crisis la arremetida de las ideas postmodernistas y su efecto sobre los metarrelatos de los que forma parte el marxismo. “Frente a un conjunto de teorías globalizadoras y aparentemente estables surge la fragmentación del saber; frente a los grandes metarrelatos legitimadores, la sucesión de legitimaciones parciales; frente a las categorías continente, las categorías archipiélago; frente a la utopía, el vacío; frente a los discursos de confrontación, los discursos de disuasión; frente al pensamiento duro, o fuerte, el pensamiento débil; frente al proyecto terminado, lo inconcluso, lo abierto; frente a la certeza histórica, la incertidumbre; frente a los dogmas, la duda; frente a una perfilada cosmovisión, un nuevo caos.

Todo lo cual supone una fortísima acometida a un pensamiento epistemológicamente conservador, que funcionaba todavía con el espíritu cientificista y los paradigmas propios del siglo XIX -unidad de todas las ciencias, un único método científico, coronación y final de toda la filosofía especulativa, unicidad de las leyes del movimiento en la sociedad, en la naturaleza y en la mente humana...”³⁸⁵

383 *Ibidem*, pág. 13.

384 Lander, Edgardo, *Marxismo, eurocentrismo y colonialismo, en La teoría marxista hoy*, op. cit., pag. 220.

385 Roca, José M., op. cit.

Balance global de la teoría marxista

Después de los trabajos de principios y mediados de la década de 1840, que culminaron con La ideología alemana, donde Marx y Engels ajustaron "cuentas con... [su] anterior conciencia filosófica", Marx sólo trata explícitamente cuestiones filosóficas marginalmente o exclusivamente en polémicas.

El marxismo de Althusser

Alex Callinicos

Después de lo analizado en los capítulos precedentes podemos avanzar algunas hipótesis. Inicialmente, se puede contemplar desde una perspectiva histórica amplia el papel e interpretaciones del marxismo en relación con un aspecto esencial, la transición al socialismo, los sujetos para llevarla a cabo, y las diferentes situaciones concretas existentes.

Habría, en primer lugar, un marxismo clásico y original que analizó la trayectoria y naturaleza del capitalismo desde su interior y se dirigió a la clase trabajadora industrial como sujeto central para el proyecto de revolución socialista. Esta versión del marxismo fue la adoptada y desarrollada por los partidos de la segunda internacional para utilizarla en su lucha política en los países desarrollados de Europa hasta la primera guerra mundial. Su resultado fue un fracaso en el sentido de que nunca triunfó ninguna revolución socialista en los países desarrollados.

Una segunda versión del marxismo, diametralmente opuesta a la primera, y muy minoritaria, es la lectura que se realiza desde los países atrasados con objeto de ensayar una transición al socialismo sin tener que pasar necesariamente por la etapa de desarrollo capitalista y apoyándose en una clase diferente del proletariado, dada su debilidad, el campesinado. Las tres principales propuestas en este sentido provienen de

los populistas rusos, de Mariátegui, y del maoísmo. En el plano práctico esta versión también es un fracaso pues tampoco fue capaz de obtener ningún éxito.

La tercera versión del marxismo podría definirse como una vía intermedia entre las dos anteriores, y sería la más creativa en términos prácticos. De la primera mantiene el papel central a jugar por el proletariado, aunque sea muy minoritario, en los países donde se aplicó. De la segunda retiene su proyecto de pasar al socialismo sin tener que pasar por un desarrollo previo del capitalismo. Los instrumentos para poder realizar esa difícil síntesis lo conformarían, de un lado, un determinado tipo de partidos, los comunistas, que representarían y serían los encargados de llevar a cabo el proyecto marxista del proletariado en medio de una enorme mayoría campesina y, de otro lado, el Estado (el Estado-partido) que impulsaría el desarrollo industrial previamente inexistente mediante un capitalismo de Estado sui generis.

Esta tercera versión consiguió importantes triunfos pero al precio de enormes deformaciones del proyecto marxista original que la llevaría tanto a ser criticada en nombre de éste último, como a que sus éxitos revolucionarios terminasen hundiéndose en medio de contradicciones para regresar al capitalismo.

Veamos ahora una hipótesis a partir de lo que venimos analizando. El marxismo nace con una concepción eurocéntrica, fruto del desarrollo capitalista centrado en Europa, y con una base fundamentalmente filosófica, derivada de la inicial formación de Marx, que desplaza posteriormente su atención e interés a la economía política, fruto de la necesidad imperiosa de entender en profundidad el capitalismo y poder hacer una crítica profunda de él y, a la vez, busca dotarse de una fundamentación científica para poder participar de la legitimidad que concede la ciencia al conocimiento. Estos primeros rasgos van a marcar su desarrollo. Hemos visto que el grueso del pensamiento marxista se origina en los países desarrollados que, además, con la excepción de etapas puntuales, la mayoría de los pensadores marxistas se vinculan con la filosofía principalmente y, luego, con la economía, y que la doble apelación a la ciencia y a la filosofía crea tensiones internas difícilmente conciliables en el seno del marxismo.

El grueso de la creación teórica más importante se centra en dos períodos. El primero es el de Marx y Engels, y se caracteriza por la novedad de sus aportaciones en el ambiente intelectual de su época y la gran extensión de su obra. Su actividad política, sin embargo, no da lugar a ningún éxito revolucionario, al contrario, viven la derrota de dos

grandes ensayos revolucionarios, las revoluciones de 1848 y la Comuna de París. Sin embargo, sus aportaciones teóricas son del calibre suficiente, especialmente las de Marx, como para sentar las bases de un pensamiento de gran influencia futura. El segundo período es consecuencia de una coyuntura histórica de gran agitación sociopolítica y geopolítica a principios del siglo XX y del triunfo de una revolución, la soviética. En él predomina el pensamiento de tipo estratégico y político, orientado por las necesidades prácticas de la coyuntura: el tipo de organización necesaria para la revolución -el partido de revolucionarios profesionales, los movimientos de masas-, el tipo de estrategia a seguir -alianza con los campesinos, relaciones con los socialdemócratas y otras organizaciones de la izquierda, la necesidad de una nueva internacional-, el tipo de poder de la revolución triunfante -el poder de los soviets, el papel del partido-, el desarrollo de la revolución -la NEP, la colectivización, el socialismo en un solo país, la revolución permanente, la dictadura del proletariado-, etc. Se trata del período en el que intervienen las más importantes figuras clásicas del marxismo, Lenin, Luxemburgo, Trotsky, Bujarín, Gramsci etc.

La revolución rusa fue a la vez una discontinuidad con la teoría marxista original y su culminación. Discontinuidad que en la práctica expresaba el fracaso de la estrategia bolchevique, que concibió originalmente esta revolución como la ruptura por el eslabón más débil, pero que debería continuar con la extensión de la revolución a los países más desarrollados de Europa, para conectar así con los análisis de la teoría marxista clásica. Fracaso que llevaría a la anomalía, para la teoría original, del socialismo en un solo país. Discontinuidad que también expresaría claramente Gramsci cuando se refirió a la revolución rusa como una revolución contra *El Capital*.

Pero también fue, como apuntábamos, su continuación y culminación. Continuación, porque después de la claudicación de los partidos de la II Internacional con el desencadenamiento de la primera guerra mundial, el fracaso de la revolución rusa hubiese dejado al marxismo en una lamentable situación, probablemente similar, aunque en absoluto igual, a la actual, con organizaciones marxistas marginales en un ambiente de predominio de una socialdemocracia que renunciaba al marxismo. Es cierto que la conversión del marxismo en doctrina de Estado en la Unión Soviética le petrificó primero y le llevó al desprestigio después de 1989, pero también su triunfo expandió durante toda una etapa la influencia del marxismo por el mundo. Culminación de la teoría marxista, al menos en sus consecuencias prácticas, porque la revolución rusa y las

posteriores que la siguieron como fruto de su impulso fueron la máxima expresión práctica de la doctrina original. Sin embargo, tras su debacle, no es posible concebir en estos momentos la posibilidad de nuevas experiencias basadas en ella.

La revolución rusa fue la primera pero no la única de las epopeyas revolucionarias comunistas. Al menos se pueden señalar tres posteriores, la china, la cubana y la vietnamita, aunque también podrían añadirse la yugoslava y la sandinista. En todas ellas hubo algún aspecto importante novedoso a resaltar, el papel central jugado por los campesinos en la victoria china después de que el PCCh comprendiese que el proletariado chino era muy débil para llevar a cabo él solo la revolución; la derrota de una gran potencia imperialista como los EEUU por parte de Vietnam; la capacidad para tejer alianzas con la burguesía y la pequeña burguesía para alcanzar el triunfo como ocurrió en Cuba y Nicaragua; y, en todas ellas, el hecho estratégico de combinar el objetivo del socialismo con los impulsos nacionalistas, porque la revolución rusa fue la única que inicialmente se desarrolló bajo el impulso del internacionalismo, en el resto, sin renunciar a él, el peso del nacionalismo fue muy superior. Sin embargo ya no hubo generaciones nuevas de pensadores y estrategias de proyección universal, solo algunas personalidades puntuales como Mao Tsetung o Ernesto Che Guevara, aunque en el plano teórico solo destacase realmente el primero. Pero ni siquiera la revolución china, a pesar de su influencia temporal y sus consecuencias de largo alcance, engendró una generación de teóricos que hiciesen avanzar el pensamiento marxista como lo había hecho la generación del período de la revolución rusa.

Así, confluían tres situaciones preocupantes para el desarrollo del marxismo como teoría de la revolución proletaria y de la construcción del comunismo. En primer lugar, muchas de las aportaciones realizadas por la creativa generación alrededor de la primera guerra mundial y la revolución rusa fueron efímeras y quedaron desprestigiadas o abandonadas con más o menos rapidez. El partido de revolucionarios profesionales y su propuesta de partido único del Estado revolucionario hoy no es prácticamente defendido por nadie. La dictadura del proletariado o el poder basado en los soviets solo forma parte hoy del programa de algunas sectas. Las condiciones de la lucha por el socialismo han cambiado tan profundamente, tanto por el propio desarrollo económico, social y político de las formaciones sociales capitalistas como por los fracasos de las experiencias del socialismo real, que no ha sido posible una acumulación de teorías y experiencias del pasado como base para avances del futuro. Hoy, a lo sumo, las

referencias más utilizadas sobre esas aportaciones son las que provienen de Gramsci, con sus conceptos de hegemonía, bloque del poder, guerra de posiciones, etc., sin que tampoco hayan servido para sustentar algún avance exitoso. El eurocomunismo ya se enfrentó a ese problema y ensayó, sin mucho éxito, la elaboración de una teoría y estrategia adecuada a las condiciones de lucha en los países del capitalismo maduro. El trotskismo buscó mantener la fidelidad a los orígenes del bolchevismo, se dividió en innumerables tendencias enfrentadas, se mantuvo en posiciones totalmente marginales, y nunca encabezó ninguna revolución o experiencia exitosa con la que poder validar en la práctica sus propuestas.

En segundo lugar, las revoluciones triunfantes que siguieron a la rusa, y que hemos citado más arriba, tampoco aportaron un desarrollo de la teoría que sirviese de apoyo a futuros avances. El maoísmo tuvo un breve período de influencia, pero tras los diferentes fracasos de la revolución china –el gran salto adelante o la revolución cultural– y el giro final hacia la restauración capitalista bajo el control del partido comunista, las enseñanzas de Mao no sirven de modelo a ninguna corriente o partido marxista. No ha existido una generación de pensadores marxistas vinculados a esas revoluciones que hiciesen un conjunto de aportaciones valiosas. La hipótesis de Anderson de un renacer del desarrollo del marxismo cuando ocurriese un nuevo ascenso revolucionario de masas está desmentido por estas experiencias y otras posteriores.

En tercer lugar, las principales contribuciones siguieron produciéndose en los países occidentales –en los del capitalismo maduro– y estaban generadas por profesionales del mundo académico con escasa o ninguna vinculación a partidos marxistas, versando mayoritariamente sobre temas filosóficos o epistemológicos, aunque también sobre análisis y críticas del capitalismo. Algunas de estas contribuciones crearon tendencias importantes coyunturalmente, y sin apenas impacto para la praxis de las organizaciones marxistas, como fue el caso del estructuralismo de Althusser o de la Escuela de Frankfurt.

Por lo tanto, el balance global de la teoría marxista al finalizar el siglo XX era el de la existencia de un número importante de obras de diferentes autores producidas durante más de un siglo que, si bien han contribuido a diversificar las corrientes y tendencias en su seno, sin embargo, su aportación a los temas centrales relacionados con la tarea de transformar la sociedad en las condiciones del siglo XXI son más bien escasas.

Tampoco existen muchos análisis exhaustivos y rigurosos ocupándose del fracaso del socialismo real, bien sea en su versión de debacle en el espacio eurosoviético, de reintroducción de las relaciones sociales capitalistas como en China, o de degeneración del régimen como en Corea del Norte.

La magnitud de la derrota de las experiencias del socialismo real, y la dificultad después de ellas para seguir utilizando el núcleo de una teoría que ha sido invalidado en la práctica es lo que puede explicar el nacimiento y desarrollo de las denominadas teorías postmarxistas. Se trata de elaboraciones más o menos complejas realizadas también mayoritariamente desde el campo de la filosofía y de las que vamos a hacer un análisis en los capítulos finales, aunque ya hemos tratado alguna de ellas, como la de los estudios subalternos. Dentro del conjunto de las teorías críticas que se han desarrollado desde finales del siglo XX, el marxismo es una más, y ya no ostenta un papel hegemónico como del que gozó durante algo más de un siglo. Esta situación describe claramente el declive sufrido por un pensamiento con objetivos emancipadores después de las graves derrotas sufridas y de las promesas incumplidas.

Las teorías críticas a inicios del siglo XXI

Una característica importante de las nuevas teorías críticas es la pérdida de hegemonía del marxismo en su seno. Muchos teóricos críticos contemporáneos, entre los más estimulantes, proclaman pertenecer a esta tradición que continúa estando activa no solo en la esfera de las teorías críticas, sino también en las ciencias sociales. [...] Al mismo tiempo, está claro que el marxismo ya no puede pretender conservar la centralidad que tuvo desde la segunda mitad del siglo XIX hasta el comienzo de los años setenta, es decir, durante más de un siglo, el marxismo ha sido la más poderosa de las teorías críticas. El éxito del marxismo se explica en virtud de que se trata de un paradigma completo, al cual no escapa ningún aspecto de la vida social y, en un sentido, física.

Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos

Razmig Keucheyan

Las décadas alrededor del cambio de siglo han visto la publicación de nuevas obras y autores que, en su mayoría, se alejaban aún más que el marxismo occidental de las temáticas del marxismo clásico. Estas obras y autores se encuadran dentro de lo que se ha denominado neomarxismo y postmarxismo, y que en algunos casos son difíciles de clasificar en uno u otro campo. La obra de Anderson representaba a la vez una llamada de atención sobre los problemas del marxismo y sobre la necesidad de superar dicha situación, la obra de Kolakowski era un intento de demostrar que el marxismo era una teoría errónea y aceptar al liberalismo-capitalismo como un orden definitivo, adelantándose a la consigna del fin de la historia de Fukuyama. Las nuevas teorías postmarxistas, tal vez, se encuentren en un punto intermedio, rechazan al marxismo globalmente o al menos su núcleo fundamental y proponen otros tipos de teorías y prácticas. La etiqueta de neomarxista, tal como propone Therborn, “se usará sólo para

designar proyectos críticos que marcan una novedad relevante respecto al marxismo clásico pero conservan un compromiso explícito con el mismo.”³⁸⁶

Callinicos utiliza la misma explicación para el postmarxismo que la utilizada por Anderson para el marxismo occidental, y que ahora también utilizarán Göran Therborn y Keucheyan para explicar las nuevas teorías críticas. En síntesis, esta explicación viene a sostener que todos los intelectuales que se van alejando del núcleo fundamental del marxismo, o del marxismo mismo, lo hacen después de que las fuerzas políticas marxistas hayan sufrido una derrota importante, fundamentalmente en Europa. La primera fue la de las revoluciones en el viejo continente en la década de 1920, luego vendría la de los años 60-70, finalmente la debacle del socialismo real en los 90. Ello supondría primero, la retirada de los intelectuales marxistas hacia espacios alejados de la estrategia y la lucha política, como la epistemología y la estética y, en los casos más extremos, como hemos vistos con los franceses post-68, pero no solo ellos, hacia posiciones liberales y antimarxistas.

Esta explicación puede resultar coherente, las derrotas políticas y los desmentidos empíricos a algunas cuestiones nucleares del marxismo puede haber llevado a sectores intelectuales a abandonar una teoría en la que han dejado de creer capaz de superar sus contradicciones, bien alejándose del compromiso intelectual, bien situándose en posiciones ganadoras como el liberalismo o, finalmente, buscando ensayar con otro tipo de paradigma explicativo de la realidad social, como es el caso de algunas teorías críticas.

Para ocuparnos de este período, también complejo, nos vamos a apoyar en dos estudios importantes al respecto. El primero es un largo artículo de Göran Therborn titulado *Después de la dialéctica. La teoría social radical en un mundo poscomunista*, publicado en el nº 43 de la *New Left Review* y luego formando parte de una obra de este autor, *Del marxismo al postmarxismo*. El segundo, el más importante, es una obra similar a la de Anderson en el sentido de que también se ocupa de sintetizar y resumir estas nuevas tendencias treinta y cuatro años después de la publicación de la obra del historiador inglés, se trata de *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos* de Razmig Keucheyan. Ambos autores coinciden en algunas apreciaciones sobre este período, pero divergen en otras.

386 Therborn, Göran, *Después de la dialéctica. La teoría social radical en un mundo poscomunista*, pág. 39.

El enfoque de Therborn parte de una consideración particular del marxismo, enfocado como una parte característica de la modernidad, entendida como un marco cultural más amplio. De tal manera concibe esa relación que históricamente ha venido a coincidir el auge del postmodernismo, como rechazo de la modernidad, con el declive del marxismo. Para el sociólogo sueco, “El marxismo, como fenómeno histórico social, ha sido la oposición a su moderna majestad la modernidad. Siempre crítico de y luchando contra sus regímenes predominantes, pero nunca cuestionando la legítima majestad de la modernidad y, cuando menester, explícitamente defendiéndola. [...] El marxismo es sin embargo la mayor manifestación de la dialéctica de la modernidad, en un sentido sociológico así como teórico [...] El marxismo defendió la modernidad con la vista puesta en otra, más completamente desarrollada, modernidad.”³⁸⁷

Así, en Marx existía a la vez una concepción emancipadora y explotadora de la modernidad, y si de un lado celebraba la modernidad progresista del capitalismo y la burguesía, de otro, la criticaba por su carácter explotador y alienante. Se trataba de una comprensión dialéctica, contradictoria, de la modernidad que diferenciaba al marxismo de otras corrientes de la modernidad.

La modernidad, indica Samir Amin³⁸⁸, se caracteriza por su énfasis en la capacidad del ser humano en construir su propia historia a través de la razón, contiene inicialmente, pues, un impulso emancipador. Pero en manos de la burguesía ese impulso se transforma en razón instrumental. La modernidad tiene un primer momento, en su nacimiento, que coincide también con el del capitalismo, caracterizado por la Ilustración pero también por el carácter burgués de la modernidad. El segundo momento se inicia con “la crítica que Marx dirige a la razón emancipadora burguesa de la Ilustración”, y a ese nuevo capítulo de la modernidad Samir lo califica de “modernidad crítica de la modernidad.”

Desde otro ángulo, Alex Callinicos³⁸⁹ señala que las tres maneras más influyentes de pensar la modernidad vienen representadas por los modelos iniciados por Marx, Nietzsche y Saint-Simon, cuyo punto de partida común es la Ilustración. Saint-Simon concibe la historia como progreso, condensado en el desarrollo de la sociedad industrial, apoyada en el conocimiento científico, y cuya tendencia sería la desaparición de los

387 Therborn, Göran, *Acerca de la Teoría Crítica y el Legado del Marxismo del Siglo XX*, págs.1-2.

388 Amin, Samir, *Las derivas de la modernidad. El caso de África y del mundo árabe*, págs.. 85-8.

389 Callinicos, Alex, *Contra el postmodernismo*, pág.61.

conflictos de clase, su modo de pensar la modernidad sería continuada por los teóricos de la sociedad industrial y postindustrial. Si bien Nietzsche reconoció la existencia de diferentes formas de dominación en la historia, rechazó que pudiese alcanzarse una sociedad que acabase con la dominación y la explotación. En opinión de Callinicos, la influencia de Nietzsche se transmitió a Weber y, más tarde, a los postestructuralistas como Foucault, Derrida y Deleuze. Para Marx la sociedad burguesa no representaba la realización de la razón, sino la última versión de una sociedad de clases basada en la explotación que daría paso, finalmente, a la sociedad sin clases.

Para Therborn esta promesa de modernidad crítica representada por el marxismo quedó en entredicho con la debacle del socialismo real. “Las contradicciones de la modernidad, de acuerdo con Marx, eran precursoras del cambio radical. El movimiento obrero en los países capitalistas, el movimiento feminista socialista, los movimientos de liberación anticolonial, y los países del socialismo «realmente existente», con independencia de sus defectos, se consideraban portadores de un futuro diferente, de un proyecto moderno de emancipación. Esta fe en el futuro quedó hecha pedazos en un sentido fundamental con la década de 1990.”³⁹⁰ En este giro dado por la modernidad a finales del siglo XX hay dos direcciones, “hacia la derecha; transformándose en postmodernidad; y hacia búsquedas teóricas y políticas de nuevas modernidades.”³⁹¹

Therborn entonces se centra en ese declive del marxismo en las décadas de 1980-90 que coincide con el auge del postmodernismo. Pero ese declive fue contradictorio, y para entenderlo el sociólogo sueco plantea una diferenciación del marxismo en torno a tres planos diferentes. En primer lugar el marxismo sería, desde un ángulo intelectual, “una sociología histórica” que se centraría en los desarrollos históricos; en el segundo plano el marxismo se puede comprender como “una filosofía de las contradicciones o la dialéctica” desde dónde se plantean las cuestiones epistemológicas y éticas; finalmente, el marxismo ha sido “un modo de política de tipo obrero y socialista” cuyo objetivo era acabar con la sociedad de clases. Este último plano es el que “sobredeterminaba el triángulo” y evitaba que el marxismo fuese una mera corriente intelectual.

Si los marxistas clásicos dominaban los tres planos de diferentes maneras, sin embargo a lo largo del siglo XX se produjo un distanciamiento entre dichos planos. Esto ya era

390 Therborn, Göran, *Después de la dialéctica. La teoría social radical en un mundo poscomunista*, pág. 13.

391 *Ibidem*, pág.15.

claramente perceptible en el marxismo occidental, pero se agudizó en la década de 1980 a partir de las graves derrotas sufridas en todo el mundo por las distintas variantes que se reclamaban del socialismo o del marxismo. El marxismo como ciencia social fue directamente afectado aunque como filosofía resistió mejor debido a que ésta es “inmune a la refutación empírica”. La conclusión final de Therborn es pesimista, “El triángulo marxista de sociología, política y filosofía se ha roto, con toda probabilidad, de manera irremediable.”³⁹²

En dicha argumentación justamente había señalado una de las causas explicativas sobre el predominio de los filósofos entre los principales autores marxistas a partir de los años 20 del siglo pasado, y esa causa era la inmunidad a la refutación empírica que si bien les permitía estar a salvo de los embates prácticos que sufría el marxismo, también les neutralizaba como pensamiento estratégico destinado a servir para la transformación social.

La reflexión de Therborn sobre la relación entre modernidad y marxismo en realidad sirve de introducción para el núcleo fundamental en este capítulo, que es el análisis del pensamiento crítico de finales del siglo XX, intentando demostrar la validez de su tesis sobre el triángulo roto del marxismo clásico, el de la filosofía, sociología y política. Este análisis está centrado -como ocurrió con el de Anderson sobre el marxismo occidental- en la teoría social crítica desarrollada en Europa y Estados Unidos, dos ámbitos marcados por importantes diferencias.

En principio, lo que hace el sociólogo sueco es resaltar dos aspectos bastante comunes entre los autores sociales críticos que pueden ser calificados como mínimo de sorprendentes. El primero es más habitual en el ámbito europeo, y lo denomina “giro teológico”, refiriéndose con ello al “interés erudito en la religión y en una utilización de ejemplos religiosos en la argumentación filosófica y política.”³⁹³ Para ello cita los ejemplos de Régis Debray, Alain Badiou, Slavoj Žižek, Michael Hardt, Toni Negri y Jürgen Habermas. Therborn no lo cita en su trabajo porque está escrito en una época anterior y no se ocupa del ámbito latinoamericano, pero este “giro teológico” también se expresó en la práctica política de líderes y organizaciones de izquierdas que durante el

392 Therborn, Göran, *Después de la dialéctica. La teoría social radical en un mundo poscomunista*, pág.6.

393 Therborn, Göran, *Después de la dialéctica. La teoría social radical en un mundo poscomunista*, pág.17.

ciclo progresista de finales del siglo XX y principios del XXI alcanzaron el gobierno en América Latina, región dónde no cabe duda sobre la influencia de la teología de la liberación.

Este aspecto también ha llamado la atención de Keucheyan, quién trata de dar una explicación a este hecho insólito. En principio señala que las referencias religiosas de algunos pensadores críticos se relacionan con el problema concreto de la creencia, aludiendo a la cuestión de “cómo es posible continuar creyendo o esperando cuando todo parece in en contra de la creencia, cuando las circunstancias le son tan radicalmente hostiles”. Si esta interpretación de Keucheyan es correcta –y se encontraría así en concordancia con el segundo aspecto al que alude Therborn y que veremos a continuación– sería un síntoma de la debilidad de las teorías de los autores que utilizan las referencias religiosas. El marxismo es un intento de analizar objetivamente el modo de producción capitalista en un contexto histórico global y desentrañar la existencia de las condiciones que pueden hacer posible su superación en el comunismo. El reformismo, iniciado por Bernstein, representó la primera puesta en cuestión de esa posibilidad, que terminó desembocando en el rechazo a la superación del capitalismo a cambio de una política orientada a conseguir el mayor número de ventajas sociales y políticas posibles para la clase obrera. Los autores críticos que emplean las referencias de tipo religioso se sitúan en la misma tesitura que los reformistas, y en lugar de ceder a una política posibilista o profundizar en las nuevas condiciones del capitalismo y de la lucha por el socialismo, se inclinan por una tercera posición, la de mantener la creencia en la posibilidad de la transformación social, pero como un acto de fe.

La segunda razón empleada por Keucheyan para comprender la deriva religiosa de estos pensadores críticos es tan insólita como dicha deriva. Dado que existe un resurgimiento religioso en el mundo de lo que se trataría es de “disputarles el hecho religioso a los fundamentalistas, demostrar que existen formas progresistas y hasta revolucionarias de religiosidad es una estrategia hábil.”³⁹⁴

El segundo aspecto común entre los pensadores críticos, y más frecuente en el ámbito norteamericano, lo denomina Therborn “nuevo futurismo”, con dos corrientes diferenciadas. La primera sería la del “nuevo utopismo” que englobaría a pensadores sociales críticos como Fredric Jameson, Erik Olin Wright y John Roemer -estos dos

³⁹⁴ Keucheyan, Razmig, *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*, págs. 63-4.

últimos recordemos que son autores pertenecientes también al marxismo analítico- y David Harvey. Para encontrar un autor marxista en esta línea utópica en Europa habría que retrotraerse a Ernst Bloch y su *Principio esperanza*. La segunda corriente la denomina “apocaliptismo sistémico” y en ella sitúa a los dos principales autores del sistema-mundo, Immanuel Wallerstein y Giovanni Arrighi, que postulaban la tesis de que estaríamos viviendo una época de transición desde el capitalismo hacia otro tipo de sociedad diferente y de características inciertas, aunque posteriormente ambos autores moderaron esta tesis sobre el final del capitalismo.

Como analizamos más arriba, una de las críticas de Anderson a los autores englobados con la etiqueta de marxismo occidental fue su deriva en el campo del pensamiento hacia temas relacionados con la epistemología y la estética. Ahora lo que encontramos, con estos dos aspectos señalados por Therborn, es una deriva más alejada no solo de los temas fundamentales del marxismo, sino del propio marxismo, pues las críticas realizadas por los clásicos del marxismo se dirigieron, entre otras cosas, a la religión y su influencia, y al pensamiento utópico de algunas corrientes socialistas del siglo XIX. Estas circunstancias ya suponen de por sí una dificultad importante para poder considerar como marxistas a estos autores críticos. Es por ello que la clasificación que utiliza Therborn respecto a estos autores es un tanto ambigua, en algunos casos les ubica como postmarxistas, en otros como neomarxistas y, a un tercer grupo, les mantiene simplemente como pensadores críticos.

Reconoce que utiliza el término de postmarxismo en un sentido lato, “hace referencia a escritores con una formación explícitamente marxista, cuya obra reciente ha ido más allá de las problemáticas marxistas, y que no reclaman públicamente un compromiso permanente con el marxismo.”³⁹⁵, y que incluso las fronteras para dividir postmarxismo y neomarxismo se han vuelto borrosas en los últimos tiempos.

Therborn sitúa el origen del postmarxismo en la Escuela de Frankfurt y considera como uno de sus principales miembros a Jürgen Habermas, junto a Axel Honneth, igualmente otros miembros situados en esta corriente serían Claus Offe, Manuel Castell, Régis Debray y Zygmunt Bauman

395 Therborn, Göran, *Después de la dialéctica. La teoría social radical en un mundo poscomunista*, pág.39.

Coincidiendo con Anderson, Kaucheyan plantea que los nuevos pensamientos críticos, al igual que el marxismo occidental, tienen su origen en una derrota. Si para Anderson ese momento se sitúa en la derrota de la revolución en Europa después de la primera guerra mundial, Keucheyan la sitúa en la segunda mitad de los años 70 cuando los movimientos de protesta de las décadas anteriores y la denominada “nueva izquierda” entran en un proceso de reflujo.

Esta “nueva izquierda” habría sido fruto de la ruptura con la ortodoxia soviética después del informe de Kruschev al XX congreso del PCUS, de la invasión de Hungría, de la ruptura chino-soviética, y de la revolución cultural china. Por tanto se trata del reflujo y derrota de unos movimientos y corrientes de corto recorrido y de nulas realizaciones prácticas, pero sí de algunas frustraciones claves como fueron la revolución de los claveles en Portugal, el mayo del 68 francés, el movimiento autónomo italiano, o la propia revolución cultural china, tan mitificada inicialmente por parte de la izquierda occidental. Sin embargo, si se habían producido tres avances revolucionarios importante en ese período, como fueron las victorias en Cuba, Vietnam y Nicaragua, que, sin embargo, parece que no habrían tenido una importancia significativa ni en la nueva izquierda ni en las posteriores nuevas teorías, tal vez porque las dos primeras se terminaron alineando con el campo soviético, o porque los avances latinoamericanos fueron contrarrestados por las derrotas de otras experiencias en la región, como fue el caso del gobierno de Allende y otros movimiento revolucionarios masacrados por las dictaduras militares implantadas en el cono sur.

Kenucheyan matiza, no obstante, el sentido de los nuevos pensadores críticos, si bien fueron intelectuales formados durante el ciclo anterior de reflujo y derrotas, sin embargo sus teorías se orientarían a interpretar el nuevo ciclo iniciado en 1994 con la insurrección zapatista.

Cuando se produjo la caída del muro de Berlín en 1989, hacía ya una década que se había iniciado el reflujo de los movimientos sociales y la “nueva izquierda”. La debacle del socialismo eurosoviético, y el basculamiento de China al capitalismo en un proceso diferente, representa un fenómeno más profundo y de consecuencias diferentes que las derrotas anteriores de los años 20 o de los 70, de manera que se han podido superponer dos interpretaciones de sus consecuencias. La primera supone que en 1989 concluye el ciclo de revoluciones proletarias abierto en 1917 con su fracaso práctico, y con ello no

solamente se cerraba cualquier posibilidad de transformación revolucionaria socialista -cuya interpretación más radical, desde el campo capitalista, fue la del fin de la historia de Fukuyama, y la más compleja e interesante, desde el campo marxista, fue la de Anderson comparando la debacle con otros cuatro ejemplos históricos diferentes- sino que entraba en una crisis más profunda e irreversible el marxismo, dando lugar a las teorías postmarxistas.

La segunda interpretación sobre la debacle del socialismo real la señala como la clausura del ciclo abierto con la revolución francesa, y la puesta en cuestión de la modernidad, dando lugar a las teorías postmodernas.

La cuestión es que por su capacidad y pericia para interpretar las transformaciones sociales y culturales de una época, los intelectuales están situados en un lugar privilegiado para detectar cuando se produce un cambio trascendental y realizar interpretaciones sobre el significado de dichos cambios. En este sentido se adelantan a la percepción del sentido común y al de otras instancias sociales como los dirigentes políticos, los partidos, los movimientos sociales, etc.

Por tanto, si los marxistas occidentales, los historiadores ingleses o los marxistas analíticos representaban una llamada de atención sobre las dificultades de la teoría marxista para seguir generando un pensamiento estratégico capaz de interpretar correctamente el desarrollo del modo de producción capitalista, las sociedades del socialismo real, y realizar propuestas adecuadas en cada momento histórico para orientar el proyecto emancipador del socialismo, las nuevas teoría críticas aparecidas a partir de la década de 1990 parecen representar un abandono cada vez más importante por parte de los intelectuales críticos del paradigma teórico marxista, que pierde su posición hegemónica, a favor de nuevas teorías que representan en su capacidad analítica y propuestas sociales un retroceso respecto al marxismo.

Este aspecto se hace patente cuando se encuentra en ellas la utilización de conceptos más ambiguos de análisis social como el de pueblo o multitud en lugar de clases sociales, cuando el énfasis se desplaza a las políticas de identidad de carácter cultural abandonando las políticas de clases y su proyecto de superación del capitalismo, cuando se produce un regreso a posiciones utópicas y futuristas que huyen de la dificultad de encontrar respuestas a los cada vez más complejos problemas a los que se enfrenta un

proyecto de transformación social, la recuperación del espontaneísmo, las referencias a temas religiosos, etc.

Pero las nuevas teorías también expresan la fragmentación del estudio de la totalidad social, aspecto éste propio del marxismo, en favor del análisis de aspectos parciales de la sociedad normalmente situados en el ámbito cultural como es el feminismo, los movimientos homosexuales, el ecologismo, los inmigrantes etc. No cabe duda de que se trata de problemas dónde existe una dominación a combatir y derechos a conquistar y consolidar, pero dado su tratamiento aislado y no englobado en una propuesta de sociedad diferente, se convierten en reivindicaciones y luchas reformistas, eso si ahora de tipo postmaterialista, similares, en su efecto final, al que tuvieron otras luchas reformistas en el pasado, como las que se dieron por la extensión del sufragio o la conquista de derechos económicos y sociales. Al final, muchas de esas reivindicaciones fueron alcanzadas en mayor o menor medida en el seno de las formaciones sociales capitalistas, que fueron capaces de asimilarlas sin graves contradicciones.

Así, mientras el marxismo se constituyó como un paradigma teórico a la vez amplio, por su capacidad para enfrentarse a la totalidad de los aspectos sociales, políticos y económicos, y profundo, las nuevas teorías críticas no poseen esa capacidad abarcadora. A pesar de las diferencias y discusiones en su seno, y de sus contradicciones, el marxismo representa un paradigma acumulativo que se ha ido enriqueciendo con las aportaciones de numerosos intelectuales y organizaciones que comparten un núcleo común, aunque éste haya tendido a difuminarse. Por el contrario, las nuevas teorías no poseen apenas más punto en común que su posición crítica respecto a la actual sociedad capitalista, pero no acumulan en torno a un paradigma común. Si el marxismo, y esto posiblemente es lo más característico de él, es un paradigma teórico que sirve de soporte y guía a la acción sociopolítica de organizaciones orientadas a la superación del capitalismo, las nuevas teorías críticas no están dotadas de tal pretensión, pues no es ese el objetivo central que guía su producción teórica, en este sentido se puede rastrear el origen de tales teorías en la Escuela de Frankfurt, cuyos teóricos se desvincularon de cualquier proyecto de intervención práctica.

Uno de los aspectos fundamentales que diferencian a esta variedad de teorías críticas aparecidas a finales del siglo XX del marxismo es la cuestión del sujeto encargado de llevar a cabo las tareas de transformación social, cuestión a la que ya hicimos una

primera aproximación al ocuparnos de los estudios subalternos. El distanciamiento de los nuevos intelectuales críticos respecto de la posición clásica del marxismo al respecto tiene bases empíricas imposibles de evitar. El materialismo histórico es una teoría basada en las clases sociales, su existencia y, sobre todo, concibe su lucha en cada modo de producción como el motor de la historia. En el capitalismo es el proletariado la clase destinada a superar este modo de producción y alcanzar el comunismo, como sociedad final de la historia, sin clases sociales. Pero estas tesis nucleares del marxismo empezaron a entrar en crisis con dos evidencias históricas fuertes.

La primera, que las revoluciones triunfantes en el mundo no se realizaron en países con potentes clases obreras que encabezasen esas revoluciones, todos los países donde triunfó la revolución socialista eran mayoritariamente campesinos, el programa del proletariado lo representaban las respectivas organizaciones marxistas que encabezaron las revoluciones, y solo tras el triunfo de la revolución se emprendió un programa de intensa industrialización y crecimiento de la clase obrera, programa exitoso en algún caso como la Unión Soviética, y sin éxito en otros como por ejemplo en Vietnam, Cuba o China, país este último que emprendió una industrialización masiva solo a partir de su inclinación hacia el capitalismo.

La segunda, que en aquellos países desarrollados económicamente y con fuertes clases obreras, éstas terminaron adoptando una línea de aceptación del capitalismo a cambio del reconocimiento de derechos políticos y socioeconómicos, mayoritariamente de la mano de los partidos socialdemócratas, pero también con otras variantes como el peronismo argentino, los partidos cristianodemócratas europeos o el sindicalismo norteamericano. Pero en todos estos casos terminaron renunciando a su papel de sujeto emancipador respecto al capitalismo. Por supuesto, el marxismo se enfrentó a este hecho empírico, especialmente a través de sus teorías sobre la ideología, destacando tal vez la reflexión leninista sobre la conciencia exterior a la clase obrera, su tendencia natural hacia economicismo y el papel del partido comunista como introductor de la conciencia socialista entre los trabajadores.

La primera puesta en cuestión de la clase obrera como sujeto del proceso revolucionario socialista fue obra de la socialdemocracia a partir de Bernstein. La socialdemocracia no renunció a la clase obrera, se erigió en su representante principal en los países europeos desarrollados con objeto de conquistar para ella beneficios socioeconómicos en el

marco del capitalismo, hasta que, por su propia evolución, terminó diluyendo la representación de la clase obrera junto a otras capas de la sociedad, especialmente las clases medias, al convertirse en partidos *catch-all* (atrapalotodo).

La segunda puesta en cuestión, y más directamente relacionada con las nuevas teorías sociales, fue la que llevó a cabo el estructuralismo althusseriano. Esta vez no se trataba de una discusión sobre el papel de la clase obrera, sino de una concepción diferente del proceso histórico y social en la cual las estructuras reemplazaban en importancia al sujeto.

Ya en los años 60 y 70 las nuevas teorías críticas que aparecieron, como el feminismo, el ecologismo, el pacifismo o antimilitarismo, dejaron de apelar al sujeto histórico transformador clásico del marxismo, la clase obrera, para centrarse en otros sujetos (feminismo) o dirigirse a sectores interclasistas. Esta tercera puesta en cuestión del sujeto histórico del marxismo se prolongó en las nuevas teorías críticas desde finales del siglo XX, con la particularidad de que el sujeto histórico transformador, con la excepción del feminismo, se hizo por un lado más plural y, por otro, aún más ambiguo y etéreo. El pueblo de Laclau, la multitud de Negri, los sujetos de los estudios subalternos, las minorías sexuales, los pueblos indígenas latinoamericanos, etc. poblaron las nuevas teorías en torno a objetivos que, evidentemente, no eran capaces de portar un proyecto global y alternativo al capitalismo.

Pero si estas nuevas teorías críticas, y los sujetos que proponían, proliferaron era porque el marxismo no era capaz de resolver las graves contradicciones que le agobiaban, entre ellas de manera especial la del sujeto transformador. No se puede enfrentar críticamente con mucho éxito a las nuevas teorías si no se dispone de una más sólida. Se han elaborado críticas a algunas de estas teorías desde el marxismo, como tendremos ocasión de ver, pero en última instancia siempre aparecerá como contra-crítica las contradicciones y problemas sin resolver del marxismo.

Otra característica bastante común de las nuevas teorías críticas es su deuda con la concepción del poder elaborada y extendida por Michel Foucault. Este tema ya fue discutido en una obra anterior de la que procede la siguiente síntesis. “La aportación más original de Foucault es su concepción del poder como un fenómeno difuso por toda la sociedad, presente en todas las relaciones sociales a través de micropoderes, lo que implica que «el poder de la clase dominante no se apoya sólo, ni esencialmente, en el

control de las estructuras públicas institucionalizadas (Estado), sino en su capacidad de regular los procesos de producción cultural.»³⁹⁶

Foucault diferencia el poder estatal o jurídico del disciplinario³⁹⁷. El primero está caracterizado por los siguientes rasgos, se trata de un poder ejercido desde una organización centralizada, el Estado, apoyado en «la noción jurídico política de soberanía», a partir del cual se aplica sobre todo el entorno político. Se trata de un poder de suma cero, basado en «un discurso fundamentado en derechos, obediencia y normas», que se ejerce sobre sujetos preexistentes, pasivos frente al poder del Estado. Es posible diferenciar un poder legítimo basado en normas de otro ilegítimo de carácter discrecional y arbitrario. Y tiene un carácter negativo en cuanto su ejercicio se lleva a cabo a través de «mecanismos represivos que persiguen, censuran, prohíben, excluyen, vigilan y castigan, entre otros efectos».

Frente al poder político, el poder disciplinario³⁹⁸ se caracteriza por otros rasgos diferentes, en principio se trata de «un poder transversal, descentrado y fragmentario que se ejerce en medio de innumerables relaciones flexibles y desiguales», por lo tanto, se extiende más allá del aparato del Estado para cubrir todas las relaciones sociales, lo que implica reconocer que la opresión y la dominación se extiende a través de todas estas relaciones, que por ello mismo también tienen carácter político. También es concebido como un a priori histórico, es decir, como un conjunto de reglas que regulan los discursos de verdad. Al contrario que el poder político, el poder disciplinario «es un poder ascendente, que proviene de abajo, es decir, de la micropolítica cotidiana» y se va elevando hasta alcanzar los modos de dominación de carácter general. Además, se trata de «relaciones de poder intencionales ya que comportan un proceso de cálculo que tiende a la consecución de metas y objetivos». Por último, para Foucault, la existencia de poder genera la aparición de resistencias que tienen también un carácter difuso y multifacético.

Como señala Aguiló Bonet este concepto relacional del poder³⁹⁹, que abarca el conjunto de las relaciones sociales, supone la superación de la escisión presente en la teoría

396 Noguera Fernández, Albert, *La teoría del Estado y del poder en Gramsci*, pág. 5.

397 Aguiló Bonet, Antoni Jesús, op. cit. Pág. 10.

398 Op. cit. págs.. 11.

399 Nestor Cohán señala que cuarenta años antes que Foucault, ya Gramsci había definido el poder en términos relacionales, pero no de una manera genérica como hace Foucault, sino como relaciones de fuerzas. Nestor Cohán, *Gramsci y Marx: Hegemonía y poder en la teoría marxista*, pág. 49.

<http://www.rebellion.org/izquierda/kohan170301.htm>

liberal del poder entre el ámbito de lo político y de lo privado, dotando de carácter político a los múltiples conflictos que recorren la estructura social, desde el hogar familiar hasta los centros de producción.

Esta concepción del poder por parte de Foucault ha sido objeto de diferentes críticas, como las que recoge Noguera Fernández, «La gran crítica que autores como Perry Anderson, Anthony Giddens, Alain Tourain o Jürgen Habermas, hicieron a la obra de Foucault, fue su excesiva 'ontologización' del poder. El haber absolutizado tanto la capacidad abarcadora y el efecto homogeneizador del poder que lo convertían en algo de lo que era imposible escapar (las estructuras sociales predeterminan la actividad y el pensar de los sujetos, al margen de su voluntad y sin que este pueda hacer nada. El sujeto como 'idiota cultural') y, por tanto, en su teoría no había espacio para la resistencia y la subversión.»⁴⁰⁰

También Atilio Borón se muestra crítico con Foucault en dos aspectos, el primero por la contradicción de su visión difusa del poder con los procesos de «estatalización» que se ha producido en la acumulación capitalista, el segundo porque «pese a su vocación contestataria, el panpoliticismo de Foucault remata en una concepción teórica que consagra la inmanencia y omnipotencia absoluta del poder así concebido, con independencia de las relaciones de producción y la explotación de clase.»⁴⁰¹ Coincidiendo con Sánchez Vázquez en que Foucault disuelve cualquier relación de su red de micropoderes con las relaciones de producción.”⁴⁰²

La influencia de las concepciones del poder de Foucault en las nuevas teorías críticas se hace evidente en el subgrupo de las denominadas “teorías del antipoder” como señala acertadamente Keucheyan: “Se comprueba hoy una tendencia entre numerosos teóricos críticos actuales (Holloway, Virno, Negri) a sostener que la lucha que antes adquiriría diversas formas -social, sindical, institucional, armada- debe sustituirse por el exilio, la defección, la nomadización, en suma, un conjunto de estrategias «indirectas» que apuntan más a mantener a distancia el aparato del Estado que a enfrentarlo directamente. Este cuerpo de doctrina se ha denominado comúnmente «teorías del antipoder» los pensadores que desarrollan la teoría del antipoder las presentan

400 Noguera Fernández, Albert, op. cit., pág. 5.

401 Boron, Atilio A., “Filosofía política y crítica de la sociedad burguesa: el legado teórico de Karl Marx”, en Boron, Atilio A. (comp), *La filosofía política moderna. De Hobbes a Marx*, pág. 284.

402 Sánchez Rodríguez, Jesús, *Sociedad de clases, poder político y Estado*, págs.. 30-2.

explícitamente en oposición al leninismo, considerado un fracaso a causa de la experiencia catastrófica de la Unión Soviética.”

En general, ninguna de estas teorías han servido de guía de acción para movimientos sociales o políticos concretos, los movimientos socio-políticos más cercano a estas concepciones tal vez hayan sido los Foros Sociales y, sobre todo, el levantamiento popular del año 2001 en Argentina y los movimientos que de él se derivaron, y el movimiento zapatista.

Respecto de estos dos últimos casos podemos encontrar similitudes importantes más allá de sus claras diferencias. Representan dos casos de fracasos de movimientos de protesta intensos debido al rechazo visceral a plantearse una estrategia de lucha por el poder del Estado mediante el vehículo más adecuado para este propósito, el partido político. En el caso argentino ese rechazo era el contenido de la consigna popular durante la insurrección de diciembre del año 2001, ¡qué se vayan todos!. En el caso mexicano el rechazo estaba contenido en la consigna adoptada por el subcomandante Marcos de cambiar el mundo sin tomar el poder. Sin embargo, paradójicamente, en ambos casos tanto los piqueteros -el movimiento más representativo derivado de la insurrección argentina- como los zapatistas entablaron negociaciones con el Estado, los primeros para lograr planes de ayudas a los desempleados, los segundos para cambiar la constitución a favor de los pueblos indígenas. También, en ambos caso podemos encontrar ensayos por levantar islas de autonomía al margen del funcionamiento del sistema, en el caso argentino con el movimiento de empresas recuperadas, en el caso mexicano con los municipios indígenas de Chiapas bajo control zapatista.

Muchos de los nuevos movimientos sociales que se opusieron al neoliberalismo, a finales del siglo XX, adoptaron una postura autonomista, que significaba en la práctica el rechazo a los partidos y a la actividad política entendida como la actuación orientada a alcanzar el poder del Estado. Los movimientos que persistieron en esta actitud terminaron desembocando en una actuación impotente que terminó favoreciendo el que los partidos conservadores recuperarán el control del Estado y defendiesen desde allí la estabilidad de la acumulación capitalista.

Raúl Zibechi, como teórico adscrito a la corriente autonomista⁴⁰³, que preconiza la transformación social sin necesidad de tomar el poder, señala que una de las principales

403 Zibechi, Raúl, *Autonomías y emancipaciones. América latina en movimiento*.

conquistas de los movimientos sociales es la de crear islas no capitalistas, espacios donde se construyen relaciones sociales no capitalistas. Esta posición recuerda la de los promotores del cooperativismo obrero en la primera mitad del siglo XIX. Si la crítica de esta corriente a las experiencias de la izquierda partidaria de la conquista del poder del Estado para transformar la sociedad se basa en el fracaso histórico del socialismo real o en la conversión de la socialdemocracia al social-liberalismo, entonces, con la misma razón histórica, hay que recordarles que las experiencias cooperativistas de Fourier o de Owen en el siglo XIX de fundar también islas no capitalistas para transformar la sociedad con su ejemplo no llevaron a ninguna parte.

Si hemos hecho referencia a estos casos empíricos es por documentar como en las pocas ocasiones en que estas "teorías del antipoder" han tenido alguna aplicación práctica se han saldado en experiencias fracasadas, con lo cual su capacidad de alternativa al marxismo queda devaluada de manera importante.

Kenucheyan utiliza en su obra una sugerente e imaginativa clasificación de seis categorías para ubicar y definir a los distintos intelectuales que pertenecen o pertenecieron en algún momento al campo de las teorías críticas. Estas categorías no tienen que ver con diferentes campos ideológicos sino con las actitudes personales adoptadas por los intelectuales en su evolución. Así señala que la clasificación la componen conversos, pesimistas, resistentes, innovadores, dirigentes y expertos, cuyos nombres ya expresan claramente en qué consiste cada una de ellas.

Entre los conversos abundan los que hicieron el trayecto desde la izquierda a la derecha, como Claude Lefort, los nuevos filósofos franceses o parte de los componentes de la escuela de la regulación, pero también hay algunos que hicieron ese trayecto a la inversa, pasando de posiciones moderadas a otras más críticas como Derrida o Pierre Bourdieu.

Los pesimistas son teóricos que se mantienen críticos dentro de una actitud escéptica respecto a la posibilidad de que pueda producirse un cambio social profundo, "someten al mundo social a crítica, pero no formulan posiciones ni obran como estrategas con miras a transformarlo" Entre ellos cita a Adorno, o Guy Debord, Jean Baudrillard o Perry Anderson.

El análisis de Perry Anderson resulta fundamental para el tema que trata esta obra. Primero, porque sigue siendo uno de los intelectuales marxistas más lucidos a principios del siglo XXI y, segundo, porque probablemente es el que más intensamente se ha ocupado de reflexionar sobre la situación del marxismo, con un conocimiento exhaustivo sobre el mismo y un realismo que ha hecho, como acabamos de ver, que se le catalogue dentro de la categoría de los pesimistas. Posiblemente, a su adscripción en esta categoría haya contribuido decisivamente la reorientación que dio a la revista *New Left Review* en el año 2000, con la aceptación de la derrota histórica del marxismo y la pregunta sobre cuál debería ser la posición que se debería adoptar ante esta situación. La posición adoptada por Anderson en ese momento representó el drama de muchos intelectuales marxistas, reconocer la derrota histórica sufrida por el proyecto socialista y la principal teoría que lo sustenta y rechazar, a la vez, la acomodación al orden capitalista triunfante. Este drama lo expresaba muy gráficamente Elías José Palti, “¿cómo se puede admitir a una tradición como destruida, inexistente históricamente, y aún así pretender permanecer en ella?”⁴⁰⁴ Pero esta interpretación de Palti forma parte de un ensayo interesante llevado a cabo en su libro sobre los distintos enfoques con los que se puede abordar la crisis del marxismo y que ya analizamos anteriormente.

Es evidente la diferencia que separa a estas dos categorías de intelectuales críticos, pero su punto de partida es común, la pérdida de confianza en la posibilidad de transformación social radical. Es de suponer que junto a los conversos y pesimistas habrá una tercera categoría más numerosa, la de quienes simplemente se retiran a la vida privada o centran su atención y energías intelectuales en temas alejados del pensamiento político y social. Ésta última actitud ya vimos que fue bastante común entre los marxistas occidentales en la parte última de su vida intelectual y física. En cualquier caso, todos representan un síntoma evidente de la crisis del marxismo como pensamiento transformador, y su renuncia a emplear esfuerzos en vivificarle, siendo los conversos el caso extremo en el que pasan a denunciar el marxismo como un pensamiento fracasado que es necesario abandonar, como es el caso citado del filósofo polaco Kieslowski.

Las siguientes dos categorías empleadas por Kaucheyan las considera cercanas, son los resistentes y los innovadores, estos último son resistentes que, además, han hecho

404 Palti, Elías José, *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su crisis*, pág. 27.

alguna aportación novedosa a la teoría radical. Ya la elección de la palabra resistente expresa la posición de estos intelectuales, se trata de resistir en una época de derrotas o retrocesos, es decir, de mantener los principios y posiciones críticas frente a la sociedad capitalista sin capitular al desánimo, lo que les diferenciaría de los pesimistas. Keucheyan cita a Chomsky, un viejo resistente libertario, pero sobre todo incluye en esta categoría a los autores trotskistas, entre los que cita a Alex Callinicos.

Los innovadores son resistentes, pero que añaden nuevas aportaciones a la teoría crítica. Estas nuevas aportaciones son fruto de la combinación de diferentes corrientes o tendencias anteriores y, de alguna manera, incluyen en dicha fusión al marxismo. En algunos casos se trata de integrarlo con autores no marxistas como Negri o Žižek, en otros de completarlo con los nuevos problemas originados con la evolución capitalista como los ecosocialistas o, final y simplemente, de abandonar el marxismo por otras teorías, como es el caso de Laclau.

Como ocurría con los conversos y pesimistas, ahora también tanto los resistentes como sobre todo los innovadores son una expresión de una derrota previa, “Ayer, como hoy, los defensores de una teoría vencida a menudo buscan fuera de su propia tradición los recursos que puedan hacerla evolucionar.”

Lo que, sin embargo, parece claro es que ninguna de estas innovaciones supone aportaciones en el sentido del avance hacia la superación del capitalismo. Pueden incidir en críticas a problemas nuevos o agravados en el capitalismo. Es el caso del ecosocialismo que, además, como analizamos en el capítulo dedicado a esta corriente, señala la imposibilidad de mantener la vieja propuesta marxista del desarrollo de las fuerzas productivas como elemento fundamental de una sociedad comunista. También se puede enfatizar la crítica a otros aspectos como la opresión de las minorías étnicas o de otro tipo, o el poder de los modernos medios de comunicación y su papel en el mantenimiento del consenso en las democracias burguesas. Pero siguen sin ocuparse de las cuestiones claves para el avance del movimiento socialista.

Una categoría novedosa de intelectuales críticos planteada por Keucheyan es la que denomina como “expertos” o, más exactamente “contraexpertos”. Formada especialmente por economistas o sociólogos, cuya crítica se refiere a aspectos muy concretos de la realidad, y planteada en forma de discusión científica muy formalizada y

documentada. En realidad cuando cita autores de esta categoría, señala dos biólogos y un sociólogo, Pierre Bourdieu, además de a la organización Attac.

Finalmente se refiere a la categoría de intelectuales que tiene más afinidad con los marxistas clásicos, es decir, aquellos que además de su labor intelectual ejercen funciones de dirigentes de partidos o movimientos. Los casos que puede citar en esta categoría son muy escasos y claramente diferentes de los dirigentes marxistas clásicos. Dos de ellos, Daniel Bensaïd y Alex Callinicos, por serlo de de organizaciones marginales y, además, considerarse también parte de la categoría de resistentes; el tercero, Álvaro García Linera, es el único al frente de una organización importante pero no marxista, el MAS, y vicepresidente del gobierno boliviano, al que hemos dedicado anteriormente un amplio espacio para analizarle. Los otros dos casos citados, el subcomandante Marcos y Edward Said, son introducidos en esta categoría de manera claramente forzada. Kaucheyan reconoce que estos intelectuales son, en todo caso, la excepción que confirma la regla del alejamiento entre los pensadores críticos y la actividad política cotidiana.

Este alejamiento de la actividad política y, sobre todo, la ausencia de consideraciones de tipo estratégico son rasgos característicos de la mayoría de los pensamientos críticos actuales que denotan tanto la falta de confianza en la posibilidad de cualquier avance hacia el socialismo como la perplejidad sobre cómo debería ser la propuesta de alternativa socialista tras la debacle del socialismo real.

La obra de Kaucheyan no tiene la homogeneidad de la de Anderson sobre el marxismo occidental, no existen características comunes entre los autores tratados por encima de su diversidad. En ella se repasan autores incluidos por Anderson dentro del marxismo occidental como Althusser, Gramsci o la Escuela de Frankfurt; algunos olvidados por Anderson, como Habermas; otros posteriores como Brenner, Altvater, Arrighi, Jameson o Zizek; y luego los que se sitúan claramente fuera del marxismo como Laclau o Judith Butler. Igualmente es perceptible la coincidencia en el estudio de autores situados mayoritariamente en el ámbito geográfico europeo y anglosajón.

La obra de Keucheyan es importante para el objeto del estudio que estamos tratando porque complementa las obras de síntesis anteriores para el período más reciente, ya que se ocupa de teorías que aparecieron después de 1989, es decir, tras la debacle del socialismo real. Ya no se trata como ocurrió con los autores del marxismo occidental

que escribían en una época de estabilización del capitalismo tras la tormenta revolucionaria de la segunda década del siglo XX, ahora las nuevas teorías se producen cuando, por un lado, el capitalismo domina completamente en todo el planeta y ha desaparecido del horizonte cualquier alternativa viable al mismo y, por otro lado, tampoco existen poderosas organizaciones marxistas en las que referenciarse o influir. Pero esta última era una situación por la que ya empezaron a transitar otras corrientes como los marxistas analíticos o los historiadores británicos.

Sin embargo, se echa en falta la ausencia de referencias a un importante número de autores marxistas más o menos conocidos y más o menos importantes en sus aportaciones, pero de los que no se puede prescindir para entender la evolución y las aportaciones más recientes al marxismo, como Ernest Mandel, Samir Amin, David Harvey, István Mészáros, Ellen Meiksins Wood, Goran Therborn, Daniel Bensaïd, Perry Anderson o los autores alrededor del marxismo analítico, y sin pretender ser exhaustivos con otros autores que alargarían la lista y a los que ya nos hemos referido cuando hemos hecho referencia a los mil marxismos o al marxismo latinoamericano.

El libro de Keucheyan, pues, es más amplio, no se ocupa solo de los intelectuales marxistas, sino del amplio abanico de los pensamientos críticos. Hay un primer fenómeno al que ya nos hemos referido, y es fácilmente explicable, se trata de la enorme expansión de intelectuales y teorías. Simplemente se puede apreciar esta inflación de autores comparándola con los que había en el siglo XIX. La razón, lógicamente, es el enorme crecimiento de la educación universitaria en el mundo, ya que todos los pensadores actuales no solamente tienen un título universitario, sino que su profesión mayoritaria es la docencia universitaria. Esta es una característica definitoria desde el marxismo occidental que ahora se ha multiplicado. De la misma manera que Weber señaló la tendencia a la burocratización como algo inevitable dada la creciente complejidad de la sociedad y las organizaciones modernas, igualmente la creciente complejidad del conocimiento impulsa a que el pensamiento y la teoría social sea un campo casi totalmente monopolizado por los expertos universitarios.

Pero aún hay más, Keucheyan también llama la atención sobre otro aspecto de esta tendencia que ya se observaba con los historiadores marxistas británicos o los marxistas analíticos, el creciente peso de los intelectuales críticos vinculados a las universidades anglosajonas, debido el hecho de que estas universidades han cooptado a muchos de

estos intelectuales, provenientes de diferentes partes del mundo, que realizan en ellas su carrera profesional. Así, si por un lado llama la atención sobre un significativo número de teóricos críticos originarios de zonas periféricas respecto a los países centrales del capitalismo, por otro lado señala como muchos de estos intelectuales han terminado haciendo su carrera profesional en las universidades anglosajonas, como Edward Said, Homi Bhabha, Boaventura de Sousa Santos, Achille Mbembe, etc.

La formación y profesión académica de estos intelectuales les pone en contacto con una multitud de pensamientos y teorías filosóficas o sociales alejadas de la teoría crítica más característica, el marxismo. Esta circunstancia, unida al hecho de las derrotas de los movimientos contestatarios de las décadas de 1960-70, provoca uno de los rasgos más típicos de los nuevos pensamientos críticos, la tendencia al mestizaje del marxismo y otras nuevas teorías o pensadores, algo que como también hemos analizado anteriormente no es un fenómeno nuevo.

Teniendo en cuenta todo ello, la pregunta esencial a responder sería la que ya fue formulada por Anderson, la nueva producción teórica ¿ha contribuido a superar la crisis del marxismo?

De entre todos estos nuevos pensamientos críticos tal vez merezca la pena dedicar un poco más de espacio a las aportaciones de dos autores, Toni Negri y Ernesto Laclau, que han sobresalido por el impacto mundial de sus obras, y que pueden ser clasificados como para-marxistas y post-marxistas.

Toni Negri: Multitud e Imperio

Es posible observar la ambigüedad e indefinición que permea la obra de Negri. El orden global imperial, con un centro virtual indefinido que manifiesta su poder en todas partes y simultáneamente en ninguna, atravesado paralelamente por la crisis e inestabilidad, resulta ser, por lo tanto, una concepción sumamente ambigua e inoperante.

*Globalización y política aproximaciones al Estado y el nuevo (des)orden
global*

Andrés Felipe Mora Cortés

Este subcapítulo está tomado de un libro anterior⁴⁰⁵ dónde se analizaba el debate del proletariado como sujeto revolucionario. Negri originó a principios del siglo XXI una de las polémicas más conocidas en torno al sujeto transformador. La polémica fue originada por la publicación de *Imperio* por Toni Negri y Michael Hardt, escrito en la segunda mitad de la década de 1990. La polémica tenía sus bases en tres hechos; el primero era la palpable declinación de la actividad revolucionaria del proletariado en paralelo al ascenso de las luchas de nuevos sujetos englobados ambiguamente bajo el nombre de nuevos movimientos sociales; el segundo era que uno de los autores era Toni Negri⁴⁰⁶; y el tercero era el propio contenido provocador de sus propuestas. Las tesis de Negri dejaban aún más nebulosa la estrategia para alcanzar el socialismo.

En realidad, con el fracaso del socialismo real se ha producido una inflación de obras, artículos y documentos que critican desde los más variados ángulos al capitalismo, con análisis desde muy simples a sofisticados, y que en la inmensa mayoría de las ocasiones terminan con una declaración de fe de tres líneas en que la transición al socialismo se plantea como necesaria e inminente. La propuesta de Negri es la que más polvareda levantó, pero posiblemente también sea la más estéril. Esta polémica, como veremos, sirvió para sacar a la superficie la dificultad para definir el sujeto revolucionario a principios del siglo XXI, problemática que ya hemos analizado en capítulos precedentes.

Anderson nos ofrece un resumen apretado del pensamiento de Negri y Hardt que nos puede servir de introducción a la polémica: “Hardt y Negri coinciden en que la globalización es esencialmente un proceso de emancipación, pero llegan a un veredicto diametralmente opuesto acerca del papel de las naciones en su interior. Su historia comienza antes, en el siglo XVI, cuando el espíritu liberador del Renacimiento se vio

405 Sánchez Rodríguez, Jesús, *La lucha por el socialismo, el papel del marxismo y sus crisis*, págs. 131-35.

406 Para conocer la trayectoria política e intelectual de Toni Negri se puede consultar el trabajo de Claudio Albertani, *Las trampas de Imperio. Antonio Negri y la extraña trayectoria del obrerismo italiano*.

aplastado por una contrarrevolución barroca que erigió el absolutismo como la forma originaria de la soberanía moderna. Heredada esencialmente sin modificaciones por los Estados-nación de la época industrial, la disolución de este legado, con la disolución de los Estados-nación mismos en un «Imperio» único y uniforme, marca el amanecer de una nueva era de libertad e igualdad. A este respecto, el punto de inflexión no fue el derrocamiento del comunismo en 1989 –apenas mencionado–, sino la década de 1968-1978, cuando la victoria antiimperialista en Vietnam y las revueltas de obreros, parados y estudiantes en Occidente forzaron una reconfiguración del capitalismo en su apariencia universal contemporánea. Con la llegada del Imperio universal, también las clases –como las naciones– se extinguen lentamente, a medida que el capital genera el trabajo cada vez más «inmaterial» de una única y no menos universal multitud. Terminaron los días de la liberación nacional, de la clase obrera, de las vanguardias revolucionarias.

Pero del mismo modo que el Imperio fue creado por la resistencia desde abajo, también caerá por obra de esa resistencia, a medida que redes espontáneas de oposición al mismo proliferen en toda la tierra.

De la espiral de acciones de esta multitud –manifestaciones, migraciones e insurrecciones– movidas por un común deseo biopolítico de paz y democracia, florecerá un mundo posliberal y postsocialista. Sin las mistificaciones de la soberanía o de la representación, todos gobernarán por primera vez en libertad e igualdad. Podría suceder en cualquier momento.”⁴⁰⁷

Posteriormente, Negri escribirá otra obra colectiva, donde reconocen que proceden “de la gran tradición del obrerismo revolucionario italiano, y nuestro trabajo se inserta dentro de aquello que en el debate internacional es referido con la fórmula, ciertamente insatisfactoria pero no carente de eficacia, de postobrerismo”.⁴⁰⁸

Su punto de partida es que de la misma manera que ha existido un capitalismo pre-industrial con anterioridad a la revolución industrial, puede existir un capitalismo post-industrial que ellos denominarán como “capitalismo cognitivo” o “biocapitalismo”, al que caracterizan de la siguiente manera, “esa forma que se caracteriza por su creciente entrelazamiento con la vida de los seres humanos. Anteriormente, el capitalismo

407 Anderson, Perry, *Apuntes sobre la coyuntura*, pág 31.

408 Negri, A., Mazzadra, S., Fumagalli, A., Lucarelli, S., Marazzi, C., Vercellone, C., *La gran crisis de la economía global*, pág. 13.

recurría principalmente a las funciones de transformación de las materias primas desarrolladas por las maquinarias y por los cuerpos de los trabajadores. El biocapitalismo, en cambio, produce valor extrayéndolo, no sólo del cuerpo operando como instrumento material de trabajo sino también del cuerpo comprendido en su globalidad [...] El aumento de los beneficios que ha alimentado la financiarización ha sido posible porque en el biocapitalismo el concepto mismo de acumulación de capital se ha transformado. Aquél ya no consiste, como durante la época fordista, en inversiones en capital constante y variable (salario), sino más bien en inversiones en dispositivos de producción y captación del valor producido fuera del proceso directamente productivo”. Por lo tanto, según estos autores, la crisis desencadenada en 2008 sería la primera la primera crisis del biocapitalismo.

Para el tema que estamos tratando en este apartado, lo importante es la definición del sujeto, al que denominan multitud, y de las formas de lucha que lleva a cabo contra este capitalismo cognitivo. “Unir a los precarios y los excluidos, recomponer el trabajo material e inmaterial: el primero dentro de la complejidad de sus articulaciones fabriles y metropolitanas, el segundo sobre ese mismo espacio y en la complejidad de sus articulaciones (desde los *call centers* a las universidades, de los servicios industriales a los de la comunicación, de los centros de investigación a los servicios sociales, sanitarios y educativos). Esta es la multitud que puede construir un sujeto político que ingrese activamente en el terreno de la renta dominada por las finanzas e introduzca, con la misma potencia que tuvo para los obreros de las fábricas fordistas la lucha alrededor del salario, una lucha en torno al ingreso. Esta es la dimensión sobre la cual se configura un «salario de la renta». [...] No hay lucha de clases sin un lugar dónde ésta pueda desarrollarse. Hoy, ese lugar es el territorio metropolitano. Hubo un tiempo en el que fue la fábrica; todavía hoy es la fábrica, pero decir fábrica, ahora, significa algo distinto de un tiempo atrás. La metrópolis es la fábrica actual -con sus relaciones productivas, los departamentos de investigación, los ámbitos de producción directa y los flujos de circulación/comunicación, los medios de transporte, sus separaciones y confines, las crisis de producción y de circulación, las formas diversas de empleo, etc. La metrópolis: fábrica modernísima como sólo la predominancia del trabajo cognitivo en los procesos de valorización puede determinar; y sin embargo, fábrica también antiquísima en la cual, como esclavos, inmigrantes y mujeres, precarios y excluidos, son

puestos todos por igual a trabajar y donde la explotación alcanza todos los lugares y momentos de la vida.”⁴⁰⁹

En la crítica que realiza Claudio Albertani⁴¹⁰ contra la “multitud” de Negri, señala que este término ya aparece en la obra de Negri sobre Spinoza, término utilizado por Hobbes y otros filósofos de la soberanía, y al que Negri le daría la vuelta para convertirle en el fundamento de una democracia radical, “frente a la crisis del Estado, sería el sujeto plural de un nuevo poder constituyente abierto, incluyente y postmoderno”. En su crítica, Albertani desvela que, “al final del recorrido, Negri vuelve al pecado original del obrerismo italiano: la búsqueda siempre renovada de alguna «centralidad», el fetiche del trabajo productivo, y la incapacidad de salir del horizonte de la fábrica. El resultado es un sujeto sin historia, y una forma sin contenido, última adaptación de la vieja torsión por la cual la clase obrera nunca deja de acosar al capitalismo.”

Las críticas a Negri desde las posiciones ortodoxas marxistas se hacen a la vez para rechazar su incorpórea multitud y para reivindicar el siempre central papel del proletariado, “Construyendo una lógica de un sujeto irreal («la multitud»), que no tiene correspondencia con un sujeto determinable empíricamente, disuelven la posición objetiva que ocupan en el modo de producción capitalista las distintas clases sociales subalternas, en particular la centralidad del proletariado como sujeto social de la revolución socialista. Este sujeto fantasmal que construyen, omnipresente y pura potencia, no necesita de programas, de estrategia y táctica y menos que menos de un partido revolucionario para acometer su misión histórica”.⁴¹¹

La digresión de Negri representa un caso extremo, fruto a la vez de los cambios acaecidos a nivel político, social y económico en el mundo -que obligan a replantearse muchas tesis asumidas como inamovibles durante largas décadas- y de su trayectoria personal. Pero otros autores se han planteado también analizar una realidad diferente que no puede ser explicada solamente con los viejos conceptos. El protagonismo ascendente de los nuevos movimientos sociales, en paralelo al declive del viejo movimiento obrero, es un hecho incontestable que tiene múltiples facetas. Los partidos

409 *Ibidem*, pág. 180-1.

410 Albertani, Claudio, *Las trampas de Imperio. Antonio Negri y la extraña trayectoria del obrerismo italiano*.

411 Chingo, Juan y Dunga, Gustavo, *Una polémica con "El largo siglo XX" de Giovanni Arrighi e "Imperio" de Toni Negri y Michael Hardt*, pág. 12.

y organizaciones ecologistas, pacifistas y feministas fueron una de sus primeras expresiones, también la eclosión de las ONGs, luego los movimientos indígenas en América Latina, y finalmente, redondeando todo ello, las expresiones de articulación mundial como los Foros Sociales Mundiales. Su activismo en la última década del siglo XX y la primera del siglo XXI con movilizaciones espectaculares como las de Seattle, masivas como las realizadas en todo el mundo contra la guerra de Irak, o de carácter insurreccional como las que tuvieron lugar en América Latina, han llevado a muchos autores a pensar en esta heterogénea mezcla de actores y reivindicaciones que son los nuevos movimientos sociales como el nuevo sujeto que recogía el testigo del viejo movimiento obrero en su lucha contra el capitalismo. La idea es sugerente y esperanzadora tras la asombrosa debacle del socialismo real y el despliegue mundial de la globalización y el neoliberalismo. Pero el panorama es complejo y cambiante y, frente a la certeza del declive del sujeto revolucionario clásico del marxismo, no hay señales claras de que estos movimientos tengan capacidad para superar el capitalismo, aunque puedan mantener una larga lucha en su seno.

Ernesto Laclau: Hegemonía y populismo

El corazón del argumento posmarxista de Laclau radica en la tesis de que lo político, como articulación hegemónica contingente, instituye lo social de manera originaria. Contra lo que considera como el economicismo determinista del marxismo tradicional, antes de toda “lógica social”, habría una institución política radical y contingente.

Un marxismo para los movimientos sociales o hacía una teoría crítica de la modernidad

Facundo Nahuel Martín

Como se ha señalado anteriormente, uno de los autores que mejor representa al postmarxismo, el que ha hecho una de las elaboraciones más precisas de una teoría alternativa al marxismo es Ernesto Laclau. Por ello mismo es necesario referirse a su

producción intelectual con un cierto detenimiento, pero sin entrar a analizarla en profundidad, para lo cual se puede consultar algunas de las obras contenidas en la bibliografía final.

La razón de haber dedicado un cierto espacio a la obra de Negri, en el subcapítulo anterior, radica en la publicidad que adquirieron sus obras durante un cierto tiempo y el debate que se originó en torno a ellas, aunque después ese brillo se fue apagando sin que sus tesis sirvieran ni para una alcanzar una explicación más comprensiva de los nuevos fenómenos sociales y el tiempo histórico en que estaban sucediendo, ni para fecundar la acción de algún tipo de movimiento o actor político o social. El caso de Ernesto Laclau es un poco diferente, primero porque se trata de uno de los más influyentes de los pensadores postmarxistas, cuya obra también ha levantado una amplia polémica con muchos intelectuales marxistas. En segundo lugar, porque su obra tiene el propósito claro de criticar y superar el marxismo, proponiendo un nuevo paradigma para concebir y ejercer la política, cuyo objetivo no es la superación del capitalismo. En tercer lugar, porque sus últimos trabajos alrededor del populismo ofrecen una teoría explicativa interesante sobre muchos fenómenos, tanto históricos como de la situación de los primeros años del siglo XXI, en los que el populismo ha vuelto a adquirir una fuerza importante en muchas partes del mundo. Por último, porque sus tesis han servido de orientación a algunos movimientos políticos entre los que sobresale el caso de Podemos en España, al menos en su fase inicial.

Laclau, en colaboración a veces con Chantal Mouffe, ha elaborado una obra que, partiendo del marxismo, puso primero en cuestión algunas de sus elementos nucleares, para terminar por situarse fuera de dicha teoría. Su punto de diferenciación inicial y el vehículo que le servirá para distanciarse del marxismo son las clases sociales y la hegemonía.

Laclau inicia su crítica al marxismo clásico a partir de la ambigüedad que señala en la obra de Marx entre una concepción de la historia planteada como conflicto entre las fuerzas productivas y relaciones de producción, y otra como historia de las luchas de clases. Estas dos concepciones estarían informadas por dos lógicas diferentes, la primera la de la necesidad y la segunda la de la contingencia.

Esto le lleva a separarse del determinismo económico enraizado en la concepción del modo de producción apoyándose críticamente en el estructuralismo de Althusser. La

totalidad social empieza a ser concebida a partir de diferentes niveles independientes pero relacionados de manera contingente en los que, al contrario que Althusser, ninguno de ellos juega un papel determinante de última instancia. Laclau crítica y se aleja del estructuralismo criticando las obras de Althusser y Poulantzas por su mantenimiento del papel determinante de lo económico en la explicación de la totalidad social.

Como sostiene Javier Waiman, ya en la década de 1970 Laclau “llega a la conclusión de que existe un espacio para la formación de identidades populares escindido de la determinación clasista de los sujetos. La construcción de los sujetos que explican al fascismo y al populismo no responde a identidades de clase si no a interpelaciones del «pueblo»», categoría no clasista, construido política e ideológicamente.”⁴¹²

De esta manera, Laclau va a desembocar en la afirmación de “la autonomía absoluta de lo político, como articulación y lucha por la hegemonía, cuyos efectos atraviesan la totalidad de lo social.”⁴¹³

El rechazo de cualquier papel determinista de la instancia económica va acompañado de una impugnación paralela al papel central de la clase obrera como sujeto de la transformación social, de la superación del capitalismo. Laclau rechaza la esencialización del sujeto del cambio al que concibe de manera contingente. “Al insistir en señalar el carácter contingente de los grupos sociales muestran [Laclau y Mouffe] que se adhieren a una forma de «indeterminismo» sociológico, según el cual la coherencia (relativa) de los actores se construye siempre en el curso de la acción y no a priori [...] Si no hay ninguna «esencia» que esté en la base de lo social, las entidades que evolucionan en ese ámbito son necesariamente relacionales, es decir, se construyen unas en relación con las otras o una contra las otras.”⁴¹⁴

Frente al “esencialismo” de las clases, Laclau concibe que las entidades que forman la base social son relacionales. Su concepción la describe perfectamente Keucheyan, “al comienzo está la heterogeneidad radical del mundo social, para Laclau, este se caracteriza por la pluralidad y la fragmentación de sus componentes cuyas identidades son permanentemente fluctuantes. La heterogeneidad de lo social va acrecentándose a medida que las sociedades se vuelven más complejas. Laclau designa este fenómeno

412 Waiman, Javier, *¿Qué Marx(ismo) el del postmarxismo? Sobre la presencia de Marx en la obra de Ernesto Laclau*, pág.13.

413 *Ibidem*, pág.16.

414 Keucheyan, Razmig, *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*, págs. 547-48.

empleando la expresión «lógica de la diferencia». Diversos sectores sociales, surgidos de la esfera económica (sindicatos), comunitaria (etnias) o de otro tipo, interactúan con el poder y las instituciones establecidos dirigiéndoles las demandas que les conciernen respectivamente. [...] en ese caso [cuando las demandas no son satisfechas], la lógica de la diferencias es susceptible de ser transformada en «lógica de equivalencia». Las reivindicaciones pierden su carácter particular desde el momento en que sufren el mismo rechazo por parte del poder. Porque desde entonces poseen al menos una característica común, la de haber sido rechazadas por él y esto crea entre ellas las condiciones para una alianza. El populismo está pronto para entrar en escena. Una de las condiciones del populismo es precisamente que los particularismos sectoriales se transformen en reivindicaciones de alcance más general que se inscriben en la «cadena de equivalencia» que las enlaza.”⁴¹⁵

Tras desechar la viabilidad del proyecto propuesto por el marxismo al haberse cerrado el ciclo histórico abierto con la revolución de octubre y haber sido desmentido el núcleo de sus principales tesis, el nuevo proyecto que propone Laclau se va a fundamentar en una reelaboración del concepto de hegemonía, tal como propone en su obra con Chantal Mouffe *Hegemonía y estrategia socialista*, concepto extraído de la obra de Gramsci pero con la supresión del carácter esencialista de la clase obrera que sigue presente en el pensamiento del marxista italiano, “Hegemonía pasa a definir para Laclau y Mouffe un tipo de relación entre grupos, mediante la cual se constituye una unidad mayor, principalmente mediante la ideología, unidad en la cual las características propias de cada uno de esos grupos es transformada modificando su propia identidad. La lógica social de la hegemonía da cuenta entonces de la constitución de toda sociedad. Es mediante prácticas articuladoras hegemónicas que toda identidad y todo orden social puede constituirse.”⁴¹⁶

Así, el concepto de hegemonía es recogido de Gramsci, pero dándole un contenido diferente. Efectivamente, Gramsci, a pesar del conjunto de nuevos conceptos analíticos que pone en circulación para comprender la derrota de las revoluciones en occidente después de la primera guerra mundial, se mantiene en todo momento dentro de la estructura de pensamiento marxista. Sin embargo, al rechazar el “esencialismo” de las clases sociales y renunciar a la centralidad de éstas –cuyos principales argumentos en

415 Keucheyan, Razmig, *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*, pág.550.

416 Waiman, Javier, *Más allá de los límites. Repensando la relación entre hegemonía y democracia*, pág. 3.

este sentido ya tuvimos ocasión de analizar- Laclau da al concepto de hegemonía un contenido diferente.

Esta concepción de la hegemonía por Laclau y Mouffe es la de un fenómeno inconfundiblemente moderno derivado de la revolución democrática -porque, apropiándose de las tesis de Lefort, solo en esta última aparece la noción del poder como un lugar vacío- pero también como la forma universal de la política.

La lucha hegemónica tendría como escenario una variedad de identidades políticas que se articulan con el objetivo de alcanzar una democracia radical. Pero, “el éxito de un proyecto hegemónico cualquiera depende de cuán efectivo es para construir una cadena de equivalencias entre distintas demandas, posiciones de sujeto y fuerzas que ya existen o que deben ser creadas -o, para decirlo de manera más precisa, cuyo ser se va a modificar a medida en que se articulan en una cadena de equivalencias- Laclau transfiere el estatuto ontológico de la hegemonía al populismo.”⁴¹⁷

Este desarrollo del concepto de hegemonía y su rechazo al esencialismo de las clases sociales llevaría a Laclau a desembocar en la defensa del populismo, dónde la irrupción del pueblo como sujeto político aparece a partir de la agregación equivalencial de un conjunto diverso de demandas insatisfechas congregadas por medio de algún tipo de punto nodal, que puede llegar a conformar un bloque que se enfrente al del poder, dividiendo al campo social en dos polos antagónicos. Finalmente, en la lógica populista de Laclau, “la hegemonía consiste en hablar por la comunidad a partir de unos «campos» que el antagonismo separa.”⁴¹⁸

El populismo es para Laclau “un modo de construir lo político”, una “lógica política”, y también “una de las formas de constituir la propia unidad del grupo”, que puede contener elementos opuestos, de derechas o de izquierdas, lo que hace que la tierra de nadie que existe entre uno de derechas y otro de izquierdas haya sido cruzada muchas veces, y que “según las condiciones sociales y culturales” harán que prevalezcan unos u otros. Pero esta ambigüedad del populismo y su lenguaje proviene de la propia naturaleza de lo social, según Laclau, “El lenguaje de un discurso populista —ya sea de izquierda o de derecha— siempre va a ser impreciso y fluctuante: no por alguna falla

417 Arditi, Benjamín, *Post-hegemonía: la política fuera del paradigma post-marxista habitual*, pág. 4.

418 Keucheyan, Razmig, *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*, pág.554.

cognitiva, sino porque intenta operar performativamente dentro de una realidad social que es en gran medida heterogénea y fluctuante.”⁴¹⁹

El populismo necesita tres precondiciones para surgir: “1) la formación de una frontera interna antagónica separando el «pueblo» del poder; 2) una articulación equivalencial de demandas que hace posible el surgimiento del «pueblo». Existe una tercera precondición que no surge realmente hasta que la movilización política ha alcanzado un nivel más alto: la unificación de estas diversas demandas [...] la consolidación de la cadena equivalencial mediante la construcción de una identidad popular que es cualitativamente algo más que la simple suma de los lazos equivalenciales.”⁴²⁰

La frontera política es un elemento esencial, “si esta última desaparece, el «pueblo» como actor histórico se desintegra”.

Laclau vincula su concepto de hegemonía con el de populismo. Una vez que se han construido los vínculos equivalenciales que han dado lugar a las demandas populares es necesario encontrar un denominador común que encarne la totalidad, es decir, la demanda individual que se convierte en central, ésta es la operación hegemónica, “No hay hegemonía sin la construcción de una identidad popular a partir de una pluralidad de demandas democráticas.”

Tanto por la propia concepción que Laclau atribuye al populismo, “una lógica política”, como por los numerosos y contradictorios ejemplos históricos que emplea en su libro para intentar demostrar como su teoría populista es válida como herramienta de análisis para explicar la realidad, la sensación es que se está en presencia de una herramienta de ingeniería política útil para ser empleada por actores muy diferentes y con objetivos incluso opuestos, tal como él mismo reconoce al señalar que tanto puede ser empleado por la izquierda como por la derecha, e incluso transformarse de una en otra en un momento dado. El propio Laclau lo expresa perfectamente, el populismo “es menos una familia política que una dimensión del registro discursivo y normativo adoptado por los actores políticos. Es, por lo tanto, una reserva al alcance de la mano disponible para una pluralidad de actores, de una manera más o menos sistemática.”⁴²¹

419 Laclau, Ernesto, *La razón populista*, pág. 113.

420 *Ibidem*, pág. 74.

421 *Ibidem*, pág. 165.

Laclau ha criticado y abandonado el proyecto marxista y, con ello, evidentemente, su objetivo finalista. Su propuesta de objetivos políticos basados en su dos conceptos clave de hegemonía y populismo ya no tendrá que ver con ninguna propuesta de superación del capitalismo, “plantea el problema de dos concepciones de la emancipación: una emancipación política que sería producto de la construcción política mediante la lógica de la hegemonía, mediante la extensión del discurso de igualdad y libertad democrática para formar una cadena equivalencial que dispute una nueva hegemonía; contra una emancipación universal que supone la reconciliación de una plenitud en la sociedad que supera toda particularidad y dominación. Claramente Laclau plantea la imposibilidad de esta segunda opción y apoya la construcción de una salida emancipatoria caracterizada como política que también le atribuye a Gramsci.”⁴²²

El que Laclau haya señalado como objetivo a alcanzar la democracia radical, la cual no es mencionada en ningún momento en *La razón populista*, es solo una opción política personal que no se deriva necesariamente de su teoría. Por lo tanto, puede intentar legítimamente hacer valer que su teoría política es un instrumento con mayor poder explicativo que el marxismo, pero no puede fundar en ningún elemento que su objetivo político sea mejor o más factible que el que propone el marxismo, es solo una opción subjetiva.

El planteamiento de Laclau, y todos los ejemplos en los que se apoya, muestra una característica de su análisis y la utilidad de su herramienta política, se trata siempre de procesos nacionales donde los factores internacionales no son tenidos en cuenta para nada.

Las propuestas de Laclau y Mouffe han sido objeto de distintas críticas intentando demostrar que suponen un retroceso respecto al proyecto emancipador que representa el marxismo: “tanto la propuesta de una democracia agonística y plural, como la de un populismo democrático (propuestas cuyo desarrollo es profundizado por Mouffe y Laclau respectivamente en trabajos posteriores a *Hegemonía y estrategia socialista*); suponen como estrategia la extensión de unos principios políticos, los de la revolución democrática, que implican necesariamente el mantenimiento de las relaciones de clase. Por más de insistir en algunos pasajes en la necesidad de que esta política democrática radical reformule y cambie las relaciones de poder existentes, y dentro de ellas las

422 Waiman, Javier, *Más allá de los límites. Repensando la relación entre hegemonía y democracia*, pág. 17.

capitalistas, cuando estas propuestas toman forma concreta, sólo se limitan a una mera regulación de la relación capital-trabajo, de medidas distributivas que aseguren más igualdad mientras se mantiene la dominación de la clase trabajadora por el capital.”⁴²³

Sin embargo, también hay quienes reconocen que no ha existido una respuesta adecuada desde el marxismo al desafío que representa el postmarxismo, y más en concreto la obra de Laclau. Esta es la posición de Roggerone, quién comienza señalando que mientras que el desafío planteado por la postmodernidad o el postestructuralismo si recibieron una respuesta adecuada desde el marxismo a través de obras como las de Perry Anderson o Fredric Jameson, sin embargo esa respuesta ha sido insuficiente ante el reto del postmarxismo. Se han vertido muchas descalificaciones sobre Laclau y Mouffe pero, “lo cierto es que, a la fecha, desde el campo del marxismo no se ha logrado repeler satisfactoriamente los embates lanzados por Laclau et al. Puede decirse que en términos generales no se ofrecieron grandes respuestas y que cuando se intentó brindarlas las mismas fueron inconsistentes.” Considera este autor que las respuestas ensayadas por Norman Geras o Ellen Meikins Wood, aunque lúcidas, no llegan a vertebrar una verdadera defensa del marxismo. Y lo que para Roggerone es más sintomático es que “un intelectual de la talla de Anderson, inefable polemista que en *Tras las huellas del materialismo histórico* no titubeó a la hora de arremeter contra el estructuralismo y el postestructuralismo, nunca desarrollara una crítica del postmarxismo- no deja de ser llamativo, asimismo, que Anderson jamás recogiera el guante y replicara a la imputación de su lectura de Gramsci realizada en *Hegemonía y estrategia socialista*.”⁴²⁴

En realidad, la puntualización sobre Anderson no es del todo cierta. En enero de 2017 aprovechó un artículo publicado en NLR sobre los herederos de Gramsci⁴²⁵, para realizar una crítica al postmarxismo de Laclau, aunque es verdad que se trató de una crítica breve y superficial, como si Anderson considerase que el populismo de Laclau no fuese un rival teórico merecedor de gastar más tiempo en refutarle. Hemos visto en el capítulo dedicado a la crisis del marxismo que Kouvelakis llegaba a conclusiones similares sobre Laclau partiendo de un planteamiento bastante diferente.

Laclau falleció en abril de 2014 y aún es temprano para concluir si con su desaparición física también se acabó la influencia de su obra, y con ello tendrían razón tanto

423 Waiman, Javier, *Más allá de los límites. Repensando la relación entre hegemonía y democracia*, pág. 17.

424 Roggerone, Santiago M., *El marxismo desafiado. Apuntes para una investigación*, pág. 27.

425 Anderson, Perry, “Los herederos de Gramsci”, *NLR*, N° 100, Julio-agosto 2016, págs. 89-93.



Anderson como Kouvelakis en concederle una atención escasa por la poca influencia de sus teorías, o si éstas fecundarán algún tipo de escuela o tendencia intelectual que desarrolle en el futuro sus líneas de pensamiento.

BIBLIOGRAFÍA

A. Díaz Vázquez, Julio, *Actualizar el modelo económico en Cuba ¿Patrón chino o vietnamita?*, <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=152391>

Acha Omar, D'Antonio Débora, *Cartografía y perspectivas del “marxismo latinoamericano”*, https://projects.ncsu.edu/project/acontracorriente/winter_10/articles/Acha_DAntonio.pdf

Aguiló Bonet, Antoni Jesús, *El concepto de “poder” en la teoría política contrahegemónica de Boaventura de Sousa Santos. Una aproximación analítico-crítica*, *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas* | 24 (2009.4)

Albertani, Claudio, *Las trampas de Imperio. Antonio Negri y la extraña trayectoria del obrerismo italiano*.

Allende, Salvador, *La "vía chilena al socialismo". Discurso ante el Congreso de la República 21 de mayo de 1971*

Althusser, Louis, *Dos o tres palabras (brutales) sobre Marx y Lenin*, <https://www.marxists.org/espanol/althusser/1977/palabras.htm>

El problema del Estado, *El Viejo Topo*, nº 20, mayo 1978, págs. 4-7

La revolución teórica de Marx, Siglo XXI Editores, México, 1967

Para una crítica de la práctica teórica, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1974

Althusser, Louis, y Balibar, Étienne, *Para leer El Capital*, Siglo XXI Editores, 2004

Altvater, Imar, *¿Existe un marxismo ecológico?* <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/formacion-virtual/20100720072323/16Altvater.pdf>

Amin, Samir, “Las derivas de la modernidad. El caso de África y del mundo árabe”, en Atilio A. Borón y Gladys Lechini [compiladores] *Política y movimientos sociales en un mundo hegemónico*. CLACSO, Buenos Aires, 2006

Anderson, Perry, “Apuntes sobre la coyuntura”, N° 48 (enero-febrero 2008) de *New Left Review* en castellano, <http://newleftreview.es/48>

Los herederos de Gramsci, NLR, N° 100, Julio-agosto 2016, <http://newleftreview.es/100>

Consideraciones sobre el marxismo occidental, Siglo XXI Editores, México, 1987

¿Existe una crisis del marxismo? Conferencia en la UAP, México, en noviembre de 1980, <https://nomelleveselapunte.files.wordpress.com/2010/04/anderson-perry-c2bfxiste-una-crisis-del-marxismoc2bf-dialectica-nc2ba9-1980.pdf>

Renovaciones, N° 2 (mayo-junio 2000) de *New Left Review* en castellano, <http://newleftreview.es/2>

Tras las huellas del materialismo histórico, Siglo XXI Editores, Madrid, 1986

Aricó, José, *Marx y América Latina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2009

Arnoletto, E.J.: (2007) *Curso de Teoría Política*, Edición electrónica gratuita. Texto completo en www.eumed.net/libros/2007b/300/

Arditi, Benjamín, *Post-hegemonía: la política fuera del paradigma post-marxista habitual*, en Cairo Heriberto y Franzé Javier, *Política y cultura*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2010, págs. 159-193

Balibar, Étienne, *Cinq études du matérialisme historique*, François Maspero, Paris, 1974

Berásteguí, Rafael, *La Cuba de Fidel: algunas claves de interpretación*. Estudios Públicos, 52 (Primavera 1993). www.cepchile.cl/dms/archivo_1249_1353/rev52_berastegui.pdf.

Bettelheim, Charles, *La transición a la economía socialista*, Fontanella, 1974

Bidet, Jacques Bidet and Kouvelakis, Stathis (ed), *Critical Companion to Contemporary Marxism*, Leiden, Boston, 2008

Bitar, Sergio, *Transición, socialismo y democracia. La experiencia chilena*, Siglo XXI Editores, México, 1979

Bobbio, Norberto, *Ni con Marx, ni contra Marx*, FCE, México, 1999

Bobbio, Cerroni, Vacca, Gerratana, Ochetto, *¿Existe una teoría marxista del Estado?*, Universidad Autónoma de Puebla, México, 1978

Bolívar Botia, Antonio, *El estructuralismo: de Lévi-Strauss a Derrida*, Ediciones Pedagógicas, Madrid, 2001

Bonnet, Alberto, John Holloway, Sergio Tischler y Werner Bonfeld, comps. (2005 y 2007). *Marxismo abierto. Una visión europea y latinoamericana*. 2 vols. Buenos Aires: Herramienta.

Borón, Atilio, (coord.), *Teoría y filosofía política, la tradición clásica y las nuevas fronteras*, <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20100613041700/teoriayfilo1.pdf>

Borón, Atilio A., Sabrina González, Javier Amadeo, compiladores, *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/formacion-virtual/20100720062844/boron.pdf>

Borón, Atilio A., *La filosofía política moderna. De Hobbes a Marx*, en <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/secret/filopolmpt/filopolmpt.pdf>

Borrego, Orlando, *Che, el camino del fuego*, Imagen Contemporánea, La Habana, 2001

Bujarín, Nikolai, *Teoría económica del período de transición*, Pasado y Presente, 1972

Bujarín, Nikolai, y Preobrazhensky, Eugeni, *Abc del comunismo*, Ed.Fontamara, Barcelona, 1977

Burawoy, Michael, *El marxismo como ciencia: desafíos históricos y desarrollo teórico*, American Sociological Review, Vol. 55, n° 6, (dic. 1990)

Bustamante Olgún, Fabián Gaspar, *La historia social desde abajo y su búsqueda de una tradición radical inglesa*, <http://hablemosdehistoria.com/la-historia-social-desde-abajo-y-su-busqueda-de-una-tradicion-radical-inglesa-la-labor-de-la-escuela-marxista-britanica/>

Callinicos, Alex, *Contra el postmodernismo*, Ed. Razón y Revolución, Buenos Aires, 2011

El marxismo de Althusser, Premia Editora, México, 1978

Cancino Troncoso, Hugo, *Chile: La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo. 1970-1973*, Aarhus University Press, 1988

Carrasco, Antonio, *Orígenes de la historiografía marxista*, <https://blogs.ua.es/tendenciashistoriograficas/la-historiografia-marxista/>

Castells, Enrique y Bermudo, J.M., *Temática del marxismo, Tres Tomos*, Ed. Cinc D'oros, Barcelona, 1979

"Che" Guevara, Ernesto, *Obras completas*, Legasa, Buenos Aires, 1966

Chingo, Juan y Dunga, Gustavo, *Una polémica con "El largo siglo XX" de Giovanni Arrighi e "Imperio" de Toni Negri y Michael Hardt*, Estrategia Internacional 17 (revista teórica del PTS - Argentina) 2001, <http://www.uruguaypiensa.org.uy/imgnoticias/769.pdf>

Claudín, Fernando, *La crisis del movimiento comunista*, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1977

Cohan, Néstor, *Ni calco ni copia. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, <https://drive.google.com/file/d/0B-bbKYevHI7pSDBHTWdLV0JoVUk/view>

Gramsci y Marx: Hegemonía y poder en la teoría marxista, <http://www.rebelion.org/izquierda/kohan170301.htm>

Cohen, Gerald A., *La teoría de la historia de Karl Marx*, Siglo XXI, Madrid, 1986

Cole, G.D.H., *Historia del pensamiento socialista*, FCE, México, 1975

Colletti, Lucio, *El problema de la dialéctica*, El Viejo Topo, nº 20, mayo 1978, págs. 8-13

Concha Malo, Miguel, "La teología de la liberación", en *La teoría social latinoamericana. Tomo III. La centralidad del marxismo*, Mauro Marini, Ruy y Mallán, Márgara (coordinadores), Ediciones El caballito, México, 1995

Concheiro Bohórquez Elvira, Modonesi Massimo y Crespo Horacio, coord. *El comunismo: otras miradas desde América Latina*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Cortés, Martín, *Contactos y diferencias: la "crisis del marxismo" en América Latina y en Europa*, Cuadernos Americanos: Nueva Época, Vol. 2, N°. 148, 2014, págs. 139-163

Cueva, Agustín, “El marxismo latinoamericano: historia y problemas actuales”, en A. Cueva, *Entre la ira y la esperanza y otros ensayos de crítica latinoamericana*, CLACSO y Siglo del Hombre Editores, Bogotá, 2008

Del Maso, Juan, *Louis Althusser... ¿ganó la guerra? El Estructuralismo y la miseria de la razón*, <http://www.multisignos.info.ve/2015/10/louis-althusser-gano-la-guerra-el.html>

De Blas Ortega, Jesús, *La formación del "mecanismo económico estalinista" (m.e.e.) en la antigua URSS y su imposición en la Europa del Este. El caso de Hungría*, Tesis doctoral, Universidad Complutense, Madrid, 2002, <http://eprints.ucm.es/3465/1/T19814.pdf>

Deutscher, Isaac, *El maoísmo: orígenes y perspectivas*, Marxists Internet Archive, enero de 2012, <https://www.marxists.org/espanol/deutscher/1964/maoismo.htm>

Devine, Pat, *Democracia y planificación económica*, Síntesis de Marta Harnecker y Camila Piñeiro, <http://www.rebellion.org/docs/97087.pdf>

Díaz, Ariane, *Dialéctica e historia. El marxismo de Walter Benjamín*, <http://www.ips.org.ar/wp-content/uploads/2011/03/Dial%C3%A9ctica-e-historia.-El-marxismo-de-Walter-Benjamin.pdf>

Díaz Salazar, Rafael, “Gramsci, el internacionalismo y la izquierda europea”, en Trías Vejarano, Juan (coord.), *Gramsci y la izquierda europea*, FIM, Madrid, 1992

Dos Santos Nogueira, Camilla, *La situación actual de la teoría marxista de la dependencia: un estudio de los debates contemporáneos en torno a las nuevas formas de dependencia*. Tesis para optar por el título de Magíster en Estudios Latinoamericanos Facultad de Humanidades Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, 2012

Eagleton, Terry, *¿Porqué Marx tenía razón?*, Península, Barcelona, 2011

Elson, Diane, *Socialismo de mercado o socialización del mercado (2)*, www.red-vertice.com/fep

Erice, Francisco, *¿Qué es el marxismo?. Materiales para el debate*. Curso Marxismo: pasado y presente, <http://www.wenceslaoroces.org/formacionpca/>

Estrella González, Alejandro, *El debate en la historiografía marxista anglosajona en torno al concepto y análisis de clase*, <https://paisportatil.wordpress.com/2010/10/30/el-debate-en-la-historiografia-marxista-anglosajona-en-torno-al-concepto-y-analisis-de-clase/>

Expósito, Julia, *La crisis del marxismo en una perspectiva latinoamericana*, <http://www.redalyc.org/html/3601/360141337005/>

Fages, J.B., *Introducción a las diferentes interpretaciones del marxismo*, Oikos-tau ediciones, Barcelona, 1976

Fair, Hernán, *El debate político entre los enfoques marxistas, postmarxistas y postmodernos*, <http://www.redalyc.org/pdf/844/84418400016.pdf>

Fanjul, Enrique, *Revolución en la revolución. China, del maoísmo a la era de las reformas*, Alianza Editorial, Madrid, 1994

Fernández Buey, Francisco, *Historia de la ciencia*, <http://www.upf.es/iuc/buey/ciencia>

Marxismos: continuidad y discontinuidad en el cambio de siglo, Revista Pasajes 16, Invierno 2005

Fetscher, Iring, *El marxismo. Su historia en documentos. II. Economía*, Zero Ediciones, Madrid, 1973

El marxismo. Su historia en documentos. III. Sociología, política, Zero Ediciones, Madrid, 1973

Figuroa Albelo, V.M. y otros (2006) *La Economía Política de la Construcción del Socialismo* Edición electrónica. Texto completo en www.eumed.net/libros/2006b/vmfafa/

Fontana, Josep, *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Ediciones de Pasado y Presente, Barcelona, 2011

Fornet Betancourt, Raúl, *Transformación del marxismo: historia del marxismo en América Latina*, Plaza y Valdés Editores, México, 2001

Franco, Carlos (1986) “Del marxismo eurocéntrico al marxismo latinoamericano”, en Labastida, Julio (Comp.) *Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea*. México, Siglo XXI

Gaggero, Alejandro, *Instrumentalismo, hegemonía y autonomía relativa: el marxismo y el análisis de la relación entre el Estado y la burguesía*, Buenos Aires, Jornada; II Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Gino Germani, 2005

Garcés, Joan E., *El Estado y los problemas tácticos del gobierno de Allende*, Siglo XXI Editores, México, 1974.

Chile. *El camino político hacia el socialismo*, Ariel, Barcelona.

Allende y la experiencia chilena, Ariel, Barcelona, 1976

García Linera, Álvaro, *El “capitalismo andino-amazónico”*, Le Monde Diplomatique, <https://www.lemondediplomatique.cl/El-capitalismo-andino-amazonico.html>

Stefanoni, Pablo (Antología y presentación), *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*, Siglo XXI editores, Buenos aires, CLACSO, 2015

García, Marcos Jesús, *Teorías marxistas de las clases sociales*, Trabajo de Tesina, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Gargarella, Roberto, *Marxismo analítico, el marxismo claro*, https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/10500/1/doxa17-18_09.pdf

Gauzenec, Georges, *La Yougoslavie autogestionnaire. Bilan critique de une époque prestigieuse*. Editions Créer, Francia, 1991

Geras, Norman. “*Post-Marxism?*”. New Left Review. Mayo-Junio de 1987: 3-27

“*Ex-Marxism without Substance: being a real reply to Laclau and Mouffe*”. New Left Review. Mayo-Junio de 1988: 34-61

Gómez Bravo, Gutmaro, *La historia social británica: memoria de una contribución colectiva*, <http://revistas.ucm.es/index.php/HICS/article/view/HICS0303110119A>

Gouldner, Alvin, *Los dos marxismos*, Alianza Editorial, Madrid, 1983

Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel, Seis Tomos*, Era, México, 1984

El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1971

Guadarrama González, Pablo, “Bosquejo histórico del marxismo en América Latina”, en Guadarrama González, Pablo (coord.), *Despojado de todo fetiche. Autenticidad del pensamiento marxista en América Latina*, Universidad INCCA, Bogotá, 1999

Marxismo y antimarxismo en América Latina. La Habana: Editora Política/México, El Caballito, 1994.

Guerrero Jiménez, Diego, *El pensamiento económico neomarxista*, Nuevas Corrientes de Pensamiento Económico, Marzo-Abril 2012. N.º 865

Un Marx imposible: el marxismo sin teoría laboral del valor, <http://eprints.sim.ucm.es/6621/1/9617.pdf>

Harnecker, Marta, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Siglo XXI, México, 1985

La izquierda en el umbral del siglo XXI, Siglo XXI, Madrid, 1999

Hobsbawm, Eric J., *El marxismo hoy: un balance abierto*, Cuadernos Políticos, número 36, ediciones era, México, D.F., abril-junio 1983, pp.4-30.

Marxismo e historia social, Instituto de ciencias de la Universidad Autónoma de Puebla, México, 1983

Hobsbawm, Eric J.; Haupt, Georg; Marek, Franz; Regioneri, Ernesto; Strada Vittorio; Vivanti Corrado, *Storia del marxismo*, Turín, Einaudi, 1978-82, 5 volúmenes

Inda, Graciela y Duek, Celia, *¿Desembarazarse de Marx? Avatares del concepto de clases sociales*, Conflicto Social, Año 2, N° 1, Junio 2009

“El día que los intelectuales decretaron la muerte de las clases. Un diagnóstico del momento actual”, *Revista Confluencia*, año 1, número 1, invierno 2003, Mendoza, Argentina

J. Kaye, Harvey, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1989

Jacoby, Russell, *Dialectic of defeat. Contours of western marxism*, Cambridge University Press, 1981

Jameson, Fredric, *El marxismo realmente existente*, Casa de las Américas, No. 211, abril-junio de 1998

Jay, Martin, *Marxism and totality. The adventures of a concept from Lukács to Habermas*, University of California Press, 1986

Jessop, Robert, *El futuro del Estado capitalista*, Los libros de la catarata, Madrid, 2008

Jessop, Bob, *Nicos Poulantzas. Marxist Theory and Political Strategy*, McMillan, 1985

Katz, Claudio, *El surgimiento de las teorías de dependencia*, Rebelión, 26/07/2016, <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=214869>

Estrategias socialistas en América Latina, https://www.lahaine.org/mundo.php/estrategias_socialistas_en_america_latina

La actualidad de la teoría objetiva del valor, http://laberinto.uma.es/index.php?option=com_content&view=article&id=139:-la-actualidad-de-la-teoria-objetiva-del-valor&catid=43:lab9&Itemid=54

Problemas teóricos del socialismo, Laberinto nº 25 / 3er cuatrimestre de 2007, http://laberinto.uma.es/index.php?option=com_content&view=article&id=139:-la-actualidad-de-la-teoria-objetiva-del-valor&catid=43:lab9&Itemid=54

Keucheyan, Razmig, *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*, Siglo XXI, Madrid, 2013

Kohan, Nestor, *Desafíos actuales de la teoría crítica frente al postmodernismo*, https://www.lahaine.org/mundo.php/desafios_actuales_de_la_teoria_critica_f

Marx en su (tercer) mundo, Biblos, Buenos Aires, 1998

Ni calco ni copia. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano, https://www.lahaine.org/mundo.php/libro_ni_calco_ni_copia_ensayos_sobre_el

Kolakowski, Leszek, *Las principales corrientes del marxismo. I Los fundadores*, Alianza Universidad, Madrid, 1980

Las principales corrientes del marxismo. II La crisis, Alianza Universidad, Madrid, 1983

Las principales corrientes del marxismo. III La edad de oro, Alianza Universidad, Madrid, 1982

Korsck, Karl, *Marxismo y filosofía*, Ed. Era, México, 1971

Karl Marx, Ariel, Barcelona, 1975

Kouvelakis, Stathis, *Las crisis del marxismo y la transformación del capitalismo*, Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo, N°. 29, 2009, págs. 41-49

Planète Marx : sur la situation actuelle du marxisme, Quadrige / PUF, <https://npa2009.org/content/plan%C3%A8te-marx-sur-la-situation-actuelle-du-marxisme-contretempseu>

Labica, George, *La apuesta perdida. Ensayo sobre la crisis del marxismo real*, Revista internacional de filosofía política, Año 1993, Número 1, págs. 40-52, http://e-spacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:filopoli-1993-1-7A107557-A744-F1CE-114E-37EAEFCDD189&dsID=apuesta_perdida.pdf

Labica, George et Bensussan, Gérard (coord.), *Dictionnaire critique du marxisme*, Quadrige/PUF, París, 1999

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1987

Laclau, Ernesto, *La razón populista*, Fondo de cultura económica, México, 2006

Lander, Edgardo, *Contribución a la crítica del marxismo realmente existente: verdad, ciencia y tecnología*, Ed. El perro y la rana, Caracas, 2008

“Marxismo, eurocentrismo y colonialismo”, en Boron, Atilio A.; Amadeo, Javier; González, Sabrina, compiladores, *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/campus/marxis/P1C5Lander.pdf>

Lenin, V.I., *El Estado y la revolución*, Fundación Federico Engels, Madrid, 1997

Obras escogidas, Doce Tomos, Progreso, Moscú, 1973

Lora Fuentes, Miguel, *Álvaro García Linera: “El capitalismo andino es un paso intermedio para imaginar el socialismo”*, entrevista a Álvaro García Linera, <http://www.bolpress.net/art.php?Cod=2005003649>

Löwy, Michael, *¿Qué es el ecosocialismo?*, <http://www.democraciasocialista.org/?p=1526>

El marxismo en América Latina, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2007

El marxismo romántico de José Carlos Mariátegui, http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/mariategui_jc/s/mariategui_s0012.pdf

El pensamiento del Che Guevara, en Cuadernillo N°4 – Colectivo Amauta – Cátedra Che Guevara

Luxemburgo, Rosa, *Obras escogidas*, <http://aristobulo.psuv.org.ve/wp-content/uploads/2008/10/rosa-luxemburgo-obras-escogidas.pdf>

Lvovich, Daniel, *De la determinación a la imaginación: las teorías marxistas del nacionalismo. Una interpretación*, Tesis para aspirara al máster de en ciencias sociales, Flacso, Buenos Aires, 1997, <https://creandopueblo.files.wordpress.com/2011/09/tesisdedaniellvovich-marxismoynacionalismo.pdf>

Machado Hernández, Mcs Teresa, *La polémica en torno a la ley del valor y su manifestación en el pensamiento marxista cubano*, IV Conferencia Internacional "La obra de Carlos Marx y los desafíos del siglo XXI"

Magri, Lucio, *El sastre de Ulm. El comunismo del siglo XX: hechos y reflexiones*, CLACSO, Buenos Aires, 2011

Maignashca, Juan, *Historia marxista latinoamericana: nacimiento, caída y resurrección*, Procesos, Revista ecuatoriana de historia, II semestre 2013, Quito

Malia, Martín, *El final del noble sueño. Cómo el «marxismo occidental» tergiversó al verdadero Marx*, Revista de libros, nº 21, septiembre 1998

Mandel, Ernest, "El debate económico en Cuba durante el periodo 1963-1964", en *El gran debate sobre la economía en Cuba, 1963-1964* / Ernesto Che Guevara [et al.] – 2. ed. – La Habana: Ed. de Ciencias Sociales, 2004

La economía en el período de transición,
<https://www.ernestmandel.org/es/escritos/pdf/periodo-de-transicion.pdf>

La teoría leninista de la organización, Era, México, 1974

Plan ou marché: la troisième voie,
http://www.ernestmandel.org/fr/ecrits/txt/1991/plan_ou_marche.htm

Tratado de economía marxista III, Serie Popular Era, México, 1980

Mandel, Ernest y Agnoli, Johannes, *Marxismo abierto*, Crítica, Barcelona, 1982

Mao Tsetung, *Obras escogidas, Cinco Tomos*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1972

Mariátegui, José Carlos, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, 2007

Mariátegui: Política revolucionaria Contribución a la crítica socialista, Cinco Tomos, Ed. El perro y la rana, Caracas, 2010

Martín Fernández, Sergio, *El análisis marxista de las crisis económicas, un estado de la cuestión: La ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia y la nueva*

interpretación temporal, Trabajo de investigación del máster de historia económica (UB-UAB-UZ), <http://diposit.ub.edu/dspace/handle/2445/60674>

Martins, Carlos Eduardo, *Theotonio dos Santos: introducción a la vida y obra de un intelectual planetario*, www.biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/unesco/titulos.rtf

Marx, Carlos, Engels, Federico, *Obras escogidas, Tres tomos*, Ed. Progreso, Moscú, 1981

Massardo, Jaime, *Investigaciones sobre la historia del marxismo en América Latina*, Bravo y Allende Editores, Santiago de Chile, 2001

Gramsci en Chile. Apuntes para el estudio de una experiencia de difusión cultural, Comunicación a la IV Conferencia Internacional de Estudios gramscianos «Gramsci a setenta años de la muerte», organizada por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, la Fondazione Istituto Gramsci, La International Gramsci Society, a desarrollarse los días 29 y 30 de noviembre y sábado 1º de diciembre del 2007

Massari, Roberto, *Che Guevara. Pensamiento y política de la utopía*, Ed. Txalaparta, Tafalla, 2004

Mateo Tomé, Juan Pablo, *La crisis económica mundial y la acumulación de capital, las finanzas y la distribución del ingreso*. Debates en la economía marxista, Revista de Economía Crítica, nº15, primer semestre 2013

Mattick, Paul, *Crisis y teoría de la crisis*, Ed. Península, Barcelona, 1977

Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta, Ed. Era, México, 1975

Mauro Marini, Ruy y Millán, Mária (compiladores), *La teoría social latinoamericana. Tomo III. La centralidad del marxismo*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1995

Meiksins Wood, Ellen, *¿Una política sin clases? El post-marxismo y su legado*, Ediciones Razón y Revolución, Buenos Aires, 2013

Meisner, Maurice, *La China de Mao y después: Una historia de la República Popular*, Ed. Comunicarte, Córdoba, 2007

Marxismo, maoísmo, y la revolución china: un comentario sobre el papel de las ideas en la historia, <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-37/marxismo-maoismo-y-la-revolucion-china-un-comentario-sobre-el-papel-de-las->

Mészáros, István, *Más allá del capital. Hacia una teoría de la transición*, Dos Tomos, Pasado y Presente XXI, Caracas, 2001

Modonesi Massimo, *De la autonomía a la hegemonía*, https://www.ncsu.edu/acontracorriente/spring_10/reviews/Modonesi_rev.pdf

Molyneux, John, *¿Cuál es la tradición marxista?*, <http://enlluita.org/fullet/cul-es-la-tradicin-marxista/>

Muntaner Marqués, Miguel, *La responsabilidad de Mao en la revolución cultural*, 2017, <https://repositori.upf.edu/handle/10230/32764>

Negri, A., Mazzadra, S., Fumagalli, A., Lucarelli, S., Marazzi, C., Vercellone, C., *La gran crisis de la economía global*, Traficantes de sueños, 2009

Negri, Toni y Hard, Michael, *Imperio*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2009

Multitud, Debolsillo, Barcelona, 2005

Noguera Fernández, Albert, *La teoría del Estado y del poder en Antonio Gramsci: Claves para descifrar la dicotomía dominación-liberación*, Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas 29 (2011.1)

Nove, Alec, *An economic history of the USSR. 1917-1991*, Penguin economics, 1993

La economía del socialismo factible, Siglo XXI Editores, Madrid, 1987

Ordoñez, Sergio, *Cambio histórico mundial contemporáneo y pensamiento social. Transformación del capitalismo: la revancha de Gramsci*, Iztapalapa 40, julio-diciembre de 1996, pp. 207-230

Palti, Elías José, *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su "crisis"*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2010

Paramio, Ludolfo, *Tras el diluvio: un ensayo de postmarxismo*, Leviatán: Revista de hechos e ideas, N° 29-30, 1987, págs. 63-89

Petrucelli, Ariel, *Los marxismos del siglo XXI*, <http://www.herramienta.com.ar/coloquios-y-seminarios/los-marxismos-del-siglo-xxi>

Postone, Moishe, “Rethinking Marx (in a Post-Marxist world)”, en Camic, Charles (Ed.), *Reclaiming the Sociological Classics*, Mass Blacwell Publishers, Cambridge, 1988

Poulantzas, Nicos, *Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI Editores, México, 1979

Hegemonía y dominación en el Estado moderno, Cuadernos de Pasado y Presente, Buenos Aires, 1973

Preobrazhensky, Eugeni, *La nueva economía*, Ariel, Barcelona, 1970

Puyó, Julián Santiago, *Revisitando el debate económico cubano de los años 60. La contribución del Che Guevara a la teoría de la transición*, XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza. <https://www.aacademica.org/000-010/259>

Ramírez, Roberto, *Cuba frente a una encrucijada*, http://www.socialismo-o-barbarie.org/revista_22/081228_cuba_sobrev22_069.pdf

Ramos Carrasco, Daniel, *Crisis del periodo especial y el debate actual sobre el rumbo del socialismo en Cuba*. Tesis de Maestría Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México.

Ratto, Emmanuel, *Revalorización del debate económico en torno a una sociedad de transición*, Universidad Nacional de General Sarmiento, III Jornadas de Economía Política, 2009

Rendueles, César, *A contratiempo. Epistemología, historiografía y marxismo*, <http://biblioteca.salamandra.edu.co/libros/Rendueles,%20Cesar%20-%20A%20contratiempo.pdf>

Roggerone, Santiago M., *El marxismo desafiado. Apuntes para una investigación*, Revista Izquierdas, núm. 18, abril, 2014, pp. 146-181, Universidad de Santiago de Chile.

Roggerone, Santiago M., *Realismo intransigente y lenta impaciencia. Perry Anderson, Daniel Bensaïd y el recomienzo del marxismo*, [http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/CS/article/view/1462](http://publicaciones sociales.uba.ar/index.php/CS/article/view/1462)

Rousset, Pierre, *Un balance crítico del maoísmo en la revolución*, https://www.vientosur.info/IMG/pdf/China_Maoismo.pdf

Rousset, Pierre, *Revolución y contrarrevoluciones en la República Popular de China*, <http://www.herramienta.com.ar/herramienta-web-7/revolucion-y-contrarrevoluciones-en-la-republica-popular-de-china>

Ruiz Cruz, Antonio M., “Modelos de desarrollo y alternativa socialista en China”, en Figueroa Albelo, V.M. y otros (2006) *La Economía Política de la Construcción del Socialismo*, Edición electrónica, Texto completo en www.eumed.net/libros/2006b/vmfa/

Sacristán, Manuel, *El trabajo científico de Marx y su noción de ciencia*, *Mientras Tanto*, No. 2 (enero - febrero 1980), pp. 61-96

Samary, Catherine, *Repenser et reformuler les débats sur le socialisme*, <http://hussonet.free.fr/samand.pdf>

El mercado contra la autogestión. La experiencia yugoslava, La breche, Paris, 2000

Sánchez Rodríguez, Jesús, *La lucha por el socialismo, el papel del marxismo y su crisis*, <https://miradacrtica.blogspot.fr/2011/11/la-lucha-por-el-socialismo-el-papel-del.html>

Reflexiones sobre la revolución chilena, <https://miradacrtica.blogspot.fr/2009/07/reflexiones-sobre-la-revolucion-chilena.html>

Sociedad de clases, poder político y Estado, <https://miradacrtica.blogspot.fr/2016/11/sociedad-de-clases-poder-politico-y.html>

Sánchez-Vázquez, Adolfo, *Ciencia y revolución*, Grijalbo, México, 1983

Cuestiones marxistas disputadas, entrevista de V. Mikecin, *Mientras Tanto*, No. 24 (Septiembre 1985), pp. 81-105

De Marx al marxismo en América Latina, Itaca, México, 1999

Filosofía de la praxis, Grijalbo, México, 1980

Sartelli, Eduardo, “*Marx, Derrida y el fin de la era de la fantasía*”, en Suárez, Aurora y Quezada, Freddy, *Debates contemporáneos*

Sebag, Lucien, *Marxismo y estructuralismo*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1976

Shaikh, Anwar, *Valor, acumulación y crisis*, Tercer Mundo Editores, Colombia, 1990

Shanin, Teodor, *El Marx tardío y la vía rusa*, Editorial Revolución, Madrid, 1990

Sierra Lara, Yoandris, *Ensayo sobre planificación y mercado en el socialismo. El debate entre Alec Nove, Ernest Mandel y Diane Elson*, <http://www.eumed.net/libros-gratis/2013a/1294/index.htm>

Starcenbaum, Marcelo, *Marxismo occidental: vicisitudes de una topografía*, VII Jornadas de Sociología de la UNLP, <http://jornadassociologia.fahce.unlp.edu.ar/vii-jornadas-2012/actas/Starcenbaum.pdf/view>

Svampa, Maristella y Stefanoni, Pablo, *Entrevista a Álvaro García Linera, “Evo simboliza el quiebre de un imaginario restringido a la subalternidad de los indígenas”*, <http://maristellavampa.net/archivos/entrevista19.pdf>

Sweezy, Paul M., *Teoría del desarrollo capitalista*, FCE, México, 1973

Tablada Pérez, Carlos, *El marxismo del Che*, <http://www.lahaine.org/b2-img/tablada.pdf>

Tarcus, Horacio, *Elogio de la razón militante*, <http://www.coprossmi.org/files/tarcus-21.pdf>

El marxismo en América Latina y la problemática de la recepción transnacional de las ideas. Temas de Nuestra América N.º 54, Julio-diciembre 2013, págs. 35-86

Para un programa de estudios sobre los marxismos latinoamericanos, <https://revistamemoria.mx/?p=877>

Therborn, Göran, *Dialéctica de la modernidad. Acerca de la Teoría Crítica y el Legado del*
Marxismo del Siglo XX,

<https://marxismocritico.files.wordpress.com/2012/12/acerca-de-la-teor%C3%ADa-social-radical-y-el-legado-del-marxismo-del-s-xx.pdf>

Después de la dialéctica. La teoría social radical en un mundo poscomunista, New Left Review, N° 43, marzo-abril 2007

¿*Del marxismo al posmarxismo?*, Akal, Madrid, 2014

Thwaites Rey, Mabel (compiladora), *Estado y marxismo: un siglo y medio de debates*, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2007

Tosel, André, *Le marxisme du 20^e siècle*, Syllepse, 2009

De la fin du marxisme-léninisme aux mille marxismes, <http://www.cahiersdusocialisme.org/de-la-%ef%ac%81n-du-marxisme-leninisme-aux-mille-marxismes/>

Marxismos, neo-marxismos y post-marxismos, en *Actual Marx*, Claves de la teoría crítica, Congreso Marx Internacional II, Volumen I, págs. 9-20

Trotsky, León, *Escritos de León Trotsky, 1929-40, Seis Tomos*, publicados por El Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones "León Trotsky", Argentina

Valqui Cachi, Camilo, *La filosofía de la praxis en México ante el derrumbe del socialismo soviético*, <http://www.rebellion.org/docs/121982.pdf>

Vargas Lozano, Gabriel, *Marx y el marxismo. Introducción al debate actual*, Dialéctica, N° 7, 1979

Vascós González, Fidel, *Socialismo y mercado*, <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=13851>

VV.AA., *Storia del marxismo contemporaneo*, Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, Milán, 1973-81, siete volúmenes.

VV.AA., *Marxismos latinoamericanos. Tradiciones, debates y nuevas perspectivas desde la historia cultural e intelectual*, VIIIas Jornadas de Historia de las Izquierdas, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas, Buenos Aires, 2015, <http://www.aacademica.org/constanza.bosch/26.pdf>

Veltmeyer, Henry, *El proyecto post-marxista: aporte y crítica a Ernesto Laclau*, Revista Theomai, n° 14, segundo semestre 2006, <http://www.revista-theomai.unq.edu.ar/numero14/ArtVeltmeyer.pdf>

Waiman, Javier, *¿Qué Marx(ismo) el del postmarxismo? Sobre la presencia de Marx en la obra de Ernesto Laclau*, http://diferencias.com.ar/congreso/ICLTS2015/ponencias/Mesa%204/ICLTS2015_mesa04_Waiman.pdf

Más allá de los límites. Repensando la relación entre hegemonía y democracia, En revista Pensar. Epistemología y Ciencias Sociales, N° 8, Editorial Acceso Libre, Rosario, 2013, <http://revistapensar.org/index.php/pensar/article/view/94>

Wallerstein, Immanuel, *Impensar las ciencias sociales*, Siglo XXI Editores, México, 2004

Zibechi, Raúl, *Autonomías y emancipaciones. América latina en movimiento*, Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales, Lima, 2007